ANTÓN CHEJOV

CUENTOS ESCOGIDOS



PRÓLOGO
SOMERSET MAUGHAM

EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15. MÉXICO

"SEPAN CUANTOS..." NÚM. 411

CUENTOS ESCOGIDOS

ANTÓN CHÉJOV

CUENTOS ESCOGIDOS

PRÓLOGO

DE

SOMERSET MAUGHAM

DECIMOPRIMERA EDICIÓN



EditorialPorrúa.



Editorial Porrúa, S.A.

Av. República Argentina, 15, 06020 México, D.F.

Prólogo

Es natural que los hombres cuenten historias, y supongo que el cuento corto nació en aquella noche del tiempo en que el cazador narraba junto al fuego de la caverna, para amenizar el descanso de sus compañeros una vez que habían comido y bebido hasta hartarse, algún fantástico incidente que alguna vez oyera. Hasta hoy, en las ciudades del Este, podemos ver al narrador de historias sentado en la plaza del mercado, mientras lo rodea un círculo de ávidos oyentes, y escuchar cómo cuenta las historias que ha heredado de un pasado inmemorial. Pero yo creo que hasta el siglo XIX el cuento no obtuvo una difusión como para convertirlo en un aspecto importante de la creación literaria.

Por supuesto que antes de esta época se habían escrito y leído ampliamente cuentos: existían narraciones religiosas de origen griego, las narraciones edificantes de la Edad Media y las inmortales historias de *Las mil y una noches*. Durante todo el Renacimiento hubo gran predilección por el cuento corto en Italia y España, en Francia e Inglaterra. Tanto el *Decamerón* de Boccaccio, como las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, son monumentos imperecederos. Pero la moda decayó con el auge de la novela. Los libreros dejaron de pagar buenos precios por las colecciones de cuentos, y los autores llegaron a mirar desdeñosamente este género literario que no les reportaba ganancia ni renombre. Cuando, de tiempo en tiempo, concebían un tema apto para ser tratado en forma corta y escribían un cuento, no hallaban qué hacer con este, y así, poco deseosos de perder el tema, lo insertaban sin más en medio de sus novelas, a veces, hay que decirlo, de manera muy torpe.

Pero a comienzos del siglo XIX surgió una nueva forma de publicación que pronto adquirió inmensa popularidad. Fueron los anuarios. Parece que nacieron en Alemania. Se componían de una miscelánea de prosa y verso, y en su país de origen proveyeron a sus lectores de sustancioso alimento, ya que nos han dicho que *La doncella de Orleáns* de Schiller, y *Hermann y Dorotea*, de Goethe, aparecieron por vez primera en periódicos de este tipo. Pero cuando su éxito llevó a los editores ingleses a imitarlos, estos se basaron primordialmente en los cuentos cortos para atraer una cantidad de lectores suficiente como para que la empresa fuera lucrativa.

Conviene que ahora informe un poco al lector sobre composición literaria, pues hasta donde yo sé, los críticos, cuyo deber consiste sin duda en guiarlos e instruirlos, no lo han hecho. El escritor tiene en sí el imperativo de crear, pero además tiene el deseo de presentar al lector el resultado de su trabajo y la legítima aspiración —que no concierne al lector— de ganar su pan. En general puede dirigir su facultad creadora por los canales que le permitirán satisfacer

estos modestos designios. A riesgo de escandalizar al lector que piensa que la inspiración del autor no debe estar influida por consideraciones prácticas, debo decir que los escritores se ven obligados, con bastante naturalidad, a escribir el tipo de obras por las que hay demanda.

Esto no es sorprendente, pues ellos no son solo escritores sino también lectores, y, como tales, parte del público sujeto al ambiente de la opinión que prevalece. Si las obras del teatro en verso dieran al autor fama, si no fortuna, probablemente sería difícil hallar un joven con inclinaciones literarias que no tuviese entre sus papeles una tragedia en cinco actos. En cambio, creo que a muy pocos se les ocurriría escribirla hoy. Actualmente escriben piezas de teatro en prosa, novelas y cuentos cortos. Es cierto que en los últimos años se ha escrito con éxito cierto número de obras de teatro en verso, pero me parece que los espectadores aceptan el verso más como algo tolerable que deseable; la mayoría de los actores, conscientes de esto, han hecho cuanto es posible para apaciguar su desconcierto, interpretando el verso como si de hecho fuera prosa.

La posibilidad de publicar, las exigencias de los editores, es decir, su conocimiento de lo que los lectores desean, tienen gran influencia en el tipo de obra que se produce en cada época. Por ello, si prosperan revistas que tienen espacio para cuentos largos, se escriben cuentos largos; si, por otro lado, los diarios publican ficción, dejando solo un pequeño espacio para esto, surgen cuentos cortos. No hay nada censurable en ello. Un autor capaz puede escribir un cuento de mil quinientas palabras con tanta facilidad como uno de diez mil. No tiene más que elegir un argumento distinto o tratarlo en forma diferente. Guy de Maupassant escribió uno de sus cuentos más célebres, *L'Héritage*, dos veces: una en pocos centenares de palabras para un diario, y la otra en varios miles para una revista. Ambos se publicaron en la edición de sus obras completas, y creo que nadie puede leer las dos versiones sin admitir que en la primera no hay una sola palabra de menos y en la segunda ninguna de más.

Lo que quiero demostrar es lo siguiente: que la naturaleza del vehículo mediante el cual el escritor se aproxima al público es uno de los convencionalismos que aquel debe aceptar, y que, en general, habrá de darse cuenta de que puede hacerlo sin forzar sus íntimas inclinaciones.

Pues bien, a comienzos del XIX, los anuarios y volúmenes conmemorativos ofrecieron a los escritores la posibilidad de llegar al público mediante el cuento corto. Por lo tanto, los cuentos cortos, sirviendo a mejores propósitos que los de dar solo un respiro al interés del lector en el curso de una novela interminable, empezaron a escribirse en mayor número que nunca. Se han dicho cosas durísimas sobre los anuarios y almanaques femeninos, y aún más duras sobre las revistas que los reemplazaron en el favor del público; pero no podríamos negar que la proliferación del cuento corto durante el siglo XIX se debió directamente a la oportunidad que le proporcionaron estos periódicos. En Norteamérica

formaron una escuela de escritores tan brillantes y fértiles, que algunas personas, desconocedoras de la historia de la literatura, han dicho que el cuento corto es invención norteamericana. Por supuesto que no es así; pero podemos admitir con justicia que en ningún país europeo fue tan cultivado este género como en Estados Unidos, ni sus métodos, técnicas y posibilidades tan atentamente estudiados.

Al leer para una antología un gran número de cuentos del siglo XIX, aprendí bastante acerca de la forma. Debo advertir, eso sí, que un autor es parcial respecto al arte que practica. Él cree, naturalmente, que su experiencia es la más válida. Escribe como puede y como debe porque es un tipo determinado de hombre; tiene sus propias particularidades y su propio temperamento, por lo cual ve las cosas en forma peculiar, y da a su visión la forma que le ha sido impuesta por su naturaleza. Requiere un singular vigor intelectual tener simpatía por una obra antagónica a las inclinaciones instintivas. Hay que estar en guardia consigo mismo al leer la crítica que un novelista hace de las novelas de otros. Es posible que halle buenas las cualidades que él persigue y vea poco mérito en otras que le faltan. Uno de los mejores libros que he leído acerca de la novela pertenece a un admirable escritor que jamás pudo inventar un argumento plausible. No me sorprendió descubrir que estimaba poco a novelistas cuyo principal don consistía en dar una estremecedora verosimilitud a los hechos que relataban. No lo censuro por esto. La tolerancia es una buena cualidad en los humanos; si ella fuese más común, el mundo de hoy sería un lugar más agradable de lo que es para vivir; pero no estoy seguro de que sea una buena cualidad en un escritor.

Porque, en definitiva, ¿qué ha de darnos el escritor? A sí mismo. Está bien que tenga una visión amplia, ya que su tema es la vida en toda su plenitud; pero solo puede verla con sus propios ojos, aprenderla con sus propios nervios, corazón y entrañas; su conocimiento es parcial, pero distinto, porque pertenece a él y no a otro. Su actitud es definitiva y característica. Si piensa realmente que cualquier otro punto de vista es tan válido como el suyo, apenas podrá sostenerlo con energía, y es poco probable que lo presente con fuerza. Está bien que un hombre acepte que hay dos respuestas para una misma pregunta; pero un autor ante el arte que practica —ya que, por supuesto, su visión de la vida está implicada en su arte— solo puede lograr este punto de vista mediante un esfuerzo mental sintiendo, en la médula de sus huesos, que no son seis para él y seis para el otro, sino doce para él y nada para el otro. Esta testarudez sería muy desafortunada si los escritores fueran pocos, o si la influencia de uno fuese tan grande como para obligar a conformarse a los demás; pero somos miles. Cada uno tiene su pequeño mensaje que formular, y de entre todos ellos pueden elegir los lectores, conforme a sus inclinaciones, el que más les convenga.

He dicho esto para despejar el terreno. Me gusta el tipo de cuento que yo puedo escribir. Es la clase de cuento que muchos han escrito bien, pero nadie más

brillantemente que Maupassant. Relata siempre un incidente curioso, pero no inverosímil. Presenta la escena con la brevedad que requiere el medio, pero con claridad. Las personas afectadas, la clase de vida que llevan y sus defectos muéstranse con el número justo de detalles como para hacer claras las circunstancias del caso. Se dice todo lo que es necesario saber de ellos.

Un autor como Maupassant no copia de la vida; la acomoda para sorprender, excitar e interesar. No intenta transcribir la vida sino dramatizarla. Sacrifica la verosimilitud al efecto, y su desafío consiste en ver si se sale con la suya. Si concibe los incidentes y las personas que intervienen en el cuento en forma que tomemos conciencia de su artificio, falla. Pero el que algunas veces falle no descalifica el método. En ciertas épocas los lectores exigen que se esté muy cerca de los hechos concretos, tal como ellos los ven; esto significa que el realismo está de moda. En otras, indiferentes a la realidad, piden lo extraño y lo maravilloso. Mientras ello dure, los lectores estarán dispuestos a prescindir de su incredulidad. La probabilidad no es algo establecido de una vez para siempre, cambia con los gustos de cada época: ella reside en el qué y en el cuánto se puede hacer tragar al lector. De hecho, en toda obra de ficción se aceptan algunas inverosimilitudes porque son usuales y a menudo necesarias para que el autor pueda seguir sin demora con su argumento.

Pocos han establecido con mayor precisión las reglas del tipo de cuento que estoy describiendo que Edgar Allan Poe. Si no fuera por su extensión, citaría íntegramente su trabajo acerca de los *Twice-Told Tales*, de Hawthorne. Allí dice todo lo que hay que decir sobre el asunto. He aquí una breve síntesis: "Un artista diestro construye el argumento. Si tiene experiencia, no habrá acomodado su pensamiento a los incidentes, sino que, habiendo concebido cuidadosamente un efecto único y singular, inventa después tales incidentes; luego acomoda estos incidentes de modo que lo ayuden en la realización del efecto preconcebido. Si en la primera frase no tiende a que nazca este efecto, ha fallado al dar el primer paso. No debe existir, en toda la composición, una sola palabra cuya meta directa o indirecta no sea el esquema preestablecido. Con estos medios, con todos estos cuidados y esta destreza se pinta al fin un cuadro que produce completa satisfacción en la mente de quien lo contempla. La idea del cuento ha sido desarrollada sin mácula porque no fue interrumpida..."

No es difícil saber qué entendía Poe por un buen cuento: es una obra de imaginación que trata de un solo incidente, material o espiritual, que puede leerse de un tirón. Ha de ser original, chispeante, excitar o impresionar, y debe tener unidad de efecto. Deberá moverse en una sola línea desde el comienzo hasta el final. Escribir un cuento conforme a los principios que él estableció no resulta tan fácil como algunos piensan. Requiere inteligencia, quizá no de un orden muy superior pero sí de cierto tipo; requiere sentido de la forma y no poca capacidad inventiva. Rudyard Kipling ha escrito en Inglaterra los mejores

cuentos de esta clase. Entre los escritores ingleses de cuentos cortos solo él puede resistir ser comparado con los maestros franceses y rusos.

Aunque Kipling tuvo éxito de público y lo mantuvo desde el principio de su carrera, la opinión de la gente culta fue siempre algo condescendiente en sus alabanzas. Ciertas peculiaridades de su estilo enojaban a los lectores de gusto exigente. Se le identificó con un imperialismo que irritaba a no pocas personas inteligentes, y que aún hoy produce desagrado. Era un maravilloso cuentista, variado y muy original. Poseía una fértil imaginación y en alto grado el don de narrar incidentes de manera sorpresiva y dramática. Tenía sus fallas, como las tiene todo escritor; creo que estas se debían al ambiente y a su educación, a los rasgos de su carácter y a la época en que vivió.

Ejerció una gran influencia en sus colegas escritores, pero tal vez la ejerció mayor en aquellos hombres que de una u otra forma llevaron el tipo de vida que él describió. Cuando uno viaja por el Oriente se asombra al comprobar cuán a menudo se cruza uno con hombres que se modelaron de acuerdo a los personajes de su invención. Dicen que los personajes de Balzac pertenecían más a la generación que siguió que a la que él se propuso describir. Sé, por experiencia, que veinte años después de que Kipling escribiera sus primeros cuentos importantes, hubo hombres esparcidos en diferentes puntos del Imperio que jamás habrían sido lo que fueron de no haber existido él. No solo creó personajes; modeló hombres. Eran individuos valientes y honrados que hacían el trabajo que se les encomendaba con la mayor habilidad de que eran capaces.

Es difícil inventar un cuento como los que escribió Poe Y, como bien sabemos, hasta él mismo se repitió más de una vez en su pequeña producción. En este tipo de narraciones hay muchos trucos y cuando, gracias a la aparición y rápida popularidad de la revista mensual, la demanda de tales narraciones llegó a ser grande, los autores no se hicieron de rogar para aprenderlos. Para que sus cuentos fueran más efectistas, les impusieron ciertas reglas convencionales, terminando por desviarse tanto de la realidad al describir la vida, que sus lectores se rebelaron. Se cansaron de estos cuentos hechos según un modelo que conocían demasiado. Dijeron que en la vida real las cosas no suceden con tanta claridad; la realidad es un enjambre de hilos cortados y puntas sueltas; meter todo en un molde sería falsearla. Pedían un mayor realismo. Pero copiar la vida nunca ha sido tarea de artista.

Kenneth Clark aclara bastante este punto en su obra *The Nude*. Nos muestra en ella cómo los grandes escultores de la antigua Grecia no se dedicaron a seguir paso a paso a sus modelos, sino que los usaron como instrumentos para realizar su ideal de belleza. Si observamos las pinturas y esculturas del pasado, no dejará de sorprendernos lo poco que los grandes artistas se preocupaban de dar un testimonio exacto de lo que veían. Se cree que las deformaciones impuestas a sus modelos por los artistas plásticos, muy bien representados por los cubistas de

ayer, son invención de nuestro tiempo. No es así. Se piensa esto porque nos hemos acostumbrado de tal forma a las deformaciones impuestas en el pasado, que las aceptamos como representaciones literales de los hechos.

Desde el nacimiento de la pintura occidental, los artistas sacrificaron la verosimilitud a los efectos que deseaban. Igual cosa ocurre con la literatura de ficción. Para no retroceder mucho, volvamos a Poe. Parece increíble que este pensara que los seres humanos hablaban en la forma en que hacía dialogar a sus personajes; si ponía en su boca parlamentos que nos parecen tan irreales, debe ser porque pensaba que ello era necesario al tipo de cuento que estaba relatando, y porque lo ayudaba a realizar el esquema que sabemos tenía a la vista. Los artistas solo caen en el naturalismo artificial cuando se les reprocha que se han alejado tanto de la vida que deben volver inexorablemente a ella. Entonces se ponen a copiarla con la mayor exactitud posible, no como un fin, sino tal vez como una saludable disciplina.

Respecto al cuento corto, el naturalismo del siglo XIX se puso de moda como reacción al romanticismo, que se había hecho aburrido. Uno tras otro, los escritores intentaron retratar la vida con intransigente veracidad. "Nunca me he sometido, dijo Frank Norris, nunca me quito el sombrero ante la moda ni lo mantengo en alto por dinero. Por Dios, les dije la verdad, les guste o no les guste. ¿Qué me importa esto a mí? Les dije la verdad; lo que entonces tenía por verdad y lo que tengo ahora como verdad". (Son palabras valientes, pero es difícil decir qué es la verdad, ya que no es necesariamente lo opuesto a la mentira.) Los escritores de esta escuela miraron la vida con ojos menos parciales que los de la generación precedente; fueron menos dulzones y menos optimistas, más violentos y directos. Sus diálogos eran más naturales y elegían a sus personajes de un mundo que, desde los tiempos de Defoe, los autores de ficción habían descuidado; pero no innovaron en la técnica. Respecto a lo esencial del cuento corto, se contentaron con los viejos moldes. Persiguieron los mismos efectos que Edgar Allan Poe; usaron las mismas fórmulas que este fijó.

Pero hubo un país en donde aquella fórmula prevaleció poco. En Rusia se había estado escribiendo cuentos de un orden totalmente distinto durante un par de generaciones. Y cuando los hechos indicaron tanto a los autores como a los lectores que el tipo de narración que gozó tanto tiempo del favor del público se había tornado aburridoramente mecánico, se descubrió que en ese país existía un grupo de escritores que habían hecho del cuento corto algo nuevo.

Es raro que esta nueva forma de narración breve haya tardado tanto tiempo en llegar al mundo occidental. Cierto es que los cuentos de Turguenev fueron leídos en traducciones francesas. Los Goncourt, Flaubert y los círculos intelectuales en que estos se movían aceptaron a Turguenev por su majestuosa presencia, la amplitud de sus medios y su aristocrático origen; sus obras, empero, fueron miradas con el moderado entusiasmo con que los franceses han mirado siempre

las producciones de autores extranjeros. Era una actitud parecida a la que adoptaba respecto a la mujer el doctor Johnson en sus prédicas: "no está bien hecha, pero es sorprendente que haya sido hecha".

Solo cuando, en 1886, Melchior de Vogué publicó su obra *La novela rusa*, empezó a influir en el mundo literario parisiense la literatura de aquel país. Con el tiempo —creo que alrededor de 1905— varios cuentos de Chejov fueron traducidos al francés y recibidos favorablemente. No obstante, en Inglaterra seguían sin conocerlo. Cuando murió, en 1904, los rusos lo consideraron el mejor escritor de su generación. La *Enciclopedia Británica*, en su undécima edición, publicada en 1911, no supo decir de él más que lo siguiente "A. Chejov mostró considerables dotes en sus cuentos cortos". Fría alabanza. Solo cuando la señora Garnett publicó en trece pequeños volúmenes una selección de su extensa obra, se interesaron por él los lectores ingleses. Desde entonces, el prestigio de los escritores rusos en general, y de Chejov en particular, ha sido inmenso. Cambió en gran parte la forma y la actitud hacia el cuento corto. Los lectores agudos se apartan indiferentes del cuento considerado hasta entonces como "bien hecho técnicamente", y los autores que todavía los producen, para deleite de la mayoría, son mal considerados.

Chejov nació en 1860. Su abuelo era un siervo que ahorró suficiente dinero como para comprar su libertad y la de sus tres hijos. Uno de ellos, llamado Pavel, abrió una tienda en Taganrog, en el Mar de Azof, se casó y tuvo cinco hijos varones y una mujer. Antón Chejov fue el tercero. Pavel era inculto y tonto, vano, egoísta, brutal y profundamente religioso. Muchos años más tarde escribía Chejov al respecto: "Recuerdo que mi padre empezó a educarme como a los cinco años o, para decirlo más claro, a azotarme cuando solo tenía cinco años. Me azotaba, me tiraba de las orejas, me pegaba en la cabeza. La primera pregunta que yo me hacía en la mañana, al despertar, era: ¿seré golpeado nuevamente hoy? Me prohibieron todo juego o diversión. Debía ir por la mañana a los servicios religiosos, y por la tarde a besar manos de pastores y popes[1], leer los salmos en la casa… A los ocho años tuve que atender la tienda; trabajaba como muchacho de mandados, y esto afectó mi salud porque me golpeaban casi todos los días. Después, cuando se me envió a un colegio de secundaria, estudiaba hasta las horas de comer, y desde entonces hasta la noche debía cuidar la tienda."

Cuando Antón Chejov tenía dieciséis años, su padre, consumido por las deudas y temeroso de ser arrestado, huyó a juntarse en Moscú con sus dos hijos mayores, Alejandro y Nicolás, que estaban en la universidad. Dejaron a Antón en Taganrog para que continuara sus estudios. Allí se mantuvo a duras penas, enseñando a niños retrasados. Cuando se graduó, tres años después, y le fue concedida una beca de veinticinco rublos al mes, se reunió con sus padres en Moscú. Habiendo decidido ser médico, ingresó en la Escuela de Medicina. Era por entonces un

[1]. Pope: Sacerdote de la Iglesia ortodoxa griega.

joven alto, de poco más de un metro ochenta, de cabello castaño claro, ojos marrones y labios firmes y llenos.

Encontró a su familia viviendo en un subsuelo de un suburbio poblado de burdeles. Antón trajo consigo a dos amigos del colegio, también compañeros de estudio, para que se alojasen con su familia. Ambos pagaban cuarenta rublos mensuales, un tercer alojado pagaba otros veinte, y esto, con los veinticinco de Antón, hacían ochenta y cinco rublos que debían alimentar a nueve personas y pagar el alquiler. Pronto se mudaron a un departamento más espacioso en la misma escuálida callejuela. Dos de los pensionistas ocupaban un cuarto, el tercero tenía uno pequeño para él solo, Antón y dos de sus hermanos ocupaban otra habitación, su madre y hermana la cuarta, y la quinta, que servía de sala de estar y comedor, era el dormitorio de sus hermanos Alejandro y Nicolás. Pavel, su padre, había conseguido, por fin, una ocupación de treinta rublos al mes en un almacén, donde debía alojarse, así es que, por un tiempo, se vieron libres del estúpido y despótico hombre que había convertido sus vidas en una carga.

Anton tenía el don de improvisar historias cómicas que hacían reír a gritos a sus amigos. Dada la situación desesperada de su familia, pensó que podía escribirlas. Escribió una y la envió al semanario petersburgués titulado *El Vuelo del Dragón*. Una tarde de enero, al regreso de la Escuela de Medicina, compró un ejemplar y vio qué había sido aceptado su cuento. Iban a pagarle cinco kopeks[2] por línea. Desde entonces, Chejov envió casi semanalmente un cuento a *El Vuelo del Dragón*, pero pocos eran aceptados. No obstante, logró colocarlos en diarios de Moscú, donde le pagaban escasamente. Estos diarios pendían de un hilo, y muchas veces sus colaboradores, si querían recibir su sueldo, debían esperar en la oficina a que los suplementeros trajeran los kopeks recogidos en las ventas hechas en la calle.

Fue Leykin, un editor de Petersburgo, quien dio a Chejov su primera oportunidad. Dirigía un periódico llamado *Fragmentos*, y encargó a Chejov escribir un cuento semanal de cien líneas, a ocho kopeks la línea. Su periódico era humorista, y cuando Chejov enviaba un cuento serio, Leykin se quejaba de que no era de los que pedían sus lectores. Aunque los cuentos que entonces escribió gustaban mucho y le dieron cierta reputación, las limitaciones tanto respecto a su extensión como a su tema lo irritaban. Para satisfacerlo, Leykin, que parece haber sido un hombre bondadoso y razonable, obtuvo que *La Gaceta de Petersburgo* le solicitara un cuento semanal más largo y de otro estilo, al mismo precio de ocho kopeks la línea. ¡Entre 1880 y 1885 Chejov escribió trescientos cuentos!

Mientras escribía este fantástico número de cuentos, trabajaba también en la Escuela de Medicina para adquirir su título. Solo podía escribir en la noche, después de su dura jornada en el hospital. Creaba en condiciones muy difíciles.

[2]. Moneda rusa, equivalente a la centésima parte de un rublo.

Los pensionistas se habían ido, y los Chejov se cambiaron a un departamento más pequeño. Pero, "en la habitación de al lado, escribía Chejov a Leykin, llora el hijo de un pariente mío (su hermano Alejandro), en el otro cuarto papá lee en voz alta un cuento de Leskor a mamá, alguien ha echado a andar nuestra victrola y están tocando *Bella Elena*... Mi cama está ocupada por un pariente que nos visita quien viene a cada momento a hablarme de medicina. ¡El niño está berreando! Acabo de tomar la resolución de no tener hijos jamás. Creo que los franceses tienen tan pocos porque son literatos..." Un año más tarde, en una carta a su hermano Iván, escribió: "Gano más dinero que cualquiera de tus tenientes del ejército. Pero no tengo dinero, ni comida decente, ni cuarto propio donde trabajar... En este momento no tengo ni un kopek, y espero ansiosamente el primero de mes, fecha en que recibiré sesenta rublos desde Petersburgo, y los gastaré de inmediato."

En 1884 tuvo Chejov una hemorragia. Había tuberculosis hereditaria en su familia y él no pudo ignorar el significado de aquella. Pero el miedo de que sus sospechas se confirmaran le impidió hacerse examinar por un especialista. Para calmar a su angustiada madre le dijo que la hemorragia provenía de una vena de la garganta, y que nada tenía que ver con la tuberculosis. A fines de ese año dio sus últimos exámenes y transformose en un distinguido médico. Pocos meses después logró reunir algo de dinero para hacer su primer viaje a Petersburgo. Nunca había dado importancia a sus cuentos; los escribía por dinero y decía que ninguno le tomaba más de un día de trabajo.

Al llegar a Petersburgo descubrió, asombrado, que era famoso. Las personas inteligentes de Petersburgo, por entonces centro cultural de Rusia, encontraban en sus livianos cuentos frescura, viveza y puntos de vista originales. Lo recibieron con los brazos abiertos, demostrándole que se le consideraba como a uno de los escritores de mayor talento de su época. Los editores lo invitaron a colaborar en sus publicaciones, a un precio que jamás le habían ofrecido. Uno de los más distinguidos autores rusos quiso convencerlo de que dejara el tipo de cuentos que había escrito hasta entonces por otros de verdadero interés.

Chejov se impresionó, pues nunca había pretendido ser un escritor profesional. "La medicina, decía, es mi esposa legítima, la literatura solo mi amante". Y cuando regresó a Moscú lo hizo con la intención de ganarse la vida como médico. Debemos admitir que no hizo demasiado por ejercerla prósperamente. Adquirió muchas amistades, las cuales le enviaban pacientes que le pagaban raramente sus consultas. Él era alegre y encantador, y con su sonora y contagiosa risa tuvo gran éxito en los medios bohemios que frecuentaba. Gustábale ir a fiestas y también darlas. Bebía copiosamente, pero salvo en los matrimonios, días de santo —el equivalente ruso a los cumpleaños— y fiestas religiosas, rara vez se emborrachaba. Las mujeres lo hallaban atractivo y tuvo un sinnúmero de amoríos. Pero ninguno fue importante.

Con el correr del tiempo visitó con frecuencia Petersburgo y viajó por toda Rusia. Cada primavera, dejando que sus pacientes se cuidaran solos, trasladaba toda su familia en carreta al campo, y permanecía allí hasta el otoño. Apenas se supo que era médico, llegaron a consultarlo toda suerte de personas que, por supuesto, jamás le pagaron. A fin de conseguir dinero se vio obligado a escribir más cuentos. Día a día eran estos más apreciados y le pagaban bastante bien por ellos, pero no podía vivir de la pluma. En una de sus cartas a Leykin escribió: “Me preguntas qué hago con el dinero. No llevo vida disipada, no ando vestido como un *dandy*, no tengo deudas y carezco de amante (obtengo gratis el amor), pero, a pesar de todo, únicamente me quedan cuarenta de los trescientos rublos que recibí de ti y de Suvorin antes de Pascua y mañana tengo que pagar cuarenta. Solo Dios sabe adónde se va mi dinero”. Se cambió a otro departamento, donde al fin tuvo una habitación para él solo, pero se vio obligado a pedir a Leykin que le adelantara dinero para pagar el alquiler.

En 1886 tuvo otra hemorragia. Sabía que necesitaba ir a Crimea, donde se dirigían los tuberculosos de la época en busca de un clima cálido y donde morían como moscas, pero él no tenía ni un rublo para hacerlo. En 1889 murió tuberculoso su hermano Nicolás, pintor de cierto talento. Fue un golpe y también una advertencia. Hacia 1892 se sintió tan mal de salud que temió pasar otro invierno en Moscú. Con dinero prestado compró una pequeña propiedad llamada Melinkovo, a cincuenta millas de Moscú y, como siempre, acarreó consigo a toda su familia: a su difícil padre, a su madre, a su hermana y a su hermano Miguel. Había llevado un carretón de remedios y, como nunca, los pacientes se congregaron para consultarle. Los trató lo mejor que pudo sin cobrarles jamás un kopek.

Así pasó cinco años en Melinkovo, todos bastante felices. Escribió varios de sus mejores cuentos y recibió espléndida paga por ellos: cuarenta kopeks por línea. Se preocupó por los asuntos locales, consiguió que hicieran un nuevo camino y construyó, de su bolsillo, una escuela para los campesinos. Su hermano Alejandro, bebedor consuetudinario, vino a vivir con él, acompañado de su mujer y sus hijos. Los amigos lo visitaban y se quedaban a veces varios días. Y, aunque se quejaba de que interrumpían su trabajo, no podía prescindir de ellos. Constantemente enfermo, permanecía alegre, amistoso, entretenido y jovial.

De vez en cuando hacía una excursión a Moscú. En una de esas ocasiones tuvo una hemorragia tan grave que hubo de ser trasladado a una clínica. Durante varios días estuvo moribundo. Siempre se había negado a admitir que estaba tuberculoso, pero esta vez los médicos le dijeron que tenía afectada la parte superior de los pulmones y que, si deseaba vivir, tendría que cambiar de hábitos. Volvió a Melinkovo sabiendo que no podría pasar otro invierno allá. También iba a tener que dejar la práctica de la medicina. Viajó por el extranjero, estuvo en Biarritz y Niza y, por último, se estableció en la ciudad de Yalta, en Crimea. Los médicos le habían aconsejado que viviera permanentemente allí. Un adelanto de

su amigo y editor Suvorin le permitió edificarse una casa en el lugar. Como siempre, se hallaba en apremiantes dificultades económicas.

Fue un amargo golpe para él no poder practicar la medicina. No sé qué clase de médico sería. Después de recibirse, no hizo más de tres meses de práctica hospitalaria y sospecho que trataba a sus pacientes improvisando un poco. Pero con simpatía y sentido común, dejando que siguiera su curso la naturaleza, hizo probablemente a sus pacientes tanto bien como el que pudiera haberles hecho un hombre de mayores conocimientos.

Muy útiles le fueron las variadas experiencias por que pasó. Tengo mis razones para pensar que el entrenamiento a que debe someterse un estudiante de medicina es muy beneficioso para un escritor. Adquiere un inapreciable conocimiento de la naturaleza humana. Ve a esta en sus mejores y peores momentos. Cuando la gente se enferma, cuando se asusta, deja a un lado la máscara que lleva cuando está sana. El médico la ve tal como es; egoísta, dura, avara, cobarde; pero también valerosa, generosa, amable y buena. El médico tolera sus debilidades y admira sus virtudes.

Aunque en Yalta se aburría, la salud de Chejov mejoró durante cierto tiempo. Aún no he tenido ocasión de decir que, además de sus numerosos cuentos, había escrito entonces, sin mucho éxito, dos o tres piezas de teatro. Gracias a estas conoció a una joven actriz llamada Olga Knipper. Se enamoró de ella y, en 1901, para amargo resentimiento de su familia —a la que nunca había dejado de mantener— se casó. Ambos se pusieron de acuerdo en que ella continuaría actuando, por lo que solo estaban juntos cuando él la iba a ver a Moscú. O cuando Olga, en su día de descanso —como se dice en los medios de teatro—, iba a Yalta.

Se conservan las cartas que él le escribió. Son tiernas y emocionantes. Su mejoría duró poco y pronto tendió a agravarse. Tosía incesantemente y no podía dormir. Para mayor desgracia, Olga Knipper tuvo un aborto. Había rogado insistentemente a Chejov que escribiera para ella una comedia liviana, como las que pedía el público. Para darle gusto, según creo, se puso de inmediato a trabajar. La obra se iba a titular *El jardín de los cerezos*, y prometió a Olga crear un buen papel para ella. "Escribo cuatro líneas al día, contaba a un amigo, y aun esto me produce un dolor insoportable". Una vez terminada se estrenó en Moscú a comienzos de 1904.

En junio, Chejov partió a las aguas termales alemanas de Badenweiler[3], aconsejado por su médico. Un joven literato ruso escribió a propósito de su encuentro con él, la víspera de la partida:

"En un sofá, reclinado sobre cojines, llevando un abrigo o una bata y cubiertas las piernas por una frazada, había sentado un hombre muy delgado y aparentemente pequeño, de hombros angostos y de cara delgada y anémica; tan

[3]. Badenweiler: Balneario en Alemania.

enflaquecido e irreconocible se había vuelto Chejov. Nunca hubiera pensado que un hombre pudiera cambiar tanto.

“Estiró su mano, como de cera, que temí mirar, y me contempló con sus cariñosos ojos que ya no sonreían.

“Me voy mañana, dijo; me voy para morir.

“Uso una palabra distinta, una palabra más cruel que *para morir*, que no deseo repetir ahora.

“Me voy para morir, repitió enfáticamente. Despídame de sus amigos. Dígales que los recuerdo y que quiero mucho a algunos de ellos. Deséeles de mi parte éxito y felicidad. Nunca más nos veremos”.

Al comienzo se sintió tanto mejor en Badenweiler que empezó a hacer planes para ir a Italia. Una tarde, ya acostado, y como Olga se había pasado el día entero con él, le insistió que saliera a dar una vuelta por el parque. Cuando volvió, le pidió que bajara a cenar, pero ella le dijo que aún no había sonado el gong. Para pasar el tiempo, Chejov comenzó a contarle un cuento ubicado con un concurrido balneario repleto de visitantes de moda, obesos banqueros norteamericanos y saludables ingleses. “Una tarde, al volver al hotel, se encontraron con que la cocinera se había fugado, y que la cena no estaba lista”. Y prosiguió contando cómo afectó esto a cada uno de tan encumbrados personajes. Fue hilvanando así un cuento divertidísimo y Olga Knipper reía a carcajadas. Ella regresó junto a él después de la comida. Chejov descansaba tranquilo. Pero empeoró de repente y hubo que llamar al médico. Este hizo lo que pudo, mas todo resultó inútil. Chejov murió. Sus últimas palabras las dijo en alemán: *In sterbe*: “Me muero”. Tenía cuarenta y cuatro años.

Alejandro Kuprin, en sus recuerdos de Chejov, escribió lo siguiente: “Creo que no abrió ni entregó enteramente su corazón a nadie. Pero miraba a todo el mundo con cariño, aunque no como lo exige la amistad y, al mismo tiempo, con un gran interés, aunque tal vez inconsciente”. Esto es extrañamente revelador. Nos dice más de Chejov que cualquiera de los hechos que he tenido ocasión de relatar en la breve reseña de su vida.

Los primeros cuentos de Chejov fueron, en su mayor parte, humorísticos. Los escribió con suma facilidad; los escribió, según confiesa, “como canta un pájaro”, y no les dio importancia. Solo después de su primera visita a Petersburgo, cuando descubrió que se le consideraba un promisorio y talentoso autor, empezó a tomarse en serio. Puso empeño entonces en adelantar en su arte. Un amigo lo encontró un día copiando un cuento de Tolstoi y, al preguntarle qué hacía, replicó: “Lo estoy reescribiendo”. Al amigo le pareció extraño que se tomara tal libertad con una obra del maestro, pero Chejov le explicó que lo hacía como un ejercicio. Tenía la idea, que yo considero excelente, de que haciendo eso

aprendería los métodos de los escritores que admiraba, y lograría de ese modo un estilo propio.

Es evidente que dicho trabajo le fue provechoso. Aprendió a componer sus cuentos con indudable maestría. “Los campesinos”, por ejemplo, está tan admirablemente compuesto como *Madame Bovary*, de Flaubert. Chejov trató de escribir sencilla, clara y concisamente, y aseguran que logró un estilo de enorme belleza. Quienes lo leemos en traducciones no tenemos por qué no creerlo. Hasta en la traducción más fiel se pierden el timbre, el sentimiento y la eufonía de las palabras del original.

Chejov conocía muy bien la técnica del cuento corto y dijo algunas cosas de extraordinario interés acerca de este. Insistía en que un cuento corto no debe contener nada superfluo. “Todo lo que no se relaciona con él debe ser amputado sin compasión, escribió. Si en el primer capítulo se dice que cuelga una pistola de la pared, en el segundo o en el tercero debe descolgarse necesariamente esa arma”. Esto parece bastante razonable, como también es razonable lo que observa respecto a las descripciones de la naturaleza, que han de ser breves y claras. Él era capaz de dar al lector, en una o dos palabras, la vívida impresión de una noche nevada, del cantar de los ruiseñores hasta agotarse. O el frío brillo de las ilimitadas estepas cubiertas de nieve invernal. Su don era inapreciable.

Más discutible es su condenación de quienes humanizan la naturaleza. “El mar ríe, escribía en una carta. Sin duda, te dejas llevar por un impulso, pues esto es tosco y vulgar. El mar no ríe ni llora: ruge. relampaguea, brilla. Observa cómo procede Tolstoi: ‘El sol se pone, los pájaros cantan’. Nadie llora ni solloza. Esto es lo más importante: la sencillez”. Ello es muy cierto, pero, desgraciadamente, hemos estado humanizando la naturaleza desde el principio de los tiempos, y lo hacemos con tal naturalidad que solo podemos evitarlo gracias a un esfuerzo. Hasta el propio Chejov cayó en ello. En su cuento “El duelo” nos dice que “una estrella atisbaba y tímidamente pestañeaba con su único ojo”. No me parece criticable; de hecho, me gusta. A su hermano Alejandro, flojo como cuentista, le dice que un escritor jamás debe hablar de emociones que no ha sentido. Esto es exagerado. Seguramente no es necesario cometer un asesinato para describir en forma convincente las emociones que pudo sentir el asesino. Después de todo, el escritor tiene imaginación, y si es un buen escritor tiene el don de ponerse en el lugar de los personajes que crea y es capaz de experimentar sus mismos sentimientos.

Empero, lo que Chejov exigía más drásticamente era que los autores pasaran rápido del principio al final de sus cuentos. Eso es lo que él hacía y lo hacía tan rigurosamente, que sus amigos contaban que tenían que arrebatarle los manuscritos para que no llegara a mutilarlos “reduciendo sus cuentos: eran jóvenes, se enamoraron, se casaron y fueron desgraciados”. Cuando le decían esto a Chejov, replicaba: “Pero si es, en realidad, lo que sucede”.

Chejov tomó de modelo a Maupassant. Si no hubiera creído yo, pues sus fines y métodos me parecen completamente distintos. En general, Maupassant trataba de que sus cuentos resultaran dramáticos y, para conseguirlo, estaba dispuesto a sacrificar hasta lo verosímil, si fuese necesario. Me inclino a pensar que Chejov evitaba deliberadamente lo dramático. Escribía sobre gente común y corriente, que llevaba una existencia normal. "La gente no viaja al Polo Norte para caerse en los témpanos de hielo, escribía en una carta. Va a la oficina, pelea con su esposa y toma sopa de col". Se puede objetar, no sin cierta razón, que la gente viaja al Polo Norte, y que, si es cierto que no se cae de los témpanos de hielo, emprende aventuras tan peligrosas como esta, y que no hay motivo alguno en el mundo para que un autor no escriba buenos cuentos sobre ello. Naturalmente no basta que la gente vaya a sus oficinas y tome sopa de coles, y no creo que Chejov pensara que bastara. Para que haya cuento, necesariamente debe robar dinero en la oficina o aceptar ser sobornado, pegarle y engañar a su mujer y, cuando coma sopa de coles, hacerlo con algún significado. De este modo se transforma todo ello en el símbolo de una feliz vida doméstica o de la angustia de una existencia frustrada.

La práctica médica de Chejov, aunque inestable, lo puso en contacto con toda clase de personas: campesinos, obreros, dueños de fábricas, mercaderes y empleados fiscales de más o menos categoría y que tenían un importante papel en la vida pública del pueblo, y terratenientes que, por la liberación de sus siervos, se vieron reducidos a la pobreza. No parece haber tenido contactos con la aristocracia, y solo conozco un cuento, el amargo cuento titulado "La princesa", donde aparece esta clase social. Escribía con cruel candor sobre la impresión de los latifundistas que dejaban que sus propiedades llegaran al caos y a la ruina; de la desgraciada multitud de obreros fabriles que vivían al borde de la inanición, trabajando doce horas diarias para que sus patrones pudieran agregar a sus propiedades otras propiedades; de la vulgaridad y voracidad de la clase mercantil; de la inmundicia, embriaguez, brutalidad, ignorancia y pereza de los campesinos, mal pagados y siempre hambrientos, y de las cuevas malolientes e infectas en que habitaban. Chejov sabía dar extraordinario realismo a los hechos que contaba. Aceptamos lo que nos dice tal como aceptamos el relato de un reportero fidedigno. Claro es que Chejov no era un mero reportero: observaba, adivinaba, seleccionaba y combinaba. Como dijo Koteliansky: "Chejov, en su maravillosa objetividad, pasando por encima de dolores y alegrías personales, lo sabía y veía todo; podía ser cariñoso y tierno sin amar, generoso y simpático sin tener afectos, benefactor sin esperar recompensa".

Pero esta impasibilidad de Chejov resultaba injuriosa a muchos de sus colegas escritores y lo atacaron salvajemente. Le echaban en cara su aparente indiferencia ante los acontecimientos sociales de su época. Los intelectuales exigían que todo escritor ruso tratara esos problemas. La respuesta de Chejov fue que el autor cumplía su cometido narrando los hechos y dejando a los lectores

las consecuencias. Insistía en que el artista no está obligado a resolver problemas de especialistas. “Para los problemas técnicos, decía, tenemos especialistas; su oficio consiste en juzgar la comunidad, el destino del capitalismo, lo repudiable de la embriaguez…”

Esto es bastante razonable. Pero como se trata de un punto de vista que parece haber sido discutido demasiado en el mundo de las letras me atreveré a citar algunas observaciones que hice años atrás en una conferencia. Un día leí, siguiendo mi costumbre, la página que uno de nuestros mejores semanarios dedica a comentar la literatura del día. El crítico empezaba su artículo acerca de una obra de ficción con las palabras siguientes: “El señor Fulano de Tal no es sino un mero cuentista”. La palabra mero se me atravesó en la garganta y aquel día, como Paolo y Francesca en otra ocasión, no seguí leyendo. El crítico era un novelista muy conocido y, aunque no he tenido la suerte de leer alguna de sus obras, no dudo de que sean admirables. Pero de su observación yo no puedo dejar de concluir que un novelista deba ser más que un novelista. Parece obvio que él piensa que, en el mundo revuelto en que vivimos, es una frivolidad que un autor escriba novelas destinadas solo a que el lector pase algunas horas agradables. Esta misma opinión prevalece en algunos escritores actuales. Tales obras son, como bien sabemos, descartadas por “escapistas”. Este vocablo debe descartarse del vocabulario de los críticos. Todo arte es “escapista”, tanto las sinfonías de Mozart como los paisajes de Constable. ¿Acaso leemos los sonetos de Shakespeare o las odas de Keats por algo que no sea el agrado que nos producen? ¿Por qué hemos de pedir más a un novelista de lo que pedimos a un poeta, a un compositor, a un pintor?

De hecho, no existe algo que sea un mero cuento. Aunque su autor lo escriba sin más intenciones que la de hacerlo legible, sin querer, a veces, hará una crítica de la vida. Cuando Rudyard Kipling, en sus *Plane Tales of the Hills*, escribió acerca de los civiles hindúes, los oficiales jugadores de polo y sus esposas, lo hizo con la ingenua admiración de un joven periodista de origen modesto, deslumbrado por lo que él consideró fascinante. Es extraño que en su época nadie viera la dura acusación al poder supremo que encerraban esos cuentos. Hoy no se pueden leer sin pensar que era inevitable que los británicos, tarde o temprano, se verían forzados a perder su dominio en la India. Igual cosa pasaba con Chejov. Trataba de ser objetivo, procuraba describir la vida con veracidad, y es imposible leer sus cuentos sin sentir que la brutalidad e ignorancia sobre las que escribió, la corrupción, la miserable pobreza de los humildes y la despreocupación de los ricos acabarían necesariamente en una revolución sangrienta.

Supongo que mucha gente lee obras de ficción porque no tiene nada mejor que hacer. Lee por agrado, y es lo que se debe hacer. Pero algunos buscan en sus lecturas distintos placeres que otros. Hay quienes buscan el placer de reconocerse en ellas. Los lectores de las *Barchester Chronicles*, de Trallope, las leen con íntima satisfacción porque retratan el tipo de vida que ellos mismos

llevaron. En su mayor parte estos lectores pertenecen a la alta clase media, y se sienten a gusto con la alta clase media que describe Trallope. Experimentan la misma agradable autocomplacencia que sentían cuando el amable señor Browning les decía: “Dios está en el cielo; todo va bien en la tierra”. El tiempo ha dado a estas novelas el atractivo de *genre*. Las hallamos entretenidas y algo emocionantes (¡qué hermoso era vivir en un mundo donde la existencia era tan fácil para la gente acomodada, y a la postre resultaba todo tan bien!) y tienen la misma clase de encanto que esos cuadros anecdóticos de mediados del siglo XIX, con sus barbudos caballeros de capa y sombrero, y sus hermosas damas de sombreros puntiagudos y crinolinas.

Otros lectores buscan en la novela cosas extrañas y novedosas. El cuento exótico ha tenido siempre sus partidarios. La mayoría de la gente vive existencias asombrosamente aburridas y constituye una forma de descansar de la monótona vida el dejarse absorber un rato por un mundo de arriesgadas y peligrosas aventuras. Sospecho que los lectores rusos de los cuentos de Chejov hallaron en ellos un placer distinto del encontrado por los lectores del mundo occidental. Conocían bien las condiciones de la gente que aquel describió tan nítidamente. En cambio, los lectores occidentales ven en sus cuentos algo nuevo, raro, a veces terrible y depresivo, pero presentado con una veracidad impresionante, fascinadora y hasta romántica.

Solo los muy ingenuos pueden suponer que una obra de ficción ha de dar informes fidedignos sobre temas importantes para sus vidas. Por la naturaleza misma de su capacidad creadora, el novelista es incompetente para tratar dichos asuntos; él no se debe a la razón sino al sentir, al imaginar y al inventar. Es parcial. Los temas elegidos por el escritor, los personajes que crea y su actitud ante ellos, están condicionados por su parcialidad. Lo que escribe es expresión de su personalidad, manifestación de sus instintos, emociones, intuiciones y de su experiencia. Arregla sus datos a veces sin saber cómo, pero otras sabiendo muy bien lo que se propone; después usa su destreza toda para evitar que el lector lo descubra.

Henry James insistía en que el autor de ficción debía dramatizar. Esta es una impresionante, aunque no muy lúcida, forma de decir que el escritor debe arreglar de tal manera los hechos que atrape y mantenga la atención del lector. Fue lo que hizo Henry James, como todos saben bien. Lógicamente, esta no es la forma adecuada para escribir un trabajo científico o informativo. Si los lectores se interesan en los problemas importantes de la actualidad, harán bien en no leer —como lo aconsejaba Chejov— ni novelas ni cuentos cortos, sino obras que traten específicamente de ellos. El fin propio de los autores de ficción no consiste en instruir sino en agradar.

Los escritores llevan vidas oscuras. Ni son invitados a la mesa del alcalde, ni se les nombra ciudadanos honorarios de las ciudades. No es para ellos el honor de

romper una botella de champaña contra el caso de un barco pronto a salir al océano en su viaje inaugural. No se agolpan multitudes, como ocurre con las estrellas de cine, para verlos salir de su hotel y saltar dentro de un Rolls-Royce. Pero tienen sus compensaciones. Desde los tiempos prehistóricos ha habido hombres que, favorecidos por el don creador, han adornado mediante sus obras de arte el feo negocio de la vida. Como puede verlo cualquiera que viaje a Creta, allí fueron decoradas las copas, las tazas y las vasijas no para hacerlas más útiles sino más agradables a la vista. A través de las diversas épocas, los artistas se satisfacieron en forma completa produciendo obra de arte. Si el autor de ficción es capaz de esto mismo, hace todo lo que se le puede exigir dentro de lo razonable. Es un abuso utilizar la novela como púlpito o estrado.

Somerset Maugham
(1939)

CUENTOS ESCOGIDOS

ÍNDICE

La joya robada

Máchenka Pavlezkaya, jovencita recién salida de la pensión, torna del paseo y entra en la casa de Cuchin, donde sirve como institutriz. El portero Miguel que le abre la puerta está agitado y encarnado como un cangrejo.

-De arriba llega un ruido extraordinario. Seguramente al ama le ha dado un ataque... -piensa Máchenka- o bien se habrá peleado con su marido.

En la antesala y en el pasillo se cruza con las doncellas, una de las cuales llora.

Acercándose a su cuarto ve al dueño, Nicolás Serguievitch, que salía de él a toda prisa. No es un hombre viejo; sin embargo, tiene la cara arrugada y ostenta una gran calva. Su cuerpo se estremece... Pasa alzando los brazos y exclama sin advertir la presencia de la institutriz:

- ¡Qué espanto! ¡Qué falta de delicadeza! ¡Tonto! ¡Abominable!

Máchenka entra en su cuarto y experimenta por primera vez en su vida el vivo sentimiento que sufren a menudo las personas condenadas a depender de gente rica. En su cuarto efectúase una pesquisa. El ama de la casa, Fedosia Vasilevna, gorda, de hombros anchos, bigotuda, con espesas cejas negras, de manos encarnadas y modales bruscos, más semejante a una verdulera que a una señora, está al lado de su mesa, recogiendo en el saquito de labores los ovillos de lana, los trozos de telas, los papelitos... Evidentemente no cuenta con ver a la institutriz, porque al volver la cabeza y al advertir su presencia su rostro pálido y asombrado turbóse ligeramente y balbucea:

-Dispénseme... he... he derramado esto sin querer... lo enganché con la manga...

La señora Cuchin añade algo más y sale majestuosamente. Máchenka echa una mirada en derredor suyo, y se siente temerosa, sin saber por qué. ¿Qué busca Fedosia Vasilevna en su bolsa? Si es verdad que involuntariamente la enganchó y la derramó, ¿por qué Nicolás Serguievitch salía del cuarto tan agitado? ¿Por qué un cajón de la mesa está entreabierto? ¿Por qué la alcancía donde la institutriz deposita las moneditas y los sellos usados está también abierta? No han sabido

cerrarla. La estantería, la mesa, la cama, todo presenta huellas de pesquisas. Lo propio se nota en el cesto de la ropa blanca. La ropa está eviaentemente doblada de distinto modo que ella acostumbra. Por lo visto todo ha sido revuelto, escudriñado; pero ¿cuál es el motivo? Máchenka, acordándose de la faz turbada del portero, de su agitación, que continúa aún, de la cara llorosa de la doncella, quiso explicarse... ¿Si habrá en el fondo de todo esto algún crimen? Máchenka, trastornada, siéntase en el cesto de la ropa.

La doncella entra.

-Lisa, ¿sabe usted por qué han hecho pesquisas en mi cuarto?

-A la señora le falta un broche de dos mil rublos -responde Lisa.

-¿Qué tiene que ver eso con lo que ha ocurrido aquí? -dice con asombro la institutriz.

-Han registrado a todos, y a mí también. Hemos tenido que desnudarnos por completo ... Dios es testigo de que no solamente yo no tenía el broche, sino que ni siquiera me acerqué al tocador ... Así se lo diré a la policía.

-Pero ¿para qué buscarlos entre mis efectos? -añadió la institutriz.

-¡Pero no le digo a usted que han robado el broche de la señora! Ella personalmente ha hecho todas las pesquisas. Incluso ha registrado al portero Mijaib. ¡Una vergüenza! El señor, que lo presenciaba, no se ha opuesto a ello, limitándose a cacarear como una gallina. Pero tranquilícese, señorita, no tiemble así. En su cuarto no han encontrado nada. Como usted no es la que cogió el broche, no tiene para qué apurarse.

-Pero es una ofensa... un ultraje... -dice Máchenka, sofocada de indignación- es abominable... es una vileza... ¿Qué derecho tiene ella de sospechar de mí y buscar entre mis cosas?

-Vive usted en una casa ajena, joven -replica Lisa. Es usted una señorita; pero, a pesar de todo..., se la cuenta a usted en el número de los criados... No es lo mismo que vivir en casa de sus padres...

Máchenka rompe en sollozos. Nunca le habían inferido tamaña injuria. Ella, una señorita bien educada, fina, es sospechosa de haber robado, y la registran como a una cualquiera. No puede nadie imaginarse mayor afrenta. A este sentimiento únese el temor de lo que

pueda ocurrir en lo futuro. Quizá la detendrán, la desnudarán, la meterán en la cárcel obscura, fría, llena de ratones y escarabajos.

¿Quién la defenderá? Sus padres viven lejos; no tienen recursos para el viaje. Ella está sola en la capital, sin amigos, sin parientes. Pueden permitirse con ella todo lo que quieran.

«Buscaré a los jueces, a los abogados... -pensaba Máchenka temblorosa- les contaré todo, prestaré juramento... me creerán, pues no soy una ladrona...»

Máchenka se acuerda de pronto que, en su cuarto, entre la ropa, tenía algunos dulces que le sobraban de las comidas y que se echaba al bolsillo. La idea de que ese pequeño misterio hubiera sido descubierto por los dueños le dió tanta vergüenza, que se ruborizó y sintió latidos en las sienes.

-¡La comida está servida!

Máchenka se arregla los cabellos, se pasa por la cara una toalla mojada y se encamina al comedor. Ya han empezado a comer... A un extremo de la mesa está Fedosia Vasilevna, orgullosa, muy seria. Al otro, Nicolás Serguievitch. A los lados, los convidados y los niños. Dos lacayos sirven la comida. Todos saben que la dueña tiene un disgusto y callan. No se oye más ruido que el producido al masticar y deglutir.

-¿Qué hay para tercer plato? -interroga Fedosia Vasilevna con voz angustiada.

-Esturiones al Rin -contesta el criado.

-Lo he encargado yo, Fenia -dice Nicolás Serguievitch. Hoy se me antojó comer pescado. Si no te gusta, que no lo sirvan...

A Fedosia Vasilevna no le agradan los platos que ella misma no ha encargado. Sus ojos se inundan de lágrimas.

-¡Ea! Se ha agitado usted demasiado -dice melosamente Mamikof, su médico, sonriendo con dulzura. Es usted excesivamente nerviosa. Olvide lo del broche... ¡La salud vale más que dos mil rublos!

-No siento los dos mil rublos -replica la dueña, y una lágrima corre por sus mejillas. Es el hecho en sí lo que me trastorna. No puedo permitir que haya ladrones en mi casa. No siento nada... nada; pero robarme a mí... es una ingratitud... ¿Así me pagan mis bondades?

Todos miran sus platos; pero a Máchenka parécele que todos se fijan en ella. Siente como una opresión en la garganta y rompe a llorar, tapándose la cara con su pañuelo.

-Dispénsenme -balbucea; la cabeza me duele... me voy...

Levántase torpemente, haciendo ruido con al silla y, turbándose aún más, sale del comedor.

-¡Dios mío! ¿A qué practicar pesquisas en su cuarto? -dice Nicolás Serguievitch. Ha sido una torpeza...

-Yo no digo que sea ella la que ha cogido el broche -contesta Fedosia Vasilevna; pero ¿puedes tú responder por ella?

-Claro que no... Pero registrarla ha sido una torpeza... Además, la ley no te confiere derecho para hacerlo.

-Yo no conozco vuestras leyes; lo que sé es que me han robado el broche y quiero encontrarlo. ¡Y lo encontraré!... -exclamó encolerizada y dando un golpe con su tenedor en el plato. Y tú, come y no te metas en mis asuntos.

Nicolás Serguievitch suspira y baja tímidamente los ojos.

Entretanto, Máchenka llega a su cuarto y déjase caer en la cama. Ya no siente temor ni vergüenza; siéntese presa de un deseo irresistible de ponerse ante aquella mujer altiva, insensible, estúpida y feliz, y abofetearla. Piensa qué placer sería el suyo si pudiera ir en aquel momento a comprar un broche de lo mejor y arrojárselo a la cara; gózase con la idea de que Fedosia Vasilevna perdiera toda su fortuna y se viera obligada a pedir limosna, en tanto que ella, Máchenka, la ofendida por su altivez, le prestara auxilio... ¡Ah! Entonces comprendería las amarguras de la miseria y de la esclavitud. ¡Ah, si fuera posible recibir una herencia, comprar un coche y pasar ruidosamente por delante de sus ventanas!...

Pero todo eso era ilusorio; en realidad, no había sino abandonar sin tardanza la casa. Por otra parte, ¡qué terrible era volver a vivir en casa de su familia, donde faltaba lo más preciso! Máchenka no se siente capaz de ver de nuevo a la dueña ni de seguir viviendo en su cuartito, donde se asfixia.

Fedosia Vasilevna, medio loca con su pretendido aristocratismo y sus enfermedades imaginarias, le inspira horror, y todo lo que se relaciona

con aquella mujer parécele feo e insoportable. Máchenka salta de la cama y empieza a embalar su equipaje.

-¿Puedo entrar? -pregunta en voz baja, del otro lado de la puerta, Nicolás Serguievitch, que se había acercado sigilosamente. ¿Se puede?

-Entre usted.

Nicolás empuja la puerta. Sus ojos están velados y su nariz roja brilla. Después de comer solía beber cerveza, y esto dejábase notar en su modo de caminar y en la flojedad de sus manos.

-¿Qué es esto? -pregunta.

-Embalo mis cosas. Usted me dispensará, Nicolás Serguievitch; pero me es imposible seguir en su casa. Me siento profundamente humillada.

-Lo comprendo... pero es demasiado; ¿para qué? Han hecho un registro... ¿Qué tiene usted que ver con eso? Por ello no le ha ocurrido nada malo...

Máchenka calla y prosigue la operación. Nicolás Serguievitch atúsase los bigotes, buscando argumentos.

-Lo comprendo muy bien; pero hay que ser condescendiente. Usted sabe muy bien que mi mujer es muy nerviosa y que no se la puede tomar en serio...

Máchenka continúa callada.

-Si hasta tal punto se siente usted ofendida -añade Nicolás Serguievitch, ¿quiere usted que le dé mis excusas? Dispénseme...

Máchenka no contesta; pero se inclina más sobre su baúl. Este borrachín sin carácter no representaba nada en su casa. Desempeña un papel nulo a los ojos de todos, incluso de la servidumbre, y sus excusas carecen de valor...

-¡Hum!... Se calla usted... ¿No le basta? En tal caso, le presento mis excusas en nombre de mi mujer. En su nombre, repito... ella procedió mal y sin delicadeza; lo confieso como caballero...

Nicolás Serguievitch da un paseo por el cuarto, suspira y prosigue:

-Veo que usted no me permite que mi conciencia se tranquilice...

-Pero yo sé que usted no tiene la culpa -dijo Máchenka fijando en él sus grandes ojos llorosos.

-Naturalmente... Sin embargo... no se marche usted... se lo ruego...

Máchenka mueve negativamente la cabeza. Nicolás áerguievitch párase ante la ventana y golpea los cristales.

-Para mí, estos disgustos son un verdadero martirio... ¿Quiere usted que me ponga de rodillas? La han humillado, usted llora y quiere marcharse; pero yo también tengo mi orgullo, y usted no hace caso. ¿O quiere usted que le diga una cosa que no me atrevería a decir ni en la confesión? ¿Quiere usted que le confiese lo que no diré sino en la hora de mi muerte?

Máchenka sigue muda.

-Soy yo quien ha cogido el broche de mi mujer. ¡Ya está usted satisfecha! Sí, soy yo quien lo ha cogida... Naturalmente, confío que usted no se lo dirá a nadie... Por Dios, ni una palabra a nadie, ni siquiera una alusión.

Máchenka, entre asustada y asombrada, sigue embalando su ropa. Coge sus efectos y los tira al azar en la maleta y en el cesto. Después de la confesión de Nicolás Serguievitch no puede quedarse un solo momento, ni sabe qué partido tomar.

-En esto no hay nada asombroso -prosigue al cabo de un rato Nicolás Serguievitch. Es una cosa completamente natural... Necesito dinero, y ella me lo niega. Todo lo que hay aquí procede de mis padres, todo. Ese broche era de mi madre. Pero mi mujer se apoderó de todo... Usted se hará cargo. Yo no la puedo llevar a los tribunales ... Le suplico que me perdone... ¡Quédese!... Comprender es perdonar. ¿Se queda usted?

-¡No! -afirma Máchenka temblando, pero enérgica. Déjeme que me vaya.

-¡No, no! Que Dios la bendiga -suspira Nicolás Serguievitch, sentándose en un banquito junto a la maleta. Confieso que admiro a quienes saben aún indignarse y ofenderse. Me quedaría aquí una eternidad mirando su cara irritada... ¿De modo que no quiere usted ouedarse? Lo correcto... esto no puede ser... es natural... pero ¿qué he de hacer yo? ¿Marcharme a una de nuestras fincas? Allí tampoco hay más que dependientes de mi mujer. Todos, administradores y colonos, ¡que el diablo se los lleve!, no hacen más que hipotecar y rehipotecar. ¡Bribones!

-¡Nicolás Serguievitch! -grita desde la escalera la voz de Fedosia Vasilevna.

-¿De modo que no se queda usted? -insiste Nicolás Serguievitch levantándose y dirigiéndose hacia la puerta. Quédese usted; vendré a verla en su cuarto... charlaremos... Cuando usted se vaya no quedará en la casa un rostro humano. ¡Qué horrible perspectiva!

La cara pálida de Nicolás Serguievitch suplica; mas Máchenka mueve negativamente la cabeza. Él hace un gesto desesperado y sale.

Media hora después Máchenka está en camino.

La venganza

León Savitch Turmanof, uno de los tantos individuos con pequeño capital, joven esposa y calvicie inveterada, está jugando al bridge en casa de uno de sus compañeros. Después de perder una fuerte suma experimenta un calor desusado y acuérdase que aun no ha tomado una copita de vodka. Levántase, pasa por entre las mesas, atraviesa el salón, en el que la juventud habla, y se detiene allí un instante, mirando en derredor suyo con sonrisa indulgente; en fin, métese por una puertecita que comunica con el comedor, donde en una mesa circular figura toda una batería de botellas y garrafas con varias clases de aguardientes y licores. En otro lado de la mesa están los entremeses, sin olvidar los arenques en su lecho de cebolla y perejil, que atraen todas las miradas. León Savitch se acerca, bebe una copita, hace una ligera mueca y prepárase a comer un arenque, cuando una voz resuena detrás de la pared.

-Estoy de acuerdo -dice con desenvoltura una voz de mujer; pero ¿cuándo va a ser ello?

-¡Es mi mujer! ¿Con quién diablos conversa?

-Piensa León Savitch.

-Cuando quieras, alma mía -replica una voz de bajo profundo. Hoy, sin embargo, no es posible; mañana estaré ocupado todo el día.

-Es Degtiaref...

León Savitch lo reconoce por la voz. Degtiaref, uno de sus mejores camaradas.

-¿Tú también? ¡Ah! ¡Idiota! -murmura León Savitch. Ella tendrá la culpa de seguro. ¡Qué mujer tan insaciable! Cada semana tiene una nueva aventura.

-Mañana -repite la voz de bajo- estaré sumamente ocupado, como te he dicho; escríbeme, si quieres, mañana; me causará gran satisfacción recibir una carta tuya. Habrá que organizar nuestra correspondencia. Habrá que inventar algo; hacer que el cartero no pueda enterarse de lo que yo te escriba, y arreglarnos de modo que mi cara mitad no se entere durante mi ausencia de lo que tú me escribas.

-¿Qué hacer, pues?

-Utilizar la servidumbre, ni pensarlo.

-Oye, chiquilla; ya di con una combinación extraordinaria. Mañana, a las seis en punto de la tarde, saldré de mi despacho y me dirigiré al Parque, con cuyo inspector necesito hablar; procura colocar tu esquelita en el jarrón de mármol que está a la derecha de la glorieta. ¿Te acordarás? Pero no tardes. Ha de ser antes de las seis precisamente.

-Está bien, así lo haré.

-Idea poética, misteriosa y nueva. ¿Cómo se lo van a imaginar el panzudo de tu marido y mi costilla?... ¿Has entendido?

León Savitch apura una segunda copita y torna a la mesa de juego. Su descubrimiento no le causa ni rencor ni asombro. Antaño se indignaba, promovía escenas, reprendía y hasta pegaba. ¡Cuán lejanos se hallaban aquellos tiempos! Doce años han transcurrido; los encantos de su esposa le son del todo indiferentes y sus amores le tienen perfectamente sin cuidado. No obstante, en esta ocasión, su amor propio se siente ofendido. En el coloquio que acaba de oír se le han aplicado calificativos que él consideraba no merecer.

-¡Valiente canalla es ese Degtiaref! -dice para sus adentros, mientras apunta sus nuevas pérdidas en el *bridge*. Al encontrarse conmigo pone buena cara, parece que soy su mejor amigo, muéstrase tan contento y satisfecho, que poco le falta para abrazarme; mas a espaldas mías ¡buenos cumplidos me suelta! Me llama pavo, panzudo y otras lindezas.

Pierde continuamente, y a cada pérdida siéntese más ofendido.

-¡Pillete! ¡Sinvergüenza! -Piensa.

Sus dedos estrujan el yeso hasta desmenuzarlo. Durante la cena no puede mirar a Degtiaref, el cual no cesa de interrogarle sobre su aspecto triste, su suerte en el juego y otras cosas semejantes. Hasta tiene el descaro de aprovecharse de su calidad de amigo íntimo para regañar a su mujer por lo mal que cuida a su esposo. Entretanto, ella se ríe, le mira con aire afable, charla...; el diablo en persona no hubiese puesto en duda su fidelidad.

Al regresar, León Savitch siéntese descontento, como si en vez de ternera le hubiesen servido para cenar un chanclo viejo. La charla de su esposa no le permite olvidar lo de pavo, etc.

-¡Le hartaría de cachetes! ¡El miserable! -piensa. Le daría algún desaire público... Le mataría en duelo... o le haría perder su empleo... No estaría mal sacar la carta del jarrón y poner en su sitio algo asqueroso... una rata muerta... por ejemplo.

Turmanof entretúvose largo rato con estas imaginaciones.

-¡Yo sé lo que tengo que hacer! -exclama con alegría. ¡Qué idea! ¡Magnífica!

Cuando su mujer se queda dormida, siéntase a la mesa, coge la pluma, y contrahaciendo su letra, escribe la carta siguiente:

«Al comerciante Dulinof. Muy señor mío: Si hoy, 12 de septiem-bre, a las seis de la tarde, no coloca usted en el jarrón de mármol al lado de la glorieta del jardín público 200 rublos, será usted asesinado y una bomba será depositada en su almacén.»

Acabando esta carta, León Savitch da un brinco de satisfacción.

-¡Soberbia idea! ¡¡Magnífica!¡ Es venganza digna de Satanás! -piensa, frotándose las manos. El tendero se asustará, naturalmente; requerirá el auxilio de la policía; mandarán seguramente algunos agentes para que observen el jarrón; probablemente les ordenarán esconderse en el matorral, y a las seis, en cuanto introduzca la mano para tomar la esquela, ¡lo cogerán! ¡Buen susto se llevará! Tendrá tiempo para meditar sobre sus amores mientras que se instruyan las averiguaciones y el asunto se ponga en claro... ¡Viva!

León Savitch pega el sello y personalmente lleva la carta al buzón. Duérmese con sonrisa de satisfacción y pasa la noche soñando en cosas agradables. Por la mañana, al recordar su hazaña, se pone a cantar y hasta acaricia el rostro de su esposa. En su oficina sonríe de continuo, representándose el terror de Degtiaref al caer en la trampa...

Antes de las seis puede calmar su impaciencia y se va corriendo al jardín público para regodearse con la situación deseaperada de su amigo.

-¡Ya están allí! -piensa viendo a un polizonte.

Al llegar a la glorieta se sienta debajo del matorral y clava sus miradas en el jarrón. Su impaciencia no tiene límites. A las seis en punto Degtiaref aparece. Por lo visto, el joven se halla de excelente humor. Lleva

el sombrero de copa echado hacia atrás y su abrigo entreabierto; silba un aire alegre y fuma un cigarro.

-¡Ahora vas a conocer al pavo y al panzudo! ¡Aguarda un ratito! -se dice Turmanof.

Degtiaref se acerca al jarrón y mete en él la mano.

León Savitch se incorpora, devorándole con los ojos. El joven extrae del jarrón un pequeño paquete, lo inspecciona por todos los lados, encogiéndose de hombros, y lo abre, vacilante... De nuevo se encoge de hombros y el asombro se dibuja en sus facciones. El paquete contiene dos billetes de cien rublos. Durante largo rato contempla Degtiaref los billetes; finalmente, sin dejar de encogerse de hombros, se mete los rublos en el bolsillo y exclama:

-Muchas gracias.

El desgraciado León Savitch oye esta frase. Luego se pasa toda la noche delante de la tienda de Dulinof, amenazándole con los puños cerrados y murmurando con indignación:

-¡Cobarde! ¡Tendero infame! ¡Alma de liebre!... ¡Cobarde!...

Entre chiquillos

Papá, mamá y la tía Nadia no están en casa. Están convidados a un bautizo en casa de aquél oficial anciano que tiene una burrita gris.

Esperándolos, Gricha, Ania, Aliocha, Sonia y el hijo de la cocinera, Andrei, hállanse en el comedor, sentados alrededor de la mesa jugando a la lotería. Es la hora de irse a acostar, pero ¿quién puede dormir sin saber por mamá qué hacía el niñito cuando lo bautizaron, y qué cenaron...? La mesa, alumbrada por una lámpara, está cubierta de papelitos, cifras, cáscaras de avellanas y trocitos de cristal.

Delante de cada uno hay dos cartones de lotería y un montoncito de cristalitos para tapar las cifras. En medio de la mesa hay un platillo con cinco moneditas de a cinco *kopeks*. Al lado del platillo se encuentra una manzana medio comida, unas tijeras y un plato donde echar las cáscaras.

Los niños juegan dinero: cada apuesta es de un *kopek*. La condición: si uno hace trampa, será expulsado inmediatamente. En el comedor no hay nadie más que los jugadores. El aya, Agafia Ivanovna, está abajo en la cocina enseñando a la cocinera cómo se corta un vestido, y el hermano mayor, Vasia, alumno de la quinta clase del Gimnasio, hállase tendido en el sofá de la sala y se aburre por no tener nada que hacer.

Se juega con mucho afán. Gricha es el más entusiasta. Es un niño de nueve años, completamente pelado, de cara redonda y labios gordos, como los de un negro. Está en la primera clase y por esto lo consideran como el más sabio y el mayor. Juega exclusivamente por el afán de ganar; si no hubiera *kopeks* en el platillo, dormiría tiempo ha. Sus ojuelos pardos corren intranquilos y recelosos por los cartones de los jugadores. El miedo de perder, la envidia y las combinaciones numéricas llenan su cabeza pelada y no le permiten concentrarse; se mueve en su silla como si estuviese sentado sobre alfileres. Cuando gana toma el dinero con avidez y lo esconde inmediatamente en el bolsillo. Su hermana Ania, de ocho años, con inteligentes y brillantes ojos y barbilla en punta, también tiene miedo de que los otros ganen; palidece, enrojece de emoción y vigila atentamente a los jugadores. Pero

los *kopecs* no le interesan; es la suerte la que reviste importancia para ella; es cuestión de amor propio.

La otra hermana, Sonia, tiene seis años, cabecita rizada y una tez como solamente se ven en los niños muy sanos o en las muñecas. Juega solamente para distraerse. Su cara está alegre, aplaude y se ríe ante cada ganancia, cualquiera sea el ganador.

Aliocha es un chiquitín redondo como un bolo; sopla y mira los cartones; para él no hay avidez ni amor propio. Si no lo mandan a dormir ni lo echan de la mesa, ya está contento. Tiene un aspecto tranquilo; pero en realidad es un granuja. No juega por distracción sino por las riñas que son inevitables en el juego. Disfruta cuando hay una pelea o alguno pega a otro. Hace tiempo que siente una pequeña necesidad; pero no se atreve, por el temor de que le sustraigan sus cartelitos y sus *kopeks*. No conoce más cifras que las primeras y las que acaban en cero; su hermana Ania lo ayuda y tapa por él sus cartones.

El quinto jugador es el hijo de la cocinera, Andrei; es moreno y enfermizo; está vestido con una blusa de algodón; lleva al cuello una crucecita de cobre. Está inmóvil y fija su mirada soñadora en los números. A éste la ganancia y los éxitos ajenos lo dejan indiferente; está por completo sumergido en la aritmética del juego y su sencilla filosofía. ¡Qué de cifras hay en el mundo! ¿Cómo no se embrollan?

Todos, a excepción de Sonia y Aliocha, cantan los números por turno. Como éstos se repiten con frecuencia, los hay que llevan apodos; así, el siete se nombra “el gancho”; el once, “los patitos”; el noventa, “el abuelo”, etcétera. El juego sigue con viveza.

-¿El treinta y dos! -exclama Gricha, metiendo la mano en el sombrero de su padre, donde están los pequeños cilindros amarillos-. ¡Dieciocho!... ¡El gancho! ¡El veintiocho!

Ania ve que Andrei no ha notado que tiene el veintiocho en sus cartones; se lo hubiera advertido en otro tiempo, pero ahora triunfa, porque en el platillo, al par del dinero, está puesto su amor propio.

-¡El veintitrés! -sigue Gricha-. ¡El abuelo! ¡El nueve!

-¡Una cucaracha! ¡Una cucaracha! -exclama Sonia, señalando una que corre por la mesa.

-No la mates -dice Aliocha en voz baja-; quizá tenga hijitos...

Sonia sigue con los ojos a la cucaracha y reflexiona cómo será su casa y qué pequeños han de ser sus hijitos.

-¡El cuarenta y tres! ¡El uno! -continúa Gricha, padeciendo ante la idea de que Ania tiene ya casi todos los números tapados-. ¡El seis!

-¡He ganado! ¡He ganado! -grita Sonia, levantando los ojos y chillando.

Las caras de los jugadores se estiran.

-¡Hay que comprobar!- dice Gricha mirando a Sonia con odio.

Aprovechándose de su fama de mayor y más inteligente, Gricha se ha adjudicado el derecho de litigar las diferencias. Se hace todo lo que él manda. Durante mucho tiempo y con minuciosidad comprueban los cartones de Sonia; pero, con grave disgusto de los jugadores, todo está en regla y no hay trampas.

Empieza otra partida.

-¡Qué cosa he visto ayer! -dice Ania hablando como consigo misma-. Filip Filipovitch se volvió sus párpados y sus ojos se pusieron encarnados, terribles, como los de un diablo…

-¡Yo también lo vi! -contesta Gricha-. ¡El ocho! Tenemos en la clase un discípulo que mueve las orejas… ¡El veintisiete!

Andrei levanta la mirada hacia Gricha y dice:

-Yo también sé mover las orejas…

-¡A ver… muévelas!

Andrei mueve los ojos, los labios y los dedos. Le parece que sus orejas se ponen también en movimiento. Risa general.

-Es un hombre malo este Filip Filipovitch -prosigue Sonia-; ayer entró en nuestro cuarto y yo estaba en camisa. Me avergoncé…

-¡He ganado! -grita con toda su fuerza Gricha, tomando apresuradamente el dinero del platillo-. ¡He ganado! ¡Pueden comprobar!

El hijo de la cocinera palidece, levanta los ojos y balbucea:

-En tal caso, no puedo jugar más.

-¿Por qué?

-Porque… porque no tengo más dinero.

-Sin dinero no se puede jugar -decide Gricha.

Andrei rebusca por si acaso en sus bolsillos. No encuentra nada más que migajitas de pan y un lapicerito medio roído. Su boca se contrae y se le nublan los ojos; llorará en seguida...

-Te prestaré -dice Sonia, no pudiendo ver su cara de mártir-; pero no olvides de devolvérmelo.

Sonia pone el dinero y el juego vuelve a empezar.

-Parece que se oyen campanas -dice Ania.

El juego se interrumpe; todos miran por la ventana oscura con la boca abierta. En la oscuridad se ve el reflejo de la lámpara.

-Te pareció...

-Por la noche las campanas solamente suenan en el cementerio -declara Andrei.

-¿Por qué suenan allí las campanas?

-Para que los bandidos no entren en la iglesia... ellos temen el campaneo.

-¿Y para qué tienen los bandidos que entrar en la iglesia de noche? -pregunta Sonia.

-Para matar a los guardianes; todo el mundo lo sabe.

Todos quedan silenciosos algunos momentos y se miran unos a otros, temerosos.

El juego prosigue. Esta vez gana Andrei.

-¡Ha hecho trampas! -declara repentinamente Aliocha.

Andrei palidece, contrae la boca, y ¡pam!, le da a Aliocha un golpe en la cabeza. Éste abre desmesuradamente los ojos, salta furioso encima de la mesa y a su vez le da a Andrei un bofetón... Se reparten algunos cachetes más y se echan a llorar... Sonia, que no puede soportar horrores semejantes, llora también y el comedor retiembla de sollozos. Pero no se crea que el juego termina por este motivo. No transcurren cinco minutos sin que los niños vuelvan a charlar pacíficamente y a reír. Las caras están aún llorosas; pero a pesar de esto sonríen. Aliocha está satisfechísimo: ¡Ha habido pelea!

En el comedor entra Vasia, el colegial de quinta clase. Su aspecto es dormilón y desencantado.

-¡Es abominable! -murmura notando cómo Gricha tienta su bolsillo, en el que suenan los *kopeks*-. ¡Cómo se puede dar dinero a los

niños y permitirles jugar a juegos de azar! ¡Buena educación!... ¡Abominable!

Pero los niños juegan con tanto afán que lo asalta el deseo de probar también su suerte y de distraerse con ellos.

-¡Aguarden un momentito, yo jugaré también!

-Pon un *kopek*.

-¡Ahora! -dice buscando en sus bolsillos-. No tengo *kopeks*; tengo un rublo. ¡Pongo un rublo!

-¡No, no, un *kopek*!

-¡Son unos estúpidos! El rublo vale más que un *kopek* -les explica-; el que gane me dará el vuelto.

No, no; haz el favor de irte.

El colegial encoge los hombros y se dirige a la cocina a pedir a los criados alguna moneda suelta; pero en la cocina no hay monedas sueltas.

-En tal caso, cámbiame el rublo- le pide a Gricha al volver de la cocina-; te pagaré por el cambio. ¿No quieres? Entonces, véndeme diez *kopeks* por un rublo.

Grica mira a Vasia de reojo; sospecha algún engaño... no se fía.

-¡No quiero! -repite, y aprieta su bolsillo.

-Vasia, te prestaré yo -dice Sonia-. ¡Siéntate!

El colegial se sienta y pone delante de sí dos cartones. Ania lee las cifras.

-¡Se me ha caído un *kopek*! -exclama Gricha inquieto-. ¡Esperen!

Toman la lámpara y se arrodillan debajo de la mesa en busca del *kopek*. Se empujan con las cabezas; sus manos sólo encuentran cáscaras de nueces, pero no el *kopek*. Vuelven otra vez a buscarlo, hasta que Vasia le quita a Gricha la lámpara de las manos y la pone en su sitio. Gricha sigue su pesquisa a oscuras.

Por fin encuentra el *kopek*. Los jugadores vuelven a sentarse y quieren proseguir el juego.

-Sonia está dormida -declara Aliocha.

Sonia tiene su cabecita rizada puesta sobre los brazos cruzados y duerme un sueño dulce y tranquilo, como si estuviera en su cama. Se ha dormido sin notarlo mientras los otros buscaban el *kopek*.

-Anda, échate en la cama de mamá; acuéstate -le dice Ania sacándola del comedor-. ¡Vámonos!

Todos la acompañan, y cinco minutos después la cama de mamá ofrece un espectáculo sorprendente: Sonia duerme; al lado suyo ronca Aliocha; Gricha y Ania tiene las cabezas descansando en las piernas de sus hermanas y están igualmente dormidos, así como el hijo de la cocinera, acurrucado al pie de la cama. Alrededor están esparcidos los *kopeks*, que han perdido su valor hasta el próximo juego. ¡Buenas noches!

La dama del perrito
I

Decían que en la costanera apareció una figura nueva: una dama con un perrito. Dmitry Dmitrich Gúrov, que ya llevaba dos semanas en Yalta y se había acostumbrado al lugar, empezó, también él a sentir interés por las caras nuevas. Sentado en el pabellón Vernet, vio pasar por la costanera a una dama joven, rubia, de mediana estatura y tocada con una boina; tras ella corría un blanco perro de Pomerania.

Después la encontraba varias veces por día en el parque de la ciudad y en el jardín público. Paseaba siempre sola, con la misma boina, acompañada por el perrito blanco; nadie sabía quién era y la llamaban simplemente: la dama del perrito.

"Si está aquí sin marido y sin conocidos –cavilaba Gúrov—no estaría de más trabar amistad con ella".

No había cumplido aún los cuarenta, pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos colegiales. Lo habían casado temprano, cuando cursaba el segundo año de estudios en la Universidad, y ahora su mujer parecía mucho mayor que él. Era una mujer alta, de cejas oscuras, erguida, de modales graves y reposados; ella misma solía decir que era una mujer pensante Leía mucho, escribía cartas con ortografía modernizada y al marido lo llamaba Dimitry en lugar de Dmitry, mientras que éste, para sus adentros, la consideraba estrecha, mediocre y poco elegante; le tenía miedo y sentía pocas ganas de estar en casa. Hacía mucho tiempo ya que la engañaba lo hacía con frecuencia y por esta causa, probablemente, siempre hablaba mal de las mujeres; cuando se hablaba de ellas en su presencia, solía acotar:

-¡Raza inferior!

Le parecía que su amarga experiencia le otorgaba suficientes derechos para llamarlas de cualquier manera, no obstante, lo cual no podía pasar ni dos días sin la –raza inferior‖. La compañía de hombres le resultaba aburrida, no se sentía a gusto con ellos y se volvía parco y frío, mientras que con las mujeres era desenvuelto, sabía de qué hablar y cómo conducirse; hasta le resultaba fácil permanecer callado con ellas. En su físico, en su carácter, en toda su naturaleza había algo

atrayente, inasible, algo que predisponía bien a las mujeres hacia él; sabiéndolo, también él se sentía arrastrado hacia ellas por una fuerza desconocida.

Una larga y, efectivamente, amaga experiencia le había enseñado hacía tiempo que todo acercamiento, que al principio diversifica la vida en forma agradable y constituye una aventura fácil y amable, para las personas decentes –especialmente los moscovitas, indecisos y sedentarios—inevitablemente se transforma en un problema, extraordinariamente complicado, y al final, la situación se torna penosa. Pero en cada nuevo encuentro con una mujer interesante esta experiencia se escurría de la memoria, quedaba el deseo de vivir y todo parecía gracioso y simple.

Una vez, al anochecer, mientras Gúrov estaba comiendo en el jardín, la dama de la boina se acercó sin prisa para ocupar la mesa vecina. La expresión de su rostro, su manera de caminar, su vestido, su peinado le decían que ella pertenecía a la sociedad, que estaba casada, que por primera vez se encontraba en Yalta, que estaba sola y se aburríaEn los relatos sobre la deficiente moralidad local había mucha fantasía y él los despreciaba, sabiendo que aquellas historias, en su mayoría, son, inventadas por personas que gustosamente pecarían si pudiesen hacerlo; pero cuando la dama se sentó en la mesa vecina, a tres pasos de distancia, él recordó esos cuentos acerca de las conquistas fáciles y las excursiones a las montañas y sintióse dominado por la seductora idea de una breve, pasajera relación, un romance, con una mujer desconocida, de quien no sabía ni nombre ni apellido.

Llamó cariñosamente al perro y cuando éste se le hubo acercado, lo amenazó con el dedo. El Pomerania gruñó. Gúrov volvió a amenazarlo.

La dama le dirigió una mirada, pero enseguida bajó los ojos.

-No muerde –dijo, ruborizándose.

-¿Puedo darle un hueso? –y cuando ella asintió con la cabeza, le preguntó afablemente-: ¿Hace mucho que llegó a Yalta?

-Unos cinco días

-Y yo estoy arrastrando ya la segunda semana. Callaron un rato.

-El tiempo pasa rápido y sin embargo uno se aburre mucho aquí

–dijo ella sin mirarlo.

-Así se dice. El hombre vive en su pueblo de Belev o en Zisdra y no se siente aburrido, pero llega hasta aquí y:

–¡Ah, qué aburrimiento! ¡Ah, qué polvo! Como si viniera de Granada.

Ella rió. Luego ambos continuaron comiendo en silencio, como desconocidos; pero después de la comida salieron juntos y comenzó la graciosa y ligera conversación de personas libres y satisfechas, a quienes les resulta igual a donde ir y de qué hablar. Paseaban y hablaban de la extraña iluminación del mar; el agua tenía un suave y tibio color lila, y la luna tendía sobre ella una franja dorada. Hablaban del aire sofocante que quedó después de un día de calor. Gúrov le contó que era moscovita, que había hecho estudios de filología, pero que trabajaba en un Banco; antes se preparaba para cantar en la ópera privada, pero luego abandonó el canto; que tenía dos casas en Moscú De ella supo que se había educado en Petersburgo, pero que se casó en S., donde vivía desde hacía dos años; que en Yalta se quedaría un mes, y que posiblemente la vendría a buscar su marido, quien también tenía ganas de descansar. Ella tuvo dificultades para explicar en qué actividad estaba ocupado su marido: en el gobierno provincial o en la dirección provincial del *zemstvo,* y eso le causó gracia a ella misma. Gúrov se enteró también de que ella se llamaba Anna Serguéievna.

Más tarde, en su habitación, pensó en ella, en que probablemente mañana volvería a encontrarse. Así debía de ser. Al acostarse, recordó que hacía poco tiempo que ella era colegiala y estudiaba, como ahora estudiaba la hija de él; recordó la timidez y cierta aprensión que aún se notaba en su risa y en su conversación con personas desconocidas. Debía ser la primera vez que se encontraba sola en semejantes circunstancias, cuando alguien andaba tras ella y la miraba y le hablaba con un propósito oculto no podía menos de adivinar. Recordó su cuello, fino y delicado; sus hermosos ojos grises.

–Hay algo triste en ella –pensó al dormirse.

II

Transcurrió una semana. Era un día festivo. en las habitaciones hacía un calor sofocante, mientras que por las calles el viento levantaba remolinos de polvo y hacía volar los sombreros. Durante todo el día uno tenía sed y Gúrov a menudo entraba en el pabellón y ofrecía a Anna Serguéievna ora refrescos, ora helados. No se podía ir a ningún lado.

Al anochecer, cuando el viento se había calmado un poco, fueron al muelle para ver llegar el vapor. En el muelle había mucha gente paseando; un grupo de personas, con ramos de flores, se aprestaba para recibir a alguien. Y notábase claramente las dos particularidades del elegante público yaltense: las damas de edad vestían como jóvenes, y había muchos generales.

El mar estaba agitado y el vapor llegó tarde, cuando ya se había puesto el sol, y antes de atracar debió maniobrar durante largo rato. A través de los impertinentes, Anna Serguéievna miraba el vapor y a los pasajeros, como si buscase conocidos, y cuando se dirigía a Gúrov, sus ojos brillaban. Hablaba mucho, sus preguntas eran bruscas y ella misma las olvidaba en seguida; luego perdió los impertinentes entre la multitud.

El elegante público se dispersaba, las caras no se veían ya, el viento se calmó por completo, pero Gúrov y Anna Serguéievna permanecían inmóviles, como esperando que alguien más descendiera del barco. Anna Serguéievna estaba callada ahora y olía las flores, sin mirar a Gúrov.

-El tiempo ha mejorado –dijo éste-. ¿A dónde iremos ahora? ¿Y si hiciéramos un viaje de paseo?

Ella no contestó.

Entonces él la miró fijamente y, de pronto, la abrazó y la besó en los labios; lo envolvió la húmeda fragancia de las flores y enseguida miró por todos lados con temor ¿los habría visto alguien?

-Vamos a su hotel -dijo en voz baja.

Y los dos se fueron caminando con rapidez.

Había una atmósfera sofocante en la habitación del hotel, y olía

al perfume que ella había comprado en la tienda japonesa. Mirándola ahora, Gúrov pensaba: –¡Cuántos encuentros distintos tiene uno en la vida!‖ Del pasado conservaba el recuerdo tanto de las mujeres despreocupadas, benévolas y contentas, que le estaban agradecidas por la dicha, aunque fuese muy breve, como de otras que –igual que su esposa—amaban sin franqueza, con demasiadas conversaciones, amaneramiento, histeria y con una expresión que parecía reflejar algo más importante que el amor y la pasión, y de otras dos o tres, muy bellas y frías, en cuyos rostros aparecía de pronto una expresión feroz, un terco deseo de tomar, arrancar a la vida más de lo que ella puede dar. Eran mujeres de cierta edad ya, caprichosas, autoritarias y poco inteligentes, y cuando Gúrov perdía interés en ellas, su belleza despertaba en él un sentimiento de odio y los encajes de su ropa le parecían escamas.

Aquí, en cambio, había timidez, cierta torpeza de la inexperta juventud, la turbación; había también la sensación de desconcierto, como si alguien de repente golpeara en la puerta. Anna Serguéievna, esa "dama del perrito", interpretó lo sucedido de una manera singular, muy seria, como su caída –según parecía—y esto resultaba extraño e impropio. Por ambos lados de su rostro ensombrecido caían tristemente sus largos cabellos; su figura, pensativa y afligida, hacía recordar a la pecadora de algún grabado antiguo.

-Eso no está bien –dijo ella-. Usted mismo no me respeta ahora.

Sobre la mesa había una sandía. Gúrov cortó una tajada y se puso a comer sin prisa. Una media hora, por lo menos, transcurrió en silencio.

Anna Serguéievna estaba conmovedora, irradiando la pureza de una mujer decente, ingenua e inexperta; la solitaria vela que ardía sobre la mesa iluminaba apenas su rostro, pero se veía que ella estaba apesadumbrada.

-¿Y por qué debo dejar de respetarte? –preguntó Gúrov-. No sabes lo que dices.

-¡Qué Dios me perdone! –dijo ella, y sus ojos se llenaron de lágrimas-. Es terrible.

-Hablas como si quisieras justificarte.

-¿Cómo puedo justificarme? Soy una mujer mala, vil; me desprecio a mí misma, y ni pienso justificarme. No es a mi marido a quien engañé, sino a mí misma. Y no solamente ahora, hace tiempo que me engaño. Mi marido puede que sea un hombre bueno y honrado, pero ¡es un lacayo! No sé qué es lo que hace él allí ni en qué consisten sus funciones; sólo sé que es un lacayo. Cuando me casé, tenía veinte años, me atormentaba la curiosidad, sentía deseos de vivir mejor; existe una vida distinta –me decía-. Y tenía ganas de vivirla. Vivir Me quemaba la curiosidad Usted no comprenderá, pero le juro Por Dios que ya no podía dominarme; le dije a mi marido que estaba enferma y me vine aquí Y aquí anduve todo el tiempo como mareada, como aturdida y ahora llegué a ser una mujer mala y vulgar, a quien cualquiera puede despreciar.

Gúrov ya estaba aburrido de escucharla; lo irritaba su tono ingenuo, su arrepentimiento, tan inesperado e impropio; si no fuera por las lágrimas en sus ojos, se podía pensar que estaba bromeando o ensayando un papel.

-No comprendo –dijo en voz baja-. ¿Qué es lo que quieres entonces?

Ella ocultó su cara en el pecho de Gúrov, estrechándose contra él con ternura.

-Créame, créame, se lo ruego –decía-. Amo la vida honesta y pura; el pecado me repugna, yo misma no sé lo que hago. La gente sencilla dice en estos casos que es el demonio quien tiene la culpa. También yo puedo decir ahora que el demonio me ha tentado.

-Vamos, vamos -murmuró él.

Miraba sus ojos inmóviles y asustados, la besaba, le hablaba con cariño en voz baja, y poco a poco ella se tranquilizó y recuperó su alegría; ambos se echaron a reír.

Más tarde, cuando salieron, en la costera no había ni un alma; la ciudad, con sus cipreses, tenía aspecto muerto, pero el mar golpeaba aún ruidosamente contra la orilla; una barca se balanceaba sobre las olas y un farolito somnoliento parpadeaba en ella.

Encontraron un coche y se fueron a Oreanda.

-Abajo, en el vestíbulo, conocí tu apellido: en la pizarra estaba

escrito “Von Dideritz” –dijo Gúrov-. ¿Tu marido es alemán?

-No, parece que su abuelo era alemán, pero él es ortodoxo.

En la Oreanda se sentaron sobre un banco, cerca de la iglesia, mirando en silencio el mar que se extendía abajo. Yalta apenas era visible a través de la bruma matinal; las blancas nubes permanecían quietas en las cimas de las montañas. Las hojas de los árboles no se movían, cantaban las cigarras, y el monótono y sordo rugido del mar que llegaba desde abajo hablaba de la paz, del eterno sueño que nos espera. Así rugía el mar cuando no había aquí ni Yalta ni Oreanda: así ruge ahora y rugirá sordamente con la misma indiferencia cuando nosotros no estemos. Y esta constancia, en esta total indiferencia hacia la vida y la muerte de cada uno de nosotros se oculta quizá la premisa de nuestra salvación eterna, del continuo movimiento de la vida sobre la tierra, del continuo perfeccionamiento. Sentado junto a la joven, que parecía tan bella aquella mañana, calmado y hechizado por el paisaje de ensueño –el mar, las montañas, las nubes, el cielo inmenso—Gúrov pensó que en realidad todo es bello en este mundo, todo excepto lo que pensamos y hacemos olvidando los supremos propósitos de la existencia y nuestra dignidad humana.

Se acercó un hombre—por lo visto el sereno—, los miró y se fue. Y este detalle también parecía misterioso y bello. Luego vieron llegar un vapor procedente de Theodeosia, iluminado por el alba y con las luces ya apagadas.

-Hay rocío sobre la hierba –dijo Anna Serguéievna después de un largo silencio. Sí. Ya es hora de irnos.

Y volvieron a la ciudad.

Cada mediodía, se encontraban en la costanera, almorzaban juntos, paseaban, admiraban el mar. Ella se lamentaba de que dormía muy mal y que tenía palpitaciones; le formulaba siempre las mismas preguntas, instigada por los celos o por el temor de que no la respetara del todo. Y a menudo, en la plazoleta o en el parque, cuando no había nadie cerca de ellos, él la atraía de pronto y la besaba con pasión. El ocio total, los besos en pleno día llenos de cautela y de temor, el olor del mar, el calor y el constante deambular del público

ocioso, satisfecho y bien vestido parecían haberlo regenerado; le decía a Anna Serguéievna cuán hermosa y seductora estaba, se mostraba impaciente y apasionado, no la dejaba sola ni por un momento, mientras que ella con frecuencia se quedaba pensativa y le suplicaba que reconociera que no la respetaba ni la amaba en absoluto y que no veía en ella más que a una mujer vulgar. Casi todas las noches partían afuera, a Oreanda o a las cataratas, y el paseo siempre resultaba placentero: las impresiones invariablemente eran magníficas, soberbias.

Esperaban la llegada del marido. Pero llegó una carta suya, en la cual notificaba que le dolían los ojos y rogaba a su mujer que regresara a casa lo antes posible. Anna Serguéievna, presurosa, comenzó a prepararse para el viaje.

-Está bien eso de que me vaya –decía a Gúrov-. Es el destino.

Partió en una lieika y él la acompañó. Viajaron durante todo el día. Cuando subía al vagón del tren rápido y cuando sonó la segunda campanada, ella dijo:

-Deje que lo mire un poco más Un poco más Así.

No lloraba, pero estaba triste y parecía enferma; su rostro temblaba.

-Pensaré en usted lo recordaré –le decía-. Quédese con Dios. No me recuerde mal. Nos despedimos para siempre, es preciso que así sea, porque no debíamos encontrarnos. Bueno, ¡adiós!

El tren se fue rápido, sus luces desaparecieron muy pronto y al cabo de un minuto ya no se oía ningún ruido como si todos se hubieran puesto de acuerdo adrede para interrumpir de golpe ese dulce sueño, esa locura. Al quedarse solo en el andén y al mirar la oscura lejanía, Gúrov escuchaba el canto de las cigarras y el zumbido de los cables telegráficos con la sensación de una persona recién despertada. Pensó que en su vida hubo una andanza, más, una aventura más, que ya había terminado y que sólo quedaba un recuerdo Estaba conmovido, triste y un poco arrepentido; esta mujer con la cual nunca más había de encontrarse, no fue feliz con él; él había sido amable, cordial con ella, pero en su manera de tratarla, en

su tono y en sus caricias aparecía la sombra de una leve ironía, de una ruda soberbia de un hombre feliz, quien, además, casi le doblaba en edad. Ella siempre lo llamó bueno, extraordinario, persona de elevados sentimientos; por lo visto, él aparecía a los ojos de ella no como el hombre que era, sino como otro, y, por consiguiente, la engañaba sin querer

Aquí, en la estación, ya olía a otoño; la noche estaba fresca.

-Ya es tiempo de que me vaya también al norte –pensó Gúrov retirándose del andén.

III

En su casa de Moscú el ambiente era ya invernal: diariamente se prendía el fuego en las estufas, y las mañanas eran oscuras, de modo que cuando los niños se preparaban para ir al colegio y tomaban el desayuno, la niñera encendía la lámpara. Habían llegado ya los primeros fríos. Cuando cae la primera nevada, resulta agradable, durante el primer viaje en trineo, mirar la tierra blanca y los tejados blancos; uno respira suave y libremente y, en estos momentos recuerda sus años mozos. Los viejos tilos y abedules, blancos por la escarcha, tienen una expresión bonachona; están más cerca del corazón que los cipreses y las palmeras, y junto a ellos uno ya no tiene ganas de pensar en las montañas y el mar.

Gúrov era moscovita; regresó a Moscú en un día hermoso y frío, y cuando dio un paseo por la Petrovka, llevando puestos la *sbuba* y los guantes, así como al atardecer del sábado oyó el tañer de las campanas, el reciente viaje y los lugares en que había estado perdieron para él todo encanto. Poco a poco iba sumergiéndose en la vida moscovita; ya leía con avidez tres diarios por día, ya decía que sus principios le impedían leer los diarios de Moscú. Ya lo atraían los restaurantes, los clubes, las invitaciones y los aniversarios; ya se sentía halagado de recibir en su casa a abogados y artistas conocidos y de jugar a los naipes con un profesor universitario. Ya podía comerse una sartén entera de selianka (Carne o pescado con *chukrut)*.

Le parecía que al cabo de un mes una niebla cubriría el recuerdo de Anna Serguéievna y que ésta, sólo de vez en cuando, se le aparecería en sueños con su conmovedora sonrisa, como antes hacían las otras. Pero había pasado más de un mes, llegó el pleno invierno, y el recuerdo seguía tan nítido como si él se hubiera separado de Anna Serguéievna la víspera. Este recuerdo se tornaba cada vez más fuerte, más intenso.

Al oír en el silencio nocturno de su escritorio las voces de sus hijos, que preparaban las tareas escolares; al escuchar una romanza en el restaurante o el aullido de la borrasca en la chimenea, de golpe renacía en su memoria todo lo vivido en Yalta: la escena sobre el muelle, el brumoso amanecer en las montañas, el vapor procedente de Theodosia y los besos. Durante largo rato caminaba por la habitación, recordaba y sonreía; luego los recuerdos se transformaron en sueños y el pasado en su imaginación se confundía con el futuro. Anna Serguéievna ya no se le aparecía en sueños, sino que lo seguía por todas partes como la sombra, vigilándola. Con los ojos cerrados, se la imaginaba vivamente y ella le parecía más bella, más joven, más dulce de lo que era: también a sí mismo se veía mejor de lo que él era en aquel entonces en Yalta. Por las noches ella lo miraba desde la biblioteca, desde la chimenea, desde el rincón: se oía su respiración, el suave murmullo de su vestido. En la calle seguía con la mirada a las mujeres, buscando alguna parecida a ella.

Sentía un fuerte deseo de compartir con alguien sus recuerdos. Pero en casa no podía hablar de su amor y fuera de la casa no había con quien. ¿Acaso puede uno contar esto a los vecinos o a sus colegas en el Banco? Y, además, ¿de qué podría hablarles?
¿Acaso habría amado? ¿Hubo algo de poético, de bello, de ejemplar o, simplemente de interesante en su actitud hacia Anna Serguéievna? No podía hacer otra cosa, por lo tanto, que hablar vagamente sobre el amor y las mujeres y nadie se daba cuenta de qué se trataba. Solamente su mujer movía las oscuras cejas y decía:

-No te queda nada bien, Dmitry, el papel de fatuo.

Una noche, al salir del Círculo Médico con su *partenaire*, funcionario de una repartición pública, no pudo contenerse y le dijo:

-¡Si supiera usted qué mujer más encantadora conocí en Yalta!

El funcionario subió al trineo y emprendió la marcha, pero de pronto se volvió y llamó:

-¡Dmitry Dmitrich!

-¿Qué?

Usted tenía razón: el esturión no estaba fresco.

Estas palabras, tan comunes, indignaron a Gúrov; le parecieron despreciables y sucias. ¡Qué costumbres salvajes, qué gente! ¡Que noches absurdas, qué días tan grises y poco interesantes! El desenfrenado juego a los naipes, la gula, la borrachera y las incesantes charlas siempre sobre lo mismo. Las innecesarias tareas y las conversaciones sobre el mismo tema se apoderan de la mejor parte del tiempo, de las mejores fuerzas, y queda al final una vida limitada y vacía, sin ningún sentido, de la cual ni siquiera uno puede escapar, como si estuviera recluido en una casa de locos o en una cárcel.

Lleno de indignación, Gúrov no pudo pegar los ojos en toda la noche, y luego, todo el día siguiente lo pasó con dolor de cabeza. En las noches sucesivas tampoco pudo dormir bien; permanecía sentado en la cama, pensando, o caminaba de un rincón a otro. Sus hijos lo fastidiaban, el Banco lo fastidiaba; no tenía ganas de ir a ninguna parte ni de hablar con nadie.

En diciembre, durante las fiestas, hizo las maletas, dijo a su mujer que iba a Petersburgo para interceder por un joven y partió a S. ¿Para qué? Él mismo no lo sabía bien. Tenía deseos de ver a Anna Serguéievna, hablarle, concertar una entrevista si era posible.

Llegó a S. por la mañana y ocupó la mejor habitación en el hotel, cuyo suelo estaba cubierto por un soldadesco paño gris y donde había una mesa con un tintero gris a causa del polvo que lo cubría, y con un jinete sin cabeza que sostenía un sombrero en su mano levantada. El portero le dio los informes necesarios: von Dideritz vivía en la calle Antigua Gonchárnaia, en casa propia, no muy lejos del hotel; tratábase de una persona acomodada, que tenía caballos propios y que era conocida en toda la ciudad. El portero pronunciaba su nombre así: Dridirtis.

Gúrov se encaminó sin prisa a la Antigua Gonchárnaia y encontró la casa. Frente al edificio, extendíase una larga cerca gris, protegida con clavos.

–Con semejante cerca ante la vista, cualquiera tendría ganas de escapar‖ –pensó Gúrov mirando ya las ventanas, ya la cerca.

–Hoy es un día festivo –cavilaba—y el marido probablemente está en casa. De todos modos, sería de poco tino entrar en la casa y confundirla. Y si le mando una esquela, ésta puede llegara a parar a manos del marido y entonces todo quedaría estropeado. Lo mejor es confiar en una ocasión‖.

Y seguía paseando por la calle, junto a la cerca, y esperando esta ocasión. Un mendigo entró por el portón y lo atacaron los perros; una hora más tarde se oyeron los sonidos del piano, débiles, apenas perceptibles. Seguramente Anna Serguéievna estaba tocando. Abrióse de repente la puerta principal de la casa y salió una viejecita, detrás de la cual corría el conocido pomenaria blanco. Gúrov quiso llamarlo, pero su corazón comenzó a latir con fuerza, y, dominado por la emoción, no pudo recordar el nombre del perro.

Seguía caminando y empezaba a odiar la cerca gris; pensaba con irritación que Anna Serguéievna podía haberlo olvidado y que, quizás, se divertía ya con otro, lo que no dejaría de ser perfectamente natural, dada la situación de la joven mujer, obligada a ver durante todo el día esa maldita cerca. Volvió a su hotel y durante largo rato permaneció sentado en el diván, sin saber qué hacer; luego comió y pasó mucho tiempo durmiendo.

–Todo esto resulta bastante estúpido y molesto –pensó al despertarse y mirando las oscuras ventanas; era de noche ya-. Después de tanto dormir, ¿qué haré ahora de noche?

Estaba sentado en la cama, cubierta por una barata manta gris, parecida a las que se usan en el hospital, y se burlaba de sí mismo con fastidio:

"Aquí la tienes a tu dama del perrito… Aquí tienes tu aventura… ¡Quédate, pues, aquí y descansa!"

Aún por la mañana, en la estación, le había saltado a la vista un afiche con letras muy grandes: por primera vez daban *La Geisha*. Lo recordó ahora y fue al teatro.

–Es posible que vaya a los estrenos –pensó.

El teatro estaba lleno. Como todos los teatros provincianos en general, había allí una niebla que se elevaba por encima de las arañas;

el paraíso se agitaba ruidosamente; en la primera fila de la platea, antes del comienzo, estaban de pie los petimetres locales, con las manos echadas a la espalda; en el palco del gobernador, en el primer asiento se hallaba sentada la hija de aquél, con una boa al cuello, mientras que él mismo se ocultaba modestamente detrás de la cortina, de modo que sólo se veían sus manos; el telón se movía, oscilando y la orquesta afinaba los instrumentos largamente. Mientras el público entraba y ocupaba los asientos, Gúrov buscaba con los ojos ansiosamente.

Anna Serguéievna llegó también. Se sentó en la tercera fila, y cuando Gúrov la miró, sintió oprimírsele el corazón, al comprender claramente que en todo el mundo no existía para él persona más íntima, más cara y más importante, que aquella mujer, perdida en la multitud provinciana, sin rasgos notables y con sus vulgares impertinentes en la mano, llenaba ahora toda su vida; era su desdicha y su alegría; era la única felicidad que deseaba para sí; y a los sones de una mala orquesta, de unos pobres violines provincianos, pensaba cuán bella era. Pensaba y soñaba.

Junto con Anna Serguéievna entró y se sentó a su lado un hombre joven, de patillas cortas, y muy alto, algo encorvado; a cada paso movía la cabeza, como si saludara constantemente. Debía ser el marido, quien ella llamó lacayo en un arranque de amargura en Yalta. En efecto, había algo de lacayo en su larga figura, en sus patillas, en su pequeña calva; tenía sonrisa dulzona, y en su ojal brillaba, cual la chapa del lacayo, el distintivo de una sociedad científica.

En el primer entreacto el marido salió a fumar y ella se quedó en su butaca. Gúrov, que también estaba en la platea, se le acercó y le dijo con voz insegura y con una sonrisa forzada:

-Buenas noches.

Ella lo miró, palideciendo; luego, sin creer a sus propios ojos, volvió a mirarlo con terror y apretó fuertemente en sus manos el abanico y los impertinentes, luchando consigo misma para no desmayarse. Los dos callaban. Ella se quedó sentada, mientras que él permaneció de pie, asustado por su turbación, sin atreverse a tomar asiento a su lado. Cantaron los violines y la flauta, que estaban siendo afinados; daba miedo: parecía que desde todos los palcos los estaban

mirando. Ella se levantó y se dirigió de prisa hacia la salida; él la siguió, y los dos caminaron sin rumbo por los pasillos, por las escaleras, ya subiendo ya bajando; ante su vista pasaban unos hombres con uniformes judiciales, administrativos o de profesor, todos ornados con distintivos; pasaban las damas y los abrigos colgados en los percheros; la corriente de aire traía el olor de colillas. Y Gúrov, cuyo corazón latía con fuerza, pensaba: "¡Dios mío! ¿Para qué esta gente, esta orquesta?"

Y en este instante recordó de golpe cómo aquella noche en la estación, después de despedir a Anna Serguéievna, se decía a sí mismo que todo había terminado y que jamás volverían a verse. ¡Pero cuán lejos estaba aún el fin!

En una estrecha y oscura escalera donde un letrero señalaba la "entrada al anfiteatro", ella se detuvo.

-¡Qué susto me ha dado usted! –dijo, jadeando, pálida y aún aturdida-. ¡Oh, qué susto! Apenas me mantengo en pie. ¿Por qué ha venido usted? ¿Por qué?

-Pero compréndame, Anna, compréndame -dijo él apurado, en voz baja -. Le ruego que me comprenda

Ella lo miraba con miedo, con amor, implorando; lo miraba fijamente para retener sus rasgos en la memoria con más nitidez.

-¡Sufro tanto! –prosiguió ella sin escucharlo-. Durante todo el tiempo sólo pensé en usted: la vida para mí era pensar en usted. Quería olvidarlo, olvidar ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?

Más arriba, en el descanso, dos colegiales fumaban, mirando abajo, pero eso lo tenía sin cuidado a Gúrov, quien trajo a Anna Serguéievna hacia sí y comenzó a besar su cara, sus mejillas, sus manos.

-¡Qué hace usted, qué hace! –decía ella, atemorizada, apartándolo-. Los dos estamos perdiendo la razón. Parta hoy mismo, ahora mismo Le suplico por lo más sagrado que tenga, le imploro ¡Alguien viene!

Alguien subía por la escalera.

-Usted debe partir... -continuó Anna Serguéievna en un susurro-. ¿Me oye, Dmitry Dmitrich? Iré a verlo a Moscú. ¡Nunca fui feliz, no lo soy ahora ni nunca lo seré, nunca! Pues no me haga sufrir

más aún. Le juro que iré a Moscú. Pero ahora separémonos. ¡Mi querido, mi bueno, mi amado, separémonos!

Ella le estrechó la mano y comenzó a bajar rápidamente, volviéndose para mirarlo, y en sus ojos se notaba que, en efecto, no era feliz Gúrov se quedó un rato parado, aguzando el oído: luego, al cesar todos los ruidos, buscó su guardarropa y se fue.

IV

Y Anna Serguéievna empezó a ir a verlo a Moscú. Cada dos o tres meses, partiendo de S. decía a su marido que iba a consultar con el médico acerca de su dolencia femenina, y el marido le creía y no le creía al mismo tiempo. En Moscú se alojaba en el hotel –Bazar Eslavo‖ y en seguida enviaba a Gúrov un mensajero de gorra colorada. Gúrov la visitaba y nadie en Moscú se enteraba de ello.

Una mañana de invierno se dirigía a verla (el mensajero no lo había encontrado en la víspera), acompañando a su hija al colegio, puesto que llevaban el mismo camino. Caían grandes y húmedos copos de nieve.

Hay tres grados sobre cero ahora y sin embargo está nevando – decía Gúrov a su hija-. Pero este aire templado lo tenemos, sólo aquí, en la superficie de la tierra; en las capas superiores de la atmósfera la temperatura es muy distinta.

-Papá, ¿por qué no hay truenos en invierno?

Le explicó también esto. Al hablar, pensaba en que iba a una cita y que ni una sola alma viviente lo sabía ni lo sabría nunca probablemente.

Tenía dos vidas: una visible, que todos conocían, llena de una verdad convencional y de un engaño convencional, muy parecido a las de sus amigos y conocidos, y la otra, que transcurría en secreto. Y por una extraña conjunción de circunstancias, que, quizás, era casual, todo lo que resultaba sustancial, interesante e indispensable para él; en lo cual era sincero y a cuyo respecto no se engañaba; lo que constituía la médula de su vida ocurría en forma clandestina,

mientras que todo lo que era su falsedad, su envoltura dentro de la cual él se escondía para ocultar la verdad, como, por ejemplo, su trabajo en el Banco, las discusiones en el club, su –raza inferior‖, la asistencia –junto con su mujer—a los aniversarios, todo ello era visible. Y sobre su propio ejemplo Gúrov juzgaba a los demás, sin creer en lo que veía, y suponía siempre que cada persona vivía su verdadera e interesante vida bajo el mando del misterio, cual bajo el mando de la noche. Cada existencia personal se sostiene sobre el misterio y en parte es por eso quizás que la persona culta se afana tanto para hacer respetar el secreto personal.

Después de acompañar a su hija hasta el colegio, Gúrov se dirigió al "Bazar Eslavo". Se quitó la pelliza, subió y golpeó suavemente en la puerta. Anna Serguéievna, que llevaba puesto el vestido gris, el preferido de él, fatigada por el viaje y la espera –lo esperaba desde la tarde anterior—estaba pálida, lo miraba sin sonreír y apenas lo vio entrar, se arrojó en sus brazos. El beso fue lento, prolongado, como si no se hubiesen visto durante dos años.

-Y bien, ¿cómo te va? -preguntó él-. ¿Qué hay de nuevo?

-Espera un poco... No puedo.

No podía hablar, puesto que estaba llorando. Se volvió hacia otro lado y llevó el pañuelo a los ojos.

"Bueno, que llore un poco; me sentaré mientras tanto" –pensó Gúrov, y sentóse en un sillón.

Luego tocó el timbre y dijo que le trajeran té; y más tarde, mientras él tomaba el té, ella permanecía de pie, mirando por la ventana Lloraba de emoción, por la amarga conciencia de que sus destinos se presentaban tan tristes; se veían clandestinamente, ocultándose de la gente como si fueran ladrones. ¿Acaso no estaban destrozadas sus vidas?

¡Bueno, no llores! –dijo él.

Tenía la evidencia de que este amor no terminaría pronto y no sabía cuándo llegaría a su fin. Anna Serguéievna se encariñaba con él cada vez más, lo adoraba, y no sería posible decirle que todo ello algún día debería de acabar; además, no lo hubiera creído.

Se le acerco y la tomó por los hombros para acariciarla y animarla con alguna broma, y en este momento se vio en el espejo.

En su cabeza ya aparecieron canas. Y le resultó extraño el haber envejecido y desmejorado tanto en los últimos años. Los hombros sobre los cuales descansaban sus manos estaban tibios, y se estremecían. Sintió compasión por aquella vida, cálida y bella aún, pero que probablemente se acercaba ya al momento de la marchitez. ¿Por qué lo amaba así? Él siempre parecía a las mujeres ser alguien que no era y ellas no amaban en su persona a él mismo, sino al hombre creado por su imaginación y a quien buscaban ávidamente en su vida; y luego, al darse cuenta de su error, seguían amándolo. Ninguna de ellas había sido feliz con él. Pasaba el tiempo, él trababa amistad con alguna mujer, se unía a ella, se separaba, pero no la amaba; hubo cualquier cosa menos amor.

Y sólo ahora, cuando su cabeza se había tornado canosa, llegó a amar en forma verdadera, como es debido, por primera vez en su vida.

Anna Serguéievna y él se amaban como dos personas íntimamente ligadas, como marido y mujer, como tiernos amigos: les parecía que estaban predestinados el uno para el otro y era incomprensible por qué los dos estaban casados: eran como dos aves de paso, el macho y la hembra, atrapados y obligados a vivir en jaulas separadas. Habían perdonado el uno al otro aquella parte de su pasado de la cual se avergonzaban, se perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había cambiado a los dos.

Antes, en los momentos de tristeza, Gúrov trataba de tranquilizarse a sí mismo con cualquier razonamiento que se le ocurría, pero ahora no estaba para razonamientos; sentía una profunda compasión y el deseo de ser sincero, tierno…

-No llores, mi bien –decía-. Ya has llorado bastante Ahora hablemos un poco, para ver si encontramos algún camino.

Y durante largo rato examinaron las posibilidades de eludir la necesidad de esconderse, engañar, vivir en ciudades distintas, sin verse por mucho tiempo. ¿Cómo liberarse de estas intolerables ataduras?

-¿Cómo? ¿Cómo? –se preguntaba él, tomándose la cabeza con las manos-. ¿Cómo?

Y parecía que faltaba poco para encontrar la solución, pero

ambos comprendían claramente que el final estaba todavía muy lejos y que lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar.

Enemigos

Sobre las diez de una oscura noche de septiembre murió de difteria el niño de seis años Andrei, hijo único del médico del *zemstvo*(1) Dr. Kirilov. Cuando la esposa del médico, en el primer acceso de desesperación, cayó de rodillas ante la cama del niño muerto se oyó un agudo campanillazo en el vestíbulo.

A causa de la difteria, toda la servidumbre había sido desalojada de la casa esa mañana. Kirilov, tal como estaba, en mangas de camisa y con el chaleco desabrochado, sin enjugarse la cara húmeda ni las manos escaldadas por el ácido fénico, salió a abrir la puerta. El vestíbulo estaba a oscuras, y en la persona que entró sólo podían vislumbrarse la mediana estatura, la bufanda blanca y el rostro ancho y pálido, tan pálido que se diría que con la aparición de ese rostro se había iluminado un tanto el vestíbulo...

-¿Está el doctor? -se apresuró a preguntar el visitante.

-Sí, estoy. ¿Qué se le ofrece?

-¡Ah, es usted! ¡Cuánto me alegro! -dijo gozoso el recién llegado buscando en las tinieblas la mano del médico; por fin la halló y la estrechó fuertemente entre las suyas-. ¡Cuánto... cuánto me alegro! ¡Usted y yo nos conocemos!... Soy Abogin... tuve el gusto de que nos presentaran este verano en casa de Gnuchev.
¡Cuánto me alegro de encontrarle!... Por amor de Dios, no se niegue a venir conmigo ahora mismo... Mi mujer ha caído terriblemente enferma... Tengo aquí mi coche...

Por la voz y los ademanes del visitante se echaba de ver que estaba agitadísimo. Como alguien aterrorizado por un incendio o por un perro rabioso, apenas podía contener su respiración anhelante y hablaba deprisa, con voz trémula, y algo inequívocamente sincero, como de miedo infantil, vibraba en sus palabras. A semejanza de las víctimas del terror o el aturdimiento, se expresaba en frases breves y entrecortadas, y empleaba muchas palabras innecesarias e impropias.

- Temía no encontrarle –prosi-guió-. En el camino he venido sufriendo lo indecible... ¡Vístase y vamos, por amor de Dios!... Mire cómo pasó la cosa. Vino a verme Papchinski, Aleksandr Semionovich, a quien usted conoce... Estuvimos charlando... luego nos sentamos a

1. Institución regional que se ocipaba de la construcción y el mantenimiento de hospitales, escuelas, caminos, etc.

tomar el té. De pronto mi mujer lanza un grito, se lleva las manos al corazón y se desploma contra el respaldo de la silla. La llevamos a la cama y... le froté las sienes con amoníaco, le rocié el rostro con agua... y ella tendida allí como muerta... Temo que sea un aneurisma... Vamos... Su padre murió de un aneurisma también...

Kirilov escuchaba en silencio como si no comprendiera el ruso.

Cuando Abogin mencionó una vez más a Papchinski y al padre de su mujer y volvió a buscar la mano en las tinieblas, el médico sacudió la cabeza y dijo arrastrando con apatía cada palabra: -Perdone, pero no puedo ir... Hace cinco minutos que se me... murió mi hijo...

-¿De veras? -murmuró Abogin dando un paso atrás-. ¡Dios mío, en qué hora tan aciaga vengo! ¡Día singularmente fatídico... singularmente! ¡Qué coincidencia... y como si fuera de propósito!

Abogin cogió el tirador de la puerta e indeciso bajó la cabeza. Por lo visto, vacilaba sobre qué partido tomar: o marcharse o implorar al médico una vez más.

-Escuche -dijo con vehemencia agarrando a Kirilov de la manga-, comprendo perfectamente su situación. Bien sabe Dios que me da vergüenza tratar de captar la atención de usted en un momento como éste, pero ¿qué remedio me queda? Juzgue por sí mismo, ¿a quién puedo acudir? Aquí no hay más médico que usted. ¡Vamos, por lo que más quiera! No lo pido por mí... ¡No soy yo el que está enfermo!

Hubo un silencio. Kirilov volvió la espalda a Abogin, se detuvo un instante y se dirigió lentamente del vestíbulo a la sala. A juzgar por su paso inseguro y maquinal, por la atención con que enderezaba la pantalla colgante de la lámpara apagada y consultaba un libro grueso que estaba en la mesa, carecía en ese momento de deseos, de propósitos, no pensaba en nada y, probablemente, había olvidado que un extraño estaba en su vestíbulo. La oscuridad y el silencio de la sala aumentaban al parecer su aturdimiento. Al pasar de la sala a su gabinete levantó el pie derecho más de lo necesario, buscó a tientas el quicio de la puerta, al par que en toda su figura se percibía cierto titubeo, como si hubiera entrado en una vivienda extraña o se hubiese embriagado por vez primera en su vida y se entregase perplejo a esa nueva sensación. A lo largo de una pared del gabinete a través de estantes llenos de libros, corría una ancha franja de luz. Junto con un olor agudo y penetrante de ácido fénico y éter esa luz salía por la puerta entreabierta que daba acceso del gabinete a la alcoba... El médico se dejó caer en un sillón delante de la mesa. Durante un instante miró con ojos soñolientos los

libros bañados en luz, luego se levantó y entró en la alcoba.

En la alcoba reinaba una calma mortal. Todo, hasta en los detalles más nimios, hablaba con elocuencia de la tempestad reciente, de agotamiento, y ahora todo hablaba también de descanso. La lamparilla que estaba en el taburete colmado de frascos tarros y cajitas y la lámpara grande que estaba sobre la cómoda alumbraban vivamente la habitación. En la cama, junto a la ventana, yacía el niño con los ojos abiertos, y una expresión de asombro en el rostro. Estaba inmóvil, pero sus ojos abiertos parecían entenebrecerse por momentos y hundirse en el cráneo. Con las manos en el torso del niño y la cara oculta entre los pliegues de la colcha la madre estaba de rodillas ante el lecho. Al igual que el muchacho ella también estaba inmóvil, pero ¡cuánto movimiento latente se echaba de ver en el cuerpo arqueado y las manos! Se apretujaba contra el lecho con todo su ser, con brío y ansia, como si temiese alterar la postura tranquila y cómoda que al fin había encontrado para su cuerpo extenuado. Las mantas, trapos, jofainas, las salpicaduras en el suelo los pinceles y cucharas esparcidos por doquier, la botella blanca con agua de cal, el aire mismo, sofocante y pesado... todo se había extinguido y parecía sumido en sosiego.

El médico se detuvo junto a su esposa, metió las manos en los bolsillos del pantalón e, inclinando a un lado la cabeza, fijó los ojos en su hijo. Su rostro expresaba indiferencia, y sólo por las gotas que le brillaban en la barba se notaba que había llorado hacía poco.

Ese terror repugnante en que pensamos cuando hablamos de la muerte estaba ausente de la alcoba. En el desmadejamiento general, en la postura de la madre, en la indiferencia del rostro del médico, había algo cautivante que llegaba al corazón: la belleza sutil y huidiza del dolor humano, que aún tardará mucho tiempo en ser comprendida y descrita y que, por lo visto, sólo la música es capaz de expresar. También se sentía la belleza en la lúgubre calma: Kirilov y su mujer callaban, no lloraban, como si a despecho de la pesadumbre de la pérdida se percataran de todo el lirismo de su situación. Por lo mismo que ya había pasado la juventud de ambos, ahora también desaparecería para siempre con ese niño el derecho de ambos a tener hijos. El médico tenía cuarenta y cuatro años, había encanecido y parecía viejo; su esposa, ajada y enferma, tenía treinta y cinco. Andrei no era sólo hijo único, sino último.

En contraste con su esposa, el médico era una de esas personas que en momentos de dolor espiritual sienten necesidad de moverse. Al cabo de diez minutos de estar con su mujer pasó, levantando demasiado el

pie derecho, de la alcoba a un cuarto pequeño, la mitad del cual estaba ocupado por un diván grande y ancho. De ahí fue a la cocina. Estuvo errando en torno al fogón y la cama de la cocinera y, agachando la cabeza, salió por una puertecilla al vestíbulo.

Allí vio de nuevo la bufanda blanca y el rostro pálido.

-Por fin -suspiró Abogin cogiendo el tirador de la puerta-. Vamos, por favor. El médico se estremeció, le miró y recordó...

-Oiga. Ya le he dicho que no puedo ir -dijo reanimándose-. ¿Cómo puede ocurrírsele tal cosa?

-Doctor, no soy de piedra. Comprendo perfectamente su situación... Le compadezco -dijo Abogin con voz suplicante, llevándose la mano a la bufanda-. Pero no lo pido por mí... ¡Mi mujer se muere! ¡Si hubiera oído usted ese grito, si hubiera visto su cara, comprendería mi insistencia! ¡Dios santo! ¡Y yo que pensaba que había ido usted a vestirse! ¡Doctor, los minutos son preciosos! ¡Vamos, se lo ruego!

-¡No puedo ir! -dijo Kirilov tras una pausa y entró en la sala. Abogin fue tras él y le cogió de la manga.

-Está usted abrumado de pena; bien lo entiendo. Pero lo que le pido no es que me cure un dolor de muelas o que declare ante un tribunal como perito, sino que salve una vida humana -siguió implorando como un mendigo-. Esa vida vale más que un dolor personal. ¡Lo que le pido es valor, es una hazaña! ¡En nombre del humanitarismo!

-El humanitarismo es arma de dos filos -dijo irritado Kirilov-. En nombre de ese mismo humanitarismo le pido a usted que no me saque de aquí. ¡Dios mío! ¿A quién se le ocurriría? Apenas puedo tenerme de pie y usted me asusta con lo del humanitarismo. En este momento no sirvo para nada... No iría por nada del mundo. ¿Con quién dejaría a mi mujer? No, no...

Kirilov abrió las manos en gesto de rechazo y dio un paso atrás.

-¡Y... y no me lo pida! -agregó alterado-. Discúlpeme... Según las Leyes, tomo XIII, estoy obligado a ir, y usted tiene derecho a cogerme del cuello y llevarme arrastrando... Pues bien, arrástreme, pero... no sirvo para nada... Apenas si puedo hablar... Discúlpeme...

-De nada sirve que me hable en ese tono, doctor -dijo Abogin volviendo a coger al médico de la manga-. ¡Al diablo con el tomo XIII! No tengo derecho alguno a forzar la voluntad de usted. Si quiere, va, y si no quiere, se queda con Dios. Pero no apelo a la voluntad de usted, sino a sus sentimientos. ¡Una mujer joven se está muriendo! Dice usted que un hijo acaba de morírsele. ¿Quién puede comprender mi terror

mejor que usted?

La voz de Abogin temblaba de agitación; y el temblor y el tono eran más persuasivos que las palabras. Abogin era sincero, pero resultaba curioso que toda frase que empleaba le salía afectada, huera, inoportunamente relamida, lo que venía a ser una ofensa a la atmósfera de la casa del médico y a la mujer moribunda. Él mismo se percataba de ello y, temiendo no ser comprendido, procuraba a toda costa suavizar y enternecer su voz a fin de persuadir por el tono sincero de ella, si no por las palabras. En general, por muy bella y profunda que sea una frase, afecta sólo a los indiferentes, pero no siempre satisface a los felices o desgraciados, porque la expresión más elevada de la felicidad o la desgracia es muy a menudo el silencio. Los amantes se comprenden mejor cuando callan, y un discurso ferviente y apasionado junto a una tumba afecta sólo a los extraños. A la viuda y los hijos del finado se les antojará frío y trivial.

Kirilov se detuvo y guardó silencio. Cuando Abogin dijo algo más acerca de la eximia vocación del médico y del autosacrificio, el médico preguntó con aspereza:

-¿Hay que ir lejos?

-Unas trece o catorce verstas. Tengo excelentes caballos, doctor. Le doy mi palabra de honor de que le llevo y le traigo en una hora. Una hora nada más.

Las últimas palabras causaron en el médico mayor impresión que las referencias al humanitarismo o la vocación profesional. Reflexionó y dijo suspirando:

-Bueno, vamos.

Deprisa, y ya con paso seguro, fue a su gabinete y volvió poco después embutido en una levita larga. Abogin, gozoso, bailaba de impaciencia en tomo suyo, le ayudó a ponerse el gabán y salió con él de la casa.

Fuera de ella estaba oscuro, pero no tanto como en el vestíbulo. En la oscuridad se perfilaba ya con nitidez la figura alta y algo encorvada del médico, con su barba larga y estrecha y nariz aguileña. En Abogin, además del rostro pálido, se veía ahora la cabeza grande y la gorrita de estudiante que apenas le cubría la coronilla. La bufanda blanca se veía sólo por delante; por detrás quedaba oculta bajo la abundante cabellera.

-Créame que sé apreciar la generosidad de usted -murmuró Abogin ayudando al médico a sentarse en el carruaje-. Pronto llegaremos. ¡Luka, amigo, ve lo más deprisa posible! ¡Hala!

El cochero arrancó deprisa. Al principio apareció una fila de edificios feos a lo largo del patio del hospital. Todo estaba oscuro, salvo en el fondo del patio, donde, a través de la verja del jardín, se veía una luz brillante en la ventana de alguien. Y tres ventanas del piso alto del pabellón central del hospital resultaban más pálidas que el aire. Luego el carruaje se hundió en densas tinieblas donde olía a humedad de hongos y se oía el susurro de los árboles. El ruido del vehículo despertó a unas cornejas, que empezaron a agitarse entre el follaje y a lanzar chillidos inquietos y lastimeros, como si supieran que el hijo del médico había muerto y que la mujer de Abogin estaba enferma. Más tarde surgieron árboles separados, un arbusto; brilló adusto un estanque en el que dormían grandes sombras negras. El carruaje rodaba por una llanura. El chillido de las cornejas se oía ya amortiguado, muy a la vaga, y pronto se extinguió por completo.

Kirilov y Abogin guardaron silencio durante casi todo el trayecto. Sólo una vez Abogin suspiró profundamente y murmuró:

-¡Qué tormento éste! Uno nunca ama tanto a sus seres queridos como cuando está en peligro de perderlos.

Y cuando el carruaje cruzaba con cuidado el río, Kirilov se estremeció de pronto como asustado del chapoteo del agua y se agitó impaciente.

-Escuche. Déjeme que me vaya ahora -dijo angustiado-. Vendré más tarde. Sólo quiero que un enfermero vaya a ver a mi mujer. Está sola.

Abogin calló. El carruaje, bamboleándose y rechinando contra las piedras, atravesó la orilla arenosa y siguió adelante. Kirilov se rebullía afligido y miraba en torno suyo. Tras ellos se veía el camino a la escasa luz de las estrellas, y los sauces de la ribera se esfumaban en la oscuridad. A la derecha se abría la llanura, lisa e infinita como el cielo. En ella, desparramadas en la lejanía, brillaban luces tenues, probablemente en las turberas. A la izquierda, paralela al camino, se alargaba una colina erizada de pequeños arbustos, y sobre ella pendía inmóvil una media luna grande, roja, cubierta de leve bruma y rodeada de nubes vaporosas que parecían observarla de todos lados y vigilarla para que no se fuera.

Toda la naturaleza trascendía a algo desesperado y morboso. Como ramera que está sola en un cuarto oscuro y procura no pensar en el pasado, la tierra, languidecía en recuerdos de la primavera y el estío y aguardaba con apatía el invierno inevitable. Dondequiera que se posaban los ojos la naturaleza semejaba una sima oscura, infinitamente

honda y fría, de la que no podían evadirse ni Kirilov, ni Abogin, ni la media luna roja...

A medida que el carruaje se acercaba a su destino, Abogin se mostraba más impaciente. Se removía en el asiento, se incorporaba y miraba adelante, por encima del hombro del cochero. Y cuando por fin el carruaje hizo alto al pie de la escalinata, protegida por un bonito toldo de lienzo a rayas, y cuando levantó los ojos a las ventanas iluminadas del primer piso se podía notar lo trémulo de su respiración.

-Si pasa algo... no lo podré sobrevivir -dijo entrando con el médico en el vestíbulo y frotándose, agitado las manos-. Pero no se oye ningún ajetreo, lo que significa que de momento todo va bien -añadió aguzando el oído en el silencio reinante.

En el vestíbulo no se oían voces ni pasos. A pesar de la brillante iluminación, toda la casa parecía dormida. Ahora el médico y Abogin, hasta entonces en la oscuridad, podían observarse mutuamente. El médico era alto, encorvado, vestido con desaliño y feo de rostro. Había algo desagradablemente huraño, displicente, severo, en sus labios gruesos como los de un negro, en la nariz aguileña y en la mirada vaga e indiferente. Su cabello enmarañado, sus sienes hundidas, las canas prematuras de su barba larga y escueta, tras la cual relucía la barbilla, el color grisáceo de la piel y los ademanes desmañados y torpes... todo ello apuntaba con su aspereza a privaciones sufridas, mala suerte y hastío de la vida y de los hombres. Mirando su seca figura no se diría que este hombre tenía esposa y podía llorar a un hijo.

Abogin delataba algo muy diferente. Era robusto, fuerte y rubio, de cabeza grande y facciones acentuadas aunque suaves, vestido esmeradamente a la última moda. En su porte, en su levita entallada, en su cabellera y en su rostro se echaba de ver algo noble, leonino. Andaba con la cabeza alta y el pecho abombado, hablaba con voz agradable de barítono, y en los gestos con que se quitaba la bufanda o se arreglaba el pelo se adivinaba una elegancia sutil y casi femenina. Incluso la palidez y el terror infantil con que clavaba la vista en lo alto de la escalera mientras se despojaba del abrigo no alteraban su porte ni menguaban el contento, la salud y el aplomo que se desprendían de su figura.

-No hay nadie ni se oye nada -dijo subiendo la escalera-. No se nota ninguna conmoción. ¡Dios nos tenga en sus manos!

Cruzando el vestíbulo condujo al médico a un vasto salón, en el que había un piano negro y colgaba una araña de cristal cubierta por una funda blanca. De allí pasaron a una salita linda y muy cómoda sumida

en una agradable penumbra rosácea.

-Tome asiento aquí, doctor -dijo Abogin-. Yo… vuelvo enseguida. Voy a ver qué pasa y a avisarles.

Kirilov quedó solo. El lujo de la sala, la agradable penumbra y su propia presencia en una casa ajena y desconocida no parecían afectarle, no obstante, el sabor de aventura que ello tenía. Se sentó en un sillón, mirándose las manos escaldadas por el ácido fénico. Sólo de soslayo vio la pantalla roja de la lámpara, la caja del violonchelo, y cuando dirigió la vista hacia donde sonaba el tic-tac del reloj vio un lobo disecado, tan orondo y satisfecho como el mismo Abogin.

Todo estaba en calma… Allá lejos, en otras habitaciones, alguien prorrumpió en un "¡ah!" destemplado, sonó una puerta de cristal, probablemente la de un aparador, y una vez más todo quedó en calma. Al cabo de cinco minutos Kirilov dejó de mirarse las manos y levantó los ojos a la puerta por donde había desaparecido Abogin.

En el umbral de la puerta estaba Abogin, pero no era el mismo hombre que por ella había salido. Se había disipado el aire de contento y de elegancia sutil. Tenía la cara, las manos, la postura, contraídas en una expresión repugnante, que podría ser de horror o de torturante dolor físico. La nariz, los labios, el bigote, todas las facciones se agitaban como si trataran de desprenderse del rostro. En cambio, los ojos parecían reír de dolor…

Abogin avanzó lenta y pesadamente hasta el centro de la sala, se inclinó, lanzó un sollozo y sacudió los puños.

-¡Me ha engañado! -gritó, acentuando con fuerza la sílaba ña-. ¡Me ha engañado! ¡Se ha fugado! Se puso enferma y me mandó a buscar al médico sólo para escaparse con ese bufón de Papchinski. ¡Dios mío!

Abogin se acercó al médico, alargó hacia el rostro de éste los puños blancos y delicados, y sacudiéndolos continuó lamentándose:

-¡Se ha fugado! ¡Me ha engañado! ¿Pero a qué viene esta mentira? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué esta burla obscena e infame? ¡Este truco diabólico y viperino! ¿Qué le he hecho yo? ¡Se ha fugado!

Se le saltaron las lágrimas. Giró sobre un talón y empezó a deambular por la sala. Ahora, con su levita corta, sus elegantes pantalones estrechos que hacían que las piernas pareciesen demasiado delgadas para el cuerpo, con su cabeza grande y su melena, se asemejaba extraordinariamente a un león. La curiosidad animó el semblante del médico. Se levantó y se encaró con Abogin.

-Bien. ¿Dónde está la enferma? -preguntó.

-¡La enferma! ¡La enferma! -exclamó Abogin llorando, riendo, y sacudiendo sin cesar los puños-. ¡No está enferma, sino maldita! ¡Qué vileza! ¡Ni Satanás hubiera inventado una treta más ruin! ¡Me mandó a buscar a usted para fugarse, para fugarse con un bufón, con un payaso estúpido, con un Alphonse! ¡Dios mío! ¡Mejor sería que hubiera muerto! ¡No lo podré sobrellevar! ¡No podré!

El médico irguió el cuerpo. Comenzó a pestañear, los ojos se le colmaron de lágrimas y la barba enteca comenzó a oscilar a compás de la mandíbula.

-¿Qué significa esto? -preguntó mirando con curiosidad a su alrededor-. Mi hijo ha muerto, mi mujer, presa de congoja, está sola en la casa..., yo apenas puedo tenerme de pie, no he dormido en tres noches... ¿y ahora qué? Se me obliga a participar en una comedia chabacana, a hacer un papel de guardarropía. ¡No... no lo comprendo!

Abogin abrió un puño, arrojó al suelo un papel arrugado y lo pisoteó como a un insecto al que se quiere aplastar.

-Y yo que no vi nada... ¡que no comprendí! -dijo entre sus dientes apretados mientras con el puño trazaba un círculo en torno a su cara, con el gesto de alguien a quien le han pisado un callo-. No me hice cargo de que venía todos los días. No noté que hoy había venido en coche. ¿Coche para qué? ¡Y no lo vi! ¡Valiente inocentón!

-¡No... no lo comprendo! -murmuró el médico-. ¿Pero qué significa esto? ¡Esto es mofarse de un hombre, reírse del sufrimiento humano! ¡Esto es imposible!... ¡Es la primera vez en mi vida que veo tal cosa!

Con el asombro estólido de quien acaba de comprender que ha sido objeto de un duro agravio, el médico se encogió de hombros, abrió los brazos y, sin saber qué decir o hacer, se dejó caer exhausto en un sillón.

-Bien, dejó de quererme. Quería a otro. Santo y bueno. ¿Pero a qué ese engaño? ¿A qué esa pérfida jugarreta? -prosiguió Abogin con lágrimas en la voz-. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué te he hecho yo? Escuche, doctor -dijo febrilmente acercándose a Kirilov-. Usted ha sido testigo involuntario de mi desgracia y no voy a ocultarle la verdad. ¡Le juro que he amado a esta mujer, que la he amado con delirio, como un esclavo! Lo he sacrificado todo por ella. Me disgusté con mi familia, abandoné mi empleo, mi música, le perdoné cosas que no habría perdonado a mi madre o mi hermana... Ni una sola vez la miré con enojo... Nunca le di motivo alguno. Entonces ¿por qué esta mentira? Yo no exijo amor, pero ¿por qué esta traición infame? Si ya no me quieres, dímelo sin rodeos, honradamente, tanto más cuanto que conoces mis ideas sobre el

particular...

Con lágrimas en los ojos, temblando de pies a cabeza, Abogin vertía ante el médico cuanto llevaba en el alma. Hablaba con ardor, apretándose el corazón con las manos, sacando a relucir sin el menor empacho sus secretos de familia, y hasta parecía contento de arrancarse por fin tales secretos del pecho. Si hubiera hablado de esa guisa una o dos horas, si hubiera vaciado su alma, sin duda habría sentido alivio. ¡Quién sabe! Quizá si el médico le hubiera escuchado y hubiera mostrado amistosa simpatía se habría reconciliado con su dolor, sin protesta y sin hacer tonterías innecesarias... Pero las cosas pasaron de otro modo. Mientras Abogin hablaba cambió la actitud del agraviado médico. La indiferencia y asombro de su rostro se trocaron gradualmente en una expresión de amarga afrenta, de indignación y furia. Sus facciones se endurecieron aún más, tomaron un cariz más acerbo y desagradable. Cuando Abogin le puso ante los ojos la fotografía de una mujer joven, de cara bonita pero seca e inexpresiva como la de una monja, y le preguntó si mirando esa cara cabía suponer que era capaz de mentir, el médico dio un respingo y dijo con ojos relampagueantes y recalcando groseramente cada palabra:

-¿Por qué me cuenta usted todo eso? ¡No quiero oírlo! ¡No quiero! -gritó dando un puñetazo en la mesa-. No quiero oír sus secretos triviales... ¡Váyase al infierno con ellos! ¡No se atreva a contarme esas nimiedades! ¿O cree usted que aún no se me ha insultado lo bastante? ¿Que soy un lacayo a quien se puede insultar cuanto se quiera? ¿Eh?

Abogin se apartó de Kirilov y le miró sorprendido.

-¿A qué me ha traído aquí? -prosiguió el médico, temblándole la barba-. Se casa usted por capricho, porque se le pone en la montera, y hace un melodrama, pero ¿qué tengo yo que ver con eso? ¡Déjeme en paz! Siga acaparando cosas como aristócrata que es, haga alarde de ideas humanitarias, toque (y el médico miró de reojo la caja del violonchelo) el contrabajo y el trombón, engorde como un capón, pero no se atreva a mofarse de un hombre hecho y derecho. ¡Si no sabe usted respetarlo, al menos ahórrele sus atenciones!

-Perdón, ¿qué quiere decir con eso? -preguntó Abogin ruborizándose.

-¡Quiero decir que es una vileza, una ruindad, jugar así con la gente! Soy médico, y usted considera como lacayos, como gente de mauvais ton, a los médicos y a todos los que trabajan, a todos los que no huelen a perfume y prostitución. Muy bien. ¡Pero nadie le da a usted el derecho

de hacer de un hombre que sufre un objeto de guardarropía!

-¿Cómo se atreve a hablarme así? -preguntó Abogin con voz contenida. Una vez más se le crispaba el rostro, pero ahora claramente de ira.

-¿Y cómo se atreve usted a traerme aquí a escuchar fruslerías sabiendo lo que sufro? -gritó el médico dando un nuevo puñetazo en la mesa-. ¿Quién le ha dado derecho a burlarse así del sufrimiento ajeno?

-¡Usted está loco! -exclamó Abogin-. Eso es falta de generosidad. Yo también soy profundamente desgraciado y... y...

-¿Desgraciado? El médico se sonrió con sarcasmo-. No use esa palabra, que nada tiene que ver con usted. Los manirrotos que no hallan dinero para pagar una letra también se llaman a sí mismos desgraciados. ¡Vaya gentuza!

-¡Señor mío, usted olvida con quién habla! -chilló Abogin-. ¡Por palabras como ésas se apalea a la gente!
¿Me entiende?

Abogin metió rápidamente la mano en el bolsillo, sacó una cartera, tomó de ella dos billetes y los tiró sobre la mesa.
-Ahí tiene el precio de su visita -dijo, y le temblaban las ventanas de la nariz-. Está usted pagado.

-¡No se atreva a ofrecerme dinero! -gritó el médico barriendo de la mesa los billetes, que cayeron al suelo-. ¡Los insultos no se pagan con dinero!

Abogin y el médico estaban cara a cara y en su furia siguieron insultándose injustamente. Nunca, ni en accesos de frenesí, habían usado antes palabras tan inicuas, crueles y absurdas. En ambos surgía con violencia el egoísmo del desgraciado. Los desgraciados son egoístas, malévolos, injustos, crueles, y menos capaces de comprenderse mutuamente que los imbéciles. La desgracia no une a las gentes, sino que las separa; y donde parecería natural que el dolor común debiera fundirlas hay mucha más injusticia y crueldad entre ellas que entre las relativamente contentas.

-Mande que me lleven a mi casa -gritó jadeante el médico.

Abogin tocó violentamente la campanilla. Cuando nadie acudió a su llamada volvió a tocarla y la tiró furioso al suelo. La campanilla cayó sobre la alfombra con un sonido sordo que era como el quejido plañidero de un moribundo. Apareció un criado.

-¿Dónde te escondes, maldito seas? -dijo el amo lanzándose sobre él con los puños cerrados. ¿Dónde estabas en este momento? Ve y di que

traigan la calesa para este caballero y que a mí me preparen el coche. ¡Espera! -exclamó cuando el criado se volvía para irse-. ¡Mañana no va a quedar un traidor en esta casa! ¡Os echo a todos! Tomaré gente nueva. ¡Granujas!

Mientras esperaban los vehículos, Abogin y el médico guardaron silencio. Aquél recobraba ya su aire de contento y de elegancia sutil. Iba y venía por la sala, sacudiendo con esmero la cabeza y, por lo visto, discurriendo algún proyecto. Aún no se había calmado su ira, pero trataba de aparentar que no reparaba en su enemigo... El médico estaba de pie, asido de una mano al borde de la mesa, mirando a Abogin con el desprecio profundo un tanto cínico y desagradable con que sólo el dolor y la fortuna adversa miran cuando tienen delante la satisfacción y la elegancia.

Cuando poco después el médico tomó asiento en la calesa y partió, sus ojos seguían mirando con desprecio. La noche estaba oscura, mucho más oscura que una hora antes. La media luna roja había desaparecido ya tras la colina y las nubes que la vigilaban parecían manchas negras en tomo a las estrellas. Un carruaje con faroles rojos chirrió en el camino y dejó atrás la calesa del médico. Era Abogin que iba a protestar y hacer alguna tontería más...

Durante todo el trayecto el médico no fue pensando en su esposa, ni en Andrei, sino en Abogin y en los que vivían en la casa de que acababa de salir. Sus pensamientos eran injustos, de una crueldad inhumana. Condenaba a Abogin, a la mujer de éste, a Papchinski, y a todos los que viven en una penumbra rosácea y huelen a perfume. Durante todo el trayecto estuvo odiándolos; el corazón llegó a dolerle del desprecio que por ellos sentía. Y en su mente arraigó una firme convicción con respecto a tales gentes.

Pasará el tiempo, pasará el sufrimiento de Kirilov, pero esa convicción, injusta e indigna del corazón humano, no pasará. Perdurará en la mente del médico hasta la tumba misma.

La casa del sotabanco

I

Ello sucedió hace unos seis o siete años, cuando yo vivía en uno de los distritos de la gobernación T. en la propiedad del terrateniente Belokúrov, hombre joven que se levantaba muy temprano, andaba vestido con una podiovka(2) por las noches tomaba cerveza y quejábase siempre de que en nadie ni en ninguna parte encontraba comprensión. Vivía en una casita en el jardín, mientras que yo me alojaba en la vieja casona señorial, en una enorme sala con columnas, en la cual no había ningún mueble, excepto un amplio diván, en el que yo dormía, y una mesa, en la cual yo hacía solitarios. Algo aullaba siempre allí en las viejas estufas, aun con tiempo apacible, mientras que durante las tormentas toda la casa se estremecía y hasta parecía que se resquebrajaba en pedazos, de modo que uno sentía un poco de miedo, especialmente de noche, cuando las diez ventanas se iluminaban de repente con los relámpagos.

Condenado por el destino a un ocio constante, yo no hacía absolutamente nada. Durante horas enteras miraba por las ventanas al cielo, los pájaros, las alamedas, leía todo lo que me traían del correo, dormía. De vez en cuando, salía de la casa y vagaba hasta el anochecer.

Una vez, cuando regresaba a la casa, penetré sin querer en una finca desconocida. El sol ya se estaba escondiendo y sobre el centeno en flor se extendían las sombras crepusculares. Dos filas de abetos, muy altos, viejos, densamente plantados, formaban una alameda sombría y bella. Sin mucho esfuerzo traspasé el cerco y avancé por esta avenida, deslizándome sobre las agujas de abeto que cubrían la tierra con una capa de una pulgada de espesor. Había silencio y oscuridad, y sólo en las cimas de los árboles temblaba, aquí y allá, la resplandeciente y dorada luz que reverberaba con los colores del arco iris en las telas de araña. El aroma de los abetos era muy fuerte, hasta sofocante. Luego doblé por una larga avenida de tilos. También allí notábase el abandono y la vetustez; el follaje del año anterior rumoreaba tristemente bajo los pies, y entre los oscurecidos árboles

2 Abrigo largo y ajustado.

se escondían las sombras. A la derecha, entre los añejos fratales, con voz débil y con poca gana, cantaba una oropéndola, que también debía ser viejecita. Pero ya terminaron los tilos; pasé frente a una blanca casa con terraza y con sotabanco, y de repente, extendiéronse ante mí un gran patio exterior y un amplio estanque con baños, una multitud de verdes sauces, una aldea en la otra orilla del lago, con un campanario alto y estrecho en el cual ardía la cruz, reflejando los últimos rayos del sol. Por un instante sentí el hechizo de algo familiar, muy conocido, como si ya hubiese visto este mismo panorama hace tiempo, en mi infancia.

Y junto al blanco portón de piedra, por el cual se pasaba del patio al campo, junto al antiguo y recio portón con leones, estaban de pie dos jóvenes. Una de ellas —la mayor—, delgada, pálida, muy bella, con un haz de espesos cabellos castaños y una boca pequeña y voluntariosa, denotaba una expresión severa y apenas reparó en mí; la otra, muy jovencita aún —no tendría más de diecisiete o dieciocho años— también delgada y pálida con una boca grande y con grandes ojos, me miró sorprendida, al pasar yo delante de ellas, dijo algo en inglés y se mostró confundida. Y me pareció que también estos dos agradables rostros me resultaban conocidos desde hacía tiempo. Y volví a la casa con la sensación de haber soñado con algo bueno.

Poco tiempo después, en un mediodía, paseábamos Belokúrov y yo cerca de la casa cuando inesperadamente, con un suave murmullo sobre la hierba, se acercó un coche con resortes en el cual venía una de aquellas jóvenes. Era la mayor. Realizaba una colecta en favor de los campesinos víctimas de un incendio. Sin dirigirnos la mirada, muy seria y detalladamente nos contó cuántas casas se habían quemado en la aldea Sianovo, cuántos hombres, mujeres y niños se habían quedado sin techo y cuáles serían las primeras medidas que se proponía tomar el comité de ayuda del cual ella formaba parte. Después de hacernos firmar la lista de suscripción, se la guardó y se dispuso a regresar.

—Usted se olvidó de nosotros, Piotr Petróvich —dijo a Belokúrov tendiéndole la mano—. Venga a vernos, y si *monsieur* N... —Ella dijo —mi apellido—, tiene deseos de ver cómo viven los admiradores de su talento y se digna llegar hasta nuestra casa, mamá y yo estaremos muy contentas.

Hice una reverencia.

Cuando ella hubo partido, Piotr Petróvich se puso a explicar. Esta joven, de acuerdo con sus palabras, pertenecía a una buena familia y se llamaba Lidia Volchanínova mientras la propiedad en la que vivía con su madre y su hermana, tenía el nombre de Shelkovka, lo mismo que la aldea del otro lado del lago. En otros tiempos su padre ocupaba un cargo prominente en Moscú, y al morir ostentaba la jerarquía de consejero, secreto. No obstante el buen pasar, las Volchanínov vivían en el campo continuamente, en verano y en invierno; Lidia era maestra de la escuela rural en su aldea y recibía un sueldo mensual de veinticinco rublos. Para sus gastos empleaba sólo este dinero y se enorgullecía de vivir por su propia cuenta.

—Es una familia interesante —dijo Belokúrov—. Habría que hacerles una visita. Ellas estarían encantadas de recibirlo a usted.

En uno de los días feriados, por la tarde, nos acordamos de las Volchanínov y fuimos a verlas. Todas, la madre y sus dos hijas, se encontraban en casa. La madre, Ekaterina Pávlovna —otrora bella, por lo visto, pero ahora prematuramente pesada y lenta, enferma de asma, triste y distraída— trató de entretenerme con una conversación sobre la pintura. Enterada por su hija de la posibilidad de mi visita, recordó, a prisa, dos o tres paisajes míos que había visto en las exposiciones en Moscú, y ahora me preguntaba qué era lo que yo deseaba expresar en ellos. Lidia —o Lida como la llamaban en casa— hablaba más con Belokúrov que conmigo. Seria, sin sonreír, le preguntaba por qué no prestaba ningún servicio en el zemstvo y por qué no asistía a sus asambleas.

—Eso no está bien, Piotr Petróvich —le decía en tono de reproche—. No esta bien. Debiera de darle vergüenza.

—Es verdad, Lida, es verdad —asentía la madre—. Eso no está bien.

—Todo nuestro distrito se encuentra en manos de Balaguin— prosiguió Lida, dirigiéndose a mí—. Es presidente de la Dirección General, repartió todos los cargos en el distrito entre sus sobrinos y yernos y hace lo que le da la gana. Hay que luchar. La juventud debe formar con sus elementos un partido fuerte, pero ya ven ustedes qué clase de juventud tenemos. ¡Debería usted de avergonzarse, Piotr Petróvich!

La hermana menor, Yenia, mientras se hablaba del zemstvo permanecía callada. Ella no tomaba parte en las conversaciones serias, en la familia no la consideraban adulta, aún, y la llamaban Missus, como a una pequeñuela, porque de niña ella solía llamar así a la Miss, su institutriz. Me miraba con curiosidad y, cuando abrí un álbum de fotografías, me daba explicaciones: "Este es mi tío... Este es mi padrino", señalaba los retratos con el dedito, rozándome infantilmente con el hombro, y yo veía de cerca su pecho, poco desarrollado, sus finos hombros, su trenza y su cuerpo delgado, muy estrechado por el cinturón.

Jugamos al crocquet y al lawn-tennis, paseamos por el jardín, tomamos té, luego cenamos largamente. Después de la enorme y vacía sala con columnas, me sentía a gusto en esta pequeña y acogedora casa, en cuyas paredes no había oleografías y donde a los criados los trataban de "usted"; todo allí me parecía joven y puro por la presencia de Lida y Missus, y todo respiraba corrección. Durante la cena Lida volvió a conversar con Belokúrov sobre el zemstvo, sobre Balaguin, sobre las bibliotecas escolares. Era una joven despierta, sincera y convencida, y resultaba interesante escucharla, aunque hablaba mucho y. con voz fuerte, quizás porque se había acostumbrado a hablar así en la escuela. En cambio, Piotr Petróvich, quien desde los tiempos de estudiante tenía la costumbre de transformar cualquier diálogo en una discusión, hablaba aburrida, perezosa y largamente, con evidente deseo de parecer un hombre inteligente y avanzado. Gesticulando, volcó la salsera con la manga y se formó un gran charco sobre el mantel, pero, al parecer, nadie, excepto yo, se dio cuenta de ello.

Todo era silencioso y oscuro alrededor de nosotros cuando caminábamos de regreso a nuestra casa.

—La buena educación no consiste en no volcar la salsera sobre el mantel, sino en no darse cuenta cuando alguien lo hace —dijo Belokúrov con un suspiro—. Sí, es una familia excelente y culta. Me quedé algo aislado de la buena gente, ando atrasado, ¡muy atrasado! Y todo porque estoy colmado de tareas, tareas y tareas.

Y me habló de cuánto tiene uno que trabajar si quiere ser un agricultor ejemplar, mientras yo pensé: ¡qué hombre tan pesado y perezoso! Al hablar seriamente sobre cualquier asunto solía

prolongar con esfuerzo una "e-e-e-e" y trabajaba de la misma manera que hablaba: lentamente, atrasado, perdiendo' plazos. Ya por el solo hecho de que las cartas que yo le encargaba despachar en &} correo, él las llevaba en su bolsillo durante semanas enteras, no podía creer mucho en su celo.

—Lo peor es —barbotaba caminando a mi lado—, lo peor es que uno trabaja sin encontrar comprensión. ¡Ninguna comprensión!

II

Comencé a frecuentar la casa de las Volchanínov. Solía sentarme en el primer escalón inferior de la terraza; me oprimía el descontento conmigo mismo; me daba lástima mi vida que transcurría en forma tan rápida y tan poco interesante, y pensaba en que no estaría mal arrancar de mi pecho este corazón que llegó a ser tan pesado. Y mientras tanto, en la terraza se oían voces, el rumorcillo de los vestidos, alguien daba vueltas a las páginas de un libro. Pronto me habitué a ver a Lida, durante el día, atender a los enfermos, repartir limosnas, ausentarse a menudo a la aldea, con una sombrilla sobre su cabeza descubierta, y por la noche explayarse en voz alta sobre el zemstvo y las escuelas.

Cada vez que se entablaba una conversación seria, esta delgada y bella joven, invariablemente severa, de boca finamente delineada, me decía con sequedad:

—Esto no le interesa.

Yo no le caí simpático. No me quería porque era paisajista, porque en mis cuadros no mostraba las necesidades del pueblo y porque era indiferente—según le parecía— a todo aquello en lo que ella creía tan firmemente. Recuerdo que una vez, al viajar por la costa del lago Bailtal me encontré con un joven *buriata*(3) que montaba un caballo y vestía con una camisa y un pantalón de tela azul china; le pregunté si quería venderme su pipa, y mientras hablábamos, miraba con desprecio mi cara europea y sin sombrero; en un instante se hartó de charlar conmigo, azuzó el caballo y se fue galopando. De la misma manera Lida despreciaba en mí a un extraño Exteriormente no

3 Uno de los pueblos mongólicos de Siberia.

manifestaba en absoluto su desafecto, pero yo lo sentía y, sentado en el primer escalón de la terraza, experimentaba cierta irritación y decía que curar a los campesinos sin ser médico significaba engañarlos, y que no era difícil ser benefactor poseyendo dos mil *deciatinas* de tierra.

Su hermana Missus no tenía preocupación alguna y pasaba el tiempo en el mismo ocio total que yo. Al levantarse por la mañana, en seguida tomaba un libro y se ponía a leer en la terraza, sentada en un hondo sillón de tal modo que sus pequeños pies apenas tocaban el suelo, o bien escondíase con el libro en una alameda, o se iba al campo. Pasaba todo el día leyendo, los ojos clavados con avidez en el libro, y sólo porque su mirada a veces se tornaba fatigada y anonada, y porque su rostro palidecía mucho, se podía adivinar cómo esta lectura cansaba su cerebro. Cuando yo llegaba a la casa, ella se ruborizaba levemente, dejaba el libro y con animación fijando en mi cara sus grandes ojos me contaba los acontecimientos del día en el cuarto de los criados había comenzado a arder el hollín de las estufas, o un peón había sacado del estanque un pez grande. En los días hábiles vestía, por lo común, una blusa de colores claros y una falda azul oscura. Paseábamos juntos, arrancábamos guindas para el dulce, andábamos en bote, y cuando ella saltaba para alcanzar una guinda o manejaba los remos, sus delgados y débiles brazos traslucían a través de las amplias mangas. O si no, yo pintaba un boceto y ella se quedaba de pie a mi lado y me miraba trabajar con admiración.

Un domingo, a fines de julio, llegué a la finca de las Volchanínov por la mañana, a eso de las nueve. Di vueltas por el parque, manteniéndome lejos de la casa, busqué hongos blancos, muy abundantes en aquel verano, dejando marcas cerca de ellos para recogerlos más tarde junto con Yenia. Soplaba un viento tibio. Vi pasar a Yenia y a su madre que volvían de la iglesia. Ambas llevaban claros vestidos domingueros y Yenia sostenía el sombrero a causa del viento. Luego las oí tomar el té en la terraza.

Para mí, hombre despreocupado y que buscaba justificación a su ocio constante, estas mañanas dominicales de verano en nuestras fincas resultaban siempre singularmente atrayentes. Cuando el verde jardín, todavía húmedo por el rocío, brilla al sol y parece feliz; cuando cerca de la casa se siente el aroma de la reseda y del almendro, cuando

los jóvenes acaban de regresar de la iglesia y están tomando el té en el jardín, cuando todos están alegres y llevan puestas ropas agradables y cuando uno sabe que todas estas hermosas, sanas y satisfechas personas durante todo el largo día no van a hacer nada, siente deseo entonces de que toda la vida fuese así. Y ahora yo estaba pensando lo mismo y paseaba por el jardín, dispuesto a caminar así, sin hacer nada y sin propósito, durante todo el día, todo el verano.

Vino Yenia con una canasta; tenía la expresión como si supiera o presintiera que me encontraría en el jardín, recogíamos los hongos y conversábamos, y cuando me preguntaba algo, se me adelantaba unos pasos para ver mi cara.

—Ayer en nuestra aldea se produjo un milagro —me dijo—. La renga Pelagia había estado enferma todo el año. Ningún médico y ningún remedio podían ayudarla, pero ayer una vieja curandera le susurró unas palabras y ya está bien.

—No tiene importancia—dije—. No se debe buscar milagros solamente junto a los enfermos y los curanderos. ¿Acaso la salud no es un milagro? ¿Y la vida misma? Lo que es incomprensible ya es un milagro.

—¿Y usted no le tiene miedo a lo incomprensible?

—No. Encaro jovialmente los fenómenos que no comprendo y nunca me supedito a ellos. Soy superior a ellos. El hombre debe considerarse por encima de los leones, de los tigres, de las estrellas, por encima de todo lo que existe en la naturaleza, hasta por encima de lo que no se comprende y lo que parece milagroso, si no no sería un hombre sino un ratón que teme a todo el mundo.

Yenia creía que yo, como pintor, sabía muchas cosas y que podía acertar en aquello que no sabía. Quería que la introdujera en la esfera de lo eterno y de lo bello, en aquel mundo sublime que, según su opinión, me era familiar, y por eso hablaba conmigo sobre Dios, sobre la vida eterna, sobre lo milagroso. Y yo, que no podía admitir en mi ser y mi imaginación, después de la muerte, dejarían de existir por siempre jamás, le contestaba: "Sí, los hombres son inmortales", "Sí, nos espera la vida eterna". Ella me escuchaba, me creía, y no me pedía comprobaciones.

Cuando nos dirigíamos hacia la casa, se detuvo de repente y dijo:

—Nuestra Lida es una persona notable. ¿No es cierto? La quiero entrañablemente y en cualquier momento podría sacrificar mi vado por ella. Pero dígame —Yenia tocó mi manga con el dedo—, dígame: ¿por qué siempre discute con ella? ¿Por qué se muestra irritado?

—Porque ella no tiene razón.

Yenia meneó la cabeza negativamente y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¡Qué difícil es comprenderlo! —expresó.

En ese instante Lida acababa de regresar de alguna parte y, de pie junto a la puerta, con un látigo en las manos, esbelta y hermosa, iluminada por el sol, impartía algunas órdenes al peón. De prisa y hablando en voz alta atendió a dos o tres enfermos; luego, con aire preocupado, anduvo de una habitación a otra; abriendo un armario tras otro, se dirigió al sotabanco; durante un rato estuvieron buscándola y llamándola par almorzar y llegó cuando ya habíamos tomado la sopa. No sé por qué recuerdo y amo estos detalles, como también recuerdo vivamente todo aquel día, aunque no había ocurrido nada especial. Después de comer Yenia estuvo leyendo recostada en su hondo sillón, mientras que yo me senté en el escalón inferior de la terraza. Permanecimos callados. El cielo fue cubriéndose de nubes y comenzó a caer una fina llovizna. Pero hacía calor, el viento había cesado y parecía que el día nunca iba a tener fin. En la terraza apareció Ekaterina Pávlovna, soñolienta, con un abanico.

—Oh, mamá—dijo Yenia, besándole la mano—, el dormir de día te hace mal.

Se adoraban la una a la otra. Cuando una de ellas se iba al jardín, la otra ya estaba en la terraza y, mirando los árboles llamaba: ¡E-e-a, Yenia! o: Mamila, ¿dónde estás? Rezaban siempre juntas, las dos creían de la misma manera y se entendían bien hasta cuando callaban. También dispensaban el mismo trato a la gente. Ekaterina Pávlovna no tardó en acostumbrarse a mí y hasta se encariñó conmigo, y cuando yo no aparecía por dos o tres días mandaba averiguar si yo estaba bien de salud. También ella contemplaba mis bocetos con admiración, y con la misma locuacidad y franqueza con que lo hacía Missus me contaba cuanto ocurría, con frecuencia confiándome sus secretos domésticos.

Veneraba a su hija mayor. Lida no era cariñosa y sólo hablaba de cosas serias; vivía una vida particular y para su madre y su hermana era el mismo personaje sagrado que para los marineros lo es el almirante que pasa todo el tiempo en su camarote.

—Nuestra Lida es una persona notable—decía la madre con frecuencia—. ¿No es cierto? —Y ahora mientras lloviznaba, estábamos conversando sobre Lida:

—Es una persona notable —insistió la madre y añadió en voz baja y mirando con miedo en su derredor como si estuviera complotando—: A personas como ella hay que buscarlas de día con un farol, aunque, sabe, empiezo a sentirme algo inquieta. La escuela, los botiquines, los libros, todo esto está bien, pero ¿por qué caer en los extremos? Es que ya tiene veintitrés años cumplidos y ya es hora de pensar con seriedad en sí misma. Porque sino, con los libros y con los botiquines pasará la vida misma y una ni se dará cuenta... Debe casarse.

Yenia, pálida de tanto leer, con el peinado algo desordenado, levantó la cabeza y, mirando a su madre dijo como para sí misma:

—Mamita, todo depende de la voluntad divina.

Y volvió a sumirse en la lectura.

Llegó Belokúrov, vestido con *podiovka* y con camisa bordada. Jugamos al *crocquet* y al *lawn-tennis*, luego al anochecer cenamos largamente y Lida de nuevo habló de las escuelas y de Balaguin, el que tenía todo el distrito en sus manos. Al irme aquella noche de la casa de las Volchanínov, me llevé la impresión de un día ocioso y largo, muy largo, con la triste sensación de que todo termina en este mundo, por más largo que sea. Yenia nos acompañó hasta el portón y, quizás a causa de que ella había pasado conmigo todo el día, desde la mañana hasta la noche, sentí que sin ella estaría aburrido y que toda esta simpática familia no me era extraña; y por primera vez en todo el verano tuve deseos de pintar.

—Dígame, ¿por qué lleva usted una vida tan aburrida, tan incolora? —le pregunté a Belokúrov por el camino—. Mi vida sí es aburrida, pesada y monótona porque soy pintor, soy un hombre raro; estoy, desde mis años juveniles, maltratado por la envidia, por el descontento conmigo mismo, por la falta de fe en mi actividad; soy siempre pobre, soy un vagabundo; pero usted, usted es un hombre

normal, sano; es un terrateniente, un señor; ¿por qué vive usted en forma tan poco interesante?, ¿por qué toma usted tan poco de la vida? ¿Por qué, por ejemplo, no se ha enamorado usted ano de Lida o de Yenia?

—Usted olvida que yo amo a otra mujer—respondió Belokúrov.

Referíase a su amiga Liubov Ivánovna que vivía con él en la casita del jardín. Era una gruesa dama, con aire de importancia, parecida a una gansa bien alimentada; todos los días la veía pasear por el jardín con ropas rusas adornadas con abalorios, llevando una sombrilla, y a cada rato la criada la llamaba, ora para comer, ora para tomar el té. Unos tres años antes había alquilado la casita para veranear y se quedó allí, por lo visto, para siempre. Era unos diez años mayor que él y lo manejaba con severidad, de tal modo que para ausentarse de la casa él debía pedirle permiso. A menudo sollozaba con voz de hombre y entonces yo mandaba decirle que si no dejaba de sollozar me iría de la casa; y los sollozos cesaban. Al llegar a casa, Belokúrov sentóse sobre el diván y frunció el ceño meditabundo, mientras que yo me puse a caminar por la sala sintiendo una leve emoción, como un enamorado. Tenía ganas de hablar de las Volchanínov.

—Lida sólo puede amar a un funcionario del zemstvo, entusiasmado, igual que ella, con los hospitales y las escuelas —dije—. Oh, por una joven así no sólo se puede ingresar en el zemstvo, sino también gastar un par de zapatos de hierro, como en el cuento de hadas. ¿Y Missus? ¡Qué delicia es esta Missus!

Belokúrov se puso a hablar largamente, estirando las "e-e-e-e", acerca de la enfermedad del siglo, el pesimismo. Hablaba con seguridad y en un tono desafiante como si yo discutiera con él. Centenares de verstas de la desierta' monótona y quemada estepa no pueden causar tanto tedio como un hombre que está sentado, habla y no se sabe cuando se ira.

—No se trata de pesimismo ni de optimismo —observé con irritación. Lo que ocurre es que el noventa y nueve por ciento de los hombres carece de inteligencia.

Belokúrov lo tomó muy a pecho, se mostró enojado y se fue.

—El príncipe está de visita en Malozemovo, te manda saludos —decía Lida a su madre al regresar de un viaje y quitándose los

guantes—. Contó muchas cosas interesantes... Prometió volver a plantar la cuestión del puesto médico de Malozemovo, en la asamblea provisional, pero dice que hay pocas esperanzas. —Y dirigiéndose a mí añadió. Disculpe, siempre olvido que esto no le puede interesar.

Sentí irritación.

—¿Y por qué no me puede interesar? —le pregunté, encogiéndome de hombros—. No le place conocer mi opinión, pero le aseguro que esta cuestión me interesa vivamente.

—¿Sí?

—Sí. A mi juicio, un puesto de médico en Malozemovo no es necesario en absoluto.

Mi irritación se transmitió a ella me miró, entrecerrando los ojos, y preguntó:

—¿Qué se necesita entonces? ¿Paisajes?

—Tampoco los paisajes. Allí no se necesita nada.

Ella terminó de quitarse los guantes y abrió el diario que acababa de traer del correo; al cabo de un minuto observó en voz baja, conteniéndose, por lo visito: La semana pasada Ana murió al dar a luz; de haber existido cerca un puesto médico ella hubiera salvado la vida. Y los señores paisajistas, me parece, debieron de tener algunas convicciones al respecto.

—Tengo una convicción bien definida al respecto—respondí, mientras ella se escondía detrás del diario como si no quisiera escucharme—. A mi juicio, los puestos médicos, las escuelas, las bibliotecas, los botiquines, dadas las condiciones existentes, no sirven sino para la opresión. El pueblo está atado con una gran cadena, y ustedes, lejos de cortarla, le agregan nuevos eslabones. He aquí mi convicción.

Ella levantó la mirada hacia mí y sonrió burlonamente, pero yo proseguí tratando de resumir mi idea principal:

—Lo importante no es que Ana haya muerto del parto, sino el hecho de que todas estas Anas, Mavras Pelagias, encorvan sus espaldas desde el amanecer hasta la noche; se enferman a causa del trabajo excesivo durante toda la vida tiemblan por sus hijos, hambrientos y dolientes; durante toda la vida temen a las enfermedades y a la muerte, durante toda la vida tratan de curarse, pero se marchitan temprano, envejecen temprano y mueren en el

hedor y en la suciedad; sus hijos, al crecer, recomienzan la misma historia y así transcurren centenares de años y miles de millones de personas viven peor que las bestias (sólo por un mendrugo de pan) sintiendo un miedo continuo. Lo terrible de su situación está en que no tienen tiempo de pensar en su alma; no tienen tiempo de recordar la imagen humana el hambre, el frío el miedo bestial, la enormidad del trabajo, cual aludes de nieve, les obstruyeron todos los caminos hacia la actividad espiritual, es decir, a lo que distingue al hombre del animal y que constituye lo único por lo cual vale la pena vivir. Ustedes acuden en su ayuda con hospitales y escuelas, pero, lejos de liberarlos de sus ataduras, por el contrario, los esclavizan más aún, ya que, al introducir en su vida nuevos prejuicios, ustedes aumentan el número de sus necesidades, sin hablar de que por los emplastos y por los libros, ellos deben pagar al zemstvo, o sea, doblar aún más la espalda.

—No voy a discutir con usted —dijo Lida bajando el diario—. Todo esto lo he oído ya. Sólo le diré una cosa: no debe uno quedarse sin hacer nada. Es verdad nosotros no estamos salvando a la humanidad entera y puede ser que estemos equivocados en muchas cosas, pero hacemos lo que podemos y tenemos razón. El más alto y sagrado propósito de una persona culta es servir al prójimo y tratando de servirlo como podemos. A usted no le agrada, pero uno no puede satisfacer a todo el mundo.

—Es verdad, Lida, es verdad -dijo la madre. En presencia de Lida, ella se mostraba siempre tímida y al hablar la miraba con inquietud, temiendo decir algo superfluo o inapropiado nunca le contradecía sino que siempre estaba de acuerdo: "Es verdad, Lida, es verdad".

—La alfabetización de los mujiks, los libros con míseras instrucciones y máximas y los puestos médicos no pueden disminuir la ignorancia ni la mortalidad, de la misma manera que la luz. de las ventanas no puede iluminar este enorme jardín proseguí—. Ustedes no aportan nada; con su intromisión en la vida de esta gente ustedes no hacen sin crear nuevas necesidades, nuevos motivos para el trabajo.

—¡Dios mío, pero hay que hacer algo! —dijo Lida con fastidio, y por su tono se podía deducir que ella consideraba insignificantes mis razonamientos y los despreciaba.

—Hay que liberar a la gente del pesado trabajo físico —sostuve—. Hay que aliviar el yugo, darles un respiro, para que no pasen toda su vida junto a los hornos, las artesas y en el campo. sino que tengan también tiempo de pensar en su alma, en Dios, y que puedan manifestar en forma más amplia sus condiciones espirituales. La vocación de todo hombre está en la actividad espirtual, en la constante búsqueda de la verdad y del sentido de la vida. Hagan, pues, que les sea innecesario el brutal trabajo de bestias; permítanles sentirse en libertad y verán entonces que estos libritos y botiquines son, en realidad, una burla. Una vez que el hombre sea consciente de su auténtica vocación, sólo podrán satisfacerle la religión, las ciencias, las artes y no estas menudencias.

—¡Liberarlos del trabajo! —sonrió Lida—. ¿Acaso ello es posible?

—Sí. Encárguense de una parte del trabajo de ellos. Si todos los habitantes de la ciudad y del campo, todos sin excepción, consintiéramos dividir entre nosotros el trabajo que en general realiza la humanidad para la satisfacción de sus necesidades físicas, a cada uno no le correspondería quizá más de dos o tres horas por día. Imagínese que todos, los ricos y los pobres, trabajamos solamente tres horas por día y el tiempo restante nos queda libre. Imagínese también que (para depender menos ano de nuestro cuerpo y trabajar menos) inventamos máquinas que nos reemplazan en ciertas labores y tratamos de reducir la cantidad de nuestras necesidades hasta el mínimo. Nos templarnos a nosotros y a nuestros hijos para no temer al hambre y al frío y no tener que temblar constantemente por la salud de ellos, como tiemblan Ana, Mavra y Pelagia. Imagínese que no nos curamos, no mantenemos farmacias, ni fábricas de tabaco y de bebidas alcohólicas, ¡cuánto tiempo libre nos queda! Todos, en común, dedicamos este ocio a las ciencias y a las artes. De la misma manera como a veces todos los mujiks de una aldea se unen para arreglar el camino, nosotros, mancomunados todos, buscaríamos la verdad y el sentido de la vida, y (estoy seguro de ello) la verdad sería descubierta muy pronto; el hombre se liberaría de este constante, penoso y deprimente miedo a la muerte y aun de la misma muerte.

—Usted, sin embargo, se contradice —observó Lida—. Habla de las ciencias, pero antes negaba la alfabetización.

—La alfabetización que sólo sirve al hombre para leer los letreros de las tabernas y a voces libros que no entiende. Esta alfabetización se mantiene en nuestras aldeas desde los tiempos de *Rúrik*[4], *Petrushka*[5] gogoliano hace ya tiempo que sabe leer, mientras que el campo quedó igual que en la época de Rúrik. No es la alfabetización lo que necesitamos sino la libertad para una amplia manifestación de capacidades espirituales. No son escuelas lo que necesitamos sino universidades.

—Pero usted niega también la medicina.

—Sí. Ella sólo sería necesaria para el estudio de las enfermedades como fenómenos de la naturaleza y no para su tratamiento. Hay que curar no las enfermedades sino sus causas. Anulen la causa principal (el trabajo físico) y no habrá enfermedades. No reconozco la ciencia que cura—continué exaltado—. Las ciencias y las artes, cuando son auténticas, no aspiran a lograr propósitos temporales o particulares, sino que tienden hacia lo eterno y lo universal: buscan la verdad y el sentido de la vida, buscan a Dios y el alma, pero cuando se las ata a las necesidades y los problemas del día, a los botiquines y a las bibliotecas, ellas no hacen sino complicar y entorpecer la vida. Tenemos muchos médicos, farmacéuticos, juristas, mucha gente sabe ahora leer y escribir, pero carecemos totalmente de biólogos, matemáticos, filósofos, poetas. Toda la inteligencia, toda la energía espiritual se fueron gastando para la satisfacción de las necesidades temporales, pasajeras... Los sabios, los escritores y los pintores están abarrotados de trabajo; merced a ellos las comodidades de la vida crecen cada día, las necesidades del cuerpo se multiplican, mientras que la verdad queda lejos todavía y el hambre sigue siendo el animal más feroz y menos pulcro, y todo contribuye para que la humanidad, en su mayoría, se degenere y pierda para siempre su vitalidad. En estas condiciones, la vida de un pintor no tiene sentido, y cuanto más talento tiene, tanto más extraño e incomprensible es su papel, ya que resulta que él trabaja para la diversión de un animal feroz y sucio, sosteniendo el orden existente. Y yo no quiero trabajar y no trabajaré... No precisamos nada, ¡qué se hunda la tierra en el infierno!

4 Fundador d ela nación rua, príncipe de origen escandinavo.
5 Criado de Chichicov en *Almas muertas* de Gogol.

—Missus, vete a tu cuarto —dijo Lida a su hermana, considerando, por lo visto, mis palabras como dañinas para una señorita tan joven.

Yenia miró con tristeza a la hermana y a la madre y salió.

—Estas lindas cosas se dicen comúnmente cuando quieren justificar su indiferencia—dijo Lida—. Negar hospitales y escuelas es más fácil que curar y enseñar.

—Es verdad, Lida, es verdad —asintió la madre.

—Usted amenaza, con dejar de trabajar —continuó Lida—. Por lo visto, aprecia usted altamente sus obras. No discutamos más: nunca llegaremos a un acuerdo, ya que la más imperfecta de las bibliotecas o farmacias, a las cuales se refirió usted con tanto desprecio, para mí es más importante que todos los paisajes del mundo. —Y en seguida, dirigiéndose a la madre, habló en un tono muy distinto—: El príncipe está muy delgado y ha cambiado mucho desde que estuvo en nuestra casa. Lo mandan a Vichy.

Ella contaba a su madre las cosas acerca del príncipe para no hablar conmigo. Su cara ardía y para ocultar su agitación se inclinó hacia la mesa, como miope, y aparentó leer el diario. Mi presencia era desagradable. Me despedí y me retiré.

IV

Afuera todo era paz; la aldea del otro lado del lago dormía ya, no se veía ninguna lucecita y sólo en el agua brillaban apenas los pálidos reflejos de las estrellas. Junto al portón de los leones, inmóvil, Yenia me esperaba, de pie, para acompañarme un trecho.

—Todos están durmiendo en la aldea —le dije, tratando de distinguir su rostro en la oscuridad, y vi sus oscuros y tristes ojos fijarse en mí—. El tabernero y el cuatrero duermen tranquilos, mientras que nosotros, gente de bien nos irritamos el uno al otro discutiendo.

Era una triste noche de agosto, triste porque ya olía a otoño; cubierta por una nube purpurina, salía la luna y apenas iluminaba el camino y los oscuros campos. Con frecuencia caían estrellas fugaces.

Yenia iba por el camino a mi lado y trataba de no mirar al cielo, ya que el verlas caer la asustaba no se sabe por qué.

—Me parece que usted tiene razón —dijo ella, temblando a causa de la humedad nocturna—. Si todos los hombres, en común, pudieran dedicarse a la actividad espiritual pronto llegarían a saberlo todo.

—Naturalmente. Somos seres superiores y si, efectivamente, tuviésemos conciencia dé toda la fuerza del genio humano y viviésemos sólo para propósitos supremos, al final seríamos como dioses. Pero ello no ocurrirá nunca, la humanidad se va a degenerar y del genio no queda ni rastro.

Cuando el portón desapareció de la vista, Yenia se detuvo y me dio tan presuroso apretón de manos.

—Buenas noches —dijo, temblando; sólo una blusa liviana cabria sus hombros y ella se encogió de frío—. Venga mañana.

Sentí angustia al pensar que me quedaría solo, irritado, descontento con la gente y conmigo mismo; también yo traté de no mirar a las estrellas fugaces.

—Quédese conmigo un minuto más —le dije—. Le ruego.

Yo amaba a Yenia. La amaba, quizá, porque solía recibirme y me acompañaba para despedirme; porque me miraba con ternura y admiración. ¡Cuán bellos y conmovedores eran su rostro pálido, su cuello fino, sus delgados brazos, su fragilidad, su ocio, sus libros! ¿Y su inteligencia? Yo sospechaba en ella una inteligencia notable, admiraba la amplitud de sus ideas, quizá porque ella pensaba de otra manera que la hermosa y severa Lida, que no me quería. Yo le agradaba a Yenia como pintor, conquisté su corazón con mi talento, y sentía un; apasionado deseo de pintar sólo para ella, soñando con ella como mi pequeña reina, que junto conmigo poseería estos árboles, campos, la niebla, el alba, esta naturaleza maravillosa y encantadora, pero entre la cual me sentí hasta entonces desesperadamente solo e inútil.

—Quédese un minuto más —supliqué—. Le imploro.

Me quité el abrigo y cubrí sus hombros helados, temiendo mostrarse fea y ridícula con el gabán masculino, ella se lo quitó, riendo y entonces la abracé y comencé a besar su cara, sus hombros, sus brazos.

—¡Hasta mañana! —susurró ella y con cuidado, como si temiera alterar el silencio de la noche, me abrazó—. Tengo que contarlo todo en seguida a mamá y a mi hermana, pues no tenemos secretos entre nosotras... ¡Me da mucho miedo! No por mamá ella lo quiere, ¡pero Lida...! —Y se dirigió corriendo hacia el portón.

—¡Adiós! —gritó.

Luego, durante unos dos minutos la oí correr. No tenía ganas de volver a casa y además no había para qué volver allá. Me quedé parado un rato, meditando, y desanduve lentamente el camino para dirigir una mirada más a la casa en que vivía ella: simpática, ingenua y vieja casa me parecía mirarme con las ventanas de su sotabanco y comprenderlo todo. Pasé por delante de la terraza, me senté en un banco junto a la plazoleta de lawn-tennis, bajo un añoso olmo y desde la oscuridad contemplé la casa. Las ventanas del sotabanco, donde vivía Missus, iluminározse con una luz brillante, luego con otra atenuada y verde: la lámpara fue cubierta con una pantalla. Moviéronse algunas sombras... Me sentí embargado de ternura, silencio y satisfacción conmigo mismo, satisfacción por haberme apasionado y enamorado, pero al mismo tiempo me molestaba la idea de que allí mismo, a pocos pasos de mí-, en una de las habitaciones de la casa, vivía Lida, que no me quería y, quizá, me odiaba. Estuve esperando que saliera Yenia, y al aguzar el oído me parecía oír hablar a alguien en el sotabanco.

Transcurrió cerca de una hora. La verde luz se había apagado y las sombras dejaron de verse. La luna ya se encontraba alta, encima de la casa, e iluminaba el jardín durmiente y los caminitos; las dalias y las rosas en el parterre, frente a la casa, veíanse con nitidez y parecían todas del mismo color. El aire se hacía muy frío. Salí del jardín, levanté del suelo mi sobretodo y me encaminé lentamente a mi casa.

Al día siguiente, cuando llegué por la tarde a la casa de las Volchamnov, la puerta de vidrio que daba al jardín estaba abierta de par en par. Me senté en la terraza, esperando que detrás del parterre en la plazoleta o en una de las alamedas no tardara en aparecer Yenia, o bien desde alguna de las habitaciones llegara a oírse su voz; luego pasé a la sala, al comedor. No había un alma.

Del comedor, a través de un largo pasillo, fui al vestíbulo, luego me dirigí nuevamente al comedor. En el pasillo había varias puertas y detrás de una de ellas resonaba la voz de Lida.

—En la rama... de un árbol... —pronunciaba ella en voz alta y arrastrando las sílabas, probablemente dictando—. Bien ufa-a-ano y con-te-ente, con un queso en el pi-i-ico... esta-aba... ¿Quién está allí? —llamó de repente al oír mis pasos.

—Soy yo.

—¡Ah! Disculpe, no puedo salir ahora, estoy dando clase a Dasha.

—¿Ekaterina Pávlovna está en el jardín?

—No. Ella y mi hermana partieron esta mañana de visita a nuestra tía, en la gobernación de Penza. Y en invierno, probablemente, Irán al extranjero... —añadió después de una pausa—. En la rama... de un árbol... bien ufa-a-no y contento... ¿Escribiste?

Salí al vestíbulo y sin pensar en nada me quedé de pie mirando el lago y la aldea, mientras llegaba a mis oídos:

—Con un queso en el pico, estaba el señor Cuervo.

Y me fui de la finca por el mismo camino por el que habla venido por primera vez, sólo que en sentido contrario: primero del patio al jardín, por delante de la casa, luego por la avenida de los tilos... Allí me alcanzó corriendo un chicuelo y me entrego una esquela. "Le conté todo a mi hermana y ella exige que me separe de usted —leí—. Estaría por encima de mis fuerzas apenarla con mi desobediencia. Que Dios le dé a usted mucha felicidad, perdónome... ¡Si supiera usted con cuánta amargura lloramos, mamá y yo!"

Luego la oscura avenida de abetos, el cerco caído... Por el campo donde aquella vez florecía el centeno y vociferaban las codornices, ahora vagaban las vacas y los caballos trabados. Allá y acá, sobre las colinas, verdeaba intensamente la sementera de otoño. Invadióme un humor sobrio y prosaico, y sentí vergüenza por todo lo que había hablado en casa de las Volchanínov y volví a sentir el tedio de la vida. Al regresar a casa, hice las maletas y por la noche partí para Petersburgo.

No he vuelto a ver a las Volchanínov. No hace mucho, en el viaje a Crimea, encontréme en el tren con Belokúrov. Igual que antes, vestía una podiorka y una camisa bordada, y al preguntarle yo sobre

su salud me respondió: "La debo a sus oraciones". Nos pusimos a conversar. Había vendido su finca y comprado otra, más pequeña, a nombre de Lubov Ivánovna. Acerca de las Volchamnov contó poca cosa. Lida, según sus palabras, vivía siempre en Shelkovka y enseñaba a los chicos en la escuela; poco a poco ella logró reunir un círculo de personas que le eran simpáticas y que, llegando a constituir un partido fuerte, en las últimas elecciones del zemstvo desplazaron a Balaguin, hasta entonces tenía en sus manos a todo el distrito. En lo que atañe a Yenia. Belokúrov sólo podo comunicar que ella no vivía en su casa y que no sabía dónde se encontraba.

Comienzo a olvidar ya la casa del sotabanco, y sólo alguna vez, cuando escribo o leo, de repente, sin causa ninguna, me acuerdo ora de la luz verde en la ventana, ora del ruido de mis pasos que resonaban de noche en el campo, cuando enamorado volvía a mi casa, frotando las manos por el frío. Y con menos frecuencia aun, en momentos cuando me oprime la soledad y estoy triste, empiezo a recordar vagamente y me parece entonces que a mí también alguien me recuerda, me espera y que nos encontraremos...

Missus, ¿dónde estás?

Historia de una anguila

Es una mañana de verano; reina en la Naturaleza una tranquilidad absoluta; óyese solamente, de vez en cuando, las estridencias de los grillos. Junto a la caseta de baños en construcción, bajo las ramas verdes de un sauce, se agita en el agua el carpintero Guerasim, campesino alto, flaco, de rizosos cabellos bermejos; sopla, refunfuña, guiña los ojos y procura sacar algo de entre las raices del sauce.

A su lado, con el agua hasta el cuello, está otro carpintero, Liubim, hombre joven, bajo de estatura y jorobado; su cara es triangular y tiene ojos de chino. Entrambos llevan blusas y calzones y parecen hallarse ateridos de frío, lo cual se comprende, porque hace más de una hora que permanecen en el agua.

— ¿Por qué empujas sin cesar con la mano? —grita el jorobado, tembloroso—. ¡Cabeza de burro! ¡Tenlo! ..., ¡tenlo!..., ¡que no se te escape el maldito pez! ¡Te repito que lo agarres bien!

— ¡No se escapará!... ¿Por dónde quieres que se nos escape?

—Se ha metido por debajo de los troncos— contesta Gnerasim con su voz de bajo ronco—. No hay por dónde cogerla.

— ¡Cógela por las agallas! ¡Cógela y no la sueltes!

— ¡Espera! Ya la tengo, no sé por dónde.

El caso es que la tengo. ¡Cáspita! La maldita muerde.

— Por las agallas te he dicho; no la sueltes...

—No se ven las agallas. Espera. Ya la he cogido por alguna parte; por el labio creo que la he cogido.

— ¡No; ¡por el labio no tires de ella! Se te va a escapar. ¡Por las agallas, por las agallas!

Otra vez empujas con la mano. ¡Qué imbécil eres, válgame Dios! ¡Agárrala!

— ¡Agárrala!... — exclama Guerasim irritado—. Es muy fácil dar órdenes... ¡Métete tú mismo en el agua y agárrala, diablo de jorobado que eres! ¿A que estás sin hacer nada?

—Bien la agarraría si pudiese. Bajo de estatura como soy, no puedo meterme allí; es muy hondo.

—No importa que sea hondo; échate a nado.

El jorobado viene nadando y se coge de las ramas. Pero a la primera tentativa de ponerse en pie se hunde.

—Ya te decía yo; aquí el agua es profunda—grita con enfado al salir a flote—; ¿dónde me he de colocar? ¿He de sentarme en tu cuello?
—Súbete a uno de los troncos; los hay como si fueran una escalera.
El jorobado busca con el pie un tronco y se sitúa en él, asiéndose a las ramas. Resuelto este problema, empieza a rebuscar en el agua entre las raíces. Está agachado y hace lo posible por no tragar agua. Sus manos se enredan entre las algas, resbalan por el musgo que cubre los troncos, y, finalmente, topan con las pinzas de un cangrejo.
— ¡Diablo! ¿Qué haces tú aquí? —exclama Liubim y, furioso, lanza el cangrejo en la orilla.
Prosiguiendo las investigaciones, su mano encuentra la de Guerasim y llega hasta una cosa fría.
— ¡Aquí está! ¡Qué enorme es la muy estúpida!... Deja que meta la mano... Ahora... Por las agallas... No me empujes con el codo... Ahora mismo... Ahora... Deja que la agarre bien... Está muy metida entre los troncos... No sé por dónde cogerla... El vientre está por todos lados... ¡Mátame ese mosquito que me pica en el cuello...! ¡Ya la cogí, ya!

El jorobado hincha los carrillos, detiene la respiración; evidentemente toca las agallas, cuando las ramas a que está asido se rompen. Liubim pierde el equilibrio y ¡patapum! Cae en el agua. Eórmanse círculos concéntricos, y en la superficie aparecen burbujas. El jorobado reaparece nadando, da un fuerte resoplido y vuelve a colgarse de las ramas.

—Te vas a ahogar, ¡demonio!, y luego seré yo el responsable. ¡Vete al infierno! ¡La sacaré yo!

Los dos hombres se injurian reciprocamente. El Sol, entre tanto, sigue su curso. Las sombras se acortan, se repliegan como los cuernos de un caracol; la hierba caldeada por los rayos exhala un perfume intenso.

Las doce del día están a punto de sonar... Mientras, Guerasim y Liubim continúan, debajo del sauce, engolfados en su tarea.

La voz ronca del uno y la voz aguda del otro resuenan sin cesar en el silencio de esta jornada de verano.

— ¡Sácala... por las agallas!... Espera, que yo empujaré. ¿Dónde metes el puño? Con el dedo, no con el puño. ¡Animal!, ¡animal! Córrete hacia la izquierda... que a la derecha hay un hoyo. ¡Tírala del labio!

Por la vertiente vecina baja un rebaño; el pastor Efim, que es muy viejo, tuerto y con la boca contraída, anda despacio, mirando fijamente al suelo. Los carneros llegan a la orilla del agua; luego los caballos; detrás de los caballos, las vacas...

— ¡Empújala por debajo! —grita Liubim—. Pasa el dedo por aquí. ¿Estás sordo? ¡Imbécil!

— ¿Qué hacéis, hijitos míos? —les pregunta Efim.

—Una anguila... No la podemos sacar. Se ha metido debajo de un tronco... Por este lado... ¡Ahora, ahora!

Efim quédase unos momentos mirando con su único ojo a los pescadores. De repente se desata las sandalias, tira al suelo el saco y se quita la camisa, conservando el pantalón. Persígnase y, extendiendo sus brazos morenos y escuálidos, se mete en el agua. Camina unos cincuenta pasos por el suelo fangoso, y luego se echa a nadar.

— ¡Esperad, esperad, muchachos! —les grita aproximándose—. Vais a dejarla escapar. Hay que saber cómo se hace esto.

Efim únese a los carpinteros, y los tres individuos, empujándose con los codos y rodillas, insultándose y estorbándose mutuamente, patalean en el mismo sitio.

El jorobado no cesa de tragar agua y tiene accesos de tos convulsiva.

—¿Dónde anda el pastor? —grita alguien desde la orilla—. ¡Efim! ¡Pastor! ¿Dónde estás? El rebaño se te ha metido en el jardín. ¡Echalo, échalo del jardín! ¡Pronto! ¿Dónde está ese viejo bandido?

Se oyen voces de hombres y mujeres. Por la verja del jardín asoma el dueño, Andreievitch, vestido con una bata de tela oriental; en la mano tiene su periódico. Mira con aire interrogativo en qué dirección vienen los gritos, y se encamina apresuradamente hacia el río.

—¿Qué hay? ¿Qué hay? ¿Quién vocea de ese modo? —pregunta severamente al percibir las tres cabezas mojadas que emergen del agua—. ¿Qué diablos enredáis ahí?

—Un pez...; cogemos un pez...—responde Efim sin levantar la cabeza.

— ¿Cómo? ¡Ya te daré yo el pez! El rebaño se mete en el jardín mientras tú pescas. ¡Y la caseta! ¿Cuándo estará lista? Trabajáis hace dos días y no habéis adelantado nada…

— Estará…, estará la caseta — refunfuña Guerasim—. El verano es largo; tendréis tiempo, señor, de remojaros… ¡Brrr!… No podemos con la anguila… Se ha metido debajo del tronco, y allí permanece como en una madriguera.

— ¿Una anguila? —pregunta el dueño, y sus ojos se animan—. ¡A sacarla pronto!

— ¡Nos darás cincuenta copecs; verás qué pieza! Es gorda como un cerdo. Los vale, señor, los cincuenta copecs… por las penas que nos ha causado… No la aprietes, Liubim; no la aprietes… reventará… Empuja desde abajo… Tú, abuelito, tira hacia arriba…, ¿entiendes?, hacia arriba; no hacia abajo, ¡demonio!

Pasan cinco minutos, luego diez; el dueño se impacienta.

— ¡Vasili! —grita volviéndose hacia la finca—. ¡Vaska! Mándame a Vasili…

Vasili, el cochero, llega a todo correr; está mascando algo y respira con dificultad.

— ¡Métete en el agua! Ayúdales a sacar la anguila, que no pueden con ella…

Vasili se desnuda rápidamente y se mete en el agua.

— ¡Despacho en un instante! ¿Dónde está?

Ya veréis cómo esto va a ir aprisa. ¡Tú, Efim, vete de aquí! ¿A qué meterse en estas honduras un hombre viejo? Vete, y déjanos en paz; yo la sacaré. ¡Ya!… ¡Aquí está!… ¡Quitad de ahí las manos!…

— ¿Quitar las manos? Las quitaremos cuando hayas agarrado el pez. ¡A ver cómo te las compones!

—De este modo no haré nada; hay que cogerla por la cabeza…

— ¡Bruto! Ya sé que es por la cabeza por donde hay que cogerla; pero ¿dónde está la cabeza? ¡Búscala! Debe de estar debajo del tronco.

—No ladres; si no… ¡Bestia!

— ¡Callaos ya! ¿Cómo os atrevéis a proferir en presencia del señor palabras semejantes? —murmura Efim—. No la sacaréis, chicos; es más testaruda que vosotros.

— ¡Aguarda! Veo que no lograréis nada —dice el dueño—, y se desnuda apresuradamente, añadiendo: —Sois cuatro majaderos; no sois capaces de acabar con una anguila.

Andrei Andreievitch, desnudo, espera un rato para orearse y se mete en el agua.

—Hay que cortar el tronco—decide Liubim—. ¡Guerasim, Guerasim, trae el hacha! ¡Alcánzamela!

—No os vayáis a cortar los dedos—advierte el dueño, oyendo golpes de hachas debajo del agua—. ¡Efim, vete de ahí! Yo sacaré la anguila. Vosotros no servís para nada.

El tronco está partido, lo levantan un poco y Andrei Andreievitch siente con gran satisfacción cómo sus dedos se introducen debajo de las agallas de la anguila.

— ¡Ya la tengo! ¡Muchachos, no empujéis!... ¡Quedaos quietos!... ¡Ya va fuera!...

Aparece a la superficie una gran cabeza de anguila, y detrás de ella un cuerpo negro de un metro de largo.

La anguila menea la cola y busca manera de escurrirse.

Una sonrisa triunfante resplandece en todas las caras. Después de unos momentos de admiración silenciosa, prorrumpen en gritos:

— ¡Ea! ¡Ya te tenemos!

— ¡Soberbia anguila! —balbucea Efim, rascándose el pecho—. Pesa lo menos diez libras.

— Seguramente—afirma el dueño—. ¡Y lo gorda que está! Diriase que va a reventar... ¡Ah! ..., ¡ah!...

La anguila hace con su cola un movimiento tan rápido como imprevisto, y los pescadores la ven zambullirse en el agua...

Todos alargan las manos, pero ya es tarde; la anguila ha desaparecido para siempre.

En la casa de huéspedes

-¡Oiga usted! -ruge encarándose con el dueño de la casa de huéspedes la inquilina del cuarto núm. 47, la coronela Machatirina, que está púrpura de coraje y echa espumarajos por la boca. O me da otra habitación o me voy de esta maldita posada. ¡Esto es una guarida de golfos! ¡Tengo muchachas casaderas y aquí no se escuchan más que horrores! ¿Cómo puede uno soportarlo? ¡De día y de noche! óyense a veces tales cosas, que no sabe uno ni dónde meterse. Gracias que mis niñas no comprenden aún nada; de otra suerte, tendría que escapar aunque me quedara sin albergue... Justamente ahora Carlaniza, mi vecino... Puede usted escucharle...

-Yo te contaré algo mejor -dice en la habitación contigua una voz de bajo profundo. ¿Te acuerdas del teniente Drujkof? Pues bien; aquel Drujkof hizo una carambola y, según su costumbre, levantó la pierna en alto... De repente oyóse un trrrr... Pensamos que se había roto el paño del billar; pero pronto nos dimos cuenta de que «los estados unidos» habían estallado por todas las costuras. ¡El animal levantó la pierna tan en alto, que no quedó una costura sana! ¡Ja..., ja..., ja...! Y había señoras en la sala. Entre otras la mujer de aquel papanatas de Okurin... Okurin se puso como un loco, rabiando. ¿Cómo atreverse a tamaña indecencia delante de una señora? Cruzáronse de palabras... ya lo sabes. Acabó Okurin por mandar sus testigos a Drujkof, y Drujkof, que no tiene pelo de tonto, le respondió:

-¡Ja..., ja..., ja...! Que no me mande a mí sus testigos, sino mi sastre, que me cosió mal estos pantalones. ¡Suya es la culpa! ¡Ja..., ja..., ja...!

Lila y Mila, las hijas de la coronela, que se hallan sentadas junto a la ventana, apoyando sus mejillas gordinflonas en sus puños, ruborízanse y bajan los ojitos.

-¿Ha oído usted? -sigue Machatirina, volviéndose al dueño. ¿Qué le parece? ¡Yo soy, señor mío, una coronela!¡Mi marido ha ocupado un puesto importante! ¡No he de permitir que en mi presencia cualquier carretero relate indecencias semejantes!

-¡Señora, si no es un carretero! Es el capitán Kikin. ¡Es un caballero!

-Si hasta tal punto olvida sus deberes de caballero, que se expresa como un vulgar conductor de carros, merece ser despreciado aun más. ¡En una palabra, no discuta usted; emplee medios enérgicos!

-¡Pero, señora! ¿Qué puedo hacer yo? No es usted sola... todo el mundo se queja... ¡Si no puedo nada con él! Cuantas veces he ido a su cuarto tratando de convencerlo: «¡Aníbal Ivanovitch! ¡Por Dios! ¡Es una vergüenza!», me pone los puños cerca de la cara, diciéndome: «¿Los quieres probar...?» ¡Es en realidad un escándalo!... Por la mañana se despierta y se va al pasillo en... usted dispense... en paños menores. O bien se emborracha, coge el revólver y la emprende a tiros con la pared. De día no cesa de beber vino, y por las noches juega a las cartas... de las cartas suceden las peleas.

-¿Y por qué no le despide usted a ese ganapán?

-¿Pero cómo despedirlo? Me debe tres meses. Yo renuncio al dinero con tal de que se vaya. El tribunal le ha notificado la expulsión. Apeló, entabló recurso de casación, y se las arregla como puede para dar largas ... ¡Es una calamidad! ...

¡Y si viera usted qué hombre! ¡Joven, guapo, listo...! ¡Cuando no está borracho da gusto tratarle! El otro día, como no se hallaba ebrio, pasó el día entero escribiendo a sus padres.

-¡Desgraciados padres! -suspira la coronela.

-¡Naturalmente, son unos desgraciados! No es poca pena tener un hijo semejante. Le reprenden, le echan de las fondas, le imponen multas todos los días por escándalos, etcétera... ¡Vaya una desesperación!

-¡Pobre, desgraciada esposa! -vuelve a suspirar la coronela.

-No, señora; si es soltero. ¿Acaso le es posible casarse? Gracias a que pueda sustentarse a sí mismo ...

-¿De modo que es soltero? -pregunta. ¿Soltero?

La coronela da otra vuelta y se queda un momento pensativa.

-Así, pues... ¿soltero?... Lila, Mila, quitaos de delante de la ventana. ¡Hay corriente de aire! ¡Qué lástima! ¡Un hombre joven y de tan mala conducta! ¿Y de qué proviene esto? De que nadie ejerce sobre él una benéfica influencia... No hay quien... Es soltero... Aquí tiene usted el motivo... Hágame usted el favor -prosigue amablemente- de ir a verle en mi nombre y suplíquele que se modere un poco en su manera de hablar... Dígale usted que es la coronela Machatirina quien se lo pide... Vive en el número 47 con sus hijas, y ha venido aquí desde su hacienda.

-Muy bien.

-No lo olvide; dígale que llegó con sus hijas. Que venga a disculparse por lo menos. Estamos siempre en casa después de comer. ¡Mila, cierra la ventana!

-Pero, mamá, ¿para qué ver a ese borracho? -le interroga Lila al marcharse el dueño. ¡Valiente convidado: bebedor, pendenciero, tunante!...

-No hables, querida mía; vosotros tenéis siempre algo que decir y por eso no os casáis... ¿Por qué no? Cualquiera que sea, no hay motivo de despreciarle... Quizá sirva de algo... ¿Quién sabe? -suspira la coronela, fijándose con preocupación en sus hijas. Tal vez esté ahí nuestra suerte. Id a vestiros por si acaso.

En la oscuridad

Una mosca de mediano tamaño se metió en la nariz del consejero suplente Gaguin. Aunque se hubiera metido allí por curiosidad, por atolondramiento o a causa de la oscuridad, lo cierto es que la nariz no toleró la presencia de un cuerpo extraño y dio muestras de estornudar. Gaguin estornudó tan ruidosamente y tan fuerte que la cama se estremeció y los resortes, alarmados, gimieron.

La esposa de Gaguin, María Michailovna, una rubia regordeta y robusta, se estremeció también y se despertó. Miró en la oscuridad, suspiró y se volvió del otro lado. A los cinco minutos se dio otra vuelta, apretó los párpados, pero no concilió el sueño. Después de varias vueltas y suspiros se incorporó, pasó por encima de su marido, se calzó las zapatillas y se fue a la ventana.

Fuera de la casa, la oscuridad era completa. No se distinguían más que las siluetas de los árboles y los tejados negros de las granjas. Hacia oriente había una leve palidez, pero unas masas de nubes se aprestaban a cubrir esta zona pálida. En el ambiente, tranquilo y envuelto en la bruma, reinaba el silencio. Y hasta permanecía silencioso el sereno, a quien se paga para que rompa con el ruido de su chuzo el silencio de la noche, y el estertor de la negreta, único volátil silvestre que no rehuye la vecindad de los veraneantes de la capital.

Fue María Michailovna quien rompió el silencio. De pie, junto a la ventana, mirando hacia fuera, lanzó de pronto un grito. Le había parecido que una sombra, que procedía del arriate, en el que se destaca un álamo deshojado, se dirigía hacia la casa. Al principio creyó que era una vaca o un caballo, pero, después de restregarse los ojos, distinguió claramente los contornos de un ser humano.

Luego le pareció que la sombra se aproximaba a la ventana de la cocina y, después de detenerse unos instantes, al parecer por indecisión, ponía el pie sobre la cornisa y… desaparecía en el hueco negro de la ventana.

“¡Un ladrón!”, se dijo como en un relámpago, y una palidez mortal se extiendió por su rostro.

En un instante su imaginación le reprodujo el cuadro que tanto temen los veraneantes: un ladrón se desliza en la cocina, de la cocina

al comedor..., en el aparador está la vajilla de plata..., más allá el dormitorio..., un hacha..., los rostros de unos bandidos..., las joyas... Le flaquearon las piernas y sintió un escalofrío en la espalda.

-¡Vasia! -exclamó zarandeando a su marido-. ¡Vasili Pracovich! ¡Dios mío, está roque! ¡Despierta, Vasili, te lo suplico!

-¿Qué ocurre? -balbucea el consejero suplente, aspirando aire profundamente y emitiendo un ruido con las mandíbulas.

-¡Despiértate, en el nombre del cielo! ¡Un ladrón ha entrado en la cocina! Yo estaba junto a la vidriera y he visto que alguien saltaba por la ventana. De la cocina irá al comedor..., ¡las cucharas están en el aparador! ¡Vasili! Lo mismo sucedió el año pasado en casa de Mavra.

-¿Qué pasa? ¿Quién... es?

-¡Dios mío! No oye... Pero, comprende, pedazo de tronco... Acabo de ver a un hombre entrar en nuestra cocina. Pelagia tendrá miedo y... ¡la vasija de plata está en el aparador!

-¡Majaderías!

-¡Vasili, eres insoportable! Te digo que hay un ladrón en casa y tú duermes y roncas. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué nos roben y nos degüellen?

El consejero suplente se incorporó lentamente y se sentó en la cama bostezando ruidosamente.

-¡Dios mío, qué seres! -gruñó-. ¿Es que ni de noche me puedes dejar en paz? ¡No se despierta a uno por estas tonterías!

-Te lo juro, Vasili; he visto a un hombre entrar por la ventana.

-¿Y qué? Que entre... Será, seguramente, el bombero de Pelagia que viene a verla.

-¿Cómo? ¿Qué dices?

-Digo que es el bombero de Pelagia que viene a verla.

-¡Eso es peor aún! -gritó María Michailovna-. ¡Eso es peor que si fuera un ladrón! Nunca toleraré en mi casa semejante cinismo.

-¡Vaya una virtud!... No permitir ese cinismo... Pero ¿qué es el cinismo? ¿Por qué emplear a tontas y a locas palabras extranjeras? Es una costumbre inmemorial, querida mía, consagrada por la tradición, que el bombero vaya a visitar a las cocineras.

-¡No, Vasili! ¡Tú no me conoces! No puedo admitir la idea de que, en mi casa, una cosa semejante..., semejante... ¡Vete en seguida

a la cocina a decirle que se vaya! ¡Pero ahora mismo! Y mañana yo diré a Pelagia que no tenga el descaro de comportarse así. Cuando me muera puedes tolerar en tu casa el cinismo, pero ahora no lo permito. ¡Vete allá!

-¡Dios mío!... -gruñó Gaguin con fastidio-. Veamos, reflexiona en tu cerebro de mujer, tu cerebro microscópico: ¿por qué voy a ir allí?

-¡Vasili, que me desmayo!

Gaguin escupió con desdén, se calzó las zapatillas, escupió otra vez y se dirigió a la cocina. Estaba tan oscuro como en un barril tapado, y tuvo que andar a tientas. De paso buscó a ciegas la puerta de la alcoba de los niños y despertó a la niñera.

-Vasilia -le dijo-, cogiste ayer mi bata para limpiarla. ¿Dónde está?

-Se la he dado a Pelagia para que la limpie, señor.

-¡Qué desorden! Cogen las cosas y no las vuelven a poner en su sitio. Ahora tengo que andar por la casa sin bata.

Al entrar en la cocina se dirigió al rincón donde dormía la cocinera sobre el arca, debajo de las cacerolas...

-¡Pelagia! -gritó, buscando a tientas sus hombros para sacudirla-. ¡Eh, Pelagia! ¡Deja de representar esta comedia! ¡Si no duermes! ¿Quién acaba de entrar por la ventana?

-¿Eh? ¡Por la ventana! ¿Y quién va a entrar por la ventana?

-Mira, no me andes con cuentos. Dile a tu bribón que se vaya a otra parte. ¿Me oyes? No se le ha perdido nada por aquí.

-Pero ¿me quiere hacer perder la cabeza, señor? ¡Vamos!... ¿Me cree tonta? Me paso todo el santo día trabajando, corro de un lado para otro, sin parar ni un momento, y ahora me sale con esas historias. Gano cuatro rublos al mes..., tiene una que pagarse su azúcar y su té, y con la única cosa con que se me honra es con palabras como ésas...¡He trabajado en casa de comerciantes y nunca me trataron de una manera tan baja!

-Bueno, bueno... No hay por qué gritar tanto... ¡Que se largue tu palurdo inmediatamente! ¿Me oyes?

-Es vergonzoso, señor -dice Pelagia, con voz llorosa-. Unos señores cultos... y nobles, y no comprendan que tal vez unos desgraciados y miserables como nosotros...-se echó a llorar-. No

tienen por qué decirnos cosas ofensivas. No hay nadie que nos defienda.

-¡Bueno, basta!... ¡A mí déjame en paz! Es la señora quien me manda aquí. Por mí puede entrar el mismo diablo por la ventana, si te gusta. ¡Me tiene sin cuidado!

Por este interrogatorio ya no le quedaba al consejero más que reconocer que se había equivocado y volver junto a su esposa. Pero tiene frío y se acuerda de su bata.

-Escucha, Pelagia -le dice-. Cogiste mi bata para limpiarla. ¿Dónde está?

-¡Ay, señor, perdóneme! Me olvidé de ponerla de nuevo en la silla. Está colgada aquí en un clavo, junto a la estufa.

Gaguin, a tientas, busca la bata alrededor de la estufa, se la pone y se dirige sin hacer ruido al dormitorio.

María Michailovna se había acostado después de irse su marido y se puso a esperarle. Estuvo tranquila durante dos o tres minutos, pero en seguida comenzó a torturarla la inquietud.

"¡Cuánto tarda en volver! -piensa-. Menos mal si es ese... cínico, pero ¿y si es un ladrón?"

Y en su imaginación se pinta una nueva escena: su marido entra en la cocina oscura..., un golpe de maza..., muere sin proferir un grito..., un charco de sangre...

Transcurrieron cinco minutos, cinco y medio, seis... Un sudor frío perló su frente.

-¡Vasili! -gritó con voz estridente-. ¡Vasili!

-¿Qué sucede? ¿Por qué gritas? Estoy aquí... -le contestó la voz de su marido, al tiempo que oía sus pasos-. ¿Te están matando acaso?

Se acercó y se sentó en el borde de la cama.

-No había nadie -dice-. Estabas ofuscada... Puedes estar tranquila, la estúpida de Pelagia es tan virtuosa como su ama. ¡Lo que eres tú es una miedosa..., una!...

Y el consejero se puso a provocar a su mujer. Estaba desvelado y ya no tenía sueño.

-¡Lo que tú eres es una miedosa! -se burla de ella-. Mañana vete a ver al doctor para que te cure esas alucinaciones. ¡Eres una sicópata!

-Huele a brea -dice su mujer-. A brea o... a algo así como a cebolla..., a sopa de coles.

-Sí... Hay algo que huele mal... ¡No tengo sueño! Voy a encender la bujía... ¿Dónde están las cerillas? Te voy a enseñar la fotografía del procurador de la audiencia. Ayer se despidió de nosotros y nos regaló una foto a cada uno, con su autógrafo.

Raspó un fósforo en la pared y encendió la bujía. Pero antes de que hubiese dado un solo paso para buscar la fotografía, detrás de él resonó un grito estridente, desgarrador. Se volvió y se encontró con que su mujer lo miraba con gran asombro, espanto y cólera...

-¿Has cogido la bata en la cocina? -le preguntó palideciendo.

-¿Por qué?

-¡Mírate al espejo!

El consejero suplente se miró en el espejo y lanzó un grito fenomenal. Sobre sus hombros pendía, en vez de su bata, un capote de bombero. ¿Cómo ha podido ser? Mientras intenta resolver este problema, su mujer veía en su imaginación una nueva escena, espantosa, imposible: la oscuridad, el silencio, susurro de palabras, etc.

¿Qué pasa entre Gaguin y la cocinera? María Michailovna da rienda suelta a su imaginación.

El miedo

En todo el tiempo que he vivido en este mundo tuve miedo sólo tres veces.

El primer miedo, que me produjo el hormigueo en el cuerpo y me puso los pelos de punta, obedeció a una causa insignificante, pero extraña.

Una vez, por no tener nada que hacer, me dirigí a la estafeta postal para buscar los periódicos. Era un atardecer tranquilo, caluroso, casi sofocante, como aquellos atardeceres monótonos del mes de Julio, que, una vez comenzados, se prolongan en una serie continuada durante una o dos semanas, acaso más aún, y de pronto los interrumpe bruscamente una tormenta fuerte y un soberbio chaparrón cuyo efecto refrescante puede durar varios días.

Se ha puesto el sol y una sombra gris cubría toda la tierra. En el aire inmóvil, estancado, se condensaban emanaciones empalagosas de hierbas y flores. Iba yo en un simple carro tirado por el caballo de carga. Detrás, puesta la cabeza en un saco de avena, dormía roncando suavemente el hijo del jardinero, Pashka, un chico de ocho años, que me acompañaba por si fuera necesario en algún momento cuidar del caballo.

Íbamos por el estrecho, pero recto como una flecha camino vecinal, que se escondía más adelante igual que una serpiente en medio del centeno alto y tupido. Lentamente avanzaba el pálido crepúsculo; la franja aún iluminada del cielo se diluía cubierta con una nube estrecha y deforme, que primero parecía un bote y luego una persona envuelta en una manta... Anduve así dos o tres verstas hasta que empezaron a crecer sobre el fondo pálido del ocaso, uno tras otro, siluetas de álamos, altos y esbeltos, luego apareció un río luminoso y se extendió de pronto ante mis ojos, como por arte de magia, un hermoso panorama. Había que detener al caballo, porque el camino recto se cortaba y seguía luego por una vertiente escarpada cubierta de arbustos. Nos quedamos parados en la cima de la colina y debajo de nosotros se abría un gran pozo, un espacio lleno de tinieblas y de formas extrañas. En el fondo de este pozo, sobre ancha planicie, vigilada por la hilera de álamos y acariciada por el brillo del río se albergaba la aldea. Ahora, la aldea ya estaba dormida... Sus

chozas, la iglesia con el campanario y los árboles se destacaban sobre el crepúsculo gris y sus imágenes oscuras se reflejaban en la superficie pulida del río.

Desperté a Pashka para que no se cayera del carro y comencé a bajar lentamente.

-¿Ya llegamos a Lúkovo?- preguntó Pashka, levantando la cabeza perezosamente.

- Hemos llegado. Agarra las riendas.

Guié al caballo hacia abajo y observé la aldea. Desde el primer vistazo me sorprendió un asunto extraño: en lo más alto del campanario, en una minúscula ventana, entre la cúpula y las campanas vibraba una lucecita. Parecía la de un candil, que por unos instantes se apagaba y luego, de pronto, resplandecía de nuevo.

¿De dónde venía esa luz? Me resultaba incomprensible su origen. No podría haber ninguna llama detrás de la ventanita, porque en la parte alta del campanario no se encontraban ni iconos, ni candiles; allí, lo sabía perfectamente, se acumulaban solamente vigas de madera, polvo y telarañas; subir hasta allí era muy difícil, porque desde el campanario la entrada estaba clausurada. Esta llamita parecía ser más bien el reflejo de una luz exterior, pero aguzando con todas las fuerzas mi vista, no pude distinguir ningún otro punto luminoso en todo este enorme espacio que se extendía delante de mí. Tampoco había luna. La pálida, casi apagada franja del crepúsculo no podía reflejarse en el campanario, porque la ventanita no daba al poniente, sino al este. Todas esas reflexiones pasaban por mi cabeza mientras descendía junto con el caballo. Al bajar, me subí otra vez al carro y observé de nuevo la lucecita. El centelleo seguía como antes.

-"¡Qué extraño! -pensé, perdiéndome en conjeturas-. Muy extraño".

Y se apoderó de mí, poco a poco, una sensación harto desagradable. Al principio pensé que estaba enfadado por no poder explicar un hecho sencillo, pero luego, cuando volví la cabeza, aterrorizado, para no ver la lucecita y me aferré a Pashka, me di cuenta de que se estaba apoderando de mí el miedo... Me embargó el sentimiento de soledad, de angustia y temor, como si me hubieran arrojado contra mi voluntad en ese enorme pozo lleno de tinieblas

donde me enfrentaba al campanario que me observaba con su ojo encarnado.

- ¡Pashka! -grité aterrorizado, cerrando los ojos-.

- ¿Si? - Pashka, ¿qué es esa luz, la de arriba, la del campanario?

Pashka miró el campanario por encima de mi hombro y bostezó:

-¿Quién sabe?

Este corto diálogo con el muchacho me tranquilizo un poco, pero no por mucho tiempo. Pashka se dio cuenta de mi ansiedad, observó con sus grandes ojos la lucecita, me miró de nuevo, luego miró otra vez la lucecita...

- ¡Tengo miedo!... -susurró-.

Pues entonces, fuera de mí por el miedo, estreché con un brazo al muchacho contra mi pecho y di un fuerte latigazo al caballo.

-"¡Qué tontería! -me decía a mí mismo-. Este fenómeno es aterrador porque es inexplicable... Todo lo inexplicable es misterioso y por eso mismo aterrador".

Trataba de convencerme, pero al mismo tiempo seguía fustigando al caballo.

Al llegar a la estafeta postal, me entretuve adrede una hora charlando con el jefe de la estación, leí dos, tres diarios, pero el malestar no me abandonaba todavía. En el camino de regreso la lucecita había desaparecido; sin embargo, siluetas de chozas, de álamos y de la colina, a la que teníamos que ascender, me parecían objetos animados.

Pero cuál fue el origen de aquella lucecita, no lo pude averiguar hasta hoy.

* * *

Por segunda vez sufrí un fuerte ataque de pavor, su causa fue también insignificante... Volvía de una cita amorosa, era la una de la mañana, cuando toda la naturaleza se encuentra sumida en un sueño más profundo y más dulce, que precede a la madrugada. Pero aquella vez la naturaleza no estaba dormida y la noche no podría llamarse serena. Silbaban codornices, rascones, ruiseñores, becacinas, chirriaban grillos y saltamontes; se extendía una ligera neblina sobre el pasto y en el cielo, dejando de lado la luna pasaban las nubes corriendo quién

sabe adónde. La naturaleza no dormía, como si temiera perder los mejores momentos de su vida.

Estaba caminado por un sendero estrecho al borde mismo del terraplén del ferrocarril. La luz de la luna se deslizaba por los rieles ya cubiertos de rocío. Grandes sombras de las nubes pasaban a cada rato por el terraplén. Adelante a lo lejos se distinguía una serena y opaca lucecita verde.

- "Quiere decir, que todo está en orden" -pensé yo, observándola.

Sentía en el alma silencio, paz y una sensación de bienestar. Volvía de una cita, no había ningún apuro, no tenía ganas de dormir, con cada respiro, con cada paso que retumbaba en medio de los rumores uniformes de la noche me sentía joven y saludable.

No me acuerdo bien de todas mis sensaciones de aquel momento, ¡pero sí me acuerdo de haberme sentido bien, muy bien!

Después de haber caminado no más de un kilómetro, escuché de pronto detrás de mí un sonido monótono, como si fuera el opaco murmullo de un riacho grande. Con cada segundo el sordo fragor se acercaba más y su intensidad aumentaba. Miré hacia atrás: a cien pasos se distinguía el bosque oscuro que acababa de atravesar. Allí el terraplén doblaba hacia la derecha trazando un hermoso semicírculo y perdiéndose en la espesura. Me detuve perplejo y esperé. Inmediatamente apareció en la curva de la vía una enorme mole negra que, siguiendo los carriles, se dirigía hacia mí y pasó a mi lado con la velocidad de un pájaro. En menos de medio minuto la mole desapareció y el ruido se incorporó a los rumores de la noche.

Era un simple vagón de carga. El mismo no representaba nada especial, pero su aparición, sin la locomotora de noche, me pareció asombrosa. ¿De dónde provenía y qué clase de fuerza lo empujaba para que corriera con tanta velocidad por los carriles de la vía? ¿Adónde iba?

Si fuera supersticioso hubiera pensado que los diablos y las brujas se dirigían a sus bailes nocturnos y hubiera seguido mi camino; pero lo que sucedió me resultaba totalmente inexplicable. No podía creer a mis propios ojos y me perdía en las conjeturas, como la mosca en una telaraña...

Y sentí de pronto que estaba muy solo, solo en todo ese enorme espacio: la noche, que me pareció huraña, observaba mi rostro y espiaba mis pasos; todos los sonidos, los gritos de los pájaros y el susurro de los árboles ya me parecieron siniestros, que existían solo para perturbar mi imaginación. Aceleré mis pasos y sin darme cuenta eché a correr corno loco, más y más rápido. Y escuché enseguida el gemido lastimoso de los cables telegráficos, que antes no había notado.

- "¡Al diablo!" -pensaba, tratando de avergonzarme-. "Es una cobardía, es una estupidez..."

Pero la cobardía es mucho más fuerte que el sentido común. Caminé más tranquilo recién cuando me acerqué corriendo a la luz verde donde distinguí la garita del guardabarrera y a él mismo parado al lado del terraplén.

-¿Lo viste? -pregunté jadeante-.

- ¿A quién? ¿Qué te pasa?

-¡Pasó por aquí un vagón!

-Lo vi...-dijo el hombre con desgano-. Se desprendió del tren de carga. En la versta ciento veintiuna hay una pendiente abrupta... El tren arrastra los vagones hacia arriba. No aguantaron las cadenas del último vagón que se desprendió y corrió hacia atrás... ¡A ver, si lo alcanzan ahora...!

El extraño fenómeno tuvo su explicación y desapareció la sensación de algo fantástico. El miedo también desapareció y pude seguir mi camino.

* * *

La tercera vez que sentí miedo muy fuerte ocurrió en el atardecer de una primavera temprana, al volver de caza. El camino del bosque estaba lleno de charcos de agua a causa de la reciente lluvia y la tierra chapoteaba bajo mis pies. El cielo rojo del ocaso atravesaba todo el bosque, coloreando el follaje joven y los troncos, de los abedules. Me había cansado mucho y me movía apenas.

Unos cinco o seis verstas antes de llegar a casa, en el sendero del bosque, me encontré con un gran perro negro, de raza

"terranova". Al cruzarse conmigo, el perro me miró fijamente a la cara y siguió corriendo.

-"Qué buen perro"... -pensé-. "¿De quien será?"

Miré hacia atrás. El perro estaba parado a diez pasos de distancia y seguía mirándome fijamente. Un minuto, callados, nos estuvimos observando uno al otro, luego el perro, quizás halagado por mi atención, se acercó meneando la cola... Seguí mi camino. El perro detrás.

-"¿A quién pertenece ese perro?" -me preguntaba-. "¿De dónde viene?"

Conocía a todos los terratenientes y sus perros de caza en esa comarca. Ninguno tenía un "terranova" similar. ¿De dónde pudo haber venido para encontrarse en este bosque perdido, en el camino que nadie frecuentaba excepto los leñadores con sus carros? Tampoco pudo haberse extraviado de algún viajero casual, porque nadie seguiría este camino que no llevaba a ninguna parte.

Me senté en un tronco y empecé a observar detenidamente a mi compañero de ruta. El también se sentó, levantó la cabeza y con su mirada penetrante me miró... Me miraba sin pestañear. No sé si a causa del profundo silencio, de las sombras y de los sonidos del bosque o, quizá, por haberme cansado tanto, pero bajo la mirada fija de los ojos del perro me sentí de pronto aterrorizado... Me acordé de Fausto y de su *bull-dog*, de las alucinaciones que sufren las personas extremadamente cansadas. Me bastó para levantarme bruscamente y tratar de alejarme con rapidez, pero el terranova me siguió...

-¡Vete, fuera!- grité otra vez.

El perro volvió la cabeza, me miró fijamente y movió la cola con alegría. Era evidente, que mi tono severo le parecía divertido. Debería haberlo acariciado, pero la visión del *bull-dog* de Fausto no me abandonaba y el miedo se hacía más y más agudo... La oscuridad se tornaba más espesa y esto me hacía más impresionable: cada vez que el perro se me acercaba y me tocaba con su cola meneante, yo cerraba los ojos horrorizado. Sucedió lo mismo que me había pasado con el campanario o con el vagón extraviado: no aguanté más y corrí...

Encontré en casa al huésped, a un viejo amigo mío, quien después de haber saludado, comenzó a quejarse: mientras venía en

un coche camino a mi casa, se perdió en el bosque y su buen perro de raza quedó atrás y se perdió también.

Las bellas

I

Recuerdo cómo, siendo colegial del quinto o sexto año, viajaba yo desde el pueblo de Bolshoi Krepkoi, de la región del Don, a Kostov, acompañando a mi abuelo. Era un día de agosto, caluroso y penosamente aburrido. A causa del calor y del viento, seco y cálido, que nos llenaba la cara de nubes de polvo, los ojos se nos pegaban y la boca se volvía reseca, uno no tenía ganas de mirar ni hablar ni pensar, y cuando el semidormido cochero, el ucranio Karpo, amenazando al caballo me rozaba la gorra con su látigo, yo no emitía ningún sonido en señal de protesta y sólo, despertándome de la modorra, escudriñaba la lejanía: ¿no se veía alguna aldea a través de la polvadera? Para dar de comer a los caballos nos detuvimos en Bajch-Salaj, un gran poblado armenio, en casa de un rico aldeano, conocido de mi abuelo. En mi vida había visto nada más caricaturesco que aquel armenio. Imagínese una cabecita rapada, de cejas espesas y sobresalientes, nariz de ave, largos y canosos bigotes y ancha boca desde la cual apunta una larga pipa de cerezo; esa cabecita está pegada torpemente a un torso flaco y encorvado, vestido con un traje fantástico: una corta chaqueta roja y amplios bombachos de color celeste claro; esta figura caminaba separando mucho los pies y arrastrando los zapatos, hablaba sin sacar la pipa de la boca y se comportaba con dignidad puramente armenia: no sonreía, abría desmesuradamente los ojos y trataba de prestar la menor atención posible a sus huéspedes.

En las habitaciones del armenio no había ni viento ni polvo, pero la atmósfera de la casa era tan desagradable, sofocante y tediosa como en la estepa y en el camino. Me recuerdo polvoriento y exhausto por el calor, sentado en el rincón sobre un baúl verde. Las paredes de madera sin pintar, los muebles y los pisos recubiertos de ocre expandían un olor a madera seca, quemada por el sol. En todas partes, por donde uno mirara, había moscas, moscas, moscas… El abuelo y el armenio conversaban a media voz acerca de las pasturas, el estiércol, las ovejas… Yo sabía que durante una hora entera iban a preparar el *samovar*, que mi abuelo emplearía no menos de una hora

para tomar el té, que luego se echaría una siesta de dos o tres horas y que yo pasaría la cuarta parte del día esperando, después de lo cual volverían el calor, la polvareda y las sacudidas de la carreta. Al escuchar el murmullo de dos voces, se me figuraba que hacía ya mucho tiempo que yo estaba viendo al armenio, el armenio con la vajilla, las moscas, las ventanas, en las que pegaba el cálido sol, y que no las dejaría de ver sino en un futuro muy lejano y me dominaba entonces un odio a la estepa, al sol, a las moscas...

Una mujer ucrania, con un pañuelo en la cabeza, trajo la bandeja con vajilla y luego el *samovar*.

El armenio, sin prisa, salió al zaguán y gritó:

-¡Mashia! ¡Ven a servir el té! ¿Dónde estás? ¡Mashia!

Se oyeron unos pasos presurosos y entró una joven de unos dieciséis años, llevando un sencillo vestido de percal y un pañuelito blanco. Lavando la vajilla y sirviendo té, me daba la espalda y pude notar solamente que tenía un talle muy fino, que estaba descalza y que sus pequeños talones desnudos se escondían bajo unos pantalones que llegaban hasta el suelo.

El dueño me invitó a tomar el té. Al sentarme en la mesa, miré la cara de la joven, que me ofrecía el vaso, y de pronto sentí como si una ráfaga de viento sacudiera mi alma, borrando todas las impresiones del día, con su tedio y su polvo. Porque vi los encantadores rasgos del más hermoso de los rostros que jamás haya encontrado o soñado. Ante mí estaba una beldad, y lo comprendí a primera vista, como comprendo el relámpago.

Estoy dispuesto a jurar que Masha o, como la llamaba su padre, Mashia, era una verdadera belleza, mas no puedo demostrarlo. Ocurre a veces que las nubes se acumulan desordenadamente en el horizonte, y el sol, escondiéndose tras ellas, las pinta con todos los colores posibles: purpúreo anaranjado, dorado lila, rosado sucio; una nubecilla se parece a un monje, otra a un pez, otra más a un turco tocado con un turbante. El resplandor abarca la tercera parte del cielo; hace brillar la cruz de la iglesia y las ventanas de la mansión señorial; se refleja en el río y en las charcas; tiembla en los árboles; lejos, recortándose sobre el fondo iluminado, una bandada de patos silvestres vuela en busca de un lugar para pernoctar... El zagal, que va arreando vacas, el agrimensor, que atraviesa en carretela el dique:

los señores que están de paseo: todos contemplan la puesta del sol y todos, sin excepción, encuentran que es terriblemente bella, pero nadie sabe ni podrá decir en qué consiste esta belleza.

No era yo solo quien encontraba bella a la joven armenia. Mi abuelo, un anciano de ochenta años, hombre duro e indiferente para las mujeres y las bellezas de la naturaleza, miró a Masha con cariño durante un minuto entero y preguntó:

-¿Es tu hija, Avet Nazárich?

-La hija, sí. Es mi hija -contestó el dueño.

-Linda señorita -alabó el abuelo.

Un pintor llamaría clásica y severa a la belleza de, aquella armenia. Era, precisamente, esa clase de belleza cuya contemplación, Dios sabe cómo, origina en uno la seguridad de ver facciones regulares, de que los cabellos, los ojos, la nariz, la boca, el cuello, el pecho y todos los movimientos del joven cuerpo se han fundido en un solo acorde íntegro y armónico, en el cual la naturaleza no se había equivocado ni en un ápice; no se sabe por qué, nosotros creemos que una mujer idealmente bella debe tener una nariz exactamente igual a la de Masha, recta y levemente encorvada, los mismos ojos, grandes y oscuros, las mismas pestañas largas, la misma mirada lánguida; que sus ondulados cabellos negros y sus cejas hacen el mismo juego con el blanco y delicado color de la frente y las mejillas, como el verde cañaveral con el apacible río. El blanco cuello de Masha y su pecho juvenil no están bien desarrollados aún, pero a uno le parece que para esculpirlos es necesario tener un enorme talento creador. Se la está mirando y poco a poco, invade el deseo de decirle hasta algo muy agradable, sincero, bello, tan bello como lo es ella misma.

Al principio me sentía ofendido y avergonzado por el hecho de que Masha no me prestaba ninguna atención y siempre miraba al suelo; me parecía que un aire especial, feliz y orgulloso, la separaba de mí y la ocultaba celosamente de mis miradas.

“Debe ser -pensé- porque estoy cubierto de polvo, quemado por el sol y porque no soy más que un mozalbete”.

Pero luego, poco a poco, me olvidé de mí mismo y me abandoné por entero a sentir solamente su belleza. Ya no recordaba el tedio de la estepa ni la polvoreada; no oía el zumbido de las moscas, no

percibía el sabor del té, sólo sentía que al otro lado de la mesa se hallaba una hermosa muchacha.

Percibía aquella belleza de una manera extraña. No eran deseos, ni entusiasmo, ni tampoco placer lo que Masha suscitaba en mí, sino una honda, aunque agradable, tristeza. Era una tristeza indefinida, vaga como un sueño. Sin saber por qué, sentía lástima por mí mismo, por mi abuelo, por el armenio y por la misma pequeña armenia, y experimentaba una sensación como si los cuatro hubiéramos perdido algo importante y necesario para la vida, algo que jamás volveríamos a encontrar. También mi abuelo se puso triste. Ya no hablaba de rastrojos ni de ovejas, sino callaba, pensativo, mirando a Masha de tiempo en tiempo.

Después del té el abuelo se acostó a dormir y yo salí de la casa y me senté en un escalón del pórtico. La casa, como todas las casas en Bajch-Salaj, estaba expuesta directamente al sol; no había árboles, ni toldos, ni sombra. El gran patio exterior del armenio, cubierto de armuelle y otras hierbas, a pesar del fuerte calor, se hallaba animado y hasta alegre. Detrás de una de las cercas que allá y acá cruzaban el patio, se realizaba la trilla. Alrededor de un poste, clavado en medio de la era, uncidos en fila y formando un solo radio, corrían doce caballos. Cerca de ellos caminaba un mozo ucranio vestido con un chaleco largo y amplios bombachos, quien hacía restallar el látigo y profería gritos, como si quisiera burlarse de los caballos y jactarse de su poder sobre ellos:

-¡A-a-a, malditos! A-a-a… ¡ya les voy a dar! ¿Tienen miedo?

Los caballos, bayos, blancos y pintos, sin comprender para qué los obligan a girar en el mismo lugar y a aplastar la paja del trigo, corrían de mala gana, como haciendo un gran esfuerzo, y agitaban las colas ofendidos. De bajo de sus cascos el viento levantaba nubes enteras de dorado tamo y las llevaba lejos, por encima de la empalizada. Junto a las altas y frescas hacinas se afanaban las mujeres con rastrillos y se movían los carros, más allá de las hacinas, en otro patio, corría alrededor del poste otra docena de parecidos caballos y otro ucranio, igual que el primero, hacía restallar el látigo y se burlaba de los caballos.

Los escalones en que me hallaba sentado estaban calientes; en algunos sitios del estrecho pasamanos y en los marcos de las

ventanas el calor ablandaba el pegamento; bajo los peldaños y los postigos, en las angostas franjas de la sombra, se apretujaban insectos de color rojo. El sol me quemaba la cabeza, el pecho y la espalda; pero yo no lo notaba y sólo sentía el roce de los pies descalzos por los tablones del piso, en el zaguán, en las habitaciones. Después de retirar la vajilla, Masha bajó corriendo por los peldaños, alcanzándome con una ráfaga de aire, y se dirigió volando como un pájaro hacia una pequeña y ahumada construcción que debía ser cocina y de donde llegaba un olor a cordero asado y un enojado parloteo armenio.

Ella desapareció por la oscura puerta y en su lugar surgió en el umbral una vieja y encorvada armenia, de cara colorada, que vestía largos bombachos verdes. La vieja estaba enfadada y reñía a alguien. Pronto apareció Masha, enrojecida por el calor de la cocina y con un enorme pan negro sobre el hombro, inclinándose con gracia bajo el peso del pan, corrió a través del patio en dirección a la era, en un santiamén se coló por la cerca y envuelta en la nube del dorado polvillo, desapareció detrás de los carros. El ucranio que fustigaba a los caballos bajó el látigo y durante un minuto se quedó mirando, en silencio, hacia el lado de los carros; luego, cuando la muchacha volvió a aparecer junto a los caballos y saltó la cerca la siguió con la mirada y de repente gritó a los caballos de tal modo como si estuviera muy apenado:

-¡Ea, que los lleve el diablo!

Permanecí escuchando sin cesar los pasos de los pies descalzos y viéndola correr por el gran patio, con la cara seria, preocupada. Ora descendía corriendo los escalones, echándome viento, ora volaba a la cocina ora hacia la era, ora corría fuera del patio, de modo que yo apenas tenía tiempo de mover la cabeza para seguirla con la mirada.

Y cuanto más veces pasaba corriendo, con su belleza, ante mi vista, más fuerte se tornaba mi tristeza. Tenía lástima de mí mismo, de ella y del mozo ucranio que la seguía con su triste mirada cada vez que ella corría hacia los carros, a través de una nube de tamo. No sé si su belleza provocaba en mí la envidia, o lamentaba que la muchacha no fuese mía, ni nunca lo sería y que yo fuese un extraño para ella; o sentía vagamente que su rara belleza era casual, innecesaria, efímera; o, quizás, era mi tristeza aquel sentimiento

especial que nace en el hombre al contemplar éste una verdadera belleza. ¿Quién lo sabe?

Las tres horas de espera pasaron inadvertidas. Me pareció que no había tenido suficiente tiempo para ver bien a Masha, cuando Karpo ya había ido al río, bañado el caballo y ya estaba enganchándolo: El mojado caballo resoplaba contento y golpeaba con los cascos. Karpo le gritaba: "¡atra-ás!" El abuelo se despertó. Masha empujó el portón y éste se abrió chirriando, nosotros subimos a la carreta y salimos del patio. Viajábamos en silencio, como si estuviéramos enojados.

Cuando al cabo de dos o tres horas, a lo lejos, se avistaron Rostov y Najicheván, Karpo, que durante todo el viaje había permanecido callado, se volvió por un instante hacia nosotros y dijo:

-¡Qué linda moza, la del armenio!

Y fustigó al caballo.

II

En otra oportunidad, siendo ya estudiante, me dirigía por ferrocarril al sur. Era el mes de mayo. En una de las estaciones, parece que fue entre Belgorod y Karkov, bajé del vagón para dar un paseo sobre el andén.

La sombra crepuscular había descendido ya sobre el pequeño jardín de la estación, el andén y el campo, el edificio de la estación ocultaba la puesta del sol, pero por las bocanadas superiores de humo que salía de la locomotora y que estaba teñido de un suave color de rosa, se notaba que el sol aún no se había puesto del todo.

Paseando por el andén, observé que la mayoría de los pasajeros caminaban y se detenían siempre junto a un coche de segunda clase, y lo hacían con una expresión que parecía señalar la presencia en el vagón de algún personaje célebre. Entre los curiosos que encontré cerca de este vagón se hallaba también mi compañero de viaje, un oficial de artillería, hombre inteligente, cordial y simpático, como todos aquellos con quienesme relacioné en el camino.

-¿Qué están mirando aquí? -le pregunté.

Sin responder, me señaló con los ojos una figura femenina. Era una joven de unos diecisiete o dieciocho años, vestida a la usanza rusa con la cabeza descubierta y con una pequeña mantilla negligentemente echada sobre un hombro; no era una pasajera del tren, sino, al parecer, la hija o la hermana del jefe de estación. De pie, junto a la ventanilla del coche, estaba conversando con una pasajera de cierta edad. Antes de darme cuenta de lo que estaba viendo, me invadió de repente la misma sensación que otrora había experimentado en la aldea armenia.

La joven era una notable belleza y de ello no teníamos duda ni yo ni los que la miraban junto conmigo.

Si tuviera que describir su físico por partes, como suele hacerse, debería de reconocer que lo único realmente bello que tenía la muchacha eran susrubios, ondulados y espesos cabellos, que caían libremente sobre su espalda y sólo estaban sujetos en la cabeza con una cintita negra; todo lo demás era irregular o muy ordinario. Fuese por una manera especial de coquetear o por la miopía, tenía los ojos entornados; su nariz era tímidamente respingada; la boca, pequeña, su perfil, débilmente delineado; sus hombros eran demasiado estrechos para su edad y, sin embargo, la muchacha daba la impresión de ser una verdadera beldad. Mirándola pude convencerme de que un rostro ruso, para parecer bello, no necesita una rigurosa regularidad de facciones; más aún, si a la joven le hubieran cambiado su nariz respingona por otra, recta y plásticamente impecable, como la que tenía la pequeña armenia, su rostro, probablemente, hubiera perdido todo su encanto.

Parada junto a la ventanilla, la muchacha, al conversar, encogía los hombros a causa del aire fresco del anochecer, con frecuencia volvía la cabeza hacia nosotros, se ponía en jarras, alzaba sus manos para arreglar los cabellos, hablaba, reía, expresaba en su cara tan pronto sorpresa como terror y no recuerdo un solo instante en que su rostro y su cuerpo estuvieran quietos. Todo el secreto y el hechizo de su belleza consistían precisamente en estos pequeños e infinitamente graciosos movimientos en su sonrisa en el juego de su rostro, en las fugaces miradas que nos dirigía, en la conjunción de la fina elegancia de sus ademanes con la juventud, la frescura, la pureza del alma que se revelaban en su risa y en su voz, y con esa debilidad

que tanto amamos en los niños, en los pájaros, en los jóvenes cierzos, en los jóvenes árboles.

Era una belleza de mariposa a la cual tan bien le queda el vals, el revoloteo por el jardín, la risa, la alegría, y la que no concuerda con una idea seria, ni con la tristeza, ni con la paz; y bastaría, al parecer, que un fuerte viento corriera por el andén o que cayera una lluvia para que el frágil cuerpo se marchitara de golpe y su caprichosa belleza se aventara como el polvillo de las flores.

-¡Sí-sí...! -murmuró suspirando el militar, cuando, después de la segunda campanada, nos dirigíamos a nuestro vagón.

En cuanto al significado de ese "sí-sí", no estoy en condiciones de definirlo.

Puede ser que estuviera triste y no tuviera ganas de abandonar a la bella joven y el crepúsculo primaveral para encerrarse en el sofocante ambiente del vagón; puede ser también que sintiera, igual que yo, una indefinible piedad por la bella, por sí mismo, por mí y por todos los pasajeros que lentamente, sin ganas, se encaminaban hacia sus coches. Al pasar delante de una ventana de la estación, tras la cual se hallaba sentado junto a su aparato el pálido y pelirrojo telegrafista, de cara descolorida y de pómulos salientes, el oficial suspiró y dijo:

-Apuesto que este telegrafista está enamorado de aquella linda. Vivir en medio del campo, bajo el mismo techo con esa celestial criatura y no enamorarse de ella estaría por encima de las fuerzas humanas. ¡Y qué desgracia, mi amigo, que burla resulta ser encorvado, desgreñado, grisáceo, decente y juicioso y enamorarse de esa muchacha linda y tontita que no le presta a uno ni la menor atención! O peor todavía: imagínese que este telegrafista está enamorado, pero al mismo tiempo es casado y que su mujer es tan encorvada, desgreñada y decente como él mismo... ¡Es una tortura!

Junto a nuestro vagón, apoyándose en el pasamanos de la plataforma, el guarda miraba hacia el lugar en que estaba la bella joven, y sus abotagados ojos y demacrado rostro, fatigado por las noches sin dormir y por el trajín del tren, expresaba ternura y profunda tristeza, como si en aquella muchacha viera su propia juventud, su felicidad, su pureza, su sobriedad, su mujer y sus hijos; miraba como si se estuviera arrepintiendo de algo y sintiendo con

todo su ser que la muchacha no le pertenecía y que la común dicha humana, la de los pasajeros, resultaba tan inalcanzable para él -con su vejez prematura, su torpeza y su cara demacrada- como el cielo.

Sonó la tercera campanada, silbaron los pitos, y el tren se puso perezosamente en marcha. Ante nuestras ventanillas pasaron primero el guarda, el jefe de estación, luego el jardín y la bella moza con su maravillosa sonrisa infantil y pícara...

Asomándome por la ventanilla y mirando hacia atrás, la vi seguir con los ojos el tren, dar unos pasos por el andén ante la ventana del telegrafista, arreglar sus cabellos y correr al jardín. El edificio de la estación ya no obstaculizaba el panorama, y el campo hacia el lado occidental se mostraba abierto, pero el sol se había puesto ya y las negras bocanadas de humo se extendían por el verde terciopelo de los sembrados. Había tristeza tanto en el aire primaveral y en el oscurecido cielo, como en el vagón.

El conocido guarda entró en el vagón y se puso a encender las bujías.

Los nervios

EL ARQUITECTO DMITRI Osipovich Vaksin volvía a su casa de campo bajo la impresión reciente de una sesión de espiritismo en la que acababa de participar en la ciudad. Mientras se desvestía y se tumbaba en su lecho solitario (la señora Vaksin había partido para la fiesta de la Trinidad), empezó a recordar involuntariamente todo lo que había visto y oído. No había habido sesión, en el sentido estricto del término, pero toda la velada había transcurrido entre terribles conversaciones. Una señorita, sin venir a cuento, se puso a hablar de la adivinación de los pensamientos. De los pensamientos pasaron, sin darse cuenta, a los espíritus, de los espíritus a las apariciones y de las apariciones a los sepultados vivos... Cierto señor leyó un relato escalofriante sobre un muerto que se había dado la vuelta en su ataúd. El propio Vaksin había pedido un platillo para demostrar a las señoritas cómo había que conversar con los espíritus. Había invocado, entre otros, a su tío Klavdi Mironovich y le había preguntado mentalmente: "¿No ha llegado el momento de que ponga la casa a nombre de mi mujer?". A lo que el tío le había respondido: "Todo lo que se hace a su debido tiempo está bien".

"Hay muchas cosas misteriosas y terribles... en la naturaleza... —reflexionaba Vaksin, cubriéndose con la manta—. Lo que aterra no son los muertos, sino lo desconocido...".

Los relojes dieron la una de la madrugada. Vaksin se volvió del otro lado y miró desde debajo de la manta la luz azul de la lamparilla. La llama temblaba y apenas alumbraba la urna de los iconos y el gran retrato del tío Klavdi Mironovich, colgado enfrente de la cama.

"¿Y si aparece en esta semioscuridad la sombra de mi tío? —se le pasó por la cabeza a Vaksin—. ¡No, es imposible!".

Las apariciones son hijas del prejuicio, fruto de cerebros inmaduros, pero, en cualquier caso, Vaksin se cubrió con la manta hasta la cabeza y cerró los ojos con mayor fuerza. Por su imaginación desfilaron el cadáver que se había dado la vuelta en el ataúd, la imagen de su difunta suegra, un colega que se había ahorcado, una joven ahogada... Vaksin trató de expulsar de su cabeza esos pensamientos sombríos, pero cuanta mayor energía ponía en ese

intento, mayor claridad adquirían esas imágenes y pensamientos espantosos. Estaba aterrado.

"El diablo lo entiende... Me asustó como un muchacho... ¡Es estúpido!".

"Tic... tic... tic...", sonaba el reloj al otro lado de la pared. En la iglesia de la aldea, junto al cementerio, el guardián se puso a tocar la campana. Era un sonido lento, lúgubre, que helaba la sangre... Vaksin sintió escalofríos en la nuca y en la espalda. Teníala impresión de que alguien respiraba con dificultad sobre su cabeza, como si su tío hubiera salido del cuadro y se inclinara sobre su sobrino... Un terror insoportable se apoderó de él. Apretó los dientes de miedo y contuvo la respiración. Por último, cuando por la ventana abierta entró un abejorro y se puso a zumbar por encima de la cama, no pudo soportarlo más y tiró con desesperación de la campanilla.

—Dmitri Osipich, *was wollen Sie*? [*¿Qué quiere usted?*] —se oye al cabo de un minuto la voz de la institutriz detrás de la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted, Rosalía Kárlovna? —dice Vaksin con voz alegre—, ¿Por qué se molesta usted? Podría haber venido Gavrila...

—A Gavrila usted mismo le dio permiso para ir a la ciudad y, en cuanto a Glafira, se marchó esta tarde no sé adónde... No hay nadie en la casa... *Was wollen Sie dock*? [*Pero ¿qué quiere usted?*]

—Mi buena Rosalía, quería decirle... Eh... ¡Pero entre, no sea tímida! La habitación está a oscuras...

Rosalía Kárlovna, mujer gruesa y rubicunda, entró en el dormitorio y se quedó parada en medio de la pieza, en actitud expectante.

—Siéntese, querida... Se trata de lo siguiente... —"¿Qué podría pedirle?", pensó Vaksin, mirando de soslayo el retrato de su tío y sintiendo que poco a poco su alma se tranquilizaba— A decir verdad, lo que quería pedirle es lo siguiente... Mañana, cuando un criado vaya a la ciudad, no se olvide de decirle que... eh... que me compre papel para los cigarrillos... ¡Pero siéntese usted!

—¿Papel para los cigarrillos? ¡Muy bien! *Was wollen Sie noch*? [*¿Qué más quiere?*]

—*Ich will*... [*Quiero*...] Yo no *will* nada, pero... ¡Siéntese! Todavía tengo que acordarme de otra cosa...

—No es conveniente que una doncella esté en la habitación de un hombre... Ya veo, Dmitri Ósipich, que es usted un poco travieso y pícaro... Me hago cargo... No se despierta a nadie por el papel de los cigarrillos... Ya entiendo...

Rosalía Kárlovna se dio media vuelta y salió. Vaksin, algo más sereno después de la conversación que había tenido con ella y avergonzado de su pusilanimidad, se cubrió la cabeza con la manta y cerró los ojos. Durante unos diez minutos se sintió más o menos bien, pero luego los mismos disparates de antes volvieron a ocupar su cabeza... Escupió, buscó a tientas las cerillas y, sin abrir los ojos, encendió la vela. Pero esa luz no le ayudó. A su imaginación asustada le parecía que alguien le vigilaba desde un rincón y que su tío guiñaba un ojo.

—Volveré a llamarla... ¡Que se la lleve al diablo! —decidió—. Le diré que me encuentro mal... Le pediré unas gotas.

Vaksin llamó, pero no recibió respuesta. Volvió a llamar y la campana del cementerio sonó a modo de réplica. Dominado por el miedo y con el cuerpo helado, salió a todo correr de la habitación y, santiguándose y censurándose por su cobardía, se dirigió a toda prisa, con los pies desnudos y en ropa interior, a la habitación de la institutriz.

—¡Rosalía Kárlovna! —dijo con voz temblorosa, llamando a la puerta—. ¡Rosalía Kárlovna! ¿Duerme... usted? Yo... eh... me encuentro mal... ¡Necesito unas gotas!

No obtuvo respuesta. A su alrededor todo era silencio...

—Se lo ruego... ¿Entiende? ¡Se lo ruego! No comprendo porque es usted... tan susceptible, sobre todo cuando una persona... está enferma. La verdad, qué mojigata es usted. A su edad...

—Se lo diré a su mujer... No deja usted en paz a una muchacha honesta... Cuando vivía en casa del barón Anzig y este quiso venir a mi habitación a buscar cerillas, comprendí... Enseguida me di cuenta de la clase de cerillas a las que se refería y se lo dije a la baronesa... Soy una muchacha honesta...

—¡Ah, qué diablos me importa a mí su honestidad! Me encuentro mal... y le pido unas gotas. ¿Lo entiende? ¡Estoy enfermo!

—Su esposa es una mujer buena y honrada, y usted debe quererla. ¡Ja! ¡Es una mujer respetable! ¡No quiero convertirme en su enemiga!

—¡Es usted tonta, eso es todo! ¿Lo entiende? ¡Tonta!

Vaksin se apoyó en una jamba, cruzó los brazos y esperó a que se le pasara el miedo. No tenía fuerzas para volver a su habitación, donde la lamparilla parpadeaba y su tío le miraba desde el marco, y quedarse junto a la puerta de la institutriz en paños menores resultaba embarazoso desde todos los puntos de vista, ¿Qué hacer? Dieron las dos, pero su miedo no menguaba ni disminuía. El pasillo estaba a oscuras y desde cada rincón le miraba una cosa oscura. Vaksin volvió la cara hacia la jamba, pero en ese momento le pareció que alguien le tiraba ligeramente de la camisa y le tocaba el hombro…

—¡Por todos los diablos… Rosalía Kárlovna!

Nadie le respondió. Vaksin abrió la puerta con indecisión y echó un vistazo. La virtuosa alemana dormía apaciblemente. Una pequeña lamparilla iluminaba los contornos de su cuerpo pesado y rebosante de salud. Vaksin entró en la habitación y se sentó en un baúl de mimbre que había junto a la puerta. Se sentía más tranquilo en presencia de un ser vivo, aunque estuviera dormido.

“Que duerma la alemanota… —pensó—. Me quedaré a su lado y, en cuanto se haga de día, me marcharé… En esta época amanece temprano”.

Mientras esperaba la llegada del alba, Vaksin se acurrucó en el baúl, acomodó los brazos debajo de la cabeza y se puso a cavilar.

“¡Hay que ver lo que hacen los nervios! Soy un hombre sensato, reflexivo y sin embargo… ¡El diablo lo entiende! ¡Hasta me da vergüenza!”.

Poco después, al escuchar la respiración serena y acompasada de Rosalía Kárlovna, se tranquilizó del todo…

A las seis de la mañana la mujer de Vaksin volvió de la fiesta de la Trinidad y, al no hallar a su marido en la habitación, se dirigió al cuarto de la institutriz en busca de unas monedas para pagar al cochero. Nada más entrar, se encontró con el siguiente cuadro: en la cama, toda destapada por el calor, dormía Rosalía Kárlovna y apenas a unos metros, hecho un ovillo sobre el baúl, roncaba, con el sueño de los justos, su marido. Dejo a otros la tarea de referir lo que dijo la mujer y la cara de tonto que puso el marido cuando se despertó. Yo, por mi parte, me declaro vencido y rindo las armas.

Un casamiento por interés[6]

(Novela en dos tomos)

Tomo primero

En la casa de la viuda Mimrina, que vive en el callejón Cinco Perros, se celebra una cena de bodas.

Hay veintitrés comensales, ocho no comen nada, pues se quejan de que tienen revuelto el estómago. De las velas, las lámparas y una araña coja, que fue necesario alquilar en la taberna, proviene una luz tan intensa que uno de los invitados sentados a la mesa, de profesión telegrafista, guiña los ojos con expresión absorta y opina en forma desordenada sobre el tema del alumbrado eléctrico. A éste y a la electricidad en general les predice un futuro brillante, sin hacer mucho caso de la indiferencia con que le escuchan los comensales.

—¡La electricidad!... ¡Pamplinas!... —replica el padrino, cuya mirada turbia está fija en su plato—. Opino que el alumbrado eléctrico es una simple tomada de pelo. Algunos creen que por poner ahí dentro un carbón ardiente van a distraer la atención... Pero no, damas y caballeros... Si quieren deslumbrarme, me deben entregar algo más que un carboncillo..., algo esencial... ¡Que se pueda tocar! ¡Por ejemplo, el fuego!, ¿comprenden? ¡Fuego natural y no teorías para revolverme la mollera!

—Tal vez usted cree eso porque no conoce una batería eléctrica —dice, sintiéndose importante, el telegrafista—, de otra manera podría llegar a opinar algo distinto.

—Ni pretendo verla. ¡Argucias! ¡Patrañas para los crédulos!... ¡Para extraerles las ideas! ¡Ya hemos padecido bajo su influjo!... Y sepa usted, muchachito, cuyo nombre y apellido no tengo el honor de conocer, que haría bien en beber y servir de beber a los demás en lugar de defender semejantes embustes.

—Tiene usted toda la razón, padre —dice Aplombov, el novio, joven de cuello largo y cabellos como cerdas, tratando de engrosar su voz chillona—. ¿Acaso es momento de hablar sobre temas científicos? No es que me desagrade comentar los avances de la

6. Costumbres de los antiguos comerciantes rusos.

ciencia.... pero para eso hay otros momentos. ¿Y tú qué opinas, ma chère? —añade, dirigiéndose a su novia, sentada junto a él.

La novia, Dascheñka, cuyo rostro muestra muchas cualidades, excepto una, la facultad de pensar, se ruboriza y dice:

—Tal vez el caballero quiere hacer gala de sus conocimientos... y por eso habla de cosas rebuscadas...

—Siempre hemos podido vivir sin instrucción y hoy mismo, gracias a Dios, celebramos el casamiento de nuestra tercera hija con un hombre de bien —dice, suspirando, la madre de Dascheñka, quien dirige su comentario al telegrafista—. Pero si usted piensa que no somos instruidos, no tiene por qué venir a nuestra casa. Sería mejor que se quedara con sus instruidos.

El silencio cae pesadamente. El telegrafista está asombrado. Nunca esperó que la mención de la electricidad los condujera a la situación actual. Como el silencio que reina a su alrededor tiene un aire hostil y refleja el disgusto de todos los presentes, considera necesario sincerarse.

—Tatiana Petrovna..., siempre he tenido un gran aprecio por su familia, y si me he referido al alumbrado eléctrico no ha sido por orgullo. Estoy aquí bebiendo con ustedes por mi propia voluntad... Siempre deseé que Daria Ivanovna encontrara un buen marido. Tatiana Petrovna, sé muy bien que en la época actual es difícil casarse con un hombre de bien... Hoy en día muchas personas se casan por el dinero...

—No le permito hacer alusiones —interrumpe el novio, con la cara roja y la mirada nerviosa.

—No es ninguna alusión —contesta el telegrafista, atemorizado—. Por supuesto que no me refería a ninguno de los presentes... Sólo que así suele suceder, en general... ¡Vaya, si todo el mundo sabe que usted se casa por amor!... ¡Que la dote es insignificante!...

—¡Basta ya! ¡No es insignificante! —dice airada la madre de Dascheñka—. ¡Para opinar, caballero, hay que saber lo que se dice!... ¡No sólo le damos mil rublos, sino también tres abrigos, la cama y todos estos muebles! ¿Le parece poco?... ¡A ver si saben de una dote parecida!

—Si yo no digo nada... Quiero decir, los muebles son muy buenos...

Más bien me refería a… Se ha ofendido usted porque ha creído que yo aludía…

—Usted no debía hacer ninguna alusión —replica la madre de la novia—. Lo invitamos a la boda por consideración a sus padres, y con estos comentarios paga nuestras atenciones. Porque, vamos a ver…, si según usted Egor Fedorovich se casaba por el dinero, ¿por qué guardaba silencio? ¿Por qué no acudió a decirnos, por los lazos que nos unen, que pasaba esto o aquello? …, Y en lo que se refiere al interés, ¡Tú, jovencito, qué vergüenza! —se dirige ahora al novio, mirándolo fijamente y con las lágrimas saltadas—: ¡Después de haberla educado!… ¡Después de haber cuidado a mi nena con más atención que a una piedra preciosa para que tú! …, ¡tú! …, ¡por simple interés…!

—¿Cómo puede usted creer semejante calumnia? —exclama Aplombov levantándose de la mesa y mesándose el cabello—. ¡Muchas gracias! ¡Merci, por el concepto en que me tiene! Y en cuanto a usted, señor Blinichikov —esto último es para el telegrafista—, no importa que sea mi amigo, no le permito ese desagradable proceder en casa ajena. ¡Haga el favor de largarse de aquí de inmediato!

—¿Qué? ¿Largarme yo?

—¡Usted! ¡Quisiera que su honradez se asemejara a la mía! Pero eso es imposible: ¡mejor váyase!

—¡Déjalo! ¡Ya es suficiente! —interceden los amigos del novio—. ¡No vale la pena! ¡Siéntate y déjalo!

—¡No! Debo demostrar que su afirmación es una mentira. Yo me he casado por amor. No tiene por qué estar sentado todavía. ¡Retírese!

—Yo…, bueno…, solamente… —dice el telegrafista aturdido, levantándose de la mesa—. No entiendo lo que pasa…, pero está bien…, me voy. Pero antes…, devuélvame los tres rublos que le presté para su chaleco de piqué. Mientras, beberé un poco y después me marcharé, aunque antes tiene que cubrir lo que me adeuda.

Después de una agitada conversación en voz baja con sus amigos, quienes le reúnen los tres rublos, el novio, con muda indignación, arroja el dinero al telegrafista, y éste, después de buscar con toda calma su gorro oficial, se despide y se retira.

¡Es difícil prever cómo puede acabar una ingenua charla sobre electricidad! Ahora la cena ha terminado. La noche llega. Un autor bien educado debe contener su fantasía y correr el oscuro velo del misterio que hay sobre los acontecimientos que no conoce con precisión. Sin embargo, la aurora todavía encuentra a Himeneo instalado en el callejón Cinco Perros, y tras ella aparece la mañana gris ofreciendo al autor numerosos temas para...

Segundo y último tomo

Es una gris mañana de otoño. Apenas son las ocho y ya en el callejón Cinco Perros hay gran ajetreo. Inquietos, guardias y porteros recorren las aceras. Muchas cocineras, muertas de frío y con rostros expectantes, atiborra la entrada de la casa... En todas las ventanas se asoman los vecinos y en los lavaderos se acercan las sienes o las barbillas femeninas.

—¡No se aprecia qué es! ¡Parece nieve! —dicen algunos.

Es cierto, en el aire, desde el piso hasta los tejados, flota algo blanco parecido a la nieve. En la calle toda está blanco..., los faroles, los tejados, los bancos, las entradas, los hombros y los gorros de los transeúntes. ¡Absolutamente todo!

—¿Qué pasó? —pregunta una lavandera a los porteros cuando pasan corriendo.

En respuesta, éstos hacen un gesto con la mano y no se detienen. Ellos son los primeros en desconocer lo que pasa. No obstante, uno de los porteros avanza lentamente, gesticulando y hablando consigo mismo. Es evidente que ha estado en el lugar de los hechos y puede explicarlo todo.

—¿Qué ha ocurrido, hermanito? —le pregunta la lavandera desde la ventana.

—¡Ha habido un embrollo! —replica éste—. En casa de Mimrina, donde ayer hubo una boda, engañaron al novio. Parece que en lugar de mil rublos le dieron novecientos.

—¿Y cómo reaccionó él?

—Está furioso. "¡Estoy tan disgustado —dijo— que voy a descoser el colchón y a tirar el relleno de plumas por la ventana!" Y... ¡mira qué cantidad de plumas! ¡Parece nieve!

—¡Ya se los llevan!... ¡Ya se los llevan! —exclamó alguien.

En efecto, de la casa de la viuda Mimrina sale una procesión. La encabezan dos guardias con rostros preocupados. Tras ellos viene Aplombov, con el abrigo y el sombrero puestos. Si pudiera leerse, su rostro diría: "Soy un hombre honrado, pero no soporto que me engañen..."

—¡Ante el juez se aclarará la clase de hombre que soy! —expresa disgustado Plombov a cada momento volviendo hacia atrás la cabeza.

—Después van Tatiana Petrovna y Dascheñka, ambas lloran. Cierra la procesión un portero, quien lleva un libro, y un tropel de chiquillos.

—¿Por qué lloras, muchacha? —le preguntan las lavanderas a Dascheñka.

—¡Lástima de colchón! —en lugar de ella, quien contesta es la madre—. ¡Pesaba nueve kilos(7)! ¡Y qué plumas! ¡Las más finas!... ¡Dios me castiga hasta en la vejez!

La procesión da vuelta en la esquina y el callejón Cinco Perros recobra la calma.

Las plumas siguen revoloteando hasta la noche.

---

7. En Rusia se hacían antiguamente grandes edredones de plumas que servían de colchón.

Vérochka

Iván Alekséich Ognev recuerda cómo en aquella noche de agosto abrió, haciéndola sonar, la puerta de vidrio y salió a la terraza. Llevaba puestos entonces una liviana capa con esclavina y un sombrero de paja de anchas alas, el mismo que está tirado ahora en el polvo, bajo la cama, junto con las botas de montar. En una mano tenía un gran atado de libros y cuadernos, en la otra, un grueso y nudoso bastón. En la habitación, cerca de la puerta, iluminándole el camino con la lámpara, quedaba de pie el dueño de la casa, Kuznetsov, un viejo calvo de larga barba canosa y vestido con una chaqueta de piqué blanca como la nieve. El viejo sonreía afablemente e inclinaba la cabeza.

-¡Adiós, viejecito! -le gritó Ognev.

Kuznetsov dejó la lámpara sobre la mesa y salió a la terraza. Dos sombras, largas y estrechas, avanzaron por los escalones hacia los canteros, tambalearon y apoyaron las cabezas en los troncos de los tilos.

-¡Adiós, amigo, y gracias una vez más! -dijo Iván Alekséich-. Gracias por su bondad, por sus atenciones, por su cariño... Nunca en mi vida olvidaré su hospitalidad. Tanto usted como su hija son buenas personas y toda la gente es aquí bondadosa, alegre y atenta... Una gente tan magnífica que ni siquiera puedo expresarlo en debida forma.

Por causa de la emoción y bajo la influencia del licor casero que acababa de beber, Ognev hablaba con cantarina voz de seminarista y estaba tan conmovido que expresaba sus sentimientos no tanto con palabras cuanto con pestañeo y movimiento de hombros. Kuznetsov, asimismo algo bebido, y conmovido, abrazó al joven y lo besó.

-Me acostumbré a esta casa como un perro -prosiguió Ognev-. Venía casi todos los días, unas diez veces pasé la noche aquí, y he tomado tanto licor que ahora da miedo recordarlo. Pero lo fundamental por lo que yo agradezco, Gavril Petróvich, es su colaboración y su ayuda. Si no fuera por usted, yo hubiera tenido que trabajar en mis estadísticas por lo menos hasta octubre. Y así lo pondré en el prefacio; considero un deber expresar mi gratitud al presidente de la Dirección Rural del distrito N., señor Kuznetsov, por

su gentil colaboración. ¡La estadística tiene un brillante futuro! Trasmítale a Vera Gavrílovna mi profunda reverencia, y en cuanto a los médicos, a los jueces, a los dos jueces de instrucción y a su secretario, dígales que jamás olvidaré la ayuda que me han prestado. ¡Y ahora, amigo mío, venga el último abrazo!

El emocionado Ognev besó una vez más al anciano y comenzó a bajar la escalera. En el último peldaño se volvió y preguntó:

-¿Nos volveremos a ver algún día?

-¡Vaya uno a saberlo! -respondió el viejo-. Probablemente nunca.

-Es verdad. A usted, ni aun regalándole roscas se le podrá convencer para que vaya a Petersburgo; y en cuanto a mi, es difícil que yo venga a parar otra vez a este distrito. ¡Bueno, adiós!

-¿Por qué no deja sus libros aquí? -gritó Kuznetsov-. ¡Qué gana tiene de llevar semejante peso! ¡Mañana se los mando con un ordenanza!

Pero Ognev no escuchaba ya y se alejaba rápidamente de la casa. Su corazón, animado por el vino, estaba alegre, cálido y, al mismo tiempo, triste... Caminando, pensaba en lo frecuentes que eran los encuentros con gente buena y que era de lamentar que esos encuentros no dejaran más que unos recuerdos. Ocurre a veces que en el horizonte aparecen las grullas: una débil brisa trae su grito quejumbroso y exaltado, pero al cabo de un minuto, por más que uno escudriñe la lejanía celeste, no verá un punto ni oirá sonido alguno; asimismo las personas, con sus rostros y con sus palabras, pasan fugaces por nuestra vida y se sumergen en el pasado, sin dejar más que unas leves huellas en la memoria. Residiendo en el distrito de N., a partir del comienzo mismo de la primavera y visitando casi todos]os días la hospitalaria casa de los Kuznetsov, Iván Alekséich se habituó al viejo, a su hija y a la servidumbre; llegó a conocer todos los detalles de la finca, la acogedora terraza, las curvas de las alamedas, los contornos de los árboles encima de los baños y de la cocina, pero ahora mismo atravesará la portezuela del jardín y todo ello se convertirá en un recuerdo y perderá para siempre su importancia real; Pasarán uno o dos años y todas estas queridas imágenes se tornarán opacas en la mente y quedarán igualadas con las invenciones y los frutos de la fantasía.

“¡Nada en la vida es más valioso que la gente! -pensaba Ognev, enternecido, caminando por la alameda hacia la salida-. ¡Nada!”

El jardín estaba quieto y tibio. Olía a reseda, a tabaco y a heliotropo, que florecían en los canteros. Los espacios entre los arbustos y entre los troncos de los árboles se hallaban llenos de niebla, transparente y suave, impregnada de luz lunar; y lo que quedó grabado en la memoria de Ognev eran los jirones de niebla que sigilosamente, pero de manera visible, como fantasmas, atravesaban las alamedas, uno tras otro. La luna estaba en lo alto, sobre el jardín, mientras por debajo de ella pasaban flotando hacia el este nebulosas manchas. Al parecer, todo el universo se componía de siluetas negras y errantes sombras blancas; y Ognev, que contemplaba la niebla en una noche de luna de agosto poco menos que por primera vez en su vida, pensaba que en lugar de la naturaleza estaba viendo unos decorados y que torpes pirotécnicos, ocultos tras los arbustos, intentaban iluminar el jardín con blancas luces de bengala y humo blanco.

Cuando Ognev se acercaba a la portezuela del jardín, una sombra oscura se separó de la baja empalizada y se dirigió a su encuentro.

-¡Vera Gavrilovna! -se alegro él-. ¿Usted por aquí? Yo la estuve buscando por todas partes; quería despedirme... ¡Adiós, me voy!

-¿Tan temprano? No son más que las once.

-Es hora de que me vaya. Tengo que caminar cinco verstas y luego debo todavía hacer mi equipaje. Además, mañana hay que levantarse temprano...

Ante Ognev estaba la hija de Kuznetsov, Vera, una joven de 21 años, habitualmente triste, vestida con cierta negligencia e interesante. Las jóvenes que sueñan mucho, que pasan días enteros recostadas perezosamente leyendo todo lo que cae en sus manos, y que se sienten aburridas y tristes, por lo general suelen vestirse con negligencia. A las que poseen el don natural del gusto y el instinto de la belleza, esa leve negligencia en el vestir les otorga un encanto especial. Por lo menos, Ognev, recordando más tarde a la bonita Vérochka, no se la podía imaginar sin su amplia chaquetilla que formaba profundos pliegues junto al talle y sin embargo no lo rozaba; sin su rizo, escapado del alto peinado y colgado sobre la frente; sin

aquel chal rojo con pompones de lana en los bordes, que por las noches pendía tristemente del hombro de Vérochka, cual bandera en un día apacible, mientras que de día estaba tirado en el vestíbulo, junto con los sombreros masculinos, o bien en el comedor sobre un baúl donde dormía, sin ceremonias, la vieja gata. Este chal y los pliegues de la chaquetilla exhalaban un soplo de desperezada libertad, de buena vecindad y de bien. Quizá porque Vera agradase a Ognev, éste, en cada botón y en cada volante sabía leer algo cálido, confortable, algo bueno y poético, es decir, todo aquello de lo que carecen las mujeres insinceras, frías y desposeídas del sentido de la belleza.

Vérochka era esbelta; tenía un perfil regular y hermoso cabello ondulado. A Ognev, quien no había visto en su vida muchas mujeres, le parecía una beldad.

-¡Me voy! -decía, despidiéndose de ella junto a la portezuela-. ¡No me guarde rencor! ¡Gracias por todo!

Con la misma voz cantarina de seminarista con la cual hablaba con el anciano, parpadeando y moviendo los hombros como lo hacía antes, se puso a dar las gracias a Vera por la hospitalidad, el cariño y las atenciones recibidas.

-En cada carta escribía a mi madre acerca de usted -le decía-. Si todos fuesen como usted y su papá, la vida sería una fiesta. ¡Toda esta gente es magnífica! Son personas sencillas, cordiales, sinceras.

-¿Para dónde parte usted ahora? -preguntó Vera.

-Ahora iré a ver a mi madre, en Orel; me quedaré allí un par de semanas y luego volveré a mi trabajo, en Petersburgo.

-¿Y luego?

-¿Luego? Trabajaré todo el invierno, y en primavera viajaré de nuevo a alguna provincia para juntar datos. Bueno, le deseo muchas felicidades y que viva cien años... No me guarde rencor. No nos veremos más...

Ognev se inclinó y besó la mano de Vérochka. Luego, embargado por una silenciosa emoción, acomodó su capa, ajustó el atado de libros, calló durante un rato y dijo:

-¡Cuánta niebla!

-¿No olvidó usted nada en nuestra casa?

-¿Qué cosa podría ser? Parece que nada...

Ognev se quedó callado unos segundos más, luego se volvió torpemente hacia la puerta y salió del jardín.

-Espere, lo acompañaré hasta nuestro bosque -dijo Vera, saliendo tras él.

Marcharon por el camino. Los árboles no ocultaban ya el espacio y se podía ver el cielo y la lejanía. Como cubierta por un velo, toda la naturaleza se escondía tras una bruma transparente, a través de la cual asomaba alegremente su belleza; donde la niebla era más espesa y más blanca, sus jirones se recostaban en capas irregulares entre las gavillas y los arbustos o bien atravesaban el camino, arrastrándose al ras de la tierra, como si trataran de no esconder el espacio. A través de la bruma se veía todo el camino hasta el bosque, con oscuras zanjas a sus costados y con pequeños arbustos que no dejaban a los jirones de niebla vagar libremente por el camino. A media versta de distancia se extendía la oscura franja del bosque que pertenecía a Kuznetsov.

"¿Por qué habrá venido conmigo? ¡Luego tendré que acompañarla de vuelta!" -pensó Ognev, pero, después de mirar el perfil de Vera sonrió, afable, y dijo:

-Con un tiempo tan hermoso uno no tiene ganas de partir. En verdad, la noche es romántica; hay luna, hay silencio y todo lo demás. ¿Sabe, Vera Gavrílovna? Ya van veintinueve años que yo vivo en este mundo, pero no he tenido un romance hasta ahora. En toda mi vida no hubo una sola historia romántica, de modo que las citas, las alamedas de suspiros y de besos son cosas que yo conozco sólo de nombre. ¡Eso es anormal! En la ciudad, cuando uno está encerrado en su cuarto, esta laguna no se nota tanto, pero aquí al aire libre, se hace sentir con fuerza... ¡Hasta causa cierto fastidio!

-¿Y por qué le fue así?

-No lo sé. Probablemente porque nunca he tenido tiempo o, quizá, porque no tuve oportunidad de encontrarme con mujeres que... En general, tengo pocos conocidos y no voy a ninguna parte.

Los jóvenes caminaron en silencio unos trescientos pasos. Ognev miraba de vez en cuando la, cabeza descubierta y el chal de Vérochka, y en su mente renacían, uno tras otro, los días de primavera y de verano; era una época en la que, lejos de su grisáceo cuarto de Petersburgo y gozando con las atenciones de tan buena

gente, con la naturaleza y con el trabajo predilecto, no se daba cuenta cómo los crepúsculos de la noche reemplazaban las albas matutinas y cómo uno tras otro, cesaban de cantar, profetizando el fin del verano, primero el ruiseñor, luego la codorniz y algo más tarde el rascón... El tiempo pasaba sin que él lo hubiera notado y ello significaba una vida buena y fácil... Se puso a recordar en voz alta la poca gana que tenía él -hombre de escasos recursos y poco dado a hacer viajes y tratar a la gente- de partir a fines de abril al distrito N., donde esperaba encontrar aburrimiento, soledad e indiferencia hacia la estadística, la cual, según su opinión, se colocaba en el lugar más destacado entre las ciencias. Al llegar en una mañana de abril a la pequeña ciudad del distrito N., se alojó en el hospedaje del *starover*(8) Riabugin, casa donde por veinte kopelkas diarias le dieron una habitación soleada, limpia, con la condición de que fumara afuera. Después de descansar y habiendo averiguado quién era el presidente de la Dirección Rural del distrito, se dirigió sin tardanza a la casa de Gavril Petróvich. Tuvo que caminar cuatro verstas atravesando magníficos prados y jóvenes bosquecillos. Bajo las nubes, inundando el aire de sonidos argentinos, vibraban las alondras sobre los verdes sembrados, agitando las alas en forma circunspecta y concienzuda, volaban los grajos.

-¡Dios mío!-se sorprendía entonces Ognev-. ¿Será posible que aquí siempre se respire este aire? ¿O, quizás, sólo hoy huele tan bien, en honor de mi llegada?

Esperando un recibimiento seco y oficial, entró a la casa de Kuznetsov con cierta timidez, frunciendo el ceño y sobando su barbita. Al principio el viejo arrugaba la frente sin entender para qué el joven con su estadística necesitaba de la Dirección Rural, pero cuando Ognev se hubo explayado detalladamente acerca de los materiales de estadística y de la manera de reunirlos, Gavril Petróvich se animó, comenzó a sonreír y con una curiosidad infantil se puso a hojear sus cuadernos. El mismo día, por la noche, Iván Alekséich ya estaba cenando en casa de Kuznetsov; sentíase rápidamente embriagado por el fuerte licor casero y contemplando los tranquilos rostros y los pausados ademanes de sus nuevos conocidos, sentía en todo su cuerpo una dulce languidez y ganas de dormir, de

8. Perteneciente a la secta religiosa de los “viejos creyentes”.

desperezarse y de sonreír. Los nuevos conocidos lo miraban, entretanto, con benévola curiosidad y le preguntaban si sus padres vivían, cuánto ganaba por mes, si iba al teatro con frecuencia o no...

Ognev recordó sus viajes por diversos departamentos de la región, los *pic-nics*, la pesca, la excursión en sociedad, al monasterio femenino, donde la madre superiora regaló a cada uno de los visitantes un monedero de abalorios; recordó las interminables y acaloradas discusiones, puramente rusas, en las que los hombres, golpeando la mesa con los puños, no se entienden e interrumpen unos a otros, se contradicen sin darse cuenta en cada frase, a cada rato cambian el tema y, después de discutir dos o tres horas, se echan a reír:

-¡Al diablo con la discusión! ¡Comenzamos bailando y terminamos llorando!

-¿Recuerda cuando usted, el doctor y yo fuimos a caballo hasta Shestovo? -decía Iván Alekséich a Vera, acercándose junto con ella al bosque-. Encontramos entonces en el camino a un mendigo adivino. Le di una moneda de cinco *kopeikas* y él se santiguó tres veces y arrojó la moneda al centeno. ¡Ah, Señor, me llevo tantas impresiones que, si se pudiera juntarlas en una sola masa compacta, resultaría un buen lingote de oro! No comprendo, ¿por qué las personas inteligentes y sensibles se apretujan en las capitales y no vienen acá? ¿Acaso en la avenida Nevsky y en las grandes y húmedas casas hay más espacio y más verdad que aquí? Por cierto, nuestros cuartos amueblados, desde arriba hasta abajo llenos con pintores, sabios y periodistas, me parecían siempre un prejuicio.

A veinte pasos del bosque, había en el camino un estrecho puentecillo, con puntales en las esquinas que siempre servía a los Kuznetsov y a sus huéspedes como una pequeña estación durante sus paseos nocturnos. Desde allí, los que deseaban hacerlo podían burlarse del eco del bosque; desde allí se veía también el camino perderse en un oscuro atajo.

-¡Aquí está el puente! -dijo Ognev-. Debe usted volver ahora...

-Sentémonos un poco -respondió ella, sentándose en uno de los puntales-. Antes de la partida, al despedirse, generalmente todo el mundo se sienta[9].

9. Se trata de una antigua costumbre rusa.

Ognev se acomodó junto a ella sobre su atado de libros y continuó hablando. Ella jadeaba a causa de la caminata y no miraba a Iván Alekséich sino hacia el otro lado, de modo que él no veía su cara.

-Y, de repente, al cabo de unos diez años nos encontraremos -decía él-. ¿Cómo seremos en aquel entonces? Usted será una estimada madre de familia, y yo, autor de una estimada e inútil compilación de estadísticas, voluminosa como cuarenta mil compendios. Nos encontraremos y recordaremos el pasado... Ahora sentimos el presente, que nos impregna y nos emociona, pero entonces, cuando nos encontremos no nos acordaremos más de la fecha ni del mes ni siquiera del año en que nos vimos por última vez en este puente. Usted, quizás, cambie... Escuche, ¿cambiará usted'?

Vera se estremeció y volvió el rostro hacia él.

-¿Cómo? -preguntó.

-Le preguntaba si...

-Perdone, no sé lo que usted me decía.

Sólo en ese momento Ognev observó el cambio ocurrido en Vera.

Estaba pálida, jadeaba, y el temblor de su respiración se comunicaba a sus manos, a sus labios y a su cabeza, y de su peinado escapaba hacia la frente no un mechón, como siempre, sino dos... Por lo visto, evitaba mirar a los ojos y, tratando de ocultar su emoción, ya arreglaba el cuello, como si éste la estuviera incomodando, ya pasaba su chal rojo de un hombro al otro...

-Parece que tiene frío -dijo Ognev-. No le hace muy bien eso de estar sentada en la niebla.

Vera callaba.

-¿Qué tiene? -sonrió Iván Alekséich-. Usted calla y no contesta las preguntas. ¿No se siente bien o está enfadada? ¿Eh?

Vera apretó con fuerza la palma de la mano contra la mejilla vuelta hacia Ognev, pero en seguida la retiró bruscamente.

-Es una situación terrible... -susurró con una expresión de dolor en la cara-. ¡Terrible!

-¿Por qué terrible? -preguntó Ognev, encogiéndose de hombros y sin ocultar su sorpresa-. ¿De qué se trata?

Con la respiración entrecortada aún y estremeciéndose, Vera le volvió la espalda, miró medio minuto al cielo y dijo:

-Tengo que hablar con usted, Iván Alekséich…

-La escucho.

-A usted le parece extraño… puede ser que se sorprenda, pero me da lo mismo…

Ognev volvió a encogerse de hombros y se dispuso a escuchar.

-Es que… -comenzó diciendo Vérochka, inclinando la cabeza y sobando con los dedos el pompón del chal-. Vea, lo que yo quería decirle… A usted le parecerá extraño y tonto, pero… no puedo más.

Las palabras de Vera se convirtieron en un balbuceo poco claro, que terminó en llanto. La joven se cubrió la cara con el chal, se inclinó más y rompió a llorar con amargura. Iván Alekséich tosió, confundido y sorprendido, y, sin saber qué decir ni qué hacer, miró en su derredor con expresión de desesperanza. Como no estaba acostumbrado al llanto y a las lágrimas, él mismo sintió picazón en los ojos.

-Bueno, bueno… -balbució, desconcertado-. Vera Gavrílovna, ¿para qué sirve eso, se puede saber? Palomita, ¿está usted… enferma? ¿Alguien la ha ofendido? Dígamelo; puede ser que yo… este… a lo mejor, podré ayudarla…

Cuando, al tratar de consolarla, él se permitió separar cuidadosamente las manos de ella de la cara, Vera le sonrió a través de las lágrimas y dijo:

-Yo… ¡Yo lo amo!

Estas palabras, simples y corrientes, fueron dichas en un lenguaje sencillo y humano, pero Ognev, muy confundido, se apartó de Vera, se levantó y, tras la confusión, sintió miedo.

El triste y sentimental estado de ánimo que le habían producido la despedida y el licor, desapareció de golpe, cediendo lugar a una desagradable y aguda sensación de molestia. Como si el alma se hubiera dado vuelta en él, miraba a Vera de reojo, y ella, que después de su declaración amorosa se había despojado de la inabordabilidad que tanto adorna a la mujer, le parecía ahora más baja de estatura, más simple, más oscura.

“¿Qué es esto? -pensó con terror para sus adentros-. Y yo, pues… ¿la amo o no? ¡Qué problema!”

Vera entretanto, después de haber dicho lo principal y lo más difícil, respiraba ya libremente, sin ninguna dificultad. Ella se levantó también, mirándolo, se puso a hablar rápidamente, de manera cálida e incontenible.

Así como la persona asustada de golpe no puede más tarde recordar en qué orden sucedieron los sonidos de la catástrofe que lo había aturdido, Ognev no recuerda las palabras y las frases de Vera. Sólo recuerda el contenido de su discurso, a ella misma y la sensación que producían en él sus palabras. Recuerda su voz, como apagada, algo ronca a causa de la emoción y una extraordinaria música y el apasionamiento en las entonaciones. Llorando, riendo, dejando brillar las lágrimas en sus pestañas, le contaba que desde los primeros días él la había impresionado por su originalidad, inteligencia, con sus bondadosos ojos, con sus propósitos e ideales en la vida; que había empezado a amarlo profundamente, con pasión y con locura; que cuando, en verano, al pasar a veces del jardín a la casa, notaba en el vestíbulo su capa o, desde lejos, oía su voz, el corazón se le llenaba de un fresco y estremecedor presentimiento de dicha; sus bromas, aunque insignificantes, la hacían reír a carcajadas; en cada cifra de sus cuadernos se le aparecía algo excepcionalmente sagaz y grandioso, su bastón nudoso era para ella más hermoso que los árboles.

El bosque, los jirones de niebla y las negras zanjas a la vera del camino parecían enmudecer escuchándola, pero en el alma de Ognev ocurría algo penoso y extraño... Al declararle su amor, Vera estaba seductoramente bella; también sus palabras fluían bellas y apasionadas, pero él no experimentaba el goce ni la alegría de vivir como le hubiera gustado, sino tan sólo un sentimiento de piedad hacia Vera, el dolor y la compasión por haber hecho sufrir a una buena persona. Dios sabe si era su mente libresca la que había alzado su voz o bien se había hecho sentir su irresistible hábito de objetividad que tan a menudo impide vivir a la gente; lo cierto es que el entusiasmo y el sufrimiento de Vera le parecían exagerados y poco serios, a pesar de que el sentimiento se indignaba en él, susurrándole que todo lo que él estaba viendo y oyendo en aquel momento era, desde el punto de vista de la naturaleza y de la felicidad personal, más serio que las estadísticas, los libros y las verdades... Y, enojado, se

culpaba a sí mismo, aunque sin entender en qué, precisamente, consistía su culpa.

Para colmo de su confusión, decididamente no sabía qué decir, no obstante, lo cual era indispensable decir algo. No tenía fuerzas suficientes para decir directamente “no la amo”, pero tampoco podía decir “sí”, ya que, por más que hurgara, no encontraba en su alma ni siquiera una chispa...

Y mientras él callaba, Vera le aseguraba que no había mayor felicidad para ella que la de verlo, seguirlo a donde él quisiera ir, ser su mujer y ayudante y que se moriría de pena si se marchaba sin ella...

-¡No puedo quedarme aquí! -dijo, retorciéndose las manos-. Estoy harta de la casa, del bosque y de este aire. No soporto la continua calma y una vida sin objetivo: no soporto a nuestra gente descolorida y pálida, entre la cual todas se parecen uno al otro como dos gotas de agua. Todos son cordiales y benévolos porque están satisfechos, no sufren, no luchan... Y yo, precisamente, quiero vivir en grandes casas húmedas, donde la gente sufre agobiada por el trabajo y la miseria ...

También eso le pareció a Ognev exagerado y falto de seriedad. Cuando Vera hubo terminado de hablar, él no sabía qué decir, pero resultaba imposible seguir callado y balbuceó:

-Le estoy agradecido, Vera Gavrílovna, aunque sé que no merezco un... sentimiento de esa índole... de su parte. En segundo lugar, como hombre honesto debo decir que... la felicidad se basa en el equilibrio, es decir, cuando ambas partes... se aman de la misma manera...

En seguida, empero, Ognev se sintió avergonzado de su balbuceo y se quedó callado. Sintió que la expresión de su cara en ese momento era estúpida, culpable y vulgar, y al mismo tiempo tensa y forzada...

Vera seguramente supo leer la verdad en su rostro, ya que de repente se puso seria, palideció y bajó la cabeza.

-Perdóneme -murmuró Ognev, no pudiendo soportar el silencio-. La estimo tanto que... ¡me duele!

Vera se volvió bruscamente y se dirigió de prisa hacia la finca. Ognev la siguió.

-¡No, no! -dijo Vera, haciendo un ademán-. No me acompañe, iré sola...

-Imposible... Tengo que acompañarla ...

Todo lo que decía Ognev, hasta la última palabra, le parecía a él mismo repugnante y anodino. El sentimiento de culpabilidad crecía en él a cada paso. Se enfadaba, apretaba los puños y maldecía su frialdad y su torpeza para conducirse con las mujeres. Tratando de excitarse a sí mismo, miraba la bella figura de Vérochka, su trenza, y las huellas que dejaban en el polvoriento camino sus piececitos; recordaba sus palabras y sus lágrimas, pero todo ello no lograba sino enternecerlo, sin excitar su alma.

"¡Ah, al fin y al cabo, uno no puede amar a la fuerza! -trataba de convencerse a sí mismo, pero al mismo tiempo pensaba-: ¿Y cuándo amaré sin que sea a la fuerza? Tengo ya casi treinta años. Nunca he encontrado mujeres que fuesen mejores que Vera ni las voy a encontrar... ¡Oh, maldita vejez! ¡Vejez a los treinta años!"

Vera caminaba delante de él cada vez más de prisa, sin mirar hacia atrás y con la cabeza baja. A Ognev le parecía que ella se habla encogido de pena y que sus hombros se habían vuelto más estrechos...

"¡Me imagino lo que acontece ahora en su alma! -pensaba, mirándole la espalda-. ¡Sentiría una vergüenza y un dolor como para morirse! ¡Dios mío, en todo ello hay tanta vida, tanto sentido, tanta poesía, que hasta una piedra se hubiera conmovido, pero yo... yo soy un estúpido, un necio!"

Juntó a la portezuela del jardín Vera le dirigió una fugaz mirada y encorvándose y cubriéndose con el chal, se fue alejando de prisa por la alameda.

Iván Alekséich se quedó solo. Regresando lentamente hacia el bosque se detenía a cada rato y se volvía para mirar la puertecilla del jardín; y toda su figura tenía una expresión de desconcierto, como si él no se creyera a sí mismo. Buscaba con los ojos las huellas de los pies de Vérochka en el camino y no podía creer que la joven que tanto le gustaba acababa de declararle su amor y que él la había "rechazado" con tanta torpeza. Por primera vez en su vida pudo convencerse, por propia experiencia, de cuán poco depende el hombre de su buena voluntad, y experimentar él mismo la situación

de un hombre decente y cordial quien, sin querer, causa a su prójimo un sufrimiento inmerecido y cruel.

Le torturaba la conciencia y, además, al desaparecer Vera en el jardín le pareció haber perdido algo muy caro, intimo, que no volvería a encontrar más. Sintió que junto con Vera se le escurría una parte de su juventud y que los minutos que acababa de vivir de manera tan infructuosa no se repetirían jamás.

Al llegar hasta el puente, se detuvo pensativo. Deseaba encontrar la causa de su extraña frialdad. Le resultaba claro que aquélla no se hallaba fuera sino dentro de él. Con sinceridad se confesó a sí mismo que no era una frialdad mental de la que tan a menudo alardean las personas inteligentes, ni tampoco la frialdad de un tonto ególatra, sino simplemente la importancia del alma, la incapacidad de percibir con hondura la belleza, la vejez prematura, adquirida mediante la educación, la lucha desordenada por ganarse el pan y la hotelera vida de soltero.

Bajó del puentecillo y, lenta y desganadamente, entró en el bosque. Allí, donde en las negras y espesas tinieblas la luz de la luna formaba nítidas manchas y donde él no percibía nada, excepto sus pensamientos, sintió un apasionado deseo de recobrar lo perdido.

Iván Alekséich recuerda haber desandado el camino. Instigándose con los recuerdos y esforzándose para pintar a Vera en su imaginación, caminó de prisa hacia el jardín. La niebla había desaparecido ya del camino y del jardín, y una luna clara, como lavada, miraba desde el cielo; sólo el levante permanecía sombrío y nebuloso… Ognev recuerda sus pasos cuidadosos, las oscuras ventanas, el espeso aroma de heliotropo y de reseda. El conocido Karo se le acercó meneando amigablemente la cola y olfateó su mano… Era el único ser viviente que lo vio dar dos vueltas alrededor de la casa, detenerse junto a la oscura ventana de Vera y, con un ademán resignado y un hondo suspiro, salir del jardín.

Una hora después ya estaba en el pueblo y, fatigado, casi desfalleciente, apoyándose con el torso y con la cara ardorosa contra el portón del hospedaje, golpeaba con el aldabón. En alguna parte del pueblo se despertó un perro y se puso a ladrar, y, como en respuesta a sus golpes, el sereno de la iglesia hizo sonar su barra de hierro.

-No hace sino vagar por las noches… -rezongó el dueño del hospedaje que, vestido con un largo camisón de aspecto femenino, le abrió el portón-. En vez de merodear por ahí, mejor te hubieras quedado en casa rezando.

Una vez en su habitación, Ognev se sentó en la cama y se quedó mirando largamente la llamita de la bujía; luego sacudió la cabeza y comenzó a hacer su equipaje.

El vengador

INMEDIATAMENTE DESPUÉS DE haber sorprendido a su mujer en el lugar de su delito, se encontraba Fiódor Fiódorovich Sígaiev en el almacén de armas de Schmuks y Compañía eligiendo el revólver que mejor pudiera servirle. Su rostro expresaba ira, dolor y una decisión irrevocable.

"¡Sé lo que tengo que hacer! —pensaba—. Cuando son profanados los fundamentos de la familia y el honor es pisoteado en el barro y triunfa el vicio..., yo, como ciudadano y como hombre honrado, debo ser el vengador. La mataré primero a ella, luego a su amante y después me mataré yo".

No había escogido todavía el revólver ni matado a nadie, cuando ya empezaba su imaginación a dibujarle tres cadáveres ensangrentados, con los cráneos triturados y los sesos fluyendo... Barullo, tropeles de curiosos y autopsias. Con la insana alegría del hombre ofendido, imaginaba el horror de los parientes y del público, la agonía de la traidora, y hasta le parecía leer ya con el pensamiento los artículos de primera plana comentando la descomposición de los fundamentos de la familia.

El dependiente del almacén, un tipo inquieto, afrancesado, de pequeño vientre y chaleco blanco, presentaba ante él los revólveres, y haciendo chocar los talones, decía sonriendo respetuosamente:

—Yo aconsejaría a *monsieur* que llevara este magnífico modelo del sistema Smith & Wesson. Es la última palabra en la ciencia de las armas. Tiene tres propulsiones y extractor y puede disparársele desde seiscientos pasos. Llamo también la atención de *monsieur* sobre la limpieza de su acabado. Su sistema es el que está más de moda. Vendemos diariamente decenas de ellos, que se utilizan contra los bandidos, los lobos y los amantes. Su tiro es preciso y fuerte; alcanza grandes distancias y mata, atravesándolos, a la mujer y al amante. En cuanto a los suicidas, *monsieur,* no conozco para ellos mejor sistema.

Y el dependiente, apretando y soltando el gatillo, echándole el aliento al cañón y apuntando, parecía próximo a ahogarse de puro entusiasmo. A juzgar por la expresión admirada de su rostro se sentiría uno dispuesto a pensar que él mismo, de buen grado, se

hubiera pegado un tiro en la frente si hubiera poseído un revólver de tan maravilloso sistema como el Smith & Wesson.

—¿Y qué precio tiene? —preguntó Sígaiev.

—Cuarenta y cinco rublos, *monsieur*.

—¡Hum!... ¡Es demasiado caro para mí!

—En tal caso, *monsieur,* puedo ofrecerle otro sistema más barato. Aquí está. Tenga la bondad de examinarlo. Tenemos un surtido enorme en distintos precios... Este revólver, por ejemplo, del sistema Lefauché, que vale solamente dieciocho rublos; pero... —el dependiente hizo una mueca de desprecio— es un sistema, *monsieur,* ¡demasiado anticuado! Solo lo compran ahora los pobres de espíritu y los psicópatas. Matarse o matar a la mujer con un Lefauché se considera ahora signo de mal tono... El buen tono admite únicamente el Smith & Wesson.

—No tengo necesidad de matarme ni de matar a nadie —mintió con acento sombrío Sígaiev—. Lo compro sencillamente para tenerlo en el campo... Para asustar a los ladrones.

—A nosotros no nos interesa para qué lo compra —sonrió el dependiente bajando modestamente los ojos—. Si en cada caso fuéramos a buscar los motivos, tendríamos que haber cerrado la tienda. Para asustar a los cuervos, *monsieur,* el Lefauché no sirve, porque hace un ruido sordo y a la vez fuerte. Yo le propondría que llevara una pistola Mortimer corriente, de las llamadas *para duelos*.

“¿Y si le provocara en duelo? —pasó por la cabeza de Sígaiev—. Pero no... Sería demasiado honor... A estas bestias hay que matarlas como a perros...”

El dependiente, dando graciosas vueltas y pequeños pasitos y sin dejar de sonreír y de charlar, expuso ante él todo un montón de revólveres. El Smith & Wesson era el de aspecto más codiciable y sólido. Sígaiev tomó uno de éstos entre sus manos, fijó la mirada en él y se quedó ensimismado. Su imaginación le presentaba a sí mismo destrozando un cráneo, fluyendo sangre cual un río sobre el tapiz y el parqué, y a la traidora, moribunda, agitando un pie convulsivamente... Pero para su alma indignada esto era poco.

Los cuadros de sangre, los sollozos, el espanto, no le satisfacían; había que pensar en algo más terrible.

“Esto es lo que haré —pensó—. Le mataré y me mataré: pero a ella... a ella la dejaré vivir. ¡Que muera de remordimiento y con el desprecio de cuantos la rodean! Esto, para una naturaleza nerviosa como la suya, será un martirio mayor aún que la muerte”.

Y comenzó a imaginar su propio entierro: El ofendido tendido en el ataúd, con una sonrisa bondadosa en los labios... Ella, pálida, torturada por el remordimiento, caminando tras el féretro, como una Níobe y no sabiendo cómo ocultarse a las miradas despreciativas y aniquiladoras que sobre ella arroja una muchedumbre indignada...

—Veo, *monsieur,* que le gusta el Smith & Wesson —dijo el dependiente, interrumpiéndole en su ensueño—. Si lo encuentra caro, le rebajaría cinco rublos, aunque tenemos otros sistemas más baratos.

La figurilla afrancesada giró graciosamente y cogió de la estantería una nueva decena de estuches con revólveres.

—He aquí otro, *monsieur.* Su precio es treinta rublos. No es caro si se tiene en cuenta que el cambio ha bajado terriblemente y que los derechos de aduanas suben cada día más... Le juro, *monsieur,* que soy conservador; sin embargo, ya empiezo a protestar. ¡Calcule que el cambio y la tarifa de aduanas son la causa de que ahora solo los ricos puedan adquirir armas! Para los pobres no quedan más que las armas de Tula(10) y los fósforos. ¡Y las armas de Tula son una desdicha! Pretende uno disparar un arma de Tula sobre su mujer y solo consigue hacer blanco en la propia paletilla...

Sígaiev experimentó de pronto un sentimiento ofensivo y triste ante la idea de morir él y no ver los sufrimientos de la traidora. Solo es dulce la venganza cuando existe la posibilidad de ver y tocar sus frutos. Pues ¿y qué sentido tendría el que él estuviera tendido en el ataúd sin darse cuenta de nada?

“¿Y si hiciera esto?... ¿Matarle a él, ir a su entierro, verlo todo Y matarme yo después?... Sí; pero... antes del entierro me meterían preso y me quitarían el arma... Bien... Lo que haré será matarle y dejar que ella siga viviendo. Y..., hasta que pase cierto tiempo, no me mataré; iré a la cárcel. Para matarme siempre estoy a tiempo, El estar arrestado es todavía mejor, porque así, al prestar declaración, tendré la posibilidad de demostrar ante el poder y ante la sociedad toda la

---

10. Ciudad rusa donde hay una gran fabricación de armas.

bajeza de su comportamiento. Si me matara, ella, con su carácter embustero, engañoso y desvergonzado, me echaría la culpa de todo, y la sociedad la absolvería de su hecho…; pero, por otra parte, quizá se ría de mí si sigo con vida… Entonces…”.

Un minuto después pensaba:

“Sí… Tal vez me acusen de mezquindad de sentimientos si me mato… Y, además…, ¿para qué matarme? Esto, en primer lugar. En segundo…, matarme significa cobardía. Luego, entonces, lo que haré será matarle a él, dejarla vivir a ella e ir yo a la cárcel. Me juzgarán y ella figurará como testigo… ¡Habrá que ver su azaramiento, su vergüenza cuando tenga que prestar declaración ante mi abogado! ¡Por supuesto, las simpatías del tribunal, del público y de la Prensa estarán de mi lado!…”.

Mientras así cavilaba, el dependiente continuaba exponiendo su mercancía y consideraba deber suyo entretener al comprador.

—Vea aquí otros, ingleses de nuevo sistema, que hemos recibido hace poco. Pero le prevengo, *monsieur*, que todos los sistemas palidecen ante el Smith & Wesson. Seguramente habrá usted leído uno de estos días que un militar que había comprado en nuestra casa un revólver del sistema Smith & Wesson, disparó sobre el amante… ¿Y qué se figura usted que pasó?… La bala atravesó primero al amante, alcanzó después la lámpara de bronce, luego el piano de cola y desde el piano de cola, de una carambola, mató a un pequinés y rozó a la mujer… El efecto fue brillante y hacía honor a nuestra firma. El militar está ahora arrestado… ¡Seguramente le condenarán a trabajos forzados!… En primer lugar, porque tenemos leyes muy anticuadas, y, en segundo, porque ya se sabe que el tribunal toma siempre partido por el amante. ¿Por qué?… Muy sencillo, *monsieur:* porque también el jurado, los jueces, el procurador y el defensor se entienden con esposas ajenas, y es más tranquilo para ellos que en Rusia haya un marido menos. A la sociedad le encantaría que el Gobierno desterrara a todos los maridos a la isla Sajalín. ¡Ay, *Monsieur*! ¡No puede imaginarse usted la indignación que despierta en mí este derrumbamiento de las costumbres morales contemporáneas!… ¡En estos tiempos amar a las esposas ajenas agrada tanto como fumar cigarrillos ajenos y leer libros ajenos! Año por año nuestro comercio decae, pero ello no

significa que haya menos amantes..., significa que los maridos llegan a reconciliarse con su situación y tienen miedo a los trabajos forzados —y el dependiente, mirando a su alrededor, murmuró—: ¿Y quién es el responsable, *monsieur?*... ¡El Gobierno!

"¡Por culpa de un cerdo ir a parar a Sajalín... no, tampoco es sensato! —reflexionó Sígaiev— Si me mandan a trabajos forzados, solo conseguiré dar a mi mujer la posibilidad de casarse otra vez y de engañar a su segundo marido. ¡La que saldrá triunfante será ella!... No. Lo que haré entonces es esto: dejarla vivir, no matarme *ni matarle a él.* Hay que idear algo más cuerdo y sentimental. Los castigaré con mi desprecio y entablaré un escandaloso proceso de divorcio..."

—Aquí tiene, *monsieur,* un nuevo sistema —dijo el dependiente cogiendo de la estantería una docena más de revólveres—. Llamo su atención sobre el original mecanismo del cierre...

Pero una vez tomada aquella decisión, Sígaiev ya no necesitaba revólver; en cambio, el dependiente, cada vez más inspirado, no cesaba de exponer ante él sus artículos de venta. El agraviado marido comenzó a avergonzarse de que por su culpa el dependiente estuviera trabajando en vano, entusiasmándose y perdiendo el tiempo.

—Bien... —masculló—. Lo mejor será que vuelva más tarde o que envíe a alguien...

Aunque no veía la expresión del rostro del dependiente, comprendió, sin embargo, que para suavizar un poco la violencia de la situación no había más remedio que comprar algo. Pero ¿qué?... Sus ojos recorrieron las paredes de la tienda en busca de alguna cosa más barata, y se detuvieron en una red de color verde colgada junto a la puerta.

—¿Y eso? ¿Qué es eso? —preguntó.

—Es una red para cazar codornices.

—¿Y qué precio tiene?

—Ocho rublos, *monsieur*.

—Pues envuélvamela...

El marido ofendido pagó los ocho rublos, cogió la red y cada vez más ofendido salió de la tienda.

Vañka

Vañka Chukov, un muchacho de nueve años, a quien habían colocado hacía tres meses en casa del zapatero Alojin para que aprendiese el oficio, no se acostó la noche de Navidad.

Cuando los amos y los oficiales se fueron, cerca de las doce, a la iglesia para asistir a la misa del Gallo, cogió del armario un frasco de tinta y un portaplumas con una pluma enrobinada, y, colocando ante él una hoja muy arrugada de papel, se dispuso a escribir.

Antes de empezar dirigió a la puerta una mirada en la que se pintaba el temor de ser sorprendido, miró el icono oscuro del rincón y exhaló un largo suspiro.

El papel se hallaba sobre un banco, ante el cual estaba él de rodillas.

«Querido abuelo Constantino Makarich -escribió-: Soy yo quien te escribe. Te felicito con motivo de las Navidades y le pido a Dios que te colme de venturas. No tengo papá ni mamá; sólo te tengo a ti...

Vanka miró a la oscura ventana, en cuyos cristales se reflejaba la bujía, y se imaginó a su abuelo Constantino Makarich, empleado a la sazón como guardia nocturno en casa de los señores Chivarev. Era un viejecito enjuto y vivo, siempre risueño y con ojos de bebedor. Tenía sesenta y cinco años. Durante el día dormía en la cocina o bromeaba con los cocineros, y por la noche se paseaba, envuelto en una amplia pelliza, en torno de la finca, y golpeaba de vez en cuando con un bastoncillo una pequeña plancha cuadrada, para dar fe de que no dormía y atemorizar a los ladrones. Lo acompañaban dos perros: Canelo y Serpiente. Este último se merecía su nombre: era largo de cuerpo y muy astuto, y siempre parecía ocultar malas intenciones; aunque miraba a todo el mundo con ojos acariciadores, no le inspiraba a nadie confianza. Se adivinaba, bajo aquella máscara de cariño, una perfidia jesuítica.

Le gustaba acercarse a la gente con suavidad, sin ser notado, y morderla en las pantorrillas. Con frecuencia robaba pollos de casa de los campesinos. Le pegaban grandes palizas; dos veces había estado a punto de morir ahorcado; pero siempre salía con vida de los más apurados trances y resucitaba cuando lo tenían ya por muerto.

En aquel momento, el abuelo de Vañka estaría, de fijo, a la puerta, y mirando las ventanas iluminadas de la iglesia, embromaría a los cocineros y a las criadas, frotándose las manos para calentarse. Riendo con risita senil les daría vaya a las mujeres.

-¿Quiere usted un polvito? -les preguntaría, acercándoles la tabaquera a la nariz.

Las mujeres estornudarían. El viejo, regocijadísimo, prorrumpiría en carcajadas, lleno de júbilo.

Luego les ofrecería un polvito a los perros. El Canelo estornudaría, sacudiría la cabeza, y, con el gesto huraño de un señor ofendido en su dignidad, se marcharía. El Serpiente, hipócrita, ocultando siempre sus verdaderos sentimientos, no estornudaría y menearía el rabo.

El tiempo sería soberbio. Habría una gran calma en la atmósfera, límpida y fresca. A pesar de la oscuridad de la noche, se vería toda la aldea con sus tejados blancos, el humo de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha, los montones de nieve. En el cielo, miles de estrellas parecerían hacerle alegres guiños a la Tierra. La Vía Láctea se distinguiría muy bien, como si, con motivo de la fiesta, la hubieran lavado y frotado con nieve...

Vañka, imaginándose todo esto, suspiraba.

Tomó de nuevo la pluma y continuó escribiendo:

«Ayer me pegaron. El maestro me cogió por los pelos y me dio unos cuantos correazos por haberme dormido arrullando a su nene. El otro día la maestra me mandó destripar una sardina, y yo, en vez de empezar por la cabeza, empecé por la cola; entonces la maestra cogió la sardina y me dio en la cara con ella. Los otros aprendices, como son mayores que yo, me mortifican, me mandan por vodka a la taberna y me hacen robarle pepinos a la maestra, que, cuando se entera, me sacude el polvo. Casi siempre tengo hambre. Por la mañana me dan un mendrugo de pan; para comer, unas gachas de alforfón; para cenar, otro mendrugo de pan. Nunca me dan otra cosa, ni siquiera una taza de té. Duermo en el portal y paso mucho frío; además, tengo que arrullar al nene, que no me deja dormir con sus gritos... Abuelito: sé bueno, sácame de aquí, que no puedo soportar esta vida. Te saludo con mucho respeto y te prometo pedirle siempre a Dios por ti. Si no me sacas de aquí me moriré.»

Vaňka hizo un puchero, se frotó los ojos con el puño y no pudo reprimir un sollozo.

«Te seré todo lo útil que pueda -continuó momentos después-. Rogaré por ti, y si no estás contento conmigo puedes pegarme todo lo que quieras. Buscaré trabajo, guardaré el rebaño. Abuelito: te ruego que me saques de aquí si no quieres que me muera. Yo escaparía y me iría a la aldea contigo; pero no tengo botas, y hace demasiado frío para ir descalzo. Cuando sea mayor te mantendré con mi trabajo y no permitiré que nadie te ofenda. Y cuando te mueras, le rogaré a Dios por el descanso de tu alma, como le ruego ahora por el alma de mi madre.

«Moscú es una ciudad muy grande. Hay muchos palacios, muchos caballos, pero ni una oveja. También hay perros, pero no son como los de la aldea: no muerden y casi no ladran. Aquí los muchachos no andan con la estrella(11), y en el coro no dejan entrar a nadie. He visto en una tienda una caña de pescar con un anzuelo tan hermoso que se podrían pescar con ella los peces más grandes. Se venden también en las tiendas escopetas de primer orden, como la de tu señor. Deben costar muy caras, lo menos cien rublos cada una. En las carnicerías venden perdices, liebres, conejos, y no se sabe dónde los cazan.

«Abuelito: cuando enciendan en casa de los señores el árbol de Navidad, coge para mí una nuez dorada y escóndela bien. Luego, cuando yo vaya, me la darás. Pídesela a la señorita Olga Ignatievna; dile que es para Vaňka. Verás cómo te la da.»

Vaňka suspira otra vez y se queda mirando a la ventana. Recuerda que todos los años, en vísperas de la fiesta, cuando había que buscar un árbol de Navidad para los señores, iba él al bosque con su abuelo. ¡Dios mío, qué encanto! El frío le ponía rojas las mejillas; pero a él no le importaba. El abuelo, antes de derribar el árbol escogido, encendía la pipa y decía algunas chirigotas acerca de la nariz helada de Vaňka. Jóvenes abetos, cubiertos de escarcha, parecían, en su inmovilidad, esperar el hachazo que sobre uno de ellos debía descargar la mano del abuelo. De pronto, saltando por encima de los montones de nieve, aparecía una liebre en precipitada

11. Según una antigua costumbre aldeana, en la Navidad, los muchachos que cantaban villancicos portaban, de casa en casa, una gran estrella.

carrera. El abuelo, al verla, daba muestras de gran agitación y, agachándose, gritaba:

-¡Cógela, cógela! ¡Ah, diablo!

Luego el abuelo derribaba un abeto, y entre los dos lo trasladaban a la casa señorial. Allí, el árbol era preparado para la fiesta. La señorita Olga Ignatievna ponía mayor entusiasmo que nadie en este trabajo. Vaňka la quería mucho. Cuando aún vivía su madre y servía en casa de los señores, Olga Ignatievna le daba bombones y le enseñaba a leer, a escribir, a contar de uno a ciento y hasta a bailar. Pero, muerta su madre, el huérfano Vanka pasó a formar parte de la servidumbre culinaria, con su abuelo, y luego fue enviado a Moscú, a casa del zapatero Alajin, para que aprendiese el oficio...

«¡Ven, abuelito, ven! -continuó escribiendo, tras una corta reflexión, el muchacho-. En nombre de Nuestro Señor te suplico que me saques de aquí. Ten piedad del pobrecito huérfano. Todo el mundo me pega, se burla de mí, me insulta. Y, además, siempre tengo hambre. Y, además, me aburro atrozmente y no hago más que llorar. Anteayer, el ama me dio un pescozón tan fuerte que me caí y estuve un rato sin poder levantarme. Esto no es vivir; los perros viven mejor que yo... Recuerdos a la cocinera Alena, al cochero Egorka y a todos nuestros amigos de la aldea. Mi acordeón guárdalo bien y no se lo dejes a nadie. Sin más, sabes que te quiere tu nieto

VAŇKA CHUKOV

Ven en seguida, abuelito.»

Vaňka plegó en cuatro dobleces la hoja de papel y la metió en un sobre que había comprado el día anterior. Luego, meditó un poco y escribió en el sobre la siguiente dirección:

«En la aldea, a mi abuelo.»

Tras una nueva meditación, añadió:

«Constantino Makarich.»

Congratulándose de haber escrito la carta sin que nadie lo estorbase, se puso la gorra, y, sin otro abrigo, corrió a la calle.

El dependiente de la carnicería, a quien aquella tarde le había preguntado, le había dicho que las cartas debían echarse a los

buzones, de donde las recogían para llevarlas en troika a través del mundo entero.

Vaňka echó su preciosa epístola en el buzón más próximo…

Una hora después dormía, mecido por dulces esperanzas.

Vio en sueños la cálida estufa aldeana. Sentado en ella, su abuelo les leía a las cocineras la carta de Vanka. El perro Serpiente se paseaba en torno de la estufa y meneaba el rabo…

El álbum

El consejero administrativo Craterov, delgado y seco como la flecha del Almirantazgo, avanzó algunos pasos y, dirigiéndose a Serlavis, le dijo:

-Excelencia: Constantemente alentados y conmovidos hasta el fondo del corazón por vuestra gran autoridad y paternal solicitud...

-Durante más de diez años -le sopló Zacoucine.

-Durante más de diez años... ¡Jum!... En este día memorable, nosotros, sus subordinados, ofrecemos a su excelencia, como prueba de respeto y de profunda gratitud, este álbum con nuestros retratos, haciendo votos porque su noble vida se prolongue muchos años y que por largo tiempo aún, hasta la hora de la muerte, nos honre con...

-Sus paternales enseñanzas en el camino de la verdad y del progreso -añadió Zacoucine, enjugándose las gotas de sudor que de pronto le habían invadido la frente. Se veía que ardía en deseos de tomar la palabra para colocar el discurso que seguramente traía preparado.

-Y que -concluyó- su estandarte siga flotando mucho tiempo aún en la carrera del genio, del trabajo y de la conciencia social.

Por la mejilla izquierda de Serlavis, llena de arrugas, se deslizó una lágrima.

-Señores -dijo con voz temblorosa-, no esperaba yo esto, no podía imaginar que celebraran mi modesto jubileo. Estoy emocionado, profundamente emocionado, y conservaré el recuerdo de estos instantes hasta la muerte. Créanme, amigos míos, les aseguro que nadie les desea como yo tantas felicidades... Si alguna vez ha habido pequeñas dificultades... ha sido siempre en bien de todos ustedes...

Serlavis, actual consejero de Estado, dio un abrazo a Craterov, consejero de estado administrativo, que no esperaba semejante honor y que palideció de satisfacción. Luego, con el rostro bañado en lágrimas como si le hubiesen arrebatado el precioso álbum en vez de ofrecérselo, hizo un gesto con la mano para indicar que la emoción le impedía hablar. Después, calmándose un poco, añadió unas cuantas palabras muy afectuosas, estrechó a todos la mano y, en medio del entusiasmo y de sonoras aclamaciones, se instaló en su coche

abrumado de bendiciones. Durante el trayecto sintió su pecho invadido de un júbilo desconocido hasta entonces y de nuevo se le saltaron las lágrimas.

En su casa lo esperaban nuevas satisfacciones. Su familia, sus amigos y conocidos le hicieron tal ovación que hubo un momento en que creyó sinceramente haber efectuado grandes servicios a la patria y que hubiera sido una gran desgracia para ella que él no hubiese existido. Durante la comida del jubileo no cesaron los brindis, los discursos, los abrazos y las lágrimas. En fin, que Serlavis no esperaba que sus méritos fuesen premiados tan calurosamente.

-Señores -dijo en el momento de los postres-, hace dos horas he sido indemnizado por todos los sufrimientos que esperan al hombre que se ha puesto al servicio, no ya de la forma ni de la letra, si se me permite expresarlo así, sino del deber. Durante toda mi carrera he sido siempre fiel al principio de que no es el público el que se ha hecho para nosotros, sino nosotros los que estamos hechos para él. Y hoy he recibido la más alta recompensa. Mis subordinados me han ofrecido este álbum que me ha llenado de emoción.

Todos los rostros se inclinaron sobre el álbum para verlo.

-¡Qué bonito es! -dijo Olga, la hija de Serlavis-. Estoy segura de que no cuesta menos de cincuenta rublos. ¡Oh, es magnífico! ¿Me lo das, papá? Tendré mucho cuidado con él... ¡Es tan bonito!

Después de la comida, Olga se llevó el álbum a su habitación y lo guardó en su secreter. Al día siguiente arrancó los retratos de los funcionarios, los tiró al suelo y colocó en su lugar los de sus compañeras de colegio. Los uniformes cedieron el sitio a las esclavinas blancas. Colás, el hijo pequeño de su excelencia, recortó los retratos de los funcionarios y pintó sus trajes de rojo. Colocó bigotes en los labios afeitados y barbas oscuras en los mentones imberbes. Cuando no tuvo nada más para colorear, recortó siluetas y les atravesó los ojos con una aguja, para jugar con ellas a los soldados. Al consejero Craterov lo pegó de pie en una caja de fósforos y lo llevó colocado así al despacho de su padre.

-Papá, mira, un monumento.

Serlavis se echó a reír, movió la cabeza y, enternecido, dio un sonoro beso en la mejilla a Nicolás.

-Anda, pilluelo, enséñaselo a mamá para que lo vea ella también.

El orador

En una hermosa mañana se celebraba el entierro del asesor colegiado Kirill Ivanovich Vavilonov, muerto de dos enfermedades sumamente frecuentes en nuestra patria: una esposa maligna y el vicio del alcohol. Mientras el cortejo fúnebre se dirigía de la iglesia al cementerio, uno de los compañeros de trabajo del difunto, un tal Poplavski, tomó un coche y se dirigió a toda prisa a casa de su amigo Grigorii Petrovich Zapoikin, hombre, aunque joven, ya bastante popular. Tenía Zapoikin (como saben los lectores) un talento extraordinario para pronunciar discursos en bodas, jubilaciones y entierros. Estaba capacitado para hablar en cualquier momento: lo mismo recién despierto, que en ayunas, que borracho o que preso de fiebre. Su discurso fluía llanamente, sin interrupción..., tan abundantemente como fluye por una canaleta el agua de la lluvia. Para expresar aflicción, encerraba el vocabulario del orador muchas más palabras que cucarachas tiene cualquier taberna. Sus discursos eran tan elocuentes y largos, que a veces, sobre todo en las bodas de los comerciantes, había que recurrir a la ayuda de la Policía para hacerle callar.

-Vengo a buscarte, hermanito -empezó a decir Poplavski al encontrarlo en casa-. Vístete en seguida y vámonos. Ha muerto uno de los nuestros, al que estamos ahora mismo en trance de enviar al otro mundo, conque hace falta, hermanito, que haya quien diga alguna cosita para su despedida. Nuestra única esperanza eres tú. Si el muerto fuera uno de los subalternos... no te molestaríamos; pero éste era un secretario..., en cierto modo un jefe... Es desagradable enterrar a un personaje de su categoría sin que se diga algún discurso...

-¡Ah!..., ¡el secretario!... -bostezó Zapoikin-. ¿Aquel borracho?

-Sí, aquel borracho... Habrá comida..., *blini*..., entremeses... Además, nos pagan el coche. ¡Vamos, alma mía! ¡Allí, junto a la tumba, pronunciarás un discurso ciceroniano y ya verás lo que te lo agradecen!

Zapoikin accedió de buen grado. Desmelenó su cabello, obligó a adoptar a su rostro una expresión de melancolía y salió a la calle en compañía de Poplavski.

-Conocía a tu secretario -dijo cuando se sentaba en el coche-. Que en paz descanse..., pero era un pillo y una bestia como hay pocos.

-No está bien, Grischa, eso de ofender a los difuntos...

-Cierto que *aut mortiu nihil bene*... No obstante, era un bribón.

Los dos amigos dieron alcance al cortejo y se unieron a él. Como el féretro iba conducido a un paso muy lento, antes de llegar al cementerio, los amigos tuvieron tiempo de entrar cerca de tres veces en la taberna y de beber unas copitas al eterno descanso del difunto.

En el cementerio se celebró un oficio religioso. La suegra, la mujer y la cuñada, como es costumbre, lloraron copiosamente y la mujer hasta gritó cuando bajaban el ataúd a la fosa. "¡Déjenme ir con él...!" A pesar de lo cual, y recordando sin duda la pensión por viudez que había de recibir... no se fue con él. Después de esperar un poco a que todo se tranquilizara, Zapoikin avanzó unos pasos, paseó su mirada sobre los presentes y empezó a decir:

-¿Puede uno creer lo que ven los ojos y oyen los oídos?... ¿Este ataúd... estas caras llorosas..., estos lamentos y estos sollozos..., no serán una pesadilla?... ¡Ay de mí! ¡No es un sueño, no! ¡No nos engaña la vista! ¡Aquel que hasta hace tan poco vimos lleno de vigor, de juventud, de frescura y lozanía!, ¡aquel que aún hace tan poco tiempo, ante nuestros mismos ojos, llevaba su miel, cual abeja incansable, a la colmena común del bien del Estado... ¡es el mismo que vemos ahora convertido en nada..., en un*mirage*! ¡La muerte irreductible puso su mano sobre él cuando, a pesar de su avanzada edad, se encontraba aún lleno de fuerza y de esperanzas ultraterrenales!... ¡Su pérdida es irremplazable! ¿Quién nos lo puede reemplazar?... Tenemos muchos buenos funcionarios, pero puede decirse que Procofii Osipich era único en su género... Devoto hasta lo más profundo de su alma del honrado cumplimiento de sus obligaciones, lejos de regatear sus fuerzas, pasaba las noches en vela y era desinteresado e insobornable. ¡Cuánto despreciaba a aquellos que con perjuicio del interés general pretendían comprarlo!, ¡que, ofreciéndole tentadores bienes terrenales, se esforzaban en atraerlo hacia la traición a su deber! ¡Sí!... ¡Ante nuestros ojos hemos visto a Procofii Osipich repartir su modesto sueldo entre los más pobres de sus compañeros, y ustedes mismos acaban de oír hace un instante los sollozos de las viudas y de los huérfanos que vivían gracias a sus

limosnas! Esclavo del servicio, de su deber y de la bondad, no conoció la alegría, y hasta se rehusó a sí mismo la felicidad de la vida matrimonial. ¡Ya saben ustedes que hasta el final de su vida permaneció soltero! ¿Y como compañero?... ¿Quién podría reemplazarlo? ¡Lo mismo que si fuera ayer me parece ver su rostro conmovido y afeitado, dirigido hacia nosotros!... ¡Su bondadosa sonrisa!... ¡Como si todavía fuera ayer, oigo su suave, cariñosa y afable voz!... ¡Descansa en paz: Procofii Osipich!... ¡Descansa..., honrado y noble trabajador!

Zapoikin continuaba perorando, pero los oyentes empezaron a hablar entre sí en voz baja. El discurso gustaba a todos y hacía verter algunas lágrimas. Mucho de él, sin embargo, resultaba extraño... En primer lugar era incomprensible por qué el orador llamaba al difunto Procofii Osipich cuando su nombre era Kirill Ivanovich. En segundo, todos sabían que éste había pasado la vida entera en perpetua lucha con su legítima esposa y que, por tanto, no podía calificarle de soltero..., y en tercero, era inexplicable que habiendo tenido una espesa barba de color rojizo, que en su vida había hecho afeitar ni una sola vez, hubiera llamado el orador a su rostro *afeitado*. Los oyentes se miraban con extrañeza.

-¡Procofii Osipich! -proseguía el orador mirando inspirado a la tumba-. ¡Tu rostro era feo!... ¡hasta deforme!... ¡Eras taciturno y severo, pero todos sabíamos que bajo aquella corteza latía un corazón honrado y afectuoso!

Pronto, sin embargo, empezaron a observar los oyentes que algo extraño ocurría al orador, que sin apartar la vista de un mismo punto, se agitaba nervioso. De repente quedó callado y con la boca abierta para el asombro, se volvió hacia Poplavski.

-¡Pero, oye!... ¡Si está vivo!... -dijo con ojos espantados.

-¿Quién está vivo?

-¡Pues... Procofii Osipich!... ¡Está junto al mausoleo!

-¡Si el muerto no es él! ¡Es Kirill Ivanovich!

-¡Si has sido tú mismo el que me ha dicho que había muerto el secretario!

-¡No!... ¡El secretario era Kirill Ivanovich! ¡Te has confundido, tonto!... ¡Claro que también Procofii Osipich fue secretario..., pero hace ya dos años que le destituyeron!

-¡Diablo!

-¿Por qué te paras? ... ¡Sigue!

Zapoikin volvió la cabeza hacia la fosa y con la misma elocuencia que antes prosiguió su interrumpido discurso.

Al lado del mausoleo se encontraba, en efecto, Procofii Osipich, el viejo funcionario de la cara afeitada. Miraba éste con enojo al orador y fruncía las cejas.

-¿Qué ocurrencia te ha dado -reían los funcionarios, volviendo del entierro en compañía de Zapoikin- de enterrar a un vivo?

-¡Esto no está bien, joven! -gruñía Procofii Osipich-. ¡Su discurso puede ser apropiado para un difunto, pero aplicado a un vivo es una burla! ¿Qué no me ha llamado usted?... Desinteresado..., incapaz de sobornar... ¡Tales cosas, refiriéndose a un vivo, sólo pueden decirse en son de burla! ¡Nadie le ha pedido tampoco, caballero, que hablara sobre mi cara!... Si soy feo y deforme..., ¡qué le vamos a hacer! ¿Para qué decir mi apellido delante de todo el mundo? ¡Esto es una ofensa!

El obispo

I

En el monasterio de Staro-Petrovski se celebraba la víspera del Domingo de Ramos. Cuando se empezó a repartir las palmas eran ya casi las diez; los cirios, llenos de pábilos, apenas ardían, y todo estaba envuelto en una especie de tiniebla. En la iglesia en penumbra la muchedumbre se agitaba como el mar y monseñor Piotr, que llevaba ya tres días indispuesto, tenía la impresión de que todos los rostros —de viejos y jóvenes, de hombres y mujeres— se parecían entre sí, que todos los que se acercaban a recoger la palma tenían la misma expresión en la mirada. En la neblina no se veían las puertas, la multitud no paraba de moverse y parecía que aquello no tenía fin. Cantaba un coro de mujeres y una monja leía el canon.

¡Qué calor hacía! ¡Qué sofoco! ¡Cuánto había durado el oficio! Monseñor Piotr estaba cansado. Su respiración era pesada, entrecortada, seca, le dolían los hombros del cansancio y le temblaban las piernas. ¡Qué desagradable era oír chillar de vez en cuando a un loco de Dios en el coro! De pronto, como en un sueño o delirio, le pareció a Monseñor que entre la multitud se acercaba su madre, Maria Timoféievna, a la que no había visto en nueve años, o una vieja parecida a su madre, y tras recibir de él la palma, se alejaba mirándole afablemente, con una sonrisa bonachona y alegre, hasta desaparecer entre el gentío. Sin saber por qué, las lágrimas fluyeron por su rostro. El alma estaba en paz, todo iba bien, pero miraba fijamente al coro de la izquierda, donde leían el canon, donde en la bruma vespertina ya no se podía reconocer a nadie, y lloraba. Las lágrimas relucían en su rostro y en su barba. Alguien que estaba cerca también rompió a llorar, luego otro, y después otros y otros, hasta que, poco a poco, la iglesia se llenó de silenciosos sollozos. Más tarde, al cabo de unos cinco minutos, el coro de monjas empezó a cantar y cesaron los llantos, todo volvió a ser como antes.

Pronto terminaron los oficios. Cuando el obispo se sentó en la carroza para regresar a casa, por todo el jardín, iluminado por la luna, se esparció el alegre y bello tañido de las espléndidas y pesadas campanas. Los muros blancos, las blancas cruces de las tumbas, los

blancos abedules, las sombras negras y la lejana luna suspendida en el cielo justo sobre el monasterio, parecían vivir su propia vida, incomprensible, pero cercana al hombre. Era comienzos de abril y tras un cálido día primaveral, refrescó, heló un poco, y en la liviana y fría brisa se sentía el aliento de la primavera. El camino que iba desde el monasterio a la ciudad era arenoso, y había que ir al paso; a ambos lados de la carroza, a la luz de la luna, clara y serena, caminaban despacio por la arena los peregrinos. Todos iban en silencio, pensativos. En tomo todo era apacible, juvenil, tan cercano, todo: los árboles y el cielo, e incluso la luna, y daban ganas de creer que todo sería así siempre.

Finalmente, la carroza entró en la ciudad, y recorrió la calle principal. Las tiendas ya estaban cerradas, y sólo en la de Yerakin, el millonario, estaban probando el alumbrado eléctrico, que lanzaba fuertes destellos, y a su alrededor se agolpaba la gente. Luego pasaron, una tras otra, por anchas, oscuras y desiertas calles, la carretera del *zemstvo*, fuera de la ciudad, los campos, el olor a pino. De pronto surgió ante los ojos un muro blanco y almenado, y tras él un alto campanario, inundado de luz, con cinco grandes cúpulas doradas y brillantes: era el monasterio Pankrátievski, donde residía monseñor Piotr. También allí, en lo alto, sobre el monasterio, estaba serena y pensativa la luna. La carroza entró por el portón, crujiendo en la arena, a la luz de la luna surgieron negras siluetas monacales, cuyos pasos resonaban en las losas…

—Monseñor, ha venido su madre cuando usted no estaba — informó el hermano lego cuando el obispo entró en sus aposentos.

—¿Mi madre? ¿Cuándo ha venido?

—Antes del oficio de vísperas. Preguntó primero dónde estaba usted y luego se marchó al monasterio de las monjas.

—Entonces, ha sido a ella a quien he visto en la iglesia. ¡Oh, Señor!

El obispo sonrió de alegría.

—Me encargó que le dijera, monseñor —prosiguió el hermano lego—, que vendría mañana. Venía con ella una muchacha, debe ser su nieta.

Se alojaron en la posada de Ovsiánnikov.

—¿Qué hora es?

—Las once y pico.

—¡Ah, qué pena!

El obispo se sentó un rato en el salón, meditabundo, como si no creyese que era tan tarde. Tenía los brazos y las piernas embotados, le dolía la nuca. Tenía calor y se sentía incómodo. Tras reposar un poco, fue a su dormitorio y volvió a sentarse, pensando en su madre. Oyó cómo se retiraba el hermano lego y cómo al otro lado de la pared tosía el padre Sisói. El reloj del monasterio dio el cuarto de hora.

El obispo se mudó de ropa y empezó a decir las oraciones para el sueño. Recitaba con atención esas viejas plegarias, conocidas desde hacía tiempo, a la vez que pensaba en su madre. Tenía nueve hijos y cerca de cuarenta nietos. En el pasado había vivido con su marido, diácono, en una pobre aldea; había pasado allí mucho tiempo, desde los diecisiete a los sesenta años. Se acordaba de ella desde su más tierna infancia, quizás desde que tenía tres años. ¡Cómo la quería! ¡Una infancia dulce, preciosa, inolvidable! ¿Por qué ese tiempo perdido para siempre, que jamás volvería, le parecía más brillante, festivo y rico de lo que realmente había sido? Cuando en su infancia o en su juventud caía enfermo, ¡qué tierna y solícita se mostraba su madre! Y ahora las oraciones se mezclaban con los recuerdos, que se avivaban cada vez más, como una llama, y esas oraciones no le impedían pensar en su madre.

Cuando acabó de rezar se desvistió y se acostó, y en cuanto se hizo la oscuridad a su alrededor, recordó a su difunto padre, a su madre y su aldea natal de Lesopolie... El chirrido de las ruedas, el balar de las ovejas, el tañido de las campanas de la iglesia en las claras mañanas de estío, los gitanos bajo la ventana... ¡Ah, qué dulce era pensar en ello! Se acordó del sacerdote de Lesopolie, el padre Simeón, sumiso, bondadoso y apacible; era bajo y flaco, y tenía un hijo seminarista muy alto, que hablaba con profunda voz de bajo; un día el hijo del sacerdote se enfadó con la cocinera y la increpó: «¡Burra de Yehudael!». El padre Simeón, al oír eso no dijo palabra, sólo sintió vergüenza de no poder recordar en qué lugar de las Sagradas Escrituras se mencionaba esa burra. El sacerdote que le sucedió en Lesopolie fue el padre Demián, que bebía tanto que a veces veía serpientes verdes, por lo que le apodaron «Demián, el que ve serpientes». El maestro de Lesopolie era Matvéi Nikolaich, antiguo

seminarista, buena persona e inteligente, pero también borracho. Nunca pegaba a los niños, pero, por algún motivo siempre tenía colgado de la pared un manojo de varas de abedul, sobre el que había una inscripción en latín absolutamente incomprensible: «betula kinderbalsamica secuta». Tenía un perro negro y peludo al que llamaba *Sintaxis*.

El obispo sonrió. A ocho verstas de Lesopolie se encontraba la aldea de Óbnino, donde había un icono milagroso. En verano lo llevaban en procesión a las aldeas vecinas y repicaban todo el día las campanas, ya en una aldea, ya en otra; entonces le parecía al obispo que la alegría vibraba en el aire, y que él (a quien llamaban Pavlusha) iba tras el icono descalzo y sin gorra, con fe ingenua, con ingenua sonrisa, y una felicidad infinita. Recordó ahora que en Óbnino siempre había mucha gente y que el sacerdote local, el padre Alekséi, para aligerar el ofertorio, hacía que su sobrino sordo leyera las papeletas y notas que acompañaban las hostias, en las que se rogaba por la salud o el eterno descanso. Hilarión las leía y a veces le daban una moneda de cinco o diez kopeks. Y sólo cuando ya estaba canoso y calvo, cuando la vida había pasado, vio de pronto escrito en un papel: «¡Qué tonto eres, Hilarión!». Al menos hasta los quince años Pavlusha estuvo atrasado y era mal estudiante, hasta tal punto que quisieron sacarlo del seminario y emplearlo en una tienda. Un día en que fue al correo de Óbnino a por unas cartas, se quedó mirando largo rato a los funcionarios y les espetó: «Permítanme que les pregunte: ¿cómo reciben ustedes el salario, por meses o por días?».

El obispo se santiguó y se volvió del otro lado, tratando de no pensar más y dormirse.

—Ha venido mi madre… —recordó y sonrió.

La luna asomaba por la ventana e iluminaba el suelo, en el que había sombras. Cantaba un grillo. En la habitación contigua, al otro lado de la pared, el padre Sisói roncaba, y algo de solitario, huérfano y vagabundo resonaba en ese ronquido de viejo. Sisói había sido ecónomo del obispo de la diócesis, y ahora le llamaban el «padre ex ecónomo». Tenía setenta años, vivía en un monasterio a dieciséis verstas de la ciudad, o en la ciudad, o donde tocara. Había llegado al monasterio Pankrátievski hacía tres días, y el obispo le retuvo para hablar con él a sus anchas de varias cosas y asuntos locales…

A la una y media tocaron a maitines. Se oía toser al padre Sisói, rezongó algo con voz malhumorada, luego se levantó y se paseó descalzo por las habitaciones.

—¡Padre Sisói! —le llamó el obispo.

Sisói regresó a su cuarto, y apareció poco después, ya con las botas puestas y una vela. Llevaba una sotana sobre la camisa de dormir y un viejo y descolorido birrete en la cabeza.

—No puedo dormir —dijo el obispo, sentándose—. Debe ser que no estoy bien. No sé lo que es. Tengo fiebre.

—Debe haberse resfriado, monseñor. Habría que darle unas friegas de sebo.

Sisói se quedó un rato de pie y bostezó: «¡Ay, Señor, perdona a este pecador!».

—Hoy han puesto luz eléctrica en la tienda de Yerakin —dijo—. ¡No me gusta!

El padre Sisói era viejo, flaco, encorvado, y siempre estaba descontento de algo; tenía ojos enojados, saltones, como los de un cangrejo.

—¡No me gusta! —repitió al salir—. ¡No me gusta! ¡Que Dios se apiade de él!

II

Al día siguiente, Domingo de Ramos, monseñor celebró misa en la catedral de la ciudad, luego visitó al obispo de la diócesis, fue a ver a la vieja viuda de un general, que estaba muy enferma, y por fin volvió a casa. Entre la una y las dos almorzó en compañía de dos invitados muy queridos: su anciana madre y su sobrina Katia, una niña de ocho años. Durante el almuerzo entró un sol primaveral por la ventana del patio e iluminó alegremente el blanco mantel y los cabellos pelirrojos de Katia. A través de las dobles ventanas se oía el graznido de los grajos y el trino de los estorninos en el jardín.

—Hace ya nueve años que no nos vemos —dijo la anciana—, y ayer en el monasterio, en cuanto le vi pensé: Señor, no ha cambiado nada, sólo que quizá está un poco más delgado y tiene la barba más larga. ¡Madre de Dios, Reina de los Cielos! Anoche, durante las vísperas,

nadie pudo contenerse, todos lloraron. Y yo también, mirándole, eché a llorar, aunque sin saber por qué. ¡Es la voluntad del Señor!

A pesar del tono afectuoso con que hablaba, era evidente que se encontraba incómoda, como si no supiera si tutearle o tratarle de usted, reír o no, como si se sintiera mujer de diácono más que madre de obispo. Katia miraba sin pestañear a su tío el obispo como si quisiera adivinar qué clase de persona era. Sus cabellos sobresalían de la peineta y de la cinta de terciopelo, formando una especie de aureola; tenía una nariz respingona y ojos astutos. Antes de sentarse a comer había roto un vaso y ahora la abuela, mientras hablaba, apartó de ella primero un vaso y luego una copa. El obispo escuchaba a su madre y recordaba que muchísimos años antes ella le llevaba, junto con sus hermanos y hermanas, a visitar parientes a quienes consideraba gente rica; entonces intercedía por sus hijos, ahora por sus nietos, por esa Katia...

—Várenka, la hermana de usted, tiene cuatro hijos —contó la madre—. Katia es la mayor. Dios sabe por qué, mi yerno, el padre Iván, cayó enfermo y murió tres días antes de la Asunción. Y mi Várenka tiene que andar pidiendo caridad.

—Y, ¿cómo está Nicanor? —preguntó el obispo por su hermano mayor.

—Está bien, loado sea Dios. No tiene mucho, pero gracias a Dios puede vivir. Sólo una cosa: su hijo Nikolasha, mi nieto, no ha querido hacerse sacerdote y ha ingresado en la universidad para ser médico. Cree que es mejor, pero ¡quién sabe! ¡Sea lo que Dios quiera!

—Nikolasha raja a los muertos —dijo Katia, derramando el agua sobre sus rodillas.

—Siéntate bien, niña —dijo tranquila la abuela, quitándole el vaso de las manos—. Come y reza.

—¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! —exclamó el obispo y acarició tiernamente el hombro y la mano de su madre—. La he echado de menos en el extranjero, mamá, la he echado mucho de menos.

—Se lo agradezco.

—A veces, por la tarde, me sentaba junto a una ventana abierta, completamente solo, sonaba la música y de pronto sentía nostalgia

de mi patria y me parecía que habría dado todo por regresar a casa, por verla a usted…

La madre sonrió radiante, pero en seguida volvió a ponerse seria y dijo:

—Se lo agradezco.

El humor del obispo cambió de pronto. Miraba a su madre y no comprendía de dónde venía esa expresión tímida y respetuosa, de la cara y de la voz, por qué la hacía, y no la reconocía. Se sintió triste y enojado. Además, le dolía la cabeza como la víspera, le dolían mucho las piernas y el pescado le parecía soso e insípido, siempre tenía sed…

Después de la comida llegaron dos ricas damas, hacendadas, que pasaron hora y media en silencio, con caras largas. Llegó también el archimandrita, taciturno y bastante sordo, para tratar unos asuntos. Luego tocaron a vísperas, el sol se puso tras el bosque y el día se fue. Al volver de la iglesia el obispo dijo con premura sus oraciones, se acostó en la cama y se abrigó.

Le resultaba desagradable recordar el pescado que había comido en el almuerzo. La luz de la luna le inquietaba, y luego oyó una conversación. En una habitación contigua, probablemente en el salón, el padre Sisói hablaba de política:

—Ahora los japoneses están en guerra. Combaten. Los japoneses, madre mía, son iguales a los montenegrinos, son de la misma raza. Ambos estuvieron bajo el yugo turco.

Luego se oyó la voz de Maria Timoféievna:

—Entonces, después de rezar a Dios y tomar té, fuimos a ver al padre Yegor a Novojátnoie…

Decía «después de tomar té» o «después de beber té», como si de su vida sólo supiera que tomó té. Monseñor fue recordando lenta y vagamente el seminario, la academia. Durante tres años fue profesor de griego en el seminario, sin lentes no conseguía leer un libro, luego se hizo monje y le nombraron inspector. Más tarde, defendió su tesis. Cuando tenía treinta y dos años le nombraron rector del seminario, y le consagraron archimandrita. En aquel tiempo la vida era tan fácil y agradable, parecía larga, muy larga, no se veía su fin. Fue entonces cuando cayó enfermo, adelgazó mucho, se quedó casi ciego y, por consejo de los médicos, tuvo que dejarlo todo y marcharse al extranjero.

—¿Y luego, qué? —preguntó Sisói en la habitación contigua.

—Luego tomamos té… —respondió Maria Timoféievna.

—¡Padre, tiene usted la barba verde! —exclamó sorprendida Katia, y sonrió.

El obispo recordó que, en efecto, el canoso padre Sisói tenía la barba de color verdoso, y sonrió.

—¡Dios mío, esta niña es un castigo! —dijo en voz alta Sisói, enfadado—. ¡Qué consentida está! ¡Compórtate bien!

El obispo recordó la iglesia blanca, completamente nueva, en la que oficiaba cuando vivía en el extranjero; le vino a la mente el cálido rumor del mar. El piso tenía cinco habitaciones, altas y luminosas; en el despacho había un escritorio nuevo y una biblioteca. Leía mucho, escribía a menudo. Recordó cómo había añorado su patria, cómo cada día una mendiga ciega cantaba canciones de amor y tocaba la guitarra bajo su ventana, y él, al escucharla, sin saber por qué, pensaba siempre en el pasado. Pasaron ocho años y lo llamaron a Rusia, y ahora ya era obispo vicario, y todo el pasado se había ido a un lugar lejano, en la niebla, como si hubiera sido un sueño…

El padre Sisói entró en el dormitorio con una vela.

—¡Vaya! —dijo sorprendido—. ¿Duerme usted ya, monseñor?

—¿Qué pasa?

—Pues que aún es temprano, las diez o menos de las diez. He comprado una vela y quería darle unas friegas de sebo.

—Tengo fiebre… —dijo el obispo, y se sentó—. Sí, habría que hacer algo. La cabeza no anda bien…

Sisói le quitó la camisa de dormir y empezó a frotarle con sebo el pecho y la espalda.

—Así es… así es… —decía—. Señor Jesucristo… Así es. Hoy he ido a la ciudad, he estado en casa de…, ¿cómo se llama?…, del arcipreste Sidonski… Tomé el té en su casa… ¡No me gusta! Señor mío Jesucristo… Así es… ¡No me gusta!

III

El obispo de la diócesis, viejo y muy grueso, padecía de reumatismo o gota y hacía un mes que no se levantaba de la cama. El obispo Piotr le visitaba casi a diario y recibía, en su lugar, a los solicitantes. Y

ahora que él no se encontraba bien, se sorprendía de la vacuidad y mezquindad de todo aquello que le pedían, por lo que venían a llorarle; le indignaba la ignorancia y la timidez; se sentía abrumado por una ingente cantidad de cuestiones triviales y menudas. Ahora creía comprender al obispo de la diócesis que en sus años de juventud había escrito una *Doctrina del libre albedrío* y que ahora parecía ocuparse sólo de minucias, haber olvidado todo y no pensar en Dios. En el extranjero, el obispo se había deshabituado de la vida rusa y no le era fácil; la gente le parecía burda; las solicitantes, aburridas y estúpidas; los seminaristas y sus maestros, incultos y a veces salvajes. Las entradas y salidas de documentos se contaban por decenas de miles, ¡y qué papeles! Los diáconos de toda la diócesis calificaban la conducta de los sacerdotes, jóvenes y mayores, e incluso de sus mujeres e hijos, con notas de cinco, cuatro y a veces hasta de tres sobre cinco; y había que hablar, leer y escribir serios documentos de todo eso. Por tanto, no le quedaba ni un solo minuto libre, tenía el alma contrita todo el día; el obispo Piotr sólo hallaba sosiego en la iglesia.

Tampoco podía habituarse al temor que, sin quererlo, inspiraba en la gente, a pesar de su carácter apacible y discreto. Toda la gente de la provincia le parecía, cuando la miraba, pequeña, asustadiza y culpable. En su presencia todos se sentían intimidados, incluso los viejos arciprestes, todos «caían» a sus pies. Hacía poco tiempo, una solicitante, una vieja, esposa de un sacerdote de una aldea, no pudo articular ni una sola palabra del temor que sentía, de modo que se fue sin pedir nada. Y él, que nunca se había atrevido a hablar de la gente en sus sermones, que nunca hacía reproches, porque le daba pena, perdía los estribos con los solicitantes y arrojaba al suelo sus peticiones. Durante todo el tiempo que llevaba allí no había habido ni una sola persona que le hablara sinceramente, con sencillez, como a un ser humano; le parecía que hasta su anciana madre no era la misma, que era otra. ¿Por qué —se preguntaba— con Sisói hablaba sin parar y se reía tanto y con él, con su hijo, se mostraba seria, por lo común callada y cohibida, cosa que no era propio de ella? La única persona que se comportaba libremente en su presencia y decía lo que quería, era el viejo Sisói, que había pasado toda su vida en compañía de obispos y había sobrevivido a once de ellos. Por eso se sentía a

gusto con él, aunque sin duda alguna era un hombre cargante e insensato.

El martes, después de la misa, monseñor fue al obispado y recibió allí a los solicitantes, se alteró, se irritó y luego regresó a casa. Se sentía indispuesto como antes, tenía ganas de acostarse; pero nada más entrar, anunciaron la visita de Yerakin, joven comerciante, gran benefactor, para tratar un asunto importante. Era preciso recibirle. Yerakin se quedó cerca de una hora, habló en voz muy alta, casi a gritos, y era difícil entender lo que decía.

—¡Quiera Dios que sea así! —dijo al salir—. ¡Es absolutamente esencial! ¡Según las circunstancias, eminencia! ¡Espero que sea así!

Tras él vino la madre superiora de un monasterio lejano. Cuando se fue, tocaron a vísperas y tuvo que ir a la iglesia.

Por la tarde los monjes cantaron inspirados, con armonía. Ofició la misa un joven sacerdote de barba negra; y el obispo, al escuchar el pasaje del esposo que llega a medianoche y el de la casa engalanada, no sentía arrepentimiento por sus pecados, ni aflicción, sino paz espiritual, silencio, y se trasladó con el pensamiento al pasado lejano, a la infancia y la juventud, cuando también cantaban el pasaje del esposo y el de la casa engalanada, y ahora ese pasado le parecía vivo, bello y alegre, como probablemente no lo había sido nunca. Quizá en el otro mundo, en la otra vida, recordaremos el pasado lejano, nuestra vida de aquí, con el mismo sentimiento. ¡Quién sabe! Monseñor estaba sentado en el altar, en la penumbra. Las lágrimas resbalaban por su rostro. Pensaba que había logrado todo cuanto podía lograr un hombre en su situación, tenía fe y, sin embargo, no todo estaba claro, le faltaba algo, no quería morir. Tenía la impresión de que le faltaba lo más importante, que confusamente soñaba en cierto tiempo, y en el presente le inquietaba esa misma esperanza en el porvenir que tuvo en la infancia, en la academia y en el extranjero.

«¡Qué bien cantan hoy! —pensaba, prestando atención al canto—. ¡Qué bien!».

IV

El jueves ofició la misa en la catedral, era la ablución de los pies. Cuando terminó el oficio y la gente se repartía por sus casas, hacía

sol, un día cálido, alegre, corría el agua en las alcantarillas, y desde los campos de los alrededores llegaba el incesante y tierno trino de las alondras, que invitaba al reposo. Los árboles ya se habían despertado y sonreían amablemente; por encima de ellos se extendía, Dios sabe adónde, el infinito e insondable cielo azul.

Al llegar a casa, monseñor Piotr tomó té, luego se cambió, se echó en la cama y pidió al hermano lego que entornase los postigos de las ventanas. La habitación quedó a oscuras. ¡Pero qué fatiga, qué dolor en las piernas y en la espalda, un dolor pesado y frío, qué zumbido en los oídos! No dormía desde hacía tiempo —desde muchísimo tiempo, le parecía ahora—; lo que le impedía conciliar el sueño era cualquier nimiedad que brillaba en su mente nada más cerrar los ojos. Al igual que la noche anterior, a través de la pared de la habitación contigua le llegaban voces, ruido de vasos y cucharillas de té... Maria Timoféievna, alegre, contaba algo con refranes al padre Sisói, y él respondía malhumorado, con voz gruñona: «¡Allá ellos! ¡Qué va! ¡Adónde vamos a parar!». De nuevo el obispo volvió a sentirse ofendido porque su madre se comportará con otras personas de modo campechano, mientras que con él, con su hijo, se mostraba cohibida, hablaba poco y no decía lo que quería decir; incluso tenía la impresión de que en esos días, en su presencia ella buscaba pretextos para permanecer de pie, pues sentía vergüenza de sentarse. ¿Y su padre? Si viviera, probablemente no podría articular ni una palabra...

Algo cayó al suelo en la habitación contigua y se rompió; seguramente se le había caído una taza o un platillo, porque de pronto el padre Sisói escupió y dijo enfadado:

—¡Esta niña es un auténtico castigo! ¡Señor, perdona a este pecador! ¡Qué desgracia!

Luego se hizo el silencio, sólo llegaban sonidos del patio. Cuando el obispo abrió los ojos, vio a Katia en su habitación, de pie e inmóvil, mirándole fijamente. Sus cabellos pelirrojos, como de costumbre, sobresalían de la peineta, como una aureola.

—¿Eres tú, Katia? —preguntó—. ¿Quién es el que no para de abrir y cerrar la puerta allá abajo?

—No lo oigo —respondió Katia, aguzando el oído.

—Alguien acaba de pasar ahora mismo.

—¡Pero, si son sus tripas, tío!

Sonrió y le acarició la cabeza.

—¿Así que dices que el primo Nikolasha raja a los muertos? —preguntó, después de una pausa.

—Sí, está estudiando.

—¿Y es bueno?

—Sí, es bueno. Sólo que bebe mucho vodka.

—¿Y tu padre de qué enfermedad murió?

—Papá estaba muy débil y delgado y de pronto, la garganta. Yo también estaba mala... y mi hermano Fedia: todos, de la garganta. Papá murió, tío, pero nosotros nos curamos.

A Katia le temblaba el mentón y las lágrimas empañaron sus ojos y se deslizaron por sus mejillas.

—Monseñor —dijo en voz baja, llorando ya amargamente—, tío, mamá y todos nosotros estamos ahora en la miseria... Denos un poco de dinero... Sea bondadoso..., ¡querido tío!

Él también lloró y embargado por la emoción no pudo articular palabra alguna durante un rato, luego le acarició la cabeza, le dio una palmadita en el hombro, y dijo:

—Está bien, está bien, niña. Cuando llegue la Pascua hablaremos de eso... Os ayudaré..., os ayudaré...

Tímida, silenciosamente entró la madre y rezó ante el icono. Al ver que él no dormía, le preguntó:

—¿Quiere un poco de sopa?

—No, se lo agradezco... —respondió él—. No tengo ganas.

—Ahora que le miro... parece que no está usted bien. ¡Cómo no va a estarlo! Todo el día de pie, todo el día, ¡Dios mío! Da pena hasta mirarle. Bueno, la Pascua ya no está lejos y entonces, si Dios quiere, descansará. Entonces hablaremos, pero ahora no le molestaré con mi charla. Vamos, Katia, que monseñor duerma.

Él recordó que muchísimo tiempo antes, cuando era un crío, ella hablaba exactamente con el mismo tono divertido y respetuoso con el diácono... Sólo por sus ojos sumamente bondadosos y por la mirada tímida y preocupada que le dirigió de soslayo al salir de la habitación, se habría podido adivinar que era su madre. Él entornó los ojos y le pareció que se dormía, pero oyó dos veces cómo el reloj daba las horas y cómo tosía tras la pared el padre Sisói. Su madre

volvió a entrar y le miró tímidamente por un instante. Se oyó llegar a alguien al porche, en carroza o en carreta. De pronto, una llamada, y chirrió la puerta: entró en la habitación el hermano lego.

—¡Monseñor! —le llamó.

—¿Qué?

—Los caballos están enganchados. Es hora de ir al oficio de la Pasión.

—¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto.

Se vistió y fue a la catedral. Durante la lectura de los doce Evangelios completos[12] había que permanecer de pie, inmóvil, en medio de la iglesia, y el primer evangelio, el más largo, el más bello, lo leyó él. Un estado de ánimo enérgico y sano se apoderó de él. Sabía de memoria ese pasaje del primer evangelio: «Ahora es glorificado el Hijo de Dios»; al leerlo, alzaba a veces los ojos y veía a ambos lados un mar de luces y oía el crepitar de las velas, pero al igual que en años anteriores no distinguía a la gente, y le parecía que toda esa gente era la misma que en su infancia y juventud, y que sería la misma cada año, y lo seguiría siendo hasta Dios sabe cuándo.

Su padre era diácono, su abuelo, sacerdote; su bisabuelo, diácono. Probablemente toda su estirpe había pertenecido al clero desde los tiempos de la cristianización de Rusia; y su amor por los oficios religiosos, por el clero y por el tañido de las campanas, era innato, profundo, inextirpable; en la iglesia, sobre todo si oficiaba él mismo, se sentía activo, enérgico, feliz. Así sucedía ahora. Sólo tras la lectura del octavo evangelio, notó que su voz se había debilitado, ni siquiera se le oía toser, le dolía mucho la cabeza, y temía caer a plomo en cualquier momento. En realidad, sus piernas estaban completamente entumecidas, así que poco a poco dejó de sentirlas, y no podía comprender cómo y por qué se mantenía todavía de pie, por qué no se caía...

Cuando terminó el oficio eran las doce menos cuarto. Al llegar a casa, se desvistió en seguida y se acostó, sin siquiera rezar a Dios. Era incapaz de hablar, y creía que tampoco podía mantenerse en pie. Cuando se tapó con el edredón, deseó de repente ir al extranjero, lo deseó vivamente. Le parecía que habría dado la vida sólo por no ver

---

12. Se trata de doce composiciones hechas por diversos fragmentos extraídos de los cuatro Evangelios.

esos postigos tan penosos y miserables, esos techos tan bajos, por no sentir ese agobiante olor a monasterio. ¡Si al menos hubiera una persona con quien conversar y desahogarse!

Durante largo rato oyó pasos en la habitación contigua, pero de ningún modo podía recordar de quién. Finalmente se abrió la puerta y entró Sisói con una vela y una taza de té en las manos.

—¿Ya está acostado, monseñor? —le preguntó—. Yo he venido a darle unas friegas de vodka con vinagre. Unas buenas friegas mejoran mucho la salud. ¡Señor mío Jesucristo! Así es…, así es… Acabo de estar en nuestro monasterio… ¡No me gusta! Me voy mañana, eminencia, no quiero quedarme más. ¡Señor mío Jesucristo!… Así es…

Sisói no podía quedarse mucho tiempo en un mismo sitio; le parecía llevar un año entero en el monasterio Pankrátievski. Y sobre todo, al escucharle resultaba difícil entender dónde estaba su casa, si le gustaba alguien o algo, si creía en Dios… Ni él mismo entendía por qué se había hecho monje; además, ni pensaba en ello, ya se había borrado de su memoria la época en que le tonsuraron; parecía como si hubiera nacido siendo monje.

—Me marcho mañana. ¡Queden con Dios!

—Me gustaría charlar con usted…, y no hallo la ocasión propicia… —dijo el obispo con voz queda, esforzándose por hablar—. Aquí no conozco nada ni a nadie…

—Me quedaré hasta el domingo, si así lo desea, pero no quiero quedarme más. ¡Estoy harto!

—¿Qué clase de obispo soy? —continuó en voz baja—. Debería haber sido cura de aldea, diácono…, o simple monje… Todo esto me oprime… Me oprime…

—¿Qué? Señor mío Jesucristo… Así es… ¡Ahora, duérmase, monseñor! ¡Qué cosas dice! ¡Hay que ver! ¡Buenas noches!

El obispo no durmió en toda la noche. Por la mañana, a eso de las ocho, tuvo una hemorragia intestinal. El hermano lego se asustó y fue corriendo a ver primero al archimandrita y luego al médico del monasterio, Iván Andréich, que vivía en la ciudad. El médico, un anciano grueso, de larga barba canosa, examinó detenidamente al obispo, sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño. Por fin, dijo:

—¿Sabe, monseñor? Tiene usted la fiebre tifoidea.

Debido a la hemorragia, al cabo de una hora el obispo adelgazó mucho, se quedó pálido, amojamado, sus ojos se hicieron más grandes, su rostro se arrugó, como si hubiera envejecido y menguado; tenía la impresión de ser más flaco, débil e insignificante que nadie; de que todo lo que había sido se había marchado a algún lugar muy lejano, y que no se repetiría ni continuaría.

«¡Qué bien! —pensó—. ¡Qué bien!».

Llegó su anciana madre. Al ver su rostro ajado y sus grandes ojos, se asustó, se hincó de rodillas ante la cama y comenzó a besarle la cara, los hombros, las manos. Por alguna razón, a ella también le pareció que era el más delgado, débil e insignificante de todos; ya no se acordaba de que era obispo y le besaba como a un niño muy próximo y querido.

—¡Pavlusha, cariño —decía—, mi niño querido! ¡Hijito mío! ¿Por qué estás así? ¡Pavlusha, contéstame!

Katia, pálida y seria, estaba de pie junto a ella y no comprendía qué le pasaba al tío, por qué en la cara de su abuela había tanto dolor, por qué decía aquellas palabras tan tristes y conmovedoras. Pero él ya no podía articular palabra alguna, no entendía nada y se imaginaba que era ya un hombre sencillo y corriente que caminaba deprisa y alegre por el campo, golpeando el suelo con un bastón y que sobre él se extendía el ancho cielo inundado de sol, y que él, libre ahora como un pájaro, podía ir donde quisiera.

—¡Pavlusha, hijito, contéstame! —decía la anciana—. ¿Qué te pasa? ¡Hijo mío!

—No moleste a su eminencia —dijo Sisói irritado, deambulando por la habitación—. Déjele que duerma... No se puede hacer nada..., ¿para qué?

Llegaron tres médicos, se consultaron y luego se fueron. El día fue largo, increíblemente largo, luego llegó y pasó muy lentamente la noche, y a la mañana del sábado, el hermano lego se acercó a la anciana, que estaba acostaba en un sofá del salón, y le pidió que entrara en el dormitorio: monseñor había pasado a mejor vida.

El día siguiente era Domingo de Resurrección. En la ciudad había cuarenta y dos iglesias y dos monasterios; el sonoro y alegre repicar de las campanas desde la mañana a la noche resonó incesante por la ciudad, haciendo vibrar el aire primaveral; los pájaros

cantaban, lucía un sol espléndido. En la gran plaza del mercado reinaba el bullicio, los columpios se balanceaban, los organillos sonaban, los acordeones chirriaban, se oían las voces chillonas de los borrachos. A partir de mediodía en la calle principal la gente empezó a pasear en coche de caballos; en una palabra, todo era alegría y bonanza, igual que había sido el año anterior y probablemente sería el siguiente.

Al cabo de un mes fue nombrado un nuevo obispo vicario, y ya nadie se acordaba del obispo Piotr. Luego se olvidaron completamente de él. Sólo la anciana madre del difunto, que vivía ahora en casa de su yerno el diácono en una remota y pequeña ciudad de provincias, cuando salía de casa al atardecer para recoger a su vaca y se encontraba en el prado con otras mujeres, se ponía a hablar de sus hijos y nietos, y contaba que tuvo un hijo que fue obispo, pero lo decía tímidamente, como temiendo que no la creyeran…

Y, en efecto, no todas la creían.

La cigarra

I

Todos los amigos y conocidos de Olga Ivanova estaban presentes en su boda.

—Mírenlo bien: ¿verdad que hay algo de particular en él? —decía ella a sus amigos señalando con la cabeza a su marido y como deseando explicar por qué se había casado con un hombre simple, muy común y nada destacable.

Su marido, Osip Stepanich Dimov, era médico y tenía rango de consejero titular. Prestaba servicio en dos hospitales; en uno como médico interno supernumerario y en el otro, como director. Diariamente, desde las nueve de la mañana hasta el mediodía, atendía a los enfermos y cumplía sus tareas en la sala, mientras que por la tarde tomaba el tranvía de caballos y se dirigía al otro hospital, donde realizaba la autopsia de los enfermos fallecidos. Su práctica particular era ínfima: unos quinientos rublos al año. Y esto era todo. ¿Qué otra cosa se puede decir de él? Empero, Olga Ivanova, sus amigos y sus conocidos eran personas no del todo ordinarias. Cada uno de ellos se destocaba en algo y era en alguna medida conocido, tenía un nombre y se consideraba una celebridad o bien, en el caso de que no fuera célebre aún, constituía una brillante esperanza para el futuro. Un actor del teatro dramático gran talento, reconocido desde hacía tiempo, hombre elegante, inteligente y modesto, enseñaba a Olga Ivanova el arte de recitar; un cantante de ópera, gordo y bonachón, aseguraba, suspirando, que Olga Ivanova se anulaba a sí misma: de haber sido menos perezosa y más tenaz, hubiera sido una notable cantante; había también varios pintores encabezados por el paisajista y animalista Riabovsky, un joven rubio, muy buen mozo, de unos veinticinco años, que tenía éxito en las exposiciones y que vendió su último cuadro por quinientos rublos; solía corregir los bocetos que hacía Olga Ivanova y le decía que era razonable esperar de ella resultados positivos; un violonchelista, cuyo instrumento lloraba, confesaba con franqueza que entre todas las mujeres que él conocía Olga Ivanova era la única que sabía acompañarlo; había también un literato, joven pero ya conocido, que escribía novelas,

piezas teatrales y cuentos. Y ¿quién más? Bueno, también Vasily Vasilich, un señor hacendado, ilustrador aficionado y viñetista que sentía hondamente el antiguo estilo ruso y los poemas épicos populares; literalmente realizaba milagros sobre el papel, la porcelana y los platos ahumados. En este corrillo artístico, libre y mimado por la suerte, que —aun siendo discreto y correcto— no se acordaba de la existencia de los médicos sino durante la enfermedad y para, el cual el nombre de Dimov resultaba tan indiferente como el de un Sidorov o de un Tarasov cualquiera, Dimov parecía una figura extraña, sobrante y pequeña, a pesar de que era alto de estatura y ancho de hombros. Parecía que llevara puesto un frac ajeno y que tuviera una barbita de almacenero. Aunque si fuese escritor o pintor se hubiera dicho de él que con su barbita hacía recordar a Zola.

El actor le decía a Olga Ivanova que con sus cabellos de lino y el vestido de novia se parecía mucho a un esbelto cerezo, cuando, en primavera, está totalmente cubierto de blancas y suaves flores.

—¡Escúcheme! —replicó Olga Ivanova, cogiéndole de la mano—. Le voy a contar cómo sucedió todo esto. Escuche, escuche… Deseo aclarar que mi padre trabajaba con Dimov en el mismo hospital. Cuando mi pobre padre se había enfermado, Dimov durante días y noches enteras hacía guardia junto a su cama. ¡Tanta abnegación! Escuche, ¡Riabovsky…! Escritor, escuche usted también, que es muy interesante. ¡Acérquese más! ¡Cuánta abnegación y cuánta compasión sincera! Yo tampoco dormía por las noches, pasándolas junto a mi padre, y de repente: ¡zas!… ¡Vencí al joven héroe! Mi Dimov se metió hasta las orejas. Francamente, el destino a veces es muy caprichoso. Bueno, después de morir mi padre él venía a verme dé vez en cuando, nos encontrábamos en la calle, y en una linda noche, de repente… ¡zas! se me declaró… como un rayo… Lloré toda la noche y me enamoré yo misma terriblemente. Y como ustedes ven, me convertí en su esposa. ¿Verdad que hay en él algo fuerte, potente, algo de oso? Ahora estamos viendo nada más que las tres cuartas partes de su cara y, además, está mal iluminada, pero cuando se vuelve, miren bien su frente. Riabovsky, ¿qué me dice usted de esta frente? ¡Dimov, estamos hablando de ti! —gritó al marido—. ¡Ven acá! Tiende tu honrada mano a Riabovsky… Así. ¡Sean amigos!

Dimov, sonriendo ingenua y bondadosamente, tendió la mano a Riabovsky y dijo:

—Mucho gusto. Conmigo regresó también un tal Riabovsky. ¿No será pariente suyo?

II

Olga Ivanova tenía veintidós años; Dimov treinta y uno. Después de la boda llevaron una vida magnífica. Olga Ivanova adornó todas las paredes de la sala con bocetos propios y ajenos, enmarcados y sin marcos, mientras que junto al piano y los muebles dispuso una bella mezcolanza de sombrillas chinas, caballetes, trapitos multicolores, puñales, estatuillas, fotografías… En el comedor, cubrió las paredes de láminas estampadas, colgó las zapatillas y las hoces, colocó en un rincón la guadaña y el rastrillo y obtuvo así un comedor de estilo ruso. En el dormitorio, para que este pareciera una gruta, recubrió el cielo raso y las paredes de paño oscuro, colgó sobre las camas un farol veneciano y cerca de la puerta colocó una figura con una alabarda. Y todo el mundo opinaba que los recién casados tenían un hogar muy simpático.

A diario, después de levantarse de la cama a eso de las once, Olga Ivanova tocaba el piano o, si había sol, pintaba alguna cosa al óleo. Después de las doce iba a la casa de su modista. Como ella y Dimov tenían muy poco dinero, que alcanzaba justo para los gastos indispensables, tanto ella como su modista tenían que recurrir a toda clase de astucias para aparecer con vestidos nuevos y sorprender con su elegancia. Muy a menudo, de un viejo vestido teñido, de unos cuantos trazos de tul, de encaje, de felpa y de seda resultaba un verdadero milagro, algo realmente encantador, un sueño en lugar de un vestido. De la casa de la modista, Olga Ivanova solía trasladarse a la de alguna actriz amiga para enterarse de las novedades teatrales y de paso procurarse entradas para el estreno de alguna obra o para una función de beneficio. De la casa de la actriz había que ir al estudio del pintor o a una exposición; luego a la casa de alguna celebridad ya fuese para formular una invitación, devolver una visita o simplemente para charlar un rato. Y en todas partes la recibían alegre y cordialmente y le aseguraban que era buena, simpática,

excepcional… Aquellos a quienes ella titulaba célebres y grandes la recibían como a una igual y le profetizaban, al unísono, que con su talento, su gusto y su inteligencia podía logra grandes resultados si no derrochaba sus habilidades en vano.

Ella cantaba, tocaba el piano, pintaba al óleo, esculpía, formaba parte en los espectáculos de aficionados, y todo ello no lo hacía de cualquier manera sino con talento; ya fabricara farolitos para la iluminación, ya se disfrazara, ya anudara a alguien la corbata, todo le salía con un arte, una gracia y una exquisitez extraordinaria. Empero ningún talento suyo era tan brillante como su capacidad de trabar rápido conocimiento y estrechar relaciones con los personajes famosos. Apenas alguien se tornaba conocido en alguna medida, ella conseguía que se lo presentaran, el mismo día anudaba una amistad con él y lo invitaba a su casa.

Cada nueva relación era una verdadera fiesta para ella. Deificaba a las personas célebres, se enorgullecía de ellas y las veía en sueños todas las noches. Tenía sed de ellas y nunca podía aplacarla. Los viejos se iban y se perdían en el olvido; en su reemplazo venían los nuevos, pero también a éstos ella se acostumbraba pronto o sufría una decepción; comenzaba entonces a buscar ávidamente nuevos y nuevos personajes, los encontraba y volvía a buscarlos. ¿Para qué?

Después de las cuatro de la tarde comía en casa. La sencillez, el sentido común y la bondad de su marido la conmovían y la llenaban de entusiasmo. A menudo se levantaba de un salto, abrazaba impulsivamente su cabeza y la cubría de besos.

—Eres un hombre inteligente y noble, Dimov —le decía— pero tienes un defecto muy importante. No sientes ningún interés por el arte. Rechazas la música y la pintura.

—No las comprendo —respondía él mansamente—. Durante toda mi vida estuve ocupado con las ciencias naturales y la medicina y no tuve tiempo de interesarme por las artes.

—¡Pero eso es terrible, Dimov!

—¿Por qué? Tus amigos no conocen las ciencias naturales ni la medicina y sin embargo tú no le reprochas por eso. A cada cual lo suyo. Yo no soy capaz de comprender los paisajes ni las óperas, pero opino lo siguiente: si existen personas inteligentes que les dedican

toda su vida y si hay personas inteligentes que pagan por ellos mucho dinero, eso significa entonces que son necesarios. Yo no los comprendo, pero no comprender no significa rechazar.

—¡Deja que estreche tu honrada mano!

Después de comer Olga Ivanova partía de visita a la casa de unos amigos, luego iba al teatro o a un concierto y regresaba a casa después de medianoche. Y así todos los días.

Los miércoles organizaba en su casa veladas. En estas veladas, la dueña de casa y los invitados, en vez de jugar a los naipes y bailar, se divertían dedicándose a diversas artes. El actor de teatro dramática recitaba, el cantante cantaba, los pintores dibujaban en los álbumes, que Olga Ivanova tenía en grandes cantidades; el violoncelista tocaba, y la propia dueña también dibujaba, esculpía, cantaba y acompañaba al piano.

En los intervalos entre la pintura, la lectura y la música se hablaba y se discutía sobre la literatura, el teatro y la pintura. Damas no había, por cuanto Olga Ivanova consideraba aburridas y vulgares a todas las damas, excepto a las actrices y a su modista. Ninguna velada transcurría sin que la dueña de casa no se estremeciera a cada timbrazo y no dijera con una expresión victoriosa en la cara: «¡Es él!», entendiendo con la palabra «él» alguna nueva celebridad invitada. Dimov no estaba en la sala y nadie se acordaba de su existencia. Pero a las once y media en punto abríase la puerta que daba al comedor y aparecía Dimov con su bondadosa y mansa sonrisa, quien decía, frotándose las manos:

—Por favor, señores, pasen a tomar un bocado. Todos se dirigían al comedor y cada vez veían sobre la mesa lo mismo: una fuente de ostras, jamón o ternera, sardinas, queso, caviar, setas, vodka y dos jarras de vino.

—¡Mi querido maítre d'hótel! —exclamaba Olga Ivanova con júbilo juntando las manos — ¡Realmente eres encantador! ¡Señores, miren su frente! Dimov, ponte de perfil. Señores, miren: tiene la cada de un tigre de Bengala, pero su expresión es bondadosa simpática como la de un ciervo. ¡Oh, querido mío!

Los invitados comían y, mirando a Dimov, pensaban: «En efecto, es un hombre simpático», pero pronto se olvidaban y de él y continuaban hablando de teatro, de música y de pintura.

Los jóvenes esposos eran felices y su vida transcurría con placidez. A pesar de ello, la tercera semana de su luna de miel fue más bien triste. En el hospital Dimov se contagió de erisipela, guardó cama durante seis días y debió cortar del todo sus hermosos cabellos negros. Olga Ivanova permanecía sentada a su lado llorando con amargura, pero cuando él empezó a sentirse mejor, le colocó sobre la cabeza rapada un pañuelo blanco y se puso a pintar el retrato de un beduino. Y ambos se divertían. Unos tres días después de haberse restablecido y al reanudar Dimov sus tareas en los hospitales, sufrió un nuevo contratiempo.

—¡No tengo suerte, mamita! —dijo durante el almuerzo—. Hoy he hecho cuatro autopsias y me corté a la vez dos dedos. No lo noté hasta que estaba en casa.

Olga Ivanova se asustó. Pero él sonrió diciendo que eran pequeñeces y que no era la primera vez que se hacía cortes en las manos durante las autopsias.

—Me dejo llevar el afán, mamita, y me vuelvo distraído. Olga Ivanova esperó con angustia algún signo de infección y por las noches rezaba, pero todo terminó bien. Y volvió a fluir la plácida y feliz vida sin tristezas ni sobresaltos.

El presente era magnífico y para su reemplazo se acercaba la primavera, que ya sonreía de lejos, prometiendo mil alegrías. ¡La dicha no tendría fin! En abril, en mayo y en junio, una *dacha*(13) lejos de la ciudad, paseos, bocetos, pesca, ruiseñores; más tarde desde julio hasta el mismo otoño, la excursión de los pintores a la región del Volga, viaje en el cual tomaría parte también Olga Ivanova, como miembro efectivo de la *société*. Ya se había hecho dos vestidos de lienzo para el camino; había comprado también pinturas, pinceles, lienzos y una paleta nueva.
Casi todos los días Riabovsky iba a su casa para ver los éxitos logrados por ella en la pintura. Cuando ella le mostraba su trabajo, aquél se metía las manos en los bolsillos, apretaba con fuerza los labios, resoplaba y decía:

—A ver... Esta nube es muy chillona; su iluminación no es crepuscular. El primer plano está algo desdibujado y no es lo que debería ser ¿comprende? En cuanto a la *izba*, parece haberse

13. *Dacha*: casa de campo.

atragantado con alguna cosa y ahora chilla lastimeramente... Ese ángulo tiene que ser más oscuro. Pero en general está bastante bien. La felicito.

Y cuanto menos comprensible era lo que él decía, Cinto mejor lo comprendía Olga Ivanova.

III

El segundo día de la Trinidad, después de almorzar, Dimov compró bocadillos y caramelos y partió a la dacha para reunirse con su mujer. Hacía dos semanas que no se veían y la extrañaba mucho. Sentado en el vagón y luego buscando su dacha en el bosquecillo, no dejaba de sentir hambre y cansancio y gozaba al pensar que iba a cenar, en libertad, con su mujer, y a echarse a dormir luego. Y le causaba alegría mirar el paquete en que llevaba envueltos el caviar, el queso y el salmón blanco.

Cuando encontró y reconoció su dacha, el sol se ponía ya. La vieja criada le dijo que la señora no estaba pero que debía regresar pronto. La dacha, de aspecto muy poco confortable, con cielos rasos bajos, recubiertos de papel blanco, y con pisos desparejos y agrietados, sólo tenía tres habitaciones. En una estaba la cama; en otra, sobre sillas y ventanas se hallaban desparramados lienzos, pinceles, papeles con manchas de grasa y abrigos y sombreros masculinos; en la tercera Dimov encontró a tres hombres desconocidos. Dos eran morenos, con barbitas, mientras que el tercero, afeitado y gordo, por lo visto era actor. Sobre la mesa, en el samovar, hervía el agua.

—¿Qué desea usted? —preguntó el actor con voz de bajo, observando a Dimov con frialdad—. ¿Necesita usted ver a Olga Ivanova? Espere, ella viene enseguida. Dimov tomó asiento y se puso a esperar. Uno de los morenos, somnoliento y apático, se sirvió un vaso de té, lo miró y preguntó:

—¿No quiere un poco de té?

Dimov tenía sed y hambre, pero, para no estropearse el apetito, rehusó. Pronto se oyeron pasos y una risa conocida; resonó un portazo y entró corriendo Olga Ivanova, con un sombrero de anchas

alas y llevando una caja en la mano; tras ella, con una sombrilla grande y con una silla plegadiza, entró Riabovsky, alegre y sonrosado.

—¡Dimov! —exclamó Olga Ivanova y sus mejillas se encendieron por la alegría—. ¡Dimov! —repitió, poniendo su cabeza y ambas manos sobre el pecho de su marido—. ¡Eres tú! ¿Por qué has estado tanto tiempo sin venir? ¿Por qué?

—¿Y cuándo iba a venir, mamita? Estoy siempre ocupado y si a veces dispongo de un poco de tiempo, ocurre que el horario de los trenes no me conviene.

—¡Pero cuan contenta estoy de verte! Soñé contigo toda la noche y tuve miedo de que estuvieras enfermo. ¡Ah, si supieras cuan simpático eres y cuán oportuna es tu llegada! Serás mi salvador. ¡Sólo tú puedes salvarme! Mañana habrá aquí una boda sumamente original —prosiguió ella riendo y anudando la corbata al marido—. Se casa el joven telegrafista de la estación, un tal Chikeldeiev. Buen mozo, inteligente; en su cara hay algo fuerte, sabes, algo de oso... Puede servir de modelo para el retrato de un varego. Todos los veraneantes simpatizamos con él y le hicimos la firme promesa de asistir a su boda...Es un hombre de medios modestos, solo, tímido y, por supuesto, estaría mal negarle nuestra participación. Imagínate, la boda será después de la misa; luego iremos a pie hasta la casa de la novia... te das cuenta, el bosquecillo, el canto de los pájaros, las manchas de sol sobre la hierba y todos nosotros como manchas multicolores sobre el fondo verde... es sumamente original, de acuerdo con el gusto de los expresionistas franceses. Pero, Dimov, ¿qué me pondré para ir a la iglesia? —dijo Olga Ivanova con cara compungida—. ¡No tengo nada aquí, absolutamente nada! Ni vestidos, ni flores, ni guantes...Tú debes salvarme... Si has venido, quiere decir que el mismo destino dispone que me salves. Llévate las llaves, querido, vuelve a casa y saca del guardarropa mi vestido rosado. Tú lo conoces, está colgado en primer lugar... Luego, en el depósito, del lado derecho verás en el suelo dos cajas de cartón. Cuando abras la de arriba, verás que todo son tules, tules y tules y toda clase de trapitos, pero debajo están las flores. Sácalas con cuidado, trata de no arrugarlas, mi amor, que luego escogeré las que necesito... Cómprame también los guantes.

—Bien —dijo Dimov—. Mañana partiré de regreso y te lo mandaré todo.

—¿Cómo mañana? —preguntó Olga Ivanova y lo miró sorprendida—. ¿Y cómo tendrás tiempo mañana para hacerlo? El primer tren sale a las nueve y la boda es a las once. No, querido, hay que hacerlo hoy, ¡hoy sin falta! Si mañana no puedes venir, mándame las cosas con un recadero. Bueno, vete, pues... Pronto debe pasar un tren. ¡No vayas a perderlo, mi amor!

—Bien.

—Me da pena dejarte ir —dijo Olga Ivanova y las lágrimas asomaron a sus ojos—. ¿Y para qué le habré dado mi palabra al telegrafista? Soy una tonta...

Dimov tomó de prisa un vaso de té, guardó en su bolsillo una rosquilla y, sonriendo mansamente, se encaminó a la estación. En cuanto al caviar, el queso y el salmón blanco, se lo comieron los dos morenos y el gordo actor.

IV

En una apacible noche de luna del mes de julio Olga Ivanova se encontraba en la cubierta del vapor fluvial y miraba ora al agua, ora las bellas orillas del Volga. A su lado estaba Riabovsky y le decía que las negras sombras sobre el agua no eran sombras sino un ensueño y que a la vista de esa agua embrujadora con su brillo fantástico, de ese cielo abismal y de esas tristes y pensativas orillas, sabedores de la futilidad de nuestras vidas y de la existencia de lo sublime, eterno y beatífico, uno sentía anhelo de olvidar todo, morir, llegar a ser un recuerdo.

El pasado era trivial y aburrido, el futuro no tenía importancia, mientras que esta divina noche, única en la vida, iba a terminar pronto, diluyéndose en la eternidad. ¿Para qué vivir entonces?

Olga Ivanova escuchaba ora la voz de Riabovsky, ora el silencio de la noche y pensaba en que era inmortal, en que no moriría nunca. Las aguas de color turquesa, como nunca antes las había visto, el cielo, las orillas, las negras sombras y una inexplicable alegría que impregnaba su alma le decían que llegaría a ser una gran pintora y que en algún lugar, tras aquella lejanía, tras la noche de luna, en el

infinito espacio, la esperaban el éxito, la gloria, el amor del pueblo… Sin pestañear miraba a lo lejos durante largo rato, imaginando multitudes, luces, solemnes sones de música, exclamaciones de júbilo y viéndose a sí misma con vestido blanco y cubierta de flores que caían sobre ella de todas partes. Pensaba también que a su lado, apoyándose en la borda, estaba un verdadero gran hombre, un genio, un elegido de Dios…Todo lo que él había creado hasta entonces era bello, novedoso y extraordinario, y lo que crearía con el tiempo, cuando la madurez afirmase su excepcional talento, sería asombroso, inmenso, y ello se notaba en su rostro, en su manera de expresarse y en su actitud hacia la naturaleza. De las sombras, de los matices crepusculares, del claro de luna él hablaba a su manera, en su lenguaje, de modo qué involuntariamente se sentía el hechizo de su poder sobre la naturaleza. Él mismo era muy hermoso, original, y su vida, independiente, libre, ajena a todo lo ordinario, semejaba la de un pájaro.

—Empieza a hacer fresco — dijo Olga Ivanova, estremeciéndose.

Riabovsky la envolvió en su capa y dijo tristemente:

—Me siento dominado por usted. Soy su esclavo. ¿Por qué está tan cautivante hoy?

La miraba fijamente y sus ojos le causaban miedo a ella.

—La amo con locura… — susurró —. Dígame una sola palabra y dejaré de vivir, abandonaré el arte… — musitó, muy emocionado—. Ámeme, ámeme…

—No me hable así —dijo Olga Ivanova, cerrando los ojos —. Me da miedo. ¿Y Dimov?

—¿Qué Dimov? ¿Por qué Dimov? ¿Qué tengo que ver yo con Dimov? Lo que hay es el Volga, la luna, la belleza, mi amor, mi júbilo… pero no hay ningún Dimov… ¡Ah yo no sé nada! No tengo necesidad del pasado; déme un momento… un instante.

El corazón de Olga Ivanova comenzó a latir con más fuerza. Ella quería pensar en su marido, pero todo el pasado, con la boda, con Dimov y con las veladas, le parecía pequeño, insignificante, opaco, innecesario y muy lejano… En efecto: ¿qué Dimov?, ¿por qué Dimov?, ¿qué tiene que ver ella con Dimov? ¿Existe él realmente en la naturaleza? ¿O no es más que un sueño?

«Para él, hombre simple y ordinario, es suficiente la felicidad que ya ha recibido —pensaba ella, cubriéndose la cara con las manos—. Que me condenen allí, que me maldigan, pero yo, para fastidiar a todo el mundo, me dejaré caer... eso es, me dejaré caer... Hay que probarlo todo en la vida. ¡Dios mío, qué miedo y qué deleite!»

¿Y bien? ¿Qué? — musitó el pintor, abrazándola y besando con avidez las manos con las que ella trataba débilmente de apartarlo —. ¿Me amas? ¿Sí? ¿Sí? ¡Oh qué noche! ¡Qué noche divina!

—Sí, ¡qué noche! —susurró ella, mirándole los ojos en que brillaban las lágrimas; luego miró rápidamente hacia atrás, lo abrazó y lo besó con pasión en los labios.

—¡Nos acercamos a Kineshma! — dijo alguien del otro lado de la cubierta.

Oyéronse unos pasos pesados. Era el camarero del bufet que pasaba cerca de ellos.

—Escuche — dijo Olga Ivanova, riendo y llorando de felicidad —, tráiganos vino.

El pintor, pálido de emoción, sé sentó en un banco, dirigió a Olga Ivanova una mirada llena de adoración y de gratitud, luego cerró los ojos y dijo con una lánguida sonrisa:

—Estoy cansado.

Y apoyó la cabeza en la borda.

V

El dos de septiembre era un día templado y apacible, pero el cielo estaba cubierto de nubes. Por la mañana, temprano, vagaba sobre el Volga una ligera niebla y después de las nueve comenzó a lloviznar. Y no había ninguna esperanza de que el tiempo mejorara más tarde. Durante el desayuno Riabovsky decía a Olga Ivanova que la pintura era la más ingrata y la más aburrida de las artes; que él no era pintor y que solamente los tontos lo creían hombre de talento, y de repente, sin motivo alguno, cogió el cuchillo e hizo algunos cortes en el mejor boceto suyo. Después del desayuno se sentó junto a la ventana y se puso a mirar, sombrío, sobre el Volga. Este ya carecía de brillo y presentaba un aspecto opaco, turbio y frío. Todo hacía recordar la proximidad del tedioso y triste otoño. Y parecía que la naturaleza

quitó al Volga las lujosas alfombras verdes de sus orillas, los reflejos de diamante de los rayos solares, la transparente lejanía azul y toda su vestimenta de gala, y guardó todo en los baúles hasta la próxima primavera; y las cornejas volaban cerca del Volga y se burlaban de él: «¡Desnudo! ¡Desnudo!». Riabovsky escuchaba sus graznidos y pensaba en que ya estaba agotado y sin talento, que todo en este mundo era convencional, relativo, estúpido y que no debería ligarse a esa mujer... En una palabra, estaba de mal humor y se abandonaba a la melancolía.

Olga Ivanova, sentada en la cama, detrás del biombo, se pasaba los dedos por sus hermosos cabellos de lino y se imaginaba ya la sala, ya el dormitorio, ya el gabinete de su casa; su imaginación la llevaba al teatro, a la casa de la modista y a sus célebres amigos. ¿Qué estarán haciendo ahora? ¿Se acordarán de ella? La temporada ha comenzado ya y era hora de pensar en las veladas. ¿Y Dimov? ¡Querido Dimov! Con su mansedumbre infantil y quejumbrosa le pide en sus cartas que vuelva a casa lo antes posible.

Cada mes le enviaba setenta y cinco rublos y cuando ella le había escrito que debía a los pintores cien rublos, se los mandó también. ¡Qué hombre tan bondadoso y magnánimo! El largo viaje había fatigado a Olga Ivanova; se aburría y tenía deseos de alejarse de los mujiks y del olor a humedad del río y de liberarse de esa sensación de suciedad física que experimentaba continuamente, alojándose en las izbas campesinas y trasladándose de una aldea a otra. Si Riabovsky no hubiera dado a los pintores su palabra de honor de que quedaba aquí hasta el veinte de septiembre, hubieran podido irse hoy mismo. ¡Qué magnífico hubiera sido!

—¡Dios mío! — gimió Riabovsky—. ¿Cuándo, hará sol; por fin? Un paisaje soleado no puedo continuarlo sin sol.

—Pero tú tienes un boceto con cielo nublado —dijo Olga Ivanova, saliendo de detrás del biombo —. En el plano derecho está el bosque y en el izquierdo, un rebaño de vacas y los gansos, ¿recuerdas? Ahora podrías terminarlo.

—¡Bah...! — frunció el ceño el pintor —. ¡Terminarlo! ¿Acaso cree usted que soy tan estúpido que no sé lo que debo hacer?

—¡Cómo has cambiado! — suspiró Olga Ivanova.|
—Y bueno...”

A Olga Ivanova le temblaban los labios; dio unos pasos hacia la estufa y se puso a llorar.

—Eso es... Sólo faltaban las lágrimas. ¡Basta ya! Yo tengo mil motivos para llorar y sin embargo no lloro.

—¡Mil motivos! — exclamo Olga Ivanova—. El motivo principal es que usted ya está harto de mí. ¡Sí! —dijo ella y comenzó a sollozar—. La verdad es que usted tiene vergüenza de nuestro amor. Procura siempre que los pintores no se den cuenta, aunque esto no se puede ocultar y ellos ya lo saben todo hace tiempo.

—Olga, le pido una sola cosa —dijo el pintor con voz suplicante y poniéndose una mano en el corazón—, sólo una cosa: ¡No me torture! ¡Nada más necesito de usted!

—¡Pero jure que me ama todavía!

—¡Ah, esto es una tortura! —farfulló el pintor entre dientes y se levantó de un salto—. ¡No me quedará otra cosa que tirarme al Volga o volverme loco! ¡Déjeme en paz!

—¡Bueno, máteme entonces, máteme! — gritó Olga Ivanova —. ¡Máteme!

Volvió a sollozar y se ocultó tras el biombo. El murmullo de la lluvia sobre el techo de paja de la izba se hizo más fuerte. Riabovsky se echó las manos a la cabeza y se puso a caminar por la habitación; luego, con expresión decidida, como si deseara demostrar a alguien una cosa, se puso la gorra, se colgó la escopeta al hombro y salió de la izba.

Durante largo rato Olga Ivanova permaneció tendida en la cama, llorando. Al principio pensó que no estaría mal envenenarse, para que Riabovsky, al regresar, la encontrase muerta, pero luego sus pensamientos volaron a su casa, al gabinete de su marido y ella se vio sentada, inmóvil, al lado de Dimov, gozando de una paz física y de limpieza, y por la noche, en el teatro, escuchando a Mazzini. Y la nostalgia por la civilización, por el ruido de la ciudad y por los personajes famosos le oprimió el corazón. Entró la campesina, dueña de la casa, y sin prisa comenzó a encender él horno para preparar la comida. El olor llenó la casa y el aire se torno azul por el humo. Vinieron los pintores con sus altas botas sucias y sus caras mojadas por la lluvia; estuvieron examinando los bocetos, diciendo,

consolarse, que aun con el tiempo malo el Volga posee sus encantos. Un barato reloj de pared repetía su tic-tac-tic... Las moscas, adormecidas por el frío, se agolpaban junto a los iconos, zumbando, mientras que bajo los bancos, en las gruesas carretas se afanaban las cucarachas.

Riabovsky volvió a la casa cuando el sol se ponía. Pálido, exhausto, con las botas sucias, arrojó la gorra sobre la mesa, se dejó caer sobre el banco y cerró los ojos.

—Estoy cansado... —dijo y movió las cejas en un esfuerzo para levantar los párpados.

Para demostrar que no estaba enojada con él, Olga Ivanova se le acercó, lo besó en silencio y pasó el peine por sus rubios cabellos. Sintió ganas de peinarlo.

—¿Qué pasa? — preguntó él, estremeciéndose, como si lo hubieran tocado con un objeto frío, y abrió los ojos—. ¿Qué pasa? ¡Déjeme en paz, por favor!

La apartó con las manos y retrocedió, y ella creyó ver en su rostro una expresión de fastidio y de repugnancia. En este momento entró la campesina que sostenía cuidadosamente con ambas manos un plato de sopa, y Olga Ivanova la vio mojar sus grandes dedos en el caldo. La sucia campesina, la sopa de repollo que Riabovsky comenzó a comer con avidez, la izba y toda aquella vida que al principio le gustaba por su sencillez y por su pintoresco desorden, le parecieron ahora horribles. Ella sintiese de golpe ofendida y dijo con frialdad:

—Tenemos que separarnos por un tiempo, porque si no llegaremos a reñir seriamente a causa del tedio. Esto me cansa ya. Hoy mismo me iré.

—¿De qué modo? ¿Montando un caballito de madera?

—Hoy es jueves, de modo que a las nueve y media llega el vapor.

—Ah, es cierto... bueno, vete... — dijo con voz suave Riabovsky, limpiándose la boca con la toalla a falta de servilleta —. No tienes nada que hacer aquí y te aburres... Hay que ser un gran egoísta para retenerte. En marcha, pues... Nos veremos después del veinte.

Olga Ivanova hacía los baúles con alegría y hasta las mejillas se le encendieron de satisfacción. ¿Será posible — se preguntaba — que pronto pinte en la sala, duerma en el dormitorio y almuerce con

mantel? Sintió alivio en el corazón y ya no estaba enojada con el pintor.

—Las pinturas y los pinceles te los dejo aquí, Riabusha —le dijo—. Lo que quede me lo traerás...Ten cuidado, no te hagas el haragán ni te pongas melancólico sin mí. Debes trabajar. ¡Eres muchacho bravo, Riabusha!

A las nueve, Riabovsky la besó, para — según ella pensó— no tener que besarla en el barco, en presencia de los pintores, y la acompañó hasta el muelle. Poco tiempo después llegó el vapor y ella partió.

Al cabo de dos días y medio llegó a su casa. Sin quitarse el sombrero ni el impermeable, jadeando de emoción, pasó a la sala y llegó al comedor. Dimov, sin levita y con el chaleco desabrochado, estaba sentado a la mesa, afilando el cuchillo contra el tenedor; delante de él, sobre el plato, yacía un faisán. Al entrar en la casa, Olga Ivanova estaba convencida de que era indispensable ocultárselo todo al marido y que para ello no le faltaban fuerzas ni habilidad, pero ahora, viendo la amplia, dichosa y apacible sonrisa y los ojos brillantes y jubilosos de Dimov, sintió que mentir a este hombre resultaba alto tan infame, asqueroso e imposible como calumniar, robar o matar; y en un instante decidió contarle todo lo sucedido. Después de dejarse abrazar y besar, se arrodilló delante de él y se tapó la cara.

—¿Qué? ¿Qué, mamita? —preguntó él con ternura—. ¿Me extrañabas?

Ella levantó su rostro enrojecido por la vergüenza, y lo miró con expresión culpable y suplicante, pero el miedo y la turbación le impidieron decir la verdad.

—No es nada... —dijo ella—. No... no es nada...

—Vamos, siéntate —animó Dimov a su mujer, levantándola y ayudándola a tomar asiento en la mesa—. Así... come este faisán.

Tendrás hambre, pobrecita.

Y mientras ella aspiraba ávidamente el aire casero y comía el faisán, él la miraba con dulzura y reía, feliz.

VI

A mediados del invierno, Dimov, por lo visto, empezó a darse cuenta de que lo estaban engañando. Como si él mismo no tuviera la conciencia tranquila, ya no podía mirar a su mujer a los ojos ni sonreír con alegría al verla y, para quedarse lo menos posible a solas con ella, con frecuencia invitaba a almorzar a su colega Korostelev, un hombrecillo de cabeza rapada y rostro demacrado, quien, al conversar con Olga Ivanova, desabrochaba, confundido, todos los botones de su chaqueta, volvía a abrocharlos y luego comenzaba a pellizcar con la mano derecha la guía izquierda de su bigote. Durante el almuerzo, ambos médicos se explayaban acerca de los diafragmas altos que a veces podían causar trastornos en el funcionamiento del corazón o sobre las neuritis múltiples que últimamente se observaban con más frecuencia, y comentaban la última autopsia realizada por Dimov, durante la cual éste descubrió en el cadáver un cáncer de páncreas en lugar de la anemia maligna diagnosticada. Parecía que ambos sostenían una conversación sobre temas medicinales con el único propósito de que Olga Ivanova tuviera posibilidad de callar, es decir, de no mentir.

Después de comer, Korostelev se sentaba al piano y Dimov le decía, suspirando:

—Bueno… a ver, amigo… toca algo triste.

Levantando los hombros y separando mucho los dedos, Korostelev tocaba algunos acordes y comenzaba a entonar con voz de tenor «Enséñame una morada donde no gima el mujik ruso», mientras Dimov suspiraba una vez más, apoyaba la cabeza con el puño y se quedaba pensando.

Últimamente Olga Ivanova se comportaba manera harto imprudente. Todas las mañanas se despertaba de pésimo humor y con la idea de que no amaba a Riabovsky y que, a Dios gracias, estaba terminado. Pero, después de tomar café: reflexionaba y se daba cuenta de que — Riabovsky le había quitado el marido y que ella quedó ahora sin marido y sin Riabovsky; luego recordaba los comentarios de sus conocidos acerca de un nuevo cuadro que Riabovsky preparaba para la exposición algo asombroso, una mezcla de paisaje con género costumbrista, al estilo de Polenov, obra que

provocaba el júbilo de todos los que concurrían en su taller; pensaba que él había creado ese cuadro influido por ella y que, en general, gracias a su influencia él había mejorado sensiblemente. Su influencia era tan benéfica y esencial que, en caso de que ella lo abandonara, él quizás se perdería. Recordaba también su última visita, cuando vino vestido con una levita gris moteada y con una corbata nueva y le preguntó en tono lánguido: «¿Soy bello?». Y, en efecto, esbelto, con sus largos bucles y sus ojos azules, era muy bello — o, quizás, le hubiera parecido así— y la trató con cariño.

Habiendo recordado y comprendido muchas cosas, Olga Ivanova se vestía y, presa de gran agitación, dirigía al taller de Riabovsky. Lo encontraba alegre y encantado con su cuadro, que era magnífico de verdad; el pintor saltaba, hacia tonterías y a las preguntas serias respondía con bromas. Olga Ivanova, celosa del cuadro, lo odiaba ya pero, por cortesía, permanecía silenciosa ante el mismo durante unos minutos y, después de suspirar, como si estuviera ante una cosa sagrada, decía en voz baja:

—Sí, nunca has pintado nada semejante. Hasta da miedo ¿sabes?

Luego empezaba a suplicarle que la amase, que no la dejara y que tuviese lástima de ella, pobre y desdichada. Llorando, le besaba las manos, exigía que le jurase su amor y trataba de demostrarle que sin su benéfica influencia él perdería el camino y terminaría mal. Después de estropearle al pintor el buen estado de ánimo y sintiéndose humillada, iba a ver a la modista o a la actriz amiga para tratar de conseguir las entradas.

Si no lo encontraba en el taller, le dejaba una carta en la cual juraba envenenarse sin falta si él no iba a verla el mismo día. El se asustaba, iba a visitarla y se quedaba a almorzar. Sin tener en cuenta la presencia del marido, le decía cosas insolentes y ella le respondía del mismo modo. Los dos sentían las ataduras que los ligaban y, comprendiendo que eran despóticos y enemigos, se irritaban y en su irritación no notaban que su conducta se tornaba indecente y que hasta el rapado Korostelev se percataba de todo. Después de comer, Riabovsky se apresuraba a despedirse.

—¿A dónde va usted? —le preguntaba Olga Ivanova en el vestíbulo, mirándolo con odio.

El pintor, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos, nombraba a alguna dama, conocida común de ambos y era evidente que quería fastidiarla y burlarse de sus celos. Ella se retiraba a su dormitorio y se echaba en la cama; los celos, el fastidio, la humillación y la vergüenza la hacían morder la almohada y llorar en voz alta. Dimov dejaba a Korostelev en la sala, iba al dormitorio y, confundido y desconcertado, decía en voz baja:

—No llores fuerte, mamita... ¿Para qué? Estas cosas es mejor callarlas... No deben de traslucir... Lo ocurrido ya no se puede remediar, ¿sabes?

Sin saber cómo dominar los agobiantes celos, que hasta le causaban un fuerte dolor de cabeza; y creyendo que la situación podía remediarse todavía, se lavaba y empolvaba su llorosa cara y volaba a la cada de la dama conocida. No habiendo encontrado allí a Riabovsky, iba a ver a otra, y luego a otra más... Al principio tenía vergüenza de realizar estos viajes, pero con el tiempo se habituó y hubo veces en que, en una sola noche, había recorrido los domicilios de todas sus conocidas para encontrar a Riabovsky y todos se daban cuenta de ello.

—¡Este hombre me agobia con su magnanimidad! Esta frase le gustó tanto que, encontrándose con los pintores que conocían su romance con Riabovsky, al hablarles de su marido, cada vez hacía un ademán enérgico y decía:

—¡Este hombre me agobia con su magnanimidad!

Por lo demás, la vida transcurría de la misma manera que el año anterior. Los miércoles se realizaban las veladas. El actor recitaba, los pintores dibujaban, el violonchelista tocaba, el cantante cantaba e, invariablemente, a las once y media se abría la puerta del comedor y Dimov sonriendo, decía:

—Por favor, señores, pasen a tomar un bocado.

Lo mismo que antes, Olga Ivanova buscaba grandes personajes, los encontraba y, al no sentirse satisfecha, seguía buscándolos. Lo mismo que antes, volvía a casa todas las noches muy tarde, pero Dimov no dormía, como el año anterior, sino que estaba trabajando en su despacho. Se acostaba a eso de las tres y se levantaba a las ocho.

Una noche, cuando ella, vistiéndose para ir al teatro, estaba de pie ante el espejo, entró en el dormitorio. Dimov, de frac y con

corbata blanca. Sonreía y miraba a su mujer en la cara, con alegría, como antes. Su rostro estaba radiante.

—Acabo de presentar la tesis —anunció, tomando asiento y pasándose las manos por las rodillas.

—¿Te fue bien? —preguntó Olga Ivanova.

—¡Oh, sí! —rió Dimov y alargó el cuello para ver en el espejo la cara de su mujer, que seguía, de espaldas a él, arreglándose el peinado—. ¡Oh, sí! —repitió—. ¿Sabes una cosa? Es posible que me ofrezcan la cátedra de Patología General. Huele a eso.

Veíase por su cara, feliz y resplandeciente, que si Olga Ivanova hubiese compartido su alegría y su triunfo, él se lo hubiera perdonado todo, tanto en el presente como en el futuro, pero ella no sabía bien qué era una cátedra o Patología General, y temiendo además llegar tarde al teatro, no dijo nada.

Dimov permaneció sentado unos minutos, sonrió con aire culpable y salió.

VII

Fue un día sumamente agitado.

Dimov tenía un fuerte dolor de cabeza; por la mañana no tomó el desayuno ni fue al hospital, quedándose todo el tiempo acostado sobre el diván turco, en su gabinete. Después de las doce, Olga Ivanova, como de costumbre, fue a ver a Riabovsky para mostrarle él boceto de una *nature morte* y a preguntarle por qué no vino a su casa el día anterior. El boceto le parecía insignificante; lo había hecho sólo como un pretexto más para visitar al pintor.

Entró sin tocar el timbre y cuando se estaba quitando las katiuskas en el vestíbulo, desde el taller llegó a sus oídos un leve rumor de rápidos pasos y el murmullo de un vestido; al asomarse de prisa al taller, no alcanzó a ver más que el vuelo fugaz de un trozo de falda marrón, que enseguida desapareció detrás de un gran cuadro, cubierto, junto con el caballete, con percalina negra que llegaba hasta el suelo. No cabía la menor duda de que era una mujer que se escondía. ¡Cuántas veces la misma Olga Ivanova se refugiaba tras ese mismo cuadro! Riabovsky, evidentemente confuso, se mostró

sorprendido y, tendiéndole ambas manos, le dijo con una sonrisa forzada:

—¡Ah, me alegro mucho! ¿Qué dice de bueno?

Los ojos de Olga Ivanova se llenaron de lágrimas. Sentía vergüenza y amargura; ni por un millón estaría dispuesta a hablar en presencia de una mujer extraña, de una rival, que estaba detrás del cuadro, riéndose seguramente, con malicia para sus adentros. —e he traído un boceto... —dijo tímidamente con un hilito de voz y sus labios temblaron—. Una naturaleza muerta.

—¡Ah!... ¿Un boceto?

El pintor tomó el boceto y, examinándolo, se dirigió como maquinalmente, a otro cuarto.

Olga Ivanova lo siguió sumisa.

—Naturaleza muerta... qué suerte —barbotó Riabovsky buscando rimas—, huerta... puerta... tuerta...

En el taller volvieron a resonar los presurosos pasos y el rumor del vestido. Eso significaba que ella se había ido. Olga Ivanova tenía deseos de gritar, de golpear al pintor en la cabeza con algún objeto pesado e irse, pero a través de las lágrimas no veía nada, estaba aplastada por la vergüenza y ya no se sentía Olga Ivanova sino un pequeño insecto.

—Estoy cansado... —dijo con voz lánguida el pintor, observando el boceto y sacudiendo la cabeza para vencer la modorra—. Es simpático, claro está, pero... hoy es un boceto, el año pasado un boceto y dentro de un mes habrá un boceto... ¿No le cansa? Yo en su lugar dejaría la pintura y me dedicaría seriamente a la música o a otra cosa cualquiera. Al final, su vocación es la música y no la pintura. Pero qué cansado estoy, ¿sabe? Voy a decir que nos traigan té...

Riabovsky salió de la habitación y Olga Ivanova oyó ordenar algo a su criado. Para no despedirse, no entrar en explicaciones y, principalmente, no romper a llorar, ella, antes de que volviera el pintor, corrió al vestíbulo, se calzó las katiuskas y salió a la calle. Allí respiró con alivio, sintiéndose liberada para siempre de Riabovsky, de la pintura y de la agobiadora vergüenza que la abrumaba en el estudio. ¡Todo había terminado!

Fue a ver a la modista, luego a casa de un conocido que acababa de volver de un viaje, de allí a la casa de música y durante todo el tiempo pensaba en la carta, fría y seca, llena de dignidad, que escribiría a Riabovsky, y en el viaje a Crimea que ella realizaría en primavera o en verano, junto con Dimov, para liberarse allí definitivamente del pasado y comenzar una nueva vida.

Volvió a casa tarde, de noche, y, sin cambiarse de ropa, sentóse en la sala a escribir la carta. Riabovsky le había dicho que no era pintora y ella le escribía ahora, como venganza, que él pintaba siempre lo mismo, todos los años, y que decía siempre lo mismo, todos los días; que estaba estancado y que no daría ya más resultado que el que ya había dado. Tenía ganas de escribirle también que en muchos aspectos su obra se debía a la influencia de ella y que si él procedía mal era porque dicha influencia se hallaba paralizada por las ambiguas personas como aquella que se había escondido detrás del cuadro.

—¡Mamita! —llamó Dimov desde su gabinete, sin abrir la puerta—. ¡Mamita!

—¿Qué quieres?

—Acércate a la puerta, pero no entres. Escucha... Hace tres días me contagié de difteria en el hospital, y ahora... no me siento bien. Manda enseguida a buscar a Korostelev.

Olga Ivanova siempre llamaba a su marido, igual que a todos los hombres de su amistad, no por el nombre sino por el apellido; su nombre, Osip, no le gustaba, ya que le hacía recordar al criado de Jlestakov(14) y un trabalenguas ruso. Pero ahora exclamó:

— ¡Osip, no puede ser!

—¡Manda buscarlo! No estoy bien...—dijo Dimov del otro lado de la puerta, y se le oyó acercarse al diván y acostarse—. ¡Manda por él! —resonó sordamente su voz.

«¿Qué será? —pensó Olga Ivanova, atemorizada—. ¡Eso debe ser peligroso!».

Sin ninguna necesidad, tomó una vela y fue al dormitorio; allí, pensando en lo que debía de hacer, se miró, sin querer, en el espejo. Con cara lívida y asustada, la chaqueta de hombreras altas, los volantes amarillos en el pecho y la falda de rayas insólitas, se

14. En *El inspector,* de Nikolái Gogol.

encontró horrible y repugnante. Sintió de repente una dolorosa piedad por Dimov; por el infinito amor que le profesaba, por su joven vida y hasta por su huérfana cama en la que él hacía mucho tiempo que no dormía; recordó su acostumbrada sonrisa, mansa y resignada. Se puso a llorar con amargura y escribió una carta suplicante a Korostelev. Eran las dos de la madrugada.

VIII

Cuando por la mañana, después de las siete, Olga Ivanova, despeinada y fea, con la cabeza pesada a causa del insomnio, y con aire culpable, salió del dormitorio, cerca de ella pasó, dirigiéndose al vestíbulo, un señor de barba negra, por lo visto, un médico. Olía a medicamentos. En la puerta del gabinete estaba de pie Korostelev y con la mano derecha se atusaba el bigote izquierdo.

—Perdóneme, pero no la dejaré entrar —dijo sombríamente—. Podría contagiarse. Además, no vale la pena; Está delirando.

—¿Es la difteria? —preguntó Olga Ivanova en un susurro.

—A aquellos que se meten en la cueva del lobo, en realidad, habría que demandarlos judicialmente —barbotó Korostelev sin contestar la pregunta—. ¿Sabe usted por qué se contagió? Él martes pasado estuvo succionándole a un niño, a través de un tubito, las secreciones diftéricas. ¿Para qué? Porque sí… ¡Qué tontería!…

—¿Es peligroso? ¿Muy peligroso? —preguntó Olga.

—Sí, dicen que se trata de una forma grave. Habría que mandar por Schrek…

Primero vino un hombrecillo pelirrojo, de nariz larga y con acento judío; luego un hombre alto, encorvado, de cabellos negros, parecido a un protodiácono; luego un joven grueso, de cara colorada, con lentes. Eran médicos que venían a hacer la guardia junto a su compañero. Korostelev, terminado su turno, no se iba, sino que se quedaba vagando por todas las habitaciones como una sombra. La criada servía té a los médicos y a menudo iba corriendo a la farmacia, de modo que no había nadie para limpiar las habitaciones. La casa estaba silenciosa y sombría.

Olga Ivanova permanecía sentada en su dormitorio pensando que éste era un castigo de Dios porque ella había engañado a su

marido. Un ser taciturno, resignado e incomprensible, despersonalizado por su mansedumbre, falto de carácter y débil a causa de la excesiva bondad, sufría en silencio, sin quejas, allí en su diván. Pero si este ser se hubiera quejado, aunque hubiese sido delirando, los médicos de guardia se hubiesen enterado de que la difteria no era la única culpable de lo sucedido. Hubieran podido también preguntárselo a Korostelev; él lo sabe todo y no en vano mira a la mujer de su amigo de un modo como si ella fuese la verdadera, la principal malhechora, mientras que la difteria no —¡era más que su cómplice.

Ella ya no recordaba ni la noche de luna sobre el Volga, ni las declaraciones de amor, ni la poética vida en la aldea y sólo se daba cuenta de que, por mero capricho, por simple travesura, se había ensuciado toda, de la cabeza a los pies, con algo pegajoso y repulsivo que jamás se podría lavar…

«¡Ah, qué horrible mentira! pensó, al recordar el agitado amor que había tenido con Riabovsky —. ¡Maldito sea todo aquello!».

A las cuatro almorzó con Korostelev. Este no comió nada; sólo bebía vino tinto y fruncía el ceño, ella tampoco comió. Ora rezaba mentalmente haciendo promesa de volver a amar a Dimov y serle fiel, si él sanaba; ora se olvidaba por un momento y, mirar a Korostelev, pensaba: «¿Cómo no se aburre uno de ser un hombre simple, en nada destacable, desconocido y, además, con cara demacrada y modales torpes?». O bien le parecía que Dios iba a matarla en cualquier momento porque ella, temiendo el contagio, ni una sola vez había ido a ver al marido a su gabinete. En general, la embargaba un sentimiento de sorda congoja junto con la certidumbre de que su vida ya estaba deshecha y de que no había manera de reconstruirla…

Después del almuerzo sobrevino el crepúsculo. Al entrar en la sala Olga Ivanova vio a Korostelev dormido en el sofá, la cabeza apoyada sobre un cojín de seda, bordado en oro. «Kji-puá… —roncaba— kji-puá…».

Los médicos que venían a hacer guardia notaban ese desorden. El hecho de que una persona extraña durmiera en la sala, roncando; los bocetos en las paredes; la insólita disposición de los objetos y la negligencia en el vestir de la despeinada dueña de casa, todo ello no suscitaba ahora el menor interés. Por alguna razón, uno de los

médicos sin querer, se echó a reír y su risa sonó en el aire tan extraña y tímida que daba miedo.

Cuando Olga Ivanova por segunda vez entró en la sala, Korostelev ya no dormía; estaba fumando sentado.

—Tiene la difteria de la cavidad nasal — dijo a media voz —. El corazón no funciona bien. En realidad, las cosas andan mal.

—¿Y si mandara por Schrek? — dijo Olga Ivanova.

—Ya estuvo aquí. Fue él quien notó que la difteria se le había pasado a la nariz. Pero ¿qué puede hacer Schrek? En realidad ¿qué es Schrek? Nada. Él es Schrek y yo soy Korostelev y eso es todo.

El tiempo pasaba con una lentitud terrible. Olga Ivanova, recostada vestida en la cama sin arreglar, dormitaba. Tenía la sensación de que toda la casa, desde el suelo hasta el techo, estaba ocupada por una enorme mole de hierro y que sólo bastaría sacar este hierro afuera para que todos sintieran alivio y alegría. Al despertarse, se dio cuenta de que eso no era hierro sino la enfermedad de Dimov.

«Naturaleza muerta, huerta... —pensó, volviendo a sumergirse en el sueño— puerta... tuerta... ¿Y entonces, Schrek? Schrek, grek, vrek, krek. ¿Dónde están todos mis amigos? ¿Saben ellos que hay desgracia en nuestra casa? Señor, sálvanos... líbranos del mal Schrek, grek...».

Y otra vez el hierro... El tiempo era largo, pero el reloj en el piso de abajo daba la hora a menudo. A cada rato sonaba el timbre; llegaban los médicos... Con un vaso vacío sobre la bandeja, entró la criada y preguntó:

—Señora, ¿quiere que haga la cama?

Al no recibir respuesta, salió. Abajo, el reloj dio la hora, surgió la visión de una lluvia sobre el Volga, y de nuevo entró alguien en el dormitorio, al parecer, un extraño. Olga Ivanova se levantó de un salto y reconoció a Korostelev.

—"¿Qué hora es? —preguntó.

—Cerca de las tres.

—¿Cómo sigue?

—¡Cómo quiere que siga? He venido a decirle... que se está muriendo...

El doctor dejó oír un sollozo, se sentó a su lado en la cama, y se secó las lágrimas con la manga. En el primer momento ella no

entendió bien sus palabras, pero se quedó fría y se persignó lentamente.

—Se está muriendo… —repitió el médico con un hilo de voz y sollozó de nuevo—. Muere porque se ha sacrificado… ¡Qué pérdida para la ciencia! —dijo con amargura—. No se le puede comparar con ninguno de nosotros… Era un gran hombre… ¡Un hombre extraordinario! ¡Qué talento! ¡Cuántas esperanzas cifrábamos en él! —prosiguió Korostelev, torciéndose las manos—. Dios mío, llegaría a ser un sabio como ya no se encuentran hoy ni con un farol… ¡Dimov! ¿Qué has hecho, Dimov? ¡Ah, Dios mío!

Presa de la desesperación, Korostelev se cubrió la cara con las manos y meneó la cabeza.

—¡Y qué fuerza moral! —continuó, cada vez más enojado con alguien—. Un alma bondadosa, pura y amante; ¡no era un hombre sino un cristal! Sirvió a la ciencia y murió por la ciencia. Trabajó como un buey, día y noche; nadie tuvo piedad de él; el joven científico, futuro profesor, debió buscar más y más trabajo y hacer traducciones de noche para pagar estos… ¡infames trapos! Korostelev miró con odio a Olga Ivanova, asió la sábana con ambas manos y tiró de ella, iracundo, como si fuera la culpable.

—Él mismo no se tenía lástima ni los demás la tenían. ¡Ah!, en realidad, ¡para qué hablar!

—¡Sí, era un hombre excepcional! —dijo alguien en la sala con voz de bajo.

Olga Ivanova recordó toda su vida con él, desde el principio hasta el fin, con todos los detalles, y de golpe entendió que, en comparación con todas las personas que ella conocía, era un hombre extraordinario, excepcional, grande. Y al recordar el trato que le dispensaban el difunto padre de ella y los colegas médicos comprendió que todos ellos vislumbraban en él una futura celebridad. Las paredes, el cielo raso, la lámpara y la alfombra sobre el piso le guiñaron burlonamente, como si quisieran decir: «¡Lo dejaste pasar! ¡Lo dejaste pasar!». Sin poder contener el llanto, ella salió corriendo del dormitorio, atravesó la sala delante de un hombre desconocido y se precipitó al gabinete de su marido. Este yacía, inmóvil, en el diván turco, cubierto con la frazada hasta la cintura. Su rostro, terriblemente demacrado y enflaquecido, tenía ese color

amarillo grisáceo que nunca tienen las personas vivas; y sólo por la frente, por las negras cejas y por la conocida sonrisa se podía reconocer que era Dimov. Olga Ivanova le palpó rápidamente el pecho, la frente y las manos. El pecho estaba tibio aún, pero en la frente y en las manos se percibía ya, un frío desagradable. Y los ojos semiabiertos no miraban a Olga Ivanova sino a la manta.

—¡Dimov! —llamó ella en voz alta—. ¡Dimov!

Quería explicarle que se trataba de un error; que no todo estaba perdido aún; que la vida podría ser aún bella y feliz; que él era un hombre excepcional, extraordinario y grande y que ella estaba dispuesta a venerarlo, rezar ante él y experimentar un miedo sagrado durante toda su vida...

—¡Dimov! —volvía a llamarlo, sacudiéndole el hombro y resistiéndose a creer que él jamás despertaría—. ¡Dimov! ¡Pero Dimov!

Mientras tanto, en el vestíbulo, Korostelev decía a la criada:

—No tiene nada que preguntar. Vaya a la iglesia averigüe en la casita del sereno dónde viven las mujeres del asilo. Ellas lavarán el cuerpo, lo vestirán y harán todo lo que haga falta.

La princesa

Un coche tirado por cuatro hermosos y bien alimentados caballos atravesó el gran portón, denominado «Rojo», del monasterio masculino N.; los monjes-prestes y los novicios, agolpados frente al pabellón de hospedaje, junto al ala reservada para los nobles, ya desde lejos habían reconocido -por el cochero y los caballos- en la dama que venía en el coche, a su antigua visitante, la princesa Vera Gavrilovna.

Un viejo criado con librea saltó del pescante y ayudó a la princesa a bajarse del coche. Ella levantó el oscuro velo y se acercó sin prisa a los prestes para recibir la bendición; luego saludó cariñosamente a los novicios inclinando la cabeza y se dirigió a sus aposentos.

-¿Qué me cuentan de bueno? ¿Han extrañado a su princesa? -decía a los monjes que introducían sus maletas-. Hace un mes entero que no vengo por aquí. Y bien, ahora he llegado, miren a su princesa. Pero, ¿dónde está el padre prior? ¡Dios mío, ardo de impaciencia! ¡Es un anciano maravilloso! ¡Deben ustedes enorgullecerse de tener un prior como él!

Cuando entró el archimandrita, la princesa dejó escapar un grito de entusiasmo, cruzó las manos sobre el pecho y se acercó a él para recibir la bendición.

-¡No, no! ¡Permítame que le bese la mano! -dijo, asiendo su mano y besándola tres veces con fervor-. ¡Cuánto me alegro, santo padre, de volverlo a ver, por fin! Ustedes habían olvidado a su princesa, pero yo, en cada instante vivía mentalmente en su simpático monasterio. ¡Qué bien se está aquí! En esta vida, entregada a Dios, lejos de la futilidad mundana hay un encanto especial, santo padre, que yo siento con toda mi alma, pero no puedo expresar con palabras.

A la princesa se le enrojecieron las mejillas y a sus ojos asomaron las lágrimas. Hablaba sin cesar, con calor, pero el prior, anciano de unos setenta años, serio, tímido y feo, permanecía silencioso y sólo de vez en cuando decía bruscamente, a la manera militar:

-Así es, excelencia... la escucho... comprendo...

-¿Cuánto tiempo se dignará quedarse con nosotros? -le preguntó.

-Hoy pasaré la noche aquí; mañana iré a ver a Claudia Nicolaievna (hace tiempo que no nos vemos) y pasado mañana volveré para pasar aquí tres o cuatro días. Quiero descansar espiritualmente, santo padre...

A la princesa le gustaba el monasterio N. En los últimos dos años se encariñó con el lugar y lo visitaba casi todos los meses de verano, quedándose allí dos o tres días y a veces una semana entera. Los tímidos novicios, el silencio, los bajos techos, el olor de los cipreses, la frugal merienda, las baratas cortinas en las ventanas, todo la conmovía, enternecía y predisponía para la contemplación y los buenos pensamientos. Le bastaba quedarse en sus habitaciones media hora para sentirse, ella también, tímida y modesta y creer que también ella olía a ciprés; el pasado desaparecía a lo lejos, perdía su valor, y la princesa se ponía a pensar que; no obstante, sus veintinueve años, se parecía mucho al viejo archimandrita y que, como él no había nacido para la riqueza ni la grandeza terrenal, ni el amor, sino para una vida apacible, apartada del mundo, crepuscular como estas habitaciones...

Ocurre a veces que a la oscura celda del ayunador, sumergido en la oración, asomará de pronto un rayo de sol o se posará en la ventana de la celda un pajarillo y cantará su canción; el severo ayunador sonreirá sin querer y en su pecho, bajo el hondo pesar por sus pecados, cual un arroyo debajo de la piedra, fluirá, de repente, una apacible y pura alegría. La princesa creía traer consigo, de afuera, el mismo consuelo que traían el rayo de sol o el pajarillo. Su sonrisa, alegre y afable; su dulce mirada; su voz; sus bromas; toda ella, en fin, menuda, esbelta, con su sencillo vestido negro, debía suscitar en aquellos hombres, simples y severos, una sensación de enternecimiento y alegría. Mirándola cada uno debía pensar: «Dios nos ha enviado un ángel...». Y, sintiendo que cada uno sin querer lo pensaba, ella sonreía con más afabilidad aun y trataba de parecer un pajarillo.

Después de tomar el té y descansar un poco, salió a dar un paseo. El sol se había puesto ya. El *parterre* del monasterio envolvía

a la princesa con la húmeda fragancia de la reseda, recién regado; desde la iglesia llegó el suave canto de voces masculinas que, a lo lejos, parecía muy agradable y triste. Se cantaban las vísperas. En las oscuras ventanas, donde parpadeaban quedamente las lucecitas de los candiles; en las sombras; en la figura del anciano monje, sentado en el atrio junto al icono con cepillo, había tanta sosegada paz que la princesa sintió ganas de llorar...

Mientras tanto, del otro lado del portón, en la alameda formada por el muro y los abedules, ya era de noche. El aire se oscurecía rápidamente... La princesa dio algunos pasos por la alameda, se sentó en un banco y se quedó pensando.

Pensaba en que no estaría mal instalarse para siempre en este monasterio donde la vida es apacible e imperturbable como una noche de verano; que no estaría mal olvidarse por completo del ingrato y corrompido príncipe, de sus propias enormes riquezas, de los acreedores que la molestaban todos los días, de sus penas, de su doncella Dasha, cuya cara tenía expresión insolente aquella mañana. Podría quedarse sentada durante toda la vida, aquí, sobre el banco, mirando, a través de los abedules, cómo los jirones de la niebla crepuscular vagan al pie de la montaña; cómo a lo lejos, por encima del bosque, los grajos vuelan hacia el lugar de descanso nocturno, formando una nube negra, semejante a un velo; cómo dos novicios -uno montando un caballo pío y otro a pie- conducen los caballos a pastar y, contentos por la libertad, hacen travesuras como dos chicos; sus voces juveniles resuenan claramente en el aire inmóvil y se puede distinguir cada palabra. Qué agradable es quedarse sentada así escuchando el silencio: ora sopla el viento rozando las cimas de los abedules, ora la rana hace un leve murmullo en la hojarasca; ora el reloj del campanario toca un cuarto de hora... Quedarse así inmóvil, escuchar y pensar, pensar, pensar...

Pasó una vieja con alforjas. La princesa pensó que no estaría mal detener a esa vieja y decirle algo cariñoso y cordial, ayudarla en algo... Pero la vieja no se dio vuelta ni una sola vez y dobló la esquina.

Poco tiempo después apareció en la alameda un hombre alto, de canosa barba y con un sombrero de paja. Pasando frente a la princesa, se quitó el sombrero y la saludó, y por su pronunciada calva y su

afilada nariz aguileña la princesa reconoció en él al médico Mijail Ivanovich, quien cinco años antes prestó servicio en su propiedad Dubovki. Recordó que alguien le había dicho que el año pasado se le había muerto la mujer y tuvo ganas de compadecerlo y consolarlo.

-Doctor ¿parece que no me reconoce? -le preguntó con afable sonrisa.

-Sí, princesa, la reconocí -dijo el médico, volviendo a quitarse el sombrero.

-Ah, gracias. Pensé que también usted se había olvidado de su princesa. La gente sólo se acuerda de sus enemigos, mientras que se olvida de sus amigos... ¿Vino usted aquí para orar un poco?

-Todos los sábados paso la noche aquí, por necesidad. Vine para atender enfermos.

-Y bien ¿cómo le va? -preguntó la princesa, suspirando-. Me dijeron que ha fallecido su esposa. ¡Qué desgracia!

-Sí, princesa, para mí es una gran desgracia.

-¡Qué se le va a hacer! Debemos soportar las desgracias con resignación. Sin la voluntad de la providencia no cae un solo pelo de la cabeza del hombre.

-Sí, princesa.

A la afable y dulce sonrisa de la princesa y a sus suspiros el médico respondía fría y secamente: «Sí, princesa». También la expresión de su rostro era fría y seca.

«¿Qué más podría decirle?», pensó la princesa.

-¡Cuánto tiempo hace ya que no nos vemos! -dijo-. ¡Cinco años! Durante este lapso de tiempo cuántas aguas llegaron al mar, cuántos cambios se produjeron, ¡hasta da miedo pensarlo! Sabrá usted ya que me casé... la condesa se convirtió en princesa. Y entonces ya tuve tiempo para separarme de mi marido.

-Sí, he oído hablar.

-Dios me mandó muchas pruebas. Probable-'mente haya oído usted también que estoy casi arruinada. Por las deudas de mi desdichado marido han vendido mis propiedades de Dubovki, Kiriakovo y Sofino. Me quedaron solamente las aldeas Baranovo y Mijaltsevo. Da miedo mirar para atrás, ¡cuántos cambios, desgracias de toda índole, cuántos errores!

-Sí, princesa, muchos errores.

La princesa se sintió algo confundida. Conocía sus errores, pero éstos eran de carácter tan íntimo que ella sola podía pensar en ellos y hablar de ellos. Sin poder contenerse, le preguntó:

-¿En qué errores piensa usted?

-Usted los ha mencionado, quiere decir que los conoce... -respondió el doctor con una sonrisa-. ¿Para qué vamos a hablar de ellos?

-No, no, dígame, doctor. ¡Le estaré muy agradecida! Y, por favor, no haga ceremonias conmigo. Me gusta escuchar la verdad.

-¿Quién soy yo para juzgarla, princesa? -juzgar? El tono con que lo dice significa que sabe algo. ¡Dígamelo!

-Lo haré si lo desea. Pero, lamentablemente, no sé hablar bien y no siempre se me puede entender.

El doctor pensó durante un rato y comenzó diciendo:

-Son muchos los errores, pero, propiamente dicho, el principal de ellos es, a mi juicio, la atmósfera general que... que reinaba en todas sus propiedades. Ya ve usted que no sé expresarme. Quiero decir que lo principal era el desamor, el asco hacia la gente que se sentía literalmente en todas las cosas. Sobre este acto estaba edificado todo su sistema de vida. El asco hacia la voz humana, las caras, las nucas, los pasos... en una palabra, hacia todo lo que compone al hombre. En todas las puertas y en las escaleras están apostados los lacayos, satisfechos, groseros y perezosos, que no dejan entrar a las personas mal vestidas; en el vestíbulo se hallan alineadas las sillas de altos respaldos para que los criados -durante los bailes y las recepciones- no manchen con sus nucas el empapelado de las paredes; en todas las habitaciones hay gruesas alfombras para anular el ruido de los pasos humanos; a cada uno que entra se le advierte sin falta que debe hablar en voz baja y lo menos posible y que no debe decir nada que pueda hacer daño a la imaginación y los nervios. Y en su despacho no suelen dar la mano al visitante ni lo invitan a sentarse, de la misma manera como ahora no me tendió usted la mano ni me invitó a tomar asiento...

-¡Sírvase, si desea! -dijo la princesa, tendiendo la mano y sonriendo-. En verdad, enojarse por semejante bagatela...

-¿Acaso estoy enojado? -rió el doctor, pero acto seguido se quitó el sombrero y, agitándolo, prosiguió, con las mejillas

encendidas-: Hablando con franqueza, hace ya tiempo que esperaba una oportunidad para decirle todo... Quiero decir que usted mira a la gente de modo napoleónico, por lo menos, tenía una idea, cualquiera que fuese, mientras que usted, aparte del asco, ¡no tiene nada!

-¿Yo tengo asco por la gente? -sonrió la princesa, encogiéndose de hombros, sorprendida-. ¿Yo?

-¡Sí, usted! ¿Necesita hechos? ¡Ahí los tiene! En su aldea Mijaltsevo viven de limosna tres antiguos cocineros suyos que en sus cocinas perdieron la vista a causa del intenso calor de los hornos. Cuanto había de sano, fuerte y atractivo en la extensión de las docenas de miles de *deciatinas*(15) fue transformado por usted y por sus gorrones en criados, lacayos, cocheros. Todas esas bípedas bestias se educaron en el servilismo, hartaron sus apetitos, endurecieron, perdieron, en una palabra, la imagen y semejanza humanas... A jóvenes médicos, agrónomos, maestros e intelectuales en general se les aparta, Dios mío, de sus tareas, del trabajo honesto, y los obligan, por un pedazo de pan, a participar en toda clase de comedias de marionetas que hacen avergonzar a cualquier persona decente. Algunos jóvenes no alcanzan a permanecer tres años en el servicio cuando ya son hipócritas, aduladores y alcahuetes... ¿Acaso está bien eso? Sus administradores polacos, esos espías infames, los Casimiros y Caetanos, merodean de la mañana a la noche por las decenas de miles de deciatinas y, para complacerla, tratan de sacarle tres cueros a un buey. Perdone, me expreso en forma desordenada, pero no importa. En sus dominios, las gentes sencillas no se consideran como personas. Y aun los príncipes, los condes y los obispos que la visitaban sólo fueron reconocidos por usted en su aspecto decorativo y no como hombres. Pero lo principal... lo que más me indigna es que, poseyendo una fortuna millonaria, no haya hecho nada por la gente, ¡nada!

La princesa estaba sorprendida, asustada, ofendida, y no sabía qué decir ni cómo portarse. Nunca nadie habló con ella en tono semejante. La desagradable y enojada voz del médico y su torpe y entrecortado discurso provocaban en sus oídos y en su cabeza un

15. Una *deciatina*: 1092 hectáreas.

ruido agudo y martilleante; luego le pareció que el doctor, gesticulando, le pegaba en la cabeza con su sombrero.

-¡No es verdad! -observó en voz baja y suplicante-. Hice mucho bien a la gente, ¡usted mismo lo sabe!

-¡Vamos! -gritó el doctor-. ¿Aún sigue considerando usted su actividad benéfica como una cosa seria y útil y no como una comedia de títeres? Fue una comedia desde el principio hasta el fin, un jugar al amor del prójimo, un juego tan visible que lo entendían hasta los niños y las campesinas estúpidas. Tenemos como ejemplo (¿cómo se llamaba?) su extraña casa-hogar para ancianas solas, donde se me obligó a ser algo así como el médico jefe y donde usted misma fue la tutora de honor. ¡Dios mío, qué bonita institución! Construyeron una casa con pisos de parquet y con la veleta en el tejado; juntaron en la aldea una docena de viejas y las obligaron a dormir bajo las mantas de muletón y sobre las sábanas de lienzo holandés y a comer caramelos.

El doctor rió con malicia, cubriéndose la cara con el sombrero, y prosiguió de prisa y tartamudeando:

-¡Era un juego! El personal subalterno del asilo escondía las mantas y las sábanas, guardándolas bajo candado, para que las viejas no las ensuciaran -¡que duerman en el suelo estas brujas!-. Las viejas no se atrevían a sentarse en la cama, ni a ponerse la blusa, ni a dar un paso por el encerado parquet. Todo se reservaba para la parada y se escondía de las viejas como si éstas fueran ladrones; las ancianas se alimentaban y vestían clandestinamente, pidiendo limosna, y rogaban día y noche a Dios para que las liberara de la reclusión y de los benéficos sermones de los bien alimentados bribones a quienes usted había encargado el cuidado de las viejas. ¿Y qué hacía el personal superior? ¡Es algo delicioso! Unas dos veces por semana, al anochecer, llegan al galope treinta y cinco mil emisarios y anuncian que la princesa, o sea usted, hará mañana una visita al asilo. Esto significa que mañana yo debo dejar a los enfermos, vestirme y acudir a la parada. Bien, acudo. Las viejas, con ropas nuevas y limpias, están alineadas en fila y esperan. Cerca de ellas anda una rata de guarnición en retiro, el encargado, con su melosa sonrisa de alcahuete. Las viejas bostezan y cambian miradas, sin atreverse a protestar. Esperamos. Viene al galope el segundo administrador.

Media hora después, el primer administrador; luego el jefe de la oficina y más tarde alguien más y más... ¡sin fin! Todos tienen rostros solemnes y misteriosos. Esperamos y esperamos, apoyándonos ya sobre un pie, ya sobre el otro y mirando furtivamente el reloj, todo ello en un silencio sepulcral, ya que todos estamos peleados y nos odiamos. Pasa una hora, otra, y por fin, a lo lejos aparece un coche y... y...

El doctor lanzó una carcajada chillona y dijo con vocecita aguda:

-¡Usted baja del coche y las viejas brujas, obedeciendo la orden de la rata de guarnición, se pone a cantar: «Cuán glorioso es nuestro Señor...». ¡No está mal!

El doctor se echó a reír con voz de bajo y agitó la mano como deseando mostrar que a causa de la risa no podía pronunciar una sola palabra. Reía pesada y ásperamente, con los dientes apretados, como ríen las personas malignas, y por su voz, su cara y sus ojos, brillantes y algo insolentes, uno podía percatarse de que despreciaba profundamente a la princesa, al asilo y a las viejas. No había nada de risible ni alegre en lo que él había contado tan torpemente, y sin embargo, rió con placer y hasta con alegría.

-¿Y la escuela? -prosiguió, jadeando de tanto reír-. ¿Recuerda cómo quiso usted en persona enseñar a los hijos de los mujiks? Seguramente enseñó muy bien, porque al poco tiempo todos los chicos huyeron, de modo que hubo necesidad de azotarlos y aun pagarles para que asistieran a sus clases. ¿Y recuerda cuando usted quiso alimentar con el biberón a los niños de pecho, cuyas madres trabajaban en el campo? Usted andaba por la aldea y lloraba porque no había niños a su disposición: las madres se los llevaban consigo al campo. Luego el alcalde del pueblo ordenó a las madres dejar a sus chicos por turno, para que usted se divirtiera con ellos. ¡Qué cosa tan rara! Todos huían de sus favores como los ratones huyen del gato. ¿Y por qué? Muy sencillo. No porque nuestro pueblo fuese ignorante e ingrato, como usted trató de explicarlo siempre, sino porque en sus acciones, perdóneme la expresión, no hubo un ápice de amor ni de piedad. Sólo hubo deseo de divertirse con muñecos vivos y nada más... El que no sabe distinguir entre un hombre y un

perro de lanas, no debe ocuparse de beneficencia. ¡Le aseguro que entre la gente y los perros de lanas hay una gran diferencia!

A la princesa le latía terriblemente el corazón, sentía ruido en los oídos y le parecía siempre que el doctor le golpeaba la cabeza con su sombrero. El doctor hablaba rápidamente en forma vehemente y torpe,
tartamudeando y con excesiva gesticulación; ella sabía solamente que estaba escuchando a un hombre grosero, mal educado, ingrato y malo, pero no entendía qué quería de ella y de qué hablaba.

-¡Váyase! -dijo con voz llorosa, levantando los brazos para proteger su cabeza del sombrero del médico-. ¡Váyase!

-¡Y cómo trata usted a sus empleados! -siguió indignándose el doctor-. No los considera personas humanas y los trata como a pillos de la peor calaña. Por ejemplo, permítame preguntarle, ¿por qué me ha despedido? Trabajé diez años para su padre; luego para usted, sin conocer días festivos ni permisos; merecí el respeto de todo el mundo en cien verstas a la redonda, y, de pronto, un buen día, me anuncia que ya no estoy más a su servicio. ¿Por qué? Todavía no lo entiendo. Soy doctor en medicina, pertenezco a la nobleza, fui estudiante de la Universidad de Moscú, soy padre de familia y sin embargo ¡soy un bicho tan insignificante y pequeño que se me puede echar a patadas sin darme ninguna explicación! ¿Para qué tantas ceremonias? Más tarde me enteré de que mi mujer, sin que yo lo supiera, había ido tres veces a verla, pero usted no la quiso recibir. Dicen que lloró en el vestíbulo. Y esto no se lo voy a perdonar nunca a la difunta. ¡Nunca!

El doctor se calló y apretó los dientes tratando intensamente de encontrar alguna cosa muy desagradable y vengativa para decir. Al recordar algo, su ceñudo y frío rostro se iluminó de repente.

-Hablemos, aunque sea de sus relaciones con este monasterio -dijo con vehemencia-. Jamás tuvo usted piedad de nadie y cuanto más sagrado es el lugar, más probabilidad existe de que no se salve de su misericordia y de su dulzura angelical. ¿Por qué viene usted aquí? ¿Qué busca entre los monjes?, permítame que le pregunte. ¿Qué le importa Hécuba a usted y qué le importa usted a Hécuba?(16) De

---

16. En el acto II de Hamlet, tragedia de Shakespeare, el príncipe, asombrado por las lágrimas del comediante exclama: “Y qué es Hécuba para él, o él para Hécuba que así tenga que llorar sus infortunios?”

nuevo una diversión, un juego, un sacrilegio con respecto a las personas. Usted no cree en el Dios de los monjes; en su corazón tiene usted a su propio dios, hasta el cual ha llegado con su propia inteligencia durante las sesiones de espiritismo; mira con condescendencia los ritos de la iglesia, no va a misa ni a las vísperas, duerme hasta el mediodía... ¿Para qué, entonces, viene usted aquí? Va a un monasterio extraño con su propio dios y se imagina que el monasterio lo considera como un gran honor para sí. ¡Qué va! A propósito, ¿por qué no pregunta a cuánto les salen a los monjes sus visitas? Usted efectuó su llegada hoy al anochecer, pero anteayer ya había llegado un jinete enviado por la administración suya para hacer el preanuncio de su viaje. Durante todo el día de ayer le estuvieron preparando los aposentos y la esperaron. Hoy llegó la vanguardia: una camarera insolente, que a cada momento cruza corriendo el patio, hace ruido, fastidia con sus preguntas, da órdenes... ¡no lo puedo ver! Los monjes estaban alerta todo el día porque, pobres de ellos si no la reciben con una ceremonia, ¡se quejará usted al obispo! «No me quieren los monjes, eminencia. No sé lo que puedo haberles hecho. Es verdad, soy una gran pecadora, ¡pero soy tan desdichada!». Ya un monasterio tuvo una reprimenda por usted. El prior es un hombre sabio, ocupado; no tiene un minuto libre y usted lo llama a sus habitaciones a cada momento, sin respetar ni su vejez ni su jerarquía. Si por lo menos hiciera muchas donaciones, no sería tan enojoso, ¡pero en todo ese tiempo los monjes no han recibido de usted ni cien rublos!

Cuando molestaban a la princesa, no la entendían, la ofendían y cuando ella no sabía qué decir y qué hacer, generalmente se ponía a llorar. También ahora se cubrió, por fin, la cara y rompió a llorar con fina vocecita infantil. El doctor se calló de golpe y la miró. Su cara se volvió sombría y severa.

-Perdóneme, princesa -dijo con voz sorda-. Me dejé llevar por un mal sentimiento. Eso no está bien.

Tosiendo con aprensión y olvidando ponerse el sombrero, el médico se alejó rápidamente de la princesa.

En el cielo ya parpadeaban las estrellas. Del otro lado del monasterio seguramente salía la luna, ya que el cielo aparecía claro, transparente, suave. A lo largo del blanco muro del monasterio volaban sigilosamente los murciélagos.
El reloj dio lentamente los tres cuartos de alguna hora. Eran quizá las nueve menos cuarto. La princesa se levantó y se dirigió despacio hacia el portón. Se sentía ofendida y lloraba, le parecía que los árboles, las estrellas y los murciélagos le tenían lástima; y que el reloj había tocado en esta forma melódica para compadecerla. Llorando, pensaba en lo grato que sería recluirse en un monasterio para toda la vida: en los apacibles crepúsculos de verano pasearía por las alamedas, solitarias, ofendida, no comprendida por los hombres y sólo Dios y el cielo estrellado verían las lágrimas de la mártir. En la iglesia aún proseguía el oficio de la víspera. La princesa se detuvo y escuchó el canto; ¡Qué bien resonaba en el oscuro e inmóvil aire! ¡Qué agradable era sufrir y llorar al son de este canto!

De regreso en sus habitaciones, observó su cara llorosa en el espejo y se empolvó; luego se sentó a comer. Los monjes sabían que le gustaba el esturión en escabeche, las pequeñas setas, el málaga y los pastelillos de miel que dejan en la boca un olor a ciprés, y en cada visita suya le servían todo eso. Comiendo las setas y bebiendo el málaga, la princesa se imaginaba totalmente arruinada y abandonada, y ya veía cómo todos sus administradores, mayordomos, oficinistas y camareros, a los cuales ella había hecho tantos favores, la traicionarían, diciéndole groserías, y cómo todos los hombres que habitan sus tierras, la atacarían, haciéndola objeto de calumnias y burlas; ella renunciará a su título de princesa, al lujo, a la sociedad; se recluirá en un monasterio sin decir a nadie una sola palabra de reproche; rezará por sus enemigos y entonces todo el mundo la comprenderá y vendrá a pedirle perdón, pero ya va a ser demasiado tarde...

Después de la cena se arrodilló en el rincón ante la imagen y leyó dos capítulos del Evangelio. Luego la doncella le abrió la cama y ella se acostó. Desperezándose bajo la blanca colcha, suspiró dulce y hondamente, como se suspira después de llorar, cerró los ojos y empezó a dormirse...

Por la mañana se despertó y miró su relojito; eran las nueve y media. Sobre la alfombra, junto a la cama, se extendía una estrecha franja de intensa luz procedente del rayo que trataba de penetrar por la ventana y apenas iluminaba la habitación. Detrás de la negra cortina, en la ventana, zumbaban las moscas.

«¡Temprano!», pensó la princesa y cerró los ojos.

Desperezándose con deleite en la cama, recordó el encuentro de la víspera con el doctor, y todas las ideas con las cuales se había dormido; recordó que era desdichada. Luego acudieron a su mente su marido, residente en Petersburgo, los administradores, los médicos, los vecinos, los funcionarios conocidos... Una larga fila de conocidas caras masculinas pasó velozmente por su imaginación. Pensó, sonriendo, que si estos hombres supieran penetrar en su alma y comprenderla, todos estarían a sus pies...

A las once y cuarto llamó a la doncella.

-Ayúdeme a vestirme, Dasha -le dijo con languidez-. Aunque primero vaya a decir que preparen los caballos. Tengo que ir a casa de Claudia Nikolaievna.

Al salir de las habitaciones para subir al carruaje, cerró los ojos a causa de la intensa luz solar y rió, contenta, ¡el día era magnífico! Observando con los ojos entrecerrados a los monjes que se habían reunido junto al atrio para despedirla, los saludó afablemente con repetidas inclinaciones de cabeza y dijo:

-¡Adiós, amigos míos! ¡Hasta pasado mañana!

Se sintió agradablemente sorprendida al notar que junto a los monjes se encontraba también el médico. Su cara estaba pálida y severa.

-Princesa -dijo, quitándose el sombrero y sonriendo con aire culpable- hace rato que la estoy esperando aquí. Perdóneme, por amor de Dios... Me arrastró anoche un sentimiento malo, vengativo, y le dije un montón de estupideces. En una palabra, le pido perdón.

La princesa sonrió afectuosamente y tendió la mano hacia los labios del doctor. Éste la besó, ruborizándose.

Tratando de parecer un pajarillo, la princesa subió al coche con un movimiento ligero y saludó reiteradamente con la cabeza a todo el mundo. En su alma todo era alegría, luz y calor y ella misma sentía que

su sonrisa era en extremo dulce y cariñosa. Al ponerse en marcha el carruaje hacia el portón, y luego por el polvoriento camino a lo largo de las izbas y los jardines, pasando a las caravanas de los *chumakos*(17) y las extendidas filas de los peregrinos que se dirigían al monasterio, ella sonreía aún dulcemente, entornando los ojos. Pensaba en que no había gozo superior al de llevar consigo el calor, la luz y la alegría, el de perdonar las ofensas y sonreír afablemente a los enemigos. Los mujiks que se encontraban por el camino la saludaban, el coche producía un suave murmullo, de las ruedas se elevaban nubes de polvo llevadas por el viento hacia el centeno dorado, y a la princesa le parecía que su cuerpo se balanceaba no sobre los cojines del carruaje, sino sobre las nubes y que ella misma semejaba una leve, transparente nubecilla...

-¡Soy feliz! -murmuraba, cerrando los ojos-. ¡Soy feliz!

17. *Chumakos*: Campesinos que transportaban sal y pescado desde las regiones del Don y de Crimea.

Zínochka

El grupo de cazadores pasaba la noche sobre unas brazadas de fresco heno en la isla de un simple mujik. La luna se asomaba por la ventana, en la calle se oían los tristes acordes de un acordeón, el heno despedía un olor empalagoso, un tanto excitante. Los cazadores hablaban de perros, de mujeres, del primer amor, de becadas. Después que hubieron pasado detenida revista a todas las señoras conocidas y que hubieron contado un centenar de anécdotas, el más grueso de ellos, que en la oscuridad parecía un haz de heno y que hablaba con la espesa voz propia de un oficial de Estado Mayor, dejó escapar un sonoro bostezo y dijo:

-Ser amado no tiene gran importancia: para eso han sido creadas las mujeres, para amarnos. Pero díganme: ¿ha sido alguno de ustedes odiado, odiado apasionada, rabiosamente? ¿No han observado alguna vez los entusiasmos del odio?

No hubo respuesta.

-¿Nadie, señores? -siguió la voz de oficial de Estado Mayor-. Pues yo fui odiado por una muchacha muy bonita y pude estudiar en mí mismo los síntomas del primer odio. Del primero, señores, porque aquello era precisamente el polo opuesto del primer amor. Por lo demás, lo que voy a contarles sucedió cuando yo aún no tenía noción alguna ni del amor ni del odio. Entonces tenía ocho años, pero esta circunstancia no hace al caso: lo principal, señores, no fue él, sino ella. Pues bien, presten atención. Una hermosa tarde de verano, poco antes de ponerse el sol, estaba yo con mi institutriz Zínochka, una criatura muy agradable y poética, que acababa de terminar sus estudios, repasando las lecciones. Zínochka miraba distraída a la ventana y decía:

-Bien. Aspiramos oxígeno. Ahora dígame, Petia: ¿qué exhalamos?

-Óxido de carbono -contesté yo, mirando a la misma ventana.

-Bien -asintió Zínochka-. Las plantas hacen lo contrario: absorben óxido de carbono y desprenden oxígeno. El óxido de carbono es lo que hay en agua de Seltz y en el tufo que se desprende del *samovar*... Es un gas muy venenoso. Cerca de Nápoles se

encuentra la Cueva del Perro, en la que se desprende óxido de carbono; cuando un perro entra en ella, no puede respirar y se muere.

Esta desgraciada Cueva del Perro de cerca de Nápoles es el límite de los conocimientos de química que ninguna institutriz se atreve a traspasar. Zínochka defendía siempre con gran calor las ciencias naturales, pero de la química apenas si sabía algo más que lo de esta cueva.

Bueno, me mandó que lo repitiera. Así lo hice. Me preguntó qué es el horizonte. Yo contesté. Y en el patio, mientras nosotros rumiábamos lo del horizonte y la cueva, mi padre se preparaba para ir de caza. Los perros ladraban, los caballos se removían impacientes y coqueteaban con los cocheros, los criados cargaban el cochecillo con toda clase de paquetes. Había también otro coche en el que tomaron asiento mi madre y mis hermanas, que iban a la hacienda de los Ivanitski, donde celebraban un cumpleaños. Sin contarme a mí en casa se quedaban Zínochka y mi hermano mayor, entonces estudiante, a quien le dolían las muelas. ¡Pueden imaginarse mi envidia!

-Así pues, ¿qué aspiramos? -preguntó Zínochka, mirando a la ventana.

-Oxígeno...

-Sí, y se llama horizonte el lugar en que nos parece que la tierra se junta con el cielo...

Pero ambos coches se pusieron en marcha... Vi cómo Zínochka sacaba del bolsillo un papelito, lo arrugaba nerviosamente y se lo apretaba contra la sien. Luego se puso roja y miró el reloj.

-Recuerde, pues -dijo-: cerca de Nápoles está la Cueva del Perro... -miró de nuevo el reloj y prosiguió-, donde nos parece que el cielo se junta con la tierra...

La pobrecilla, muy agitada, dio unos pasos por la habitación y miró de nuevo el reloj. Hasta el fin de la lección quedaba aún más de media hora.

-Ahora pasemos a la aritmética -dijo, respirando fatigosamente y pasando con mano temblorosa las páginas del libro de problemas-. Resuelva el número 325, yo... volveré ahora...

Salió. Oí que bajaba la escalera, y luego vi por la ventana su vestido azul que cruzaba por el patio y desaparecía en el portillo del

jardín. La rapidez de sus movimientos, el rubor de sus mejillas y la agitación de que daba muestras, me intrigaron. ¿Adónde había ido? ¿Para qué? Yo era muy precoz y no tardé en comprenderlo todo: ¡había ido al jardín para, valiéndose de la ausencia de mis severos padres, hartarse de frambuesas o cerezas! En tal caso, ¡diablos!, también yo iría a coger cerezas. Dejé el libro de problemas y corrí al jardín. Me acerqué a los cerezos, pero allí no estaba. Dejando atrás los groselleros y la choza del guarda, se dirigía hacia el estanque, pálida y temblando al más pequeño ruido. La seguí, tratando de que no me viera, y me encontré, señores, con lo siguiente. En la orilla del estanque, entre dos robustos y viejos sauces, estaba Sasha, mi hermano mayor; no daba muestras de que le doliesen las muelas. Al mirar a Zínochka que se le acercaba, todo él parecía resplandecer como un sol de felicidad. Y Zínochka, como si la llevasen a la Cueva del Perro y la obligasen a respirar óxido de carbono, iba hacia él moviendo apenas las piernas, respirando fatigosamente y con la cabeza echada hacia atrás… Todo denotaba que era la primera vez en toda su vida que acudía a una cita. Pero acabaron por juntarse… Durante unos instantes se miraron en silencio como sin dar crédito a sus ojos. Luego, cierta fuerza empujó a Zínochka por la espalda, puso las manos en los hombros de Sasha e inclinó la cabeza sobre el chaleco de mi hermano. Sasha se reía, balbuceaba algo inconexo y, con la torpeza del hombre muy enamorado, tomó con ambas manos la cara de Zínochka. El tiempo, señores, era maravilloso… El altozano tras el que se ocultaba el sol, los dos sauces, las verdes orillas, el cielo, todo esto, con Sasha y Zínochka, se reflejaba en el estanque. Pueden imaginarse la quietud que reinaba alrededor. Sobre los dorados carices volaban millones de mariposas de largas antenas, al otro lado del huerto pasaba la dula. En una palabra, como para pintar un cuadro.

De todo aquello lo único que yo comprendí es que Sasha besaba a Zínochka. Esto era una inconveniencia. Si mamá llegara a saberlo los dos se ganarían una buena reprimenda. Con un sentimiento de vergüenza que no sabría explicarme, volví al cuarto de las lecciones, sin esperar al fin de la cita. Con el libro de problemas ante mí, pensé en todo aquello. Por mi cara se deslizaba una triunfal sonrisa. Por una parte, me era agradable ser dueño de un secreto ajeno; por otra,

también era muy agradable la conciencia de que unas autoridades como Sasha y Zínochka podían ser en cualquier momento denunciadas por infracción de las conveniencias mundanas. Eso lo podía hacer yo. Ahora estaban en mis manos y su tranquilidad dependía por completo de mi generoso espíritu. ¡Ya verían lo que era bueno!

Cuando me hube acostado, Zínochka, según su costumbre, entró en mi cuarto para comprobar si estaba bien tapado y si había hecho mis oraciones. Miré su rostro bonito y feliz con una sonrisa irónica. El secreto pugnaba por salir al exterior. Era necesario dejar escapar una reticencia y disfrutar con el efecto.

-¡Lo sé! -dije con una risita.

-¿Qué es lo que sabe?

-¡Ji, ji! Vi cuando usted y Sasha se besaban junto a los sauces. La seguí y lo vi todo...

Zínochka se estremeció toda roja y, abrumada por mis palabras, se dejó caer en la silla sobre la que estaban el vaso de agua y la palmatoria.

-Vi cómo... se besaban... -repetí con la risita de antes y disfrutando con su turbación-. ¡Hola! Se lo diré a mamá.

La cobarde Zínochka me miró atentamente y, convencida de que, en efecto, lo sabía todo, se apoderó desesperada de mi mano y balbuceó con un susurro tembloroso:

-Petia, eso es una acción muy baja... Se lo suplico, por Dios... Ha de ser un hombre... no lo diga a nadie... Las personas decentes no se dedican a espiar... Es una vileza... se lo suplico...

La pobre temía más que al fuego a mi madre, una señora virtuosa y severa. Esto, por una parte. Por otra, mi cara sonriente no podía por menos de profanar su primer amor, un amor puro y poético. Pueden, pues, imaginarse el estado de su espíritu. Por culpa mía no durmió en toda la noche y a la mañana siguiente se presentó a la hora del té con ojeras... Después del desayuno, al encontrarme con Sasha, no resistí a la tentación de presumir y reírme de él:

-¡Lo sé! Ayer vi cómo te besabas con mademoiselle Zina.

Sasha me miró y dijo:

-Eres un imbécil.

No era tan pusilánime como Zínochka, y por eso no se produjo el deseado efecto. Eso me aguijoneó todavía más. Si Sasha no se había asustado, era porque no creía que yo lo hubiera visto todo. ¡Pues ya nos veríamos las caras!

Durante las lecciones, hasta la hora de la comida, Zínochka no me miró y no cesaba de tartamudear. En vez de meterme el resuello en el cuerpo, trataba de ganarse mis favores, poniéndome sobresalientes y sin quejarse a mi padre de mis travesuras. Dada mi precocidad, yo exploté el secreto como me venía en ganas: no estudié las lecciones, anduve por la habitación con los pies por alto y le dije cuantas insolencias quise. En una palabra, si hubiera seguido así hasta hoy, me habría convertido en un perfecto chantajista.

En fin, pasó una semana. El secreto ajeno me instigaba y atormentaba como si se me hubiese clavado una espina en el alma. Ardía en deseos de revelarlo y de gozar del efecto. Y en cierta ocasión, durante la comida, cuando teníamos muchos invitados, miré con malicia a Zínochka, dejé escapar una estúpida risita y dije:

-Lo sé... ¡Ji, ji! Lo vi...

-¿Qué es lo que sabes? -preguntó mi madre.

Yo miré con más malicia todavía a Zínochka y Sasha. ¡Había que ver cómo enrojeció la muchacha y cómo brillaron de cólera los ojos de Sasha! Yo me mordí la lengua y no seguí adelante. Zínochka acabó por ponerse pálida, apretó los dientes y ya no probó bocado. Aquel día, durante la clase de la tarde, advertí un profundo cambio en la cara de Zínochka. Me pareció más severo, más frío, como de mármol, y sus ojos me miraban a la cara con una mirada extraña. Palabra de honor, ni siquiera en los perros que dan alcance al lobo vi nunca unos ojos como aquéllos. Comprendí muy bien su expresión cuando en plena clase apretó los dientes y me dijo rabiosa:

-¡Le aborrezco! ¡Es usted asqueroso, repugnante! ¡Si supiera cómo le odio, cómo me desagradan su cabeza pelada al cero y sus orejas de soplillo!

Pero al instante se asustó y dijo:

-No me refiero a usted, estaba ensayando un papel...

Luego, señores, por la noche vi que ella se acercaba a mi cama y durante largo rato estuvo mirándome a la cara. Me odiaba apasionadamente y no podía vivir sin mí. La contemplación de mi

odiada cara era para ella una necesidad. Por lo demás, recuerdo que la noche era hermosa... Olía a heno, todo estaba quieto, etc. La luna brillaba. Yo caminaba por la avenida y pensaba en el dulce de cerezas. De pronto, Zínochka, pálida y hermosa, se me acercó, me agarró del brazo y, jadeante, empezó a explicarse:

-¡Cómo te odio! ¡A nadie he deseado tanto mal como a ti! ¡Recuérdalo! ¡Quiero que lo comprendas!

¿Se dan cuenta? La luna, el pálido rostro ardiendo apasionadamente, la quietud... Hasta a mí, un pequeño cerdo, me era agradable. La escuché y la miré a los ojos... En un principio me gustó aquello por la novedad, pero luego, dominado por el miedo, lancé un grito y, corriendo con todas mis fuerzas, escapé hacia la casa.

Decidí que lo mejor era quejarse a mamá. Y me quejé, contándole de paso cómo Sasha y Zínochka se habían besado. Yo era un estúpido y no sabía a qué consecuencias iba esto a llevar; de otro modo, habría guardado el secreto... Mamá, después de oírme, se puso roja de indignación y dijo:

-Eres muy joven para hablar de estas cosas... Aunque, ¡qué ejemplo para los niños!

Mi mamá era no sólo virtuosa, sino también una mujer de mucho tacto. Para no originar un escándalo, no echó a Zínochka al momento, sino poco a poco, de una manera sistemática, como saben hacerlo las personas honestas, pero intolerantes. Cuando Zínochka se marchó de casa, su última mirada fue para la ventana donde yo estaba, y les aseguro que hasta ahora la recuerdo.

Zínochka no tardó en convertirse en la esposa de mi hermano. Es Zinaída Nikoláievna, a quien ustedes conocen. Volví a verla cuando ya estaba en la Academia Militar. A pesar de todos sus esfuerzos, le era imposible identificar al bigotudo cadete con el odioso Petia, pero, aun así, no me trató como a un pariente... Incluso ahora, con mi calva, mi pacífico vientre y mi sumiso aspecto, sigue mirándome de soslayo y no se siente tranquila cuando me acerco a ver a mi hermano. Evidentemente, el odio no se olvida, lo mismo que el amor... ¡Vaya! Oigo cantar al gallo. Buenas noches. ¡Quieto, Milord!

Una desgracia

SOFIA PETROVNA, ESPOSA del notario Lubiántsev, una mujer joven y hermosa, de unos veinticinco años, paseaba lentamente por el cortafuego del bosque con el abogado Ilín, vecino suyo de veraneo. Eran algo más de las cuatro de la tarde. Sobre la franja talada se habían condensado unas nubes blancas y esponjosas; por debajo de ellas aparecían, aquí y allá, retazos de un cielo intensamente azul. Las nubes permanecían inmóviles, como prendidas en la cima de los altos y viejos pinos. No se movía una hoja, el aire era sofocante.

A lo lejos, la franja quedaba cortada por el pequeño terraplén de la línea del ferrocarril; en aquella ocasión andaba por allí, vaya a saber por qué, un centinela armado con un fusil. Inmediatamente después del terraplén, se veía el blanco edificio de una iglesia de seis cúpulas con las planchas del tejado cubiertas de herrumbre…

—No esperaba encontrarle a usted aquí —decía Sofia Petrovna mirando al suelo y moviendo con la punta de la sombrilla las hojas del año anterior—, pero ahora estoy contenta de haberle encontrado. Necesito hablar con usted seria y definitivamente. Se lo ruego, Iván Mijáilovich, si usted realmente me ama y me respeta, ¡ponga fin a sus persecuciones! Me sigue usted como una sombra, siempre me mira con ojos aviesos, me declara su amor, me escribe cartas extrañas y… ¡y no sé cuándo va a terminar todo esto! Dígame, ¿a qué puede conducir? ¡Dios mío!

Ilín callaba. Sofia Petrovna dio todavía unos pasos y prosiguió:

—Y este cambio brusco se ha producido en usted en unas dos o tres semanas, tras cinco años de conocernos. ¡No le reconozco, Iván Mijáilovich!

Sofia Petrovna miró de reojo a su acompañante. Él, entrecerrando los ojos, contemplaba atentamente las esponjosas nubes. La expresión de su rostro era iracunda, encaprichada y distraída, como la del hombre que sufre y, al mismo tiempo, se ve obligado a escuchar sandeces.

—¡Me sorprende que usted mismo no lo pueda comprender! —prosiguió Lubiántseva, encogiéndose de hombros—. Comprenda que está usted ideando un juego no muy bonito que digamos. Yo estoy casada, amo y respeto a mi marido… tengo una hija… ¿Es posible que

para usted todo esto no cuente en absoluto? Además, como viejo amigo mío, conoce usted mi punto de vista sobre la familia... sobre los cimientos de la familia en general...

Ilín carraspeó con cierto despecho y suspiró.

—Los cimientos de la familia... —balbuceó—. ¡Oh, Dios!

—Sí, sí... Amo a mi marido, le respeto y, en cualquier caso, estimo la paz familiar. Antes me dejaré matar que ser la causa de la desgracia de Andréi y de su hija... Por el amor de Dios, se lo ruego, Iván Mijáilovich, déjeme en paz. Seamos, como antes, buenos amigos, acabe con todos estos suspiros y ayes que no le cuadran. ¡Decidido y zanjado! Ni una palabra más sobre el asunto. Hablemos de otra cosa.

Sofia Petrovna volvió a lanzar otra mirada de soslayo al rostro de Ilín. Él seguía mirando hacia lo alto, estaba pálido y se mordía, irritado, los trémulos labios. Lubiántseva no comprendía por qué se ponía furioso ni de qué se indignaba, pero su palidez la conmovió.

—No se enfade, seamos amigos... —dijo con ternura—. ¿De acuerdo? Aquí tiene mi mano.

Ilín tomó con sus dos manos la manita regordeta de ella y se la llevó, despacio, a los labios.

—No soy un colegial —balbuceó—. No me seduce en lo más mínimo la amistad con la mujer amada.

—¡Basta, basta! Decidido y zanjado. Hemos llegado al banco, sentémonos...

A Sofia Petrovna se le llenó el alma de una dulce sensación de tranquilidad: lo más difícil y vidrioso ya estaba dicho, la dolorosa cuestión estaba ya resuelta y terminada. Ahora ya podía ella respirar sin angustia y mirar a Ilín directamente a la cara. Le miró y un sentimiento egoísta de superioridad de la mujer amada sobre el enamorado le inundó el alma como una dulce caricia. Le agradaba que aquel hombre fuerte, un verdadero gigantón, de rostro viril y enojado, de gran barba negra, inteligente, culto y, según dicen, de talento, se hubiera sentado, obediente, a su lado y hubiera bajado la cabeza. Permanecieron dos o tres minutos sentados, en silencio.

—Todavía no hay nada resuelto ni zanjado... —empezó Ilín—. Usted me habla como si estuviera leyendo un librito de moral: "Amo y respeto a mi marido... los cimientos de la familia...". Todo esto lo

sé sin usted, y aún puedo decirle más. Le digo con toda sinceridad y honradez que considero mi conducta delictiva e inmoral. ¿Qué más puede pedirse? Pero ¿a qué decir lo que de todos es sabido? En vez de soltar frases huecas, mejor sería que me explicara: ¿qué debo hacer?

—Ya se lo he dicho: ¡haga un viaje!

—Ya he salido cinco veces, usted lo sabe muy bien, y las cinco he vuelto a medio camino. Puedo mostrarle los billetes de los trenes directos, los conservo todos. ¡No tengo suficiente voluntad para huir de su lado! Lucho, lucho terriblemente, pero ¿para qué diablos sirvo yo, si carezco de temple, si soy débil y apocado? ¡No puedo luchar contra la naturaleza! ¿Comprende? ¡No puedo! Huyo de aquí, pero ella me retiene por los faldones. ¡Maldita, abominable impotencia!

Ilín se puso colorado, se levantó y echó a andar junto al banco.

—¡Rabio como un perro! —refunfuñó, apretando los puños—. ¡Me odio, me desprecio! Dios mío, me arrastro, como un jovenzuelo depravado, tras una esposa ajena, escribo cartas idiotas, me humillo... ¡eh!

Ilín se agarró la cabeza, carraspeó y se sentó.

—¡Y encima, su falta de sinceridad! —prosiguió con amargura—. Si está usted contra mi juego, nada bonito, ¿por qué ha venido aquí? En mis cartas le pido solo una respuesta categórica y franca: sí o no. Y usted, en vez de darme una respuesta franca, ¡se las arregla todos los días para encontrarse "casualmente" conmigo y me suelta citas de un librito de moral!

Lubiántseva se asustó y se puso como la grana. Experimentó de pronto una desazón como la que sienten las mujeres honradas cuando alguien las sorprende desnudas.

—Diríase que tiene usted sospechas de que yo trame un juego... —balbuceó ella—. Yo siempre le he dado a usted una respuesta franca y... ¡y hoy le he suplicado!

—¡Bah! ¿Acaso se suplica, en estas cuestiones? Si de buen comienzo me hubiese dicho: "¡Largo de aquí!", haría tiempo que me habría largado, pero usted no me lo ha dicho. No me ha respondido francamente ni una sola vez. ¡Extraña indecisión! Como hay Dios, o está usted jugando conmigo o...

Ilín dejó la frase sin concluir y apoyó la cabeza en los puños. Sofia Petrovna empezó a rememorar su conducta, desde el comienzo

hasta el fin. Recordó que todos aquellos días no solo de hecho, sino incluso en sus más recónditos pensamientos, se había rebelado contra el galanteo de Ilín. Reconocía, sin embargo, que en las palabras del abogado había una pizca de verdad. Pero no sabía cuál era esa verdad, y por más que pensara no supo qué decir a Ilín en respuesta a su queja. Callar resultaba incómodo, y dijo, encogiéndose de hombros:

—Encima seré yo la culpable.

—No la culpo por su falta de sinceridad —suspiró Ilín—. Se lo he dicho así porque se me ha ocurrido… Su falta de sinceridad es natural y está en el orden de las cosas. Si las personas se pusieran de acuerdo y se volvieran de pronto sinceras, todo se iría al diablo.

Sofia Petrovna no se sentía con muchos deseos de filosofar, pero se alegró de que se le presentara una oportunidad para variar de conversación.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque solo son sinceros los salvajes y los animales. Dado que la civilización ha introducido en la vida la necesidad de algo tan cómodo como es, por ejemplo, la virtud de la mujer, la sinceridad está fuera de lugar…

Ilín, enojado, se puso a hurgar en la arena con el bastón. Lubiántseva le estaba escuchando sin comprender mucho de lo que él le decía, pero la conversación le gustaba. Le gustaba, en primer lugar, que un hombre de talento hablase con ella, una mujer como muchas, y que tratara de "problemas complicados", y, además, le proporcionaba una gran satisfacción observar los movimientos de aquel rostro joven, pálido, animoso y aún enfadado. Muchas cosas no las comprendía, y, sin embargo, para Lubiántseva resultaba clara aquella hermosa valentía del hombre contemporáneo, la valentía con que él, sin titubear y sin turbarse en lo más mínimo, resolvía grandes problemas y establecía conclusiones definitivas.

De pronto la mujer se dio cuenta de que le estaba admirando y se asustó.

—Perdone, pero no le comprendo —se apresuró a decir—, ¿por qué se ha puesto a hablar de la falta de sinceridad? Se lo ruego una vez más: sea un buen amigo, de buen corazón, ¡déjeme en paz! ¡Se lo pido con toda sinceridad!

—Está bien ¡seguiré luchando! —suspiró Ilín—. Lo haré de buen grado... Pero difícilmente sacaré nada de mi lucha. O me meteré una bala en la frente o... me pondré a beber de la manera más estúpida. ¡Nada bueno me espera! Todo tiene sus límites, también los tiene la lucha contra la naturaleza. Dígame, ¿cómo se puede luchar contra la locura? Si uno bebe vino, ¿cómo logrará vencer la excitación? ¿Qué puedo hacer yo si su imagen se ha clavado en mi alma y se yergue de manera obsesiva ante mis ojos, día y noche, como ahora este pino? Bueno, explíqueme, ¿qué hazaña he de llevar a cabo para liberarme de ese estado abyecto y desdichado, cuando todos mis pensamientos, deseos y sueños no me pertenecen a mí, sino a cierto diablo que ha tomado posesión de mi ser? Yo la amo, la amo hasta el punto de haber salido de mis carriles, he abandonado mi trabajo y a mis amigos. ¡Me he olvidado de Dios! ¡En mi vida había amado así!

Sofia Petrovna, que no esperaba semejante viraje, inclinó el cuerpo, como alejándose de Ilín, y le miró, asustada, la cara. Vio las lágrimas apuntándole en los ojos, los labios trémulos, una expresión famélica y suplicante que se le había derramado por todo el rostro.

—¡La amo! —balbuceaba él, acercando sus ojos a los grandes ojos asustados de ella—. ¡Es usted tan hermosa! Sufro, aunque le juro que me pasaría toda la vida sentado aquí, sufriendo y mirándola a los ojos. Pero... ¡cállese, se lo suplico!

Sofia Petrovna, como cogida por sorpresa, comenzó a pensar deprisa, muy deprisa, con qué palabras podría detener a Ilín. "¡Me iré!", decidió, pero no había tenido tiempo aún de iniciar un movimiento para levantarse, cuando Ilín se había hincado de rodillas a sus pies... Le abrazaba las piernas, la miraba a la cara y hablaba con pasión, con ardor, con elocuencia. El miedo y el vértigo impedían a Sofia Petrovna oír las palabras del hombre; no sabía por qué, en ese momento de peligro, cuando las rodillas se le doblaban agradablemente, como en un baño tibio, la mujer buscaba con cierta malignidad viperina un sentido a sus sensaciones. La ponía furiosa que todo su ser, en vez de alzarse con la protesta de la virtud, estuviera colmado de una sensación de impotencia, de pereza y de vacío, como le ocurre al borracho a quien nada le arredra. Solo en el fondo del alma cierto lejano pedacito se burlaba malignamente como diciendo: "¿Por qué no te vas? ¿Tiene que ser así, pues? ¿Sí?".

Buscando un sentido en sí misma, no comprendía por qué no había retirado la mano a la que Ilín se había pegado como una sanguijuela, ni a qué santo se apresuraba ella a mirar, al mismo tiempo que Ilín, a derecha e izquierda por si alguien estuviera observando. Pinos y nubes permanecían inmóviles y miraban severos, a la manera de los viejos preceptores, que ven la travesura, pero se comprometen, por dinero, a no denunciarla a la dirección. El centinela se había quedado plantado, como un poste, en el terraplén y, al parecer, miraba hacia el banco.

"¡Que mire!", pensó Sofia Petrovna.

—Pero... pero ¡escúcheme! —articuló ella, por fin, con acento desesperado—. ¿A qué conducirá todo esto? ¿Qué sucederá después?

—No lo sé, no lo sé... —musitó él, agitando la mano como para liberarse de pensamientos desagradables.

Se oyó el silbido ronco y temblón de una locomotora. Este sonido frío y ajeno de la vida cotidiana sobresaltó a Lubiántseva.

—No tengo tiempo... ¡es la hora! —dijo ella, levantándose rápidamente—. Llega el tren... ¡Viene Andréi! Ha de cenar.

Sofia Petrovna se volvió, con el rostro encendido, hacia el terraplén. Primero se arrastró despacio la locomotora, tras ella aparecieron los vagones. No era el tren de cercanías, como creía Lubiántseva, sino uno de carga. Los vagones, en largo rosario, como los días de la vida humana, se extendieron, uno tras otro, sobre el blanco fondo de la iglesia, ¡parecían no tener fin!

Pero he aquí que el tren terminó de pasar y el último vagón, con los faroles y el guardafrenos, desapareció tras el follaje. Sofia Petrovna dio bruscamente media vuelta y, sin mirar a Ilín, retrocedió a toda prisa por el claro del bosque. Ya se había dominado. Roja de vergüenza, ofendida no por Ilín, no, sino por su propia falta de carácter, por la desvergüenza con que ella, una mujer virtuosa y honesta, había permitido que un extraño le abrazara las rodillas, no pensaba más que en llegar cuanto antes a su casa de veraneo, junto a su familia. El abogado apenas podía seguirla. Al dejar el claro doblando por un estrecho sendero, ella le echó una mirada tan rápida que solo le vio las rodillas polvorientas, y le hizo un signo con la mano para que no la siguiera.

Ya en su casa, Sofia Petrovna permaneció unos cinco minutos inmóvil en su habitación, mirando ora la ventana ora su mesa de escribir…

—¡Infame! —se insultaba—. ¡Infame!

A despecho de sí misma, recordaba con todos los detalles, sin ocultar nada, que todos aquellos días se había opuesto a los galanteos de Ilín, pero se había sentido inclinada a ir a su encuentro para tener una explicación con él; más aún, cuando él se había arrodillado a sus pies, Sofia Petrovna había experimentado un placer insólito. Lo recordaba todo, sin compadecerse, y, muerta de vergüenza, ganas sentía de darse unas bofetadas.

"Pobre Andréi —pensaba, procurando imprimir en su rostro una expresión lo más tierna posible al recordar a su marido—. ¡Varia, mi pobre niñita, no sabe qué madre tiene! ¡Perdonadme, queridos! Os quiero mucho… ¡mucho!".

Y, deseando probarse a sí misma que todavía era una buena esposa y una buena madre, que la corrupción aún no había atacado los "cimientos" de que había hablado a Ilín, Sofia Petrovna corrió a la cocina y se puso a gritarle a la cocinera por no haber preparado aún la mesa para Andréi Ilich. Se esforzaba en imaginarse el aspecto cansado y hambriento del marido, cómo le dirigiría en voz alta palabras de compasión y cómo le serviría con sus propias manos la cena, cosa que nunca hacía. Después fue a buscar a su hija Varia, la levantó en brazos y la abrazó con calor. La pequeña le parecía pesada y fría, pero no quería confesárselo, y se puso a explicarle cuán bueno, honesto y cariñoso era su papá.

En cambio, cuando poco después llegó Andréi Ilich, apenas le saludó. La oleada de sentimientos afectados se había desvanecido sin haberle demostrado nada; solo la había irritado y enfurecido por su falsedad. Sofia Petrovna estaba sentada junto a la ventana, sufría, se enojaba. Solo cuando los golpea la desgracia los hombres pueden comprender cuán difícil es dominar los propios sentimientos y pensamientos. Sofia Petrovna contaba, luego, que se había producido en ella "tal revoltijo, que le resultaba tan difícil entender algo como contar una bandada de gorriones en vuelo veloz". Al ver, por ejemplo, que no se alegraba de la llegada del marido, que no le gustaba la

manera en que él se conducía en la mesa, llegó de súbito a la conclusión de que empezaba a odiarle.

Andréi Ilich, decaído por el hambre y la fatiga, atacó el salchichón, mientras esperaba que le sirvieran la sopa, y lo comió con avidez, masticando ruidosamente y moviendo las sienes.

"Dios mío —pensaba Sofia Petrovna—, yo le amo y lo respeto, pero... ¿por qué mastica de manera tan repugnante?".

En sus pensamientos la confusión no era menor que en sus sentimientos. Lubiántseva, como todas las personas poco experimentadas en la lucha contra los pensamientos desagradables, se aplicaba con todas sus fuerzas a no pensar en su desventura, pero cuanto más celo ponía en su esfuerzo, tanto más nítida aparecía en su mente la imagen de Ilín, el polvo de sus rodillas, las esponjosas nubes, el tren...

"¿Por qué he ido hoy, estúpida de mí?", se atormentaba. "¿Es posible que no pueda fiarme de mí misma?".

El miedo tiene los ojos grandes. Cuando Andréi Ilich terminaba de comer su último plato, ella ya había tomado una firme decisión: ¡contárselo todo al marido y huir del peligro!

—Andréi, he de hablar contigo seriamente —empezó a decir después de la cena, cuando su marido se quitaba la levita y las botas altas para echarse a descansar.

—Tú dirás.

—¡Vayámonos de aquí!

—Hum... ¿Adónde? Es pronto aún para volver a la ciudad.

—No, hagamos un viaje o algo por el estilo...

—Un viaje... —balbuceó el notario, desperezándose—. También yo sueño con esto, pero ¿de dónde saco el dinero y a quién confío el bufete?

Luego, tras reflexionar un poco, añadió:

—Realmente, te aburres. ¡Vete tú de viaje, si quieres!

Sofia Petrovna estuvo de acuerdo, pero enseguida pensó que Ilín se alegraría de la oportunidad, y que haría el viaje con ella, en el mismo tren, en el mismo vagón... Cavilaba y contemplaba a su esposo, ya harto, pero aún decaído. Sin saber por qué, detuvo su mirada en los pies de él, minúsculos, casi femeninos, enfundados en calcetines a rayas, de cuyas puntas sobresalían unos hilos...

Tras la cortina desplegada, zumbaba y se daba golpes contra el cristal un abejorro. Sofia Petrovna contemplaba los hilos, escuchaba el zumbido del insecto e imaginaba cómo haría el viaje... Ilín se queda sentado *vis-à-vis* día y noche, sin apartar de ella los ojos, enojado por su impotencia y pálido por dolores del alma. Se llama joven depravado, la regaña, se tira de los cabellos, pero, cuando se hace la oscuridad, aprovecha un momento en el que los pasajeros se adormecen o bajan en una estación, se hinca ante ella de rodillas y le abraza las piernas, como entonces, junto al banco...

Se dio cuenta de que estaba soñando...

—Escucha, ¡sola no me voy! —dijo ella—. ¡Tienes que hacer el viaje conmigo!

—¡Sófochka, deja de fantasear! —suspiró Lubiántsev—. Hay que ser serio y desear solo lo posible.

"¡Me acompañarás, cuando te enteres!", pensó Sofia Petrovna.

Decidida a hacer un viaje a toda costa, se sintió fuera de peligro. Poco a poco se ordenaron sus pensamientos, se puso de buen humor y hasta se permitió pensar en todo; como quiera que pienses, como quiera que sueñes, ¡es necesario partir! Mientras el marido dormía, fue oscureciendo... Sofia Petrovna estaba en el salón, tocando el piano. La animación vespertina que reinaba al otro lado de las ventanas, los sones de la música, pero, sobre todo, la idea de que era una mujer muy sensata y había sabido vencer al mal, acabaron alegrándola definitivamente. Otras mujeres en su lugar, le decía su conciencia tranquilizada, con toda probabilidad no habrían resistido, se habrían dejado arrastrar por el torbellino; ella, en cambio, casi se muere de vergüenza, había sufrido y ahora escapaba de un peligro que, quizá, ni siquiera existía. La conmovía tanto su virtud y su decisión que hasta se contempló unas tres veces en el espejo.

Cuando ya había oscurecido, llegaron las visitas. Los hombres se retiraron al comedor para jugar a las cartas; las damas ocuparon el salón y la terraza. El último en presentarse fue Ilín. Estaba triste, sombrío, como enfermo. Se sentó en el extremo del diván y no se levantó de allí en toda la velada. Por lo común alegre y parlanchín, esa vez permanecía callado, fruncido el ceño, y se restregaba los ojos. Cuando se veía obligado a responder a una pregunta, sonreía con gran esfuerzo, solo con el labio superior, y respondía de manera

entrecortada e iracunda. Unas cinco veces quiso decir agudezas, pero le salieron desabridas e impertinentes. Sofia Petrovna le creía próximo al histerismo. Solo ahora, sentada al piano, comprendió por primera vez que aquel desdichado no estaba para bromas, que tenía el alma enferma y no sabía dónde meterse. Por ella aquel hombre echaba a perder los mejores días de su carrera y de su juventud, se gastaba el último dinero veraneando, había abandonado a su suerte a madre y hermanas, y, aún más importante, se consumía en atormentadora lucha consigo mismo. El más simple sentido de humanidad obligaba a tratarlo en serio...

De todo esto tenía Sofia Petrovna clara conciencia, hasta que le dolió el corazón, y, si en ese momento se hubiera acercado a Ilín y le hubiera dicho "¡no!", en su voz habría habido una fuerza a la que resultaría difícil no doblegarse. Pero no se le acercó, no dijo nada, ni siquiera pensó hacerlo... Al parecer, nunca la mezquindad y el egoísmo de su joven naturaleza se había manifestado con tanta fuerza como durante esa velada. Comprendía que Ilín era desdichado, que estaba en el diván como sentado sobre brasas. Ella sufría por él, pero, al mismo tiempo, la presencia del hombre, que la amaba hasta el tormento, llenaba su alma de un sentimiento de triunfo, de la sensación de su fuerza. Tenía conciencia de su propia juventud, de su hermosura, de su inexpugnable seguridad, y —¡había hecho bien al decidir partir!— dio rienda suelta a su voluntad en aquella velada. Coqueteaba, reía sin cesar, cantaba con especial sentimiento, llena de inspiración. Todo la alegraba, todo le resultaba cómico. Le daba risa recordar el episodio del banco y al centinela que observaba. Le parecían cómicos los invitados, las agudezas desabridas de Ilín, el alfiler que este llevaba en la corbata y que le veía por primera vez. El alfiler representaba una serpiente roja con ojitos de diamante. Tan cómico le parecía aquel alfiler, que habría estado dispuesta a besarlo.

Sofia Petrovna cantaba excitada, con entusiasmo desgarrador, unas romanzas que elegía —habríase dicho que escarbando en el dolor ajeno— tristes, melancólicas, romanzas donde se hablaba de esperanzas perdidas, del pasado, de la vejez... "Y la vejez se acerca cada día más...", cantaba. Pero ¿qué le importaba a ella, la vejez?

"Parece que me está ocurriendo algo poco encomiable...", pensaba de vez en cuando entre risas y canciones.

Las visitas se despidieron a medianoche. El último en irse fue Ilín. Sofia Petrovna tuvo aún arrestos suficientes para acompañarle hasta el último peldaño de la terraza. Sentía ganas de comunicarle que partiría con su marido y de ver qué efecto le producía la noticia.

La luna se había escondido tras las nubes, pero la claridad era suficiente para que Sofia Petrovna viera que el viento le sacudía a él los faldones del abrigo, y agitaba las cortinas de la terraza. Se distinguía, asimismo, cuán pálido estaba Ilín y cómo contraía el labio superior, esforzándose en sonreír.

—Sonia, Sónechka... ¡adorada mía! —balbuceó sin dejarla hablar—. ¡Hermosa mía!

En un arranque de ternura, con lágrimas en la voz, derramaba en sus oídos palabras acariciadoras, a cuál más tierna, y la trataba de "tú", como si fuera su esposa o su amante. Inesperadamente para ella, él la abrazó de pronto, con una mano por el talle y con la otra le cogió el codo.

—Querida, encanto mío... —balbuceó, besándola en el cuello, cerca de la nuca—, sé sincera, ¡vente ahora conmigo!

Ella se desprendió del abrazo y levantó la cabeza para dar rienda suelta a su indignación y enfurecerse, pero la indignación no apareció y toda su cacareada virtud y su pureza le bastó para decir una frase que en análogas circunstancias dicen todas las mujeres corrientes:

—¡Se ha vuelto usted loco!

—De verdad, ¡vámonos! —prosiguió Ilín—. Ahora, y también allí, junto al banco, me he convencido de que usted, Sonia, es tan incapaz de resistir como yo... ¡Tampoco a usted le espera nada bueno! Usted me ama y regatea infructuosamente con su conciencia...

Al ver que ella se alejaba, la agarró por la manga de encaje y acabó de decidir, a toda prisa:

—Si no es hoy, será mañana, pero ¡tendrá que ceder! ¿A qué viene, pues, esta dilación? Mi querida, mi adorada Sonia, la sentencia está dictada, ¿para qué aplazar su ejecución? ¿Para qué engañarse a sí misma?

Sofia Petrovna se libró de él y se deslizó ligera por la puerta. De vuelta en el salón, cerró maquinalmente el piano, permaneció un buen rato contemplando la viñeta de un cuaderno de música y se sentó. No podía ni estar de pie ni pensar... De todo su fuego y de su

excitación no quedaba en ella más que una espantosa debilidad, con una sensación de pereza y de hastío. La conciencia le susurraba que durante aquella velada se había comportado mal, tontamente, como una jovencita alocada, que hacía un momento se había dejado abrazar en la terraza y que aún notaba una sensación de malestar en el talle y junto al codo. En el salón no había nadie, solo ardía una vela. Lubiántseva permanecía sentada en el taburete redondo, inmóvil ante el piano, como si esperara algo. Y como si se aprovechara de su extremo decaimiento y de la oscuridad, un deseo pesado, irresistible, empezó a apoderarse de ella. Como una boa, ese deseo le iba encadenando los miembros y el alma, iba creciendo a cada instante, y ya no la amenazaba, como antes, sino que se erguía ante ella claramente, en toda su desnudez.

Media hora estuvo así, sentada, sin moverse y sin poner traba alguna a sus pensamientos sobre Ilín. Después se levantó perezosa y se dirigió al dormitorio, arrastrando los pies. Andréi Ilich ya se había acostado. Ella se sentó ante la ventana abierta y se abandonó al deseo. Ya no tenía "confusión" alguna en la cabeza, todos sus sentimientos y pensamientos se apretujaban acordes en torno a un objetivo claro. Aún intentó luchar, pero abandonó enseguida… Ahora comprendía cuán fuerte e implacable era el enemigo. Para luchar contra él se precisaba fuerza y energía, pero el nacimiento, la educación y la vida no le habían dado nada en que apoyarse.

"¡Inmoral! ¡Infame!", se insultaba a sí misma por su impotencia. "Así eres tú, ¿eh?".

Hasta tal punto se indignaba ante esa impotencia su honestidad ofendida, que Sofia Petrovna se aplicó a sí misma cuantas palabras injuriosas conocía, se recriminó con palabras hirientes y humillantes. Se decía que nunca había sido honesta, que si no había caído antes era porque no había tenido ocasión, que aquella lucha suya de todo el día no había sido más que una diversión y una comedia…

"Admitamos que he luchado —pensaba—, pero ¡qué lucha es esta! También las que se venden luchan antes de venderse, pero a pesar de todo se venden. Bonita lucha: ¡en un día se ha cortado, como la leche! ¡En un día!".

Se convenció también de que no era el sentimiento lo que la arrastraba fuera de la casa, ni era la personalidad de Ilín, sino la

curiosidad por las sensaciones que la esperaban... ¡Era una veraneante ávida de diversión, como tantas otras!

“A la ma-a-dre le mataron a un pollue-e-lo pequeñín”, cantó alguien fuera con ronca voz de tenor.

“Si he de irme, ha llegado la hora”, pensó Sofia Petrovna. De pronto el corazón se le puso a latir con espantosa fuerza.

—¡Andréi! —casi gritó—. Escucha, nosotros... iremos de viaje, ¿verdad?

—Sí... Ya te lo he dicho: ¡vete sola!

—Pero escucha... —articuló ella—, ¡si no vas conmigo, corres el riesgo de perderme! Me parece que yo... ¡estoy enamorada!

—¿De quién? —preguntó Andréi Ilich.

—¡Qué te importa a ti, de quién! —gritó Sofia Petrovna.

Andréi Ilich se levantó, dejó colgar los pies al borde de la cama y miró sorprendido la ensombrecida figura de su mujer.

—¡Fantasías! —bostezó él.

No podía creerlo, pero, a pesar de todo, se asustó. Después de haber reflexionado un poco y de haber hecho algunas preguntas intrascendentes a su mujer, expuso sus opiniones acerca de la familia, de la infidelidad... Habló sin poner en ello el alma unos diez minutos y se acostó. Su sermón no tuvo éxito. ¡Son muchas las opiniones que se sostienen en este mundo y una buena mitad de ellas pertenecen a individuos que no se han encontrado nunca en situaciones difíciles!

Pese a lo avanzado de la hora, al otro lado de las ventanas aún había veraneantes. Sofia Petrovna se echó sobre los hombros una talma ligera, permaneció unos momentos de pie, cavilando... Aún tuvo valor para decir a su soñoliento marido:

—¿Duermes? Voy a dar una vuelta... ¿Me acompañas?

Era su última esperanza. Como no obtuvo respuesta, salió. Soplaba el viento, el aire era fresco. Ella no se daba cuenta del viento ni de la oscuridad, caminaba, caminaba... Una fuerza invencible la empujaba y parecía que, si ella se detuviera, algo le daría un empellón por la espalda.

—¡Inmoral! —balbuceaba maquinalmente—. ¡Infame!

Se ahogaba, se moría de vergüenza, no notaba dónde ponía los pies, pero lo que la empujaba hacia adelante era más fuerte que su vergüenza, que su razón, que su miedo.

Iván Matveievitch

Son las seis de la tarde. Uno de nuestros sabios más conocidos, cuyo nombre no hace al caso—le llamaremos sencillamente el Sabio—, está en su despacho impacientándose y mordiéndose las uñas.

—Es inconcebible—dice, y no cesa de mirar el reloj a cada momento—. Esto es no respetar ni el trabajo ni el tiempo ajenos; en Inglaterra un hombre semejante no ganaría ni un penique y tendría que morirse de hambre. ¡Ya verás cómo te voy a arreglar!

El Sabio siente la necesidad de hablar y desahogarse. Acércase a la puerta que comunica con el aposento de su mujer, y luego entra.

— ¡Oye, Katia! —exclama con indignación—. Si ves a Pedro Dmitrievitch, dile que su modo de proceder no es digno de un caballero. ¡Esto es abominable! Recomienda a un copista sin conocerlo. El mozuelo viene diariamente una o dos horas más tarde de lo convenido. ¿Es esto trabajar? Cuando llegue, lo trataré como a un perro, no le pagaré, le despediré; con gente así no hay que gastar contemplaciones.

—Lo dices todos los días y, sin embargo, él sigue viniendo.

— ¡Hoy he tomado mi resolución! ¡He perdido demasiado por su culpa! Tienes que disculparme; pero le insultaré y gritaré como un carretero.

Por fin se oye el timbre. El Sabio dirígese hacia el recibimiento, el pecho erguido, la cabeza levantada, la cara seria... Al lado de la percha está su copista, joven de diez y ocho años, de cara larga y pálida, vestido con un gabán usado. Limpia cuidadosamente sus botas en la estera, procurando ocultar a la criada un gran agujero, por el cual asoma el calcetín blanco. Viendo entrar al Sabio, sonriese ingenuamente, como suelen sonreírse los niños o la gente muy bondadosa.

— ¡Buenas tardes! —le dice alargándole su mano grande y húmeda—. ¿Cómo sigue su garganta?

— ¡Iván Matveievitch! —dice con voz temblorosa el hombre de ciencia haciendo un paso atrás y cruzando los brazos—. ¡Iván Matveievitch!

Luego se abalanza sobre el copista, le coge por los hombros y le sacude débilmente.

— ¡Qué hace usted! —prosigue con desesperación—. ¡Usted es un hombre malo, abominable! ¿Qué hace usted conmigo? Usted se burla de mí. ¡Confiéselo!

— ¿Qué? ¿Qué dice usted?

— ¿Se atreve usted a preguntármelo? Bien sabe usted que no puedo perder el tiempo, a pesar de lo cual llega usted siempre con retraso. Hoy se ha retrasado usted dos horas.

—Es que no vengo directamente de mi casa—balbucea Iván Matveievitch, e indeciso se desata la bufanda—. Es el santo de mi tía, que vive a unos seis kilómetros de aquí.

—Usted no tiene sentido común. Se pasa usted el tiempo rodando por las casas de sus tíos, desatendiendo mi trabajo urgente. ¡Por Dios, acábese de quitar esa bufanda! ¡Esto es insoportable!

El Sabio se abalanza de nuevo sobre el copista y le ayuda a desenredar su tapabocas.

— ¡Venga pronto, se lo ruego!

Sonándose con su pañuelo sucio, arreglándose su chaquetilla gris, Iván Matveievitch atraviesa la sala y el salón y penetra en el gabinete.

Todo está preparado: el papel, la pluma y hasta los cigarrillos.

—Siéntese, siéntese de una vez —dice el Sabio con impaciencia—. Usted sabe bien que el trabajo que hay que hacer es urgente, y no obstante llega tarde.

El Sabio paséase por la habitación, concéntrase y dicta:

«El hecho radica... coma... en su radicación uniforme... ¿Ha escrito usted?... uniforme... depende del mismo principio... coma... en cuyas profundidades tiene sus raíces, y de ellas solamente puede tomar su encarnación... otra línea... Un punto, naturalmente... Las causas socialísticas son más uniformes que las políticas... coma...»

—Los colegiales ahora usan otro uniforme... gris...—murmura Iván Matveievitch—; en mis tiempos el uniforme era mejor.

—Déjese de observaciones, escriba—exclama encolerizado el Sabio—. Escriba... políticas... ¿Lo ha escrito usted?... tratándose de los cambios de las funciones gubernativas... y de las nuevas condiciones de vida de los trabajadores... coma... ¿Qué decía usted del colegio?

—Que cuando yo estudiaba el uniforme era muy diferente al de ahora.

— ¡Ah... bueno!... ¿Cuándo terminó usted sus estudios en el colegio?

—Ayer se lo conté. Tres años ha que no estudio.

— ¿Y por qué dejó usted de ir al colegio? —pregunta el Sabio, repasando lo escrito por Iván Matveievitch.

— Por causas particulares.

—Otra vez debo repetírselo, Iván Matveievitch. ¿Cuándo abandonará usted la costumbre de escribir tan ancho? En cada línea no
ha de haber menos de cuarenta letras.

—¿Cree usted que lo hago a propósito? En cambio, en otras líneas pongo más de cuarenta letras... las puede usted contar... Como no sea así, disminuya mi sueldo.

—Pero si no se trata de eso. ¡Qué poco deli cado es usted! Por la menor cosa insiste usted en hablar de dinero. Lo importante es el orden,
sí señor, el orden... Usted se tiene que acostumbrar al orden.

Entra la doncella con el servicio de te en una bandeja. Iván Matveievitch coge torpemente un vaso y empieza a beber. El te está ardiente. Para no quemarse, Iván Matveievitch lo toma a pequeños sorbos. Come un bizcocho, luego otro; un tercero, y alarga tímidamente la mano para coger otro más. Su manera ruidosa de sorber y de mascar exasperan al Sabio.

—Acabe usted, acabe usted; el tiempo es precioso.

—Siga usted dictando; yo puedo escribir y beber al mismo tiempo. A decir verdad, tengo hambre.

—Naturalmente, puesto que viene usted andando.

—En efecto, ¡qué tiempo tan malo! En mi país es ya la primavera.

—¿Es usted del Mediodía?

—De la provincia del Don. En marzo se siente allí calor. Aquí hay que llevar pellizas; allí todo está verde..., hasta se puede cazar tarántulas.

— ¿Para qué las cogía usted?

—Para pasar el rato. Es un entretenimiento muy divertido. Se amarra un pedacito de pez en una guita y se introduce en una madriguera; el maldito bicho se enfada, coge la guita con las patas y se queda pegado... ¿Sabe usted qué hacíamos con ellas? Las poníamos en una vasija con una bihorca.

—¿Qué es una bihorca?

—Es una especie de araña que se parece a la tarántula. Luchando puede matar a cien tarántulas.

—Sin embargo, tenemos que seguir escribiendo... ¿Dónde estábamos?

El Sabio dicta unas veinte líneas más y se queda reflexionando.

En el intervalo, Matveievitch esfuérzase en arreglar el cuello de su camisa. La corbata está floja, el botón se ha caído y el cuello ábrese constantemente.

— Oiga—pregunta el Sabio—, ¿encontró usted por fin su empleo?

—No por cierto... Es cosa difícil... He decidido ingresar en el ejército como voluntario.

Verdad es que mi padre prefiere que yo practique en una farmacia.

—Lo mejor sería que ingresara usted en la Universidad... Los exámenes son duros; pero trabajando se puede conseguir algo. Estudie... lea... ¿Tiene usted libros?

—Muy pocos —contesta Iván Matveievitch encendiendo un cigarrillo.

— ¿Ha leído usted a Turguenef?

—No.

—¿Y a Gogol?

—Tampoco.

— ¿Cómo? ¿No ha leído usted nada de Go gol? ¿Es esto posible? Usted, joven tan simpático, tan original, y no ha leido nada de Gogol. Tiene usted que leerlo. Le daré sus obras. Absolutamente tiene usted que leerlo, si no me enfadaré.

Otra vez se hace el silencio. El Sabio está recostado en un canapé y reflexiona. Iván Matveievitch deja el cuello de su camisa y se fija en sus botas. No había notado que éstas, al deshelarse la nieve pegada en las suelas, habían producido dos charcos. Está confuso.

—Las ideas no vienen a mi mente—dice el Sabio—. Me parece que es usted también aficionado a cazar pajaritos.

—En el otoño; aquí no, pero en mi tierra.

—Muy bien... Es necesario escribir.

El Sabio se pone en pie y vuelve a su dictado; mas al cabo de algunas líneas siéntase de nuevo en el sofá.

—Dejémoslo para mañana. Venga usted temprano, a las diez. Guárdese bien de retrasarse.

Iván Matveievitch deja la pluma, levántase y se sienta en otra silla.

Cinco minutos de silencio. El joven sabe que tiene que marcharse, que está demás; pero el gabinete del Sabio está tan claro, tan confortable y tan caliente; la impresión de los bizcochos y del te azucarado es tan viva, que su corazón se oprime a la idea de tener que regresar a su casa, donde le aguardan la miseria, el hambre, el frío, los regaños del padre... Todo aquí es tranquilo, todo respira paz. Hasta hay quien se interesa por sus pájaros y sus tarántulas.

El Sabio mira el reloj y coge un libro.

— ¿Así, pues, me dará usted las obras de Gogol?— dice Iván Matveievitch disponiéndose a marchar.

—Sí, se las daré; mas no tenga usted prisa, hombre; cuénteme usted algo.

Iván Matveievitch vuélvese a sentar. Una sonrisa ilumina su cara. Casi todas las veladas las pasa en el gabinete del Sabio. En la voz y en la mirada del último hay tanta amabilidad y bondad, que a veces Iván Matveivitch imagínase que el Sabio tiene una verdadera afición por él y que si le riñe por llegar tarde es porque se aburre al no escuchar sus habladurías y los relatos de su vida en las márgenes del Don.

Dos valientes

El agrimensor Gleb Gavrilovitch Smirnof llega a la estación de Gniluchki. Unos trece kilómetros le separan de la hacienda adonde se dirige; esto admitiendo que el cochero no esté borracho y que los caballos no sean unos rocines, en cuyo caso el trayecto equivaldrá a 50 kilómetros.

-Hágame el favor de indicarme dónde podría alquilar un coche -le dijo el agrimensor a un guardia de Seguridad.

-¿Un coche? En cien leguas a la redonda no hallará usted nada que parezca un coche... Pero ¿adónde va usted?

-A Defkino, la finca del general Jojotof.

-Le aconsejo que vaya a la posada que hay detrás de la estación, en la cual paran a veces los lugareños con sus carros. Trate usted de que alguno de ellos lo conduzca -le dice bostezando el guardia.

El agrimensor suspira y se dirige lentamente a la posada. Después de muchas averiguaciones, dudas y coloquios, logra ponerse de acuerdo con un carretero enorme, mohino y picado de viruelas que viste un andrajoso capote.

-¡Valiente carro el tuyo! El diablo en persona no alcanzaría a decir cuál es su parte trasera y la delantera -exclama el agrimensor encaramándose en el vehículo.

-Ello no es muy difícil de saber. Donde está la cola del caballo es la parte de adelante, y donde se sienta vuestra señoría es la parte de atrás.

El caballo es joven, pero flaco, con piernas torcidas y orejas desmesuradas. Al primer latigazo el rocín menea la cabeza sin moverse del sitio; al segundo pega un tirón al carro; al tercero da una sacudida, y solamente al cuarto se pone en marcha.

-¿Vamos a ir a este paso todo el camino? -pregunta el agrimensor, aturdido por el traqueteo y asombrado de ver cómo se armonizaba el paso de tortuga del animal con aquel vaivén tan atroz.

-Llegaremos, no tenga cuidado... La jaquita es joven y vivaracha... Déjela tiempo de estirar las piernas, y verá cómo luego no habrá modo de pararla... ¡Arre, maldita, arre!

Cuando el carro sale de la estación es casi de noche. A la derecha extiéndese una llanura helada sin fin. En el punto del horizonte donde se junta con el cielo se ve una raya luminosa, indicando el poniente. A la izquierda de la carretera destácanse unos montones pardos, sin que sea posible distinguir si eran pilas de heno o chozas de una aldea. Lo que hay por delante el agrimensor no lo ve porque la ancha espalda del carretero se lo impide. Hace un frío glacial.

«¡Qué desierto! -se dice el agrimensor, procurando taparse las orejas con el cuello de su gabán. ¡Buen lugar para bandidos! Aquí pueden matar a cualquiera sin que nadie se entere. No me había fijado antes de ahora; pero el carretero tiene trazas bastante sospechosas. ¡Qué espalda, qué músculos! De un puñetazo es capaz de dejar a un hombre en el sitio. ¡Qué cara de bruto!»

-¡Oye, amigo! ¿ Cómo te llamas? -dice a su automedonte.

-¿Quién, yo? Klim.

-Pues dime, Klim, los caminos de por acá ¿son seguros?

-Gracias a Dios, nunca pasa nada.

-¡Muy bien! Me alegro que no haya bribones. Por si acaso, llevo conmigo tres revólveres. (El agrimensor mentía.) Ya sabes que con el revólver no. se bromea. Soy capaz de hacer frente a diez bandidos.

Se obscurece completamente. El carro, dando chirridos y tambaleándose, tuerce a la izquierda.

«¿Adónde me lleva? Siguíamos a la derecha y de repente torcemos a la izquierda. No me vaya a meter en alguna emboscada» reflexiona el hombre. Y luego en voz alta:

-¡Oye, Klim! ¿De modo que aquí no se corre peligro alguno? Es lástima. Me gusta pelearme con salteadores. No hagas caso de mi aspecto enfermizo y débil; soy fuerte como un toro. Una vez me atacaron tres bandidos y ¿sabes lo que hice? Al primero le asesté un porrazo que le causó la muerte; a los otros dos los agarré y fueron a parar a presidio... ¡Dios sabe de dónde me vienen tales fuerzas! A un hombretón como tú lo cojo y lo aplasto.

Klim vuelve la cara, mira al agrimensor y empieza a fustigar su caballo.

-Como te lo digo, amigo mío; no envidio a quien se enrede con mi persona; no tan sólo le dejaré sin brazos y sin piernas, sino que le mandaré a presidio. Todos los jueces y todos los jefes de policía son

amigos míos. Aquí donde me ves soy persona importante. Cuando voy de viaje la policía está alerta no me vaya a ocurrir algo malo. En cada matorral hay un guardián que vigila... ¡Alto! ¡Alto! ¿Dónde me llevas?

-¿No lo ve usted? Es un bosque.

«En efecto, es un bosque -piensa el agrimensor. ¡Qué susto me ha dado! Pero necesito disimular mi agitación. Creo que ha notado mi espanto. ¿Por qué se vuelve con tanta frecuencia para mirarme? Estará preparando algún golpe... Antes su caballo apenas se movía y ahora va al galope.»

-¡Oye, Klim! ¿Por qué haces correr tanto a tu caballo?

-Si no le hago correr. Es que cuando empieza no hay quien lo detenga.

-¡Mientes, tunante! Observo que mientes. Haces mal en mentir. ¡Detén el caballo! ¿Me oyes? ¡Detenlo!

-¿Para qué?

-Porque espero a cuatro camaradas en el camino. Me prometieron reunirse conmigo en este bosque... Cuando estemos juntos, el viaje será más alegre...; son mocetones de pelo en pecho... cada uno provisto de su revólver... ¿Por qué te vuelves hacia mí? ¿Qué te ocurre? Nada tengo de extraordinario para que me mires así...; tengo solamente el revólver. ¿Quieres que te lo enseñe? Lo sacaré, si te place.

El agrimensor hace ademán de buscar algo en sus bolsillos; pero al mismo tiempo Klim salta del carro y, corriendo a gatas, va a esconderse en la espesura del bosque.

-¡Socorro! ¡Socorro! -grita desesperadamente. Toma, maldito, el caballo y el carro y llévatelos adonde te parezca; pero ¡no me mates a mí! ¡Socorro!

El rumor de sus pasos se pierde a lo lejos y todo queda en silencio. El agrimensor, mudo de asombro, detiene el caballo, se sienta más cómodamente y entrégase a sus reflexiones.

-Se ha escapado el tonto... Le he asustado. ¿Cómo me las arreglaré ahora sin él? Yo no conozco el camino. Será capaz de propalar que le he robado el caballo... ¡Klim, Klim!

-Klim... -contesta el eco.

La idea de tener que pernoctar en el bosque obscuro, escuchando el aullido de los lobos, le causa un estremecimiento grande.

-¡Klim, hijo mío, Klimuechke! ¿Dónde estás? -grita con toda la fuerza de sus pulmones. Al cabo de llamar dos horas seguidas, el agrimensor se pone ronco; de pronto le parece oír un débil gemido:

-¡Klim! ¿Eres tú, hijito? ¡Ven aquí!

-¿No me matarás?

-¡Pero si todo fué una broma! ¡Ven aquí, muchacho! Dios es testigo que sólo quise bromear. Ni siquiera tengo revólver. Lo decía por el miedo que tenía. Te lo suplico, vámonos de aquí; estoy helado.

Klim juzga que un verdadero bandido ya se hubiera ido hace tiempo con el caballo y con el carro; sale indeciso del bosque y se acerca a su pasajero.

-¿De qué te asustas, tonto? Lo que te decía era por reír, y tú te asustaste, Sube y vámonos.

-¡Que Dios se lo pague, señorito! -murmura Klim subiendo al carro. De haber previsto lo que me ha sucedido no le hubiera llevado ni por cien rublos... Por poco me muero de miedo.

Klim da un latigazo al caballo, y el carro cruje. Da un segundo, un tercero... y después del cuarto, el jamelgo arranca por fin. El agrimensor se tapa las orejas con el cuello del gabán y se tranquiliza. Ya no les teme ni a Klim ni al camino.

Las grosellas

DESDE LA MAÑANA temprano todo el cielo estaba cubierto de nubes de lluvia. No hacía viento ni calor, y se sentía el tedio, como sucede en los días grises, cuando sobre el campo se ciernen desde hace tiempo las nubes y se espera lluvia, pero ésta no llega. El veterinario Iván Ivánich y el profesor de instituto Burkin ya estaban cansados de andar; el campo les parecía interminable. A lo lejos, frente a ellos, apenas se vislumbraban los molinos de viento de Mironositski, a la derecha se extendía y luego se perdía en lontananza, una serie de colinas. Ambos sabían que era la ribera del río. Allí había prados, verdes sauces, fincas, y desde lo alto de una de esas colinas se divisaban un campo enorme como éste, el telégrafo y el tren, que desde lejos parecía una oruga arrastrándose por el suelo, y en un día claro incluso se podía ver desde allí la ciudad. Ahora, con el tiempo en calma, cuando toda la naturaleza parecía mansa y pensativa, Iván Ivánich y Burkin se sentían transidos de un amor profundo a ese campo, y los dos iban pensando en lo grande y hermosa que era esta comarca.

—La última vez, cuando dormimos en el pajar del alcalde Prokofi —dijo Burkin—, usted iba a contarme una historia.

—Sí, quería contarle algo de mi hermano.

Iván Ivánich suspiró profundamente y encendió la pipa para empezar a contar, pero justo en ese instante comenzó a llover. Al cabo de cinco minutos arreció la lluvia, era tan persistente que se hacía difícil predecir cuándo terminaría. Iván Ivánich y Burkin se detuvieron indecisos; los perros, ya mojados, se pararon, con el rabo entre las piernas, y les miraban tiernamente.

—Tenemos que refugiamos en algún lugar —dijo Burkin—. Vamos a casa de Aliojin. Está cerca de aquí.

—Vamos.

Torcieron a un lado y siguieron andando por un campo segado, unas veces en línea recta y otras desviándose hacia la derecha, hasta que salieron a un camino. Pronto aparecieron unos álamos, un jardín y los tejados rojos de los graneros. Brilló el río y descubrieron la vista de un río con un molino y una casa de baños blanca. Era Sófino, donde vivía Aliojin.

El molino estaba en funcionamiento y ahogaba el rumor de la lluvia. La presa temblaba. Junto a las carretas estaban los caballos mojados, con las cabezas agachadas, y caminaban hombres que se cubrían con sacos. Había humedad, el lugar era sucio y poco confortable. El río tenía un aspecto frío y desagradable. Iván Ivánich y Burkin empezaron a notar ya la sensación de humedad, de suciedad y de malestar en todo el cuerpo. Les pesaban las piernas por el barro, y cuando, tras cruzar la presa, subían a los graneros, iban callados como si estuvieran enfadados el uno con el otro.

En uno de los graneros se sentía una máquina aventadora. La puerta estaba abierta y de ella salía una nube de polvo. En el umbral estaba Aliojin, un hombre de unos cuarenta años, alto, grueso, de pelo largo, más parecido a un profesor o a un artista que a un propietario. Llevaba puesta una camisa blanca, sin lavar desde hacía tiempo, atada por un cordel. En lugar de pantalones, llevaba unos calzones y sus botas también estaban manchadas de barro y paja. Tenía la nariz y los ojos negros de polvo. Conocía a Iván Ivánich y a Burkin, y se alegró mucho al verles.

—Por favor, señores, pasen a la casa —les dijo, sonriendo—. Enseguida estoy con ustedes.

La casa era grande, de dos pisos. Aliojin vivía en el piso de abajo, en dos habitaciones con bóvedas y ventanucos, donde en un tiempo vivieron los empleados. El mobiliario era sencillo. Olía a pan de centeno, vodka barato y arneses. Las habitaciones señoriales del piso de arriba las visitaba poco, sólo cuando tenía visitas. Iván Ivánich y Burkin fueron recibidos en la casa por la sirvienta, una mujer joven, tan hermosa que ambos se pararon a la vez y se miraron uno al otro.

—No pueden imaginarse cuánto me alegra verles, señores —dijo Aliojin al entrar tras ellos en el recibidor—. ¡No me lo esperaba! Pelagueya —se dirigió a la sirvienta—. Dele a los invitados algo para cambiarse. Por cierto, yo también me cambiaré. Antes necesito lavarme, me parece que no me he lavado desde la primavera. Señores, ¿no quieren ir al baño mientras preparan todo aquí?

La bella Pelagueya, tan delicada y de aspecto tan dulce, llevó toallas y jabón, y Aliojin se fue con los invitados a la caseta de baños.

—Sí, hace tiempo que no me lavaba —les dijo, quitándose la ropa—. La caseta de baños, como ven, es buena, la hizo mi padre, pero no sé por qué, nunca tengo tiempo para bañarme.

Se sentó en el escalón y enjabonó sus largos cabellos y su cuello, y el agua a su alrededor se puso marrón.

—Sí, ya veo... —comentó a propósito Iván Ivánich, mirándole a la cabeza.

—Hace tiempo que no me lavaba... —repitió Aliojin algo confuso y se volvió a enjabonar. El agua a su alrededor se puso de color azul oscuro, como la tinta.

Iván Ivánich salió afuera, se tiró al agua con estrépito y se puso a nadar bajo la lluvia, con amplias brazadas, formando olas en las que se mecían lirios blancos. Nadó hasta el medio del río, y se sumergió, apareciendo poco después en otro sitio, nadó otro poco y se sumergió, intentando tocar el fondo.

—¡Ah, Dios mío!... —repetía, gozando del baño—. ¡Ah, Dios mío!... Nadó hasta el molino, habló con los *muzhiks* y regresó. Se dejó flotar en medio del río, de cara a la lluvia. Burkin y Aliojin se vistieron y se disponían a irse, pero él seguía nadando y sumergiéndose.

—¡Ah, Dios mío!... —decía—. ¡Ay, Señor!

—¡Ya basta! —le gritó Burkin.

Volvieron a la casa. Y sólo cuando encendieron la lámpara en el salón de arriba y Burkin e Iván Ivánich, con batas de seda y zapatillas, se sentaron en los sillones, y el propio Aliojin, lavado, peinado, con ropa nueva, se paseó por la sala, disfrutando a ojos vistas del calor, de la limpieza, de la ropa seca y el calzado ligero, y cuando la bella Pelagueya avanzó silenciosamente sobre la alfombra, sonriendo con dulzura, y sirvió en una bandeja el té con mermelada, sólo entonces empezó a contar Iván Ivánich su historia. Parecía que no sólo Burkin y Aliojin le escuchaban, sino también las jóvenes y viejas damas y los militares que, con expresión serena y severa, les miraban desde los marcos dorados.

—Somos dos hermanos —comenzó—: yo, Iván Ivánich, y otro, Nikolái Ivánich, dos años más joven. Yo estudié veterinaria y Nikolái se puso a trabajar a los diecinueve años en la Delegación de Hacienda.

Nuestro padre, Chimshá-Himalaiski, fue cantonista(18), pero se retiró siendo oficial, dejándonos un título de nobleza y una hacienda. Al morir él, embargaron la hacienda por unas deudas, pero, con todo, pasamos nuestra infancia en la aldea, en libertad. Como los hijos de los campesinos, pasábamos día y noche en el campo, en el bosque, cuidábamos de los caballos, arrancábamos la corteza de los árboles, pescábamos y hacíamos cosas por el estilo. Y saben ustedes que quien, aunque sólo sea una vez en la vida, haya pescado un gobio o haya visto pasar en los días claros y frescos del otoño a los zorzales volando en bandada sobre la aldea, ya no será nunca un hombre de ciudad, y hasta su muerte deseará vivir al aire libre. Mi hermano se aburría en la Delegación de Hacienda. Pasaban los años y él seguía sentado en su sitio, hacía el mismo papeleo y pensaba únicamente en cómo se estaría en el campo. Y esa añoranza se convirtió poco a poco en un deseo concreto, el sueño de comprarse una pequeña finca al lado de un río o de un lago.

Era un hombre bueno y sumiso; yo le quería, pero nunca compartí con él ese deseo de encerrarse para toda la vida en una finca propia. Se suele decir que el hombre sólo necesita tres arshins de tierra. Pero tres arshins es lo que necesita un muerto, no una persona viva. También dicen ahora que es bueno que nuestra *intelliguentsia* [intelectualidad, clase intelectual] se sienta atraída por la tierra y aspire a tener una finca. Pero esas fincas sólo son esos tres arshins de tierra. Dejar la ciudad, la lucha por la vida, el mundanal ruido y encerrarse en una finca propia, eso no es vida, eso es egoísmo, pereza, es una especie de vida monacal, pero de una vida monacal sin mérito. El hombre necesita no ya tres arshins o una finca, sino toda la tierra, la naturaleza entera, la inmensidad para poder manifestar todas las características y peculiaridades de su espíritu libre.

Mi hermano Nikolái, sentado en su despacho, soñaba con comer su propio *schi* [sopa de legumbres con carne], cuyo sabroso olor se extendía por todo el patio, con comer sentado en la verde hierba, dormir al sol, pasarse horas enteras sentado en un banco junto al portalón, mirando el campo y el bosque. Su alegría, su

18. En tiempos de la servidumbre, en Rusia, los "cantonistas" eran hijos de soldados, que desde su nacimiento pertenecían al ejército, con arreglo al derecho de servidumbre.

alimento espiritual preferido eran los libros de agricultura y todos esos consejos de los almanaques. También le gustaba leer los periódicos, pero sólo los anuncios de que estaban en venta tantas desiatinas [antigua medida rusa de superficie equivalente a 1,45 hectáreas] de tierras para cultivar y prado, con finca, río, jardín, molino y estanques. En su mente se dibujaban los caminos del jardín, las flores, las frutas, los nidos de estorninos, los peces en los estanques y, bueno, ya saben, cosas por el estilo. Esos cuadros imaginarios eran diferentes según el anuncio que leía, pero en todos ellos, por algún motivo, inevitablemente había grosellas. No podía imaginar ninguna finca, ningún rincón poético sin que tuviera grosellas.

—La vida del campo tiene sus comodidades —solía decir—. Te sientas en el balcón, tomas el té, nadan en el estanque tus patitos, huele tan bien y..., y crecen las grosellas.

Trazaba el plano de su propiedad y siempre había lo mismo en él: a) la casa señorial, b) la de la servidumbre, c) el huerto, d) las grosellas. Vivía miserablemente: comía y bebía poco, sabe Dios cómo iba vestido, como un mendigo, ahorraba todo lo que podía y metía el dinero en el banco. Era terriblemente avaro. Me daba pena verle, y siempre le daba algo o le enviaba algún regalo para las fiestas, pero incluso eso lo guardaba. Si alguien se le mete algo en la cabeza, no hay nada que hacer.

Pasaron los años, le trasladaron a otra provincia. Era ya un cuarentón y seguía ahorrando y leyendo los anuncios de los periódicos. Más tarde supe que se había casado. Guiado por el mismo objetivo de comprarse una finca con grosellas, se casó con una viuda vieja y fea, por la que nada sentía, sólo porque tenía dinero. También con ella vivió miserablemente, la tenía medio muerta de hambre y guardó en el banco el dinero de la mujer a nombre de él. Antes ella estuvo casada con un jefe de correos y se había acostumbrado a tomar pastas y licores, pero con su segundo esposo apenas sí veía el pan negro. Con esa vida, empezó a marchitarse y, al cabo de tres años, entregó su alma a Dios. Mi hermano, por supuesto, ni por un momento pensó que era responsable de su muerte. El dinero, como el vodka, hace raro al hombre. En nuestra ciudad murió un comerciante. Antes de morir ordenó que le sirvieran un plato de miel

y se comió con miel todo su dinero para que no se lo quedara nadie. En cierta ocasión, estaba yo inspeccionando ganado en la estación cuando un tratante se cayó y la locomotora le cortó una pierna. Lo llevamos al puesto de socorro, la sangre le manaba a borbotones, era un caso terrible, y él no hacía más que pedir que le buscaran la pierna, pues estaba muy preocupado porque había guardado veinte rublos en la bota de la pierna cortada y se podían perder.

—Ésa es otra historia —dijo Burkin.

—Después de la muerte de su mujer —continuó Iván Ivánich tras un momento de reflexión—, mi hermano se puso a buscar una propiedad. Claro que, aunque te pases cinco años buscando, acabas equivocándote y compras algo totalmente distinto a lo que habías soñado. Mi hermano Nikolái adquirió, mediante un corredor y una larga hipoteca, una finca de ciento doce desiatinas, con casa señorial, una vivienda para la servidumbre y un parque, pero sin árboles frutales, ni grosellas, ni estanques con patitos. Había un río, pero tenía el agua de color café, porque a un lado de la hacienda había una fábrica de ladrillos y al otro, una de cola. Pero a mi Nikolái Ivánich le duró poco la pena: encargó veinte matas de grosellas, las plantó y empezó a vivir como un propietario.

El año pasado fui a verle. Iré a ver qué tal le van las cosas, pensé. En sus cartas mi hermano llamaba a su finca «El Páramo de Chumbaróklov» o «Himaláiskoye». Llegué a «Himaláiskoye» después del mediodía. Hacía calor. Por todas partes había zanjas, tapias, cercas, hileras de abetos recién plantados, y uno no sabía cómo entrar al patio o dónde dejar el caballo. Me dirigí a la casa y salió a mi encuentro un perro pelirrojo y gordo que parecía un cerdo. Quería ladrar, pero le daba pereza. Salió la cocinera, descalza, gorda, también parecía un cerdo, y me dijo que el señor estaba reposando después de la comida. Entré en el cuarto de mi hermano, lo encontré sentado en la cama, con las piernas cubiertas por una colcha. Había envejecido, estaba más gordo y obeso; tenía hinchadas las mejillas, la nariz y los labios; parecía como si fuera a gruñir sobre la colcha.

Nos abrazamos y lloramos de alegría y de tristeza al pensar que en un tiempo habíamos sido jóvenes y ahora estábamos llenos de canas y la muerte nos rondaba. Se vistió y me llevó a ver su finca.

—¿Qué tal vives aquí? —le pregunté.

—Ya ves, gracias a Dios, vivo bien.

Ya no era el funcionario tímido y pobre de antes, sino un verdadero propietario, un señor. Se había hecho a esa vida, se había acostumbrado a ella y le había tomado gusto. Comía mucho, iba a los baños, engordaba, tenía pleitos con la comunidad y con las dos fábricas, y se enfadaba mucho cuando los *muzhiks* no le llamaban «su Señoría». Cuidaba sólidamente de su alma, al modo de los señores, y hacía buenas obras, pero no con humildad, sino dándose importancia. ¿Cuáles eran esas buenas obras? Curaba a los *muzhiks* de sus enfermedades con soda y aceite de ricino, y el día de su santo celebraba un oficio de acción de gracias y luego daba medio balde de vodka, pues creía que así debía hacerse. ¡Ah, esos terribles medios baldes! Hoy el gordo propietario lleva ante la autoridad local a los *muzhiks* por haber pisado sus tierras y al día siguiente, por ser fiesta, les da medio balde de vodka y ellos beben y gritan «¡Hurra!», y borrachos se arrodillan ante su señor. El hecho de vivir mejor, saciarse y no trabajar hace crecer en el hombre ruso la presunción más insolente. Nikolái Ivánich, que en la Delegación de Hacienda no se atrevía a tener opiniones propias, ahora sólo decía grandes verdades con tono de ministro: «La educación es necesaria, pero para el pueblo aún es prematura», «los castigos corporales en general son nocivos, pero en algunos casos son útiles e imprescindibles».

—Yo conozco al pueblo y sé cómo tratarlo —decía él—. El pueblo me quiere. Me basta mover un dedo para que el pueblo haga lo que yo quiero.

Fíjense que decía todo eso con una sonrisa sabia y bondadosa. Repitió unas veinte veces: «Nosotros, los nobles», «yo, como noble que soy»; por lo visto, ya no se acordaba que nuestro abuelo había sido *muzhik*, y nuestro padre, soldado. Incluso nuestro apellido Chimshá-Himalaiski(19), en realidad absurdo, le parecía ahora sonoro, ilustre y muy agradable.

Pero no se trata de él, sino de mí mismo. Quiero contarles el cambio que se produjo en mí en las pocas horas que estuve en su finca. Por la tarde, cuando tomábamos el té, la cocinera puso en la mesa un plato lleno de grosellas. No eran compradas, sino de su

19. Chimshá parece nombre tártaro, y Guimalaiski significa “del Himalaya”.

propia cosecha. Eran las primeras que habían cogido desde que plantaron las matas. Nikolái Ivánich sonrió, miró en silencio las grosellas y con lágrimas en los ojos —no podía hablar de la emoción— se llevó una grosella a la boca, me miró con la expresión triunfal de un niño que por fin ha conseguido su juguete favorito, y dijo:

—¡Qué rica está!

Las comía con avidez, repitiendo una y otra vez:

—¡Qué ricas están! ¡Pruébalas!

Estaban duras y ácidas, pero, como dijo Pushkin, «una mentira sublime nos es más querida que un montón de verdades» [cita incorrecta del poema “El héroe” (1830), de Aleksándr Pushkin (1799-1837)]. Vi a un hombre feliz que había hecho realidad su sueño más querido, que había alcanzado su meta en la vida, había conseguido lo que deseaba, y estaba satisfecho de su destino y de sí mismo. A mis ideas sobre la felicidad humana siempre se había agregado, no sé por qué, algo triste, y ahora, al ver a un hombre feliz, se apoderó de mí un sentimiento de pesadumbre, próximo a la desesperación. Ese sentimiento se hizo más intenso durante la noche. Me hicieron la cama en la habitación contigua al cuarto de mi hermano, y oí cómo no podía dormir y cómo se levantaba, se acercaba al plato de grosellas y se las comía una a una. Pensé: ¡cuánta gente hay satisfecha y feliz! ¡Qué fuerza tan opresora es ésa! Echen una ojeada a esta vida: la insolencia y la ociosidad de los fuertes, la ignorancia y bestialidad de los débiles, y por todas partes, una miseria insoportable, hacinamiento, degeneración, alcoholismo, hipocresía, falsedad... Mientras tanto, en todas las casas y en las calles reina el silencio y la tranquilidad. De las cincuenta mil personas que viven en la ciudad, ni una sola grita indignada en voz alta. Vemos a los que van al mercado a por provisiones, comen de día, duermen de noche, dicen tonterías, se casan, envejecen, llevan plácidamente a sus muertos al cementerio; pero no vemos ni oímos a los que sufren. Todo cuanto es horrible en la vida, transcurre entre bastidores. Todo es silencio, calma, y sólo protesta la muda estadística: cuántos se han vuelto locos, cuántos baldes de vodka se han bebido, cuántos niños han muerto de hambre... Ese orden, por lo visto, es necesario. Por lo visto, el hombre feliz sólo se siente bien porque la gente desgraciada soporta su carga en silencio, y sin ese silencio la felicidad sería

imposible. Es una hipnosis colectiva. Sería preciso que tras la puerta de cada hombre feliz y satisfecho hubiera alguien con un martillo, y continuamente le recordara con sus golpes que existe gente desgraciada, que por muy feliz que sea, tarde o temprano la vida le enseñará sus garras, le ocurrirá una desgracia —enfermedad, pobreza, muerte—, y nadie le verá ni le oirá, igual que él no ve ni oye ahora a los demás. Pero el hombre del martillo no existe, y el hombre feliz vive su vida tranquilamente, las pequeñas preocupaciones cotidianas apenas le afectan, como el viento a los álamos, y todo va bien.

—Aquella noche caí en la cuenta de que yo también era un hombre satisfecho y feliz —continuó Iván Ivánich, levantándose—. Yo también, en la sobremesa y yendo de caza, daba lecciones de cómo vivir, cómo tener fe, cómo gobernar al pueblo. Yo también decía que el estudio es luz, que la instrucción es necesaria, y que al pueblo llano le basta con aprender a leer y a escribir. La libertad es un bien, decía yo, sin ella, como sin aire, no se puede vivir, pero hay que esperar. Sí, yo decía eso, pero ahora pregunto: ¿En nombre de qué hay que esperar? —preguntó Iván Ivánich mirando enfadado a Burkin—. ¿En nombre de qué hay que esperar?, les pregunto. ¿En nombre de qué consideraciones? Me dicen que no se puede hacer todo a la vez, que cada idea se realiza poco a poco en la vida, a su debido tiempo. Pero ¿quién dice eso?, ¿dónde está la prueba de que eso es justo? Ustedes apelan al orden natural de las cosas, a las leyes de los fenómenos, pero ¿hay orden y ley en el hecho de que yo, hombre vivo y pensante, esté ante un foso y espere a que se cubra o a que se llene de barro, mientras que podría saltarlo o construir un puente sobre él? Y de nuevo, ¿en nombre de qué hay que esperar? ¡Esperar a que no haya fuerzas para vivir, y mientras tanto, hay que vivir, hay ganas de vivir!

Me fui de la casa de mi hermano a la mañana siguiente, y desde entonces no soporto vivir en la ciudad. Me angustian el silencio y la tranquilidad, me da miedo mirar por las ventanas, pues para mí ahora no hay espectáculo más deprimente que una familia feliz sentada a la mesa tomando el té. Ya soy viejo y no sirvo para la lucha, ni siquiera soy capaz de odiar. Me duele el alma, me enojo, me enfado, por las noches la cabeza me bulle de ideas y no puedo dormir... ¡Ah, si fuera joven!

Iván Ivánich se paseaba inquieto de un extremo a otro de la habitación y repetía:

—¡Ah, si fuera joven!

De pronto se acercó a Aliojin y le estrechó una mano y luego la otra.

—¡Pável Konstantínich! —dijo con voz suplicante—. ¡No pare! ¡No se duerma! ¡Mientras sea joven y fuerte y se sienta con ánimos, no deje de hacer el bien! La felicidad no existe y no debe existir, y si la vida tiene un propósito y un sentido, ese propósito y ese sentido no consisten en nuestra felicidad, sino en algo más grande y racional. ¡Haga el bien!

Iván Ivánich dijo todo esto con una sonrisa suplicante, de pena, como si lo estuviera pidiendo para él mismo.

Más tarde los tres se sentaron en los sillones, en extremos distintos del salón y se quedaron callados. La historia de Iván Ivánich no había sido del agrado de Burkin ni de Aliojin. Cuando desde los marcos dorados les miraban generales y damas que, en la penumbra, parecían estar vivos, escuchar la historia de un pobre funcionario que comía grosellas era aburrido. Por alguna razón, se deseaba hablar y contar historias de gente elegante, de mujeres. Y el hecho de que estuvieran sentados en un salón en que todo —las arañas cubiertas, los sillones y las alfombras— hablaba de que en otro tiempo aquellas personas que ahora les miraban desde los marcos habían andado, se habían sentado y habían tomado el té en aquel lugar; y el hecho de que ahora andara allí silenciosamente la bella Pelagueya, era mejor que cualquier historia.

Aliojin se caía de sueño. Se había levantado para trabajar a las tres de la madrugada y ya se le cerraban los ojos, pero temía que sus invitados contaran algo interesante en su ausencia, y no se acostaba. No entraba en la cuestión de si lo que había dicho Iván Ivánich era inteligente o justo. Sus invitados no hablaban ni de grano, ni de heno ni de engrudo, sino de otras cosas que no tenían una relación directa con su vida, y él estaba contento y deseaba que continuaran…

—En fin, ya es hora de irse a la cama —dijo Burkin, levantándose—. Permítanme que les dé las buenas noches.

Aliojin se despidió y bajó a su habitación, mientras que los invitados se quedaron en el piso de arriba. Les habían asignado para

la noche una habitación grande, con dos viejas camas de madera tallada y un crucifijo de marfil en un rincón. De las amplias y frescas camas, que les había preparado Pelagueya, salía un agradable olor a sábanas limpias.

Iván Ivánich se desvistió en silencio y se acostó.

—Señor, perdónanos a nosotros, pecadores —dijo, cubriéndose la cabeza.

De su pipa, que estaba encima de la mesita, salía un fuerte olor a tabaco. Burkin tardó bastante en dormirse, se preguntaba de dónde salía aquel olor tan pesado.

La lluvia golpeó en la ventana toda la noche.

Muchachos

—¡VOLODIA HA LLEGADO! —gritó alguien en el patio.

—¡El niño Volodia ha llegado! —repitió la criada Natalia irrumpiendo ruidosamente en el comedor— ¡Ya está ahí!

Toda la familia de Korolev, que esperaba de un momento a otro la llegada de Volodia, corrió a las ventanas. En el patio, junto a la puerta, se veían unos amplios trineos, arrastrados por tres caballos blancos, a la sazón envueltos en vapor.

Los trineos estaban vacíos; Volodia se hallaba ya en el vestíbulo, y hacía esfuerzos para despojarse de su bufanda de viaje. Sus manos rojas, con los dedos casi helados, no lo obedecían. Su abrigo de colegial, su gorra, sus chanclos y sus cabellos estaban blancos de nieve.

Su madre y su tía lo estrecharon, hasta casi ahogarlo, entre sus brazos.

—¡Por fin! ¡Queridito mío! ¿Qué tal?

La criada Natalia había caído a sus pies y trataba de quitarle los *válenk*[20]. Sus hermanitas lanzaban gritos de alegría. Las puertas se abrían y se cerraban con estrépito en toda la casa. El padre de Volodia, en mangas de camisa y las tijeras en la mano, acudió al vestíbulo y quiso abrazar a su hijo; pero éste se hallaba tan rodeado de gente, que no era empresa fácil.

—¡Volodia, hijito! Te esperábamos ayer... ¿Qué tal?... ¡Pero, por Dios, déjenme abrazarlo! ¡Creo que también tengo derecho!

Milord, un enorme perro negro, estaba también muy agitado. Sacudía la cola contra los muebles y las paredes y ladraba con su voz potente de bajo: ¡Guau! ¡Guau!

Durante algunos minutos aquello fue un griterío indescriptible.

Luego, cuando se hubieron fatigado de gritar y de abrazarse, los Korolev se dieron cuenta de que además de Volodia se encontraba allí otro hombrecito, envuelto en bufandas y tapabocas e igualmente blanco de nieve. Permanecía inmóvil en un rincón, oculto en la sombra de una gran pelliza colgada en la percha.

—Volodia, ¿quién es ése? — preguntó muy quedo la madre.

20. Botas de fieltro, o borceguí.

—¡Ah, sí! —recordó Volodia. Tengo el honor de presentarles a mi camarada Chechevitzin, alumno de segundo año. Lo he invitado a pasar con nosotros las Navidades.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Sea usted bienvenido! —dijo con tono alegre el padre—. Perdóneme; estoy en mangas de camisa. Natalia, ayuda al señor Chechevitzin a desnudarse. ¡Largo, Milord! ¡Me aburres con tus ladridos!

Un cuarto de hora más tarde Volodia y Chechevitzin, aturdidos por la acogida ruidosa y rojos aún de frío, estaban sentados en el comedor y tomaban té. El sol de invierno, atravesando los cristales medio helados, brillaba sobre el samovar y sobre la vajilla. Hacía calor en el comedor, y los dos muchachos parecían por completo felices.

—¡Bueno, ya llegan las Navidades! —dijo el señor Korolev, encendiendo un grueso cigarrillo—. ¡Cómo pasa el tiempo! No hace mucho que tu madre lloraba al irte tú al colegio, y ahora hete ya de vuelta. Señor Chechevitzin, ¿un poco más de té? Tome usted pasteles. No esté usted cohibido, se lo ruego. Está usted en su casa.

Las tres hermanas de Volodia —Katia, Sonia y Macha—, de las que la mayor no tenía más que once años, se hallaban asimismo sentadas a la mesa, y no quitaban ojo del amigo de su hermano. Chechevitzin era de la misma estatura y la misma edad que Volodia, pero más moreno y más delgado. Tenía la cara cubierta de pecas, el cabello crespo, los ojos pequeños, los labios gruesos. Era, en fin, muy feo, y sin el uniforme de colegial se le hubiera podido confundir por un pillete.

Su actitud era triste; guardaba un constante silencio y no había sonreído ni una sola vez. Las niñas, mirándolo, comprendieron al punto que debía de ser un hombre en extremo inteligente y sabio. Hallábase siempre tan sumido en sus reflexiones, que si le preguntaban algo sufría un ligero sobresalto y rogaba que le repitiesen la pregunta.

Las niñas habían observado también que el mismo Volodia, siempre tan alegre y parlanchín, casi no hablaba y se mantenía muy grave. Hasta se diría que no experimentaba contento alguno al encontrarse entre los suyos. En la mesa, sólo una vez se dirigió a sus hermanas, y lo hizo con palabras por demás extrañas; señaló al *samovar* y dijo:

—En California se bebe ginebra en vez de té.

También él se hallaba absorto en no sabían qué pensamientos. A juzgar por las miradas que cambiaba de vez en cuando con su amigo, los de uno y otro eran los mismos.

Luego del té se dirigieron todos al cuarto de los niños. El padre y las muchachas se sentaron en torno de la mesa y reanudaron el trabajo que había interrumpido la llegada de los dos jóvenes. Hacían, con papel de diferentes colores, flores artificiales para el árbol de Navidad. Era un trabajo divertido y muy interesante. Cada nueva flor era acogida con gritos de entusiasmo, y aun a veces con gritos de horror, como si la flor cayese del cielo. El padre parecía también entusiasmado. menudo, cuando las tijeras no cortaban bastante bien, las tiraba al suelo con cólera. De vez en cuando entraba la madre, grave y atareada, y preguntaba:

—¿Quién ha agarrado mis tijeras? ¿Has sido tú, Iván Nicolayevich?

—¡Dios mío! —se indignaba Iván Nicolayevich con voz llorosa. ¡Hasta de tijeras me privan!

Su actitud era la de un hombre atrozmente ultrajado pero, un instante después, volvía de nuevo a entusiasmarse.

El año anterior, cuando Volodia había venido del colegio a pasar en casa las vacaciones de invierno, había manifestado mucho interés por estos preparativos; había fabricado también flores; se había entusiasmado ante el árbol de Navidad; se había preocupado de su ornamentación. A la sazón no ocurría lo mismo. Los dos muchachos manifestaban una indiferencia absoluta hacía las flores artificiales. Ni siquiera mostraban el menor interés por los dos caballos que había en la cuadra. Se sentaron junto a la ventana, separados de los demás, y se pusieron a hablar por lo bajo. Luego abrieron un atlas geográfico, y empezaron a examinar una de las cartas.

—Por de pronto, a Perm —decía muy quedo Chechevitzin— de allí, a Tumen.... Después, a Tomsk...

—Espera... Eso es de Tomsk a Kamchatka...

—En Kamchatka nos meteremos en una canoa y atravesaremos el estrecho de Bering, henos ya en América. Allí hay muchas fieras...

—¿Y California? —preguntó Volodia.

—California está más al sur. Una vez en América, está muy cerca... Para vivir es necesario cazar y robar.

Durante todo el día Chechevitzin se mantuvo a distancia de las muchachas y las miró con desconfianza. Por la tarde, después de merendar, se encontró durante algunos minutos completamente solo con ellas. La cortesía mas elemental exigía que les dijese algo. Se frotó con aire solemne las manos, tosió, miró severamente a Katia y preguntó:

—¿Ha leído usted a Mine-Rid?

—No... Dígame: ¿sabe usted patinar?

Chechevitzin no contestó nada. Infló los carrillos y resopló como un hombre que tiene mucho calor. Luego, tras una corta pausa, dijo:

—Cuando una manada de antílopes corre por las pampas, la tierra tiembla bajo sus pies. Las bestezuelas lanzan gritos de espanto.

Tras un nuevo silencio, añadió:

—Los indios atacan con frecuencia los trenes. Pero lo peor son los termítidos y los mosquitos.

—¿Y qué es eso?

—Una especie de hormigas, pero con alas. Muerden de firme... ¿Sabe usted quién soy yo?

—Volodia nos dijo que usted es el señor Chechevitzin.

—No; me llamo Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.

Las niñas, que no habían comprendido nada, lo miraron con respeto y un poco de miedo.

Chechevitzin pronunciaba palabras extrañas. Él y Volodia conspiraban siempre y hablaban en voz baja; no tomaban parte en los juegos y se mantenían muy graves; todo esto era misterioso, enigmático. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, comenzaron a espiar a ambos muchachos. Por la noche, cuando los muchachos se fueron a acostar, se acercaron de puntillas a la puerta de su cuarto y se pusieron a escuchar. ¡Santo Dios lo que supieron!

Supieron que ambos muchachos se aprestaban a huir a algún punto de América para amontonar oro. Todo estaba ya preparado para su viaje: tenían un revólver, dos cuchillos, galletas, una lente para encender fuego, una brújula y una suma de cuatro rublos.

Supieron asimismo que los muchachos debían andar muchos millares de kilómetros, luchar contra los tigres y los salvajes, luego buscar oro y marfil, matar enemigos, hacerse piratas, beber ginebra, y, como remate, casarse con lindas muchachas y explotar ricas plantaciones. Mientras las dos niñas espiaban a la puerta los muchachos hablaban con gran animación y se interrumpían. Chechevitzin llamaba a Volodia "mi hermano rostro pálido" en tanto que Volodia llamaba a su amigo "Montigomo, Garra de Buitre".

—No hay que decirle nada a mamá —dijo Katia al oído de Sonia mientras se acostaban. Volodia nos traerá de América mucho oro y marfil; pero si se lo dices a mamá no le dejarán ir a América.

Todo el día de Nochebuena estuvo Chechevitzin examinando el mapa de Asia y tomando notas. Volodia, por su parte, andaba cabizbajo y, con sus gruesos mofletes, parecía un hombre picado por una abeja. Iba y venía sin cesar por las habitaciones, y no quería comer. En el cuarto de los niños, se detuvo una vez delante del icono, se persignó y dijo:

—¡Perdóname! Dios mío, soy un gran pecador. ¡Ten piedad de mí, pobre y desgraciada mamá!

Por la tarde se echó a llorar. Al ir a acostarse abrazó largamente y con efusión a su madre, a su padre y a sus hermanas. Katia y Sonia comprendían el motivo do su emoción; pero la pequeñita, Macha, no comprendía nada, absolutamente nada, y lo miraba con sus grandes ojos asombrados.

A la mañana siguiente, temprano, Katia y Sonia se levantaron, y una vez abandonado el lecho se dirigieron quedamente a la habitación de los muchachos, para ver cómo huían a América. Se detuvieron junto a la puerta y oyeron lo siguiente:

—Vamos, ¿quieres ir? —preguntó con cólera Chechevitzin— Di, ¿no quieres?

—¡Dios mío! —respondió llorando Volodia—. No puedo, no quiero separarme de mamá.

—¡Hermano rostro pálido, partamos! Te lo ruego. Me habías prometido partir conmigo, y ahora te da miedo. ¡Eso está muy mal, hermano rostro pálido!

—No me da miedo; pero… ¿qué va a ser de mi pobre mamá?

—Dímelo de una vez: ¿quieres seguirme o no?

—Yo me iría, pero... esperemos un poco; quiero quedarme aún algunos días con mamá.

—Bueno; en ese caso me voy solo —declaró resueltamente Chechevitzin—. Me pasaré sin ti. ¡Y pensar que has querido cazar tigres y luchar contra los salvajes! ¡Qué le vamos a hacer! Me voy solo. Dame el revólver, los cuchillos y todo lo demás.

Volodia se echó a llorar con tanta desesperación, que Katia y Sonia, compadecidas, empezaron a llorar también. Hubo algunos instantes de silencio.

—Vamos, ¿no me acompañas? —preguntó una vez más Chechevitzin.

—Sí, me voy... contigo.

—Bueno; vístete.

Y para dar ánimos a Volodia, Chechevitzin empezó a contar maravillas de América, a rugir como un tigre, a imitar el ruido de un buque, y prometió en fin a Volodia darle todo el marfil y también todas las pieles de los leones y los tigres que matase.

Aquel muchachito delgado, de cabellos crespos y feo semblante, les parecía a Katia y a Sonia un hombre extraordinario, admirable. Héroe valerosísimo arrostraba todo el peligro y rugía como un león o como un tigre auténticos.

Cuando las dos niñas volvieron a su cuarto, Katia con los ojos arrasados en lágrimas dijo:

—¡Qué miedo tengo!

Hasta las dos, hora en que se sentaron a la mesa para almorzar, todo estuvo tranquilo. Pero entonces se advirtió la desaparición de los muchachos. Los buscaron en la cuadra, en el jardín; se los hizo buscar después en la aldea vecina; todo fue en vano. A las cinco se merendó, sin los muchachos. Cuando la familia se sentó a la mesa para comer, mamá manifestaba una gran inquietud y lloraba.

Buscaron a Volodia y a su amigo durante toda la noche. Se escudriñaron, con linternas, las orillas del río. En toda la casa, lo mismo que en la aldea, reinaba gran agitación. A la mañana siguiente llegó un oficial de policía. Mamá no cesaba de llorar. Pero hacia el mediodía unos trineos, arrastrados por tres caballos blancos, jadeantes, se detuvieron junto a la puerta.

—¡Es Volodia! —exclamó alguien en el patio.

—¡Volodia está ahí! —gritó la criada Natalia, irrumpiendo como una tromba en el comedor.

El enorme perro Mirara, igualmente agitado, hizo resonar sus ladridos en toda la casa: ¡Guau! ¡Guau!

Los dos muchachos habían sido detenidos en la ciudad próxima cuando preguntaban dónde podrían comprar pólvora.

Volodia se lanzó al cuello de su madre. Las niñas esperaban, aterrorizadas, lo que iba a suceder. El señor Korolev se encerró con ambos muchachos en el gabinete.

—¿Es posible? —decía con tono enojado—. Si se sabe esto en el colegio los pondrán de patitas en la calle. Y a usted, señor Chechevitzin, ¿no le da vergüenza? Está muy mal lo que ha hecho. Espero que será usted castigado por sus padres... ¿Dónde han pasado la noche?

—¡En la estación! —respondió altivamente Chechevitzin.

Volodia se acostó, y hubo que ponerle compresas en la cabeza. A la mañana siguiente llegó la madre de Chechevitzin, avisada por telégrafo. Aquella misma tarde partió con su hijo.

Chechevitzin, hasta su partida, se mantuvo en una actitud severa y orgullosa. Al despedirse de las niñas no les dijo palabra; pero tomó el cuaderno de Katia y dejó en él, a modo de recuerdo, su autógrafo:

“Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles”.

El camaleón

El inspector de policía Ochumélov, con su capote nuevo y un hatillo en la mano, cruza la plaza del mercado. Tras él camina un municipal pelirrojo con un cedazo lleno de grosellas decomisadas. En torno reina el silencio... En la plaza no hay ni un alma... Las puertas abiertas de las tiendas y tabernas miran el mundo melancólicamente, como fauces hambrientas; en sus inmediaciones no hay ni siquiera mendigos.

-¿A quién muerdes, maldito? -oye de pronto Ochumélov-. ¡No lo dejen salir, muchachos! ¡Ahora no está permitido morder! ¡Sujétalo! ¡Ah... ah!

Se oye el chillido de un perro. Ochumélov vuelve la vista y ve que del almacén de leña de Pichuguin, saltando sobre tres patas y mirando a un lado y a otro, sale corriendo un perro. Lo persigue un hombre con camisa de percal almidonada y el chaleco desabrochado. Corre tras el perro con todo el cuerpo inclinado hacia delante, cae y agarra al animal por las patas traseras. Se oye un nuevo chillido y otro grito: «¡No lo dejes escapar!» Caras soñolientas aparecen en las puertas de las tiendas y pronto, junto al almacén de leña, como si hubiera brotado del suelo, se apiña la gente.

-¡Se ha producido un desorden, señoría!... -dice el municipal.

Ochumélov da media vuelta a la izquierda y se dirige hacia el grupo. En la misma puerta del almacén de leña ve al hombre antes descrito, con el chaleco desabrochado, quien ya de pie levanta la mano derecha y muestra un dedo ensangrentado. En su cara de alcohólico parece leerse: «¡Te voy a despellejar, granuja!»; el mismo dedo es como una bandera de victoria. Ochumélov reconoce en él al orfebre Jriukin. En el centro del grupo, extendidas las patas delanteras y temblando, está sentado en el suelo el culpable del escándalo, un blanco cachorro de galgo de afilado hocico y una mancha amarilla en el lomo. Sus ojos lacrimosos tienen una expresión de angustia y pavor.

-¿Qué ha ocurrido? -pregunta Ochumélov, abriéndose paso entre la gente-. ¿Qué es esto? ¿Qué haces tú ahí con el dedo?... ¿Quién ha gritado?

-Yo no me he metido con nadie, señoría... -empieza Jriukin, y carraspea, tapándose la boca con la mano-. Venía a hablar con Mitri

Mítrich, y este maldito perro, sin más ni más, me ha mordido el dedo... Perdóneme, yo soy un hombre que se gana la vida con su trabajo... Es una labor muy delicada. Que me paguen, porque puede que esté una semana sin poder mover el dedo... En ninguna ley está escrito, señoría, que haya que sufrir por culpa de los animales... Si todos empiezan a morder, sería mejor morirse...

-¡Hum!... Está bien... -dice Ochumélov, carraspeando y arqueando las cejas-. Está bien... ¿De quién es el perro? Esto no quedará así. ¡Les voy a enseñar a dejar los perros sueltos! Ya es hora de tratar con esos señores que no desean cumplir las ordenanzas. Cuando le hagan pagar una multa, sabrá ese miserable lo que significa dejar en la calle perros y otros animales. ¡Se va a acordar de mí!... Eldirin -prosigue el inspector, volviéndose hacia el guardia-, infórmate de quién es el perro y levanta el oportuno atestado. Y al perro hay que matarlo. ¡Sin perder un instante! Seguramente está rabioso... ¿Quién es su amo?

-Es del general Zhigálov -dice alguien.

-¿Del general Zhigálov? ¡Hum!... Eldirin, ayúdame a quitarme el capote... ¡Hace un calor terrible! Seguramente anuncia lluvia... Aunque hay una cosa que no comprendo: ¿cómo ha podido morderte? -sigue Ochumélov, dirigiéndose a Jriukin-. ¿Es que te llega hasta el dedo? El perro es pequeño, y tú, ¡tan grande! Has debido de clavarte un clavo y luego se te ha ocurrido la idea de decir esa mentira. Porque tú... ¡ya nos conocemos! ¡Los conozco a todos, diablos!

-Lo que ha hecho, señoría, ha sido acercarle el cigarro al morro para reírse, y el perro, que no es tonto, le ha dado un mordisco... Siempre está haciendo cosas por el estilo, señoría.

-¡Mientes, tuerto! ¿Para qué mientes, si no has visto nada? Su señoría es un señor inteligente y comprende quién miente y quién dice la verdad... Y, si miento, eso lo dirá el juez de paz. Él tiene la ley... Ahora todos somos iguales... Un hermano mío es gendarme... por si quieres saberlo...

-¡Basta de comentarios!

-No, no es del general. observa pensativo el municipal-. El general no tiene perros como éste. Son más bien perros de muestra...

-¿Estás seguro?

-Sí, señoría...

-Yo mismo lo sé. Los perros del general son caros, de raza, mientras que éste ¡el diablo sabe lo que es! No tiene ni pelo ni planta... es un asco. ¿Cómo va a tener un perro así? ¿Dónde tienen la cabeza? Si este perro apareciese en Petersburgo o en Moscú, ¿saben lo que pasaría? No se pararían en barras, sino que, al momento, ¡zas! Tú, Jriukin, has salido perjudicado; no dejes el asunto... ¡Ya es hora de darles una lección!

-Aunque podría ser del general... -piensa el guardia en voz alta-. No lo lleva escrito en el morro... El otro día vi en su patio un perro como éste.

-¡Es del general, seguro! -dice una voz.

-¡Hum!... Ayúdame a ponerme el capote, Eldirin... Parece que ha refrescado... Siento escalofríos... Llévaselo al general y pregunta allí. Di que lo he encontrado y que se lo mando... Y di que no lo dejen salir a la calle... Puede ser un perro de precio, y si cualquier cerdo le acerca el cigarro al morro, no tardarán en echarlo a perder. El perro es un animal delicado... Y tú, imbécil, baja la mano. ¡Ya está bien de mostrarnos tu estúpido dedo! ¡Tú mismo tienes la culpa!...

-Por ahí va el cocinero del general; le preguntaremos... ¡Eh, Prójor! ¡Acércate, amigo! Mira este perro... ¿Es de ustedes?

-¡Qué ocurrencias! ¡Jamás ha habido perros como éste en nuestra casa!

-¡Basta de preguntas! -dice Ochumélov-. Es un perro vagabundo. No hay razón para perder el tiempo en conversaciones... Si yo he dicho que es un perro vagabundo, es un perro vagabundo... Hay que matarlo y se acabó.

-No es nuestro -sigue Prójor-. Es del hermano del general, que vino hace unos días. A mi amo no le gustan los galgos. A su hermano...

-¿Es que ha venido su hermano? ¿Vladímir Ivánich? -pregunta Ochumélov, y todo su rostro se ilumina con una sonrisa de ternura-. ¡Vaya por Dios! No me había enterado. ¿Ha venido de visita?

-Sí...

-Vaya... Echaba de menos a su hermano... Y yo sin saberlo. ¿Así que el perro es suyo? Lo celebro mucho... Llévatelo... El perro no está mal... Es muy vivo... ¡Le ha mordido el dedo a éste! Ja, ja, ja... Ea, ¿por

qué tiemblas? Rrrr... Rrrr... Se ha enfadado, el muy pillo... Vaya con el perrito...

Prójor llama al animal y se aleja con él del almacén de leña... La gente se ríe de Jriukin.

-¡Ya nos veremos las caras! -le amenaza Ochumélov, y, envolviéndose en el capote, sigue su camino por la plaza del mercado.

Una apuesta

I

Era una oscura noche de otoño. El viejo banquero caminaba en su despacho, de un rincón a otro, recordando una recepción que había dado quince años antes, en otoño. Asistieron a esta velada muchas personas inteligentes y se oyeron conversaciones interesantes. Entre otros temas se habló de la pena de muerte. La mayoría de los visitantes, entre los cuales hubo no pocos hombres de ciencia y periodistas, tenían al respecto una opinión negativa. Encontraban ese modo de castigo como anticuado, inservible para los estados cristianos e inmoral. Algunos opinaban que la pena de muerte debería reemplazarse en todas partes por la reclusión perpetua.

-No estoy de acuerdo -dijo el dueño de la casa-. No he probado la ejecución ni la reclusión perpetua, pero si se puede juzgar *a priori*, la pena de muerte, a mi juicio, es más moral y humana que la reclusión. La ejecución mata de golpe, mientras que la reclusión vitalicia lo hace lentamente. ¿Cuál de los verdugos es más humano? ¿El que lo mata a usted en pocos minutos o el que le quita la vida durante muchos años?

-Uno y otro son igualmente inmorales -observó alguien- porque persiguen el mismo propósito: quitar la vida. El Estado no es Dios. No tiene derecho a quitar algo que no podría devolver si quisiera hacerlo.

Entre los invitados se encontraba un joven jurista, de unos veinticinco años. Al preguntársele su opinión, contestó:

-Tanto la pena de muerte como la reclusión perpetua son igualmente inmorales, pero si me ofrecieran elegir entre la ejecución y la prisión, yo, naturalmente, optaría por la segunda. Vivir de alguna manera es mejor que de ninguna.

Se suscitó una animada discusión. El banquero, por aquel entonces más joven y más nervioso, de repente dio un puñetazo en la mesa y le gritó al joven jurista:

-¡No es cierto! Apuesto dos millones a que usted no aguantaría en la prisión ni cinco años.

-Si usted habla en serio -respondió el jurista- apuesto a que aguantaría no cinco sino quince años.

-¿Quince? ¡Está bien! -exclamó el banquero-. Señores, pongo dos millones.

-De acuerdo. Usted pone los millones y yo pongo mi libertad -dijo el jurista.

¡Y esta feroz y absurda apuesta fue concertada! El banquero, que entonces ni conocía la cuenta exacta de sus millones, mimado por la suerte y despreocupado, estaba entusiasmado por la apuesta. Durante la cena bromeaba a costa del jurista y le decía:

-Piénselo bien, joven, mientras no sea tarde. Para mí dos millones no son nada, pero usted se arriesga a perder los tres o cuatro mejores años de su vida. Y digo tres o cuatro porque más de eso usted no va a soportar. No olvide tampoco, desdichado, que una reclusión voluntaria resulta más penosa que la obligatoria. La idea de que en cualquier momento usted tiene derecho a salir en libertad le envenenará la existencia en su prisión. ¡Tengo lástima de usted!

Y ahora el banquero, caminando de un rincón a otro, recordaba todo aquello y se preguntaba a sí mismo:

-¿Para qué esta apuesta? ¿Qué provecho hay en haber perdido el jurista quince años de su vida y en tirar yo dos millones de rublos? ¿Puede ello demostrar a la gente que la pena de muerte es peor o mejor que la reclusión perpetua? No y no. Es un dislate, un absurdo. Por mi parte ha sido el capricho de un hombre satisfecho y por parte del jurista, una simple avidez por el dinero...

Y él se puso a recordar lo que había ocurrido después de la velada descripta. Se decidió que el jurista cumpliera su reclusión bajo severa vigilancia, en una de las casitas construidas en el jardín del banquero. Se convino que durante quince años sería privado del derecho de traspasar el umbral de la casa, ver a la gente, escuchar voces humanas, recibir cartas y diarios. Se le permitía tener un instrumento musical, leer libros, escribir cartas, tomar vino y fumar. Con el mundo exterior, según el convenio, no podría relacionarse de otra manera que en silencio, a través de una ventanilla arreglada para este propósito. Mediante una esquela podría solicitar todo lo necesario, los libros, la música, el vino, etc., todo lo cual recibiría, en cualquier cantidad, únicamente por la ventanilla. El convenio preveía

todos los detalles que conferían al recluido la condición de estrictamente incomunicado y le obligaba a permanecer en la casa quince años justos, a partir de las doce horas del catorce de noviembre de 1870 hasta las doce horas del catorce de noviembre de 1885. La menor tentativa de infringir estas condiciones por parte del jurista, aunque fuera dos minutos antes del plazo, liberaba al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

En su primer año de reclusión el jurista, por cuanto se podía juzgar a través de sus breves notas, sufrió mucho a causa de la soledad y el tedio. En su casita se oían constantemente los sonidos del piano. El vino y el tabaco fueron rechazados por él. El vino, escribía, provoca los deseos, y los deseos son los primeros enemigos del recluido; además, no hay cosa más aburrida que beber un buen vino y no ver nada. En cuanto al tabaco, vicia el aire de la habitación. En el primer año se le enviaba al jurista libros de contenido preferentemente fácil: novelas con complicada intriga amorosa, cuentos policiales y fantásticos, comedias, etc.

En el segundo año ya dejó de oírse la música en la casita y el jurista sólo pedía en sus notas libros de autores clásicos. En el quinto año se volvió a oír la música y el prisionero solicitó vino. Los que lo observaban por la ventanilla relataban que durante todo ese año no hacía sino comer, beber, quedarse en cama bostezando y conversar malhumorado consigo mismo. No leyó más libros. A veces, de noche, se ponía a escribir durante largo rato y a la madrugada hacía pedazos todo lo escrito. Más de una vez se le oyó llorar.

En la segunda mitad del sexto año el recluido se abocó con ahínco al estudio de los idiomas, la filosofa y la historia. Acometió estas ciencias con tanta avidez que el banquero apenas alcanzaba a pedir libros para él. En el lapso de cuatro años fueron solicitados por correo, a su pedido, cerca de seiscientos volúmenes. En este período el banquero recibió de su prisionero una carta que decía así: «Mi querido carcelero: Le escribo estas líneas en seis idiomas. Muéstrelas a personas entendidas. Que las lean. Si no encuentran ni un solo error, le ruego hagan disparar una escopeta en el jardín. Este disparo me dirá que mis esfuerzos no se perdieron en vano. Los genios de todos los tiempos y países hablan en distintas lenguas, pero arde en ellos la misma llama. ¡Oh, si usted supiera qué dicha sublime

experimento ahora en mi alma porque puedo comprenderlos!». El deseo del recluido fue cumplido. El banquero mandó disparar la escopeta en el jardín dos veces.

A partir del décimo año el jurista permanecía sentado a la mesa, inmóvil, y sólo leía el Evangelio. Al banquero le pareció extraño que el hombre que en cuatro años había vencido seiscientos tomos difíciles, hubiera gastado cerca de un año en la lectura de un libro no muy grueso y de fácil comprensión. Al Evangelio lo sustituyeron luego la historia de las religiones y la teología.

En los dos últimos años de reclusión, el prisionero leyó una extraordinaria cantidad de libros, sin ninguna selección. Ora se dedicaba a las ciencias naturales, ora pedía obras de Byron o Shakespeare. En sus notas solicitaba a veces, al mismo tiempo, un libro de química, un manual de medicina, una novela y un tratado de filosofía o teología. Sus lecturas daban la impresión de que el hombre nadase en un mar entre los fragmentos de un buque y, tratando de salvar la vida, se aferraba desesperadamente ya a uno ya a otro de ellos.

II

El viejo banquero recordaba todo eso, pensando:

«Mañana a las doce horas él obtendrá su libertad. Según las condiciones, tendré que pagarle los dos millones. Y si le pago, está todo perdido: estoy arruinado definitivamente…».

Quince años antes no sabía cuántos millones tenía, mientras que ahora le daba miedo preguntarse ¿qué era lo que más tenía: dinero o deudas? El imprudente juego en la Bolsa, las especulaciones arriesgadas y el acaloramiento, del cual no pudo desprenderse ni siquiera en la vejez, poco a poco fueron debilitando sus negocios y el osado, seguro y orgulloso ricachón se transformó en un banquero de segunda clase, que temblaba con cada alza o baja de valores.

-¡Maldita apuesta! -farfullaba el viejo, agarrándose la cabeza-. ¿Por qué no habrá muerto este hombre? Sólo tiene cuarenta años. Me quitará lo último que tengo, se casará, disfrutará de la vida, jugará en la Bolsa y yo, como un mendigo, lo miraré con envidia y todos los días

le oiré decir siempre lo mismo: «Le debo a usted la felicidad de mi vida, permítame que le ayude». ¡No, esto es demasiado! ¡La única salvación de la bancarrota y del oprobio está en la muerte de este hombre!

Dieron las tres. El banquero aguzó el oído: todos dormían en la casa y sólo se oía el rumor de los helados árboles detrás de las ventanas. Tratando de no hacer ningún ruido, sacó de la caja fuerte la llave de la puerta que no se abría durante quince años, se puso el abrigo y salió de la casa.

El jardín estaba oscuro y frío. Llovía. Un viento húmedo y penetrante paseaba aullando por todo el jardín y no dejaba en paz a los árboles. El banquero esforzó la vista, pero no veía ni la tierra, ni las blancas estatuas, ni la casita, ni los árboles. Se acercó entonces al lugar donde se hallaba la casita y llamó dos veces al sereno. No hubo respuesta. Por lo visto, el sereno, huyendo del mal tiempo, se refugió en la cocina o en el invernadero y se quedó dormido.

«Si soy capaz de llevar adelante mi propósito -pensó el viejo- la sospecha recaerá antes que en nadie sobre el sereno.»

En la oscuridad tanteó los escalones y la puerta y entró en el vestíbulo de la casita; luego penetró a tientas en el pequeño pasillo y encendió un fósforo. Allí no había nadie. Vio una cama sin hacer y una oscura estufa de hierro en un rincón. Los sellos en la puerta que conducía al cuarto del recluido estaban intactos.

Cuando la cerilla se había apagado, el viejo, temblando de emoción, miró por la ventanilla.

La opaca luz de una vela apenas iluminaba la habitación del recluido. Éste estaba sentado junto a la mesa. Sólo se veían su espalda, sus cabellos y sus manos. Sobre la mesa, en dos sillones y sobre la alfombra, junto a la mesa, había libros abiertos.

Transcurrieron cinco minutos y el prisionero no se movió ni una sola vez. La reclusión de quince años le había enseñado a permanecer inmóvil. El banquero golpeó con el dedo en la ventanilla, pero el recluido no hizo ningún movimiento. Entonces el banquero arrancó cuidadosamente los sellos de la puerta e introdujo la llave en la cerradura. Se oyó un ruido áspero y el rechinar de la puerta. El banquero esperaba el grito de sorpresa y los pasos, pero al cabo de

tres minutos el silencio detrás de la puerta seguía inalterable. Decidió entonces entrar en la habitación.

Junto a la mesa estaba sentado, inmóvil, un hombre que no parecía una persona común. Era un esqueleto, cubierto con piel, con largos bucles femeninos y enmarañada barba. El color de su cara era amarillo, con un matiz terroso; tenía las mejillas hundidas, espalda larga y estrecha, y la mano que sostenía su melenuda cabeza era tan delgada que daba miedo mirarla. Sus cabellos ya estaban salpicados por las canas, y a juzgar por su cara, avejentada y demacrada, nadie creería que sólo tenía cuarenta años. Dormía... Delante de su inclinada cabeza, se veía sobre el escritorio una hoja de papel, en la cual había unas líneas escritas con letra menuda.

«¡Miserable! -pensó el banquero-. Duerme y, probablemente, sueña con los millones. Pero si yo levanto este semicadáver, lo arrojo sobre la cama y lo aprieto un poco con la almohada, el más minucioso peritaje no encontrará signos de una muerte violenta. Pero leamos primero estas líneas...».

El banquero tomó la hoja y leyó lo siguiente:

«Mañana, a las doce horas del día, recupero la libertad y el derecho de comunicarme con la gente. Pero antes de abandonar esta habitación y ver el sol, considero necesario decirle algunas palabras. Con la conciencia tranquila y ante Dios que me está viendo, declaro que yo desprecio la libertad, la vida, la salud y todo lo que en sus libros se denomina bienes del mundo.

«Durante quince años estudié atentamente la vida terrenal. Es verdad, yo no veía la tierra ni la gente, pero en los libros bebía vinos aromáticos, cantaba canciones, en los bosques cazaba ciervos y jabalíes, amaba mujeres... Beldades, leves como una nube, creadas por la magia de sus poetas geniales, me visitaban de noche y me susurraban cuentos maravillosos que embriagaban mi cabeza. En sus libros escalaba las cimas del Elbruz y del Monte Blanco y desde allí veía salir el sol por la mañana mientras al anochecer lo veía derramar el oro purpurino sobre el cielo, el océano, las montañas; veía verdes bosques, prados, ríos, lagos, ciudades; oía el canto de las sirenas y el son de las flautas de los pastores; tocaba las alas de los bellos demonios que descendían para hablar conmigo acerca de Dios... En sus libros me arrojaba en insondables abismos, hacía milagros,

incendiaba ciudades, profesaba nuevas religiones, conquistaba imperios enteros…

«Sus libros me dieron la sabiduría. Todo lo que a través de los siglos iba creando el infatigable pensamiento humano está comprimido cual una bola dentro de mi cráneo. Sé que soy más inteligente que todos vosotros.

«Y yo desprecio sus libros, desprecio todos los bienes del mundo y la sabiduría. Todo es miserable, perecedero, fantasmal y engañoso como la fatal morgana. Qué importa que sean orgullosos, sabios y bellos, si la muerte los borrará de la faz de la tierra junto con las ratas, mientras que sus descendientes, la historia, la inmortalidad de sus genios se congelarán o se quemarán junto con el globo terráqueo.

«Ustedes han enloquecido y marchan por un camino falso. Toman la mentira por la verdad, y la fealdad por la belleza. Se quedarían sorprendidos si, en virtud de algunas circunstancias, sobre los manzanos y los naranjos, en lugar de los frutos, crecieran de golpe las ranas y los lagartos o si las rosas comenzaran a exhalar un olor a caballo transpirado; así me asombro por ustedes que han cambiado el cielo por la tierra. No quiero comprenderlos.

Para mostrarles de hecho mi desprecio hacia todo lo que representa la vida de ustedes, rechazo los dos millones, con los cuales había soñado en otro tiempo, como si fueran un paraíso, y a los que desprecio ahora. Para privarme del derecho de cobrarlos, saldré de aquí cinco horas antes del plazo establecido y de esta manera violaré el convenio…».

Después de leer la hoja, el banquero la puso sobre la mesa, besó al extraño hombre en la cabeza y salió de la casita, llorando. En ningún momento de su vida, ni aún después de las fuertes pérdidas en la Bolsa, había sentido tanto desprecio por sí mismo como ahora. Al volver a su casa, se acostó enseguida, pero la emoción y las lágrimas no lo dejaron dormir durante un buen rato…

A la mañana siguiente llegaron corriendo los alarmados serenos y le comunicaron haber visto que el hombre de la casita bajó por la ventana al jardín, se encaminó hacia el portón y luego desapareció. Junto con los criados, el banquero se dirigió a la casita y comprobó la fuga del prisionero. Para no suscitar rumores superfluos,

tomó de la mesa la hoja con la renuncia y, al regresar a casa, la guardó en la caja fuerte.

La pena

El tornero Gregorio Petrov, desde hace tiempo conocido como un excelente artesano y al mismo tiempo como el mujik más desordenado del distrito de Galchinsk, conduce a su vieja, enferma, al hospital rural. Debe viajar unas treinta verstas y el camino es tan malo que ni siquiera el correo oficial podría pasar, sin hablar ya de semejante haragán como el tornero Gregorio. El viento, cortante y frío, pega directamente en la cara. En el aire, por donde uno mire, se arremolinan enjambres de copos de nieve, de modo que es difícil distinguir si la nieve cae del cielo o sube de la tierra. A través de la niebla nevada no se ven ni los postes de telégrafo, ni el campo, ni el bosque, y cuando se abalanza sobre Gregorio una ráfaga muy fuerte, entonces ni siquiera se ve el arco de los arneses. La vieja y extenuada yegua apenas avanza. Todas sus energías se fueron gastando para sacar las patas de la nieve y sacudir la cabeza. El tornero está apurado. Salta inquieto sobre el pescante y a cada rato fustiga el lomo del caballo.

-No llores, Matrena... -barbota-. Ten un poco de paciencia. Si Dios quiere, pronto llegaremos al hospital y una vez allí... enseguida te van a... Pavel Ivanich te va a dar unas gotas o te hará una sangría, o, quizás, a su señoría se le ocurrirá hacerte friegas con alcohol y... entonces... se te quitará el dolor en el costado. Pavel Ivanich tratará de hacerlo. Gritará, pataleará, pero tratará de hacerlo todo bien... Es un señor bueno, tratable, que Dios le dé mucha salud... En cuanto lleguemos, saldrá corriendo de su casa y antes que nada recordará a todos los diablos. «¿Cómo es eso?», gritará. «¿Por qué vienes a estas horas? ¿Acaso soy un perro para afanarme con ustedes todo el santo día? ¿Por qué no viniste por la mañana? ¡Andando! ¡Qué no te vea más! Vuelve mañana...».Y entonces yo le diré: «Señor doctor... Pavel Ivanich... Señoría...». ¡Arre, a ver si corres un poco, que el diablo te lleve!

El tornero fustiga al jamelgo y, sin mirar a la vieja, continúa farfullando:

-«¡Señoría! Le juro por Dios... salí al amanecer. Pero cómo va uno a llegar a tiempo si el Señor... la madre de Dios... están enojados y nos mandaron una borrasca. Usted mismo lo está viendo... Ni

siquiera un caballo más noble pasaría aquí, y el mío, usted mismo lo está viendo, no es un caballo sino una vergüenza». Y Pavel Ivanich, siempre enojado, volverá a gritar: «¡Los conozco! Siempre encontrarán una justificación. ¡Y en especial tú, Grishka! Te conozco muy bien. Seguramente entraste en unas cinco tabernas». Y yo le diré: «¡Señoría! ¿Acaso soy un malandrín o un hereje? Mi vieja está a punto de entregar su alma a Dios, se está muriendo, ¡y yo voy a andar por las tabernas!». Entonces Pavel Ivanich dará órdenes para que te lleven al hospital. Y yo caeré a sus pies...

«Pavel Ivanich. Muy agradecidos... somos *mujiks* tontos, ¡perdónenos! En vez de echarnos a palos, usted se digna molestarse, mojar sus pies en la nieve.» Y Pavel Ivanich me mirará como si quisiera pegarme y me dirá: «En lugar de caer de rodillas, tonto, hubieras hecho mejor en no tragar la vodka y tener lástima de tu vieja. ¡Mereces que te den azotes!». «En verdad, Pavel Ivanich, que Dios me castigue, merezco azotes. ¿Y cómo no voy a caer a sus pies si usted es nuestro bienhechor, nuestro padre? Señoría... Palabra... como ante el mismo Dios... Podrá escupirme en los ojos si le engaño: no bien ni Matrena se ponga, como se dice, buena y vuelva a su punto normal, haré todo lo que vuestra merced se digne ordenar. Si desea una cigarrera de abedul de Carelia... unas bolas de croquet... o puede tornear un juego de bolos a la mejor usanza extranjera... ¡Haré todo por usted! Y no le cobraré ni una *kopeika*. En Moscú le cobrarían cuatro rublos por una cigarrera como esta, pero yo ni una sola *kopeika*.» El doctor entonces se echará a reír y me dirá: «Bueno, bueno... comprendo... Lástima que seas tan sólo un borrachín...». Yo sé, vieja, cómo hay que tratar a los señores. No existe un señor con quien yo no supiera hablar. Con tal de que Dios no permita que perdamos el camino. ¡Mira qué borrasca! Tengo los ojos tapados por la nieve.

Y el tornero sigue murmurando sin parar. Lo hace maquinalmente, para ahogar, siquiera en parte, el penoso sentimiento que lo embarga. Tiene muchas palabras en la lengua, pero más numerosas son las ideas y las preguntas que anidan en su cabeza. La desgracia lo sorprendió de golpe, inesperadamente, y el tornero se siente incapaz de volver en sí y comprenderlo todo bien. Hasta el momento vivía sin preocupaciones, en un continuo y parejo

estado de ebriedad semiinconsciente, sin sentir penas ni alegrías, y ahora, de repente, su alma está oprimida por un dolor intenso. El despreocupado haragán y borrachín vino a parar, de buenas a primeras, a la situación de un hombre atareado, preocupado, apresurado y, para colmo, en plena lucha contra la naturaleza.

El tornero recuerda que su pena comenzó en la víspera. Cuando en la noche anterior regresó a su casa borracho como siempre y según la antigua costumbre comenzó a maldecir y a agitar los puños, la vieja miró al pendenciero como no lo había mirado nunca. Comúnmente, la expresión de sus ojos avejentados era resignada y sufriente, como la de los perros que reciben muchos palos y poca comida, pero ahora su mirada estaba inmóvil y severa, como la de los santos en los iconos o la de los moribundos. Fue en esos ojos, malos y extraños, donde dio comienzo la pena. El aturdido tornero pidió prestado al vecino un jamelgo y ahora lleva a su vieja al hospital con la esperanza de que Pavel Ivanich, mediante polvos y ungüentos, le devuelva a la mujer su antigua mirada.

-Este... Matrena... -murmura-. Si Pavel Ivanich te pregunta sobre... si yo te pegaba o no, dile que de ninguna manera. Porque no te voy a pegar más. Te lo juro. ¿Acaso te pegaba por maldad? Pegaba porque sí. Te tengo lástima. Cualquier otro ni lo pensaría, pero yo te cuido... me preocupo. ¡Pero mira qué borrasca! ¡Dios mío! Que el Señor no nos haga perder el camino. ¿Te duele siempre el costado? Matrena ¿por qué estás callada? Te pregunto si te duele el costado.

Le parece extraño que la nieve no se derrita sobre el rostro de la anciana, y que este rostro, extrañamente alargado, haya adquirido un color de cirio, de tono pálido grisáceo, y se haya tornado serio, severo.

-¡Qué tonta! -murmura el tornero-.Te hablo de todo corazón, como ante el mismo Dios... pero tú... esto... ¡Eres una tonta! ¡Mira que no te voy a llevar al hospital!

El tornero baja las riendas y se pone a meditar. No se decide a volverse y observar a la vieja: le da miedo. También tiene miedo de preguntarle algo y no recibir ninguna respuesta. Por fin, para terminar con la incertidumbre y sin mirar a la mujer, palpa su mano fría. El brazo levantado cae como un látigo.

-De modo que ha muerto. ¡Qué embrollo!...

Y el tornero llora. Lo que siente es más bien fastidio que lástima. ¡Qué rápido se hacen las cosas en este mundo! -piensa-. Todavía no había comenzado su pena y ya sobrevino el desenlace. Apenas había sentido deseos de expresar a la vieja sus sentimientos, de consolarla y ya ella estaba muerta. Ha vivido con ella cuarenta años, pero esos cuarenta años pasaron como envueltos en una neblina. La vida no se sentía detrás de las borracheras, las peleas y la miseria. Y para colmo, la vieja murió justo en el momento en que él tuvo lástima de ella, cuando sintió que no podía vivir sin ella, que era terriblemente culpable ante ella.

-¡Pedía limosna! -recuerda-.Yo mismo la mandaba a pedir pan a la gente, ¡córcholis! Ella, tonta, hubiera podido vivir unos diez años más, porque ahora quizá piensa que yo soy así de verdad. Virgen Santísima; ¿a dónde, diablos, la estoy llevando? Ahora no se trata de curarla, sino de enterrarla. ¡Date vuelta!

El tornero hace volver al jamelgo y lo fustiga con todas sus fuerzas. Conforme avanza el camino se hace peor. El arco de los arneses ya no se ve del todo. De vez en cuando el trineo choca contra un joven pino, el oscuro objeto rasguña las manos del tornero, apareciendo fugazmente delante de sus ojos, y el campo de visión vuelve a ser blanco, giratorio. «Vivir de nuevo...», piensa el tornero.

Recuerda que hace cuarenta años Matrena era una joven hermosa y alegre. Provenía de una familia campesina pudiente y la casaron con él por sus buenas cualidades de artesano. Había condiciones para una buena vida, pero, por desgracia, después de emborracharse en la boda, él se acostó a dormir y parece no haberse despertado aún. Recuerda bien la ceremonia del casamiento, pero lo que ocurrió después de la boda no lo recuerda, excepto la bebida, las peleas y el sueño. Así se han perdido cuarenta años.

Las blancas nubes de nieve poco a poco se vuelven grises. Cae el crepúsculo.

-¿A dónde vamos? -se despierta de golpe el tornero-. Hay que llevarla al cementerio y yo la llevo al hospital... ¡Ni que estuviera trastornado!

Nuevamente el tornero da vuelta a la yegua y la fustiga. Esta junta todas sus fuerzas y corre al trote cilio, resoplando. El tornero le pega en el lomo una y otra vez... A su espalda se oyen unos golpes y

él, sin mirar, sabe que es la cabeza de la difunta que golpea contra el trineo. El aire se oscurece cada vez más; el viento se torna más fuerte y frío... «Si pudiera vivir de nuevo... -piensa el tornero-. Comprar herramientas nuevas, atender los pedidos... entregar el dinero a la vieja... ¡sí!».

Deja caer las riendas. Las busca, quiere levantarlas y no puede, sus manos no se mueven... «De todas maneras... -piensa- el caballo irá solo, conoce el camino. Con qué gana dormiría ahora un poco... antes del entierro o la misa podría acostarme un poco.»

El tornero cierra los ojos y dormita. Poco tiempo después siente que el caballo se ha detenido. Abre los ojos y ve por delante algo oscuro, parecido a una *izba* o una gavilla... Debería bajar del trineo y averiguar de qué se trata, pero todo su cuerpo está dominado por una pereza tal, que mejor es quedarse congelado que moverse del lugar... Y se duerme despreocupado.

Se despierta en un cuarto grande, con las paredes pintadas. Una intensa luz solar entra por las ventanas a raudales. El tornero ve a la gente por delante y lo primero que quiere es mostrarse serio, juicioso.

-Habría que encargar una misa, hermanos, por mi vieja -dice-. Hay que avisar al sacerdote...

-¡Bueno, bueno! ¡Quédate tranquilo! -lo interrumpe una voz.

-¡Padrecito! ¡Pavel Ivanich! -se sorprende el tornero al ver al médico-. ¡Señoría! ¡Bienhechor nuestro!

Quiere levantarse de un salto para caer de hinojos ante la medicina, pero siente que ni las manos ni los pies le obedecen.

-¡Señoría! ¿Dónde están mis pies? ¿Mis manos?

-Despídete de tus pies y tus manos... ¡Congelados! Bueno, bueno, ¿por qué lloras ahora? Has vivido bastante, gracias a Dios. Unas seis décadas habrás vivido, ¿qué más quieres?

-¡Qué pena! ¡Señoría, es una pena! Perdóneme... Unos cinco o seis añitos todavía...

-¿Para qué?

-El caballo no es mío, tengo que devolverlo... Hay que enterrar a la vieja... ¡Qué pronto se hacen las cosas en este mundo! ¡Señoría! ¡Pavel Ivanich! La mejor cigarrera de abedul de Carelia... Le haré un croquet...

El médico menea la cabeza y sale del cuarto.

La mujer del boticario

La pequeña ciudad de B***, compuesta de dos o tres calles torcidas, duerme con sueño profundo. El aire, quieto, está lleno de silencio. Sólo a lo lejos, en algún lugar seguramente fuera de la ciudad, suena el débil y ronco tenor del ladrido de un perro. El amanecer está próximo.

Hace tiempo que todo duerme. Tan sólo la joven esposa del boticario Chernomordik, propietario de la botica del lugar, está despierta. Tres veces se ha echado sobre la cama; pero, sin saber por qué, el sueño huye tercamente de ella. Sentada, en camisón, junto a la ventana abierta, mira a la calle. Tiene una sensación de ahogo, está aburrida y siente tal desazón que hasta quisiera llorar. ¿Por qué...? No sabría decirlo, pero un nudo en la garganta la oprime constantemente... Detrás de ella, unos pasos más allá y vuelto contra la pared, ronca plácidamente el propio Chernomordik. Una pulga glotona se ha adherido a la ventanilla de su nariz, pero no la siente y hasta sonríe, porque está soñando con que toda la ciudad tose y no cesa de comprarle *Gotas del rey de Dinamarca*. ¡Ni con pinchazos, ni con cañonazos, ni con caricias, podría despertárselo!

La botica está situada al extremo de la ciudad, por lo que la boticaria alcanza a ver el límite del campo. Así, pues, ve palidecer la parte este del cielo, luego la ve ponerse roja, como por causa de un gran incendio. Inesperadamente, por detrás de los lejanos arbustos, asoma tímidamente una luna grande, de ancha y rojiza faz. En general, la luna, cuando sale de detrás de los arbustos, no se sabe por qué, está muy azarada.

De repente, en medio del silencio nocturno, resuenan unos pasos y un tintineo de espuelas. Se oyen voces.

Poco después, en efecto, surgen dos figuras vestidas de uniforme militar blanco. Una es grande y gruesa; otra, más pequeña y delgada. Con un andar perezoso y acompasado, pasan despacio junto a la verja, conversando en voz alta sobre algo. Al acercarse a la botica, ambas figuras retrasan aún más el paso y miran a las ventanas.

-Huele a botica -dice el oficial delgado-. ¡Claro..., como que es una botica...! ¡Ah...! ¡Ahora que me acuerdo... la semana pasada estuve aquí a comprar aceite de ricino! Aquí es donde hay un

boticario con una cara agria y una quijada de asno. ¡Vaya quijada...! Con una como ésa, exactamente, venció Sansón a los filisteos.

-Si... -dice con voz de bajo el gordo-. Ahora la botica está dormida... La boticaria estará también dormida... Aquí, Obtesov, hay una boticaria muy guapa.

-La he visto. Me gusta mucho. Diga, doctor: ¿podrá querer a ese de la quijada? ¿Será posible?

-No. Seguramente no lo quiere -suspira el doctor con expresión de lástima hacia el boticario-. ¡Ahora, guapita..., estarás dormida detrás de esa ventana...! ¿No crees, Obtesov? Estará con la boquita entreabierta, tendrá calor y sacará un piececito. Seguro que el tonto del boticario no entiende de belleza. Para él, probablemente, una mujer y una botella de lejía es lo mismo.

-Oiga, doctor... -dice el oficial, parándose- ¿Y si entráramos en la botica a comprar algo? Puede que viéramos a la boticaria.

-¡Qué ocurrencia! ¿Por la noche?

-¿Y qué...? También por la noche tienen obligación de despachar. Anda, amigo... Vamos.

-Como quieras.

La boticaria, escondida tras los visillos, oye un fuerte campanillazo y, con una mirada a su marido, que continúa roncando y sonriendo dulcemente, se echa encima un vestido, mete los pies desnudos en los zapatos y corre a la botica.

A través de la puerta de cristal, se distinguen dos sombras. La boticaria aviva la luz de la lámpara y corre hacia la puerta para abrirla. Ya no se siente aburrida ni desazonada, ya no tiene ganas de llorar, y sólo el corazón le late con fuerza. El médico, gordiflón, y el delgado Obtesov entran en la botica. Ahora ya puede verlos bien. El gordo y tripudo médico tiene la tez tostada y es barbudo y torpe de movimientos. Al más pequeño de éstos le cruje su uniforme y le brota el sudor en el rostro. El oficial es de tez rosada y sin bigote, afeminado y flexible como una fusta inglesa.

-¿Qué desean ustedes? -pregunta la boticaria, ajustándose el vestido.

-Denos... quince kopeks de pastillas de menta.

La boticaria, sin apresurarse, coge del estante un frasco de cristal y empieza a pesar las pastillas. Los compradores, sin

pestañear, miran su espalda. El médico entorna los ojos como un gato satisfecho, mientras el teniente permanece muy serio.

-Es la primera vez que veo a una señora despachando en una botica -dice el médico.

-¡Qué tiene de particular! -contesta la boticaria mirando de soslayo el rosado rostro de Obtesov-. Mi marido no tiene ayudantes, por lo que siempre lo ayudo yo.

-¡Claro...! Tiene usted una botiquita muy bonita... ¡Y qué cantidad de frascos distintos...! ¿No le da miedo moverse entre venenos...? ¡ Brrr...!

La boticaria pega el paquetito y se lo entrega al médico. Obtesov saca los quince kopeks. Trascurre medio minuto en silencio... Los dos hombres se miran, dan un paso hacia la puerta y se miran otra vez.

-Deme diez kopeks de sosa -dice el médico.

La boticaria, otra vez con gesto perezoso y sin vida, extiende la mano hacia el estante.

-¿No tendría usted aquí, en la botica, algo...? -masculla Obtesov haciendo un movimiento con los dedos-. Algo... que resultara como un símbolo de algún líquido vivificante...? Por ejemplo, agua de seltz. ¿Tiene usted agua de seltz?

-Si, tengo -contesta la boticaria. -¡Bravo...! ¡No es usted una mujer! ¡Es usted un hada...! ¿Podría darnos tres botellas...? La boticaria pega apresurada el paquete de sosa y desaparece en la oscuridad tras la puerta.

-¡Un fruto como éste no se encontraría ni en la isla de Madeira! ¿No le parece? Pero escuche... ¿no oye usted un ronquido? Es el propio señor boticario, que duerme.

Pasa un minuto, la boticaria vuelve y deposita cinco botellas sobre el mostrador. Como acaba de bajar a la cueva, está encendida y algo agitada.

-¡Chis! -dice Obtesov cuando al abrir las botellas deja caer el sacacorchos-. No haga tanto ruido, que se va a despertar su marido.

-¿Y qué importa que se despierte?

-Es que estará dormido tan tranquilamente... soñando con usted... ¡A su salud! ¡Bah...! -dice con su voz de bajo el médico, después de eructar y de beber agua de seltz-. ¡Eso de los maridos es

una historia tan aburrida...! Lo mejor que podrían hacer es estar siempre dormidos. ¡Oh, si a esta agua se le hubiera podido añadir un poco de vino tinto!

-¡Qué cosas tiene! -ríe la boticaria.

-Sería magnífico. ¡Qué lástima que en las boticas no se venda nada basado en alcohol! Deberían, sin embargo, vender el vino como medicamento. Y vinum gallicum rubrum..., ¿tiene usted?

-Sí, lo tenemos.

-Muy bien; pues tráiganoslo, ¡qué diablo...! ¡Tráigalo!

-¿Cuánto quieren?

-¡Cuantum satis! Empecemos por echar una onza de él en el agua, y luego veremos. ¿No es verdad? Primero con agua, y después, per se.

El médico y Obtesov se sientan al lado del mostrador, se quitan los gorros y se ponen a beber vino tinto.

-¡Hay que confesar que es malísimo! ¡Que es un vinum malissimum! Pero con una presencia así... parece un néctar. ¡Es usted maravillosa, señora! Le beso la mano con el pensamiento.

-Yo hubiera dado mucho por poder hacerlo no con el pensamiento -dice Obtesov-. ¡Palabra de honor que hubiera dado la vida!

-¡Déjese de tonterías! -dice la señora Chernomordik, sofocándose y poniendo cara seria.

-Pero ¡qué coqueta es usted...! -ríe despacio el médico, mirándola con picardía-. Sus ojitos disparan ¡pif!, ¡paf!, y tenemos que felicitarla por su victoria, porque nosotros somos los conquistados.

La boticaria mira los rostros sonrosados, escucha su charla y no tarda en animarse a su vez. ¡Oh...! Ya está alegre, ya toma parte en la conversación, ríe y coquetea, y por fin después de hacerse rogar mucho de los compradores, bebe dos onzas de vino tinto.

-Ustedes, señores oficiales, deberían venir más a menudo a la ciudad desde el campamento -dice-, porque esto, si no, es de un aburrimiento atroz. ¡Yo me muero de aburrimiento!

-Lo creo -se espanta el médico-. ¡Una niña tan bonita! ¡Una maravilla así de la naturaleza, y en un rincón tan recóndito! ¡Qué maravillosamente bien lo dijo Griboedov! "¡Al rincón recóndito! ¡Al

Saratov...!" Ya es hora, sin embargo, de que nos marchemos. Encantados de haberla conocido..., encantadísimos... ¿Qué le debemos?

La boticaria alza los ojos al techo y mueve los labios durante largo rato.

-Doce rublos y cuarenta y ocho kopeks -dice. Obtesov saca del bolsillo una gruesa cartera, revuelve durante largo tiempo un fajo de billetes y paga.

-Su marido estará durmiendo tranquilamente... estará soñando... -balbucea al despedirse, mientras estrecha la mano de la boticaria.

-No me gusta oír tonterías.

-¿Tonterías? Al contrario... Éstas no son tonterías... Hasta el mismo Shakespeare decía: "Bienaventurado aquel que de joven fue joven..."

-¡Suelte mi mano!

Por fin, los compradores, tras larga charla, besan la mano de la boticaria e indecisos, como si se dejaran algo olvidado, salen de la botica. Ella corre a su dormitorio y se sienta junto a la ventana. Ve cómo el teniente y el doctor, al salir de la botica, recorren perezosamente unos veinte pasos. Los ve pararse y ponerse a hablar de algo en voz baja. ¿De qué? Su corazón late, le laten las sienes también... ¿Por qué...? Ella misma no lo sabe. Su corazón palpita fuertemente, como si lo que hablaran aquellos dos en voz baja fuera a decidir su suerte. Al cabo de unos minutos el médico se separa de Obtesov y se aleja, mientras que Obtesov vuelve. Una y otra vez pasa por delante de la botica... Tan pronto se detiene junto a la puerta como echa a andar otra vez. Por fin, suena el discreto tintineo de la campanilla.

La boticaria oye de pronto la voz de su marido, que dice:

-¿Qué...? ¿Quién está ahí? Están llamando. ¿Es que no oyes...? ¡Qué desorden!

Se levanta, se pone la bata y, tambaleándose todavía de sueño y con las zapatillas en chancletas, se dirige a la botica.

-¿Qué es? ¿ Qué quiere usted? pregunta a Obtesov.

-Deme..., deme quince kopeks de pastillas de menta.

Respirando ruidosamente, bostezando, quedándose dormido al andar y dándose con las rodillas en el mostrador, el boticario se empina hacia el estante y coge el frasco...

Unos minutos después la boticaria ve salir a Obtesov de la botica, le ve dar algunos pasos y arrojar al camino lleno de polvo las pastillas de menta. Desde una esquina, el doctor le sale al encuentro. Al encontrarse, ambos gesticulan y desaparecen en la bruma matinal.

-¡Oh, qué desgraciada soy! -dice la boticaria, mirando con enojo a su marido, que se desviste rápidamente para volver a echar a dormir-. ¡Que desgraciada soy! -repite.

Y de repente rompe a llorar con amargas lágrimas Y nadie... nadie sabe...

-Me he dejado olvidados quince kopeks en el mostrador -masculla el boticario, arropándose en la manta-. Haz el favor de guardarlos en la mesa.

Y al punto se queda dormido.

Un hombre enfundado

I

En un extremo de la aldea Mironositsky, en la porchada del alcalde Prokofy, se habían instalado para pasar la noche dos cazadores llegados al pueblo mucho después de anochecer: el veterinario Iván Ivanovich y el maestro de escuela Burkin. Iván Ivanovich tenía un donoso apellido: Chimcha-Guimalaysky, cuya pomposidad estaba en contradicción con la modestia de su persona. En toda la comarca se le llamaba, sencillamente, Iván Ivanovich. Vivía no lejos de la ciudad, en una hermosa finca, donde se dedicaba a la cura de las enfermedades equinas. Aquel día había salido de casa para airearse un poco. Burkin vivía en la ciudad; pero pasaba todas las vacaciones de verano en la finca del conde P..., y era también muy conocido en la comarca.

Ni uno ni otro podían dormirse. Iván Ivanovich, alto, enjuto, entrado en años, canoso, bigotudo, fumaba su pipa sentado junto a la puerta abierta de la porchada. La luz de la Luna le daba de lleno en el rostro. Burkin yacía sobre un montón de heno, en el fondo del aposento, sumergido en la oscuridad.

Hablaban de la alcaldesa, Mavra, una mujer fuerte y despejada, que no había salido en toda su vida de la aldea y no había visto nunca la ciudad ni el ferrocarril. Hacía algunos años que sólo salía a la calle por la noche.

–No tiene nada de extraño -dijo Burkin-. Hay entre nosotros mucha gente que ama la soledad y que se complace en permanecer siempre en su concha, como los caracoles. Acaso se trate de un atavismo, de un retorno a la época en que nuestros ascendientes aún no eran animales sociables y vivían aislados en sus cavernas. Quizás sea ésa una de tantas variedades de la naturaleza humana. ¡Quién sabe! Yo no me dedico al estudio de las Ciencias Naturales, y no tengo la pretensión de resolver tales problemas. Quiero decir tan sólo que hay mucha gente como esa pobre Mavra. Hará unos dos meses murió en la ciudad un tal Belikov, compañero mío de profesorado en el Liceo, donde explicaba griego. Habrá usted oído hablar de él. Llegó a adquirir, por sus costumbres, cierta celebridad. Siempre, aunque

hiciera un tiempo espléndido, llevaba chanclos, paraguas y un abrigo con forro de algodón. Se diría que todas sus cosas estaban enfundadas: cubría su paraguas una funda gris, llevaba el cortaplumas en un estuchito, hasta su rostro, que ocultaba casi por entero el cuello de su abrigo, parecía enfundado también. Llevaba siempre gafas ahumadas, chaleco de franela y unos tapones de algodón en los oídos. Cuando tomaba un coche hacía al cochero levantar la capota. En fin, procuraba siempre envolverse en algo que le ocultase, meterse, por decirlo así, en una funda, para aislarse, separarse del mundo entero, defenderse de las influencias exteriores. Era esto en él una tendencia apasionada, irresistible. La vida real lo irritaba, lo asustaba, le inspiraba una angustia constante. Quizás para justificar este odio, este miedo a cuanto lo rodeaba, siempre estaba haciéndose lenguas de las excelencias del pasado, encomiando las cosas que no existían en realidad. El griego que explicaba era para él también como unos chanclos o un paraguas con que se defendía de la vida real.

«¡Qué sonora, qué melodiosa es la lengua griega!» -decía con voz suave. Y en apoyo de su afirmación guiñaba un ojo, levantaba el dedo y pronunciaba: «¡Antropos!»

Belikov procuraba enfundar asimismo su pensamiento. Lo único comprensible y claro para él eran las circulares gubernativas en que se prohibía algo y los artículos periodísticos en que se aplaudían las prohibiciones. Cuando una circular prohibía a los colegiales salir a la calle después de las nueve de la noche o cuando un artículo periodístico tronaba contra la ligereza de las costumbres, la cosa para él era clara, indiscutible: ¡Está prohibido, y se acabó! Pero cuando leía que se autorizaba esto o lo otro, veía en ello algo sospecho y extraño. Si las autoridades de la ciudad concedían autorización para abrir un círculo de artistas-aficionados, una biblioteca, un «club», sacudía tristemente la cabeza y decía:

–Claro, todo eso está muy bien; pero… temo las consecuencias.

Toda infracción de las reglas establecidas; toda desviación del camino trazado por las circulares, lo ponían triste y perplejo, aunque se tratase de asuntos en los que él no tuviese para qué inmiscuirse. Si alguno de sus colegas llegaba con retraso a misa o no se conducía en absoluta conformidad con las reglas establecidas; si alguna profesora

se paseaba de noche en compañía de un joven, Belikov parecía presa de profunda angustia y le decía a todo el mundo, con trágico acento, que aquello acabaría mal. En los consejos pedagógicos aburría a sus colegas con sus interminables temores y aprensiones, con su prudencia exagerada, con sus lamentaciones acerca de la juventad escolar, que, según él, se conducía muy mal, hacía demasiado ruido.

–Eso puede tener consecuencias enojosas -decía lleno de espanto-. Si las autoridades se enteran de la mala conducta de los colegiales..., ¿comprenden ustedes?... Acaso conviniera expulsar del colegio a Petrov y a Egorov, para que no contaminasen con su mal ejemplo a los demás...

Parecerá inverosímil; pero sus suspiros constantes, sus lamentaciones, sus gafas oscuras sobre el rostro menudo y pálido de animalejo espantado ejercían una influencia deprimente en sus colegas, que acababan por dejarse convencer: se castigaba a Petrov y a Egorov, y, a la postre, se los expulsaba.

Belikov visitaba con frecuencia a sus colegas. Llegaba, se sentaba y, sin decir palabra, miraba alrededor como buscando algo sospechoso. Permanecía así una o dos horas, y se iba. A aquello lo llamaba «mantener buenas relaciones con sus compañeros». Se advertía que tales visitas le desagradaban; pero las consideraba un deber. Sus colegas le tenían miedo. Hasta el director del colegio se lo tenía. La mayoría de los profesores eran personas inteligentes, honorables, de ideas progresivas, de espíritu cultivado por la lectura de los mejores escritores, y, sin embargo, aunque parezca absurdo, aquel hombrecillo, que siempre llevaba chanclos y paraguas, ejercía un gran influjo sobre ellos, y durante quince años fue el amo absoluto del colegio. ¡Y no solo del colegio, de toda la ciudad! Las señoras no se atrevían a celebrar en su casa funciones teatrales las vísperas de fiesta, por temor a Belikov; los curas no se atrevían a jugar a la baraja delante de él. Bajo su influjo, los habitantes de la ciudad no se atrevían a nada. Todo les daba miedo. Les daba miedo hablar en voz alta, escribir cartas, trabar nuevas relaciones, leer libros, socorrer a los pobres, enseñarles las primeras letras a los analfabetos.

II

Burkin tosió, hizo una corta pausa, encendió su pipa apagada, miró a la Luna y continuó:

–Sí, todos éramos personas instruidas, inteligentes, que habíamos leído a Turguenef, a Tolstoi, a Bucles, etc., y, sin embargo, nos inclinábamos ante Belikov. Hay cosas extrañas...Vivía en la misma casa que yo y en el mismo piso. Nos veíamos con frecuencia, y yo conocía su vida íntima. En su casa se mantenía igualmente fiel a sus costumbres. Vestía siempre una bata y se tocaba con un gorro. No abría nunca los postigos de las ventanas, y tenía las puertas cerradas con innumerables cerrojos. Y él mismo sometíase a restricciones, a prohibiciones, temeroso de consecuencias enojosas. Los días de ayuno no comía nada de lo prohibido por la Iglesia y se contentaba con pescado; no tenía criada, por temor a que le achacasen relaciones íntimas con ella; un viejo sesentón, borracho y tímido, le guisaba y le hacía todos los servicios domésticos. Se llamaba Afanasy. Solía permanecer horas y horas a la puerta de la habitación de Belikov cruzadas las manos sobre el pecho y murmurando cosas como la siguiente:

–¡Dios mío, cuánta gente sospechosa hay!

Y al decir esto lanzaba un gran suspiro.

La alcoba de Belikov era pequeñísima, y el profesor parecía en ella guardado en una caja. Cuando se acostaba tapábase hasta la cabeza con la sábana. Hacía calor; silbaba fuera el viento; se oía en la cocina gruñir y suspirar a Afanasy. Y Belikov, bajo la sábana, tenía miedo. Tenía miedo de Afanasy, a quien se le podía ocurrir la idea de matarle; tenía miedo de los ladrones. Toda la noche lo atormentaban pesadillas. Por la mañana llegaba al colegio, sombrío y pálido. El colegio, con sus centenares de alumnos y sus numerosos profesores, le daba miedo: hubiera preferido continuar solo, encerrado en su concha.

–¡Dios mío, qué ruido! -decía para justificar su mal humor-. ¡Esto es abominable!

Cosa asombrosa, inverosímil: ¡aquel hombre enfundado estuvo una vez a punto de casarse!

Burkin hizo una nueva pausa, se envolvió en una nube de humo y prosiguió:

–¡Sí, como lo oye usted, a punto de casarse!

–¡No, usted bromea! -contestó Iván Ivanovich.

–¡Palabra de honor! Mire usted cómo fue. Un día llegó a la ciudad un nuevo profesor de Geografía e Historia, un tal Mijail Savich Kovalenko. Lo acompañaba su hermana, llamada Vasia. Eran de origen ucranio; el hermano era un mocetón, joven aún, muy moreno, con unas manos enormes; sólo con mirarle se adivinaba que tenía voz de bajo, y, en efecto, cuando hablaba, su voz parecía salir de un tonel vacío: «bu-bu-bu...» La hermana era mayor, de unos treinta años, también muy alta, morena, de ojos negros, de mejillas sonrosadas; en fin, una muchacha muy apetitosa. Hablaba por los codos, era muy risueña, cantaba canciones ucranias. Daba gusto oír su risa franca y alegre: ¡ja, ja, ja!

Conocimos a los Kovalenko en un baile que dio el director del colegio con motivo de su cumpleaños. Entre los profesores de aspecto severo, que se conducían incluso en los bailes como si cumpliesen un penoso deber, aquella señorita parecía una Afrodita, surgida de las espumas del mar. Reía, bailaba, animaba el salón con la música de su voz sonora. Nos cantó algunas canciones ucranias. En fin, nos encantó a todos, sin exceptuar a Belikov. El profesor se sentó junto a ella y le dijo, con una sonrisa suave:

–La lengua ucrania, por su sonoridad y su melodía, se parece a la lengua griega.

Aquello halagó a Varenka, que empezó a hablarle, con énfasis y entusiasmo, de su casa en Ucrania; de su madre, que vivía allí; de las sandías, de los pepinos y de otras exquisiteces que se criaban en su huerto. No se criaban por aquí cosas tan exquisitas.

–¡Y si viera usted qué magnífica sopa de legumbres comemos en nuestra bella Ucrania!

Oyendo su conversación se nos ocurrió a todos, de pronto, la misma idea:

–¡Y si los casáramos! -me dijo, por lo bajo, la mujer del director.

Diríase que hasta aquella noche no habíamos parado mientes en el celibato de Belikov. Estábamos asombrados de no haber pensado hasta entonces en aquel aspecto de su vida íntima. ¿Qué

opinión tendría de la mujer? ¿Cómo resolvería tan grave problema? Hasta aquel momento no nos habíamos hecho tales preguntas, acaso creyendo imposible que un hombre que llevaba en todo tiempo clanclas y se ocultaba temeroso en su concha pudiera enamorarse.

–Hace mucho tiempo que él ha pasado de los cuarenta; ella tiene treinta años -añadió la directora-. Creo que se casaría con él muy gustosa.

¡Dios mío, cuántas tonterías, cuántas estupideces se hacen en provincias sólo para pasar el rato; cuántas cosas inútiles, y a veces absurdas, se inventan sin otra razón que no tener qué hacer! ¿Cómo demonios se nos ocurrió la idea de casar a Belikov, a quien ni siquiera se podía uno imaginar en el papel de marido, de padre de familia? Y no obstante, todo el mundo se aplicó con ardor a la realización del proyecto. La directora, la inspectora y las mujeres de los profesores se animaron de pronto, y hasta se embellecieron, como si hubieran encontrado súbitamente un ideal que llenase su vida.

Algunos días después la directora tomó un palco en el teatro e invitó a Belikov y a Varenka. Varenka, haciéndose aire con el abanico, parecía feliz, alegre; él estaba tan abatido y asustado, que diríase que acababa de ser sacado de su casa a tirones.

Transcurridas algunos días más las señoras se empeñaron en que yo diese un baile en mi casa e invitase a Belikov y a Varia.

Habíamos adquirido la certidumbre de que Varenka se casaría gustosísima con Belikov, con tanto más motivo cuanto que no era muy feliz en casa de su hermano, que era un buen muchacho, pero tenía la manía de discutir acerca de todo. Hermano y hermana se pasaban la vida entregados a acaloradas discusiones, que ni en la calle interrumpían. He aquí, por ejemplo, una escena: Kovalenko, el mocetón robusto, engalanado con una camisa ucrania bordada, desbordante bajo el sombrero la espesa cabellera, marchaba junto a su hermana, en una mano un paquete de libros, en la otra un grueso bastón, espanto de los perros. Ella también llevaba en la mano unos libros.

–Pero, Miguelito, estoy segura de que no has leído ese libro. ¡Te juro que no lo has leído! -decía ella en voz tan alta, que se le oía desde la otra acera.

–¡Y yo te digo que lo he leído! -gritaba el hermano, golpeando el suelo con el bastón.

–¡Dios mío, no comprendo por qué te enfadas, Miguel! No es una discusión de principios, y debías oírme con calma.

–¡Pero si estoy diciéndote que no he leído ese libro y tú te emperras en lo contrario!...

En casa ocurría lo mismo: disputaban, gritaban, se enfadaban, sin que la presencia de personas extrañas los contuviese.

Era muy natural que a Varia la aburriese una vida así. Soñaba con fundar un hogar propio. Además, como ya no era joven, casi había perdido la esperanza de casarse, y aceptaría el matrimonio con cualquiera, aunque fuera con Belikov.

Lo cierto es que se mostraba propicia a nuestro proyecto, y dejaba hacer...

Belikov no cambiaba. Visitaba de cuando en cuando a Kovalenko, como a todos sus demás colegas. Se pasaba horas enteras sin decir esta boca es mía. Varenka le cantaba canciones ucranias, lo miraba soñadoramente con sus grandes ojos negros, y a veces prorrumpía en alegres carcajadas:

–¡Ja, ja, ja!

En empeños de amor, sobre todo cuando hay en ellos miras matrimoniales, la sugestión juega un gran papel. Todos los profesores y las señoras dieron en la flor de asegurarle a Belikov que debía casarse, que no le quedaba otro refugio que el matrimonio; lo felicitábamos, le hablábamos de la necesidad de crear un hogar. Además, Varenka era bastante guapa, inteligente, de buena familia; poseía en Ucrania una finquita. Luego, era la primera mujer que le había manifestado algún cariño, lo que lo conmovió, le hizo perder la cabeza y lo decidió a casarse.

–Aquél era el momento indicado para despojarle de los chanclos y el paraguas -dijo Iván Ivanovich.

–Eso era imposible, como va usted a ver. Pero déjeme contárselo todo... Pues bien: Belikov colocó sobre su mesa el retrato de Varenka. Solía visitarme para hablar de ella, de la vida de familia, de la extrema importancia del matrimonio. Casi diariamente iba a casa de los hermanos Kovalenko; pero no cambió en nada sus costumbres. Por el contrario, su decisión de casarse ejerció sobre él

una influencia funesta. Se puso más delgado y más pálido y parecía aún más metido en su funda.

–Bárbara Savichna me gusta -me decía con su leve sonrisa enfermiza-. Harto se me alcanza que todo hombre debe casarse; pero..., mire usted, todo esto es para mí una gran sorpresa; todo ha sucedido de un modo tan inesperado... Hay que pensarlo mucho antes de dar ese paso decisivo...

–¿Para qué pensarlo? -le respondía yo- ¡Cásese usted, y asunto concluido!

–No; el matrimonio es un acto demasiado grave. Ante todo, hay que pesar bien todos los deberes que lleva consigo, todas las responsabilidades... De lo contrario, son de temer consecuencias enojosas... Esto me inquieta de tal modo, que casi no duermo...

Además, se lo confieso a usted, tengo un poco de miedo. Ella y su hermano son de una manera de pensar especial... Basta oír sus discusiones... Son demasiado vivas, demasiado violentas... Si me caso con ella, tal vez tenga disgustos. ¡Quién sabe!

Y no se declaraba a Varenka, demorando la declaración todos los días, lo que enojaba mucho a la directora y a nuestras señoras. Seguía siempre reflexionando, sobre los deberes y las responsabilidades que lleva consigo el matrimonio. Sin embargo, se paseaba todos los días con Varenka, acaso considerándolo un deber en su situación. Y todos los días venía a mi casa para hablar más y más de la iniportancia del paso que se disponía a dar. Probablemente hubiese acabado por decidirse y se hubiera declarado a Varenka, contrayendo uno de esos matrimonios estúpidos, insensatos, ¡que son tan frecuentes!, si no hubiera sobrevenido un *Kolossalische Scandal*(21).

Conviene advertir que el hermano, Kovalenko, aborrecía a Belikov desde que le fue presentado. «No concibo -decíanos, encogiéndose de hombros- cómo pueden ustedes soportar a este espía, a este tipo repugnante. Es más: no comprendo cómo pueden ustedes vivir en esta madriguera, respirando esta atmósfera densa, maloliente. Este colegio no es una institución de instrucción pública; más bien parece un puesto de policía... No; yo no puedo continuar aquí. Tendré paciencia una temporada y luego me marcharé a mi

21. Colosal escándalo (en alemán).

Ucrania, donde pescaré con caña y les enseñaré a leer y a escribir a los hijos de los campesinos, dejándolos a ustedes aquí en compañía de Judas Belikov. ¡Dios mío, qué tipo!

Algunas veces me preguntaba con tono de enojo: «¿Quiere usted decirme a qué viene a mi casa? ¿Qué se le ha perdido allí? Llega, se sienta y permanece horas enteras mirando en torno suyo y sin decir palabra. ¡Es una cosa insoportable!»

Naturalmente, evitábamos hablarle del matrinionio que su hermana se disponía a contraer con Belikov. Y cuando la directora le insinuó que convendría casar a su hermana con un hombre tan serio y respetable como Belikov, frunció las cejas y gruñó: «Eso no me incumbe. Que se case, si quiere, con una serpiente. No me gusta meterme en lo que no me importa.»

Y mire usted lo que pasó. Un caricaturista misterioso hizo la siguiente caricatura: Belikov, con chanclos, los pantalones remangados y el paraguas en la mano, se pasaba del brazo de la señorita Kovalenko; debajo había una leyenda que decía: «Antropos, enamorado.» Era un dibujo muy bien hecho, y el retrato de Belikov había salido admirablemente. El caricaturista envió a todos los profesores del colegio y del Liceo de señoritas y a no pocos empleados del Estado sendos ejemplares de su obra, para la que debió de trabajar muchas noches.

Naturalmente, Belikov recibió también un ejemplar. La caricatura le produjo malísima impresión.

Era el día 1º de mayo, y domingo. Habíamos organizado una excursión de todo el colegio al bosque vecino. Estábamos todos citados a la puerta del centro docente. Salí de casa en compañía de Belikov, que estaba lívido, abatido, sombrío, como una nube de otoño.

–¡Qué gente más mala hay! -me dijo.

Sus labios temblaban de cólera. Lo miré y me dio lástima.

Seguimos nuestro camino y vimos de pronto aparecer, montados en bicicleta, a Kovalenko y a su hermana. Varenka avanzaba risueña, la faz enrojecida.

–¡Nos dirigimos directamente al bosque! -nos gritó. ¡Qué hermoso día!, ¿eh? ¡Qué delicia!

Momentos después se habían perdido de vista.

Belikov se había puesto como un tomate y parecía petrificado de asombro. Se había detenido y me miraba fijamente.

–¿Qué significa esto? -me preguntó-. ¿Acaso los ojos me han engañado? ¿Es propio de un profesor y de una mujer pasearse en bicicleta?

–¿Por qué no? -le dije-. Si les gusta...

–¡Cómo! -gritó asombrado de mi tranquilidad-. ¿Qué dice usted?

Estaba tan dolorosamente sorprendido, que no quiso tomar parte en la excursión y se volvió a su casa.

Al día siguiente no hacía más que frotarse las manos nerviosamente y temblar. Se advertía que no estaba bueno. Se fue del colegio sin acabar de dar sus lecciones, cosa que no había hecho en su vida.

Ni siquiera comió aquel día. Al atardecer se vistió muy de invierno, aunque hacía buen tiempo, y se fue a casa de Kovalenko.

Varenka no estaba en casa, y lo recibió el hermano.

–Siéntese usted -lo invitó Kovalenko, frunciendo las cejas.

Acababa de levantarse de dormir la siesta, y estaba de mal humor.

Belikov se sentó. Durante diez minutos uno y otro guardaron silencio. Al cabo, Belikov se decidió a hablar:

–Vengo a verlos a ustedes -dijo, -para desahogar un poco mi corazón. Sufro mucho. Un señor sin decoro acaba de hacer una caricatura contra mí y contra una persona que nos interesa a ambos. Le aseguro a usted que yo no he hecho nada que justifique esa abominable caricatura. Me he conducido siempre, por el contrario, como debe conducirse un hombre bien educado...

Kovalenko no respondía. Seguía malhumorado, y no manifestaba el menor deseo de sostener la conversación.

Tras una corta pausa continuó Belikov, con voz débil y triste:

–Quiero, además, decirle a usted otra cosa... Yo hace tiempo que estoy al servicio del Estado como pedagogo, mientras que usted acaba de empezar su servicio. Y creo de mi deber, en calidad de colega más viejo, hacerle a usted una advertencia: usted se pasea en bicicleta, y eso no es nada propio de un educador de la juventud...

–¿Por qué razón?

–¿Acaso hacen falta razones? Me parece que es una cosa harto comprensible. Si un profesor se pasea en bicicleta, ¿qué no podrán hacer los discípulos? ¡Podrán andar cabeza abajo! Además, puesto que no está permitido por las circulares, no se debe hacer... Ayer me horroricé al verle a usted en bicicleta..., y, sobre todo, al ver a su hermana de usted. Una mujer o una muchacha, en bicicleta, es un horror, un verdadero horror...

–Bueno, ¿y qué quiere usted?

–Sólo quiero advertirle. Es usted joven todavía y debe pensar en su porvenir. Debe usted conducirse con suma prudencia, y, sin embargo, hace usted cosas... Lleva usted camisa bordada en vez de plastrón, se le ve siempre por la calle cargado de libros... Ahora esa bicicleta... El señor director se enterará de que usted y su señora hermana se pasean en bicicleta, y después se sabrá, de seguro, en el ministerio... Son de temer consecuencias muy enojosas...

–¡El que yo y mi hermana nos paseemos en bicicleta no le importa a nadie más que a nosotros! -dijo Kovalenko, rojo de cólera- ¡Y si alguien se permite intervenir en nuestros asuntos, lo enviaré a todos los diablos! ¿Ha comprenclido usted?

Belikov palideció y se levantó.

–Si me habla usted en ese tono, no puedo continuar la conversación -dijo-. Además, le suplico que no hable así nunca, en mi presencia, de las autoridades. ¡Debe usted respetar a las autoridades!

–¡Pero si no he dicho una palabra de ellas! -exclamó Kovalenko-. ¡Déjeme usted en paz! ¡Soy un hombre honrado y me molesta hablar con un señor como usted! Detesto a los espías.

Belikov empezó, con mano nerviosa, a abotonarse. En su faz se pintaba el horror. Era la primera vez que se le decían cosas semejantes.

–Puede usted decir lo que le dé la gana -contestó, saliendo-. Pero debo prevenirle: alguien puede haber oído nuestra conversación, y para que no la interprete mal y no haya consecuencias enojosas que lamentar, creo mi deber contárselo todo al señor director.

–¿Quieres denunciarme, canalla? ¡Muy bien, largo!

Hablando así, Kovalenko asió a Belikov por la nuca, y lo empujó con tanta fuerza, que lo hizo caer y rodar por las escaleras. Como eran altas y muy pinas, el pobre profesor de Griego llegó abajo molido. Lo primero que hizo al levantarse fue echarse mano a las narices para convencerse de que no se le habían roto las gafas. Luego, de pronto, vio al pie de la escalera a Varenka con otras dos damas; lo habían visto rodar, lo cual era para él lo más terrible: hubiera preferido descalabrarse o romperse ambas piernas a la perspectiva de ser objeto de las zumbas de toda la ciudad. ¡Todo el mundo se enteraría de que Kovalenko lo había tirado por las escaleras! Todos lo sabrían: el director, las autoridades. Se le haría otra caricatura, la gente se burlaría de él. Aquello acabaría muy mal: se vería obligado a dimitir. ¡Qué desgracia, Señor!

Varenka, viéndolo mohino, la ropa en desorden, lo miraba sin comprender lo que había sucedido. Creyendo que su caída había obedecido a un traspiés, prorrumpió en carcajadas alegres y sonoras:

–¡Ja, ja, ja!

Aquella hilaridad ruidosa fue el remate de todo: de los proyectos matrimoniales de Belikov y de la propia existencia del profesor.

Belikov ya no oyó ni vio nada.

Llegó a su casa, quitó de encima de la mesa el retrato de Varenka, se acostó y no volvió a levantarse.

Tres días después vino a mi casa su criado Afanasy y me dijo que era necesario ir a buscar un médico pues su amo parecía gravemente enfermo.

Fui a ver a Belikov. Estaba acostado bajo el baldaquino, tapado con la colcha, y guardaba silencio. Todos mis intentos de hacerle hablar fueron vanos: sólo contestaba con síes o noes. Afanasy, junto a la cama, suspiraba sin cesar y exhalaba un fuerte olor a vodka.

Un mes después Belikov falleció.

Le hicimos un entierro solemne. Formaban el cortejo fúnebre escolares de todas las escuelas de la ciudad. En el ataúd, la expresión de su faz era suave, casi alegre: diríase que le complacía verse, al cabo, metido en un estuche del que ya no saldría nunca. ¡Había realizado su ideal!

Como para halagarle, el tiempo, el día del entierro, fue sombrío, lluvioso, y llevábamos todos chanclos y paraguas.

Varenka asistió al entierro; cuando se colocó el ataúd en la tumba vertió algunas lágrimas. Mirándola, me percaté de que las mujeres ucranias, o ríen como locas, o lloran: su humor nunca es tranquilo, sereno.

Confieso que enterrar a gente como Belikov constituye un gran placer. Aunque al volver del cementerio se pintaba en nuestros semblantes la tristeza, como es de rigor en ocasiones semejantes, aquello era una máscara que ocultaba nuestro contento; todos nos sentíamos muy felices, como en nuestra infancia, cuando las personas mayores se ausentaban y nos dejaban por algunas horas o por algunos días en plena libertad. ¡Ah, la libertad! ¡Qué tesoro! Sólo una ligera alusión a la libertad, la vaga esperanza de ser libres, da alas a nuestra alma.

Sí; volvimos del cementerio de muy buen humor, esforzándonos en ocultarlo.

Los días se deslizaron. La vida siguió su curso habitual: aquella vida severa, fatigosa, estúpida, entorpecida por toda suerte de prohibiciones, privada de libertad. La muerte de Belikov no la hizo más fácil; Belikov había muerto; pero ¡cuántos hombres enfundados existían aún sobre la Tierra y habían de existir durante mucho tiempo!

–Es verdad -dijo Iván Ivanovich-. Sobre todo, entre nosotros no faltan.

–¡Y no será fácil desembarazarse de ellos!

Burkin salió de la porchada. Era un hombrecillo grueso, completamente calvo, con una gran barba negra que le llegaba hasta cerca de la cintura. Dos perros de caza salieron tras él.

–¡Qué Luna! -dijo mirando al cielo.

Era ya media noche. A la derecha, bajo la blancura lunar, se extendía la aldea; la calle, de cerca de cinco kilómetros, se perdía en la distancia. Todo estaba sumido en un sueño dulce y profundo. Nada se movía, no se oía el menor ruido. Parecía increíble que un silencio tal pudiera existir en la Naturaleza.

Cuando en una noche de luna se contempla la ancha calle aldeana con sus casas y sus montones de trigo, una gran serenidad

envuelve el alma. En su reposo, hundida en la noche, la aldea, olvidadas sus penas, cuidados y dolores, se reviste de un suave encanto melancólico; las estrellas la miran con cariño; diríase, en tales momentos, que no existe el mal sobre la tierra, que todo es en ella bienandanza.

A la izquierda, al extremo de la aldea, comenzaba el campo, cuya amplitud se dilataba hasta el horizonte. Y todo aquel enorme espacio, inundado de luna, yacía también en silencio, tranquilo, sumido en un sueño profundo.

–Sí, el pobre Belikov -dijo Iván Ivanovich- era un hombre enfundado... Pero nosotros, que vivimos en esa abominable ciudad, en sucias y estrechas casas, entre papeles inútiles y, con frecuencia, estúpidos, que jugamos a las cartas, ¿no estamos también enfundados? Nosotros, que pasamos la vida entre gandules y parásitos, entre gentes ruines y mujeres ociosas y necias, ¿estamos más al aire libre?... Si quiere usted, le contaré una historia muy interesante a este respecto...

–No, es hora de dormir -contestó Burkin- ¡Hasta mañana!

Entraron en el porche y se acostaron sobre el heno.

–¡No es nada feliz nuestra vida! -suspiró Iván Ivanovich, volviéndole la espalda a Burkin-. Sólo vemos en torno nuestro embusteros e hipócritas, y hay que soportar todo eso; no hay bastante valor para decirle a un idiota que lo es ni para decirle que miente a un embustero; no nos atrevemos a declarar abiertamente que toda nuestra simpatía la merecen los hombres honrados y libres, que, a pesar de todo, en alguna parte han de existir. Mentimos, nos humillamos, sonreímos, cuando de buena gana maldeciríamos, y todo por tener un pedazo de pan, una vivienda, lo que se llama, en fin, una posición. ¡Verdaderamente esta vida es una porquería!

–Eso es ya alta filosofía -repuso, Burkin-. Más vale dormir... Momentos después roncaba.

Iván Ivanovich no podía dormir. Habiendo intentado en vano conciliar el sueño, se levantó, salió de la porchada y, sentándose en el umbral de la puerta, encendió la pipa.

El repetidor

El alumno de gimnasio de séptimo grado, Yegór Zíbierov, tiende la mano a Pétia Udódov con bondad. Pétia, un chicuelo de doce años con un trajecito gris, rollizo y de mejillas rosadas, con una frente pequeña y los cabellos hirsutos, choca los talones y se trepa al armario por los cuadernos. La lección empieza.

De acuerdo al convenio concertado con el padre de Udódov, Zíbierov debe estudiar con Pétia dos horas diarias, por lo que recibe seis rublos al mes. Lo prepara para el segundo grado del gimnasio. (El año pasado lo preparó para el primer grado, pero Pétia suspendió.)

-Bueno… -empieza Zíbierov prendiendo un cigarrillo. –Se le había dado la cuarta declinación. ¡Decline *fructus*! Pétia empieza a declinar.

-¡De nuevo no se la aprendió! –dice Zíbierov levantándose. -¡Por sexta vez le doy la cuarta declinación, y usted no sabe ni jota! ¿Cuándo pues, finalmente, va a empezar a estudiar las lecciones?

-¿De nuevo no se la aprendió? –se oye tras la puerta una voz carrasposa, y entra a la habitación el *papásha* de Pétia, el secretario de gobierno retirado, Udódov. -¿De nuevo? ¿Por qué pues no te la aprendiste? ¡Ah tú, cerdo, cerdo! ¿Me cree, Yegór Alexéich? ¡Pues ayer lo zurré!

Y tras suspirar con dificultad, Udódov se sienta junto al hijo y escruta el gastado *Kunner*. Zíbierov empieza a examinar a Pétia delante del padre. ¡Qué el padre estúpido sepa cuán estúpido es su hijo! El alumno de gimnasio cae en el frenesí del examen, aborrece, desprecia al pequeño estúpido de mejillas rosadas, está dispuesto a pegarle. Incluso le resulta enojoso cuando el chicuelo responde con acierto, ¡así le repugna este Pétia!

-¡Usted, incluso, no se sabe la segunda declinación! ¡No se sabe ni la primera! ¡Mire cómo estudia! Bueno, dígame, ¿cómo es el caso vocativo de *meus filius*?

-¿*De meus filius*? *Meus filius*… es… eso es…

Pétia mira al techo largo tiempo, mueve los labios largo tiempo, pero no da la respuesta.

-¿Y cómo es el dativo plural de *dea*?

-¡*Deabus*… *filiabus*! –recalca Pétia.

El viejo Udódov, con aprobación, asiente con la cabeza. El alumno de gimnasio, que no esperaba una respuesta acertada, siente enojo.

-¿Y qué otro sustantivo tiene *abus* en el acusativo? –pregunta. Resulta que *abus* tiene en el acusativo *anima*, alma, que no está en el *Kunner*.

-¡Una lengua sonora la latina! –observa Udódov. –*Alon*… *tron*… *bonus*… *antropos*… ¡Una sabihondez! ¡Y todo eso pues hace falta! –dice con un suspiro.

"Me molesta, el cerdo, al estudiar… -piensa Zíbierov. –Está echado encima de mí y me vigila. ¡No puedo soportar el control!" –Bueno, -se dirige a Pétia.-Para la próxima vez tome lo mismo de latín. Ahora de aritmética… Tome la pizarra. ¿Cuál es la próxima tarea? Pétia escupe la pizarra y borra con la manga. El maestro toma el manual y dicta:

-Un mercader compró 138 *arsh*. de paño negro y azul en 540 rub. Se pregunta, ¿cuántos *arshíns* compró de uno y de otro, si el azul costaba 5 rub. el *arshín*, y el negro 3 rub.?" Repita la tarea. Pétia repite la tarea y ahí mismo, sin decir ni una palabra, empieza a dividir 540 entre 138.

-¿Para qué pues divide eso? ¡Espere! Por lo demás, así… continúe. ¿Obtiene un residuo? Aquí no puede haber residuo. ¡Déme pues, yo lo divido!

Zíbierov divide, obtiene 3 con residuo y lo borra con rapidez. "Es extraño… -piensa, revolviéndose los cabellos y sonrojándose. -¿Cómo pues se resuelve? ¡Hum!.. Esto es una tarea de ecuación indefinida, y no de aritmética en absoluto…"

El maestro mira la respuesta y ve 75 y 63.

"¡Hum!... es extraño… ¿Poner 5 y 3, y después dividir 540 entre 8? ¿Así es, o qué? No, no es eso".

-¡Resuelva pues! –le dice a Pétia.

-¿Bueno, en qué piensas? ¡Pero si es una tarea tontita! –dice Udódov a Pétia. -¡Qué imbécil eres, hermano! Resuélvasela usted, Yegór Alexéich.

Yegór Alexéich toma la tiza con la mano y empieza a resolver. Tiene hipo, se sonroja, palidece.

-Esta tarea, hablando con propiedad, es algebraica, -dice. –Se puede resolver con la equis y con la y griega. Por lo demás, se puede resolver así. Yo, mire, dividí... ¿entiende? Ahora, mire, hay que restar... ¿entiende? O mire qué... Resuélvame esta tarea usted mismo para mañana... Piense un poco...

Pétia sonríe con escarnio. Udódov sonríe también. Ambos entienden la turbación del maestro. El alumno de séptimo grado se confunde aún más, se levanta y empieza a caminar de una esquina a la otra.

-Y sin el álgebra se puede resolver –dice Udódov, extendiendo la mano hacia el *schioti*(22) y suspirando. –Mire, dígnese a ver... Chasquea sobre las cuentas y obtiene 75 y 63, lo que hacía falta.

-Mire... a la nuestra, a lo no científico.

El maestro siente un espanto insufrible. Con el corazón helado echa un vistazo al reloj, y ve que hasta el final de la lección queda aún una hora y cuarto, ¡toda una eternidad!

-Ahora el dictado.

Después del dictado la geografía, tras la geografía la ley de Dios, después la lengua rusa, ¡hay muchas ciencias en este mundo! Pero aquí, finalmente, se termina la lección de dos horas. Zíbierov toma el gorro, tiende la mano a Pétia con bondad y se despide de Udódov.

-¿No puede darme hoy un poco de dinero? –ruega con timidez. –Mañana me hace falta pagar la cuota de estudio. Usted me debe seis meses.

-¿Yo? Ah, sí, sí... -farfulla Udódov sin mirar a Zíbierov. -¡Con gusto! Sólo que ahora no tengo, le daré dentro de una semana... o dentro de dos...

Zíbierov conviene y, tras ponerse sus pesados chanclos fangosos, se va a otra lección.

22. Ábaco.

Sirena

Después de una de las sesiones del tribunal de la ciudad de N*** se habían reunido los jueces en la sala del consejo con objeto de quitarse los uniformes y de descansar unos minutos antes de marcharse a comer a sus casas. El presidente del tribunal, hombre robusto y de lanudas patillas, retenido por un asunto de *especial interés*, acabado de discutir, se había sentado junto a una mesa y, con gran apresuramiento, consignaba por escrito su opinión sobre el caso. Junto a la ventana y mirando tristemente al patio, se encontraba Milkin, el juez de paz del distrito, joven de cara lánguida y melancólica, considerado como filósofo y que, descontento de su ambiente, andaba a la búsqueda de un objetivo para su vida. Otros dos jueces, uno de distrito y otro honorario, se habían marchado ya.

El juez honorario que allí había quedado (un gordiflón fofo, de respiración fatigosa), y el auxiliar del procurador (joven alemán, cuyo rostro revelaba que padecía de catarro intestinal) se hallaban sentados en un pequeño diván, esperando a que el presidente terminara de escribir para salir juntos e irse a comer. En pie ante ellos se encontraba el secretario del tribunal, Jilin, hombre bajito, de patillas cortitas junto a las orejas y rostro de dulce expresión. A media voz y con untosa sonrisa decía, mirando al gordiflón:

—Todos tenemos ganas de comer porque estamos cansados y porque ya son más de las tres..., y, sin embargo, querido Grigori Sávvich..., esto no es el verdadero apetito... ¡El verdadero apetito..., el apetito de lobo..., ese que te haría comerte a tu propio padre..., es el que se tiene después del ejercicio físico..., por ejemplo, después de la caza o de haber hecho cien verstas a caballo sin descansar!... ¡También hace mucho la imaginación!... Por ejemplo, si vuelves a casa después de haber cazado y quieres comer con apetito, no has de pensar jamás en cosas de orden intelectual. Lo intelectual y lo científico quitan siempre el apetito. Ya sabe usted que los filósofos y los sabios son los últimos en esta cuestión de la comida y que peor que ellos (con perdón de usted) no comen ni los cerdos. Por eso, cuando uno vuelve a casa, hay que obligar a la cabeza a no pensar más que en la garrafa y en los entremeses. Una vez que, yendo de viaje, se

me ocurrió cerrar los ojos y representarme un lechoncito guisado con *raíz fuerte*..., ¡me entró tal apetito, que por poco me da un ataque de histerismo! Es menester, por tanto, que ya uno en el mismo momento de entrar en el patio de su casa, perciba alguno de estos olores viniendo de la cocina..., ¿verdad?

—Los gansos asados son maestros en eso de expedir olor —dijo el juez honorario respirando fatigosamente.

—¡No diga eso..., querido Grigori Sávvich! ¡El pato o la chocha pueden oler diez veces mejor! ¡En el ganso no hay *bouquet*..., ni ternura, ni delicadeza!... Ese olor de la cebolla tierna cuando..., sabe usted..., empieza a dorarse y a armar un estrépito, ¡la muy canalla!, por toda la casa..., ¡es el más embriagador de todos! Bien..., pues como le decía..., cuando se entra en casa tiene que estar la mesa puesta. Se sienta usted..., se mete la servilleta por debajo de la corbata y, sin prisa, tiende la mano hacia la garrafa de vodka. No hay que echarla en una copa, sino en algún vasito de plata, antediluviano, del abuelo..., o en algún que otro recipiente en que esté escrito algo por este estilo: «Esto lo admiten hasta los frailes...». Tampoco hay que bebérsela en seguida, sino suspirar primero, frotarse las manos, mirar indiferente al techo y, sin apresurarse, llevarse el vodka a los labios. ¡Y ese es el preciso instante en que se sienten chispas por el estómago y por todo el cuerpo!

El dulce rostro del secretario tenía una expresión beatífica.

—¡Chispas!... —repitió cerrando los ojos—. Eso sí..., tan pronto como se ha bebido usted el vasito, necesita comer algo.

—¡Oiga! —dijo el presidente alzando los ojos hacia el secretario—. ¡No hable tan fuerte! ¡Por su culpa he estropeado ya la segunda hoja!

—¡Oh, perdón, Piotr Nikoláievich!... ¡Hablaré más bajo! —dijo el secretario.

Tras de lo cual prosiguió a media voz:

—Además, querido Grigori Sávvich, hay que saber comer. Hay que saber lo que se debe comer... El mejor entremés, si le interesa a usted saberlo, es el arenque. Se come usted un pedacito con cebolla y salsa de mostaza, y en seguida, amigo mío, cuando empiezan las chispas en el estómago, se toma usted el caviar, con o sin limón, como mejor le parezca. Luego, el rábano con sal; después, otra vez el

arenque... Pero lo mejor de todo son las setas picadas con cebolla y aceite... ¡Eso es exquisito! ¡Pues, y el hígado de la Iota! ¡Un verdadero poema!

—Sí... —concedió el juez honorario cerrando los ojos—. También las setas blancas son muy buenas para entremés.

—En efecto..., con cebolla, laurel y otras especias. ¡Destapas la cazuela y sale de ella un vaho..., un olor a setas!... ¡A veces se te saltan las lágrimas! Luego, tan pronto como traen de la cocina la *kulebiaca*(23), es menester tomarse, sin pérdida de tiempo, un segundo vasito.

—¡Iván Gúrich! —dijo con voz llorosa el presidente—. ¡Por culpa suya he estropeado la tercera hoja!

—¡Qué diablos! ¡No piensa más que en la comida! —gruñó el filósofo Milkin con una mueca de desprecio—. ¿Acaso no hay en la vida cosas más interesantes que las setas y la *kulebiaca*?

—Como íbamos diciendo..., antes de comer la *kulebiaca*, hay que beber un poco —prosiguió el secretario a media voz.

Estaba tan emocionado, que, como el ruiseñor cuando canta, no oía más que su propia voz.

—La *kulebiaca* tiene que ser apetitosa, de una desnudez provocativa, para que resulte tentadora. Se corta un enorme pedazo, y es tal la abundancia de sentimientos que afluyen a uno que le pasa uno los dedos por encima, así, de esta manera... Luego empieza uno a comérsela, y la mantequilla chorrea de ella como lágrimas... El relleno debe ser grasiento..., jugoso..., contener huevos, despojos, cebolla...

El secretario puso los ojos en blanco y su boca se torció hasta la misma oreja. El juez honorario, que sin duda estaba en aquel momento representándose a la *kulebiaca*, movió los dedos.

—¡Diablos!... —gruñó el juez del distrito dirigiéndose a otra ventana.

—Se come uno dos pedazos. El tercero hay que reservarlo para comérselo con los *schi* —prosiguió inspirado el secretario—. Tan pronto como termina uno de comerse la *kulebiaca* es menester (para que el apetito no quede cortado) hacer que sirvan los *schi*... Estos últimos tienen que venir calientes, al rojo... Pero lo mejor de todo,

23. Especie de empanada.

amigo mío, es el *borsch*(24), con remolacha, al estilo ucraniano... o sea, con jamón, salchichas... También con crema agria, perejil fresco e hinojo. Así mismo es magnífico el *rassolnik*(25) de despojos y riñones. Ahora bien, si le gusta la sopa de verduras, la mejor es la que se hace con zanahorias, espárragos, coliflor y otras *jurisprudencias* de ese género.

—Sí..., ¡es algo maravilloso!... —suspiró el presidente levantando los ojos del papel; pero luego, dándose cuenta de sus palabras, gimió—: ¡Dios mío!, ¡así hasta la noche! ..., ¡está visto que no voy a poder dejar consignada por escrito mi opinión particular! ¡Ya llevo cuatro hojas estropeadas!

—No vuelvo a hablar, no vuelvo a hablar... ¡Perdóneme! —se disculpó el secretario, prosiguiendo después a media voz—: Tan pronto como termine usted de tomarse el *borsch* o la sopa que sea..., deberá servirse inmediatamente el pescado. De los pescados, el mejor es el *karas* asado, con crema agria; ahora, eso sí..., para que no huela a cieno es necesario dejarlo vivo y metido en leche durante veinticuatro horas.

—Tampoco está mal el esturión pequeño... —dijo el juez honorario cerrando los ojos.

Luego, inmediatamente, de modo inesperado para todos, se alzó bruscamente del asiento y, con una expresión animal en el rostro, rugió dirigiéndose al presidente:

—¡Piotr Nikoláievich! ¿Va usted a tardar mucho?... Ya no puedo esperar más. ¡No puedo!

—Déjeme terminar.

—¡Pues entonces me voy yo solo! ¡Adiós!

El gordiflón cogió a toda prisa su sombrero y, sin despedirse siquiera, salió corriendo de la sala.

El secretario lanzó un suspiro e inclinándose hacia la oreja del auxiliar del procurador continuó diciendo a media voz:

—Lo que también tiene muy buen gusto es el *karas* o el *sudak* con salsa de tomate y setas. ¡El pescado no le llena a uno..., Stepán Franzich!... ¡No es el elemento esencial! ¡Lo esencial de la comida no son las salsas ni el pescado, sino el asado! ¿Qué aves prefiere usted?

---

24. Sopa de remolacha.
25. Sopa.

En el rostro del procurador apareció una expresión de amargura, y contestó con un suspiro:

—¡Desgraciadamente no puedo disfrutar de ellas! ¡Padezco de catarro intestinal…!

—Pero ¡por Dios, señor mío! ¡Esas cosas son invenciones de los médicos! ¡Enfermedades producidas por la preocupación y el orgullo! ¡No haga usted caso! Vamos a suponer que no tiene usted ganas de comer y hasta que siente repugnancia de estómago… ¡No se fije en ello y coma! Se toma usted, por ejemplo, dos chochas o perdices asadas o una parejita de codornices, y le doy mi palabra de honor de que no vuelve a acordarse para nada de su catarro. Pues ¿y el pavo?, grasiento, jugoso, blanco…, elevándose como una ninfa…

—Sí… Sabrá muy bien seguramente… —dijo con triste sonrisa el procurador—. Quizá el pavo me atreviera a comerlo…

—¡Dios mío!… Pues ¡y el pato! …, un pato tierno, asado con patatas; éstas últimas, cortadas muy menuditas, doradas y regadas con la grasa del pato… Y…

El filósofo Milkin, también con expresión animal, intentó al parecer decir alguna cosa; pero de repente hizo restallar los labios (seguramente representándose al pato asado), y sin pronunciar palabra, arrastrado sin duda por una fuerza desconocida, agarró su sombrero y salió corriendo.

—Sí… Quizá pato también comería yo… —suspiró el auxiliar del procurador.

El presidente se levantó de su asiento, dio unas cuantas vueltas y se volvió a sentar.

—Después del asado ya no siente uno hambre y se sumerge en un dulce bienestar —prosiguió el secretario—. Siente uno el cuerpo satisfecho y el alma conmovida y, para mayor agrado, puede uno tomarse otras copitas.

El presidente hizo un ruido con la boca y, volviendo la hoja, dijo enfadado:

—¡Esta es la sexta hoja que estropeo! ¡No hay derecho!…

—¡Oh…, escriba, escriba, amigo mío!… —dijo el secretario—. Ya no lo voy a volver a hacer, ¡hablaré muy bajito!… Quiero decirle, Stepán Franzich —prosiguió con un murmullo que apenas se oía— que el vino hecho en casa es mejor que cualquier champaña. Ya la

primera copa sumerge al alma entera en un bienestar y en un mirar tal, que ya no cree uno estar en su casa sentado en una butaca, sino en algún rincón de Australia y subido en el más blanco de los avestruces…

—¡Vamos ya…, Piotr Nikoláievich! —dijo el procurador haciendo con el pie un movimiento nervioso de impaciencia.

—Sí… —prosiguió el secretario—. Mientras se toma la copita, conviene fumar un puro haciendo sortijillas de humo, al tiempo que la cabeza va llenándose de los pensamientos más soñadores… Por ejemplo…, que uno es general en jefe o que está casado con la primera belleza del mundo y que esta belleza se pasa el día entero nadando ante sus ventanas, dentro de un estanque y rodeada de peces de oro. Ella nada…, nada…, y uno le dice: Ven almita mía… ¡Ven a darme un beso!

—¡Piotr Nikoláievich! —gimió el auxiliar del procurador.

—Sí… —siguió diciendo el secretario—. Luego…, después de fumar, se recoge uno los faldones de la bata y… ¡andando a la camita!… Se echa uno en ella con la tripita para arriba y coge el periódico. ¡Es tan agradable, cuando casi se le cierran a uno los ojos y hay una somnolencia en todo el cuerpo, leer algo de política!… Aquí ve uno, por ejemplo, que Australia ha cometido una *gaffe*, que Francia no dio satisfacción a algunos y que el Papa de Roma actuó a disgusto de otros… y disfruta.

El presidente, de un salto, se levantó del asiento, tiró la pluma y cogió el sombrero. El auxiliar del procurador, olvidado de su catarro intestinal y preso de impaciencia saltó igualmente y exclamó:

—¡Vámonos!

—Pero ¡Piotr Nikoláievich!… ¿Y esa nota con su opinión particular?… —se asustó el secretario—. ¿Cuándo va usted a escribirla? ¡A las seis tiene usted que marcharse!

El presidente movió la mano con un gesto de indiferencia y salió corriendo por la puerta. Lo mismo hizo el auxiliar del procurador, cogiendo la cartera y desapareciendo tras el presidente. El secretario suspiró, lanzó a su espalda una mirada rencorosa y se puso a ordenar los papeles.

El beso

El veinte de mayo a las ocho de la tarde las seis baterías de la brigada de artillería de la reserva de N, que se dirigían al campamento, se detuvieron a pernoctar en la aldea de Mestechki. En el momento de mayor confusión, cuando unos oficiales se ocupaban de los cañones y otros, reunidos en la plaza junto a la verja de la iglesia, escuchaban a los aposentadores, por detrás del templo apareció un jinete en traje civil montando una extraña cabalgadura. El animal, un caballo bayo, pequeño, de hermoso cuello y cola corta, no caminaba de frente sino un poco al sesgo, ejecutando con las patas pequeños movimientos de danza, como si se las azotaran con el látigo. Llegado ante los oficiales, el jinete alzó levemente el sombrero y dijo:

—Su Excelencia el teniente general Von Rabbek, propietario del lugar, invita a los señores oficiales a que vengan sin dilación a tomar el té en su casa…

El caballo se inclinó, se puso a danzar y retrocedió de flanco; el jinete volvió a alzar levemente el sombrero, y un instante después desapareció con su extraña montura tras la iglesia.

—¡Maldita sea! —rezongaban algunos oficiales al dirigirse a sus alojamientos—. ¡Con las ganas que uno tiene de dormir y el Von Rabbek ese nos viene ahora con su té! ¡Ya sabemos lo que eso significa!

Los oficiales de las seis baterías recordaban muy vivamente un caso del año anterior, cuando durante unas maniobras, un conde terrateniente y militar retirado los invitó del mismo modo a tomar el té, y con ellos a los oficiales de un regimiento de cosacos. El conde, hospitalario y cordial, los colmó de atenciones, les hizo comer y beber, no les dejó regresar a los alojamientos que tenían en el pueblo y les acomodó en su propia casa. Todo eso estaba bien y nada mejor cabía desear, pero lo malo fue que el militar retirado se entusiasmó sobremanera al ver aquella juventud. Y hasta que rayó el alba les estuvo contando episodios de su hermoso pasado, los condujo por las estancias, les mostró cuadros de valor, viejos grabados y anuas raras, les leyó cartas autógrafas de encumbrados personajes, mientras los oficiales, rendidos y fatigados, escuchaban y miraban deseosos de

verse en sus camas, bostezaban con disimulo acercando la boca a sus mangas. Y cuando, por fin, el dueño de la casa los dejó libres era ya demasiado tarde para irse a dormir.

¿No sería también de ese estilo el tal Von Rabbek? Lo fuese o no, nada podían hacer. Los oficiales se cambiaron de ropa, se cepillaron y marcharon en grupo a buscar la casa del terrateniente. En la plaza, cerca de la iglesia, les dijeron que a la casa de los señores podía irse por abajo: detrás de la iglesia se descendía al río, se seguía luego por la orilla hasta el jardín, donde las avenidas conducían hasta el lugar; o bien se podía ir por arriba: siguiendo desde la iglesia directamente el camino que a media *versta*(26) del poblado pasaba por los graneros del señor. Los oficiales decidieron ir por arriba.

—¿Quién será ese Von Rabbek? —comentaban por el camino—. ¿No será aquél que en Pleven mandaba la división N de caballería?

—No, aquél no era Von Rabbek, sino simplemente Rabbek, sin Von.

—¡Ah, qué tiempo más estupendo!

Ante el primer granero del señor, el camino se bifurcaba: un brazo seguía en línea recta y desaparecía en la oscuridad de la noche; el otro, a la derecha, conducía a la mansión señorial. Los oficiales tomaron a la derecha y se pusieron a hablar en voz más baja… A ambos lados del camino se extendían los graneros con muros de albañilería y techumbre roja, macizos y severos, muy parecidos a los cuarteles de una capital de distrito. Más adelante brillaban las ventanas de la mansión.

—¡Señores, buena señal! —dijo uno de los oficiales—. Nuestro *setter* va delante de todos; ¡eso significa que olfatea una presa!

El teniente Lobitko, que iba en cabeza, alto y robusto, pero totalmente lampiño (tenía más de veinticinco años, pero en su cara redonda y bien cebada aún no aparecía el pelo, váyase a saber por qué), famoso en toda la brigada por su olfato y habilidad para adivinar a distancia la presencia femenina, se volvió y dijo:

—Sí, aquí debe de haber mujeres. Lo noto por instinto.

Junto al umbral de la casa recibió a los oficiales Von Rabbek en persona, un viejo de venerable aspecto que frisaría en los sesenta años, vestido en traje civil. Al estrechar la mano a los huéspedes, dijo

26. Una *versta* (antigua medida rusa): 1.06 K.

que estaba muy contento y se sentía muy feliz, pero rogaba encarecidamente a los oficiales que, por el amor de Dios, le perdonaran si no les había invitado a pasar la noche en casa. Habían llegado de visita dos hermanas suyas con hijos, hermanos y vecinos, de suerte que no le quedaba ni una sola habitación libre.

El general les estrechaba la mano a todos, se excusaba y sonreía, pero se le notaba en la cara que no estaba ni mucho menos tan contento por la presencia de los huéspedes como el conde del año anterior y que sólo había invitado a los oficiales por entender que así lo exigían los buenos modales. Los propios oficiales, al subir por la escalinata alfombrada y escuchar sus palabras, se daban cuenta de que los habían invitado a la casa únicamente porque resultaba violento no hacerlo, y, al ver a los criados apresurarse a encender las luces abajo en la entrada, y arriba en el recibidor, empezó a parecerles que con su presencia habían provocado inquietud y alarma. ¿Podía ser grata la presencia de diecinueve oficiales desconocidos allí donde se habían reunido dos hermanas con sus hijos, hermanos y vecinos, sin duda con motivo de alguna fiesta o algún acontecimiento familiar?

Arriba, a la entrada de la sala, acogió a los huéspedes una vieja alta y erguida, de rostro ovalado y cejas negras, muy parecida a la emperatriz Eugenia. Con sonrisa amable y majestuosa, decía sentirse contenta y feliz de ver en su casa a aquellos huéspedes, y se excusaba de no poder invitar esta vez a los señores oficiales a pasar la noche en la casa. Por su bella y majestuosa sonrisa que se desvanecía al instante de su rostro cada vez que por alguna razón se volvía hacia otro lado, resultaba evidente que en su vida había visto muchos señores oficiales, que en aquel momento no estaba pendiente de ellos y que, si los había invitado y se disculpaba, era sólo porque así lo exigía su educación y su posición social.

En el gran comedor donde entraron los oficiales, una decena de varones y damas, unos entrados en años y jóvenes otros, estaban tomando el té en el extremo de una larga mesa. Detrás de sus sillas, envuelto en un leve humo de cigarros, se percibía un grupo de hombres. En medio del grupo había un joven delgado, de patillas pelirrojas, que, tartajeando, hablaba en inglés en voz alta. Más allá

del grupo se veía, por una puerta, una estancia iluminada, con mobiliario azul.

—¡Señores, son ustedes tantos que no es posible hacer su presentación! —dijo en voz alta el general, esforzándose por parecer muy alegre—. ¡Traben conocimiento ustedes mismos, señores, sin ceremonias!

Los oficiales, unos con el rostro muy serio y hasta severo, otros con sonrisa forzada, y todos sintiéndose en una situación muy embarazosa, saludaron bien que mal, inclinándose, y se sentaron a tomar el té.

Quien más desazonado se sentía era el capitán ayudante Riabóvich, oficial de pequeña estatura y algo encorvado, con gafas y unas patillas como las de un lince. Mientras algunos de sus camaradas ponían cara seria y otros afectaban una sonrisa, su cara, sus patillas de lince y sus gafas parecían decir: «¡Yo soy el oficial más tímido, el más modesto y el más gris de toda la brigada!». En los primeros momentos, al entrar en la sala y luego sentado a la mesa ante su té, no lograba fijar la atención en ningún rostro ni objeto. Las caras, los vestidos, las garrafitas de coñac de cristal tallado, el vapor que salía de los vasos, las molduras del techo, todo se fundía en una sola impresión general, enorme, que alarmaba a Riabóvich y le inspiraba deseos de esconder la cabeza. De modo análogo al declamador que actúa por primera vez en público, veía todo cuanto tenía ante los ojos, pero no llegaba a comprenderlo (los fisiólogos llamaban «ceguera psíquica» a ese estado en que el sujeto ve sin comprender). Pero algo después, adaptado ya al ambiente, empezó a ver claro y se puso a observar. Siendo persona tímida y poco sociable, lo primero que le saltó a la vista fue algo que él nunca había poseído, a saber: la extraordinaria intrepidez de sus nuevos conocidos. Von Rabbek, su mujer, dos damas de edad madura, una señorita con un vestido color lila y el joven de patillas pelirrojas, que resultó ser el hijo menor de Von Rabbek, tomaron con gesto muy hábil, como si lo hubieran ensayado de antemano, asiento entre los oficiales, y entablaron una calurosa discusión en la que no podían dejar de participar los huéspedes. La señorita de lila se puso a demostrar con ardor que los artilleros estaban mucho mejor que los de caballería y de infantería, mientras que Von Rabbek y las damas entradas en años

sostenían lo contrario. Empezaron a cruzarse las réplicas. Riabóvich observaba a la señorita lila, que discutía con gran vehemencia cosas que le eran extrañas y no le interesaban en absoluto, y advertía que en su rostro aparecían y desaparecían sonrisas afectadas.

Von Rabbek y su familia hacían participar con gran arte a los oficiales en el debate, pero al mismo tiempo estaban pendientes de vasos y bocas, de si todos bebían, si todos tenían azúcar y por qué alguno de los presentes no comía bizcocho o no tomaba coñac. A Riabóvich, cuanto más miraba y escuchaba, tanto más agradable le resultaba aquella familia, falta de sinceridad pero magníficamente disciplinada.

Después del té, los oficiales pasaron a la sala. El instinto no había engañado al teniente Lobitko: en la sala había muchas señoritas y damas jóvenes. El *setter*-teniente se había plantado ya junto a una rubia muy jovencita vestida de negro e, inclinándose con arrogancia, como si se apoyara en un sable invisible, sonreía y movía los hombros con gracia. Probablemente contaba alguna tontería muy interesante, porque la rubia miraba con aire condescendiente el rostro bien cebado y le preguntaba con indiferencia: «¿De veras?». Y de aquel indolente «de veras», el *setter*, de haber sido inteligente, habría podido inferir que difícilmente le gritarían «¡Busca!».

Empezó a sonar un piano; un vals melancólico escapó volando de la sala por las ventanas abiertas de par en par, y todos recordaron, quién sabe por qué motivo, que más allá de las ventanas empezaba la primavera y que aquella era una noche de mayo. Todos notaron que el aire olía a hojas tiernas de álamo, a rosas y a lilas. Riabóvich, en quien, bajo el influjo de la música, empezó a dejarse sentir el coñac que había tomado, miró con el rabillo del ojo la ventana, sonrió y se puso a observar los movimientos de las mujeres, hasta que llegó a parecerle que el aroma de las rosas, de los álamos y de las lilas no procedían del jardín, sino de las caras y de los vestidos femeninos.

El hijo de Von Rabbek invitó a una cenceña jovencita y dio con ella dos vueltas a la sala. Lobitko, deslizándose por el parqué, voló hacia la señorita de lila y se lanzó con ella a la pista. El baile había comenzado… Riabóvich estaba de pie cerca de la puerta, entre los que no bailaban, y observaba. En toda su vida no había bailado ni una sola vez y ni una sola vez había estrechado el talle de una mujer honesta.

Le gustaba enormemente ver cómo un hombre, a la vista de todos, tomaba a una doncella desconocida por el talle y le ofrecía el hombro para que ella colocara su mano, pero de ningún modo podía imaginarse a sí mismo en la situación de tal hombre. Hubo un tiempo en que envidiaba la osadía y la maña de sus compañeros y sufría por ello; la conciencia de ser tímido, cargado de espaldas y soso, de tener un tronco largo y patillas de lince, le hería profundamente, pero con los años se había acostumbrado. Ahora, al contemplar a quienes bailaban o hablaban en voz alta, ya no los envidiaba, experimentaba tan sólo un enternecimiento melancólico.

Cuando empezó la contradanza, el joven Von Rabbek se acercó a los que no bailaban e invitó a dos oficiales a jugar al billar. Éstos aceptaron y salieron con él de la sala. Riabóvich, sin saber qué hacer y deseoso de tomar parte de algún modo en el movimiento general, les siguió. De la sala pasaron al recibidor y recorrieron un estrecho pasillo con vidrieras, que los llevó a una estancia donde ante su aparición se alzaron rápidamente de los divanes tres soñolientos lacayos. Por fin, después de cruzar una serie de estancias, el joven Von Rabbek y los oficiales entraron en una habitación pequeña donde había una mesa de billar. Empezó el juego.

Riabóvich, que nunca había jugado a nada que no fueran las cartas, contemplaba indiferente junto al billar a los jugadores, mientras que éstos, con las guerreras desabrochadas y los tacos en las manos, daban zancadas, soltaban retruécanos y gritaban palabras incomprensibles. Los jugadores no paraban mientes en él; sólo de vez en cuando alguno de ellos, al empujarle con el codo o al tocarle inadvertidamente con el taco, se volvía y le decía «¡*Pardon!*». Aún no había terminado la primera partida cuando le empezó a parecer que allí estaba de más, que estorbaba…

De nuevo se sintió atraído por la sala y se fue.

Pero en el camino de retorno le sucedió una pequeña aventura. A la mitad del recorrido se dio cuenta de que no iba por donde debía. Se acordaba muy bien de que tenía que encontrarse con las tres figuras de lacayos soñolientos, pero había cruzado ya cinco o seis estancias, y era como si a aquellas figuras se las hubiera tragado la tierra. Percatándose de su error, retrocedió un poco, dobló a la derecha y se encontró en un gabinete sumido en la penumbra, que no había visto

cuando se dirigía a la sala de billar. Se detuvo unos momentos, luego abrió resuelto la primera puerta en que puso la vista y entró en un cuarto completamente a oscuras. Enfrente se veía la rendija de una puerta por la que se filtraba una luz viva; del otro lado de la puerta, llegaban los apagados sones de una melancólica mazurca. También en el cuarto oscuro, como en la sala, las ventanas estaban abiertas de par en par, y se percibía el aroma de álamos, lilas y rosas.

Riabóvich se detuvo pensativo... En aquel momento, de modo inesperado, se oyeron unos pasos rápidos y el leve rumor de un vestido, una anhelante voz femenina balbuceó: «¡Por fin!», y dos brazos mórbidos, perfumados, brazos de mujer sin duda, le envolvieron el cuello; una cálida mejilla se le apretó contra la suya y al mismo tiempo resonó un beso. Pero acto seguido la que había dado el beso exhaló un breve grito y Riabóvich tuvo la impresión de que se apartaba bruscamente de él con repugnancia. Poco faltó para que también él profiriera un grito, y se precipitó hacia la rendija iluminada de la puerta...

Cuando volvió a la sala, el corazón le martilleaba y las manos le temblaban de manera tan notoria que se apresuró a esconderlas tras la espalda. En los primeros momentos le atormentaban la vergüenza y el temor de que la sala entera supiera que una mujer acababa de abrazarle y besarle, se retraía y miraba inquieto a su alrededor, pero, al convencerse de que allí seguían bailando y charlando tan tranquilamente como antes, se entregó por entero a una sensación nueva, que hasta entonces no había experimentado ni una sola vez en la vida. Le estaba sucediendo algo raro... El cuello, unos momentos antes envuelto por unos brazos mórbidos y perfumados, le parecía untado de aceite; en la mejilla, a la izquierda del bigote, donde le había besado la desconocida, le palpitaba una leve y agradable sensación de frescor, como de unas gotas de menta, y lo notaba tanto más cuanto más frotaba ese punto. Todo él, de la cabeza a los pies, estaba colmado de un nuevo sentimiento extraño, que no hacía sino crecer y crecer... Sentía ganas de bailar, de hablar, de correr al jardín, de reír a carcajadas... Se olvidó por completo de que era encorvado y gris, de que tenía patillas de lince y «un aspecto indefinido» (así le calificaron una vez en una conversación de señoras que él oyó por azar). Cuando pasó por su vera la mujer de Von Rabbek, le sonrió con

tanta amabilidad y efusión que la dama se detuvo y le miró interrogadora.

—¡Su casa me gusta enormemente...! —dijo Riabóvich, ajustándose las gafas.

La generala sonrió y le contó que aquella casa había pertenecido ya a su padre. Después le preguntó si vivían sus padres, si llevaba en la milicia mucho tiempo, por qué estaba tan delgado y otras cosas por el estilo... Contestadas sus preguntas, siguió ella su camino, pero después de aquella conversación Riabóvich comenzó a sonreír aún con más cordialidad y a pensar que le rodeaban unas personas magníficas...

Durante la cena, Riabóvich comió maquinalmente todo cuanto le sirvieron. Bebía y, sin oír nada, procuraba explicarse la reciente aventura. Lo que acababa de sucederle tenía un carácter misterioso y romántico, pero no era difícil de descifrar. Sin duda, alguna señorita o dama se había citado con alguien en el cuarto oscuro, había estado esperando largo rato y, debido a sus nervios excitados, había tomado a Riabóvich por su héroe. Esto resultaba más verosímil dado que Riabóvich, al pasar por la estancia oscura, se había detenido caviloso, es decir, tenía el aspecto de una persona que también espera algo... Así se explicaba Riabóvich el beso que había recibido.

«Pero ¿quién será ella? —pensaba, examinando los rostros de las mujeres—. Debe de ser joven, porque las viejas no acuden a las citas. Estaba claro, por otra parte, que pertenecía a un ambiente cultivado, y eso se notaba por el rumor del vestido, por el perfume, por la voz...».

Detuvo la mirada en la señorita lila, que le gustó mucho; tenía hermosos hombros y brazos, rostro inteligente y una voz magnífica. Riabóvich deseó, al contemplarla, que fuese precisamente ella y no otra la desconocida... Pero la joven se echó a reír con aire poco sincero y arrugó su larga nariz, que le pareció la nariz de una vieja. Entonces trasladó la mirada a la rubia vestida de negro. Era más joven, más sencilla y espontánea, tenía unas sienes encantadoras y se llevaba la copa a los labios con mucha gracia. Entonces Riabóvich habría deseado que ésa fuese aquélla. Pero poco después le pareció que tenía el rostro plano, y volvió los ojos hacia su vecina...

«Es difícil adivinar —pensaba, dando libre curso a su fantasía—. Si de la del vestido lila se tomaran sólo los hombros y los brazos, se les

añadieran las sienes de la rubia y los ojos de aquella que está sentada a la izquierda de Lobitko, entonces…».

Hizo en su mente esa adición y obtuvo la imagen de la joven que le había besado, la imagen que él deseaba, pero que no lograba descubrir en la mesa.

Terminada la cena, los huéspedes, ahítos y algo achispados, empezaron a despedirse y a dar las gracias. Los anfitriones volvieron a disculparse por no poder ofrecerles alojamiento en la casa.

—¡Estoy muy contento, muchísimo, señores! —decía el general, y esta vez era sincero (probablemente porque al despedir a los huéspedes la gente suele ser bastante más sincera y benévola que al darles la bienvenida). ¡Estoy muy contento! ¡Quedan invitados para cuando estén de regreso! ¡Sin cumplidos! Pero ¿por dónde van? ¿Quieren pasar por arriba? No, vayan por el jardín, por abajo, el camino es más corto.

Los oficiales se dirigieron al jardín. Después de la brillante luz y de la algazara, pareció muy oscuro y silencioso. Caminaron sin decir palabra hasta la portezuela. Estaban algo bebidos, alegres y contentos, pero las tinieblas y el silencio les movieron a reflexionar por unos momentos. Probablemente, a cada uno de ellos, como a Riabóvich, se le ocurrió pensar en lo mismo: ¿llegaría también para ellos alguna vez el día en que, como Rabbek, tendrían una casa grande, una familia, un jardín y la posibilidad, aunque fuera con poca sinceridad, de tratar bien a las personas, de dejarlas ahítas, achispadas y contentas?

Salvada la portezuela, se pusieron a hablar todos a la vez y a reír estrepitosamente sin causa alguna. Andaban ya por un sendero que descendía hacia el río y corría luego junto al agua misma, rodeando los arbustos de la orilla, los rehoyos y los sauces que colgaban sobre la corriente. La orilla y el sendero apenas se distinguían y la orilla opuesta se hallaba totalmente sumida en las tinieblas. Acá y allá las estrellas se reflejaban en el agua oscura, tremolaban y se distendían, y sólo por esto se podía adivinar que el río fluía con rapidez. El aire estaba en calma. En la otra orilla gemían los chorlitos soñolientos, y en ésta un ruiseñor, sin prestar atención alguna al tropel de oficiales, desgranaba sus agudos trinos en un arbusto. Los oficiales se

detuvieron junto al arbusto, lo sacudieron, pero el ruiseñor siguió cantando.

—¿Qué te parece? —Se oyeron unas exclamaciones de aprobación—. Nosotros aquí a su lado y él sin hacer caso, ¡valiente granuja!

Al final el sendero ascendía y desembocaba cerca de la verja de la iglesia. Allí los oficiales, cansados por la subida, se sentaron y se pusieron a fumar. En la otra orilla apareció una débil lucecita roja y ellos, sin nada que hacer, pasaron un buen rato discutiendo si se trataba de una hoguera, de la luz de una ventana o de alguna otra cosa... También Riabóvich contemplaba aquella luz y le parecía que ésta le sonreía y le hacía guiños, como si estuviera en el secreto del beso.

Llegado a su alojamiento, Riabóvich se apresuró a desnudarse y se acostó. En la misma *izba*(27) que él se albergaban Lobitko y el teniente Merzliakov, un joven tranquilo y callado, considerado entre sus compañeros como un oficial culto, que leía siempre, cuando podía, *El Mensajero de Europa* que llevaba consigo. Lobitko se desnudó, estuvo un buen rato paseando de un extremo a otro, con el aire de un hombre que no está satisfecho, y mandó al ordenanza a buscar cerveza. Merzliakov se acostó, puso una vela junto a su cabecera y se abismó en la lectura del *Mensajero*.

«¿Quién sería?», pensaba Riabóvich mirando el techo ahumado.

El cuello aún le parecía untado de aceite y cerca de la boca notaba una sensación de frescor como la de unas gotas de menta. En su imaginación centelleaban los hombros y brazos de la señorita de lila. Las sienes y los ojos sinceros de la rubia de negro. Talles, vestidos, broches. Se esforzaba por fijar su atención en aquellas imágenes, pero ellas brincaban, se extendían y oscilaban. Cuando en el anchuroso fondo negro que toda persona ve al cerrar los ojos desaparecían por completo tales imágenes, empezaba a oír pasos presurosos, el rumor de un vestido, el sonido de un beso, y una intensa e inmotivada alegría se apoderaba de él... Mientras se entregaba a este gozo, oyó que volvía el ordenanza y comunicaba que no había cerveza. Lobitko se indignó y se puso a dar zancadas otra vez.

27. Casa del campesino ruso.

—¡Si será idiota! —decía, deteniéndose ya ante Riabóvich ya ante Merzliakov—. ¡Se necesita ser estúpido e imbécil para no encontrar cerveza! Bueno, ¿no dirán que no es un canalla?

—Claro que aquí es imposible encontrar cerveza —dijo Merzliakov, sin apartar los ojos de *El Mensajero de Europa*.

—¿No? ¿Lo cree usted así? —insistía Lobitko—. Señores, por Dios, ¡arrójenme a la luna y allí les encontraré yo enseguida cerveza y mujeres! Ya verán, ahora mismo voy por ella… ¡Llámenme miserable si no la encuentro!

Tardó bastante en vestirse y en calzarse las altas botas. Después encendió un cigarrillo y salió sin decir nada.

—Rabbek, Grabbek, Labbek —se puso a musitar, deteniéndose en el zaguán—. Diablos, no tengo ganas de ir solo. Riabóvich, ¿no quiere darse un paseo?

Al no obtener respuesta, volvió sobre sus pasos, se desnudó lentamente y se acostó. Merzliakov suspiró, dejó a un lado *El Mensajero de Europa* y apagó la vela.

—Bueno… —balbuceó Lobitko, encendiendo un pitillo en la oscuridad.

Riabóvich metió la cabeza bajo la sábana, se hizo un ovillo y empezó a reunir en su imaginación las vacilantes imágenes y a juntarlas en un todo. Pero no logró nada. Pronto se durmió, y su último pensamiento fue que alguien le acariciaba y le colmaba de alegría, que en su vida se había producido algo insólito, estúpido, pero extraordinariamente hermoso y agradable. Y ese pensamiento no le abandonó ni en sueños.

Cuando despertó, la sensación de aceite en el cuello y de frescor de menta cerca de los labios ya había desaparecido, pero la alegría, igual que la víspera, se le agitaba en el pecho como una ola. Miró entusiasmado los marcos de las ventanas dorados por el sol naciente y prestó oído al movimiento de la calle. Al pie mismo de las ventanas hablaban en voz alta. El jefe de la batería de Riabóvich, Lebedetski, que acababa de alcanzar a la brigada, conversaba con su sargento primero en voz muy alta, como tenía por costumbre.

—¿Y qué más? —gritaba el jefe.

—Ayer, al herrar los caballos, señoría, herraron a Golúbchik. El practicante le aplicó un emplaste de arcilla con vinagre. Ahora lo

conducen de la rienda, aparte. Y también ayer, su señoría, el herrador Artémiev se emborrachó y el teniente mandó que lo ataran en el avantrén de una cureña de repuesto.

El sargento primero informó además de que Kárpov había olvidado los nuevos cordones de las trompetas y las estaquillas de las tiendas, y de que los señores oficiales habían estado de visita la noche anterior en casa del general Von Rabbek. En plena conversación, apareció en el vano de la ventana la barba roja de Lebedetski. Miró con los ojos miopes semientornados las soñolientas caras de los oficiales y los saludó.

—¿Todo marcha bien? —preguntó.

—El caballo limonero se ha hecho una rozadura en la cerviz —respondió Lobitko bostezando—. Ha sido con la nueva collera.

El jefe suspiró, reflexionó unos momentos y dijo en voz alta:

—Pues yo pienso ir a ver a Aleksandra Yevgráfovna. Tengo que visitarla. Bueno, adiós. Les alcanzaré antes de que anochezca.

Un cuarto de hora después, la brigada se puso en marcha. Cuando pasaba por delante de los graneros del señor, Riabóvich miró a la derecha hacia la casa. Las ventanas tenían las celosías cerradas. Evidentemente, allí dormía aún todo el mundo. También dormía aquélla que la víspera le había besado. Se la quiso imaginar durmiendo. La ventana de la alcoba abierta de par en par, las ramas verdes mirando por aquella ventana, la frescura matinal, el aroma de álamos, de lilas, y de rosas, la cama, la silla y en ella el vestido que el día anterior rumoreaba, las zapatillas, el pequeño reloj en la mesita, todo se lo representaba él con claridad y precisión, pero los rasgos de la cara, la linda sonrisa soñolienta, precisamente aquello que era importante y característico, le resbalaba en la imaginación como el mercurio entre los dedos. Recorrida una media versta, miró hacia atrás: la iglesia amarilla, la casa, el río y el jardín se hallaban inundados de luz; el río, con sus orillas de acentuado verdor, reflejando en sus aguas el cielo azul y mostrando algún que otro lugar plateado por el sol, era hermoso. Riabóvich lanzó una última mirada a Mestechki y experimentó una profunda tristeza, como si se separara de algo muy íntimo y entrañable.

En cambio, en la ruta sólo aparecían ante los ojos cuadros sin ningún interés, conocidos desde hacía mucho tiempo… A derecha y

a izquierda, campos de centeno joven y de alforfón, por los que saltaban los grajos. Miras hacia adelante y sólo ves polvo y nucas; miras hacia atrás, y ves el mismo polvo y caras… Delante marchan cuatro hombres armados con sables: forman la vanguardia. Tras ellos va el grupo de cantores, a los que siguen los trompetas, que montan a caballo. La vanguardia y los cantores, como los empleados de las pompas fúnebres que llevan antorchas en los entierros, olvidan a cada momento la distancia que estipula el reglamento y se adelantan demasiado… Riabóvich se encuentra en la primera pieza de la quinta batería. Ve las cuatro baterías que le preceden. A una persona que no sea militar, la fila larga y pesada que forma una brigada en marcha le parece un baturrillo enigmático, poco comprensible; no entiende por qué alrededor de un solo cañón van tantos hombres, ni por qué lo arrastran tantos caballos guarnecidos con un extraño atelaje como si la pieza fuera realmente terrible y pesada. En cambio, para Riabóvich todo es comprensible y, por ello, carece del menor interés. Sabe hace ya tiempo por qué al frente de cada batería cabalga junto al oficial un vigoroso suboficial, y por qué se llama «delantero»; a la espalda de este suboficial se ve al conductor del primer par de caballos, y luego al del par central; Riabóvich sabe que los caballos de la izquierda, en los que los conductores montan, se llaman de ensillar, y los de la derecha se llaman de refuerzo. Eso no tiene ningún interés. Detrás del conductor van dos caballos limoneros. Uno de ellos lo cabalga un jinete con el polvo de la última jornada en la espalda y con un madero tosco y ridículo sobre la pierna derecha; Riabóvich sabe para qué sirve ese madero y no le parece ridículo. Todos los que montan a caballo agitan maquinalmente los látigos y de vez en cuando gritan. El cañón por sí mismo es feo. En el avantrén van los sacos de avena, cubiertos con una lona impermeabilizada, y del cañón propiamente dicho cuelgan teteras, macutos de soldado y saquitos; todo eso le da un aspecto de pequeño animal inofensivo al que, no se sabe por qué razón, rodean hombres y caballos. A su flanco, por la parte resguardada del viento, marchan balanceando los brazos seis servidores. Detrás de la pieza se encuentran otra vez nuevos artilleros, conductores, caballos limoneros, tras los cuales se arrastra un nuevo cañón tan feo y tan poco imponente como el primero. Al segundo le siguen el tercero y el cuarto. Junto a éste va un oficial, y

así sucesivamente. La brigada consta en total de seis baterías y cada batería tiene cuatro cañones. La columna se extiende una media versta. Se cierra con un convoy a cuya vera, bajando su cabeza de largas orejas, marcha cavilosa una figura en sumo grado simpática: el asno Magar, traído de Turquía por uno de los jefes de batería.

Riabóvich miraba indiferente adelante y atrás, a las nucas y a las caras. En otra ocasión se habría adormilado, pero esta vez se sumergía por entero en sus nuevos y agradables pensamientos. Al principio, cuando la brigada acababa de ponerse en marcha, quiso persuadirse de que la historia del beso sólo podía tener el interés de una aventura pequeña y misteriosa, pero que en realidad era insignificante, y que pensar en ella seriamente resultaba por lo menos estúpido. Pero pronto mandó a paseo la lógica y se entregó a sus quimeras... Ora se imaginaba en el salón de Von Rabbek, al lado de una joven parecida a la señorita de lila y a la rubia de negro; ora cerraba los ojos y se veía con otra joven totalmente desconocida de rasgos muy imprecisos; mentalmente le hablaba, la acariciaba, se inclinaba sobre su hombro, se representaba la guerra y la separación, después el encuentro, la cena con la mujer y los hijos...

—¡A los frenos! —resonaba la voz de mando cada vez que se descendía una cuesta.

Él también exclamaba: «¡A los frenos!», temiendo que ese grito interrumpiera sus ensueños y le devolviera a la realidad.

Al pasar por delante de una hacienda, Riabóvich miró por encima de la empalizada al jardín. Apareció ante sus ojos una avenida larga, recta como una regla, sembrada de arena amarilla y flanqueada de jóvenes abedules... Con la avidez del hombre embebido en sus sueños, se representó unos piececitos de mujer caminando por la arena amarilla, y de manera totalmente inesperada se perfiló en su imaginación, con toda nitidez, aquélla que le había besado y que él había logrado fantasear la noche anterior durante la cena. La imagen se fijó en su cerebro y ya no le abandonó.

Al mediodía, detrás, cerca del convoy, resonó un grito:

—¡Alto! ¡Vista a la izquierda! ¡Señores oficiales!

En una carretela arrastrada por un par de caballos blancos, se acercó el general de la brigada. Se detuvo junto a la segunda batería

y gritó algo que nadie comprendió. Varios oficiales, entre ellos Riabóvich, se le acercaron al galope.

—¿Qué tal? ¿Cómo vamos? —preguntó el general, entornando los ojos enrojecidos—. ¿Hay enfermos?

Obtenidas las respuestas, el general, pequeño y enteco, reflexionó y dijo, volviéndose hacia uno de los oficiales:

—El conductor del limonero de su tercer cañón se ha quitado la rodillera y el bribón la ha colgado en el avantrén. Castíguelo.

Alzó los ojos hacia Riabóvich y prosiguió:

—Me parece que usted ha dejado los tirantes demasiado largos...

Hizo aún algunas aburridas observaciones, miró a Lobitko y se sonrió:

—Y usted, teniente Lobitko, tiene un aire muy triste —dijo—. ¿Siente nostalgia por Lopujova? ¡Señores, echa de menos a Lopujova!

Lopujova era una dama muy entrada en carnes y muy alta, que había rebasado hacía ya tiempo los cuarenta. El general, que tenía una debilidad por las féminas de grandes proporciones cualquiera que fuese su edad, sospechaba la misma debilidad en sus oficiales. Ellos sonrieron respetuosamente. El general de la brigada, contento por haber dicho algo divertido y venenoso, rio estrepitosamente, tocó la espalda de su cochero y se llevó la mano a la visera. El coche reemprendió la marcha.

«Todo eso que ahora sueño y que me parece imposible y celestial, es en realidad muy común» —pensaba Riabóvich mirando las nubes de polvo que corrían tras la carretela del general—. «Es muy corriente y le sucede a todo el mundo... Por ejemplo, este general en su tiempo amó; ahora está casado y tiene hijos. El capitán Vájter también está casado y es querido, aunque tiene una feísima nuca roja y carece de cintura... Salmánov es tosco, demasiado tártaro, pero ha tenido también su idilio terminado en boda... Yo soy como los demás, y antes o después sentiré lo mismo que todos...».

La idea de que era un hombre como tantos y de que también su vida era una de tantas, le alegró y le reconfortó. Ya se la representaba osadamente a *ella*, y también su propia felicidad, sin poner freno alguno a su imaginación.

Cuando por la tarde la brigada hubo llegado a su destino y los oficiales descansaban en las tiendas, Riabóvich, Merzliakov y Lobitko

se sentaron a cenar alrededor de un baúl. Merzliakov comía sin apresurarse, masticaba despacio y leía *El Mensajero de Europa* que sostenía sobre las rodillas. Lobitko hablaba sin parar y se servía cerveza. Y Riabóvich, con la cabeza turbia por los sueños de toda la jornada, callaba y bebía. Después del tercer vaso, se achispó, se debilitó y experimentó un irresistible deseo de compartir su nueva impresión con sus compañeros.

—Me sucedió algo extraño en casa de esos Von Rabbek... —empezó a decir, procurando imprimir a su voz un tono de indiferencia burlona—. Había ido, no sé si lo saben, a la sala de billar...

Se puso a contar con todo detalle la historia del beso y al minuto se calló... En aquel minuto lo había contado todo y le sorprendía tremendamente que hubiera necesitado tan poco tiempo para su relato. Le parecía que de aquel beso habría podido hablar hasta la madrugada. Habiéndole escuchado, Lobitko, que contaba muchas trolas y por esta razón no creía a nadie, le miró desconfiado y sonrió. Merzliakov enarcó las cejas y tranquilamente, sin apartar la mirada de *El Mensajero de Europa*, dijo:

—¡Que Dios lo entienda! Arrojarse al cuello de alguien sin antes haber preguntado quién era... Se trataría de una psicópata.

—Sí, debía de ser una psicópata... —asintió Riabóvich.

—Una vez me ocurrió a mí un caso análogo... —dijo Lobitko, poniendo ojos de susto—. Iba el año pasado a Kovno... Tomé un billete de segunda clase... El vagón estaba de bote en bote y no había manera de dormir. Di medio rublo al revisor... Él cogió mi equipaje y me condujo a un compartimiento... Me acosté y me cubrí con la manta. Estaba oscuro, ¿comprenden? De súbito noté que alguien me ponía la mano en el hombro y respiraba ante mi cara... Abrí los ojos, y figúrense, ¡era una mujer! Los ojos negros, los labios rojos como carne de salmón, las aletas de la nariz latiendo de pasión y frenesí, los senos, unos amortiguadores de tren...

—Permítame —le interrumpió tranquilamente Merzliakov—, lo de los senos se comprende, pero ¿cómo podía usted ver los labios si estaba oscuro?

Lobitko empezó a salirse por la tangente y a burlarse de la poca perspicacia de Merzliakov. Esto molestó a Riabóvich, que se apartó

del baúl, se acostó y se prometió no volver a hacer nunca confidencias.

Empezó la vida del campamento… Transcurrían los días muy semejantes unos a los otros. Durante todos ellos, Riabóvich se sentía, pensaba y se comportaba como un enamorado.

Cada mañana, cuando el ordenanza le ayudaba a levantarse, al echarse agua fría a la cabeza se acordaba de que había en su vida algo bueno y afectuoso.

Por las tardes, cuando sus compañeros se ponían a hablar de amor y de mujeres, él escuchaba, se les acercaba y adoptaba una expresión como la que suele aflorar en los rostros de los soldados al oír el relato de una batalla en la que ellos mismos han participado. Y las tardes en que los oficiales superiores, algo alegres, con el *setter* —Lobitko a la cabeza—, emprendían alguna correría donjuanesca por el *arrabal*, Riabóvich, que tomaba parte en tales salidas, solía ponerse triste, se sentía profundamente culpable y mentalmente le pedía *a ella* perdón… En las horas de ocio o en las noches de insomnio, cuando le venían ganas de rememorar su infancia, a su padre, a su madre y, en general, todo lo que era familiar y entrañable, también se acordaba, infaliblemente, de Mestechki, del raro caballo, de Von Rabbek, de su mujer parecida a la emperatriz Evguenia, del cuarto oscuro, de la rendija iluminada de la puerta…

El treinta y uno de agosto regresaba del campamento, pero ya no con su brigada, sino con dos baterías. Durante todo el camino soñó y se impacientó como si volviera a su lugar natal. Deseaba con toda el alma ver de nuevo el caballo extraño, la iglesia, la insincera familia Von Rabbek y el cuarto oscuro. La «voz interior» que con tanta frecuencia engaña a los enamorados le susurraba, quién sabe por qué, que la vería sin falta… Unos interrogantes le torturaban: ¿cómo se encontraría con ella?, ¿de qué le hablaría?, ¿no habría olvidado ella el beso? En el peor de los casos, pensaba, aunque no se encontraran, para él ya resultaría agradable el mero hecho de pasar por el cuarto oscuro y recordar…

Hacia la tarde se divisaron en el horizonte la conocida iglesia y los blancos graneros. A Riabóvich empezó a palpitarle el corazón… No escuchaba al oficial que cabalgaba a su lado y le decía alguna cosa, se olvidó de todo contemplando con avidez el río que brillaba en

lontananza, la techumbre de la casa, el palomar encima del cual revoloteaban las palomas iluminadas por el sol poniente.

Se acercaron a la iglesia y luego, al escuchar al aposentador, esperaba a cada instante que por detrás del templo apareciera el jinete e invitara a los oficiales a tomar el té, pero... el informe de los aposentadores tocó a su fin, los oficiales bajaron de sus cabalgaduras y se dispersaron por el pueblo, y el jinete no comparecía.

«Ahora Von Rabbek se enterará de nuestra llegada por los *muzhiks* y mandará a por nosotros», pensaba Riabóvich al entrar en una isba, sin comprender por qué su compañero encendía una vela ni por qué los ordenanzas se apresuraban a preparar los *samovares*(28)...

Una penosa inquietud se apoderó de él. Se acostó, después se levantó y miró por la ventana si llegaba el jinete. Pero no había jinete. Volvió a acostarse. Media hora más tarde se levantó y, sin poder dominar su inquietud, salió a la calle y dirigió sus pasos hacia la iglesia. La plaza, cerca de la verja, estaba oscura y desierta... Tres soldados se habían detenido, juntos y callados, al mismísimo borde del sendero. Al ver a Riabóvich, salieron de su ensimismamiento y le saludaron. Él se llevó la mano a la visera y empezó a bajar por el conocido sendero.

Por encima de la otra orilla, el cielo se había teñido de un color purpúreo: salía la luna. Dos campesinas, charlando en voz alta, andaban por un huerto arrancando hojas de col; tras los huertos negreaban algunas isbas... Y en la orilla de este lado, todo era igual que en mayo: el sendero, los arbustos, los sauces inclinados sobre el agua... Solo no se oía al valiente ruiseñor, ni se notaba olor a álamo y a hierba tierna.

Ante el jardín, Riabóvich miró por la portezuela. El jardín estaba oscuro y silencioso... Sólo se distinguían los troncos blancos de los abedules próximos y un pequeño tramo de la avenida, todo lo demás se confundía en una masa negra. Riabóvich aguzaba el oído y miraba ávidamente, pero, tras haber permanecido allí alrededor de un cuarto de hora sin oír ni un ruido y sin haber visto una luz, volvió sobre sus pasos...

Se acercó al río. Ante él se destacaban la caseta de baños del general y unas sábanas colgadas en las barandillas del puentecillo.

28. *Samovar*: máquina de hacer té.

Subió al pequeño puente, se detuvo un poco, tocó sin necesidad una de las sábanas, que encontró áspera y fría. Miró hacia abajo, al agua... El río se deslizaba rápido y apenas se le oía rumorear junto a los pilotes de la caseta. La luna roja se reflejaba cerca de la orilla; pequeñas ondas corrían por su reflejo alargándola, despedazándola, como si quisieran llevársela.

«¡Qué estúpido! ¡Qué estúpido! —pensaba Riabóvich contemplando la corriente—. ¡Qué poco inteligente es todo esto!».

Ahora que ya no esperaba nada, la historia del beso, su impaciencia, sus vagas esperanzas y su desencanto se le aparecían con vivida luz. Ya no le parecía extraño que no se hubiera presentado el jinete enviado por el general, ni no ver nunca a aquella que casualmente le había besado a él en lugar de otro. Al contrario, lo raro sería que la viera.

El agua corría no se sabía hacia dónde ni para qué. Del mismo modo corría en mayo; el riachuelo, en el mes de mayo, había desembocado en un río caudaloso, y el río en el mar; después se había evaporado, se había convertido en lluvia, y quién sabe si aquella misma agua no era la que en este momento corría otra vez ante los ojos de Riabóvich... ¿A santo de qué? ¿Para qué?

Y el mundo entero, la vida toda, le parecieron a Riabóvich una broma incomprensible y sin objeto. Apartando luego la vista del agua y tras haber elevado los ojos al cielo, recordó otra vez cómo el destino en la persona de aquella mujer desconocida le había acariciado por azar, se acordó de sus ensueños y visiones estivales, y su vida le pareció extraordinariamente aburrida, mísera y gris.

Cuando regresó a su *izba*, no encontró en ella a ninguno de sus compañeros. El ordenanza le informó de que todos se habían ido a casa del «general Fontriabkin», que había mandado un jinete a invitarlos... Por un instante el gozo estalló en el pecho de Riabóvich, pero él se apresuró a apagar aquella llama, se acostó y, para contrariar a su destino, como si deseara vejarle, no fue a casa del general.

Apellido de caballo

El general retirado Buldeiev tenía dolor de muelas. Probó enjuagarse la boca con vodka y con coñac; aplicó a la muela enferma ceniza de tabaco, opio, trementina y queroseno; untó la mejilla con yodo; en los oídos tenía algodón impregnado de alcohol; pero todo ello no surtía efecto y hasta le provocaba náuseas. Recibió la visita de un médico. Éste hurgó en la muela y recetó quinina, lo que tampoco trajo alivio. A la proposición de arrancar la dolorida muela el general respondió con una negativa. Los de la casa —la esposa, los niños, las criadas y hasta el pinche de cocina Petka— proponían cada uno su remedio. El mayordomo Iván Evseich vino también y aconsejó intentar la cura con el conjuro.

—Aquí, en nuestro distrito, excelencia —dijo—, hace unos diez años vivía un empleado de Hacienda, Iakov Vasilich. Conjuraba el dolor de muelas en un santiamén. Se vuelve hacia la ventana, susurra algo, escupe ¡y ya está! Tiene un poder especial…

—¿Y dónde está ahora este hombre?

—Pues, después de ser despedido de Hacienda, se alojó en casa de su suegra, en Saratov. Ahora no se ocupa más que de muelas. Cualquiera que empiece a sentir un dolor de muelas va a verlo, porque, en efecto, ayuda… A los enfermos de Saratov los atiende personalmente en su casa, pero si alguien es de otra ciudad, entonces lo hace por telégrafo. Mándele, excelencia, un telegrama, explicándole que la cosa es así y así…, que al esclavo de Dios Alexy le duelen las muelas y que le pide una atención. Y mándele dinero por correo, por el tratamiento.

—¡Tonterías! ¡Es un charlatán!

—Haga usted una tentativa, excelencia. Cierto, es un gran aficionado a la vodka y vive con una alemana en lugar de con su mujer; además es muy blasfemo, pero no se puede negar tampoco que es un señor milagroso.

¡Mándale el telegrama, Aliosha! —imploró la generala—. Tú no crees en los conjuros, pero yo los experimenté sobre mí misma. Y aunque no creas en estas cosas ¿por qué no intentarlo? No se te van a atrofiar las manos por eso.

—Está bien —consintió Buldeiev—. Tal como estoy, soy capaz de mandarle un telegrama no sólo a un empleado de Hacienda sino al mismo demonio... ¡Oh, no aguanto más! Bueno, ¿dónde vive ese hombre? ¿Cómo hay que escribirle?

El general se sentó a la mesa y tomó la pluma.

—En Saratov lo conocen hasta los perros —dijo el mayordomo—. Sírvase escribir, excelencia, a la ciudad de Saratov... A su señoría Iakov Vasilich... Vasilich...

—¿Y bien?

—Vasilich... Iakov Vasilich... y el apellido es... ¡Me olvidé el apellido! ¡Vasilich!... ¡Diablos! ¿Cómo es su apellido? Cuando venía para acá, recordaba... Espere...

Iván Evseich levantó los ojos hacia el cielo raso y se puso a mover los labios. Buldeiev y la generala esperaban con impaciencia.

—¿Entonces? ¡Piénsalo pronto!

—Un momento... Vasilich... Iakov Vasilich... ¡Me olvidé! Es un apellido simple... como de caballo... ¿Caballero? No, Caballero no es... Espere... ¿Será Alazano? Tampoco. Recuerdo que es algo de caballo, pero cómo es, se me fue de la cabeza...

—¿Tordillo?

—No, no. Espere... Jaco... Jamelgo... Sabueso... —Este es un apellido de perro y no de caballo. ¿No será Crin?

—No, Crin no es. Caballo... Cavallo... Cavalo... Nada de eso...

—¿Y cómo entonces le voy a escribir? ¡Piénsalo bien!

—Ahora... Casco... Potro... Bayo...

—¿Leoncavallo? —preguntó la generala.

—No, señora. Carreras... Tampoco. ¡Me olvidé!

—¿Para qué diablos te metes entonces con tus consejos, si no te acuerdas de nada? —se enojó el general—. ¡Vete de aquí! Iván Evseich salió lentamente, mientras el general se agarraba la mejilla y se ponía a andar por las habitaciones.

—¡Ay, señor! —gemía—. ¡Ay, madre mía! ¡Esto es peor que el infierno!

El mayordomo salió al jardín, levantó los ojos hacia el cielo y trató de recordar el apellido del oficinista:

—Corcel... Cuadrúpedo... Rocín... No, no es. Yugo... Cincha... Rienda...

Poco tiempo después lo llamaron.

—¿Recordaste? —le preguntó el general.

—Todavía no, excelencia.

—¿Quizás, Tropero? ¿Anca? ¿No?

Y todos en la casa, a cual más y mejor, se dedicaron a inventar apellidos.

Recordaron todas las edades, géneros y razas de los caballos; examinaron la crin, las pezuñas y los arneses... En la casa, en el jardín, en las dependencias de servicio y en la cocina la gente andaba de un rincón a otro y, rascándose la frente, buscaban el apellido...

A cada momento, llamaban al mayordomo desde la casa.

—¿Tropilla? —le iban preguntando—. ¿Galope? ¿Pezuña?

—No, no es —respondía Iván Evseich y, levantando los ojos, continuaba pensando en voz alta—: Overo... Pío... Zaino...

—¡Papá! —llegaban los gritos desde el cuarto de los niños—. ¡Troikin! ¡Cuadriga!

Toda la heredad se vio alborotada. El agotado e impaciente general prometió compensar con cinco rublos a quien diese con el necesario apellido, y una multitud asediaba al mayordomo.

—¡Trotín! —le decían—. ¡Montura!

Llegó la noche, pero el apellido no fue encontrado todavía y la gente de la casa se fue a dormir sin haber enviado el telegrama.

El general no pegó los ojos en toda la noche; andaba de un rincón a otro, gimiendo... A las tres de la madrugada, salió de la casa y golpeó en la ventana del mayordomo.

—¿No será Pegaso? —preguntó con voz llorosa.

—No, excelencia, Pegaso no es — contestó Iván Evseich con un suspiro culpable.

¡Puede ser que no sea un apellido de caballo sino de alguna otra cosa!

—Mi palabra, excelencia, que es de caballo... Esto lo recuerdo muy bien.

—¡Qué desmemoriado que eres, amigo! Para mí este apellido es ahora lo más importante del mundo. ¡El dolor me tiene loco!

Por la mañana el general mandó llamar al médico.

—¡Que me la saquen! —decidió—. No aguanto más...

Llegó el doctor y le extrajo la muela enferma. El dolor disminuyó rápidamente y el general se sintió más tranquilo. Cumplida su tarea y cobrados los honorarios, el médico subió a la carretela y partió para su casa. En el campo se encontró con el mayordomo… Éste estaba de pie, a la vera del camino y, concentrado en sus pensamientos, miraba distraídamente sus zapatos. A juzgar por las arrugas que surcaban su frente y por la expresión de sus ojos, aquellos pensamientos eran tensos, mortificantes.

—Remo… Silla… —farfullaba—. Arnés… Recado…

—¡Iván Evseich! —lo llamó el médico—. ¿No puedes venderme, querido, unas cinco cuartillas de avena? Nuestros mujiks suelen venderme avena, pero es muy mala…

El mayordomo miró tontamente al doctor, esbozó una media sonrisa salvaje y, sin responder una sola palabra, alzó los brazos y a continuación echó a correr hacia la casa con tal rapidez como si lo persiguiera el diablo.

—¡Ya lo tengo, excelencia! —gritó con la voz alterada por la alegría, al entrar volando en el despacho del general—. ¡Ya lo tengo, que Dios dé mucha salud al doctor! ¡Avena! ¡Avena es el apellido del empleado! ¡Avena, excelencia!… ¡Mande el telegrama al señor Avena!

—¡Toma! —dijo el general con desprecio e hizo dos gestos obscenos ante la cara del mayordomo—. No necesito ahora tu apellido de caballo. ¡Toma!

Una criatura indefensa

A pesar de que aquella noche su ataque de gota había sido muy fuerte y de que los nervios le rechinaban, al día siguiente, Kistunov, y a la hora debida, dio comienzo a la recepción de solicitantes y clientes del Banco. Su aspecto era macilento y agotado, apenas hablaba y le faltaba el aliento, como a un moribundo.

—¿Qué desea usted? —dijo dirigiéndose a una solicitante que, vestida con una arcaica capa, parecía, vista de espaldas, un enorme escarabajo estercolero.

—¡Hágame la merced, excelencia!… —empezó a decir con gran volubilidad la solicitante—. Verá… Mi marido, el asesor colegiado Schukin, se ha pasado cinco meses enfermo y, mientras estaba en cama (con perdón de usted) y sin que hubiera motivo, excelencia, le dieron el retiro. Cuando fui yo a cobrar su sueldo (hágame la merced de fijarse), le descontaron de éste veinticuatro rublos y treinta y seis kopeks. ¿Y por qué?, pregunto yo. «¡Porque cogía de la caja de los compañeros y otros funcionarios pagaban por él!», me dicen. Pero ¿cómo iba a ser eso? ¿Cómo iba a coger él nada sin mi permiso?… ¡Eso es imposible, excelencia! ¿Cómo iba a ser eso?… ¡Yo soy una pobre mujer que vive sólo de lo que gana con los huéspedes!… ¡Soy débil!… ¡Estoy indefensa! ¡Todo el mundo me insulta y jamás oigo una buena palabra de nadie!…

La solicitante, parpadeando, se puso a buscar el pañuelo entre los pliegues de su capa. Kistunov cogió la solicitud y empezó a leerla.

—Permítame, pero…, ¿cómo es esto?… ¡No comprendo una palabra! ¡Seguramente viene usted equivocada!… Por su sentido se ve que esta solicitud no tiene nada que ver con nosotros. Sírvase dirigirse a la institución en que trabajaba su marido.

—Pero ¡padrecito! ¡Si he estado ya en cinco sitios y en ninguno me han querido aceptar la solicitud! —dijo Schukina—. Había perdido ya la cabeza cuando mi yerno, Boris Matveich, me aconsejó que me dirigiera a usted. «Tiene usted —me dijo— que dirigirse al señor Kistunov. Es una persona de mucha influencia y que se lo puede arreglar todo…». ¡Ayúdeme, excelencia!

—Nosotros, señora Schukina, no podemos hacer nada por usted... ¿Comprende?... Su marido (por lo que aquí se deduce) trabajaba en una institución médico-militar, mientras que nuestra empresa es una cosa completamente particular... Comercial... ¡Lo nuestro es un Banco! ¿Cómo no le va a ser posible comprender esto?

Y Kistunov, encogiéndose otra vez de hombros, se volvió hacia un señor de uniforme con un flemón en el rostro.

—¡Excelencia! —dijo Schukina con voz cantarina y quejumbrosa—. ¡De que mi marido estaba enfermo tengo un certificado que me dio el doctor! ¡Aquí está! ¡Hágame la merced de mirarlo!

—Perfectamente... Lo creo... —dijo Kistunov irritado—, pero ¡le repito que no tenemos nada que ver en el asunto!... ¡Es extraño y hasta ridículo que no lo comprenda usted!... ¿Será posible que no sepa su marido adónde tiene que dirigirse?

—¡Él no sabe nada, excelencia! No hace más que decirme: «¡Estas cosas a ti no te importan! ...». ¿Y a quién le van a importar entonces?... ¡La que carga con él soy yo!... ¡Yo!

Volviéndose de nuevo hacia Schukina, Kistunov comenzó a explicarle la diferencia existente entre una Institución médico-militar y una banca privada. Schukina, tras escucharle atentamente y mover la cabeza en señal de asentimiento, dijo:

—¡Así será! ¡Así será! ¡Ya lo comprendo, padrecito!... Pero en este caso, excelencia, ¡le ruego que dé orden de que me entreguen, por lo menos, quince rublos! ¡Me conformo con que no me lo den todo de una vez!

—¡Vaya! —suspiró Kistunov echando hacia atrás la cabeza—. ¡A usted es imposible hacerle comprender nada!... ¡Entienda de una vez que venirnos a nosotros con semejante solicitud es igualmente impropio que presentar una demanda de divorcio en una farmacia!... Si no se lo han pagado a usted todo..., ¿qué tenemos que ver nosotros con ello?

—¡Excelencia!... ¡Pediré a Dios eternamente por usted!... ¡Tenga compasión de esta huérfana! —lloró Schukina—. ¡Soy una mujer indefensa, débil!... ¡Me he martirizado hasta el último extremo!... ¡Tengo que ocuparme de los juicios con los huéspedes, de los asuntos de mi marido, de los trabajos de la casa!... ¡Estoy, además, haciendo ejercicios espirituales y mi yerno está sin empleo!... ¡Lo de que como

y que bebo... es sólo un decir..., pues en realidad no me sostienen los pies!... ¡En toda la noche pude pegar los ojos!

Kistunov sintió palpitaciones. Con semblante torturado y llevándose la mano al corazón empezó de nuevo a explicar a Schukina... Pero su voz se cortó.

—¡No!... ¡Perdone, pero no puedo seguir hablando con usted!... —hizo un ademán de desesperación—. ¡Hasta la cabeza me da vueltas!... ¡Nos está usted molestando y está usted perdiendo el tiempo en balde!... ¡Uf!... ¡Alekséi Nikolaich! —dijo dirigiéndose a uno de los empleados—. ¡Explíquele, por favor, a la señora Schukina...!

Cuando Kistunov hubo terminado de recibir a los solicitantes entró en su despacho donde firmó unos papeles, en tanto que Alekséi Nikolaich se ocupaba de atender a Schukina. Sentado ante su mesa, durante largo rato estuvo oyendo dos voces: la de bajo, contenida y monótona, de Alekséi Nikolaich, y la llorosa y chillona, de Schukina...

—¡Soy una mujer indefensa..., débil!... ¡Soy una mujer delicada de salud! —decía ésta—. ¡Quizá parezca fuerte, pero si se me mira detenidamente no hay en mí ni un tendoncito sano!... ¡Apenas si me tienen los pies! ¡He perdido el apetito!... ¡Hoy me he bebido el café sin pizca de ganas!

Alekséi Nikolaich continuaba explicándole la diferencia existente entre las diversas instituciones y el complicado sistema de la circulación de los documentos oficiales. Pronto, fatigado, el contable vino a sustituirle.

—¡Es una *baba* asombrosamente molesta! —se indignaba Kistunov, retorciéndose nerviosamente los dedos y acercándose a cada momento a la jarra del agua—. ¡Una idiota!... ¡Un tarugo!... ¡A mí me ha dejado aniquilado, y a los demás los dejará también!... ¡Miserable!... ¡Uf!... ¡Hasta siento palpitaciones!

Media hora después llamó al timbre y apareció Alekséi Nikolaich.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó con decaimiento Kistunov.

—¡No hay manera de conseguir que comprenda! ¡Estamos, sencillamente, agotados! ¡Le hablo de Juan y me contesta de Pedro!...

—¡No!... ¡No puedo oír su voz!... ¡Me pongo enfermo! ¡No puedo resistirlo!...

—Lo mejor será llamar al portero y que la eche Piotr Aleksándrich.

—¡No, no!... —se asustó Kistunov—. ¡Se pondrá a chillar, y esta casa tiene muchos pisos y sabe Dios lo que podrán pensar de nosotros!... ¡Usted, amigo..., busque la manera de explicarle!...

Un minuto después volvía a escucharse el zumbido de Iván Alekséich. Pasó un cuarto de hora, y en lugar de la voz de bajo zumbó el agudo tenor del contable.

—¡En ex-tre-mo miserable!... —se indignaba Kisunov, encogiendo nerviosamente los hombros—. ¡Más tonta que un cerrojo!... ¡Que la lleve el diablo!... ¡Me parece que empieza a molestarme otra vez la gota!... ¡Y otra vez la jaqueca!...

En la habitación inmediata, Iván Alekséich, al cabo extenuado y golpeando con un dedo la mesa y después su propia frente dijo:

—En una palabra: ¡que en los hombros no lleva usted una cabeza, sino esto!...

—¡Vaya! —se ofendió la vieja—. ¡Eso se lo dices si quieres a tu mujer!... ¡Y cuidadito con lo que haces con las manos!

Mirándola aviesamente, con rabia, Alekséi Nikolaich pronunció con una voz baja y estrangulada:

—¡Fuera de aquí!

—¿Qué?... —chilló súbitamente Schukina—. ¿Cómo se atreve usted?... ¡Soy una mujer débil, indefensa!... ¡No lo consentiré!... ¡Mi marido es un asesor colegiado, cabeza de atún!... ¡Iré al abogado Dmitri Karlich y ya verás lo que queda de tu categoría!... ¡He ganado el juicio a tres huéspedes, y tú, por esas palabras groseras, te echarás a mis pies! ¡Hasta vuestro general llegaré!... ¡Excelencia!... ¡Excelencia!...

—¡Largo de aquí! ¡Fuera!... ¡Úlcera! —silbó Alekséi Nikolaich.

Kistunov, abriendo la puerta, asomó por ella la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz llorosa.

En medio de la habitación, Schukina, roja como un cangrejo y girando los ojos a su alrededor, agitaba un dedo en el aire.

En torno a ella, los empleados del Banco, también rojos y desesperados, se miraban perplejos.

—¡Excelencia! —exclamó Schukina precipitándose hacia Kistunov—. ¡Ha sido éste! ¡Éste! —señalaba a Alekséi Nikolaich—. ¡Se pegó en la frente y pegó en la mesa con el dedo!... ¡Usted le mandó que se ocupara de mi asunto, y lo que hace es burlarse de mí!... ¡Soy

una mujer débil, indefensa!… ¡Mi marido es asesor colegiado y yo misma soy hija de un mayor!

—¡Bien, señora! —gimió Kistunov—. ¡Yo…, personalmente, me ocuparé!… ¡Tomaré las medidas necesarias, pero márchese!… ¡Luego!…

—Pero ¿cuándo voy a cobrar, excelencia? ¡Me hace falta el dinero hoy mismo!

Kistunov se pasó una mano temblorosa por la frente y comenzó de nuevo sus explicaciones.

—¡Señora!… ¡Ya le he dicho que esto es un Banco!… ¡Una empresa privada, comercial!… ¿Qué es lo que quiere usted, vamos a ver?… ¡Comprenda de una vez que nos está molestando!

Schukina, tras escucharle, suspiró.

—Así será, así será… —asintió—; pero usted, excelencia, ¡hágame la merced!… ¡Sea mi padre!… ¡Protéjame!… ¡Si no basta el certificado médico, puedo presentar otro de la Comisaría!… ¡Mande que me entreguen el dinero!

Ante los ojos de Kistunov todo se volvió de mil colores. Espiró todo el aire que contenían sus pulmones y, agitado, se dejó caer en una silla.

—¿Cuánto quiere que le den? —preguntó con voz débil.

—Veinticuatro rublos treinta y seis kopeks.

Kistunov extrajo su cartera del bolsillo, sacó de ella veinticinco rublos y se los tendió a Schukina.

—¡Tome y márchese!

Schukina envolvió el dinero en el pañuelo, se lo guardó y, con el rostro fruncido en una dulce, delicada y hasta coqueta sonrisa, preguntó:

—Excelencia…, ¿no sería posible que volvieran a reponer a mi marido en su empleo?

—¡Me voy!… ¡Estoy enfermo! —dijo Kistunov con voz plañidera—. ¡Me están dando unas palpitaciones tremendas!…

Una vez que se hubo marchado, Alekséi Nikolaich mandó a Nikita a buscar unas gotas calmantes, y todos, después de tomar veinte cada uno, se sentaron a trabajar. Mientras tanto, Schukina, hablando con el portero, permaneció dos horas en el recibimiento esperando la vuelta de Kistunov.

Y volvió también al día siguiente.

Iónich

I

Cuando los recién llegados a S, capital de provincia, se quejaban de lo aburrida y monótona que era la vida en ella, los habitantes de esa ciudad, como justificándose, decían que, al contrario, en S. se estaba muy bien, que en S. había una biblioteca, un teatro, un club, se celebraban bailes y -añadían finalmente- había algunas familias interesantes, agradables e inteligentes con las que podían relacionarse. Y mencionaban a los Turkin como los más instruidos y de mayores talentos.

Esta familia vivía en casa propia en la calle principal, junto a la del gobernador. El propio Turkin, Iván Petróvich, un hombre moreno, grueso y guapo, con patillas, organizaba espectáculos de aficionados con fines benéficos en los que interpretaba a viejos generales. Al hacer su papel, tosía de una manera muy cómica. Sabía muchos chistes, charadas, dichos, le gustaba bromear, lanzar frases picantes y siempre tenía una expresión que hacía dudar si hablaba en broma o en serio. Su mujer, Vera Iósifovna, una señora más bien delgada, de aspecto agradable y con lentes, escribía relatos y novelas que leía solícita a sus invitados. La hija, Ekaterina Ivánovna, una muchacha joven, tocaba el piano. En una palabra, cada miembro de la familia tenía algún talento. Los Turkin se alegraban de recibir invitados y se sentían felices de mostrarles sus talentos, cosa que hacían con cordial sencillez. Su casa de piedra era espaciosa y fresca en verano, la mitad de sus ventanas daban a un viejo jardín sombreado, donde en primavera cantaban los ruiseñores. Cuando en la casa había invitados, de la cocina venía el trajinar de los cuchillos y al patio llegaba un olor de cebolla frita; todo ello era siempre la premonición de una cena abundante y suculenta.

El doctor Stártsev, Dmitri Iónich, a poco de habérsele destinado como médico rural e instalarse en Diálizh -a unos diez kilómetros de S.- también oyó hablar de esa familia. Le decían que un hombre culto, como él, sin falta debía conocer a los Turkin. Un día de invierno, en la calle, le presentaron a Iván Petróvich; hablaron del tiempo, de teatro, de la epidemia de cólera, y a ello siguió una invitación. En

primavera, un día de fiesta -era Ascensión-, después de pasar consulta, Stártsev se dirigió a la ciudad para distraerse un poco y aprovechar para hacer algunas compras. Marchaba a pie, sin prisa -todavía no tenía caballos propios, y canturreaba:

-Aún no había apurado yo el cáliz de la amargura...

Cuando llegó a la ciudad almorzó, paseó por el parque y luego recordó la invitación de Iván Petróvich. Decidió visitar a los Turkin, ver qué clase de personas eran.

-Muy buenas, por favor -le saludó Iván Petróvich al recibirlo en la entrada-. Me alegra mucho ver a un invitado tan agradable. Venga, le presentaré a mi querida media naranja. Le estaba diciendo, Vérochka -prosiguió al presentar al doctor a su mujer-, le estaba diciendo que no tiene ningún derecho a estarse metido en su clínica, porque su ocio se lo debe a la sociedad. ¿No es cierto, cariño?

-Siéntese aquí -le decía Vera Iósifovna, señalando un asiento a su lado-. Puede usted hacerme la corte. Mi marido es celoso, es un Otelo, pero haremos lo posible por comportarnos de tal modo que no se dé cuenta de nada.

-Oh, cariñito, eres muy juguetona... -le miró dulcemente Iván Petróvich y le besó la frente-. Ha venido usted muy a propósito -se dirigió de nuevo al invitado-, mi querida esposa ha escrito una enorme novela que hoy leerá en público.

-Jean, dites que l'on nous donne du thé -dijo Vera Iósifovna a su marido.

Le presentaron a Ekaterina Ivánovna, una muchacha de dieciocho años, muy parecida a su madre, tan delgada y agraciada como ella. Todavía tenía una expresión infantil y un talle fino, delicado. Y el pecho, virginal, ya desarrollado, era de una belleza que hablaba de salud y primavera, de una auténtica primavera. Después tomaron té con mermelada, miel, dulces y unas galletas muy sabrosas que se deshacían en la boca. Con la llegada de la tarde, poco a poco fueron llegando nuevos invitados; Iván Petróvich, cuando con sus ojos risueños se dirigía a cada uno de ellos, le decía:

-Muy buenas, ¿cómo está usted?

Luego, todos se sentaron con rostros muy serios y Vera Iósifovna leyó su novela. Empezaba así: "El frío era cada vez más intenso...: Las ventanas estaban abiertas de par en par y de la cocina

llegaba el sonar de los cuchillos y el olor a cebolla frita… Atardecía. Se estaba muy cómodo en los blandos y profundos sillones, las luces titilaban acariciadoras en el salón. En esos momentos, en ese atardecer veraniego, cuando de la calle llegaban voces y risas y del patio fluía el aroma de las lilas, era difícil imaginarse un frío intenso y cómo el sol poniente iluminaba con sus rayos fríos la llanura y a un caminante que marchaba solitario por el camino". Vera Iósifovna leía una historia en la que una condesa joven y bella construía en su aldea escuelas, hospitales, bibliotecas y se enamoraba de un pintor errante. Leía una historia de las que nunca ocurren, sin embargo era agradable y ameno oírla, la mente se llenaba de pensamientos buenos, apacibles. No daban ganas de reírse.

-No está nada mal… -dijo en voz baja Iván Petróvich.

Y uno de los invitados, llevado lejos, muy lejos, por la historia, pronunció con voz casi inaudible:

-Sí… cierto… no está nada mal…

Pasó una hora y otra. En el vecino parque de la ciudad tocaba una orquesta, cantaba un coro. Cuando Vera Iósifovna cerró su libreta, durante cinco minutos quedaron en silencio. Escuchaban "El candil" -que cantaba el coro- y la canción les decía lo que no se daba en la novela, pero sí sucedía en la vida.

-¿Publica usted sus obras? -preguntó Stártsev a Vera Iósifovna.

-No -contestó la señora-, no publico en ninguna parte, lo escribo y lo guardo en un cajón. ¿Para qué publicarlo? -aclaró-. Medios no nos faltan.

Por alguna razón, todos suspiraron.

-Y ahora, querida, tócanos algo -dijo Iván Petróvich a su hija.

Levantaron la tapa del piano de cola, abrieron el libro de notas que ya estaba preparado para el caso. Ekaterina Ivánovna se sentó y con ambas manos golpeó las teclas y seguidamente dio otro golpe con todas sus fuerzas. Los golpes se sucedieron uno tras otro, los hombros y los pechos de la muchacha se estremecían, golpeaba con obstinación siempre en las mismas teclas y parecía que no iba a parar hasta que estas no se hundieran en el piano. El salón se llenó de estruendo; todo rugía: el suelo, el techo, los muebles… Ekaterina Ivánovna tocaba un pasaje difícil, interesante justamente por su dificultad; era extenso y reiterado. Stártsev, al escucharlo, se

imaginaba cómo de una alta montaña iban cayendo rocas y más rocas y deseó que terminaran de caer cuanto antes. Pero al mismo tiempo Ekaterina Ivánovna, sonrosada y en tensión, fuerte, enérgica, con un mechón de pelo cayéndole sobre la frente, le agradaba mucho. Después de un invierno pasado en Diálizh entre enfermos y mujiks, era tan agradable, tan nuevo encontrarse en ese salón, mirar a este ser joven exquisito y lleno de gracia, y escuchar estos sonidos ruidosos, cansinos, pero de todos modos cultos...

-¡Bueno, querida, hoy has interpretado como nunca! -exclamó Iván Petróvich con lágrimas en los ojos cuando su hija acabó de tocar y se levantó-. ¡Apuesto a que mejor imposible!

Todos la rodearon, felicitándola, y aseguraban asombrados que hacía tiempo no habían oído cosa igual. Ella escuchaba en silencio, con leve sonrisa y aire triunfal.

-¡Maravilloso! ¡Espléndido!

-¡Maravilloso! -dijo Stártsev, entregándose al regocijo general-. ¿Dónde ha estudiado música? -preguntó a Ekaterina Ivánovna-. ¿En el conservatorio?

-No, ahora tengo intención de ir. He estudiado aquí, con madame Zavlóvskaia.

-¿Ha terminado sus estudios en el liceo de la ciudad?

-¡Oh, no! -respondió por su hija Vera Iósifovna-. Los profesores han venido a casa. Porque estará usted de acuerdo conmigo en que en el liceo o en el instituto podía tener malas compañías; mientras la chica crece, sólo debe hallarse bajo la tutela de su madre.

-Pero iré al conservatorio de todos modos -dijo Ekaterina Ivánovna.

-No, Katia es buena y no hará enfadar ni a papá ni a mamá.

-¡No, iré! ¡Iré sin falta! -exclamó Ekaterina Ivánovna medio en broma haciendo pucheros, y sacudió su pie contra el suelo.

Durante la cena fue Iván Petróvich quien lució su talento. Riéndose sólo con los ojos, contaba chistes, lanzaba frases ingeniosas, proponía divertidos acertijos que él mismo resolvía. Todo el tiempo usaba un lenguaje especial, fruto de largos ejercicios de ingenio. Empleaba expresiones que, al parecer, ya eran habituales en él: “enormísimo”, “no está pero que nada mal”, “se lo agradezco deformemente”.

Pero esto no era todo. Cuando los invitados, satisfechos después de la cena, se agolpaban en la entrada buscando sus abrigos y bastones, entre ellos se afanaba el lacayo Pavlusha o, como se le llamaba en casa, Pava, un muchacho de catorce años, con el pelo corto y mejillas rellenas.

-¡A ver, Pava, cómo lo haces! -le dijo Iván Petróvich.

Pava se colocó en postura teatral, alzó un brazo y exclamó en tono trágico:

-¡Muere, desdichada!

Y todos se echaron a reír.

"Divertido" -pensó Stártsev al salir a la calle.

Entró en un restaurante, se tomó una cerveza y después se fue caminando hacia su casa en Diálizh. Mientras entonaba:

-*Oigo tu voz, cual caricia dolorosa…*

A pesar de los nueve kilómetros recorridos, al acostarse no se sintió nada fatigado. Al contrario, le parecía que muy bien hubiera podido recorrer veinte kilómetros más.

-"No está nada mal" -recordó al dormirse, y sonrió.

II

Stártsev tenía intención de volver a visitar a los Turkin, pero en el hospital había mucho trabajo y no conseguía encontrar tiempo libre. De este modo, ocupado y solitario pasó más de un año; pero un día le llegó una carta en un sobre azul.

Vera Iósifovna hacía tiempo que sufría de dolores de cabeza, y como últimamente su querida hija la amenazaba con marcharse a estudiar al conservatorio, los dolores arreciaron. Visitaron a los Turkin todos los médicos de la ciudad, hasta que por fin le tocó hacerlo al médico rural. Vera Iósifovna le envió una carta muy emotiva en la que le rogaba que viniera a visitarla, para aligerar así sus sufrimientos. Stártsev fue a verla y a partir de entonces visitó a los Turkin muy a menudo… En efecto, en algo había ayudado a Vera Iósifovna, y esta empezó a contarles a todos sus conocidos que se trataba de un doctor asombroso, nunca visto. Pero los dolores de

cabeza ya no eran el motivo de la presencia del doctor en casa de los Turkin...

Sucedió en un día de fiesta. Ekaterina Ivánovna había acabado sus largos y agotadores ejercicios de piano, después de lo cual pasaron largo tiempo en el comedor, tomando té; Iván Petróvich contaba algo divertido. De pronto sonó el timbre; había que ir a la entrada y recibir a algún invitado. Stártsev, aprovechando la confusión del momento, susurró a Ekaterina Ivánovna lleno de zozobra:

-¡Por el amor de Dios, se lo imploro, no me torture, salgamos al jardín!

Ella se encogió de hombros con aire de asombro y de no comprender qué era lo que quería Stártsev, pero se levantó, dirigiéndose hacia el jardín.

-Se pasa usted tres y cuatro horas tocando el piano -decía el médico caminando detrás de ella-, después se queda con su mamá y así no hay manera de hablarle. Dedíqueme al menos un cuarto de hora, se lo ruego.

Se acercaba el otoño y el viejo jardín estaba silencioso, triste; los senderos se cubrían de hojas mustias. Ya empezaba a anochecer temprano.

-No la he visto en toda una semana -prosiguió Stártsev-, ¡Y si usted supiera cuánto sufro por ello! Sentémonos. Quiero que me escuche.

En el jardín, ambos tenían un lugar preferido: el banco bajo el viejo arce. Allí se sentaron.

-¿Qué es lo que quiere de mí? -preguntó Ekaterina Ivánovna en tono seco, casi oficial.

-No la he visto en toda una semana, no la he oído tanto tiempo. Quiero oír su voz, lo deseo con pasión. Dígame algo.

El médico estaba encantado con su frescura, absorto en la expresión inocente de sus ojos. Hasta en el modo como le caía el vestido veía algo inusitadamente hermoso, conmovedor por su sencillez y gracia ingenuas. Y al mismo tiempo, a pesar de esta ingenuidad, la muchacha se veía muy inteligente y desarrollada para sus años. Podía hablar con ella de literatura, de arte, de cualquier cosa; podía quejarse de la vida, de los hombres, aunque a veces

sucedía que, al tocar un tema serio, la muchacha se echaba a reír sin motivo alguno o se marchaba corriendo a casa. Como la mayoría de las chicas de la ciudad, leía mucho (pero en S. se leía poco, y en la biblioteca así lo comentaban: si no fuera por las chicas y los jóvenes hebreos, muy bien se podría cerrar la biblioteca); esto era algo que le gustaba infinitamente a Stártsev, por lo que en cada ocasión le preguntaba emocionado sobre lo que había leído en los últimos días y escuchaba encantado sus comentarios.

-Pero ¿adónde va? -exclamó horrorizado Stártsev, al ver que ella se levantaba y se dirigía hacia la casa-. Tengo que hablar con usted… ¡Quédese al menos cinco minutos! ¡Se lo suplico!

La muchacha se detuvo como si quisiera decir algo; luego, con gesto torpe, puso en la mano de él una nota y echó a correr hacia la casa; al rato, sonó de nuevo el piano.

“Hoy, a las once de la noche -leyó Stártsev- venga al cementerio junto al monumento a Demetti”.

“Esto ya es una locura -pensó Stártsev, recobrando la calma-. ¿Al cementerio? ¿Para qué?”

La cosa estaba clara: la chica le había hecho una broma. Porque ¿a quién le cabe en la cabeza concertar una cita por la noche, lejos de la ciudad y en el cementerio, cuando puede uno quedar sencillamente en la calle, en el parque de la ciudad? ¿Y está bien que un médico, una persona inteligente y respetable como él, se dedique a lanzar suspiros de amor, recibir notitas, pasearse por los cementerios, en fin, hacer estupideces de las que ahora se ríen hasta los escolares? ¿Hasta dónde puede llevar este romance? ¿Qué dirán sus colegas cuando se enteren? Así pensaba Stártsev, deambulando en el club por entre las mesas. Pero al llegar las diez y media se marchó al cementerio.

Ya tenía su carruaje y su cochero, Panteleimón, con chaquetilla de terciopelo. Brillaba la luna. La noche estaba silenciosa, templada, pero de un tibio otoñal. En las afueras, junto al matadero, aullaban los perros. Stártsev dejó el coche en los límites de la ciudad, en un callejón, y siguió el camino hacia el cementerio a pie. “Cada uno tiene sus rarezas -pensaba-, Katia también tiene las suyas y, ¿quién sabe?, a lo mejor no es una broma y viene de verdad.”

Anduvo casi un kilómetro a campo traviesa. El cementerio se dibujaba a lo lejos en una franja oscura, como un bosque o un jardín. Apareció el muro de piedra blanca, la entrada… Con la claridad de la luna en las puertas se podía leer: “Y llegará la hora”. Stártsev atravesó la entrada y lo primero que vio fueron las cruces blancas y los monumentos funerarios a ambos lados de un ancho paseo, las sombras negras de aquellos y de los álamos. A su alrededor se extendían, hasta perderse a lo lejos, manchas claras y oscuras. Los árboles somnolientos inclinaban sus ramas sobre las superficies blancas. Parecía que aquí había más luz que en el campo; las hojas de los arces, como huellas de las manos, destacaban sobre la amarilla arena de los paseos y las lápidas. Las inscripciones se leían con claridad. En un primer momento, Stártsev quedó asombrado ante el espectáculo que se le presentaba por primera vez y que, probablemente, nunca más volvería a ver: un mundo que no se parecía a nada, un mundo en el que la luz lunar era suave y agradable, donde en cada oscuro álamo, en cada tumba, se percibe la presencia de un misterio que promete una vida calma, maravillosa, eterna. De las lápidas y las flores secas, junto al aroma otoñal de las hojas, llegaba un hálito de perdón, tristeza y paz.

Reinaba un mundo de silencio; desde el cielo miraban resignadas las estrellas, y los pasos de Stártsev sonaban rudos y desatinados. Sólo cuando en la iglesia sonaron las horas y él se imaginó muerto, enterrado aquí por los siglos de los siglos, sólo entonces le pareció que alguien lo observaba; pensó por un instante que esto no era paz, ni silencio, sino la muda angustia del no existir…

El monumento a Demetti era una capilla con un ángel en la cúspide. Cierta vez, en S. actuó de paso una compañía italiana de ópera; una de sus cantantes murió, aquí la enterraron y levantaron este monumento funerario. En la ciudad ya nadie se acordaba de ella, aunque la lamparilla sobre la entrada reflejaba la luz lunar y parecía arder.

…Esperó sentado junto al monumento una media hora, luego se paseó por los caminos colaterales, con el sombrero en la mano. Esperaba y pensaba en las mujeres y muchachas que yacían en estas tumbas. ¡Cuántos seres hermosos, encantadores, que amaron, ardieron con loca pasión en sus noches entregándose a las caricias!

¡Y realmente, qué malas pasadas gasta la madre naturaleza a los hombres, cuánto dolía reconocerlo! Así pensaba Stártsev. Al mismo tiempo, quería ponerse a gritar que él quiere, que él anhela desesperado el amor; ante él aparecían no ya pedazos de mármol, sino cuerpos maravillosos, veía formas que desaparecían vergonzosas entre las sombras de los árboles, percibía su calor y el tormento se hacía insoportable…

Como si bajara el telón, la luna se ocultó tras una nube y de pronto todo oscureció a su alrededor. Casi no podía encontrar la entrada -todo estaba a oscuras como en las noches de otoño-, luego anduvo cosa de una hora y media buscando el callejón donde había dejado el coche.

-Estoy cansado, casi no me tengo en pie -le dijo a Panteleimón.

Y sentándose con placer en el carruaje pensó: “¡Oh, no hay que engordar!”

III

Al día siguiente, por la tarde, se dirigió a casa de los Turkin con el fin de declararse. Pero le resultó incómodo hacerlo, porque Ekaterina Ivánovna estaba con el peluquero. Se estaba arreglando para ir al club, a una fiesta.

De nuevo se quedó largo rato esperando en el comedor, tomando té. Iván Petróvich, al ver que el invitado estaba pensativo y se aburría, sacó de un bolsillo de su chaleco unos papelitos y le leyó una carta divertida de su administrador alemán que le informaba de la marcha de sus propiedades, en un lenguaje pretendidamente culto y estrafalario.

“Seguro que la dote no será pequeña”, pensaba Stártsev escuchando distraído.

Después de una noche en blanco se encontraba embotado, como si lo hubieran llenado de un somnífero; tenía el ánimo nebuloso pero alegre, cálido, aunque al mismo tiempo un fragmento frío y pesado, en su mente, repetía y volvía a repetir:

“¡Frénate antes de que sea tarde! ¿Qué pareja es para ti? Es una niña mimada, caprichosa, duerme hasta las dos; en cambio tú eres un hijo de diácono, un médico rural...”

“Bueno ¿y qué? -se contestaba-. ¿Qué más da?”

“Además, si te casas con ella -proseguía la parte fría de su ser-, su familia te obligará a dejar el trabajo en el campo y a vivir en la ciudad”.

“Bueno ¿y qué? -pensaba-. Si hay que vivir en la ciudad que así sea. Con la dote nos instalamos como debe ser...”

Por fin entró Ekaterina Ivánovna. Llevaba un traje de gala, escotado; estaba graciosa, pulcra. Stártsev quedó prendado; tal fue su entusiasmo que no pudo pronunciar ni una sola palabra: tenía sus ojos clavados en ella y sonreía.

La muchacha se despidió y él -ya nada lo retenía allí- se levantó diciendo que era hora de irse pues lo esperaban los enfermos.

-Qué le vamos a hacer -dijo Iván Petróvich-, vaya usted, de paso lleve a Katia hasta el club.

Afuera caían algunas gotas, estaba muy oscuro, y sólo por la tos ronca de Panteleimón podía adivinarse dónde estaban los caballos. Levantaron la capota del coche. Se pusieron en marcha.

-Ayer estuve en el cementerio -empezó diciendo Stártsev-. Qué cruel y despiadado de su parte...

-¿Estuvo usted en el cementerio?

-Sí, estuve allí y la esperé casi hasta las dos. No sabe usted lo que sufrí...

-Pues sufra usted, si no entiende las bromas.

Ekaterina Ivánovna, satisfecha de la astuta broma que le había gastado a su enamorado y de lo mucho que se la quería, se puso a reír. Pero, de pronto, gritó del susto, pues en ese mismo instante los caballos hicieron un movimiento brusco hacia las puertas del club y el coche se ladeó. Stártsev abrazó a Ekaterina Ivánovna por el talle; ella, asustada, se apretó contra él, y Stártsev, que no pudo contenerse, la besó con pasión en los labios, en la barbilla y la abrazó con más fuerza.

-Basta -dijo la muchacha en tono cortante.

Y casi de inmediato ya no estaba en el coche. El guardia que se encontraba junto a la entrada iluminada del club gritó con voz repugnante al cochero Panteleimón:

-¿Qué haces ahí pasmado? ¡Sigue para adelante!

Stártsev se dirigió a casa, pero pronto volvió. Vestido con un frac que le habían prestado y una corbata blanca que quería escaparse del cuello, a medianoche se encontraba sentado en el salón del club y decía con pasión a Ekaterina Ivánovna:

-¡Oh, qué poco saben aquellos que nunca han amado! Creo que nadie todavía ha podido descubrir con fidelidad el amor, y difícilmente será posible describir este sentimiento sutil, feliz y atormentado. El que lo ha experimentado, aunque sea sólo una vez, no podrá expresarlo con palabras. ¿Para qué los prólogos, las explicaciones? ¿Para qué la inútil elocuencia? Mi amor no tiene límites... Le ruego, se lo imploro -logró por fin decir Stártsev-, ¡sea mi esposa!

-Dmitri Iónich -dijo después de pensar un momento Ekaterina Ivánovna en tono serio-, Dmitri Iónich, me siento profundamente agradecida por el honor que usted me concede, yo lo respeto, pero... -se levantó y prosiguió de pie-, pero, ruego que me disculpe, no puedo ser su mujer. Hablemos en serio. Dmitri Iónich, usted sabe que lo que más quiero en la vida es el arte; amo con locura, adoro la música, y a ella he consagrado mi vida. Quiero ser una artista, quiero alcanzar la gloria, grandes éxitos, la libertad. Y lo que usted pretende es que siga viviendo en esta ciudad, que continúe llevando esta vida vacía e inútil que ya no soporto más. Convertirme en esposa, ¡oh, no, discúlpeme! La persona debe aspirar a algo superior, esplendoroso; en cambio, la vida familiar me encadenaría para el resto de mi vida. Dmitri Iónich, es usted un hombre bueno, respetable, inteligente, es usted el mejor... -se le llenaron de lágrimas los ojos-, comprendo con toda mi alma sus sentimientos, pero entiéndame usted también a mí...

Y para no echarse a llorar, se dio vuelta y salió apresuradamente del salón.

El corazón de Stártsev latía violentamente. Al salir del club a la calle se arrancó el duro corbatín y respiró a pleno pulmón. Estaba avergonzado y se sentía ofendido en su orgullo; no esperaba la

negativa y no podía hacerse a la idea de que todos sus sueños, sufrimientos y aspiraciones lo hubieran llevado a un final tan estúpido, igual que en una breve obra de aficionados. Y sentía pena de sus sentimientos, de su amor; tanta era la lástima, que tuvo ganas de ponerse a llorar o de dar un paraguazo con todas sus fuerzas en las espaldas de Panteleimón.

Durante tres días las cosas se le caían de las manos, no comía, no dormía. Pero cuando le llegó la noticia de que Ekaterina Ivánovna se había marchado a Moscú para ingresar en el conservatorio, se tranquilizó y su vida volvió a la normalidad.

Tiempo después, cuando a veces se acordaba de cómo se pasó media noche en el cementerio o de cómo se recorrió toda la ciudad en busca de un frac, se estiraba perezoso y se decía:

-¡Cuánta guerra me dio la muchacha!

IV

Pasaron cuatro años. Stártsev tenía ya una gran clientela. Cada mañana hacía rápido sus visitas en Diálizh y luego marchaba a ver a sus pacientes de la ciudad. Viajaba ya no en un par de caballos, sino en una *troika* con cascabeles; volvía a casa tarde por la noche. Estaba más grueso, había echado carnes, andaba lo menos que podía, pues padecía de asma. También Panteleimón estaba más gordo, y cuanto más crecía a lo ancho, con más tristeza suspiraba quejándose de su mala suerte: ¡estaba harto de pasar tanto tiempo en el pescante!

Stártsev visitaba muchas casas y personas, pero no intimaba con nadie. Los habitantes de la ciudad, con sus conversaciones, opiniones sobre la vida y hasta por sus caras lo irritaban. Poco a poco, la experiencia le enseñó que las personas, mientras uno juegue a las cartas o tome un trago con ellas, parecen gente pacífica, bondadosa y hasta inteligente, pero basta con tocar algún tema que no sea de comida, por ejemplo, de política o de ciencia, para que se metan en disquisiciones inútiles y desplieguen una filosofía tan torpe y malvada que a uno lo único que le queda es o echarse a llorar o irse por donde ha venido. Cuando Stártsev intentaba hablar incluso con personas de talante liberal, por ejemplo, de que, gracias a Dios, la

humanidad avanza y que con el tiempo ésta prescindirá de los pasaportes y de la pena de muerte, el hombre se le quedaba mirando y preguntaba con desconfianza: "¿O sea que, entonces, todo el mundo podrá romperle la cabeza a quien le parezca?" Y cuando Stártsev decía en un grupo -durante alguna cena o un té- que hacía falta trabajar, que no se podía vivir sin trabajar, entonces todos se lo tomaban como una alusión personal, se enfadaban y se ponían a discutir agresivos. Por lo demás, la gente no hacía nada, decididamente nada, no se interesaba por nada y por mucho que se esforzara uno, no podía ingeniarse un tema de conversación con ella. Así que Stártsev evitaba conversar, sólo tomaba sus tragos y jugaba a las cartas. Y cuando lo invitaban a alguna fiesta de cumpleaños, el hombre se sentaba a la mesa y comía en silencio, mirando el plato; todo lo que se decía en ese rato no tenía interés alguno, era injusto, estúpido. Él se sentía irritado, perdía la calma, pero callaba. Por su hosco silencio y su mirada clavada en el plato, en la ciudad se le empezó a llamar "el polaco enfurruñado", aunque nunca había sido polaco.

Se abstenía de diversiones tales como el teatro o los conciertos, pero, en cambio, jugaba a las cartas cada día, unas tres horas, y lo hacía con placer. Tenía otra distracción a la que se acostumbró poco a poco, que era cada tarde sacar de sus bolsillos los papelitos de cuánto había ganado con sus clientes y sucedía que en un día estos papeles metidos en sus bolsillos -de colores amarillo y verde, que olían a perfume, vinagre, incienso o aceite de pescado- alcanzaban los setenta rublos, y cuando reunía varios cientos los llevaba a la Sociedad de Crédito y Préstamo y los ingresaba allí en una cuenta corriente.

En los cuatro años que pasaron desde la partida de Ekaterina Ivánovna sólo había estado dos veces en casa de los Turkin y fue por invitación de Vera Iósifovna, quien seguía curándose de los dolores de cabeza. Ekaterina Ivánovna venía cada verano a descansar con sus padres, pero no la vio ni una sola vez.

Pasaron cuatro años. En una mañana tranquila y tibia, le trajeron una carta. Vera Iósifovna le escribía a Dmitri Iónich que lo añoraba mucho; le rogaba que viviera sin falta a su casa y aligerara

sus penas y que, por cierto, hoy era su cumpleaños. Abajo seguía la frase siguiente: "Yo también me sumo al ruego de mamá. E."

Stártsev se lo pensó y por la tarde se dirigió a casa de los Turkin.

-¡Oh, se le saluda! ¿Cómo está usted? -lo recibió Iván Petróvich sonriendo sólo con los ojos-. Que tenga un *bonjour*.

Vera Iósifovna, ya muy envejecida, con cabellos blancos, le estrechó la mano a Stártsev, suspiró con afectación y dijo:

-Querido doctor, no quiere usted hacerme la corte, nunca viene a vernos, ya soy vieja para usted. Pero, mire, ha vuelto la joven, a lo mejor ella tiene más suerte.

¿Y Katia? Estaba más delgada, más pálida, más hermosa y esbelta; pero ya era Ekaterina Ivánovna y no Katia; ya no se veía la frescura y la expresión de inocencia infantil de antes. En su mirada, en sus gestos, había algo nuevo, cierto aire culpable, como si en casa de los Turkin ya no se sintiera en la suya propia.

-¡Cuántos veranos, cuántos inviernos![29] -exclamó al tender la mano hacia Stártsev; se notaba que su corazón latía emocionado. Mirando fijamente y con curiosidad su rostro, prosiguió-: ¡Cómo ha engordado! Está más moreno, parece más hombre, pero en general ha cambiado poco.

También entonces le gustaba la muchacha, le gustaba mucho, aunque le faltaba algo, o le sobraba, no sabría decirlo, pero había algo que le impedía sentirse como antes. No le agradaba su palidez, la nueva expresión de su rostro, la débil sonrisa, la voz y, algo más tarde, no le gustó el vestido, el sillón en el que ella se sentaba; le disgustaba algo del pasado, de cuando estuvo a punto de casarse con ella. Recordó su amor, las ilusiones y esperanzas que lo dominaron hacía cuatro años, y se sintió molesto.

Tomaron té con un pastel dulce. Luego Vera Iósifovna leyó en voz alta una novela, narró algo que nunca ocurría en la vida. Stártsev escuchaba y miraba su cabeza canosa y bella, esperando que acabara.

"El inepto no es quien no sabe escribir novelas, sino el que las escribe y no sabe disimularlo" -pensaba Stártsev.

-No está mal, pero nada mal... -comentó Iván Petróvich.

---

29. Un típico saludo ruso que se usa después de una larga separación al "¡Cuánto tiempo!" en español.

Después, Ekaterina Ivánovna tocó el piano durante un buen rato y en forma ruidosa. Cuando acabó, los invitados la felicitaron por su ejecución.

"Hice bien en no casarme con ella" -pensó con alivio Stártsev.

Ella lo miraba y, al parecer, esperaba que él la invitara a salir al jardín, pero Stártsev permanecía en silencio.

-Charlemos un rato -dijo ella acercándose a él-. Cuénteme algo de su vida. ¿Cómo va todo? ¿Bien? Todos estos días he pensado en usted -prosiguió nerviosa-. Quería enviarle una carta, quería ir yo misma a Diálizh. Había decidido ir, aunque luego cambié de idea. Dios sabe qué pensará usted de mí ahora. ¡Lo esperaba hoy con tanta emoción! Se lo ruego, por favor, salgamos al jardín.

Salieron al jardín y se sentaron en el banco bajo el viejo arce, como cuatro años atrás. Estaba oscuro.

-¿Qué tal le va? -preguntó de pronto Ekaterina Ivánovna.

-Pues así, aquí estamos, vamos tirando -contestó Stártsev.

No se le ocurrió nada más. Callaron.

-Estoy muy emocionada -dijo Ekaterina Ivánovna, y se tapó el rostro con las manos-, pero usted no haga caso. Estoy tan bien en casa y tan contenta de verlos a todos que no puedo hacerme a la idea. ¡Cuántos recuerdos! Me parecía que íbamos a hablar sin parar hasta la madrugada.

Ahora veía de cerca su cara, sus ojos brillantes, aquí en la oscuridad parecía más joven que en la habitación y hasta daba la impresión de haber recobrado su expresión infantil de antes. En efecto, miraba con ingenua curiosidad el rostro del hombre, como si quisiera ver más de cerca y comprender al hombre que en otro tiempo la había amado con tanto ardor, tanta ternura y tan poca suerte. Sus ojos le agradecían aquel amor. Y él recordó todo lo sucedido, los más pequeños detalles, cómo anduvo por el cementerio, cómo después, al amanecer, regresó a casa, agotado; y de pronto sintió tristeza y lástima del pasado. En el alma se le encendió una pequeña llama.

-¿Se acuerda usted cuando la acompañé a la velada en el club? -dijo él-. Entonces llovía, estaba oscuro…

El fuego crecía en su alma, y ya tenía ganas de hablar, de quejarse de la vida…

-¡Hum! -exclamó en un suspiro-. Me pregunta usted por mi vida. ¿Cómo vivimos aquí? Pues de ninguna manera. Envejecemos, engordamos, vamos cayendo... Día tras día, noche tras noche, la vida pasa monótona, sin impresiones, sin ideas... Durante el día a ganarse el pan, por la tarde al club, una sociedad de jugadores de cartas, alcohólicos y groseros, a los que no puedo aguantar. ¿Qué hay de bueno en eso?

-Pero tiene usted el trabajo, un fin honrado en la vida. Antes le gustaba tanto hablar de su hospital. Yo entonces era una chica rara, me imaginaba una gran pianista. Ahora todas las señoritas tocan el piano, y yo también tocaba, como todas. No había en mí nada de particular: soy tan pianista como mi madre escritora. Y claro está, entonces yo no lo comprendía, pero en Moscú a menudo pensé en usted. Sólo pensaba en usted. ¡Qué felicidad ser médico rural, ayudar a los que sufren, servir al pueblo! ¡Qué felicidad! -volvió a decir Ekaterina Ivánovna con entusiasmo-. Cuando pensaba en usted en Moscú me lo imaginaba tan ideal, tan elevado...

Stártsev se acordó de los papelitos que por las tardes sacaba de los bolsillos con gran placer, y el fuego que ardía en su pecho se apagó.

Se levantó para marcharse a su casa. Ella lo sujetó del brazo y prosiguió:

-Usted es el mejor de los hombres que he conocido en mi vida. Nos veremos, charlaremos, ¿no es cierto? Prométamelo. Yo no soy pianista, en lo que a mí respecta no me engaño y en su presencia no tocaré ni hablaré de música.

Cuando entraron en la casa, Stártsev vio a la luz su rostro y sus ojos tristes, agradecidos e inquisitivos, dirigidos hacia él; se sintió intranquilo y pensó de nuevo: "Qué bien que no me casé con ella".

Comenzó a despedirse.

-No tiene usted ningún derecho de marcharse sin cenar -le decía Iván Petróvich al acompañarlo-. ¡A ver, tu representación! -dijo dirigiéndose en el recibidor a Pava.

Pava, que ya no era un chiquillo sino un joven con bigote, se estiró, alzó un brazo y exclamó con voz trágica:

-"¡Muere, desdichada!"

Estas cosas irritaban a Stártsev. Al sentarse en el coche y mirar hacia la oscura casa y el jardín que en un tiempo le resultaron tan agradables y queridos, se acordó de todo junto: las novelas de Vera Iósifovna, las ruidosas interpretaciones de Katia, las frases supuestamente ingeniosas de Iván Petróvich, la pose trágica de Pava, y pensó que si la gente más inteligente de toda la ciudad era tan mediocre, cómo tendría que ser el resto.

Al cabo de tres días, Pava le llevó una carta de Ekaterina Ivánovna.

"No viene usted a vernos. ¿Por qué? -escribía-. Me temo que haya cambiado de actitud hacia nosotros y me asusta tan sólo la idea de pensarlo. Deshaga mis temores, venga a vernos y diga que todo sigue bien.

Necesito hablar con usted. Su E.I."

Leyó la nota, pensó un momento y le dijo a Pava:

-Dile, querido Pava, que hoy no puedo ir, estoy muy ocupado. Di que iré dentro de unos tres días.

Pero transcurrieron tres días, luego una semana y seguía sin ir. En cierta ocasión, al pasar en coche junto a la casa de los Turkin, se acordó de que tenía que visitarlos aunque fuera sólo por un minuto, mas lo pensó... y no entró.

Y nunca más visitó a los Turkin.

V

Han pasado varios años más. Stártsev ha engordado más aún, está hecho una bola de grasa, respira con fuerza y al andar echa ya la cabeza atrás. Cuando con su aspecto rechoncho y rojo marcha en su troika con cascabeles y Panteleimón, también rechoncho y rojo, con un cuello carnoso, sentado en el pescante, lanza las manos hacia adelante, como si fueran de madera, y grita a los que vienen a su encuentro: "¡A la dereeecha!", el cuadro resulta imponente; parece que el que va allí no es un hombre sino algún dios mitológico. En la ciudad tiene una gran clientela, no le queda tiempo ni para respirar, y ya posee una hacienda y dos casas en la ciudad. Le tiene puesto el ojo a una tercera más rentable. Y cuando en la Sociedad de Crédito y

Préstamo le hablan de alguna casa en venta, va a visitarla y sin ninguna clase de ceremonias, pasando por todas las habitaciones sin prestar atención a las mujeres desvestidas y los niños que lo miran con asombro y miedo, señala con un bastón en todas las puertas y suele decir:

-¿Esto es el despacho? ¿El dormitorio? ¿Y aquí qué hay?

Tiene una respiración forzada y se seca el sudor de la frente.

A pesar de su mucho trabajo no deja el cargo de médico rural: la avaricia es más fuerte que él, quiere poder con todo. En Diálizh y en la ciudad lo llaman simplemente Iónich. "¿Adónde irá Iónich?" o "¿Por qué no consultamos a Iónich?"

Seguramente por tener la garganta aprisionada por la grasa, se le ha cambiado la voz, la tiene ahora fina y aguda. También le ha cambiado el carácter... es más pesado e irritable. Al recibir a los enfermos por lo común se enfada, golpea impaciente con el bastón contra el suelo y grita con su voz desagradable:

-¡Limítese sólo a contestar a las preguntas! ¡Silencio!

Está solo. Su vida es aburrida, nada ni nadie le llega a interesar.

En todos esos años vividos en Diálizh, el amor por Katia ha sido su única alegría y seguramente la última. Por las tardes juega a las cartas en el club, después se sienta sólo a una gran mesa y cena. Le sirve Iván, el sirviente más viejo y respetado, y ya todos -los encargados del club, el cocinero y el sirviente- saben lo que le gusta y lo que no y se esfuerzan por satisfacer todos sus menores deseos. Porque no vaya a ser que se enfade y empiece a dar bastonazos contra el suelo.

Mientras cena, en ocasiones se da la vuelta e interviene en alguna conversación.

-¿De qué hablan? ¿Eh? ¿De quién?

Y cuando por casualidad en alguna mesa vecina se toca el tema de los Turkin, siempre pregunta:

-¿De qué Turkin hablan ustedes? ¿Esa gente que tiene una hija que toca el piano?

Esto es todo lo que se puede decir de él.

¿Y de los Turkin? Iván Petróvich no ha envejecido, no ha cambiado nada y como siempre dice frases ingeniosas y cuenta chistes; Vera Iósifovna lee sus novelas a los invitados con la misma

solicitud y cordial sencillez. Katia toca el piano sus cuatro horas. Ha envejecido sensiblemente, tiene algún achaque y cada otoño se marcha con su madre a Crimea. Al despedirlas en la estación, cuando el tren se pone en marcha, Iván Petróvich se seca las lágrimas y grita:

-¡Hasta la vista, por favor! Y agita un pañuelo.

Una bromita

Un claro mediodía de invierno... El frío es intenso, el hielo cruje, y a Nádeñka, que me tiene agarrado del brazo, la plateada escarcha le cubre los bucles en las sienes y el vello encima del labio superior. Estamos sobre una alta colina. Desde nuestros pies hasta el llano se extiende una pendiente, en la cual el sol se mira como en un espejo. A nuestro lado está un pequeño trineo, revestido con un llamativo paño rojo.

—Deslicémonos hasta abajo, Nadezhda Petrovna —le suplico—. ¡Siquiera una sola vez! Le aseguro que llegaremos sanos y salvos.

Pero Nádeñka tiene miedo. El espacio desde sus pequeñas galochas hasta el pie de la helada colina le parece un inmenso abismo, profundo y aterrador. Ya sólo al proponerle yo que se siente en el trineo o por mirar hacia abajo se le corta el aliento y está a punto de desmayarse; ¡qué no sucederá entonces cuando ella se arriesgue a lanzarse al abismo! Se morirá, perderá la razón.

—¡Le ruego! —le digo—. ¡No hay que tener miedo! ¡Comprenda, de una vez, que es una falta de valor, una simple cobardía!

Nádeñka cede al fin, y advierto por su cara que lo hace arriesgando su vida. La acomodo en el trineo, pálida y temblorosa; la rodeo con un brazo y nos precipitamos al abismo. El trineo vuela como una bala. El aire hendido nos golpea en la cara, brama, silba en los oídos, nos sacude y pellizca furibundo, quiere arrancar nuestras cabezas. La presión del viento torna difícil la respiración. Parece que el mismo diablo nos estrecha entre sus garras y, afilando, nos arrastra al infierno. Los objetos que nos rodean se funden en una solo franja large que corre vertiginosamente... Un instante más y llegará nuestro fin.

—¡La amo, Nadia! —digo a media voz.

El trineo comienza a correr más despacio, el bramido del viento y el chirriar de los patines ya no son tan terribles, la respiración no se corta más y, por fin, estamos abajo. Nádeñka llegó más muerta que viva. Está pálida y apenas respira... La ayudo a levantarse.

—¡Por nada del mundo haría otro viaje! —dice mirándome con ojos muy abiertos y llenos de horror—. ¡Por nada del mundo! ¡Casi me muero!

Al cabo de un rato vuelve en sí y me dirige miradas inquisitivas ¿fui yo quien dijo aquellas tres palabras o simplemente le pareció oírlas en el silbido del remolino? Yo fumo a su lado y examino mi guante con atención.

Me toma del brazo y comenzamos un largo paseo cerca de la colina. El misterio por lo visto no la deja en paz. ¿Fueron dichas aquellas palabras o no? ¿Sí o no? Es una cuestión de amor propio, de honor, de vida, de dicha; una cuestión muy importante, la más importante en el mundo. Nadeñka vuelve a dirigirme su mirada impaciente, triste, penetrante, y contesta fuera de propósito, esperando que yo diga algo. ¡Oh, qué juego de matices hay en este rostro simpático! Veo que está luchando consigo misma, que tiene necesidad de decir algo, de preguntar, pero no encuentra las palabras, se siente cohibida, atemorizada, confundida par la alegria...

—¿Sabes una cosa? -—dice sin mirarme.

—¿Qué? —! le pregunto.

—Hagamos... otro viajecito.

Subimos por la escalera. Vuelvo a acomodar a la temblorosa y pálida Nádeñka en el trineo y de nuevo nos lanzamos en el terrible abismo; de nuevo brama el viento y zumban los patines; y de nuevo, al alcanzar el trineo su impulso más fuerte y ruidoso, digo a media voz:

—¡La amo, Nadia!

Cuando el trineo se detiene, Nádeñka contempla la colina por la que acabamos de descender; luego clava su mirada en mi cara, escucha mi voz, indiferente y desapasionada, y toda su pequeña figura, junto con su manguito y su capucha, expresa un extremo desconcierto. Y su cara refleja una serie de preguntas: "¿Cómo es eso? ¿Quién ha pronunciado aquellas palabras? ¿Ha sido él o me ha parecido oírlas y nada más?"

La incertidumbre la tornaba inquieta, la pone nerviosa. La pobre muchacha no contesta mis preguntas, frunce el ceño, está a punto de llorar.

¿Será hora de irnos a casa? —le pregunto.

—A mi... a mi me gustan estos viajes en trineo —dice, ruborizándose—. ¿Haremos uno más?

Le "gustan" estos viajes, pero al sentarse en el trineo, palidece igual que antes, tiembla y contiene el aliento.

Descendemos par tercera vez, y noto cómo está observando mi cara y mis labios. Pero yo me cubro la boca con un pañuelo, y toso y al llegar a la mitad de la colina alcanzo a musitar:

—¡La amo, Nadia!

Y el misterio sigue siendo misterio. Nádeñka guarda silencio, piensa en algo... Nos retiramos de la pista y ella trata de aminorar la marcha, esperando siempre que yo diga aquellas palabras. Veo cómo sufre su corazón y cómo ella se esfuerza para no decir en voz alta: "¡No puede ser que las haya dicho el viento! ¡Y no quiero que haya sido el viento!"

A la mañana siguiente recibo una esquela: "Si usted va hay a la pista de patinaje, venga a buscarme. N." Y a partir de ese dia voy con Nádeñka'a la pista todos los dias y, al precipitarnos hacia abajo en el trineo, coda vez pronuncio a media voz siempre las mismas palabras:

—¡La amo, Nadia!

En poco tiempo, Nádeñka se habitúa a esta frase, como uno se habítúa al vino o a la morfina. Ya no puede vivir sin ella. Es verdad que siempre le da miedo deslizarse par la colina helada, pero ahora el miedo y el peligro otorgan un encanto especial a las palabras de amor, palabras que constituyen un misterio y oprimen ducemente el corazón. Los sospechosos son siempre dos: el viento y yo... Ella no sabe quién de los dos le declara su amor, pero ello, por lo visto, ya la tiene sin cuidado; poco importa el recipiente del cual uno bebe, lo esencial es sentirse embriagado.

Una vez, al mediodia, fui solo a la pista: mezclado con la multitud, vi a Nádeñka acercarse a la colina y buscarme con los ojos... Timidamente sube a la escalera... Le da mucho miedo viajar sola, ¡oh, qué miedo! Está blanca como la nieve y tiembla como si se dirigiera a su propia ejecución. Pero va decidida, sin mirar para atrás.

Por lo visto, ha decidido probar, al fin: ¿Se oyen aquellas sorprendentes y dulces palabras cuando yo no estoy? La veo colocarse en el trineo, pálida, con la boca abierta por el miedo, cerrar los ojos y emprender la marcha, después de despedirse para siempre de la tierra. "Zsh-zsh-zsh-zsh"... Zumban lo s patines. Si Nádeñka está oyendo aquellas palabras o no, no lo sé... La veo levantarse del trineo

exhausta, débil. Y se ve por su cara que ella misma no sabe si ha oido algo o no. Mientras estuvo deslizándose hacia abajo, el miedo le quitó la capacidad de escuchar, de distinguir sonidos, de entender...

Y he aquí que llega el primaveral mes de marzo... El sol se torna más cariñoso. Nuestra montaña de hielo se oscurece, pierde su brillo y por fin se derrite. Nuestros viajes en trineo se interrumpen. La pobre Nádeñta ya no tiene dónde escuchar aquellas palabras y además no hay quien las pronuncie, puesto que el viento se ha aquietado y yo estoy por irme a Petersburgo, par mucho tiempo, quizá para siempre.

Unos días antes de mi partida al anochecer, estoy sentado en ei jardín. Este jardin está separado de la casa de Nádeñka por una alta palizada con clavos... Aún hace bastante frio, en los rincones del patio exterior hay nieve todavía, los árboles parecen muertos; pero ya huele a primavera y los grajos, acomodándose para dormir desatan su último vocerío de la jornada. Me acerco a la empalizada y durante largo rato miro por una hendidura. Veo a Nádeñka salir al patio y alzar su triste acongojada mirada al cielo... El viento de primavera sopla directamente en su pálido y sombrio rostro... Le hace recordar aquel otro viento que bramaba en la colina dejando oír aquellas tres palabras, y su cara se pone triste, muy triste, y una lágrima se desliza par su mejilla. La pobre muchacha extiende ambos brazos como suplicando al viento le traiga una vez más aquellas palabras. Y yo, al llegar una ráfaga de viento, digo a media voz:

—¡La amo, Nadia!

¡Por Dios, hay que ver lo que sucede con Nádeñka! Deja escapar un grito y con amplia sonrisa tiende sus brazos hacia el viento, alegre, feliz, tan bella.

Y yo me voy a hacer las maletas...

Esto sucedió hace tiempo. Ahora Nádeñka está casada con el secretario de una institución tutelar y tiene ya tres hijos. Pero nuestros viajes en trineo y las palabras "La amo, Nadia", que le llevaba el viento, no están olvidadas, para ella son el recuerdo más feliz más conmovedor y más bello de su vida...

Mientras que yo, ahora que tengo más edad, ya no comprendo para qué decía aquellas palabras. Para qué hacía aquella broma...

La condecoración

LEO PUSTIAKOV, PROFESOR en el Colegio Militar, cuyo domicilio estaba próximo al de su amigo el teniente Ledentzov, dirigiose a casa de este una mañana de Año Nuevo.

—Verás de lo que se trata, Grischa —dijo a este después de desearle feliz entrada de año—. ¡No vendría a molestarte si no fuera porque me encuentro en un apuro!… ¡Préstame, amigo, por el día de hoy tu *Stanislav* [condecoración]!… Como voy en casa del comerciante Spichkin… ¡Ya conoces a ese bribón de Spichkin!… ¡Le gustan enormemente las condecoraciones y considera casi como unos canallas a los que no las llevan colgadas del cuello o del ojal!… ¡Además, tiene dos hijas, Nastia y Zina!… ¡Te estoy hablando como a un amigo!… ¡Tú ya me comprendes, querido!… ¡Préstamela…, hazme el favor!

Todo esto lo pronunciaba Pustiakov tartamudeando, enrojeciendo y volviendo tímidamente la cabeza hacia la puerta. El teniente, después de injuriarle, acabó accediendo.

A las dos de la tarde, Pustiakov, mientras se dirigía en un coche de alquiler a casa de Spichkin, se miraba el pecho a través de la pelliza ex profeso un poquito entreabierta, sobre el que, resplandeciente de oro y esmaltes, brillaba la *Stanislav* ajena.

«¡Parece como si se inspirara uno a sí mismo más respeto! —pensaba el profesor—. ¡Que una cosita tan insignificante…, que no valdría arriba de cinco rublos, produzca esa sensación!».

Cuando el coche de alquiler se detuvo ante la casa de Spichkin, Pustiakov, al pagar al cochero, entreabrió su pelliza, pareciéndole que aquél, al ver su charretera, sus botones y su *Stanislav*, quedaba petrificado. Dejando escapar una tosecita de satisfacción, entró en la casa. Mientras se quitaba la pelliza, asomó la cabeza por el salón. Allí, ante una larga mesa, hallábanse sentadas, comiendo unas quince personas. Oíase ruido de voces y el tintinear de la vajilla.

—¡Alguien ha llamado! —oyose decir al dueño de la casa—. ¡Ah!…, ¿es usted, Lev Nikoláich? ¡Pase, por favor!… ¡Llega usted un poco retrasado, pero no importa!… ¡Acabamos de sentarnos!

Pustiakov enderezó su figura, alzó la cabeza y frotándose las manos, entró en el salón. Pero ¡allí vio algo terrible!…

A la mesa, y al lado de Zina, hallábase sentado Tramblian, el profesor de francés, compañero suyo de trabajo. Permitir que el francés viera la condecoración era tanto como despertar una serie de preguntas de lo más desagradables…, significaba su vergüenza y eterno descrédito… La primera idea de Pustiakov fue arrancarse la condecoración y escapar corriendo, pero ésta estaba muy bien cosida y retroceder era imposible. Cubriéndose rápidamente la condecoración con la mano derecha, Pustiakov se encorvó, dirigió torpemente a todos un saludo general, sin estrechar a nadie la mano, y fue a sentarse en la única silla, libre, justamente enfrente de su compañero el francés.

«Debe de venir algo bebido», pensó Spichkin observando su rostro azorado.

Le fue servido un plato de sopa. Con ademán perezoso y utilizando la mano izquierda, coge la cuchara; pero luego, recordando que en sociedad no está bien considerada esta manera de comer, declaró que había comido ya y no tenía apetito.

—Ya he comido… *Merci*… —balbució—. Fui a visitar a mi tío, el arcipreste Eleev…, y me rogó insistentemente que me quedara a comer con él.

El corazón de Pustiakov comenzó a llenarse de una lánguida tristeza y de un colérico enojo. La sopa exhalaba un olor muy sabroso y del esturión salía un vaporcito sumamente apetecible. El profesor intentó liberar su mano derecha y cubrirse la condecoración con la izquierda, pero el cambio no resultó ser cómodo.

«Lo notarán… Tendré que tener la mano extendida sobre el pecho, como si fuera a cantar… ¡Dios mío!… ¡Ojalá termine pronto la comida! ¡Yo ya comeré luego en la taberna!».

Después del tercer plato alzó tímidamente los ojos hacia el francés. Tramplian, azorado sin motivo aparente, le miraba a su vez, y tampoco comía nada. Sus miradas se cambiaron y ambos bajaron estas sobre sus platos vacíos, aún más azorados.

«¡Ya se ha fijado el muy canalla! —pensó Pustiakov—. Le noto en la cara que se ha fijado. ¡Vaya con el bribón!… ¡Seguro que mañana mismo se lo cuenta todo al director!». Los dueños de la casa y los demás invitados terminaron el cuarto plato. Después, terminaron también el quinto.

Un señor alto, al que la Naturaleza había dotado de una nariz de caballete, anchas y velludas ventanas en ella y unos ojos que guiñaba constantemente, tras levantarse de la mesa y acariciarle con una mano la cabellera, anunció:

—¡Hem, hem…, ep, ep!… ¡Propongo beber en honor de las damas aquí presentes!

Los comensales levantáronse ruidosamente de sus asientos y alzaron sus copas. Un fuerte «¡Hurra!» resonó por todas las habitaciones. Las damas sonreían y tendían sus copas para brindar. Pustiakov, levantándose cogió la suya con la mano izquierda.

—¡Lev Nikoláich…, tenga la bondad de ofrecer esta copa a Nastasia Timofeevna! —dijo, dirigiéndosele un caballero al tiempo que le presentaba una copa—. ¡Haga que se la beba!

Esta vez, con gran espanto suyo, Pustiakov se veía obligado a emplear la mano derecha, con lo que la *Stanislav* relució, y con su cinta roja, arrugada, vio la luz del día. El profesor se puso pálido, bajó la cabeza y miró tímidamente hacia el francés. Éste le miraba también, con unos ojos a la vez interrogativos y asombrados. Sus labios sonreían maliciosamente, y en su rostro se desvanecía poco a poco la expresión de azoramiento.

—¡Julii Avgustovich! —díjole de pronto el dueño de la casa—. ¡Haga el favor de pasarme esa botellita!

Tramblian alargó, indeciso, la mano derecha hacia la botella, y…, ¡oh felicidad!… Pustiakov vio colgando de su pecho una condecoración. ¡No era esta una *Stanislav*, sino toda una *Anna* [condecoración]!… ¿Sería posible que también el francés hubiera hecho trampa?…

Pustiakov, riendo de placer, se sentó tranquilo en su silla… Ahora no tenía ya necesidad de esconder su *Stanislav*; el pecado de ambos era el mismo. Ninguno de los dos podía, en consecuencia, denunciar ni desacreditar al otro…

—¡Aj!… ¡Hem!… —mugió Spichkin al ver la condecoración en la solapa del profesor.

—Sí… —dijo Pustiakov—. ¡Es curioso que hayan dado tan pocas condecoraciones este año, Julii Avgustovich!… Sólo las obtuvimos usted y yo. ¡Es curioso!

Tramblian asintió alegremente con la cabeza y mostró su solapa izquierda, sobre la que colgaba ostentosamente la *Anna* de tercer grado.

Después de la comida, Pustiakov daba vueltas por las habitaciones enseñando la condecoración a las señoritas, contento y despreocupado a pesar de que el hambre hacía sentir su presencia.

»¡Si lo hubiera sabido! —pensaba mirando a Tramblian, que conversaba con Spichkin con ojos envidiosos—. ¡Me hubiera colgado una *Vladimir*!... ¡Qué lástima no haberlo adivinado!

Sólo este pensamiento le torturaba. Por lo más se sentía feliz, completamente feliz.

Medidas preventivas

Trátase de una pequeña capital de distrito, que, según la expresión del celador de la cárcel, no se encuentra ni con telescopio en los mapas. Todo está silencioso y tranquilo bajo el sol ardiente del mediodía.

Desde el Ayuntamiento, y hacia la fila de tiendas del mercado, se dirige lentamente la comisión sanitaria compuesta del médico, del inspector de policía, de dos procuradores del Ayuntamiento y de un diputado comercial. Detrás de ellos caminan respetuosamente los municipales... La ruta de la comisión, como la del infierno, está sembrada de buenos propósitos; los señores sanitarios andan hablando de la sociedad, de los malos olores, de medidas preventivas y de otras materias semejantes, propias del tiempo del cólera. Las conversaciones son tan instructivas, que el inspector de policía se entusiasma y, volviéndose hacia los otros, declara:

-Así es como tendríamos que reunirnos y discutir las cuestiones de interés público con más frecuencia. Además, da gusto; se siente uno en sociedad, en vez de dedicarnos al chismorreo y a las querellas. ¿No le parece justo lo que digo?

-¿Por quién vamos a empezar? -pregunta el diputado comercial volviéndose hacia el médico y hablando con un aire de verdugo escogiendo su víctima-. ¿No le parece conveniente ir primeramente a la tienda de Ocheinikef? Es un bribón..., y además es hora que le llamemos al orden. El otro día me trajeron de su tienda sémola que estaba llena de... ustedes dispensarán, de inmundicias de ratones ... Mi esposa no se atrevió a comerla.

-¿Por qué no? Si quiere usted ir a la tienda de Ocheinikef, que sea así -replica el médico con indiferencia.

Los señores de la comisión entran en la tienda de «té, café, azúcar y otros comestibles, de A. M. Ocheinikef» y, sin gastar más palabras, empiezan la inspección.

-¡Muy bien! -dice el médico, contemplando las hermosas pirámides de jabón. ¡Qué torres Eiffel has construido! ¡Mirad qué inventos!... ¡Hum!, pero ¿qué significa esto? Miren ustedes, señores ¡Demian Gavrilovitch corta el jabón y el pan con el mismo cuchillo!

-¡Esto no traerá el cólera! -interviene el dueño de la tienda.

-¡Tienes razón; pero es asqueroso!... ¡Yo también te compro el pan!

-No se incomode usted. Para los clientes de más importancia tenemos un cuchillo especial. Puede usted comerlo tranquilamente..., se lo juro...

El inspector de policía pestañea largo rato con sus ojos miopes mirando el jamón; lo raspa con la uña, lo huele, soplando, y luego, palpándolo, interroga:

-¿Es con triquina?

-¿Qué me dice? ¡Por Dios! ¡Puede usted suponerlo!

El inspector se turba, se aparta del jamón y se fija en la lista de los precios de tés de la casa Asmalof &.

El diputado comercial mete la mano en el barril con sémola y su mano tropieza allí con algo blando, velludo y caliente... Mira adentro, y la admiración y la ternura resplandecen en su semblante:

-¡Minino!... Minino!... -balbucea. Se han hecho un nidito en la sémola, y duermen... están blanditos... Mándame, Demian Gavrilovitch, un gatito a mi casa.

-Con mucho gusto... Señores: sírvanse inspeccionar los entremeses, los embutidos, el queso... Aquí está el balik(30). El balik lo recibí el jueves pasado; es de lo mejor... Michka, ¡trae el cuchillo!...

Los presentes cortan trozos del balik, lo huelen y lo saborean.

-Tomaré yo también un bocadito -dice como hablando consigo mismo el dueño de la tienda, Demian Gavrilovitch. Tenía yo por ahí una botellita... Bebiendo un trago la comida sabe mejor... Michka, ¡venga la botella!...

Michka, con los carrillos hinchados y los ojos dilatados, descorcha la botella y la coloca en el mostrador.

-Beber en ayunas... -observa el inspector de policía rascándose la nuca. En tal caso, una solaxnente, y que sea pronto, Demian Gavrilovitch; es que no tenemos tiempo.

Un cuarto de hora después, los sanitarios, enjugándose los labios y mondándose los dientes con cerillas, se encaminan hacia la tienda de Goloribenko. Pero, como si fuera a propósito, la entrada está obstruida... Unos cinco mocetones están atareados sacando un gran barril de manteca.

---

30. Filete de pescado ahumado.

-¡Hacia la derecha!... ¡Déjalo rodar!... ¡Tira, tira de este lado!... ¡Pon una viga por debajo!... ¡Qué diablo! ¡Señores, apártense; les aplastaremos los pies!

El barril se encaja en la puerta y no hay quien lo saque... Los mozos lo empujan con toda la fuerza, soplan y se injurian mutuamente.

Cuando, a consecuencia de tantos esfuerzos, el aire pierde su pureza, el barril sale por fin; pero inmediatamente torna, y rodando vuelve a encajarse sólidamente en el dintel de la puerta.

-¡Diablo! -exclama el inspector. Vamos a casa de Schibukin; estos demonios se quedarán aquí hasta la noche.

Pero la tienda de Schibukin está cerrada.

-¡Si estaba abierta hace poco! -dicen asombrados los sanitarios. Cuando entrábamos en casa de Ocheinikef, Schibukin estaba delante de su puerta enjuagando una tetera de cobre. ¿Dónde está? -preguntan a un mendigo que está sentado al lado de la tienda cerrada.

-¡Una limosnita por el amor de Dios! -entona el mendigo con voz ronca. ¡Tengan piedad de un lisiado, por el amor de Dios!¡Por el descanso de las almas de sus padres!...

Los sanitarios le manifiestan con la mano su impaciencia y se alejan todos, excepto el procurador del Ayuntamiento, Pliumin, que le da al mendigo un copec, y luego, como asustado, se persigna y corriendo alcanza a los demás.

Al cabo de dos horas, la comisión regresa; todos tienen el aspecto cansado y fatigado; pero no han ido en balde: un municipal lleva triunfalmente detrás de ellos una cesta con manzanas podridas.

-Ahora, después de haber trabajado, conviene tomar una copita -declara el inspector de policía guiñando el ojo y señalando a una taberna. ¡Vamos a reponernos! ¡Sí; no estaría mal! Entremos si les parece.

Los sanitarios entran en la taberna y siéntanse alrededor de una mesa coja. El inspector hace una señal al dependiente, y varias botellas aparecen en la mesa.

-¡Qué fastidio que no haya nada para tomar un bocadito! -dice el diputado comercial tragando de un golpe el contenido de una copa y haciendo una mueca. ¿No tendrías tú siquiera algunos pepinos?... ¡Cualquier cosa! ...

El diputado se vuelve hacia el municipal y escoge una manzana, menos podrida que las demás.

-¡Vaya!... ¡Si hay aquí algunas que no están del todo echadas a perder! -advierte el inspector. ¡Escogeré también una! Puedes dejar la cesta en la mesa y elegiremos las mejores. En cuanto a las demás, podrás destruirlas después. ¡Anikita Ivanovitch, eche usted vino! Convendría reunirnos más frecuentemente y discutir sobre las medidas necesarias...; pero vivimos como en un desierto; no hay ni vida social, ni casinos, ni instrucción... ¡Como si viviéramos en Australia! ¡Una copita más! ¡Échense, señores! ¡Doctor! Esta manzana la escogí para usted.

....

-¡Señor inspector! ¿Qué hago con esta cesta? -le dice al inspector de Policía el municipal, cuando la comisión sale de la taberna.

-¿La cesta?... ¿Cuál de ellas? ¡Ah..., ya!... Destruirla al mismo tiempo que las manzanas ... ¿Comprendes? Está contagiada...

-Las manzanas se las han comido ustedes.

-¡Ah!..., pues me alegro mucho. Vete a mi casa y dile a mi señora que no se enfade... que me voy una horita... a casa de Pliumin, a dormir... ¿Comprendes? A dormir un ratito... en los brazos de Morfeo.

Y lanzando miradas al cielo, el inspector mueve tristemente la cabeza, levanta los brazos y dice:

-¡Así se pasa la vida!...

La celebridad

Son las doce de la noche. Mitiá Kuldarof, muy excitado, los cabellos en desorden, entra como un torbellino en casa de sus padres y empieza a correr por todas las estancias.

Sus padres están acostándose. La hermana, ya en el lecho, acaba de leer la última página de una novela. Los hermanos colegiales duermen.

-¿De dónde vienes? -le preguntan sus padres. ¿Qué te ocurre?

-No me lo preguntéis. Yo no me lo esperaba, no; nunca me lo podía esperar. Es increíble.

Déjase caer en una butaca, riendo a carcajadas. La felicidad le impide tenerse en pie.

-Es increíble. No os lo hubierais imaginado nunca. Podéis mirar.

La hermana salta de la cama, se echa un manto sobre los hombros y se acerca a él. Los colegiales se despiertan.

-¿Qué te pasa? Diríase que te has vuelto loco.

-Es de alegría, mamá. Toda Rusia me conoce ahora, toda ... Antes erais vosotros los únicos en saber que en este mundo existe Dimitri Kuldarof. En adelante toda Rusia lo sabrá. Madrecita. ¡Dios mío!

Mitiá salta, da algunos pasos y vuelve a arrellanarse en su sillón.

-Pero, ¿qué pasa, en fin? Cuéntalo razonadamente.

-Vosotros vivís sin vida, como unos salvajes. No leéis los periódicos. No hacéis caso alguno de la publicidad. Y la verdad es que los periódicos contienen cosas extraordinarias. Nada de lo que sucede puede mantenerse oculto. ¡Qué feliz soy, Dios mío! En los periódicos solamente se habla de gente célebre, y he aquí que ahora se han ocupado también de mí.

-¿Que hablan de ti? ¿Dónde?

El papá se pone pálido. La mamá mira los grabados y se santigua. Los colegiales saltan de sus camas, tapados apenas por sus camisas de dormir, muy cortas, y se acercan al hermano mayor.

-Sí, señor; se han ocupado de mí; toda Rusia me conoce. Vea usted este periódico, mamá; guárdelo como recuerdo. De vez en cuando lo volveremos a leer. Míralo.

Mitiá saca de su bolsillo un periódico, lo presenta a su padre y le indica un párrafo marcado con lápiz azul. El padre se pone los lentes.

-¡Lea!

La madre contempla otra vez los grabados y se santigua nuevamente. El padre tose y comienza la lectura. «El día 29 de diciembre, a las once de la noche, Dimitri Kuldarof...»

-¿No lo ven ustedes? Continúe...

«Dimitri Kuldarof, al salir de una cervecería sita en la Pequeña Bronnaram, en casa de Kasijin, se encontraba en estado de embriaguez...»

-Sí, sí; ¡era yo! Carfineos Petrovich, mi amigo; todo está reseñado con los menores detalles... ¡Siga!

«... Y encontrándose en estado de embriaguez, resbaló y cayóse entre los pies de un caballo enganchado a un coche de alquiler. El caballo se asustó de él, saltóle por encima, arrastró el trineo sobre su cuerpo y echó a correr por las calles hasta que los *dvonih* le detuvieron. Al principio, Kuldarof estaba desmayado y hubo que transportarlo al puesto de policía, a fin de que el médico lo reanimara. ¡El golpe recibido por él en la nuca!»

-Fué con la lanza del coche, papá... ¡Lee, lee!...

«... El golpe recibido por él en la nuca resultó leve. Levantóse acta, y a la víctima le prestaron los cuidados que su estado requería.»

-Ordenaron que me pusieran en la nuca compresas de agua fría. ¿Os habéis enterado? Eso es; la noticia ha circulado por toda Rusia. Venga el periódico.

Mitiá coge el periódico y se lo mete en el bolsillo.

-Voy corriendo a casa de Makarof, para enseñárselo. También hay que mostrarlo a los Ivarmitskó, a Natalie Ivanovne, a Nissim Vanlievitch. Me voy a escape. ¡Adiós! -Mitiá se pone la gorra y, excitado y alegre, sale corriendo a la calle.

¿Cuál de los tres?

En la terraza de la vieja y lujosa dacha de Maria Ivanovna Langer, viuda de un consejero civil, se encontraba su hija Nadia con Iván Gavrilovich, hijo de un renombrado comerciante moscovita.

Era una tarde soberbia. Si yo fuese maestro en la descripción de la Naturaleza, hablaría de la luna que, contemplando el paisaje desde detrás de las nubes, bañaba con su luz bruja el bosque, la dacha y la carita de Nadia; y del leve rumoreo de los árboles, y del canto de los ruiseñores, y del apagado chapoteo del surtidor...

Nadia, apoyando la rodilla en el borde de una butaca, estaba asida con una mano a la barandilla de la terraza. Sus ojos lánguidos, aterciopelados y profundos, miraban, inmóviles, el bosque verdioscuro. Sobre su cara pálida, iluminada por la luna, resaltaba el rojo color de las mejillas. Iván Gavrilovich, de pie tras ella, se arañaba, con mano nerviosa y temblona, la poco poblada perilla. Cuando se cansaba de hacer este movimiento, se ponía a alisarse con la otra mano la papada, voluminosa y deforme. Iván Gavrilovich era feo, parecido a su madre, que tenía tipo de cocinera de pueblo. Su frente, baja y estrecha, parecía achatada; su nariz, respingona y aplastada, mostraba un entrante en lugar de caballete; su pelo era estropajoso; y sus ojos, pequeños y estrechos como los de un gato recién nacido, miraban a Nadia interrogativamente.

—Perdone usted —tartamudeaba, repitiéndose y suspirando como jadeante—. Perdóneme que le hable de mis sentimientos... Pero la quiero tanto, que no sé si estoy en mis cabales o no... Llevo en el pecho un amor hacia usted, que no es posible expresarlo. Apenas la vi, Nadiezhda Petrovna, en seguida me colé, es decir, me enamoré. Perdóneme, pero es que... (*Pausa*). ¡Qué tiempo más agradable!

—Sí, es magnífico...

—Pues con este tiempo que usted ve, es mucho más agradable amar a una mujer tan agradable como usted. Pero yo soy un desgraciado.

Iván Gavrilovich suspiró y se pegó un tirón de la perilla.

—¡Soy muy desgraciado! Con lo que yo la quiero, y usted, en cambio... ¿Acaso podría usted sentir un sentimiento favorable para

mí? Usted es una joven instruida, educada..., noble... ¿Y yo? Un *kupets* y nada más. Lo que se dice nada... Mucho dinero, pero ¿para qué me sirve si no me da la felicidad? Sin felicidad, ese dinero es sólo una perdición, vanidad pura. Comes bien... No tienes que andar a pie... Una vida completamente vacía... ¡Nadiezhda Petrovna!

—¿Qué pasa?

—No, nada... Quería molestarla un instante.

—¿Qué necesita?

—¿Podría usted llegar a quererme? (*Pausa*). He ofrecido a su madre de usted mi corazón y mi mano para usted, y me ha dicho que todo depende de usted... Puede usted decidir sin consultar a sus padres. ¿Qué me responde usted?

Nadia permaneció callada. Miró al bosque verdioscuro donde apenas se distinguían los contornos de los troncos y el encaje de las ramas. La intrigaban las negras sombras movibles de los árboles con las cimas ligeramente mecidas por el viento. Su silencio abatía a Iván Gavrilovich que, lleno de pena, estaba a punto de echarse a llorar. «¿Y si me dice que no?», pensaba, y esta triste idea hacía correr un escalofrío por sus anchas espaldas.

—Hágame el favor, Nadiezhda Petrovna —profirió—. No me martirice, pues si la molesto es porque la quiero... Porque... (*Pausa*). Porque sí... (*Pausa*). Si no meresponde usted, me da igual morirme.

Nadia se volvió hacia el pretendiente y sonrió. Tendiéndole la mano, le habló con una voz que resonó en los oídos del comerciante moscovita como el canto de una sirena:

—Se lo agradezco mucho, Iván Gavrilovich... Sé desde hace tiempo que me quiere usted, y sé cómo me quiere. Pero es... que... yo... Yo también le quiero, Jean. No es posible no tenerle afecto por la bondad de su corazón y por su fidelidad...

Iván Gavrilovich abrió desmesuradamente la boca, echose a reír y, lleno de felicidad, se pasó la mano por la cara: ¿no sería un sueño?

—Sé que si me caso con usted —prosiguió Nadia— seré feliz... Pero ¿sabe, Iván Gavrilovich? Espere un poco... Ahora no le puedo responder afirmativamente. Debo pensar bien ese paso... Tengo que reflexionar... Espere un poco.

—¿Mucho?

—No, todo lo más un día o dos.

—Bueno…

—Márchese, y recibirá la respuesta por correo… Váyase ahora y déjeme pensar… Adiós. Dentro de un par de días…

Nadia le tendió la mano, que Iván Gavrilovich se apresuró a besar. Ella le hizo un saludo con la cabeza, echó un beso al aire y escapó de la terraza, desapareciendo. Iván Gavrilovich permaneció dos o tres minutos indeciso y pensativo y, por último, atravesando unos jardincillos y un soto cercano, se dirigió a su coche, que le esperaba en el camino. Iba trastornado de puro feliz, y tan lánguido como si le hubieran tenido un día entero en un baño caliente. Mientras caminaba, reía de felicidad.

—¡Tronfim! —despertó al cochero, que dormitaba en el pescante—. Despierta y vamos. Habrá buena propina. ¿Me entiendes? ¡Ja, ja, ja!

Entre tanto, Nadia atravesó a la carrera todas las habitaciones hasta llegar a la otra terraza, descendió de ella y, abriéndose paso entre los árboles, los arbustos y los matorrales, corrió al otro camino. Allí la esperaba un amigo de su infancia, el barón Vladimir Schtral, joven de unos veintiséis años. Schtral era pequeño y gordo, un alemancillo rechoncho con una calva ya visible. Terminados sus estudios en la Universidad, iba hacia su hacienda de Jarkov y había venido a despedirse. Estaba un poco bebido y, recostado en un banco, silbaba *La Flechita*.

Nadia corrió hacia él y, jadeante, fatigada por la carrera, se arrojó a su cuello. Riendo estruendosamente y agarrándose a la garganta, a los cabellos o al cuello de la camisa del alemán, le llenó de besos el rostro adiposo y cubierto de sudor.

—Hace ya una hora que te espero —dijo el barón, cogiéndola por la cintura.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien.

—¿Sales mañana?

—Sí.

—¡Antipático! ¿Vuelves pronto?

—No sé…

El barón besó a Nadia y, quitándosela de las rodillas, donde estaba sentada, la colocó en el banco.

—Bueno, basta de besuqueos —dijo ella—. Después tendremos tiempo de sobra.

Ahora, hablemos en serio. (*Pausa*). ¿Has pensado, Volodia?

—Sí.

—Muy bien. ¿Y qué has decidido? ¿Cuándo será la boda? El barón torció el gesto.

—¡Otra vez con lo mismo! —respondió—. ¿No te di ayer una contestación… definitiva? Ni hablar de casarse. Ayer te lo dije. ¿Para qué hablar de lo que ya ha sido tratado y requetetratado?

—Pero, Volodia, nuestras relaciones deben tener un fin… ¿Cómo no te das cuenta? El fin tiene que llegar.

—Deben tener un fin, pero no será la boda… Te lo repito por centésima vez, Nadine: eres más inocente que una niña de tres años. La inocencia les va bien a las mujeres bonitas; pero no en este caso, paloma.

—¡De manera que no quieres casarte! ¿Es así? Habla claro, alma sin conciencia, habla claro. ¿No quieres casarte?

—No. ¿Qué necesidad tengo yo de estropear mi carrera? Aunque te quiero, sé que serás mi perdición si me caso contigo. No puedes darme ni una fortuna ni un nombre. El matrimonio, amiga mía, es la mitad de la carrera, pero tú… Dejémonos de lloriqueos. Hay que razonar serenamente. Los matrimonios por amor nunca traen consigo la felicidad y terminan siendo un fracaso…

—¡Mentira! ¡Embustero!

—Cásate y luego muérete de hambre, engendra mendigos… Hay que tener cabeza.

—¿Y por qué no la tuviste entonces? ¿Te acuerdas? Entonces me diste palabra de casarte conmigo, ¿verdad?

—Te la di; pero ahora mis planes han cambiado. ¿Verdad que tú no te casarías con un pobrete? ¿Por qué, entonces, quieres que yo me case con una pobre? Desde luego, no pienso hacerme a mí mismo tal jugada. Tengo un porvenir, del cual he de responder ante mi conciencia.

Nadia se enjugó las lágrimas con el pañuelo y, de repente, de la manera más inesperada, volvió a arrojarse al cuello del alemán ortodoxo. Apretándose a él, le llenó la cara de besos.

—¡Cásate conmigo! —le suplicó—, ¡No me abandones! ¡Si

supieras cómo te quiero, tesoro! Sin ti no podría vivir, encanto mío. Si te apartas de mí, me matarás. ¿Verdad que vamos a casarnos?

El alemán meditó un instante y respondió en tono concluyente:

—No puedo. El amor es una gran cosa, pero no la primera en este mundo.

—¿De modo que no quieres casarte conmigo?

—No, no puedo.

—¿No quieres? ¿De verdad que no?

—No puedo, Nadine.

—¡Canalla, infame, falsario, alemán! ¡No puedo ni verte! ¡Te odio, te desprecio! ¡Eres repugnante! Y nunca te he querido. Si me entregué a ti aquella tarde, fue porque te creía persona decente y pensaba que te casarías conmigo… Pero tampoco entonces te podía aguantar. Quería casarme contigo porque eres barón y rico.

Nadia, accionando con los brazos, retrocedió unos pasos, dirigió a Schtral unos cuantos insultos más y se marchó a la casa.

«Más me hubiera valido no venir a verle —pensó por el camino—. Bien sabía yo que no querría casarse. ¡Habrá canalla! Y yo, ¡qué imbécil fui aquella tarde! De no haber cometido aquel desliz, no hubiera tenido necesidad de humillarme ahora ante ese maldito tudesco».

Al llegar al patio de la dacha, no entró en ella. Después de vagar un poco por los alrededores, se detuvo ante una ventana débilmente iluminada. En aquella habitación vivía como inquilino, durante el verano, un joven violinista recién graduado en el Conservatorio: Mitia Gusev. Nadia miró adentro por la ventana. Mitia, un apuesto y fornido galán de rizosa cabellera rubia, se hallaba en casa. En mangas de camisa y chaleco, tendido en la cama, estaba leyendo una novela. Nadia permaneció un momento junto a la ventana y, tras pensar un poco, llamó a los cristales. El violinista levantó la cabeza:

—¿Quién es?

—Soy yo, Dmitri Ivanich… Abra un momentito.

Mitia se puso la chaqueta presuroso y abrió un postigo.

—Venga, salga, por favor —le rogó ella.

Mitia apareció en la ventana y segundos más tarde ya estaba al lado de Nadia:

—¿Qué desea?

—Venga un momento conmigo —le dijo ella, y le cogió del brazo.

—Pues verá usted, Dmitri Ivanich; haga el favor de no escribirme más cartas de amor.

Tenga la bondad de no escribirme. No me quiera ni me diga que me quiere.

Las lágrimas afloraron a sus ojos y corrieron por sus mejillas y por sus hombros. Eran lágrimas verdaderas, ardientes, gruesas…

—¡No me quiera, Dmitri! ¡No toque el violín para mí! Soy repugnante, malvada.

Merezco que me desprecien, que me aborrezcan, que me peguen…

En este punto rompió a llorar y apoyó la cabeza en el pecho de Mitia.

—Soy la más vil de las mujeres; y mis pensamientos son también viles, y mi corazón…

Mitia, desconcertado, murmuró cualquier tontería y besó a Nadia en la cabeza…

—Usted es bueno, amable… Le doy mi palabra de que le quiero… Pero usted no debe quererme. Mi mayor ilusión es el dinero, el lujo, los coches… Me muero al pensar que no tengo dinero. Soy ruin, egoísta… Aborrézcame, amable Dmitri Ivanich. No me escriba. Me voy a casar con…, con Gavrilich… ¡Fíjese cómo soy! Y usted me quiere, a pesar de todo. Adiós. Seguiré amándole aunque esté casada con otro… Adiós, Mitia.

Así diciendo, abrazó repentinamente a Gusev le dio un beso en el cuello y huyó hacia la salida.

Ya en su habitación, sentose a la mesa y, llorando amargamente, escribió:

«Querido Iván Gavrilovich: Soy suya. Le amo y deseo ser su esposa. Nadia».

Acto seguido entregó la carta a la doncella y le ordenó que la llevase a su destino.

«Mañana…, Dios dirá…», se dijo a sí misma, y suspiró profundamente.

Este suspiro marcó el fin de su llanto. Sentada a la ventana durante un rato, se tranquilizó, luego se desnudó; y exactamente a medianoche el lujoso edredón de bordados y encajes cubrió el cuerpo

de la víbora viciosa, joven y guapa.

También a medianoche Iván Gavrilovich soñaba en voz alta, dando vueltas por su habitación. Sus padres, que estaban presentes, oyéndole soñar, sentíanse felices ante la felicidad del hijo.

—La chica es guapa, de familia noble —comentaba el padre—. Hija de un consejero civil y muy bonita. No tiene más que un defecto: ese apellido alemán… Va a creer la gente que te has casado con una alemana…

Whist

En una desapacible noche de otoño, Andrei Stenanich Peresolin salía del teatro. Camino de su casa, meditaba sobre lo beneficioso que sería éste si en él se representaran obras de contenido moral. Al pasar ante el edificio en el que tenía su despacho, dejó de pensar en dicha utilidad, y alzando los ojos hacia aquella casa, de la cual era él el timón, miró a las ventanas. Dos de las correspondientes al cuarto de guardia estaban vivamente iluminadas.

«¿Será posible que sigan todavía ocupados con la *Memoria*...? —pensó Peresolin—.

¡Que estén ahí sentados cuatro tontos y ésta sea la hora en que no hayan terminado!... ¡Y a lo mejor creerá la gente que soy yo el que no les dejo en paz ni por la noche!... ¡Voy a meterles prisa!... ¡Para Gurii!».

Peresolin bajó del carruaje y entró en el edificio. La puerta principal estaba cerrada y la trasera que sólo tenía un cerrojo estropeado, abierta de par en par, Peresolin utilizó esta última, y un minuto después se encontraba ante la puerta del cuarto de guardia. Ésta estaba ligeramente abierta, y Peresolin, asomando la cabeza por ella, vio algo extraordinario. Ante la mesa, que cubría las grandes páginas de la M&Ttvorid, y jugando a los naipes a la luz de dos lámparas, hallábanse sentados cuatro funcionarios. Concentrados e inmóviles, iluminados los rostros por el color verde de las pantallas, recordaban a los gnomos de un cuento... o..., ¡Dios nos libre!, a monederos falsos.

El juego que les ocupaba les prestaba un aspecto aún más misterioso. A juzgar por los gestos y los términos, empleados de cuando en cuando en voz alta, jugaban al *whist*. Sin embargo..., por todo cuanto oía Peresolin, aquel juego no podía llamarse *whist*..., ni siquiera juego de naipes... Tratábase de algo nunca visto, extraño y misterioso.

En los funcionarios reconoció Peresolin a Serafín Zvisdulin, a Stepan Kulakevich, a Jeremei Nedoiejov y a Iván Pisulin.

—¿Cómo sales así..., diablo de holandés?... —se enfadó Zvisdulin fijando una mirada furibunda en su compañero de juego sentado *vis à vis*—. ¿Es manera de salir ésa?... ¡Yo tenía en la mano al

mismo Dorofeev, a Schepeliov y su mujer, a Stiopka Erlakov, y tú vas y sales de Kofeikin! ¡Ya llevamos dos perdidas!... ¿No comprendes, cabeza de atún, que tenías que haber salido de Pogankin?

—¿Y qué hubiéramos adelantado? —gruñó el compañero—. ¡No hacía nada con salir de Pogankin, porque Iván Andreich tenía en las manos a Peresolin!

«¡Usan mi apellido no se sabe para qué! —pensó encogiéndose de hombros Peresolin—. ¡No me lo explico!».

Pisulin repartió de nuevo las cartas, y los funcionarios prosiguieron el juego.

—¡Banco de Estado!...

—¡Dos Delegaciones de Hacienda!

—¡No tengo del palo!

—Tú... ¿no tienes del palo?... ¡Hum!...

—Alcaldía... ¡Dos!... ¡Si hay que perecer, a perecer!

—¡Ese una vez las perdió todas con su Instrucción Pública! ¡Ahora vas a tropezar con la Alcaldía!

—¡Bastante me importa!

—¡El *schelem*(31) pequeño de Instrucción Pública! «No comprendo» —murmuró Peresolin.

—¡Salgo de un Civil!... ¡Vamos, Varia..., echa algún Titular o algún Regional!

—¿Por qué a un titular?... Echaré a Peresolin...

—Pero nosotros, a tu Peresolin..., le daremos en las narices. ¡En las narices! ¡Tenemos a Ribnikov, y perderán ustedes el tres!... ¡Vamos!... ¡Saquen a Peresolina! ¡Basta ya de esconder a la muy canalla en el puño!

«¡Ya salió a relucir mi mujer! —pensó Peresolin—. ¡No comprendo esto!».

Sin ganas de permanecer más tiempo en semejante perplejidad, Peresolin abrió la puerta y entró en el cuarto de guardia. Si el mismo diablo, con cuernos y rabo hubiera surgido ante los funcionarios, éstos no se hubieran asustado tanto como se asustaron y sorprendieron con la entrada de su superior. Si ante ellos hubiera aparecido el ejecutor fallecido en el pasado año diciendo con voz de ultratumba: «¡Venid conmigo al lugar preparado para los canallas!»,

31. Término del juego.

y si hubiera exhalado sobre ellos un frío soplo sepulcral, no hubieran palidecido de la manera que palidecieron al reconocer a Peresolin.

A Nedoiejov, del susto, empezó a sangrarle la nariz; a Kulakeivich le zumbó el oído derecho y se le desató por sí sola la corbata. Los funcionarios se levantaron lentamente y soltaron las cartas, y después de cambiar entre sí la mirada bajaron ésta al suelo. Por espacio de un minuto, en el cuarto de guardia reinó el silencio.

—¡Vaya con lo bien que copian la Memoria! —empezó diciendo Peresolin—. ¡Ahora comprendo por qué les gusta tanto trabajar en ella!... ¿Qué hacían ustedes hace un momento?

—Fue sólo un minuto, excelencia... —murmuró Zvisdulin—. Nos entreteníamos mirando las cartitas... Estábamos descansando...

Encogiéndose lentamente de hombros, Peresolin se acercó a la mesa. No eran naipes lo que había encima de ésta, sino retratos de formato corriente, arrancados de sus cartones y pegados sobre las cartas de la baraja. Los había en gran cantidad.

Examinándolas, Peresolin encontró su propia efigie, la de su mujer, la de muchos subordinados y conocidos...

—¡Qué tontería!... ¿Y cómo juegan ustedes?

—¡No fuimos nosotros, excelencia, los que lo inventamos!... ¡Dios nos libre!... ¡No hicimos más que seguir el ejemplo!...

—Bueno, Zvisdulin, ¡explíquemelo! ¿Cómo jugaban? ¡Ya vi y oí cómo me comían con Ribnikov!... ¡Vamos!... ¿por qué vacilas?... ¡No te voy a comer yo!¡Cuéntamelo!

Zvisdulin continuó largo rato azarado y acobardado; pero, al fin, cuando Peresolin empezó a encadarse y a enrojecer de impaciencia, obedeció. Reunió las fotos, las barajó, las extendió sobre la mesa y se puso a explicar:

—Cada retrato, excelencia, significa una carta... Aquí hay, lo mismo que en una baraja, cincuenta y dos cartas y cuatro palos... Los funcionarios de la Delegación de Hacienda son los corazones; los de la Alcaldía, los tréboles; los empleados de Instrucción Pública, los *piques*, y los de la sucursal del Banco del Estado, los *carreaux*... Luego, los consejeros civiles efectivos son los ases; los consejeros civiles, los reyes; las esposas de los funcionarios de quinta y sexta clase, las damas; los consejeros colegiados, los *valets*; los consejeros de Corte, los dieces..., y así sucesivamente...Yo, por ejemplo, he aquí mi foto,

como no soy más que secretario de Alcaldía, soy un tres…

—¡Vaya, vaya!… Entonces, según eso, ¿yo soy un as?

—Sí, excelencia. El as de trébol…, y su señora, la dama.

—¡Hum!… ¡Es original!… ¿A ver?… ¿Jugamos una partida? ¡Veamos!

Peresolin se despojó del abrigo, y, sonriendo, incrédulo, se sentó a la mesa. Los funcionarios, obedeciendo su orden, se sentaron también, y el juego empezó…

Cuando a las seis de la mañana, Nazar, el guardián, entró a barrer el cuarto de guardia, quedó asombrado. El cuadro que al llegar con su escobón se ofrecía ante su vista le dejó tan asombrado, que todavía ahora cuando está borracho y su mente se nubla, le recuerda. Peresolin, pálido, soñoliento y despeinado, en pie ante Nedoiejov, agarraba a éste por un botón y le decía:

—¡Compréndeme!… ¡No debías haber salido de Schepeliov sabiendo que yo me tenía en la mano a mí mismo!… ¡Zvisdulin tenía a Ribnikov, a su esposa, a tres profesores del Colegio y a mi mujer!… ¡Nedoiejov, a los del Banco y a tres pequeños de la Alcaldía!…

¡Con lo que tenías que haber salido tú era con Krischkin!… ¡No haberte importado que ellos salieran con la Delegación!… ¡Son muy vivos!

—Yo…, excelencia, salí del Titular porque pensaba que tenían ellos el efectivo…

—Pero ¡amigo mío!… ¡No se puede pensar así!… ¡Ésa no es manera de jugar!… ¡Así solo juegan los zapateros!… ¡Cuando Kulakevich echó la Alcaldía, tú tenías que haber echado a Iván Ivánovich Grendlaskii, porque yo ya sabía que *él* tenía a Natalia Dmitrievna y a Egor Egorich! ¡Lo fastidiaste todo…, y ahora mismo te lo voy a demostrar!…

¡Siéntense, señores! ¡Otra partida!…

Y dando orden de salir al asombrado Nazar, los funcionarios volvieron a sentarse y prosiguieron el juego.

Cirugía

Estamos en un hospital del Zemstvo. A falta de doctor, que se ausentó para contraer matrimonio, recibe a los enfermos el practicante Kuriatin. Es un hombre grueso que ronda los cuarenta; viste una raída chaqueta de seda cruda y pantalones usados de lana. En su rostro se refleja el sentimiento de que cumple su deber y se encuentra satisfecho. Con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda sostiene un cigarro que despide un humo pestilente.

En la sala de visitas entra el sacristán Vonmiglásov. Es un viejo alto y robusto, que viste una sotana pardusca ceñida con un ancho cinturón de cuero. El ojo derecho, atacado de cataratas, lo tiene medio cerrado; en la nariz ostenta una verruga que de lejos se asemeja a una mosca grande. En un primer momento el sacristán busca con los ojos el icono y, al no encontrarlo, se persigna ante una bombona que contiene una disolución de ácido fénico; luego saca un trozo de pan bendito, que traía envuelto en un pañuelo rojo, y, haciendo una inclinación, lo coloca ante el practicante.

-Ah... Mis respetos -bosteza el practicante-. ¿Qué le trae por aquí?

-Le deseo un buen domingo, Serguei Kuzmich... Tengo necesidad de sus servicios... Con razón se dice en el Salterio, y usted me perdonará: «Mi bebida está mezclada con lágrimas.» El otro día me disponía con mi vieja a tomar el té y no pude ni probarlo, ni tomar un bocado; era como para morirse... Tomé un sorbo y sentí un dolor horrible en una muela y en toda esta parte... ¡Qué dolor, Dios mío! En el oído, perdóneme, parecía como si me hubieran metido un clavo u otro objeto. ¡Qué punzadas, qué punzadas! He pecado, no observé la ley... Mi alma se ha endurecido con vergonzosos pecados, he pasado la vida en la pereza... ¡Por mis pecados, Serguei Kuzmich, por mis pecados! El reverendo padre, después de los oficios litúrgicos, me lo echa en cara; «Tartamudeas, Efim, tu voz es gangosa. No hay manera de entender nada cuando cantas.» Pero ¿cómo quiere que cante, si me es imposible abrir la boca? Tengo el carrillo hinchado y no he podido pegar ojo en toda la noche.

-Ya veo... Siéntese... Abra la boca.

Vonmiglásov se sienta y abre la boca.

Kuriatin arruga el ceño, mira y, entre las muelas que el tabaco y el tiempo han puesto amarillas, ve una adornada con un resplandeciente agujero.

-El padre diácono me aconsejó que me aplicara vodka con rábano, pero esto no me ha proporcionado ningún alivio. Glikeria Anísimovna, que Dios le conceda salud, me dio un hilo traído de la montaña de Ofón(32) para que lo llevara atado al brazo y me dijo que hiciera buches de leche tibia. El hilo me lo puse, pero lo de la leche no lo cumplí: temo a Dios, estamos en Cuaresma...

-Es un prejuicio... -pausa-. Hay que extraerla, Efim Mijéich.

-Usted sabrá, Serguei Kuzmich. Para eso estudió, para comprender estas cosas tal como son, lo que hay que extraer y lo que se puede remediar con gotas o algo por el estilo... Para eso está aquí, que Dios le dé salud, para que recemos por usted día y noche... como si fuera nuestro propio padre... hasta el fin de nuestros días...

-Tonterías... -replica el practicante en un rasgo de modestia mientras busca en el armario del instrumental-. La cirugía es una cosa muy sencilla... todo es cuestión de práctica y de buen pulso... En un instante acaba uno... El otro día, lo mismo que usted, vino el propietario Alexandr Ivánich Eguípetski... También con una muela... Es un hombre culto, todo lo pregunta, quiere saber el porqué y el cómo. Me estrechó la mano, me llamó por el nombre y el patronímico... Vivió siete años en Petersburgo y conoce allí a todos los profesores... Estuvo un buen rato conmigo... «Por nuestro Señor Jesucristo», me suplicaba, «extráigamela, Serguei Kuzmich.» ¿Por qué no hacerlo? Se la podía extraer. Lo único que hace falta es comprender las cosas... Hay muelas y muelas. Unas se sacan con fórceps, otras con el pie de cabra, otras con la llave... Según los casos.

El practicante toma el pie de cabra, lo mira interrogativamente, luego lo deja y coge los fórceps.

-A ver, abra más la boca... -dice, acercándose al sacristán con los fórceps-. Ahora mismo... Es cosa de un momento... Tendré que hacerle una incisión en la encía... efectuar la tracción según el eje vertical... y eso es todo... -hace la incisión-. Y eso es todo...

-Usted es nuestro protector... Nosotros, estúpidos, somos unos ignorantes, pero a usted lo iluminó el Señor...

---

32. Lugar donde se encuentra un monasterio.

-No hable con la boca abierta... Esta muela es fácil de extraer, a veces uno no encuentra más que raigones... Pero esta es cosa de nada... -aplica los fórceps-. Quieto, no se mueva... En un abrir y cerrar de ojos... -efectúa la tracción-. Lo principal es agarrarla lo más hondo posible -hala-. Para que la corona no se rompa...

-Padre nuestro... Virgen Santísima... Ay...

-Así no... así no... ¿A ver? ¡No me agarre! ¡Suélteme! -hala-. Ahora... Así, así... La cosa no es tan fácil...

-¡Santo padre! ¡Santa madre!... -grita-. ¡Ángeles del cielo! ¡Ay, ay! ¡Pero hala ya, tira! ¿Te vas a pasar cinco años para arrancármela?

-Esto de la cirugía... De un golpe no es posible... Ahora, ahora...

Vonmiglásov levanta las rodillas hasta la altura de los codos, mueve los dedos, los ojos se le desorbitan, respira fatigosamente... Su cara, congestionada, se cubre de sudor, los ojos se le llenan de lágrimas. Kuriatin resopla, se mueve ante el sacristán y sigue tirando... Transcurre medio minuto horroroso y los fórceps se escurren de la muela. El sacristán se pone en pie de un salto y se mete los dedos en la boca. La muela sigue en su sitio.

-¡Vaya manera de halar! -dice con voz llorosa y, al mismo tiempo, burlona-. ¡Ojalá tiren así de ti en el otro mundo! ¡Muchísimas gracias! ¡Si no sabes sacar muelas, no te metas a hacerlo! No veo ni la luz...

-¿Y tú por qué me agarrabas de ese modo? -se irrita el practicante-. Cuando yo tiraba, me empujabas el brazo y no cesabas de decir estupideces... ¡Imbécil!

-¡El imbécil serás tú!

-¿Crees, mujik, que es fácil extraer una muela? ¡A ver, prueba tú! ¡No es como subir a la torre de la iglesia y repicar las campanas! -se burla-. «¡No sabes, no sabes!» ¿Quién eres tú para decirlo? Al señor Eguípetski, Alexandr Ivánich, le extraje una muela y no protestó para nada... Es un hombre mucho más distinguido que tú; no me agarraba... ¡Siéntate! ¡Te digo que te sientes!

-No veo nada... Espera a que recobre el aliento... ¡Oh!

Se sienta.

-Pero no te entretengas tanto, hala fuerte. No te entretengas y tira... ¡De una vez!

-No me des lecciones. ¡Señor, qué gente más ignorante! Es para volverse loco... Abre la boca... -aplica los fórceps-. La cirugía, hermano, no es una broma... No es lo mismo que cantar en el coro... -hace la tracción-. No te muevas. Se ve que la muela es vieja; las raíces son muy hondas... -tira-. No te muevas... Así... así... No te muevas... Ahora, ahora... -se oye un crujido-. ¡Ya lo sabía!

Vonmiglásov permanece unos instantes inmóvil, como si hubiera perdido el conocimiento. Está aturdido... Sus ojos miran estúpidamente al espacio y su pálida cara está bañada en sudor.

-Si hubiera usado el pie de cabra... -balbucea el practicante-. ¡Buena la hemos hecho!

Volviendo en sí, el sacristán se mete los dedos en la boca y en el sitio de la muela enferma encuentra dos salientes.

-Diablo sarnoso... -gruñe-. ¡Te han puesto aquí para nuestra desgracia! ¡Herodes!

-Todavía vienes con insultos... -protesta el practicante, colocando los fórceps en el armario-. Eres un ignorante... En el seminario no te zurraron bastante... El señor Eguípetski, Alexandr Ivánich, vivió siete años en Petersburgo... es un hombre culto... lleva trajes de cien rublos... y no me insultó... ¿Y tú, qué clase de gallina eres? ¡No te pasará nada, no te morirás por eso!

El sacristán coge el pan bendito de la mesa y, con la mano en la mejilla, se va por donde había venido.

Tristeza

¿A quién confiaré mi tristeza?
Libro de los Salmos

La capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, extiende su capa fina y blanda sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima lo sacaría de su quietud... Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palo de sus patas, aun mirado de cerca parece un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

-¡Cochero! -oye de pronto Yona-. ¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. A través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

-¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas, y, sin apresurarse, se pone en marcha.

-¡Ten cuidado! -grita otro cochero invisible, con cólera-. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

-¡Vaya un cochero! -dice el militar-. ¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeúnte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabara de despertar de un sueño profundo.

-¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti! -dice en tono irónico el militar-. Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo; pero sus labios están como paralizados y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta:

-¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

-Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

-¿De veras?... ¿Y de qué murió?

Yona, alentado por esta pregunta, se vuelve aún más hacia el cliente y dice:

-No lo sé... De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y a la postre... Dios que lo ha querido.

-¡A la derecha! -óyese de nuevo gritar furiosamente-. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

-¡A ver! -dice el militar-. Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el

pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a estremecerse: ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y jorobado.

-¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte *copecs* por los tres!

Yona coge las riendas, se endereza. Veinte *copecs* es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como solo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie.

Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

-¡Bueno; en marcha! -le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda-. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...

-¡El señor está de buen humor! -dice Yona con risa forzada-. Mi gorro...

-¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

-Me duele la cabeza -dice uno de los jóvenes-.Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña.

-¡Eso no es verdad! -responde el otro-. Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.

-¡Palabra de honor!

-¡Oh, tu honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

-¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

-¡Vamos, vejestorio! -grita enojado el chepudo-. ¿Quieres ir más aprisa o no? Dale de firme a tu caballo perezoso. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos, agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, lo insultan; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de

mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

-Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada…

-¡Todos nos hemos de morir! -contesta el chepudo-. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

-Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo -le aconseja uno de sus camaradas.

-¿Oye, viejo, estás enfermo? -grita el chepudo-. Te la vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

-¡Ji, ji, ji! -ríe, sin ganas, Yona-. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

-Cochero, ¿eres casado? -pregunta uno de los clientes.

-¿Yo? !Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie… Solo me espera la sepultura… Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este momento el jorobado, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

-¡Por fin, hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecs convenidos y los clientes se apean. Los sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Torna a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría al mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

-¿Qué hora es? -le pregunta, melifluo.

-Van a dar las diez -contesta el otro-. Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

-No puedo más -murmura-. Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso-piensa- se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el seno y la cabeza y busca algo con la mirada.

-¿Quieres beber? -le pregunta Yona.

-Sí.

-Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharlo, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndolo! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo.

Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

-¿Comes? -le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo-. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

-Sí, amigo... ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándoselo todo.

Un buen fin

En casa del interventor de ferrocarriles Stichkin y en uno de los días desocupados de éste, hallábase sentada Liubov Grigorievna, dama de sólido aspecto, de alrededor de cuarenta años y actividades en asuntos casamenteros y en otros muchos de los que sólo se suele hablar en voz baja. Stichkin, algo azarado, pero como siempre, serio y severo, paseaba por la habitación, fumaba su cigarro y decía:

—Me complace mucho hacer su conocimiento. Me ha sido usted recomendada por Simión Ivánovich…, entendiendo que puede usted ayudarme en un asunto delicado y bastante importante, relacionado con la felicidad de mi vida. He llegado ya, Liubov Grigorievna, a la edad de cincuenta y dos años; o sea, estoy en un período de la vida en el que muchos tienen ya hijos mayores. Ocupo un puesto de bastante consideración… Aunque no poseo gran fortuna, dispongo de la suficiente para mantener junto a mí a un ser amado y a unos hijos. De usted para mí, le diré que, además de mi sueldo, tengo también dinero en el Banco, que conseguí ahorrar gracias a mi modo de vivir. Soy un hombre serio y austero. Llevo una vida ordenada, formal, y puedo constituirme en ejemplo de muchos. Una cosa me falta tan solo: un hogar y una compañera en la vida. A causa de ello voy por la vida como cualquier húngaro errabundo…, de un lado para otro y sin encontrarle gusto a nada. De nadie puedo aconsejarme, y cuando estuve enfermo no tuve quien me diera un vaso de agua o de cualquier otra cosa. Además, Liubov Grigorievna, un hombre casado es siempre de mayor peso en la sociedad que un soltero… Pertenezco a la clase instruida, tengo dinero… Ahora bien…, mirado desde un punto de vista…, ¿qué soy?…; soltero como un cura. Por todo esto, desearía mucho encender la antorcha del Himeneo…; es decir, casarme legalmente con una persona digna.

—Buen propósito —suspiró la casamentera.

—Soy un hombre solitario y no conozco a nadie en esta ciudad. ¿Adónde voy a ir? ¿A quién puedo dirigirme, si todos forman parte para mí de lo desconocido?… He aquí por qué Simión Ivánovich me aconsejó me dirigiera a alguien especialista en estos asuntos y que tuviera por profesión decidir la felicidad de la gente. Por eso le ruego

encarecidamente, Liubov Grigorievna, que me ayude con su intervención a resolver este asunto. Usted conoce a todas las posibles novias y le será fácil colocarme.

—Puede hacerse, desde luego...

—¡Beba, por favor!..., ¡se lo ruego!

Con un gesto acostumbrado, la casamentera se llevó la copa a los labios y se la bebió sin rechistar.

—Se puede..., claro... Se puede hacer —repitió—. ¿Y qué clase de novia desea usted, Nikolái Nikolaich?

—¿Yo?... Pues la que me depare el destino.

—Cierto que el destino...; sin embargo, todo el mundo tiene sus gustos. Unos prefieren las rubias y otros las morenas.

—Mire, Liubov Grigorievna... —dijo Stichkin suspirando hondamente—. Yo soy un hombre posado y de carácter. Para mí, en general, la belleza exterior representa un papel secundario. Usted misma sabe que la cara es lo de menos y que con la mujer guapa se tienen muchas preocupaciones. Yo creo que en la mujer no es lo principal el exterior, sino lo que se encierre dentro de ella. Quiero decir que tenga un alma y toda clase de buenas cualidades. ¡Coma, por favor!... ¡Se lo ruego!... Claro es que sería muy agradable que fuera gordita, pero para nuestra suerte común eso no sería de mucha importancia. La inteligencia es lo principal. Hay que decir, sin embargo, que la mujer no necesita inteligencia, porque si la tiene, por ella precisamente, se formará gran idea de sí y se creará otros ideales. Cierto que sin instrucción hoy en día no se puede estar..., esto es verdad...; pero hay muchas clases de instrucción... Es muy agradable que la mujer sepa hablar francés... y alemán... en distintos tonos...; pero ¿qué provecho puede sacarse de ello si luego no sabe coser, por ejemplo, un botón? Yo pertenezco a la clase instruida... Con el príncipe Kanitelin estoy, puede decirse, como con usted ahora...; sin embargo, mi carácter es sencillo y necesito una joven sencilla. Lo principal de todo es que sepa estimarse y que se dé cuenta de que me debe la felicidad.

—Claro, claro...

—Bien. Y ahora hay que hablar de lo positivo... No necesito una mujer rica. Jamás cometeré la canallada de casarme por el dinero. No quiero ser yo el que coma el pan de la esposa, sino que sea la esposa

la que coma el mío y así lo reconozca; pero tampoco quiero una pobre. Aunque soy hombre de medios y aunque me caso por amor, no por interés..., no puedo llevarme una mujer pobre, porque como usted sabe, la vida sube..., vendrían niños...

—Pudiera encontrarse una con dote —dice la casamentera.

—¡Coma, por favor! ¡Se lo ruego!

Transcurrieron cinco minutos en silencio. La casamentera suspiró, miró de reojo al interesado y preguntó:

—Y diga, padrecito..., ¿de otros asuntos de soltero... no desea nada? Hay buena mercancía. Una es francesa y otra griega. Las dos valen.

El interventor, después de pensarlo dijo:

—No. Se lo agradezco mucho. Y ya que veo tanto interés en usted, permítame que le pregunte: ¿qué me va a llevar por todas las molestias que le causo, relacionadas con esa posible novia?

—No pido mucho. Me dará usted veinticinco rublos, tela para un vestido, como es costumbre, y las gracias... La cuestión del dote es aparte... Esa ya es otra cuenta.

Stichkin se cruzó de brazos y se puso a meditar en silencio. Luego suspiró y dijo:

—Es caro.

—¡Qué ha de ser caro, Nikolái Nikolaich!... Antes, cuando había muchas bodas, se acostumbraba llevar más barato; pero en estos tiempos, ¿qué ganancia es la nuestra?... ¡Gracias a que en un mes se saque unos cincuenta rublos!... Y hay que decir, padrecito, que no los ganamos con las bodas.

Stichkin miró con asombro a la casamentera y se encogió de hombros.

—¡Hum!... ¿Es que llama usted poco a cincuenta rublos? —preguntó.

—¡Y tan poco!... En otros tiempos hemos llegado a ganar más de cien.

—¡Hum!... No hubiera creído nunca que con esta clase de negocio se pudiera conseguir una suma así... ¡Cincuenta rublos!... ¡No gana tanto un hombre!... ¡Beba, por favor! ¡Se lo ruego!...

La casamentera bebió de nuevo sin rechistar. Stichkin la miró en silencio de pies a cabeza y repitió:

—¡Cincuenta rublos!..., o sea seiscientos rublos al año... ¡Beba, por favor! ¡Se lo ruego! Con semejantes ganancias, ¿sabe, Liubov Grigorievna, que no le sería difícil conseguir un buen partido?

—¿A mí?... —rio la casamentera—. ¡Ya soy vieja!

—Nada de eso... Tiene usted buena contextura, un rostro lleno, blanco...

La casamentera se azaró. Stichkin se azaró también y se sentó a su lado.

—Usted puede gustar todavía —dijo—. Si encontrara usted un marido reposado, serio, cuidadoso..., podría usted agradarle mucho, y con su sueldo y con el de él... vivirían los dos muy unidos.

—¡Qué cosas está diciendo, Nikolái Nikolaich!...

—¿Yo?... Yo no digo nada...

Se hizo un silencio. Stichkin empezó a sonarse ruidosamente, mientras la casamentera, poniéndose colorada y hablando como a quien le da vergüenza lo que va a decir, preguntó:

—¿Y usted cuánto gana, Nikolái Nikolaich?

—¿Yo?... Setenta y cinco rublos y los aguinaldos. Las velas de esperma y las liebres nos dejan también alguna ganancia...

—¿Es usted cazador?...

—No. Llamamos liebres a los viajeros que no llevan billete.

Transcurrió otro minuto de silencio. Stichkin, nervioso, se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—No busco una esposa joven —dijo—. Soy hombre de alguna edad... y necesito una mujer... como, por ejemplo, usted... Una mujer seria..., reposada..., de su contextura...

—¡Qué cosas está usted diciendo! —dijo con una risita la casamentera, ocultando el rostro en el pañuelo color carmesí.

—Y después de todo, ¿para qué pensarlo tanto? Me agrada usted mucho y sus cualidades me resultan muy adecuadas... Yo soy un hombre reposado..., sobrio..., y si le agrado a mi vez..., ¿qué otro mejor podría encontrar?... Permítame que le haga una proposición de matrimonio.

La casamentera sorbió unas cuantas lágrimas, rió y, en señal de conformidad, chocó su copa con la de Stichkin.

—¡Bien! —dijo feliz el interventor—. Permítame ahora que le explique el género de vida y comportamiento que deseo de usted...

Yo soy un hombre serio, sólido, reposado… Todo lo considero desde un noble punto de vista y deseo que mi mujer sea igualmente rigurosa; que para ella sea yo el primero y que comprenda que soy su bienhechor.
Y el interventor, sentándose, empezó a exponer a su novia sus puntos de vista sobre la vida de familia y las obligaciones de la esposa.

La obra de arte

Sacha Smirnov, hijo único, entró con mustio semblante en la consulta del doctor Kochelkov. Debajo del brazo llevaba un paquete envuelto en el número 223 de *Las noticias de la Bolsa*.

-¡Hola, jovencito! ¿Qué tal nos encontramos? ¿Qué se cuenta de bueno? -le preguntó, afectuosamente, el médico.

Sacha empezó a parpadear y, llevándose la mano al corazón, dijo con voz temblorosa y agitada:

-Mi madre, Iván Nikolaevich, me rogó que lo saludara en su nombre y le diera las gracias... Yo soy su único hijo, y usted me salvó la vida..., me curó de una enfermedad peligrosa..., y ninguno de los dos sabemos cómo agradecérselo.

-Está bien, está bien, joven -lo interrumpió el médico, derritiéndose de satisfacción-. Sólo hice lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar.

-Soy el único hijo de mi madre... Somos gente pobre y, naturalmente, no podemos pagarle el trabajo que se ha tomado, pero... por eso mismo estamos muy avergonzados... y le rogamos encarecidamente se digne aceptar, en señal de nuestro agradecimiento, esto que... Es un objeto muy valioso, de bronce antiguo..., una verdadera obra de arte, muy rara...

-¡Para qué se ha molestado! No hacía falta -dijo el médico frunciendo el ceño.

-No, por favor, no lo rechace -prosiguió murmurando Sacha, mientras desenvolvía el paquete-. Si lo hace, nos ofenderá a mi madre y a mí. Es un objeto muy hermoso..., de bronce antiguo... Pertenecía a mi difunto padre y lo guardábamos como un recuerdo, casi como una reliquia... Mi padre se dedicaba a comprar objetos de bronce antiguos para venderlos a los aficionados. Ahora mi madre y yo seguiremos ocupándonos en lo mismo.

Sacha acabó de desenvolver el paquete y colocó triunfalmente sobre la mesa el objeto en cuestión. Era un candelabro, no muy grande, pero efectivamente de bronce antiguo y de admirable labor artística. Un pedestal sostenía un grupo de figuras femeninas ataviadas como Eva, y en tales posturas que me encuentro incapaz de describirlas, tanto por falta de valor como del necesario

temperamento. Las figuritas sonreían con coquetería, y todo en ellas atestiguaba claramente que, a no ser por la obligación que tenían de sostener una palmatoria, de buena gana habrían saltado del pedestal y organizado una juerga de tal categoría que sólo pensar en ella avergonzaría al lector.

El médico contemplaba el regalo con aire preocupado, rascándose la oreja, y por fin emitió un sonido inarticulado, sonándose con gesto inseguro.

-Sí; es un objeto realmente hermoso -consiguió murmurar-, pero verá usted, no es del todo correcto... Eso no es precisamente un escote... Bueno, Dios sabe lo que es.

-Pero ¿por qué lo considera usted de ese modo?

-Porque ni el mismo diablo podía haber inventado nada peor... Colocar encima de mi mesa este objeto sería echar a perder la respetabilidad de la casa.

-Qué manera tan rara tiene usted de considerar el arte, doctor -exclamó Sacha, ofendido-. Pero mírelo usted bien. Se trata de una verdadera obra de arte. Hay en ella tal belleza y gracia que eleva nuestra alma y hace acudir lágrimas a nuestros ojos. ¡Fíjese qué movimiento, qué ligereza, cuánta expresión!

-Lo comprendo muy bien, querido -lo interrumpió el médico-. Pero debe darse cuenta de que yo soy padre de familia, mis hijitos andan de un lado para otro y vienen señoras a verme.

-Claro, mirándolo desde el punto de vista del vulgo -dijo Sacha-, este objeto de tanto valor artístico resulta completamente distinto... Pero usted, doctor, se halla tan por encima de la masa. Además, si lo rehúsa, nos apenará profundamente. Usted me salvó la vida..., y lo único que siento es no tener la pareja de este candelabro.

-Gracias, buen muchacho; le estoy muy agradecido. Salude a su madre, pero hágase cargo, palabra de honor, que por aquí andan mis niños y vienen señoras... ¡Bueno, qué se le va a hacer! ¡Déjelo! De todos modos no lograré hacerle comprender mi situación.

-No hay más que hablar -dijo Sacha muy alegre-: el candelabro se pondrá aquí, al lado de este jarrón. ¡La lástima es que no tenga la pareja! ¡Sí, es una verdadera pena! Bueno... ¡Adiós, doctor!

Cuando se fue Sacha, el médico permaneció un buen rato rascándose la nuca con aire pensativo.

“Es indiscutible que se trata de un objeto de arte -decía para sí-, y sería una pena tirarlo. Sin embargo, es imposible tenerlo en casa... ¡Vaya problema! ¿A quién podría regalarlo o qué favor podría pagar con él?”

Después de muchas cavilaciones recordó a su buen amigo el abogado Ujov, con quien se sentía en deuda por un asunto que le arregló.

“Perfectamente -decidió el médico-; como es un gran amigo no me aceptará dinero y será necesario hacerle un regalo. Voy a .llevarle este condenado candelabro. Precisamente es soltero y algo calavera.”

Y, sin esperar más, se vistió rápidamente, cogió el candelabro y se fue a ver a Ujov, a quien encontró casualmente en casa.

-¡Hola, amigo! -exclamó al entrar-. Vine para darte las gracias por las molestias que te tomaste conmigo, y como no quieres aceptar mi dinero, al menos acepta este objeto. Sí, querido amigo, se trata de un objeto valiosísimo...

Al ver el candelabro, el abogado prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo.

-¡Vaya un objeto! -exclamó el abogado, echándose a reír-. ¡Ni el mismo demonio sería capaz de inventar algo mejor! ¡Es estupendo! ¡Magnífico! ¿Dónde encontraste esta preciosidad?

Después de exteriorizar así su entusiasmo, echó una mirada temerosa a la puerta, y dijo:

-Sólo que, hermano, por favor guarda tu regalo. No lo quiero.

-¿Por qué? -inquirió el médico, asustado.

-Pues porque... a mi casa suele venir mi madre y también los clientes... Incluso delante de la criada resultará algo molesto...

-¡Ni hablar! ¡No te atreverás a hacerme este desaire! -exclamó, gesticulando, el galeno-. Esto sería un feo por tu parte. Además, tratándose de una obra de arte..., y fíjate qué movimiento..., cuánta expresión. ¡No digas nada más o me enfado!

-Si al menos llevasen unas hojitas...

Pero el médico no lo dejó continuar y empezó a hablar con gran vehemencia, gesticulando. Finalmente pudo irse contento a su casa por haberse deshecho del regalo.

En cuanto se marchó el doctor, el abogado se quedó contemplando el candelabro, le dio vueltas y más vueltas, palpándolo

por todos lados, e, igual que su anterior dueño, estuvo cavilando sobre la misma cuestión. ¿Qué iba a hacer con aquel regalo?

“Es una obra magnífica -pensaba-. Sería lástima tirarla, pero tampoco es posible guardarla. Lo mejor será regalarlo a alguien... ¿Y si lo llevara esta noche al cómico Schaschkin. A este sinvergüenza le gustan objetos de esta clase y, además, hoy tiene un festival benéfico...”

Y dicho y hecho, por la noche envolvió el candelabro en un papel y lo envió al cómico Schaschkin.

El camerino del artista estuvo lleno toda la tarde; a cada momento entraban hombres a contemplar el regalo: allí sólo se oía un rumor mezcla de exclamaciones y de risas, algo así como un relinchar. Cuando alguna de las artistas se acercaba a la puerta y preguntaba si podía entrar, en seguida se oía la voz ronca del cómico que gritaba:

-No chica, no. Estoy sin vestir.

Después de aquel espectáculo, el cómico, alzando sus brazos y gesticulando, decía todo preocupado:

-Bueno, ¿y dónde meteré yo esta porquería de candelabro? Tengo un piso particular, pero es imposible llevarlo allí. Vienen a verme artistas, y esto no es una fotografía que se pueda esconder en el cajón de la mesa.

-Puede venderlo, señor -le aconsejó el peluquero, consolándolo-. No muy lejos de aquí vive una vieja que compra antigüedades...

Pregunte por la Smirnova. Todo el mundo la conoce.

El cómico siguió este consejo...

Dos días más tarde, cuando el médico Kochelkov estaba sentado en su gabinete con la cabeza entre las manos y pensando en los ácidos biliares, se abrió la puerta de repente y entró en la habitación Sacha Smirnov. Sonreía resplandeciente de felicidad. Llevaba en las manos algo envuelto en un papel de periódico.

-¡Doctor! -exclamó todo sofocado-. ¡Figúrese qué alegría! Ha sido una suerte enorme para usted. Hemos encontrado la pareja de su candelabro... Mi madre está tan contenta... Usted me salvó la vida.

Y Sacha, cuya voz temblaba de emoción, colocó delante del médico el candelabro. El médico abrió la boca, intentó decir algo, pero no pudo: su lengua estaba paralizada.

Los veraneantes

Por el andén de cierto punto de veraneo, hacia arriba y hacia abajo, paseaba una parejita de recién casados. Él la sostenía por el talle; ella se ceñía contra él y ambos se sentían felices. La luna, por entre los jirones de nubes, les miraba frunciendo el entrecejo. Con seguridad sentía envidia y enojo por su aburrida y forzosa virginidad. El aire inmóvil estaba impregnado de olor a lilas y acacias. Al otro lado de la vía, lanzaba un pájaro agudos sonidos.

-¡Qué bien se está aquí, Sascha! -decía la recién casada-. ¡Decididamente, podría pensarse que estábamos soñando! ¡Fíjate en el modo acogedor y cariñoso con que nos contempla ese pequeño bosque! ¡Mira qué simpáticos son estos sólidos y callados postes telegráficos!... Con su presencia, Sascha, dan vida al paisaje y nos hablan de que allá..., en alguna parte..., existen otras gentes..., hay una civilización... ¿Acaso no te gusta sentir cómo llega débilmente a tu oído el ruido de un tren que pasa?

-Sí; pero...; ¡qué manos tan calientes tienes! Eso es que te agitas, Varia... ¿Qué tenemos hoy de cena?

-Tenemos okroschka(33) y pollo. Es suficiente un pollo para los dos; y para ti he traído de la ciudad sardinas y pescado ahumado.

La luna, escondiéndose detrás de una nube, hizo un guiño, como si hubiera tomado rapé. Sin duda, el espectáculo de la humana felicidad le recordaba su propia soledad..., su lecho solitario tras los montes y los valles...

-¡Viene un tren! -dijo Varia-. ¡Qué gusto!

En la lejanía surgieron tres ojos de fuego, y el jefe del apeadero salió al andén. Sobre los rieles, de aquí para allá, corrieron las luces de los guardavías.

-Despediremos al tren y nos iremos a casa- dijo Sascha bostezando-. ¡Qué bien vivimos juntos, Varia; tan bien que uno mismo no se lo puede creer!

El oscuro monstruo se arrastró sin ruido hasta el andén y se detuvo. Por las ventanillas de los vagones, medio iluminados, se vieron desfilar rostros soñolientos, sombreros, hombros...

---

33. Sopa fría muy apreciada en Rusia.

-¡Mira! -se oyó exclamar desde uno de los vagones-. ¡Es Varia! ¡Y su marido!...¡Salieron a esperarnos! ¡Aquí están! ¡Vareñka!... ¡Vareñka!... ¡Eh!

Dos niñas saltaron del vagón y se colgaron del cuello de Varia. Tras ellas descendieron una señora gorda, de edad avanzada, y un caballero, alto y delgado, de patillas canosas. Después, dos colegiales cargados de equipaje; detrás, la institutriz, y, por último, la abuela.

-¡Aquí nos tienes! ¡Aquí nos tienes, amiguito! -empezó a decir el señor de las patillas, estrechando la mano de Sascha-. Con seguridad llevan mucho tiempo esperándonos. ¡Como si lo viera, estabas ya reprochando a tu tío el que no llegara! ¡Kolia!.... ¡Kostia!... ¡Niña!... ¡Fifa!... ¡Hijos!... ¡Abracen a su primo Sascha!... Hemos venido toda la familia a verlos y a pasar tres o cuatro días con ustedes. Espero que no los molestaremos... ¡Tú, haz el favor de no gastarnos ceremonias!

Ante la llegada del tío y de toda su familia, el matrimonio quedó aterrado. Mientras el primero hablaba y repartía besos, pasó raudo el siguiente cuadro por la imaginación de Sascha: Se veía a sí mismo y a su mujer ofreciendo a los invitados sus tres habitaciones, sus cojines y sus mantas. Veía el pescado ahumado, las sardinas y el okroschka devorados en un segundo... A los primos, cortando las flores, vertiendo la tinta... A la tía, hablando solamente, el día entero, de sus enfermedades (su solitaria y su dolor de estómago) y de que por su nacimiento era baronesa Fintij... Sascha empezó a mirar con odio a su joven esposa y le murmuró al oído:

-¡Han venido a verte a ti! ¡Que se vayan al diablo!

-¡No!..., ¡a ti! -contestaba ella, mirándolo a su vez con aborrecimiento y maligna expresión.

-¡No son mis parientes, sino los tuyos!... -y volviéndose hacia los huéspedes los invitó con la más amable de las sonrisas-. ¡Vengan, por favor!...

Por detrás de una nube asomó lentamente la luna. Parecía sonreír... Parecía agradarle no tener parientes...

Sascha volvía la cabeza para ocultar a los invitados sus desesperados e irritado semblante; pero repetía, haciendo esfuerzos para dar a su voz acentos de alegría y benignidad:

-¡Vengan, por favor!... ¡Vengan, por favor..., queridos huéspedes!

Él y ella

Son como nómadas. Solamente a París le conceden meses. A otras capitales como Berlín, Viena, Roma, Madrid o San Petersburgo les escatiman el honor de su presencia. En París se sienten quasi como en casa: es para ellos la capital, mientras que el resto de Europa no pasa de ser una provincia aburrida y sin gusto, a la que sólo se puede mirar por una rendija de las cortinas de cualquier Grand Hôtel o desde el proscenio.

Todavía no son viejos, pero ya han tenido ocasión de visitar dos o tres veces todas las capitales europeas. Hartos de Europa, comienzan a hablar de un viaje a América y seguirán hablando hasta que alguien les convenza de que la voz de ella no es tan notable como para mostrarla en dos hemisferios.

Verlos no resulta cosa fácil. En la calle, imposible, porque van siempre en coche y sólo salen cuando está oscuro, por la tarde o por la noche. Hasta la hora de comer, duermen. Suelen despertarse de mal humor y no reciben a nadie. Únicamente de cuando en cuando, a horas indeterminadas, entre bastidores o mientras están cenando, acceden a hablar con alguien.

La cara de ella aparece en las postales. Pero en las postales parece guapísima, y la realidad es que nunca ha sido guapa. No deis crédito a las fotografías: es una mujer feísima. La mayor parte de la gente la ve en escena. Pero en escena está desconocida: los polvos, los coloretes, los afeites y los cabellos ajenos ocultan su cara como un antifaz. Y en los conciertos, igual.

En el papel de Margarita, esta mujer de veintisiete años, rugosa, torpona, de nariz cubierta de pecas, parece una doncellita de diecisiete, esbelta y adorable. Cuando se halla en escena es cuando menos se asemeja a sí misma.

Si queréis verles, lograd acceso a algún banquete de los que se le ofrecen o de los que ella ofrece antes de partir de una capital para otra. A simple vista, parece muy fácil lograr tal acceso, pero sólo personas muy selectas consiguen llegar hasta la mesa… Entre los escogidos se encuentran los señores críticos, los pillos que se las dan de críticos, los cantantes indígenas, los directores de orquesta y de coro y los aficionados de relucientes calvas que han adquirido

categoría de asiduos del teatro y de los banquetes, gracias al oro, a la plata y a los parientes. Estos banquetes no resultan aburridos; para un observador representan un buen punto de mira. Vale la pena asistir a un par de ellos.

Las figuras célebres (entre los comensales hay muchas) comen y hablan. Su postura es libre y desenvuelta: el cuello para un lado, la cabeza para otro, y un codo apoyado en la mesa. Los viejos hasta se escarban en los dientes.

Cerca de ella se sientan los periodistas, casi todos ellos borrachos, que se conducen con la misma desenvoltura que si la conocieran hace un siglo. A poco más llegarían a permitirse con ella familiaridades excesivas: bromean a gritos, beben, se quitan la palabra los unos a los otros (eso sí, sin olvidar el consabido Pardon), pronuncian estrepitosos brindis y, al parecer, no temen al ridículo. Algunos, inclinándose ceremoniosamente, a lo gentleman, le besan la mano.

Los pseudocríticos conversan, doctorales, con los aficionados y los entendidos. Los aficionados y los entendidos callan: envidian a los periodistas, sonríen beatíficos y sólo beben vino tinto, que suele ser de excelente calidad en estos convites.

Ella, la reina de la fiesta, va ataviada sencillamente, aunque lo que lleva ha costado un dineral. Un grueso brillante asoma por el escote de encaje. En cada brazo, una pulsera maciza. El peinado es de lo más discutible: a las damas les gusta, y a los caballeros no. Su rostro resplandece y regala la más amplia de sus sonrisas a los hermanos comensales. Ella sabe sonreír a todos a la vez, hablar con todos a la vez y asentir graciosamente con la cabeza a todos a la vez. Observad su cara y creeréis que sólo la rodean amigos a los cuales profesa profundísima simpatía. Al final del banquete, la reina reparte fotos a determinadas personas, escribiendo al dorso el nombre del afortunado y poniendo su autógrafo. Por supuesto, habla en francés, y al terminar el ágape, incluso en otros idiomas. Pronuncia el inglés y el alemán ridículamente mal, pero a ella le sale la mar de gracioso. Al verla tan simpática, olvida uno que es la fealdad misma.

¿Y él? Él, le mari d'elle, sentado a cinco o seis sillas de distancia, bebe mucho, come mucho, calla mucho, hace bolitas de pan y relee

las etiquetas de las botellas. Su figura denota aburrimiento pereza, fastidio…

Es rubio, con una calva que surca su cabeza a modo de senderos. Las mujeres, el vino, las noches de insomnio y el largo deambular por esos mundos de Dios han pasado por su cara como un rastrillo, dejando impresas en ella profundas arrugas. Aunque no rebasa los treinta y cinco años aparenta muchos más. Tiene la cara como empipada de kvas y los ojos hermosos, pero abúlicos. En tiempos no fue muy feo, mas ahora lo es. Sus piernas son zambas, sus manos terrosas y su cuello peludo. A causa de sus encorvadas piernas de sus extraños andares, en toda Europa le llaman «el carromato». Vestido de frac recuerda una chova mojada con la cola seca. Los comensales no le hacen el menor caso, y él les paga con la misma moneda.

Id a uno de estos banquetes, ved a los dos esposos, observadlos y decidme qué es lo que ha vinculado y qué es lo que vincula a estas dos personas.

Al verlos diréis, aproximadamente, lo que sigue:

—Ella es una cantante célebre; él no pasa de ser el marido de una cantante célebre o, dicho en términos usados entre la farándula, el marido de su mujer. Ella gana alrededor de ochenta mil rublos al año; él no hace nada; es decir, que le queda tiempo para ser el criado de ella. Ella necesita un cajero y un apoderado que trate con empresarios y se ocupe de formalizar los contratos. Ella sólo conoce y trata al público que aplaude; la caja y todos los accesorios prosaicos de su vida no merecen su atención. Por consiguiente, él le hace falta; le hace falta como apéndice, como lacayo… Le despediría si supiera administrarse ella misma. Él cobrando un saneado salario de ella, que no da valor al dinero, la roba en complicidad con las criadas, despilfarra el dinero de ella, anda siempre de francachela, puede que hasta guarde dinero para días peores; y se encuentra tan a sus anchas como el gusano que ha conseguido meterse en una buena manzana. De no tener ella dinero, él la abandonaría.

Así piensan y dicen quienes les observan durante los banquetes. Piensan y dicen eso porque, imposibilitados de penetrar en el fondo del asunto, tienen que hacer un juicio superficial. A ella la miran como a una diosa y de él se apartan como de un pigmeo con

viscosidad de rana; y, sin embargo, la vedette europea está ligada al insignificante renacuajo por vínculos envidiables y generosos.

Mirad lo que escribe él:

«Me preguntan por qué amo a esta furia. Verdaderamente, no merece que se la quiera. Ni tampoco que se la odie. Lo único que merece es que nadie repare en ella, que todo el mundo ignore su existencia. Sólo puede amarla un loco. Un loco o yo, lo que, en realidad, viene a ser lo mismo.

»Es fea. Cuando nos casamos era un monstruo; tanto más ahora. No tiene frente. En lugar de cejas lleva sobre los ojos dos rayas apenas visibles, y sus ojos son dos hendiduras poco profundas en las que no resplandece nada: ni inteligencia, ni deseos, ni pasiones. Por nariz luce una patata. Aunque tiene la boca pequeña y bonita, se la afean sus horribles dientes. No hay en su cuerpo ni pechera ni cintura. Este último defecto se oculta un poco por su diabólica habilidad para ponerse el corsé, arte para el que posee una mano maestra. Es chica y gorda, de una gordura fofa. En masse, todo su cuerpo adolece de un defecto que yo considero capital: su absoluta falta de feminidad. No creo femeninas la palidez del cutis ni la flacidez muscular: en eso discrepo de muchos. No es una dama ni una señorita, sino una tendera de ademanes burdos: al andar bracea desmesuradamente; sentada cruza las piernas y se balancea con todo el cuerpo hacia adelante y hacia atrás; cuando está tendida levanta las piernas, etcétera.

»Es descuidada. Sus maletas constituyen el mejor ejemplo de ello: la ropa limpia está revuelta con la sucia, los puños con los zapatos y con mis botas, los corsés nuevos con los rotos… Nunca recibimos visitas a causa del eterno desorden y la suciedad reinantes en nuestras habitaciones de los hoteles. Pero, en fin, ¿para qué vamos a extendernos? Fíjense en ella al mediodía, cuando, levantándose de la cama, sale perezosamente de debajo de la manta: no reconoceréis a la mujer de voz de ruiseñor. Despeinada, con el cabello revuelto, con los ojos soñolientos y aceitosos, desgarrada la camisa por los hombros, descalza, medio bizca, envuelta en las nubes de humo del tabaco fumado la noche anterior, ¿creéis que tiene alguna semejanza con un ruiseñor?

»Bebe. Bebe como un húsar: lo que se le antoja y cuando se le antoja. Bebe hace mucho. Si yo bebiera, estaría por encima de la Patti o, al menos, a su misma altura. Se ha bebido ya la mitad de lo que ha ganado, y muy pronto se beberá la otra mitad. Los malditos alemanes la han enseñado a tomar cerveza, y ahora no se acuesta nunca sin vaciar dos o tres botellas antes de dormirse. A no beber no padecería el catarro gástrico que padece.

»Es poco amable, de lo que pueden dar fe los estudiantes que a veces la invitan a participar en sus conciertos.

»Le gusta la publicidad. El reclamo nos cuesta anualmente varios miles de francos. Yo odio los anuncios con toda mi alma. Por cara que sea esta publicidad estúpida, nunca llegará a valer lo que vale su voz. A mi mujer le gusta que le hagan zalemas y le desagrada que digan de ella la verdad, si esta verdad no parece un elogio. Tiene en más aprecio un beso de Judas comprado que una crítica sin comprar. ¡Ausencia absoluta de dignidad!

»Aunque es inteligente, le falta desarrollo mental. Su cerebro ha perdido la elasticidad hace tiempo y, envuelto en grasa, ha terminado por aletargarse.

»Es caprichosa, inconstante, sin ningún criterio sólido. Ayer afirmó que el dinero era una trivialidad; hoy, en cambio, actúa en cuatro funciones porque se ha convencido de que no hay en el mundo nada mejor que el dinero; y mañana volverá a decir lo que dijo ayer. No quiere saber nada de la patria, ni reconoce personajes políticos, ni tiene un periódico preferido, ni admira a ningún escritor.

»Pese a su riqueza, no ayuda a los pobres. Es más: a veces no paga como es debido a modistas y peluqueros. No tiene corazón.

»¡Es una mujer mil veces perversa!

»Sin embargo, observadla cuando, pintada, maquillada, erguida, avanza hacia el proscenio para competir con los ruiseñores y los jilgueros que saludan al alba en mayo. ¡Qué empaque imponente y qué encanto en sus andares de cisne! Observadla, os lo suplico, y poned atención. Cuando levanta la mano y abre la boca por primera vez, las dos mirillas de su cara se convierten en dos ojazos llenos de brillo y de pasión. En ninguna parte hallaréis ojos tan seductores. Cuando comienza a cantar, cuando sus primeros trinos se expanden

por el aire y yo siento dulcificarse mi alma inquieta, fijaos en mi cara y se os revelará el secreto de mi amor.

»—¿Verdad que es hermosa? —pregunto entonces a mis vecinos de asiento.

»Me contestan que sí, pero ello no me basta: en esos momentos aniquilaría a quien osase pensar que esa criatura extraordinaria no es mi mujer. Entonces olvido todo lo pasado y vivo sólo del presente.

»¡Mirad qué artista! ¡Cuánto sentido se encierra en cada uno de sus movimientos! Ella lo interpreta todo: el amor, el odio... el alma humana... Por algo el teatro se viene abajo aplaudiendo.

»Al terminar el último acto, la saco del teatro pálida, exhausta, como si en una velada hubiese vivido toda una existencia. Yo también voy pálido y rendido de fatiga. Cogemos un coche y nos dirigimos al hotel.

»Una vez allí, ella se tiende en silencio, sin desnudarse. Yo, igualmente silencioso, me siento en el borde de la cama y le beso la mano. En estas ocasiones no me rechaza ni me aparta de ella. Nos dormimos juntos, dormimos de un tirón hasta la mañana siguiente y nos despertamos para mandarnos al diablo el uno al otro...

»¿Saben ustedes cuándo la amo también? Cuando asiste a bailes o banquetes. Me encanta la magnífica actriz que lleva dentro. Porque, en verdad, hay que poseer un gran genio artístico para imponerse a la Naturaleza de la manera que ella sabe hacerlo...

»No la reconozco en los banquetes. De una gallina desplumada se transforma en un pavo real.

Esta carta está escrita con mano ebria y letra apenas legible. Ha sido escrita en alemán y contiene faltas de ortografía a montones.

He aquí lo que escribe ella:

»Me preguntan ustedes si quiero a este muchacho. Pues sí, le quiero a veces... ¿Por qué? Sabe Dios...

»Verdaderamente, es feo y antipático. Las criaturas de su estilo no nacen con derecho a ser correspondidas en el amor. Los hombres como él no pueden hacer otra cosa que comprar el amor porque no pueden conseguirlo de balde. Juzguen ustedes mismos.

»Igual de día que de noche, está borracho como una cuba. Le tiemblan las manos, produciendo una sensación muy desagradable. Cuando está embriagado vocifera y arma camorra. Me pega incluso a

mí. Y si no se encuentra bajo los vapores del alcohol, se tira en cualquier parte, donde primero se le ofrece, y no despega los labios.

»Va siempre harapiento, aunque no le faltan medios para vestirse mejor. La mitad de mis ganancias se evapora, pasando por sus manos, sin que nadie pueda saber adónde va a parar.

»Nunca consigo imponerle un freno. Las infelices artistas casadas tienen unos cajeros horriblemente caros: los maridos se llevan la mitad de la caja.

»Y no se lo gasta en mujeres, lo sé muy bien: las desprecia.

»Es vago. Jamás le he visto ocupado en nada. Lo único que hace es beber, comer y dormir.

»No ha hecho ningún estudio. Le expulsaron del primer curso de la Universidad, por insolente.

»No desciende de familia hidalga; y, lo peor de todo, es alemán.

»Me disgustan los alemanes. De cien alemanes hay noventa y nueve idiotas y un genio. Esto me lo dijo un príncipe que era alemán, aunque con forro francés.

»Fuma un tabaco repugnante.

»Sin embargo, posee buenas cualidades. Más que a mí, ama mi noble arte. A veces, cuando, antes de iniciarse la función, anuncian que yo no puedo cantar por enfermedad (es decir, porque se me ha metido en la cabeza algún capricho), él va y viene como abatido, apretando los puños.

»No es cobarde ni teme a nadie. Es lo que más me gusta en las personas. Les contaré un pequeño episodio de mi vida. Fue en París, un año después de graduarme en el Conservatorio. Yo era entonces muy joven y sólo empezaba a aprender a beber. Todas las noches coma una juerga que duraba cuanto duraban mis fuerzas, juveniles y frescas. Huelga decir que las orgías las realizaba acompañada. En una de ellas, mientras chocaba mi copa con uno de mis ilustres admiradores, se acercó a la mesa un muchacho feo y desconocido que, mirándome directamente a los ojos, me preguntó:

»—¿Por qué bebe usted?

»Nos echamos a reír, pero el muchacho no se turbó. Su segunda pregunta fue todavía más osada, con un comentario que le salía del alma:

»—¿De qué se ríen? Los canallas que ahora la emborrachan no le darán ni un ochavo cuando, a fuerza de beber, se le estropee a usted la voz y se encuentre en la miseria.

»¿Qué les parece la insolencia? Mis acompañantes armaron gran alboroto. Yo, en cambio, senté al muchacho a mi lado y pedí vino para él. Resultó que el amigo de la abstinencia bebía como el que más. *À propos*(34), le llamo "muchacho" solamente porque tenía unos bigotillos muy pequeños.

»Le pagué su osadía casándome con él. Habla poquísimo. Suele decir una sola palabra; la pronuncia con voz cavernosa, trepidante la garganta y convulsivo el rostro. Cuando más la repite es cuando se halla rodeado de gente, en banquetes o en bailes... Si alguien, sea quien fuere, miente, él levanta la cabeza y, sin mirar a nadie ni reparar en nada, replica:

»—¡Mentira!

»Es su palabra predilecta. ¿Qué mujer puede resistir el fulgor de ojos con que se pronuncia esta palabra? A mí me encanta la palabra misma, y el brillo de sus ojos, y el temblor convulsivo de su cara. No todo el mundo sabe emplear este término saludable y audaz; mi marido, en cambio, lo suelta siempre y en cualquier parte.

»Le amo a veces, y este "a veces", según recuerdo, coincide con los momentos en que pronuncia esa excelente palabra. Aunque, en realidad, Dios sabe por qué le querré. Entiendo muy poco de psicología y, al parecer, éste es un asunto psicológico...».

Esta carta está escrita en francés, con una letra magnífica, casi masculina. En ella no hallaréis ni una sola falta de ortografía.

34. A propósito.

La novia

I

Eran cerca de las diez de la noche, y la luna llena alumbraba el jardín. En casa de los Shumm acababa de terminar el oficio religioso organizado por la abuela, Marfa Mijaílovna. Nadia, que había salido al jardín un instante, vio poner la mesa en la sala, donde se iba a servir la cena, y a su abuela, ataviada con un pomposo vestido de seda, trajinar de un lado para otro; el padre Andréi, arcipreste de la iglesia catedral, conversaba con Nina Ivánovna, madre de Nadia, que parecía incomprensiblemente joven a la luz de las lámparas; junto a ella estaba Andréi Andréich, hijo del arcipreste, escuchando con atención.

El ambiente en el jardín era apacible y fresco, y las sombras cubrían la tierra. Allá a lo lejos, quizá en las afueras de la ciudad, croaban las ranas. Se notaba el hálito del gentil mes de mayo. El aire penetraba profundamente en los pulmones; Nadia se sentía impulsada a pensar que no era allí, sino más cerca del cielo, por encima de los árboles, lejos de la ciudad, en los campos y en los bosques, donde bullía ahora la vida primaveral, misteriosa, bella, rica, sagrada, inaccesible al entendimiento del hombre, débil y pecador. Y le daban ganas de llorar.

Nadia tenía veintitrés años. Desde los dieciséis había soñado apasionadamente con el matrimonio, y ahora, ¡por fin, era ya novia de Andréi Andréich, el que se hallaba tras la ventana! Su prometido le gustaba, y la boda estaba fijada para el siete de julio; pero la chica no se sentía contenta: dormía mal por las noches y toda su alegría se había esfumado... Por la ventana del semisótano, donde se encontraba la cocina, oía el rumor de un presuroso ajetreo, ruido de cuchillos, portazos. Olía a pavo asado y a cerezas en compota. ¡Y a Nadia se le antojaba que toda la vida iba a ser así, sin cambios y sin fin!

Alguien salió de la casa y se detuvo en el porche. Era Aleksandr Timófeich o, sencillamente, Sasha, un huésped venido de Moscú diez o doce días antes. Hacía mucho tiempo, una pariente lejana, llamada Maria Petrovna, de noble ascendencia, pero empobrecida, solía

visitar a la abuela de Nadia en busca de una limosna. Era viuda, pequeña, endeble, enfermiza. Tenía un hijo, Sasha, al que se atribuían grandes dotes de pintor y, al morir su madre, la abuela de Nadia decidió, en sufragio de su propia alma, hacer una obra de caridad con el chico enviándolo a la «Academia Komissarovskoie». A los dos o tres años, Sahsa pasó a la Escuela de Pintura y Arquitectura, en la que se graduó al cabo de casi tres lustros, a trancas y barrancas, como arquitecto, sin que llegara nunca a ejercer la profesión, pues trabajaba en una litografía moscovita. Casi todos los veranos venía a casa de la abuela de Nadia para descansar y reponerse, ya que solía llegar muy enfermo.

Llevaba chaqueta, un pantalón con el bajo pisoteado y camisa sin planchar y tenía un aspecto descuidado. Era flaco, de ojos grandes, dedos largos y huesudos, espesa barba y tez morena. Pese a su delgadez, poseía un semblante atractivo. Compenetrado con los Shumin, se sentía en aquella casa como en la suya propia. Hasta el cuarto donde vivía llevaba ya de antiguo el nombre de «cuarto de Sasha».

Al ver a Nadia se acercó a ella.

—¡Qué hermoso es esto! —le dijo.

—Claro que sí. Debiera usted quedarse hasta el otoño.

—Parece que así será. Creo que estaré con ustedes hasta septiembre.

Dicho esto se echó a reír, sin motivo aparente, y se sentó junto a ella.

—Estoy mirando a mamá —dijo Nadia—. ¡Desde aquí parece muy joven! Mi madre, naturalmente, tiene sus flaquezas —añadió después de un breve silencio—; pero, no obstante, es una mujer extraordinaria.

—Buena sí que es... —concedió Sasha—: Ni que decir tiene, es bondadosa a su manera, pero..., no sé cómo decirle... Esta mañana temprano entré en la cocina y encontré a cuatro criadas durmiendo en el suelo, sin cama, un montón de andrajos en vez de colchón, pestilencia, chinches, cucarachas... Exactamente lo mismo que hace veinte años, sin la menor innovación. De la abuela no se puede pedir más; para eso es la abuela; pero su madre, que seguramente habla

francés y que participa en las funciones benéficas… Bien podría comprender…

Cuando hablaba, Sasha alargaba ante sus interlocutores dos de sus largos y sarmentosos dedos.

—Por falta de costumbre —prosiguió—, todo se me antoja extraño aquí. ¡Nadie hace nada, diablo! Su mamá se pasa el día de paseo, como una duquesa; su abuela tampoco hace nada; usted, lo mismo, y su prometido, Andréi Andréich, también vive en la ociosidad.

Nadia había oído la misma cantilena el año anterior y acaso dos años antes; sabía que Sasha era incapaz de otros razonamientos; y esto, que antes la hacía reír, ahora la exasperaba.

—Todo eso es muy viejo y hace tiempo que me aburre oírlo —replicó levantándose—. Podía usted sacar algo nuevo.

Él se echó a reír, se levantó también, y ambos se encaminaron hacia la casa. Ella, alta, guapa, esbelta, parecía mucho más lozana y elegante al lado de Sasha. Dándose cuenta, tuvo compasión de él y hasta se sintió un poco violenta.

—Habla usted más de lo necesario —le reprochó—. Ahora mismo acaba de criticar a mi Andréi, a pesar de que no le conoce.

—Mi Andréi… ¡Que Dios ampare a su Andréi!

A mí lo que me da pena es la juventud de usted.

Cuando entraron en la sala, todos se disponían a cenar. La abuela, o como la llamaban en casa la «abuelita», muy gruesa, fea, de cejas hirsutas y bigote algo crecido, hablaba fuerte, y por su tono de voz y sus ademanes se notaba que era la que mandaba. Le pertenecían varias naves comerciales en el mercado y una casa de viejo estilo con columnata y jardín, no obstante lo cual, rezaba todas las mañanas pidiendo a Dios que la salvase de la ruina, y lo hacía llorando. Su nuera, Nina Ivánovna, madre de Nadia, rubia, muy entallada la cintura, calados los lentes y con brillantes en cada dedo; el padre Andréi, un vejete seco, desdentado, con expresión de ir a contar algo muy gracioso, y su hijo Andréi Andréich, prometido de Nadia, regordete y apuesto, de cabello ondulado y aire de actor o de pintor, hablaban de hipnotismo.

—En una semana te pones bien aquí —se dirigió la «abuelita» a Sasha—. Lo que hace falta es que comas más. ¡Hay que ver lo horrible que te has puesto! —suspiró—. Enteramente el hijo pródigo.

—Después de despilfarrar los bienes de su padre —habló lentamente el arcipreste con ojos risueños—, se entregó, insensato, al pecado…

—¡Cuánto quiero yo a mi padre! —exclamó Andréi colocando la mano en el hombro de aquél—. Es un viejo simpático, un buenazo.

Todos callaron. De pronto, Sasha rompió a reír y trató de ahogar la risa llevándose la servilleta a la boca.

—¿De modo que no cree usted en el hipnotismo? —preguntó el padre Andréi a Nina Ivánovna.

—No puedo asegurar que crea —respondió ella, dando a su semblante una expresión seria y hasta severa—, pero he de reconocer que hay en la naturaleza muchas cosas enigmáticas e incomprensibles.

—En todo de acuerdo, aunque debo añadir, por mi parte, que la fe reduce en grado considerable el reino de lo misterioso.

Sirvieron un gran pavo muy grasoso. El clérigo y Nina Ivánovna prosiguieron su conversación. En los dedos de ella refulgían los brillantes; de pronto, asomaron lágrimas a sus ojos.

—Aunque no me atrevo a discutir con usted —dijo—, reconocerá que hay en la vida tantos enigmas sin resolver…

—No hay ni uno, se lo aseguro.

Terminada la cena, Andréi Andréich se puso a tocar el violín acompañado al piano por Nina Ivánovna. Se había graduado diez años antes en la facultad de filosofía de la universidad, pero no trabajaba en ninguna parte ni se le conocía ocupación determinada, y sólo de tarde en tarde participaba en algún concierto benéfico. No obstante, en la ciudad le tenían por un artista.

Mientras él tocaba, los demás escuchaban en silencio. El samovar hervía plácidamente sobre la mesa, y sólo Sasha tomaba té. Pasada ya la medianoche, se le rompió una cuerda al violín; todos se echaron a reír y, aprovechando el momento, se apresuraron a despedirse.

Después de acompañar a su novio, Nadia se retiró al piso de arriba, donde vivía con su madre (el de abajo estaba habitado por la

abuela). En la sala de la planta inferior apagaban ya las luces, pero Sasha continuaba tomando té. Lo bebía siempre lentamente, a la manera moscovita, apurando siete u ocho vasos. Mucho después de haberse acostado, aún siguió Nadia oyendo a las criadas recoger la mesa y a la «abuelita» refunfuñar. Por fin se hizo el silencio, y sólo de cuando en cuando resonaba la bronca tos de Sasha en su habitación.

II

Cuando Nadia se despertó, debían de ser alrededor de las dos, pues comenzaba a amanecer. En algún lugar lejano daba sus señales un sereno. Como no podía conciliar el sueño y el colchón era incómodo por demasiado blando, Nadia se sentó en la cama y, al igual que las restantes noches de mayo, se puso a pensar. Sus pensamientos fueron los mismos de la noche anterior, monótonos, vanos, persistentes; recordó cómo Andréi Andréich empezó a cortejarla, cómo le pidió relaciones, cómo aceptó ella y cómo fue tomando afecto, poco a poco, a aquel hombre bondadoso e inteligente; pero ahora, cuando no quedaba ya para la boda más que un mes, comenzaba a experimentar un temor y una inquietud incomprensibles, como si la esperase algo imprecisamente desagradable.

«Tac-tac, tac-tac… —sonaba, cansina, la matraca del sereno—. Tac-tac…».

Por la ancha y vieja ventana se veía el jardín; más allá florecían lilas, lánguidas de frío, y una blanca y espesa neblina, flotando sobre ellas, trataba de cubrirlas. En los lejanos árboles graznaban, soñolientos, los grajos.

—¡Dios mío! ¿Por qué sentiré tanta angustia?

Acaso también la experimentaran todas las novias poco antes de la boda. Pudiera ser. ¿O era la influencia de Sasha? Pero Sasha llevaba ya varios años diciendo lo mismo, como si le hubieran dado cuerda, y sus palabras resultaban ingenuas y extrañas. Y, sin embargo, ¿por qué no se le iba Sasha de la mente? ¿Por qué?

El sereno llevaba ya un buen rato sin tocar. Bajo la ventana y en el jardín trinaban los pájaros. Se había disipado la niebla, y el paisaje, iluminado por el sol de primavera, tenía un aspecto risueño y jovial.

A poco tardar, todo el jardín, acariciado por los cálidos rayos solares, revivió; las gotas de rocío brillaron como diamantes sobre las hojas; y el viejo jardín, descuidado hacía tiempo, parecía lozano y engalanado aquella mañana.

Se despertó la «abuelita». Sasha tosió con su vozarrón de bajo. Se oyó servir el samovar y mover sillas en la planta inferior.

Las horas transcurrían lentamente. Nadia estaba ya harta de pasear por el jardín, y aún no se había acabado la mañana.

Apareció Nina Ivánovna con un vaso de agua mineral y ojos de haber llorado. Practicaba el espiritismo y la homeopatía, leía mucho y gustaba de conversar acerca de sus dudas, todo lo cual, a juicio de Nadia, debía encerrar un sentido profundo y misterioso. La joven besó a su madre y se puso a andar al paso de ella.

—¿Por qué has llorado? —le preguntó.

—Anoche comencé a leer una novela cuyos protagonistas son un padre y una hija. El padre trabaja en una oficina, y el jefe se enamora de la hija. No he terminado de leerla, pero hay un pasaje donde no es posible contener las lágrimas —explicó Nina Ivánovna, y se tomó un sorbo de agua del vaso—. Esta mañana, al acordarme, también me eché a llorar.

—Pues yo siento mucha tristeza todos estos días —dijo Nadia después de una pausa—. ¿Por qué no dormiré de noche?

—No lo sé, querida. Yo, cuando sufro de insomnio, cierro los ojos fuertemente, así, y me imagino a Anna Karénina, sus andares, su voz, o alguna cosa histórica, del mundo antiguo…

Nadia notó que su madre no la entendía ni podía entenderla. Fue la primera vez que lo advirtió en su vida, y se asustó de su descubrimiento, hasta el punto de querer ocultarse. Por ello, se retiró a su cuarto.

A las dos se pusieron a almorzar. Como era miércoles, día de vigilia, a la abuela le sirvieron *borsch* sin carne y sargo con *kasha*.

Para hacerla rabiar, Sasha comió su sopa con carne y el *borsch* viudo. Mientras duró el almuerzo estuvo bromeando, pero sus bromas resultaban empalagosas, recargadas de espíritu moralizador; y no hacía ninguna gracia verle, antes de soltar una agudeza, levantar sus largos dedos de muerto, como tampoco la hacía pensar que estaba

muy enfermo y que, probablemente, su permanencia en el mundo no sería muy larga: daba lástima.

Después del almuerzo, la abuela se marchó a su habitación a descansar. Nina Ivánovna estuvo unos instantes tocando el piano y luego se retiró también.

—¡Ay, querida Nadia! —inició Sasha su habitual conversación de sobremesa—. ¡Si usted me hiciera caso!

Ella estaba sentada en un vetusto sillón, con los ojos cerrados, y él recorría el aposento, de rincón en rincón.

—¡Si fuera usted a estudiar! —iba diciendo—. Solamente las personas cultas y los santos son interesantes y necesarios. Cuanto mayor sea su número, tanto más pronto se instaurará el reino de Dios en la tierra. Entonces, poco a poco, no quedará piedra sobre piedra de vuestra ciudad; todo volará en mil pedazos y cambiará como por ensalmo. Surgirán aquí edificios soberbios y majestuosos, jardines encantadores, surtidores mágicos, hombres magníficos... Pero lo principal no es eso; lo principal es que la masa, en el mal sentido que ahora se da a la palabra, dejará de existir, puesto que cada cual tendrá fe y sabrá para qué vive, sin que ninguno haya de buscar apoyo en la masa. ¡Váyase a estudiar, paloma mía! Demuestre a todos que esta vida sedentaria, gris y pecadora ha terminado por hastiarla. Demuéstreselo, por lo menos, a sí misma.

—Imposible, Sasha. Voy a casarme.

—Pues no se case... ¿Qué necesidad hay de ello?

Salieron al jardín y dieron un paseo.

—Sea como fuere, querida —continuó Sasha—, hay que pensar y comprender hasta qué punto es impura e inmoral esta vida de ocio que llevan ustedes aquí. Hágase cargo de que si ni usted, ni su madre, ni su «abuelita» hacen nada, quiere decirse que alguien trabaja para ustedes, que ustedes chupan la sangre de otros seres. ¿No es esto inmoral y repulsivo?

Nadia quiso decir que sí, que lo comprendía, pero, a punto de romper en llanto, corrió a refugiarse en su cuarto.

Todas las tardes venía Andréi Andréich y, de ordinario, pasaba largo tiempo tocando el violín. Era poco locuaz y acaso amaba el violín porque mientras lo tocaba podía estar callado. Aquella noche,

al despedirse, pasadas las diez, con el gabán puesto ya, abrazó a Nadia y le besó ansiosamente la cara, los hombros, los brazos.

—¡Amada mía, hermosa mía! —murmuró—. ¡Qué feliz soy! ¡Me vuelvo loco de alegría!

A ella le pareció haber oído estas palabras hacía tiempo, mucho tiempo, o haberlas leído en algún sitio… en una novela vieja, rota, abandonada…

En la sala, Sasha, sentado a la mesa, tomaba té sosteniendo el platillo con sus cinco dedos, largos y huesudos. La «abuelita» hacía solitarios, y Nina Ivánovna estaba leyendo. Chisporroteaba el pabilo de una mariposa. Todo respiraba quietud y bienestar. Nadia dio las buenas noches, se dirigió a su habitación, se acostó y se durmió en seguida. Pero, igual que la noche anterior, apenas apuntó el alba se desveló. Su angustioso desasosiego espiritual le impedía dormir. Sentada en su lecho, apoyando la cabeza en las rodillas, pensaba en su novio, en la boda… Por asociación instintiva, recordó que su madre no quería a su difunto esposo y que ahora, sin recurso alguno, vivía en total dependencia de su suegra, la «abuelita». Y aunque lo intentó repetidas veces, Nadia no logró explicarse por qué, hasta aquel momento, había atribuido a su madre cualidades excepcionales, extraordinarias, y no había visto en ella a una simple mujer desdichada.

Tampoco Sasha dormía. Desde abajo llegaba el bronco ruido de su tos. Nadia le tenía por un ingenuo extravagante, y notaba algo absurdo en sus sueños, en sus jardines admirables y en sus surtidores maravillosos; pero, sin saber por qué, le pareció tan hermosa aquella ingenuidad absurda, que le bastó la insinuación de la idea de irse a estudiar para que el corazón se le llenase de júbilo y contento.

—Más vale no pensar, más vale no pensar —murmuró para sí—. No debo pensar en eso.

«Tac-tac… Tac-tac», sonaba a lo lejos la matraca del sereno.

III

A mediados de junio, Sasha, aburrido, declaró que quería marcharse a Moscú.

—No puedo vivir aquí —decía con aire sombrío—. Ni agua corriente, ni alcantarillas para el desagüe... Da asco ponerse a comer, la cocina está imposible de sucia...

—Espera, hijo pródigo —trataba de persuadirle la abuela hablándole en voz queda, aunque no había motivo para ello—. ¡La boda es el día siete!

—No deseo quedarme.

—Pero ¿no pensabas vivir con nosotros hasta septiembre?

—Lo he pensado mejor. Necesito ponerme a trabajar.

Era un verano crudo; los árboles estaban mojados; el jardín tenía un aspecto lúgubre, desapacible; y, verdaderamente, daban ganas de trabajar. En las dos plantas de la casa sonaban voces femeninas, desconocidas; la máquina funcionaba sin cesar: estaban haciendo el ajuar para la novia. Según la abuela, los abrigos que llevaría Nadia eran seis, el más barato de los cuales costaba trescientos rublos. Aquel ajetreo excitaba a Sasha que, encerrado en su cuarto, se daba a los diablos. Sin embargo, le persuadieron para que se quedase hasta la boda, y dio palabra de no marcharse antes del uno de julio.

El tiempo pasaba volando. El día de san Pedro, después de almorzar, Andréi Andréich y Nadia fueron a la calle Moskóvskaia para echar el último vistazo a la casa alquilada desde hacía tiempo para el futuro matrimonio. Era de dos plantas, pero solamente la de arriba estaba amueblada, de momento. En la sala, de brillante suelo, imitación de parqué, había elegantes sillas de Viena, un piano de cola, un atril para tocar el violín. Olía a pintura. En la pared se veía un cuadro con marco dorado: una mujer desnuda y, junto a ella, un jarrón color lila con un asa rota.

—Es un lienzo magnífico —dijo Andréi Andréich con un suspiro de veneración—. Es de Shishmachevski.

Más adelante se hallaba el saloncito de estar: una mesa redonda, sillones tapizados de azul celeste y un sofá sobre el que pendía un gran retrato del padre Andréi con birrete y condecoraciones. Entraron luego en el comedor y en el dormitorio; en la penumbra había dos camas juntas; parecía que, al instalar el dormitorio, lo hicieron en la seguridad de que allí reinaría siempre el bienestar. Andréi Andréich conducía por las habitaciones a Nadia,

llevándola cogida del talle. Ella se sentía débil, culpable de algo; odiaba las habitaciones, las camas, los sillones; y la vista de la mujer desnuda la cohibía. Notaba ya, sin lugar a dudas, que había dejado de amar a su novio o que quizá no le hubiera querido nunca. Pero no sabía cómo decirlo, ni a quién decirlo ni para qué, aunque pensaba en ello todos los días y todas las noches... Él la llevaba de la cintura; le hablaba cariñosamente, tímidamente; era tan dichoso paseando por su futuro hogar... Ella, en cambio, no veía en todo aquello más que vileza, una vileza estúpida, torpe, inaguantable; y el brazo de Andréi Andréich, que le rodeaba la cintura, se le antojaba duro y frío como un aro de hierro. Estaba dispuesta a huir, a llorar, a arrojarse por la ventana en cualquier momento. Andréi Andréich la condujo al cuarto de baño, apretó una palanca empotrada en la pared, y el agua comenzó a correr.

—¿Qué te parece? —sonrió el novio—. He mandado poner en la buhardilla un depósito de cien cubos, y tendremos siempre agua.

Atravesaron el patio, salieron a la calle y tomaron un coche. Densas nubes de polvo presagiaban una lluvia inminente.

—¿No tienes frío? —preguntó él, entornando los ojos a causa del polvo.

Nadia no respondió.

—Ayer, según recordarás, Sasha me tachó de ocioso —dijo Andréi Andréich al cabo de un instante—. La verdad es que lleva razón. Más razón que un santo. No hago nada ni puedo hacerlo. ¿A qué se deberá eso, querida? ¿Por qué me repele hasta la idea de ponerme alguna vez una gorra con escarapela delante y de ir a una oficina? ¿Qué será lo que tanto me enerva al ver a un abogado, o a un profesor de latín, o a un miembro de la Diputación? ¡Oh, madre Rusia, madre Rusia, cuántos holgazanes inútiles sobrellevas todavía! ¡Cuántos como yo cabalgan sobre tus costillas, sufrida madre Rusia!

Andréi Andréich, haciendo de su ociosidad un fenómeno general, veía en ella un signo de la época.

—Cuando nos casemos —continuó diciendo—, nos iremos a un pueblo, amada mía, y trabajaremos. Compraremos una parcela de tierra con jardín, cerca de un río; y allí nos dedicaremos al trabajo y a la contemplación de la vida... ¡Qué bien vamos a estar!

Se quitó el sombrero, y el viento le agitó los cabellos. Nadia le escuchaba y pensaba: «¡Dios mío, qué ganas tengo de llegar a casa! ¡Dios mío!». Ya iban llegando cuando vieron al padre de Andréi.

—¡Ahí va mi padre! —se alegró el novio y le hizo señas con el sombrero—. ¡Hay que ver cómo le quiero! —dijo mientras pagaba al cochero—. Es un viejo magnífico, estupendo.

Nadia entró en su casa enojada, enferma de pensar que toda la tarde habría visitas, que ella tendría que hacer los honores de la casa, sonreír, escuchar el violín, oír mil bobadas y hablar tan sólo de la boda. La abuela, grave, pomposa con su traje de seda, llena del presuntuoso empaque de que siempre hacía gala ante los huéspedes, estaba sentada junto al samovar. Entró el padre de Andréi con su sonrisa pícara.

—Tengo el gusto y el dulce consuelo de verla a usted buena y sana —dijo a la abuela. Era difícil comprender si hablaba en broma o en serio.

IV

El viento azotaba las ventanas y el tejado; se oían silbidos, y el duende de la chimenea entonaba, lúgubre, su cantilena. Habían dado ya las doce de la noche. Aunque todo el mundo estaba ya acostado en la casa, nadie dormía, y a Nadia le parecía que abajo sonaba el violín. De pronto oyó un fuerte golpe, como si el viento hubiese arrancado un postigo. Poco después entró Nina Ivánovna en camisa, con una palmatoria en la mano.

—¿Qué ruido ha sido ése, Nadia?

La madre, con la cabellera recogida en una trenza y con su sonrisa medrosa, en aquella noche de tormenta, parecía más vieja, más fea, más baja. Nadia recordó que hasta poco tiempo antes había tenido a su madre por una mujer extraordinaria, cuyas palabras la llenaban de orgullo. Ahora, por el contrario, no podía ni siquiera acordarse de ellas. Todo cuanto le venía a la memoria era tan débil, tan vago…

En la estufa resonaron súbitamente varias voces de bajo e incluso pareció oírse una exclamación: «¡Oh Di-os mí-ooo!». Nadia

se incorporó en la cama y, mesándose los cabellos con ambas manos, rompió en llanto.

—¡Madre, madre! —profirió entre sollozos—. ¡Si supieras, madre mía, lo que me ocurre! ¡Te ruego que me dejes marcharme de aquí, te lo suplico, te lo suplico!

—¿Adónde? —inquirió Nina Ivánovna extrañada, sentándose en la cama—. ¿Adónde piensas irte?

La hija lloró un buen rato sin poder pronunciar una sola palabra.

—Permíteme que me vaya de aquí —imploró, por fin—. ¡Esa boda no debe celebrarse y no se celebrará! No quiero a ese hombre, ¡compréndelo!, y no puedo ni hablar de él…

—No, hijita, no —replicó Nina Ivánovna presurosa y asustada—. Tranquilízate. Debes estar un poco nerviosa. Todo pasará. Son cosas inevitables. De fijo que habrás reñido con Andréi, pero ya se sabe: novios reñidos, mejor avenidos.

—¡Vete, madre, vete! —sollozó la joven.

—Es lo de siempre —dijo la madre un instante después—. Hace muy poco eras una niña, y ahora ya estás prometida. Hay en la naturaleza un cambio constante de sustancias. Sin percatarte siquiera, serás madre, te harás vieja y tendrás una hija tan rebelde como la que tengo yo…

—Madre querida —repuso Nadia—: tú eres tan desdichada como inteligente. ¡Eres muy desdichada! ¿Por qué, entonces, dices esas ruindades? ¿Por qué, Dios mío?

Nina Ivánovna quiso contestar algo, pero, incapaz de emitir una sola palabra, exhaló un sollozo y se marchó a su alcoba. Las voces de bajo retumbaron de nuevo en la estufa con pavoroso zumbido. Nadia saltó del lecho y corrió en busca de su madre. La encontró acostada, llorosa, cubierta con una colcha azul y con un libro en las manos.

—Escucha, mamá —profirió Nadia—. ¡Te suplico que pienses y comprendas! Date cuenta de lo miserable y humillante que es nuestra vida. Acabo de abrir los ojos, y ahora lo veo todo. ¿Qué es tu alabado Andréi Andréich? Un tonto de capirote, madre. ¡Dios mío! Compréndelo de una vez, mamá: ¡es un imbécil!

Nina Ivánovna se levantó, impulsiva, y se sentó en la cama.

—¡Tú y tu abuela me estáis martirizando! —sollozó—. ¡Yo quiero vivir, vivir! —repitió, golpeándose el pecho por dos veces con el puño—. ¡Dejadme libre! ¡Todavía soy joven, quiero vivir, y me habéis convertido en una vieja!

Llorando amargamente, volvió a tenderse y se encogió bajo la colcha, con lo que pareció minúscula, insignificante, estúpida. Nadia, de vuelta en su cuarto, se vistió y, sentándose al borde de la ventana, se puso a esperar el alba. Así, pensativa, pasó la noche entera. En el patio alguien golpeaba en el postigo sin cesar de silbar.

Por la mañana, la abuela se lamentaba diciendo que el viento había derribado todas las manzanas de los árboles y roto un viejo ciruelo. El tiempo era gris, brumoso, triste. Todos se quejaban del frío, y la lluvia azotaba las ventanas. Después de desayunar, Nadia entró en la habitación de Sasha y, sin pronunciar una sola palabra, se arrodilló en un rincón, junto a una butaca, y se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Qué sucede? —se interesó el joven.

—No puedo más… —profirió ella—. ¡No me cabe en la cabeza cómo he podido vivir aquí hasta ahora! Desprecio a mi novio, me desprecio a mí misma, desprecio toda esta vida ociosa y sin sentido.

—¿Cómo, cómo? —se extrañó Sasha, sin percatarse bien todavía de las palabras de Nadia—. No está mal eso… Me parece muy bien…

—Esta vida se me ha hecho odiosa —continuó la muchacha—. No aguantaré ni un día más. Me voy mañana mismo. ¡Lléveme con usted, por el amor de Dios!

Sasha la miró como pasmado. Por último, haciéndose cargo de todo, se alegró como un chiquillo: se puso a agitar los brazos y a zapatear en el suelo, como bailando de contento.

—¡Magnífico! —exclamaba, frotándose las manos—. ¡Qué bien, Dios mío!

Ella le contemplaba sin pestañear, con sus grandes ojos rebosantes de cariño, esperando, como hechizada, que él le dijera de un momento a otro algo importante, de enorme trascendencia. Y aunque no le dijo nada, a Nadia le parecía ver abrirse ante ella algo nuevo y grande, desconocido hasta entonces. Le miraba llena de esperanza, dispuesta a todo, incluso a morir.

—Yo me marcho mañana —dijo Sasha tras una breve meditación—. Usted irá a acompañarme a la estación... Su equipaje irá en mis maletas y de su billete me encargo yo. Cuando suene la tercera campanada, se mete usted en el tren y nos vamos juntos hasta Moscú. De allí a San Petersburgo irá usted sola. ¿Tiene documentación?

—Sí.

—Le juro que ni lo sentirá ni se arrepentirá —aseguró Sasha entusiasmado—. Estudiará usted, y será lo que el Destino quiera. Al cambiar de vida, cambiará todo. Lo importante es dar la vuelta, y lo demás es tontería. De manera que..., ¿nos vamos mañana?

—¡Sí, sí, por el amor de Dios

Nadia creía estar muy alterada y sufrir una ansiedad espiritual como jamás había experimentado; se imaginaba que iba a atormentarse cavilando hasta el propio momento de su partida; mas apenas llegó a su habitación y se tendió en el lecho, la venció el sueño y durmió profundamente hasta la tarde, con una sonrisa dulce en el rostro, donde aún persistían las huellas del llanto.

V

Mandaron a por un coche. Nadia, con el sombrero y el abrigo puestos, subió a la planta superior para ver una vez más a su madre y echar una mirada de despedida a su cuarto. Después de permanecer un momento ante su cama, caliente aún, entró de puntillas en el dormitorio materno. Nina Ivánovna estaba dormida, y el aposento en silencio. Nadia besó a su madre, le recogió el cabello, estuvo contemplándola cosa de dos minutos y, sin apresurarse, bajó las escaleras.

Llovía con fuerza. El cochero, empapado hasta los huesos, esperaba en el zaguán.

—No vas a caber, Nadia —dijo la abuela cuando los criados se pusieron a cargar las maletas—. Y, además, ¡qué capricho salir con este tiempo endiablado! ¡Quédate en casa! ¿No ves cómo llueve?

Nadia quiso decir algo y no pudo. Sasha la acomodó en el coche y le cubrió las piernas con una manta, tras de lo cual se instaló él mismo, junto a ella.

—¡Buen viaje y que Dios te bendiga! —gritó la abuela desde el porche—. ¡Escribe desde Moscú, Sasha!

—¡Está bien, abuelita!

—¡Que la Reina de los Cielos vele por ti!

—¡Vaya un tiempecito! —murmuró Sasha.

La joven se echó a llorar. Ya estaba convencida de que se marcharía, cosa que no creía mientras se despedía de la abuela ni cuando miraba a su madre. ¡Adiós, ciudad natal! Acudieron en tropel a su memoria la figura de Andréi, la de su padre, el piso nuevo, la mujer desnuda y el jarrón; nada la asustaba ni la entristecía ya; todo era minúsculo e ingenuo y retrocedía más y más en el tiempo. Cuando subieron al tren y éste arrancó, todo el pasado, tan grande y trascendental, se redujo a un ovillo, mientras que el futuro, tan inadvertido hasta entonces, se extendía ante ella en toda su inmensidad. La lluvia repiqueteaba en las ventanas del vagón; sólo se veían los verdes campos; desfilaban, raudos, los postes del telégrafo y las aves posadas en los cables. Un súbito efluvio de alegría le cortó el aliento a Nadia: recordó que iba hacia la libertad, a estudiar, lo cual equivalía a lo que antaño llamaban «irse con los cosacos». La joven lloraba, reía y rezaba, todo a un tiempo.

—¡No es nada! —la tranquilizaba Sasha, sonriente—. ¡Todo irá bien!

VI

Pasó el otoño. Pasó el invierno. Nadia sentía ya una profunda nostalgia y cada día pensaba en su madre, en su abuela, en Sasha. Las cartas de la familia eran serenas, amables y, al parecer, todo estaba perdonado y olvidado. En mayo, después de examinarse, alegre y sana, la muchacha fue a su casa y por el camino se detuvo en Moscú para ver a Sasha. Le encontró como el año pasado: barbudo, revuelta la melena, con la misma chaqueta, los mismos pantalones y los mismos ojos hermosos; pero su aspecto era enfermizo, decaído;

estaba más viejo y flaco, y seguía tosiendo. A Nadia le pareció gris y provinciano.

—¡Dios mío, si es Nadia! —exclamó alborozado y risueño—. ¡Querida Nadia, tesoro mío!

Permanecieron un rato en la litografía, llena de humo de tabaco y de un intenso olor a tintas y a pinturas. Después fueron al cuarto de Sasha. El suelo estaba plagado de escupitajos y el aire viciado de humo; sobre la mesa, junto al samovar frío, había un plato roto y un papel oscuro; y en las paredes y en el suelo abundaban las moscas muertas. Saltaba a la vista el desorden reinante en la vida de Sasha; se notaba que éste vivía al buen tuntún, despreciando todas las comodidades; y si alguien le hubiese hablado de su bienestar personal, de su vida privada, de amor hacia sí mismo, nuestro hombre no lo hubiera entendido y se hubiera echado a reír.

—Todo se arregló de la mejor manera —le refirió Nadia, apresuradamente—. Mi madre fue a verme a San Petersburgo el otoño pasado y me dijo que mi abuela no estaba enfadada; pero iba a menudo a mi habitación y hacía la señal de la cruz en las paredes.

Sasha tenía un aspecto jovial, pero tosía a menudo y hablaba con voz cascada. Nadia, al mirarle, no acertaba a adivinar si, en efecto, estaba enfermo de cuidado o era sólo una figuración de ella.

—¡Sasha, querido Sasha! —le dijo—. Está usted enfermo…

—No, no es nada. Estoy un poco delicado, pero no mucho.

—Pero, por Dios —se alteró ella—, ¿qué hace que no se cuida ni mira por su salud? Sasha, querido Sasha —murmuró con los ojos empañados por las lágrimas; y, sin explicárselo ella misma, surgió en su memoria la figura de Andréi Andréich, la mujer desnuda, el jarrón y todo su pasado, que ahora se le antojaba tan lejano como su niñez. Y lloró porque Sasha no le parecía ya tan moderno, tan inteligente ni tan interesante como el año anterior—. ¡Querido Sasha, se halla usted enfermo, muy enfermo! No sé lo que haría por no verle tan pálido y delgado. ¡Le debo tanto! ¡No puede imaginarse el favor que me ha hecho usted, querido Sasha! Hoy, realmente, es usted la persona a quien más cariño tengo.

Charlaron de mil cosas. Para Nadia, después de haber pasado un invierno en Petersburgo, las palabras de Sasha, su sonrisa y su

figura toda tenían un aire caduco, trasnochado, vetusto y puede que hasta cadavérico.

—Pasado mañana me marcho al Volga —le notificó él—. Y luego iré a hacer un tratamiento de kumis[35]. Viene conmigo un matrimonio amigo. La mujer es una persona excelente. Yo no hago más que persuadirla para que vaya a estudiar. Quisiera que hiciese una revolución en su vida.

Después se marcharon a la estación. Sasha agasajó a Nadia con té y manzanas. Cuando arrancó el tren, él quedó sonriendo en el andén y agitando el pañuelo. Hasta en los pies se le notaba que estaba enfermo y que, probablemente, le quedaba poco tiempo de vida.

Nadia llegó a su ciudad natal a mediodía. Mientras iba de la estación a su casa, las calles le parecieron muy anchas, y las casas pequeñas y achatadas. No halló en su camino más que a un alemán afinador de pianos con un abrigo rojizo. Todos los edificios estaban como cubiertos de polvo. La abuela, muy vieja, igual de gorda y de fea que antes, abrazó a Nadia y lloró largamente con la cara apoyada en su hombro, sin poder apartarse. Nina Ivánovna, también mucho más vieja y fea, parecía haberse encogido, pero seguía manteniéndose estirada, y los brillantes refulgían en sus dedos.

—¡Querida mía! —sollozaba temblando de arriba abajo—. ¡Querida hija mía!

Luego estuvieron sentadas en silencio. Se advertía que la madre y la abuela consideraban el pasado perdido para siempre: ya no tenían ni posición en la sociedad, ni los honores de antes, ni el derecho a invitar huéspedes. Se hallaban en la situación que se produce cuando, en medio de una existencia despreocupada, se presenta de pronto la policía, practica un registro y viene a resultar que el dueño de la casa ha cometido fraudes y falsificaciones, y se acaba la existencia frívola y despreocupada.

Subió Nadia a la segunda planta y vio la misma cama, las mismas ventanas de blancas y sencillas cortinas y, por las ventanas, el mismo jardín soleado, alegre, lleno de ruidos. Palpó la mesa, se sentó, pensó unos instantes. Luego almorzó bien, tomó té con sabrosa y espesa nata; pero le faltaba algo; se notaba cierto vacío en las habitaciones, y los techos se le antojaban más bajos. Polla noche,

35. Leche fermentada de yegua.

cuando se acostó y se arropó, le pareció extraño aquel lecho tan abrigado y mullido.

Entró Nina Ivánovna y se sentó como quien tiene alguna culpa: tímidamente, recelosa.

—¿Qué tal, Nadia? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Estás contenta? ¿Muy contenta?

—Mucho, mamá.

Nina Ivánovna se levantó y santiguó primero a Nadia y luego a las ventanas:

—Pues yo, como ves, me he vuelto religiosa.

Ahora, ¿sabes?, me dedico a la filosofía y no hago más que pensar y pensar... Muchas cosas se han hecho, para mí, claras como el día. Ante todo, creo necesario que la vida pase como por un prisma.

—Dime, mamá, ¿qué tal la salud de la abuela?

—Pues no parece que vaya mal... Cuando te marchaste con Sasha y llegó tu telegrama, leerlo y caer desmayada fue todo uno. Tres días estuvo sin conocimiento. Después se pasaba el tiempo rezando y llorando. Pero ya se encuentra bien.

Dicho esto se levantó y dio un paseo por el cuarto.

«Tac-tac, tac-tac, tac-tac...», sonaba la matraca del sereno.

—Ante todo es necesario que la vida pase como a través de un prisma —repitió Nina Ivánovna—. Es decir, que la vida, en la conciencia, se descomponga en los elementos más simples, como en los siete colores fundamentales, y que cada elemento se estudie por separado.

Nadia se durmió y, por tanto, no oyó el resto del discurso de su madre ni se dio cuenta de cuándo se marchó.

Pasó mayo, y llegó junio. Nadia se había acostumbrado ya a la casa. La abuela, trajinando con el samovar, suspiraba profundamente. Nina Ivánovna volvía una y otra vez a su tema filosófico; seguía viviendo allí como de favor, y hasta cuando necesitaba unos céntimos tenía que pedírselos a la abuela. Había en la casa legiones de moscas. Los techos de las habitaciones parecían cada vez más bajos. La «abuelita» y Nina Ivánovna no salían a la calle por miedo a encontrarse con Andréi Andréich o con el padre Andréi. Nadie paseaba por el jardín y por la calle, contemplando los edificios y las vallas grises; le parecía que todo era viejo y caduco en la ciudad

y que todo esperaba su fin o quizá el comienzo de algo joven y pujante. ¡Oh, si llegase pronto la nueva vida, la vida luminosa que permitiese mirar audazmente, cara a cara, al Destino, creerse en el terreno justo, ser alegre y libre! Aquella vida llegaría, más tarde o más temprano. Vendría una época en la que no quedaría ni rastro de la casa de la abuela, en la que todo el mundo se olvidaría de ella y en la que nadie se acordaría de aquella casa, donde las cuatro criadas no podían vivir sino en una sola habitación, en el sótano y entre inmundicias. La única distracción de Nadia eran los chicuelos del patio vecino: cuando ella paseaba por el jardín, los pequeños golpeaban la valla y, riendo, le hacían burla:

—¡La novia, la novia!

Recibió una carta de Sasha, procedente de Sarátov. Con sus revueltos garabatos anunciaba que el viaje por el Volga le había salido a las mil maravillas, pero en Sarátov se puso algo enfermo, perdió la voz y llevaba dos semanas encamado en el hospital.

Nadia comprendió lo que aquello significaba. Un presentimiento que era casi una sensación de seguridad se apoderó de ella. Sin embargo, le resultaba desagradable que aquel presagio y el recuerdo de Sasha no la emocionasen como en otros tiempos. Ansiaba vivir, quería regresar a San Petersburgo, y su conocimiento con Sasha le parecía ya una cosa que, aunque grata, pertenecía a un período remoto.

Pasó en vela la noche entera, y la mañana la sorprendió sentada junto a la ventana, con el oído atento. En efecto, abajo sonaban voces. La abuela, alterada, preguntaba algo aceleradamente. Luego, alguien rompió a llorar... Cuando Nadia descendió a la planta baja encontró a la abuela llorosa, rezando de pie en un rincón. Sobre la mesa había un telegrama.

La joven anduvo de un lado a otro de la habitación oyendo llorar a la abuela. Por último, recogió de la mesa el telegrama y lo leyó. Informaba que el día anterior, por la mañana, había fallecido, víctima de la tuberculosis. Aleksandr Timófeich o, sencillamente, Sasha.

Nina Ivánovna y la abuela fueron a la iglesia a encargar el funeral. Mientras tanto, Nadia recorría, pensativa, las habitaciones. Comprendía que en su vida se había producido la revolución que tanto ansiaba Sasha; que en aquella ciudad se encontraba sola, que

era una extraña inútil, que allí todo era innecesario para ella, que su pasado no existía ya, que había desaparecido como devorado por el fuego y que sus cenizas habían sido aventadas, dispersándose en el aire. Penetrando en el cuarto de Sasha permaneció de pie un momento.

«¡Adiós, querido Sasha!», exclamó para sí, y ante ella se dibujó la vida nueva, de inmensos horizontes; y esta nueva existencia, imprecisa aún y llena de misterio, la seducía con poder hechicero.

Subió a su aposento y se puso a preparar el equipaje. A la mañana siguiente se despidió de todos los de la casa y, animada y contenta, abandonó la ciudad.

No pensaba volver.

El padre de familia

Lo que voy a referir sucede generalmente después de una pérdida al juego o una borrachera o un ataque de catarro estomacal. Stefan Stefanovitch Gilin se despierta de muy mal humor. Refunfuña, frunce las cejas, se le eriza el pelo; su rostro es cetrino; diríase que lo han ofendido o que algo le inspira repugnancia. Se viste despacio, bebe su agua de Vichy y va de una habitación a otra.

-Quisiera yo saber quién es el animal que nos cierra las puertas. ¡Que quiten de ahí ese papel! Tenemos veinte criados, y hay menos orden que en una taberna. ¿Quién llama? ¡Que el demonio se lleve a quien viene!

Su mujer le advierte:

-Pero si es la comadrona que cuidaba a nuestra Fedia.

-¿A qué ha venido? ¿A comer de balde?

-No hay modo de comprenderte, Stefan Stefanovitch; tú mismo la invitaste, y ahora te enfadas.

-Yo no me enfado; me limito a hacerlo constar. Y tú, ¿por qué no te ocupas en algo? Es imposible estar sentado, con las manos cruzadas y disputando. Estas mujeres son incomprensibles. ¿Cómo pueden pasar días enteros en la ociosidad? El marido trabaja como un buey, como una bestia de carga, y la mujer, la compañera de la vida, permanece sentada como una muñequita; no se dedica a nada; sólo busca la ocasión de querellarse con su marido. Es ya tiempo de que dejes esos hábitos de señorita; tú no eres una señorita; tú eres una esposa, una madre. ¡Ah! ¿Vuelves la cabeza? ¿Te duele oír las verdades amargas?

-Es extraordinario. Esas verdades amargas las dices sólo cuando te duele el hígado.

-¿Quieres buscarme las cosquillas?

-¿Dónde estuviste anoche? ¿Fuiste a jugar a casa de algún amigo?

-Aunque fuera así, nadie tiene nada que ver con ello. Yo no debo rendir cuentas a quienquiera que sea. Si pierdo, no pierdo más que mi dinero. Lo que se gasta en esta casa y lo que yo gasto a mí pertenecen. ¿Lo entiende usted?, me pertenece.

En el mismo tono prosigue incansablemente. Pero nunca Stefan Stefanovitch aparece tan severo, tan justo y tan virtuoso como durante la comida, cuando toda la familia está en derredor suyo. Cierta actitud se inicia desde la sopa. Traga la primera cucharada, hace una mueca y cesa de comer.

-¡Es horroroso! -murmura-; tendré que comer en el restaurante.

-¿Qué hay? -pregunta su mujercita-. La sopa, ¿no está buena?

–No. Hace falta tener paladar de perro para tragar esta sopa. Está salada. Huele a trapo. Las cebollas flotan deshechas en trozos diminutos semejantes a insectos... Es increíble. Amfisa Ivanova -exclamó dirigiéndose a la comadrona-. Diariamente doy una buena cantidad de dinero para los víveres; me privo de todo, y vea cómo se me alimenta. Seguramente hay el propósito de que deje mi empleo y que yo mismo me meta a guisar.

-La sopa está hoy muy sabrosa -hace notar la institutriz.

-¿Sí? ¿Le parece a usted? -replica Gilin, mirándola fijamente-. Después de todo, cada uno tiene su gusto particular; y debo advertir que nuestros gustos son completamente diferentes. A usted, por ejemplo, ¿le gustan los modales de este mozuelo?

Gilin, con un gesto dramático, señala a su hijo y añade:

-Usted se halla encantada con él, y yo simplemente me indigno.

Fedia, niño de siete años, pálido, enfermizo, cesa de comer y abate los ojos. Su cara se pone lívida.

-Usted -agrega Stefan Stefanovitch- está encantada; mas yo me indigno de veras. Quién lleva la casa lo ignoro; mas me atrevo a pensar que yo, como padre que soy, conozco mejor a mi hijo que usted. Observe usted, observe cómo se sienta. ¿Son esos los modales de un niño bien criado? ¡Siéntate bien!

Fedia levanta la cabeza, estira el cuello y se figura estar más derecho. Sus ojos se inundan de lágrimas.

-¡Come! ¡Toma la cuchara como te han enseñado! ¡Espera! Yo te enseñaré lo que has de hacer, mal muchacho. No te atreves a mirar. ¡Mírame de frente!

Fedia procura mirarlo de frente; pero sus facciones tiemblan y las lágrimas afluyen a sus ojos con mayor abundancia.

-¡Vas a llorar! ¿Eres culpable y aun lloras? Colócate en un rincón, ¡bruto!

-¡Déjale, al menos, que acabe de comer! – interrumpe la esposa.

-¡Que se quede sin comida! Gaznápiros de esta especie no tienen derecho a comer.

Fedia, convulso y tembloroso, abandona su asiento, y se sitúa en el ángulo de la pieza.

-Más te castigaré todavía. Si nadie quiere ocuparse de tu educación, soy yo quien se encargará de educarte. Conmigo no te permitirás travesuras, llorar durante la comida, ¡bestia! Hay que trabajar; tu padre trabaja; tú no has de ser más que tu padre. Nadie tiene derecho a comer de balde. Hay que ser un hombre.

-¡Acaba, por Dios! -implora su mujer, hablando en francés-. No nos avergüences ante los extraños. La vieja lo escucha todo y va a referirlo a toda la vecindad.

-Poco me importa lo que digan los extraños -replica Gilin en ruso-. Amfisa Ivanova comprende bien que mis palabras son justas. ¿Te parece a ti que ese ganapán me dé muchos motivos de contentamiento? Oye, pillete, ¿sabes tú cuánto me cuestas? ¿Te imaginas que yo fabrico el dinero, o que me lo dan de balde? ¡No llores! ¡Cállate ya! ¿Me escuchas, o no? ¿Quieres que te dé de palos? ¡Granuja!...

Fedia lanza un chillido y solloza.

-Esto es ya imposible -exclama la madre, levantándose de la mesa y arrojando la servilleta-. No podemos comer tranquilamente. Los manjares se me atragantan.

Se cubre los ojos con un pañuelo y sale del comedor.

-¡Ah!, la señora se ofendió -dice Gilin sonriendo malévolamente-. Es delicada, en verdad, lo es demasiado. ¡Ya lo creo, Amfisa Ivanova! No le gusta a la gente oír las verdades. ¡Seré yo quien acabe por tener la culpa de todo!

Transcurren algunos minutos en completo silencio. Gilin advierte que nadie ha tocado aún la sopa; suspira, se fija en la cara descompuesta y colorada de la institutriz, y le pregunta:

-¿Por qué no come usted, Bárbara Vasiliena? ¡Usted también se habrá ofendido, seguramente! ¿La verdad no es de su agrado? Le pido mil perdones. Yo soy así. Me es imposible mentir. Yo no puedo ser

hipócrita. Siempre digo la verdad lisa y llana. Pero noto que aquí mi presencia es desagradable. Cuando yo me hallo presente, nadie se atreve a comer ni a hablar. ¿Por qué no me lo hacen saber? Me marcharé...; me voy...

Gilin se pone en pie, y con aire importante se dirige a la puerta. Al pasar frente a Fedia, que sigue llorando, se detiene, echando atrás la cabeza con arrogancia, y pronuncia estas frases:

-Después de lo ocurrido, puede usted recobrar su libertad. No me interesaré más por su educación. Me lavo las manos. Le pido perdón si, ansiando con toda mi alma su bien, le he molestado, así como a sus educadores. Al mismo tiempo declino para siempre mi responsabilidad por su porvenir.

Fedia solloza con más fuerza. Gilin, cada vez más importante, vuelve la espalda y se retira a una habitación.

Dormido que hubo la siesta, los remordimientos lo asaltan. Se avergüenza de haberse comportado así ante su mujer, ante su hijo, ante Amfisa Ivanova, y hasta teme acordarse de la escena acaecida poco antes. Pero tiene demasiado amor propio y le falta valor para mostrarse sincero, limitándose a refunfuñar.

Al despertar, al día siguiente, se siente muy bien y de buen humor; se lava silbando alegremente. Al entrar en el comedor para desayunarse ve a Fedia, que se levanta y mira a su padre con recelo.

-¿Qué tal, joven? -pregunta Gilin, sentándose-. ¿Qué novedades hay, joven? ¿Todo anda bien?... Ven, chiquitín, besa a tu padre.

Fedia, pálido, serio, se acerca y pone sus labios en la mejilla de su padre. Luego retrocede y torna silencioso a su sitio.

Las sensaciones fuertes

Ocurrió en el Tribunal regional de Moscú. Los jurados que habían de pernoctar en el Tribunal pusiéronse a conversar, antes de acostarse, sobre el tema de las impresiones fuertes. Fue el recuerdo de uno de los testigos que, según sus propias palabras y a consecuencia de un terrible minuto de su vida, se había vuelto tartamudo y canoso, lo que les hizo caer en este tema. Los jurados acordaron rebuscar cada uno en su memoria y referir algo sobre dicho género antes de acostarse. La vida del hombre es corta, pero aun así y todo no hay nadie que pueda jactarse de no haber pasado en ella por algunos minutos terribles.

Uno de los jurados contó cómo en una ocasión había estado a punto de ahogarse; otro, cómo una vez, por la noche y encontrándose en un lugar en el que no existían médico ni farmacias, había envenenado a su propio hijo dándole a beber por equivocación sulfato de cinc en lugar de bicarbonato de sosa. El niño no se murió, pero el padre por poco se vuelve loco. El tercer miembro del jurado, hombre todavía joven y de aire enfermizo, reveló sus dos intentos de suicidio: en uno de ellos se había pegado un tiro; en el otro, habíase tirado al tren.

El cuarto jurado, hombre bajito y gordiflón, vestido elegantemente, refirió lo que sigue:

—No tendría yo más que veintidós o veintitrés años cuando me enamoré locamente de mi actual mujer y pedí su mano... Ahora me pegaría de azotes muy gustoso, por haberme casado tan joven, pero en aquel entonces no sé lo que hubiera sido de mí si Natasha me hubiera respondido con una negativa. Mi amor era de lo más sincero..., de ese que se describe en las novelas..., frenético, pasional, etcétera... La felicidad me ahogaba, y no sabiendo cómo escapar a ella aburría a mi padre, a mis amigos, a los criados, contándoles sin cesar lo ardiente que era mi amor. Las personas felices son las más aburridas, y yo aburría a todos de tal manera que todavía ahora me da vergüenza.

Entre mis amigos de entonces estaba un abogado que empezaba a ejercer su carrera. Ahora este abogado es famoso en toda Rusia, pero en aquel tiempo no había hecho más que

empezar. Todavía no era rico ni lo suficientemente célebre para tener derecho a no saludar y a, prescindir de quitarse el sombrero al encontrarse con los viejos amigos. Una o dos veces por semana acostumbraba visitarle, y ambos solíamos, cuando yo iba a su casa, tumbamos en los divanes y ponernos a filosofar.

Un día, echado en el diván, charlaba yo sobre que no hay profesión más ingrata que la del abogado. Quería demostrar que el juez, después de terminado el interrogatorio de los testigos, podía prescindir del fiscal y del abogado, ya que el uno y el otro no hacen más que estorbar y, por tanto, si un letrado tiene la inteligencia sana y está tan convencido de que Ivánov es culpable como de que este techo es blanco, ni Demóstenes sería capaz de luchar contra esa convicción y de vencerla. ¿Quién podría convencerme a mí de que tengo los bigotes rojos cuando yo sé que los tengo negros? ¡No digo que escuchando al orador no llegara a conmoverme y hasta a llorar...! Pero mi convencimiento, basado en su mayor parte en la evidencia, en el hecho consumado, no cambiaría en nada...

A su vez *mi abogado* pretendía demostrar que yo era todavía muy joven, que era tonto y que no decía más que las bobadas propias de un chiquillo. En primer lugar, según su opinión, un hecho palpable, examinado a la luz de las personas conscientes y bien informadas en la materia, se hace aún más palpable... En segundo, el talento es un elemento de fuerza, un vendaval, capaz de triturar hasta las piedras, y no admite comparación con una tontería como es la *convicción* en los pequeños burgueses y comerciantes. Luchar contra el talento es algo tan difícil como mirar al sol sin pestañear o pretender detener al viento. Con sólo la sencilla fuerza de la palabra se convierten al cristianismo miles de salvajes convencidos. Odiseo fue uno de los seres más convencidos que hubo jamás en el mundo, pero se rindió ante las sirenas, etcétera. La historia entera está compuesta de ejemplos semejantes, con los que a cada paso tropezamos en la vida, y así tiene que ser, pues de lo contrario un hombre inteligente y de talento en nada aventajaría a un tonto sin talento alguno.

Yo defendía mi punto de vista y seguía intentando demostrar que la convicción tiene mayor fuerza que el talento, aunque he de

confesar que yo mismo no sabía definir exactamente lo que era la convicción y lo que era el talento. ¡Hablaría seguramente sólo por hablar!

—¡Por ejemplo, tú...! —dijo el abogado—. Ahora estás convencido de que tu novia es un ángel y de que más dichoso que tú no hay hombre en la ciudad..., pero yo te digo que me bastarían diez o veinte minutos «para que te sentaras a esa mesa y escribieras una carta rompiendo con tu novia».

Me eché a reír.

—¡No te rías, que estoy hablando en serio! —dijo mi amigo—. Si se me antojara..., dentro de veinte minutos te sentirías feliz pensando en que ya no ibas a casarte. No tengo un talento extraordinario; pero como en eso tú tampoco eres muy fuerte...

—¡Bien! ¡Haz la prueba! —dije yo.

—No... ¿Para qué...? Lo digo sólo por decir. Eres un buen muchacho y sería cruel hacerte pasar por semejante experiencia. Además, hoy no estoy en mis plenas facultades...

Nos sentamos a cenar. El vino, la idea de Natasha y mi amor me infundían un sentimiento de juventud y de felicidad. Mi dicha era tan inmensamente grande que el abogado de ojos verdes sentado frente a mí se me figuraba un ser sumamente infeliz..., pequeño..., gris...

—¡Anda! ¡Haz la prueba! —insistía yo—. ¡Te lo pido!

El abogado movió negativamente la cabeza e hizo después una mueca de desagrado. Empezaba a aburrirle.

—Sé que después de hecha la experiencia me darías las gracias y dirías que soy tu salvador; pero también es menester pensar en tu novia... Te ama y la haría sufrir el que rompieras con ella. ¡Qué encanto de mujer! ¡Te tengo una envidia!

El abogado suspiró, se bebió un vaso de vino y empezó a ponderar los encantos de Natasha. Tenía un talento extraordinario para la descripción. Disponía de infinidad de palabras para hablar de las pestañas o del dedo meñique de una mujer. Yo le escuchaba embelesado.

—¡He visto muchas mujeres en mi vida —decía—; pero te doy mi palabra de honor, te lo digo como a un verdadero amigo; que tu Natalia Andréievna es una perla! ¡Una muchacha

excepcional...!

¡Claro está que tiene defectos y hasta bastantes, si quieres...! Sin embargo, es encantadora...

El abogado se puso a hablar después de los defectos de mi novia. Ahora me doy perfectamente cuenta de que hablaba de la mujer en general, de sus debilidades; pero entonces me hacía el efecto de que se refería únicamente a Natasha. Se entusiasmaba hablando de su nariz respingona, de sus exclamaciones, de su risa chillona y de su afectación, o sea precisamente de todo aquello que me desagradaba en ella. ¡Eran cosas, según él, tan bonitas, tan graciosas y femeninas! Después, y sin que yo apenas me percatara del cambio, trocaba aquel tono entusiasmado por el paternal y moralizador, aunque ligeramente despreciativo...

Como el presidente del Juzgado estaba ausente, no había quien pudiera detener la charla del abogado, que continuaba hablando. A mí no me daba tiempo ni de abrir la boca, y, además, ¿qué podía haber dicho? Las palabras de mi amigo no revelaban nada nuevo, sino algo ha largo tiempo conocido de todos. El veneno no estaba en lo que decía, sino en su diabólica manera de expresarse.

¡Qué manera, diablos...! Escuchándole entonces, me convencí de que, en efecto, una misma palabra tiene mil significados y matices; según se pronuncie y según la forma que se dé a la frase.

No puedo ahora hacerles ver qué forma era ésta, ni cuál el tono en que se hablaba; sólo puedo decirles que mientras paseando por la habitación escuchaba a mi amigo, tan pronto despreciaba como me indignaba al unísono con él. Llegué a creerle inclusive cuando con lágrimas en los ojos declaró que yo era un gran hombre, merecedor de mejor destino, y que el futuro esperaba de mí algo extraordinario, cosa que mi casamiento podía impedir.

—¡Amigo mío! —exclamaba estrechándome fuertemente la mano—. ¡Te lo suplico! ¡Detente antes que sea tarde! ¡Detente! ¡Que el Cielo te arranque de tu horrible y profundo error! ¡Amigo mío...! ¡No te destroces tu juventud!

Lo querrán ustedes creer o no, pero es el caso que al final de

esta escena encontrábame yo sentado ante la mesa escribiendo una carta de ruptura a mi novia. Escribía, y mientras lo hacía me alegraba de sentirme todavía a tiempo de no cometer aquel error. Después de cerrar la carta, me apresuré a salir a la calle para ir a echarla al buzón. El abogado me acompañaba.

—¡Magnífico! ¡Maravilloso! —me decía cuando mi carta, a Natasha había desaparecido en el buzón—. ¡Te felicito de todo corazón! ¡Me alegro por ti!

Después de dar unos pasos a mi lado, el abogado prosiguió:

—¡Claro que el matrimonio tiene también sus ventajas! Yo, por ejemplo, soy de esa clase de personas para las que el matrimonio y la vida familiar es el todo...

Empezó entonces a descubrirme su vida. ¡Toda la tristeza de la vida solitaria de un soltero comenzó a desfilar ante mí!

Hablaba con tal entusiasmo de su futura esposa, de las delicias de la vida vulgar del matrimonio...; se entusiasmaba de una manera tan bella, tan sincera que cuando llegamos a la puerta de su casa me sentía ya desesperado.

—¿Qué estás haciendo conmigo, hombre terrible? —decía yo, entrecortado el aliento—. ¡Has sido la causa de mi pérdida! ¿Por qué me obligaste a escribir aquella maldita carta? ¡La amo, la amo...!

Estaba profundamente enamorado, y mi conducta me llenaba de espanto, me parecía estúpida e insensata. ¡Sensación tan fuerte como la que yo experimenté en aquel momento no pueden ustedes imaginarse! ¡Oh, lo que pasé entonces, lo que sentí! Si en aquel instante un buen corazón me hubiera prestado una pistola, con deleite me hubiera pegado un tiro.

—Bueno, bueno... —dijo el abogado dándome unas palmaditas, tras de lo que se echó a reír—. ¡No llores! La carta no llegará a tu novia. Fui yo y no tú quien puso la dirección del sobre, y lo hice de tal modo que en el correo no podrán comprender nada. Esto, sin embargo, te servirá de lección: ¡No discutas sobre lo que no comprendes...! Y ahora, señores, le toca hablar al siguiente.

El quinto miembro del Jurado se acomodó en su asiento, y ya había abierto la boca para empezar su relato, cuando en la torre

de Spasskaia sonó el reloj.

—Las doce... —contó uno de los jurados—. ¿A qué clase, señores, creen ustedes que pertenecen las sensaciones que experimenta en este momento nuestro acusado...? El asesino pasa la noche en el calabozo del Juzgado, está sentado; como es natural, no duerme, y durante todo el curso de la noche ha aguzado el oído tratando de percibir ese sonido... ¿En qué piensa...? ¿Qué ensueños son los que le turban?

De pronto los jurados olvidaron el tema de las *impresiones fuertes*. Lo sufrido por su amigo cuando escribió un día aquella carta a su Natasha se les antojaba ahora pueril y desprovisto de gracia. Ya nadie contaba nada. Despacio y en silencio se dispusieron a acostarse...

Amorcito

OLENKA, LA HIJA del asesor de colegio(36) retirado Plemiánnikov, estaba sentada, pensativa, en un peldaño del pórtico, en el patio de su casa. Hacía calor, las moscas insistían en molestar y resultaba agradable pensar que la noche ya estaba cerca. Desde el este avanzaban oscuras nubes y, de vez en cuando, llegaba una brisa húmeda.

De pie, en medio del patio, mirando al cielo, estaba Kukin, empresario del parque de diversiones Tívoli, quien se hospedaba en un pabellón de la casa.

—¡Otra vez! —decía con desesperación—. ¡Otra vez habrá lluvia! ¡Todos los días llueve, todos los días! Como si fuera a propósito... ¡Es la muerte! ¡Es la ruina! ¡Todos los días tengo tremendas pérdidas!

Agitó los brazos y prosiguió, dirigiéndose a Olenka:

—Ya ve usted, Olga Semiónovna, cómo es nuestra vida. ¡Es para llorar! Uno trabaja, se afana, sufre, no duerme de noche, pensando en la manera de mejorar las cosas y todo..., ¿para qué? Por un lado, es el público, ignorante y salvaje. Le doy la mejor opereta, la magia, excelentes cupletistas, pero ¿le interesa eso acaso? ¿Lo entiende acaso? No, lo que el público necesita es un teatro de feria. ¡Quiere vulgaridades! Por otro lado, mire usted el tiempo. Casi todas las noches llueve. Desde que empezó, el diez de mayo, siguió lloviendo sin parar todo el mes y luego también en junio, ¡es algo terrible! El público no viene, y sin embargo el arrendamiento, ¿lo pago o no? A los actores, ¿les pago o no?

Al atardecer del día siguiente el cielo volvió a nublarse y Kukin decía con risa histérica:

—¡Muy bien!... ¡Que llueva! ¡Que se inunde todo el parque y que me ahogue allí mismo! Ya sé que no voy a tener suerte en este mundo ni tampoco en el otro... ¡Que los actores me demanden ante el juzgado! ¡Que me manden a Siberia a los trabajos forzados! ¡Que me lleven al cadalso! ¡Ja, ja, ja!

Al tercer día sucedió lo mismo... Olenka escuchaba a Kukin en silencio, con expresión seria, y a veces las lágrimas asomaban a sus ojos. Al final, las desgracias de Kukin la conmovieron y terminó

---

36. Octava clase en la escala jerárquica civil rusa.

enamorándose de él. Era flaco, de baja estatura, con cara amarilla y el cabello peinado sobre las sienes; hablaba con una débil vocecita de tenor y al hablar torcía la boca; en su cara siempre estaba reflejada la desesperación; y a pesar de todo, suscitó en Olenka un sentimiento auténtico y profundo. Constantemente, ella amaba a alguien y no podía vivir sin ello. Antes amaba a su papá, que ahora estaba enfermo y pasaba el tiempo sentado en su sillón, a oscuras, respirando con dificultad; luego amaba a su tía, que vivía en Briansk y los visitaba una vez cada dos años; y antes aun, cuando era alumna del colegio, amaba a su profesor de francés. Era una señorita apacible, bondadosa y compasiva, de mirada mansa y tierna; tenía buena salud. Mirando sus llenas y sonrosadas mejillas, su blanco y suave cuello, que tenía un lunar, su ingenua y bondadosa sonrisa, que aparecía en su rostro cuando ella escuchaba algo agradable, los hombres pensaban: «Sí, no está mal...», y sonreían también, mientras que las damas no podían contenerse y, en plena conversación, la asían de la mano y exclamaban, contentas:

—¡Amorcito!

La casa que habitaba desde el día de su nacimiento y que en el testamento estaba anotada a su nombre, se hallaba en un extremo de la ciudad, en el arrabal gitano, cerca del parque Tívoli; por las noches, al oír la música y el estallido de los cohetes, ella imaginaba a Kukin desafiando a su destino y acometiendo en un ataque frontal contra su principal enemigo: el indiferente público; su corazón latía con dulce ansiedad, ahuyentando el sueño, y cuando él, a la madrugada, regresaba a casa, ella, desde su dormitorio, golpeaba suavemente en la ventana y le sonreía con cariño, sin mostrarle, a través de las cortinas, más que la cara y un hombro... Él pidió su mano y se casaron. Y cuando vio mejor su cuello y sus hombros redondeados y sanos, levantó los brazos y exclamó:

—¡Amorcito!

Era dichoso, pero como llovió el día de la boda y también por la noche, su rostro no cesaba de trasuntar un aire de desesperación.

Después de la boda las cosas marcharon bien. Ella atendía la caja, vigilaba el orden en el parque, anotaba los gastos, se ocupaba de pagar los sueldos, y sus mejillas rosadas, junto con su ingenua y radiante sonrisa, aparecían fugazmente ya en la ventanilla de la

boletería, ya entre bastidores, ya en el bufet. Y ya empezaba a decir a sus conocidos que lo más notable, lo más importante y lo más necesario que había en el mundo era el teatro y que sólo en el teatro uno podía obtener el gozo auténtico y llegar a ser culto y humano.

—Pero ¿acaso el público es capaz de entenderlo? —decía ella—. Lo que él necesita es teatro de feria. Anoche poníamos en escena *Fausto* al revés y casi todos los palcos estaban vacíos; si Vánechka y yo hubiéramos ofrecido alguna obra vulgar, puedes estar seguro, el teatro habría estado repleto. Mañana Vánechka y yo representaremos *Orfeo en los infiernos*. ¡Venga usted también!

Todo lo que Kukin decía sobre el teatro y los actores, lo repetía ella también. Igual que él, despreciaba al público por su indiferencia hacia el arte y por su ignorancia; intervenía en los ensayos, dando indicaciones a los actores; vigilaba la conducta de los músicos, y cuando el periódico local publicaba alguna nota desfavorable al teatro, ella lloraba y más tarde iba a la redacción a pedir explicaciones.

Los actores la querían y la llamaban «Amorcito» y «Vánechka y yo»; a su vez ella los compadecía y les daba pequeños préstamos, y cuando la engañaban a veces, lloraba a escondidas, sin quejarse a su marido.

También en invierno las cosas marchaban bien. Arrendaron el teatro de la ciudad por toda la temporada y lo alquilaban por períodos breves ya al elenco ucraniano, ya al prestidigitador, ya a los aficionados locales. Olenka engordaba y resplandecía de satisfacción, mientras que Kukin se tornaba más flaco y más amarillo y se quejaba de las tremendas pérdidas, aunque durante todo el invierno las cosas iban bastante bien. Por las noches tosía y ella le hacía beber té de frambuesa y de tilo, le frotaba el pecho con agua de colonia y lo envolvía en sus suaves chales.

—¡Lindo mío! —le decía con absoluta sinceridad, alisándole los cabellos—. ¡Lindito mío!

Durante la cuaresma Kukin viajó a Moscú para formar la compañía y ella no podía dormir sin él y pasaba las noches junto a la ventana, mirando las estrellas. En aquellos momentos se comparaba con las gallinas, que tampoco duermen de noche y se sienten intranquilas, si el gallo no está en el gallinero. Kukin se demoró en

Moscú, le escribió que pensaba volver para la Semana Santa y en sus cartas ya hacía disposiciones con respecto a Tivoli. Pero en víspera del Lunes Santo, a avanzadas horas de la noche, resonaron de repente lúgubres golpes en el portón; alguien golpeaba el postigo y éste retumbaba como un tonel: ¡bum! ¡bum! ¡bum! La somnolienta cocinera corrió a abrir la puerta, chapoteando en los charcos con los pies descalzos.

—¡Abra, por favor! —decía del otro lado del portón una sorda voz de abajo—. ¡Un telegrama!

También antes Olenka recibía telegramas de su marido, pero esta vez, sin saber por qué, se quedó atónita. Con manos temblorosas abrió el telegrama y leyó lo siguiente:

«Iván Petrovich falleció hoy súbitamente coratán esperamos disposiciones tepelio martes».

Así estaba en el telegrama: «tepelio» y una palabra incomprensible «coratán»; la firma era del director de la compañía de operetas.

—¡Palomito mío! —exclamó entre sollozos Olenka—. ¡Vánechka, querido mío! ¿Para qué te habré yo encontrado? ¿Para qué te habré yo conocido y amado? Y ¿por qué dejaste sola a tu pobre y desgraciada Olenka?

El sepelio de Kukin se realizó el martes, en Moscú, en el cementerio de Vagankovo; Olenka regresó a casa el miércoles y apenas entró en su dormitorio cayó sobre la cama y comenzó a llorar en voz tan alta que se la oía en la calle y en las casas vecinas.

—¡Amorcito! —decían las vecinas, persignándose—. Amorcito, Olga Semiónovna, ¡cómo se desespera la pobre!

Tres meses después, Olenka regresaba un día de misa, triste, vestida de riguroso luto. Por casualidad, caminaba a su lado un vecino suyo, Vasili Andreich Pustovalov, encargado del depósito de maderas del mercader Babakaiev. También él salía de la iglesia; llevaba un sombrero de paja y un chaleco blanco con cadenita de oro, y más parecía un terrateniente que un comerciante.

—Cada cosa tiene su orden, Olga Semiónovna —decía en tono reposado y con compasión en su voz—. Si alguno de nuestros íntimos se muere es porque Dios lo desea así, y en estos casos debemos recordarlo y resignamos.

Después de acompañar a Olenka hasta la puerta de su casa, él se despidió y siguió su camino. Durante el resto del día, su reposada voz resonó en los oídos de Olenka y apenas cerraba ella los ojos se le aparecía su oscura barba. Por lo visto, ella a su vez le causó impresión, ya que poco tiempo después fue a visitarla una señora de edad, a quien ella apenas conocía y quien, no bien se había sentado a la mesa, se puso a hablar sin tardanza acerca de Pustovalov, en el sentido de que era una persona buena y seria y que cualquier mujer estaría muy contenta casándose con él. Tres días más tarde el mismo Pustovalov le hizo una visita; se quedó poco tiempo, unos diez minutos, y habló poco, pero Olenka lo quería ya, lo quería tanto, que no pudo pegar ojo en toda la noche, ardía como si tuviera fiebre y a la mañana siguiente mandó llamar a la señora de edad. Al cabo de poco tiempo se comprometieron; luego celebraron la boda.

Después del casamiento las cosas marcharon bien. Habitualmente él permanecía en el depósito de maderas hasta la hora de almorzar, luego iba a hacer diligencias y lo reemplazaba Olenka, quien quedaba en la oficina hasta la noche, escribiendo las cuentas y despachando las mercaderías.

—El precio de la madera sube ahora cada año un veinte por ciento —decía ella a los compradores y a sus conocidos—. Figúrese, antes vendíamos maderas locales, pero ahora Vánechka tiene que viajar todos los años a las provincias de Moguilev para buscar madera. ¡Y qué tarifas! —exclamaba, cubriéndose ambas mejillas con las manos, en señal de terror—. ¡Qué tarifas!

Le parecía que desde tiempos remotos se dedicaba a comerciar en madera, que lo más importante y lo más necesario en la vida era la madera y que había algo íntimo y conmovedor en las palabras: viga, estaca, tabla, listón, alfarjía, rollizo, tirantillo, costero... Por las noches soñaba con montañas enteras de tablones y de tirantes; con interminables caravanas de carros que transportaban madera a largas distancias; soñaba que todo un regimiento de troncos, del tamaño de doce por cinco, atacaba el depósito de madera en una acción de guerra, y que los troncos, las vigas y los costeros se golpeaban, emitiendo el sonoro ruido de madera seca; todos caían y de nuevo se levantaban encaramándose unos sobre otros; Olenka dejaba escapar un grito y se despertaba, mientras Pustovalov le decía con ternura:

—Olenka, ¿qué tienes, querida? ¡Persígnate!

Sus pensamientos eran los mismos que los de su marido. Si él opinaba que en la habitación hacía calor o que los negocios marchaban con cierta lentitud, lo mismo pensaba ella. Su marido no era afecto a las diversiones y en los días festivos se quedaba en casa; ella hacía lo mismo.

—Ustedes siempre están en casa o en la oficina —les decían sus conocidos—. ¿Por qué no van alguna vez al teatro o al circo?

—Vánechka y yo no tenemos tiempo para ir al teatro —respondía ella con dignidad. Somos gente de trabajo y no estamos para estas cosas. Y, además, ¿qué hay de bueno en estos teatros?

Los sábados iban a oír las Vísperas, los días de fiesta a misa y, regresando de la iglesia, caminaban juntitos, con rostros enternecidos; los dos olían bien y el vestido de seda de ella producía un agradable murmullo; en casa tomaban té con pan de leche y con toda clase de dulces, luego comían un pastel. Todos los días, a mediodía, en el patio de la casa y aun en la calle flotaba un sabroso olor a *borsch37*, cordero asado o pato; en los días de vigilia olía a pescado y no se podía pasar cerca del portón sin sentir ganas de comer. El samovar en la oficina siempre estaba con agua hirviendo y a los clientes se les convidaba a té y rosquillas. Una vez por semana los esposos iban a la casa de baños y volvían caminando juntitos, los dos con rostros colorados.

—Estamos bien, gracias a Dios —decía Olenka a sus conocidos—. ¡Ojalá que todos vivan como nosotros!

Cuando Pustovalov partía a la provincia de Moguilev para traer madera, ella lo extrañaba mucho, no podía dormir por las noches, lloraba. A veces la visitaba el veterinario militar Smirnin, hombre joven, que alquilaba un pabellón de su casa. Le contaba alguna historia o jugaba con ella a los naipes y esto la divertía. Especialmente interesantes resultaban los relatos de su propia vida familiar; estaba casado y tenía un hijo, pero se hallaba separado de su mujer porque ella lo había engañado; ahora la odiaba y le enviaba mensualmente cuarenta rublos para la manutención del niño. Escuchándolo, Olenka suspiraba y meneaba la cabeza, y sentía lástima por él.

---

37. Sopa de remolacha, col y otras verduras.

—¡Que Dios guarde a usted! —decía, despidiéndolo, mientras lo acompañaba con la bujía hasta la escalera—. Gracias por haber compartido mi aburrimiento y que la Reina de los Cielos le dé a usted mucha salud…

Imitando a su marido, se expresaba siempre en forma digna y juiciosa; el veterinario desaparecía detrás de la puerta, cuando ella lo llamaba para decir:

—Sabe, Vladimir Platónich, debería usted de hacer las paces con su mujer. Debería de perdonarla, aunque sea por el hijo… El chico, seguramente, ya entiende todo.

Y cuando regresaba Pustovalov, le contaba a media voz acerca del veterinario y de su desdichada vida familiar, y los dos suspiraban, meneando la cabeza, y hablaban sobre el chico, que, seguramente, extrañaba a su padre; luego, por un extraño correr del pensamiento, ambos se colocaban ante los iconos y, haciendo profundas reverencias, rogaban a Dios que les mandara hijos.

Y así vivieron los Pustovalov en paz, en amor y en completa concordia durante seis años. Pero una vez, en invierno, Vasili Andreich, después de beber té caliente en el depósito, salió sin la gorra a despachar madera, cogió frío y cayó enfermo. Lo atendían los mejores médicos de la ciudad, pero la enfermedad se impuso y él murió al cabo de cuatro meses. Y de nuevo Olenka quedó viuda.

—¿Por qué me has abandonado, palomito mío? —sollozaba después del entierro—. ¿Cómo voy a vivir ahora sin ti, sola y desgraciada? Buena gente, tengan piedad de mí que soy una huérfana…

Llevaba vestido negro con crespones y desechó para siempre el sombrerito y los guantes; salía pocas veces y sólo lo hacía para ir a la iglesia o a visitar la tumba de su marido; vivía en su casa como una monja. Y sólo al transcurrir seis meses, se quitó los crespones y comenzó a abrir los postigos de las ventanas. A veces se la veía ir al mercado con su cocinera, pero cómo vivía ahora en su casa y qué pasaba ahora allí, de eso sólo podían hacerse conjeturas. Algunos, por ejemplo, adivinaban algo porque la habían visto tomar el té en su pequeño jardín, en compañía del veterinario, quien le leía el periódico en voz alta, y aun porque, al encontrarse en el correo con una dama conocida, Olenka le había dicho:

—Nuestra ciudad carece de un adecuado control veterinario y ésta es la causa de muchas enfermedades. En todo momento se oye hablar de que la gente se enferma por causa de la leche y porque se contagian de los caballos y de las vacas. En realidad, hay que cuidar la salud de los animales domésticos de la misma manera como se cuida la de las personas.

Repetía las ideas del veterinario y sobre cualquier asunto tenía ahora la misma opinión que tenía él. Era evidente que no podía pasar ni siquiera un año sin cariño y que encontró su nueva dicha en un ala de su propia casa. A otra mujer en su lugar la hubieran juzgado con severidad, pero nadie podía pensar mal de Olenka, pues todo era muy claro en su vida. Ni ella ni el veterinario revelaban a nadie el cambio que se había operado en sus relaciones; más aun, trataban de ocultarlo, pero no lo lograban, ya que Olenka no podía tener secretos. Cuando lo visitaban los colegas del regimiento, ella, sirviéndoles el té o la cena, se ponía a hablar de la peste de los vacunos, de la perlesía, de los mataderos de la ciudad, mientras que él se sentía terriblemente confundido y, una vez retirados los visitantes, la cogía por la mano y le susurraba, enojado: —¡Te he pedido ya que no hables de lo que no entiendes! Cuando los veterinarios conversamos entre nosotros, hazme el favor de no entrometerte. ¡Al final, esto ya resulta tedioso!

Ella lo miraba, sorprendida y alarmada, y le preguntaba:

—Volodechka, ¿y de qué quieres que hable?

Y lo abrazaba, con lágrimas en los ojos, suplicándole que no se enojara, y ambos eran dichosos.

Empero, esta dicha no fue larga. El veterinario se había ido junto con su regimiento, se había ido para siempre, ya que el regimiento había sido trasladado muy lejos, poco menos que a Siberia. Y Olenka quedó sola.

Esta vez estaba ya completamente sola. Su padre hacía tiempo ya que había muerto y su sillón se hallaba tirado en el desván, cubierto de polvo y con una pata menos. Ella estaba más delgada y menos bella, y en la calle los transeúntes ya no la miraban como antes ni le sonreían; por lo visto, habían pasado ya sus mejores años, se había quedado atrás, y comenzaba ahora una nueva vida desconocida, en la cual mejor era no pensar. Al anochecer, Olenka se

sentaba en el pórtico y desde el Tívoli llegaba a sus oídos la música y el estallido de los cohetes pero eso ya no suscitaba en ella ninguna clase de ideas. Paseaba su mirada indiferente por el patio vacío, sin pensar ni desear nada, y luego, al llegar la noche, iba a dormir; en los sueños se le aparecía su patio desierto. Comía y bebía como por obligación.

Pero lo fundamental, y lo peor, era no tener ninguna opinión. Ella veía los objetos que la rodeaban y comprendía todo lo que pasaba alrededor de ella, pero no podía formar su opinión sobre ningún asunto ni sabía tampoco de qué hablar. ¡Y qué terrible resulta no tener ninguna opinión! Se ve, por ejemplo, una botella en pie, o si está lloviendo, o bien un *muzhik* está viajando en su carro, pero para qué está allí la botella o la lluvia, o el *muzhik* y qué sentido tienen, eso ni se sabe ni se sabría explicar, aunque le dieran a uno mil rublos. En los tiempos de Kukin y de Pustovalov y más tarde con el veterinario Olenka podía explicarlo todo y hubiera podido dar su opinión sobre cualquier asunto, ahora, en cambio, sus pensamientos y su corazón estaban tan desiertos como su patio. Y sentía miedo y amargura, como si hubiera comido ajenjo hasta hartarse.

Poco a poco, la ciudad se ensanchaba en todas direcciones; el arrabal gitano era una calle, y en el sitio donde antes tenían ubicación el parque Tívoli y los depósitos de madera, crecieron edificios y se formó una red de callejuelas. ¡Cuán rápido corre el tiempo! La casa de Olenka se tomó más oscura, el techo está oxidado, el cobertizo tiende a inclinarse hacia un costado y todo el patio exterior se halla cubierto de maleza y de ortigas. La misma Olenka está más vieja y más fea; en verano permanece sentada en el pórtico, y su alma, igual que antes, está vacía; sólo hay en ella un tedio y un leve sabor a ajenjo. En invierno ella se queda sentada junto a la ventana, contemplando la nieve. Y cuando llega un soplo de primavera, cuando el viento trae el tañido de las campanas de la catedral, y los recuerdos del pasado de golpe invaden su mente, su corazón se oprime con dulzura y le hace derramar abundantes lágrimas, pero sólo por un instante; luego vuelve el vacío y uno no sabe para qué vive. Bryska, la gatita negra, buscando mimos, ronronea suavemente, pero estas caricias gatunas no conmueven a Olenka. ¿Acaso es esto lo que ella necesita? Si tuviera un amor que se apoderara de todo su

ser, su alma, su mente; que le diera ideas, dirección a su vida; que calentara su sangre aletargada… Y ella echa a la negra Bryska de sus rodillas, diciéndole con fastidio:

—Vete, vete… ¡Nada tienes que hacer aquí! Y así, día tras día, año tras año, sin ninguna alegría y sin ninguna opinión. Con lo que decía Mayra, la cocinera, estaba ya todo dicho.

Al anochecer de un caluroso día de julio, cuando por la calle arreaban un rebaño y nubes de polvo llenaban el patio, de pronto alguien golpeó en el portón. Olenka misma fue a abrir y apenas miró al visitante quedó atónita: en la calle estaba el veterinario Smirnin, ya canoso y vestido de civil. De repente ella recordó todo y, sin poder contenerse, rompió a llorar y apoyó la cabeza sobre el pecho de él; sin decir una palabra, presa de una fuerte agitación, no se dio cuenta cómo habían entrado en la casa y cómo se habían sentado a la mesa para tomar el té.

—¡Palomito mío! —murmuraba, temblando de alegría—. ¡Vladimir Platónich! ¿De dónde lo trae Dios?

—Quiero instalarme aquí definitivamente —contaba él—. Pasé a retiro y quiero probar suerte aquí; anhelo una vida libre y estable. Además, ha llegado el momento de mandar a mi hijo al colegio de secundaria. Ha crecido. Me he reconciliado con mi mujer, ¿sabe?

—¿Y dónde está ella? —preguntó Olenka.

—Está en una hostería, junto con mi hijo, mientras yo ando buscando un apartamento.

—Dios mío, y ¿por qué no toma mi casa? ¿Acaso no sirve para vivir? Ay Dios, si yo no pienso cobrarles… —se agitó Olenka y volvió a llorar—. Ustedes vivirán aquí…, para mí es suficiente el pabellón. ¡Qué alegría, Dios mío!

Al día siguiente ya estaban pintando el techo y blanqueando las paredes de la casa y Olenka, en jarras, andaba por el patio dando órdenes. Su rostro estaba iluminado por su antigua sonrisa, y toda ella parecía animada y remozada, como si se hubiera despertado de un largo sueño. Llegó la mujer del veterinario, una dama flaca y fea, de cabellos cortos y cara caprichosa, acompañada de Sasha, un niño regordete, de claros ojos azules, con hoyuelos en las mejillas, y cuya poca estatura no correspondía a su edad (tenía nueve años

cumplidos). Y apenas entró en el patio, el chicuelo se puso a correr tras la gata y no tardó en oírse su risa alegre.

—¡Tía! ..., ¿es suya esta gata? —preguntó a Olenka—. Cuando tenga crías, regálenos, por favor, un gatito. A mamá le dan mucho miedo los ratones.

Olenka conversó con él, le hizo tomar el té y sintió de repente que entraba un calor agradable en su pecho y que su corazón se oprimía dulcemente como si el chiquillo fuese su hijo. Y cuando, por la tarde, él estaba haciendo los deberes en el comedor, ella lo miraba con ternura, susurrando:

—Palomito mío..., lindito... ¡Chiquillo mío, qué inteligente que eres, qué blanquito!

—Se llama isla a una porción de tierra —leyó el chico— rodeada de agua por todas partes.

—Se llama isla a una porción de tierra... —repitió ella, y era ésta la primera opinión suya expresada con seguridad, después de tantos años de silencio y de vacío en la mente.

Y ya tenía sus opiniones y durante la cena conversaba con los padres de Sasha acerca de las dificultades que los niños tenían ahora para estudiar en los colegios, recalcando que, a pesar de todo, la instrucción clásica era mejor que la profesional, por cuanto el colegio ofrecía todas las perspectivas: uno podía estudiar luego lo mismo para médico que para ingeniero.

Sasha empezó a ir al colegio. Su madre había ido a Karkov, para visitar a su hermana y no volvía; su padre partía todos los días a inspeccionar rebaños y solía pasar afuera varios días, y le parecía a Olenka que Sasha quedaba completamente abandonado, que era un extraño en casa de sus padres y que se moría de hambre; y ella lo trasladó a su pabellón y lo acomodó allí en una pequeña habitación.

Hace ya medio año que Sasha vive en su casa. Todas las mañanas Olenka entra en su cuarto, el niño duerme profundamente, sin respirar, apoyando la mejilla en una mano. Le da lástima despertarlo.

—¡Sashenka, Sashenka! —le dice tristemente—. ¡Levántate, palomito! Es hora de ir al colegio.

El muchacho se levanta, se viste, dice una oración y se sienta a tomar el té; bebe tres vasos de té y come dos rosquillas y la mitad de

un pan francés con manteca. Aún no se ha despertado del todo y está de mal humor.

—Sashenka, no conoces la fábula de memoria; no la has aprendido bien —dice Olenka y lo mira de tal manera, como si lo despidiera para un largo camino—. Estoy preocupada por ti. Trata de estudiar bien, palomito… Hay que obedecer a los profesores.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —dice Sasha.

Luego él va por la calle al colegio, pequeñito, pero con una gorra grande y con un cartapacio a la espalda. Tras él, camina sigilosamente Olenka.

—¡Sashenka-a-a! —lo llama.

Él se vuelve y ella le pone en la mano un dátil o un caramelo. Al doblar por el callejón en que está el colegio, el chico siente vergüenza de ser acompañado por una mujer alta y corpulenta; vuelve la cabeza y dice:

—Regresa a casa, tía; a partir de aquí ya llegaré solo.

Ella se detiene y lo sigue con la mirada, sin pestañear, hasta que el chicuelo desaparece en la entrada del colegio. ¡Ah, cómo lo quiere! Entre sus cariños anteriores ninguno había sido tan profundo; nunca su alma se había sometido de manera tan desinteresada, tan abnegada y tan placentera como ahora, al tomar cada vez más incremento su sentimiento maternal. Por este chiquillo, que le era extraño, por los hoyuelos de sus mejillas, por su gorra, ella daría su vida, la daría con satisfacción, con lágrimas de alegría. ¿Por qué? Vaya uno a saber por qué…

Después de acompañar a Sasha al colegio, regresa a casa, sin apresurarse, satisfecha, sosegada, llena de amor; su rostro, rejuvenecido en el último año y medio, sonríe, radiante; los transeúntes, mirándola, sienten satisfacción y le dicen:

—¡Buenos días, Olga Semiónovna! ¿Cómo le va, amorcito?

—Ahora ya no es tan fácil estudiar en el colegio —cuenta ella en el mercado—. Figúrese, ayer, en primer año mandaron tantos deberes: una traducción del latín, un problema y una fábula de memoria… ¿Acaso es fácil para un chico?

Y ella se pone a hablar de los deberes, de los profesores, de los manuales, diciendo lo mismo que dice Sasha.

Después de las dos almuerzan juntos; al anochecer, juntos hacen los deberes y lloran. Acostándolo en la cama, lo santigua largamente y susurra una oración; luego, acostada ella misma, piensa en aquel lejano y nebuloso futuro en que Sasha, terminados sus estudios, será algún día médico o ingeniero, tendrá una gran casa propia, caballos y carruajes; se casará y tendrá hijos… Ella se duerme, pensando siempre en lo mismo, y de sus ojos cerrados se asoman las lágrimas y se deslizan lentamente por las mejillas. Y la gatita negra está recostada cerca de ella y ronronea:

—Mur…, mur…, mur…

De repente se oyen fuertes golpes en el portón. Olenka se despierta y el miedo le corta la respiración; su corazón late con fuerza. Pasa medio minuto y vuelven a resonar los golpes. «Debe ser un telegrama de Karkov —piensa ella, y todo su cuerpo empieza a temblar—. La madre quiere que Sasha vaya a vivir con ella, en Karkov… ¡Dios mío!». Está presa de desesperación; la cabeza, los pies y las manos se le ponen fríos y, al parecer, en todo el mundo no hay persona más desdichada que ella. Pero transcurre un minuto más, se oyen voces: es el veterinario que regresó del club. «Ah bueno, no es nada, gracias a Dios», piensa ella. Poco a poco cae el peso de su corazón y vuelve a sentirse bien; se acuesta y piensa en Sasha, quien duerme profundamente en la habitación vecina y, de vez en cuando, dice en sueños:

—¡Te voy a dar! ¡Vete! ¡No me toques!

Pesadilla

AL REGRESAR DE San Petersburgo a su hacienda de Borísovo, Kunin, joven de unos treinta años, miembro permanente de la comisión de asuntos rurales, tomó como primera providencia enviar un jinete para convocar al cura de Sinkovo, el padre Yákov Smírnovich.

Unas cinco horas más tarde el padre Yákov se presentaba en la casa.

—¡Me alegro mucho de conocerle! —le dijo Kunin, recibiéndole en el vestíbulo—. Hace ya un año que vivo y trabajo aquí, y me parece que ya va siendo hora de que nos conozcamos. ¡Haga el favor de pasar! Pero... ¡qué joven es usted! —se sorprendió Kunin—. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho —respondió el padre Yákov, apretando apenas la mano que le tendían y ruborizándose sin razón aparente.

Kunin lo condujo a su despacho y lo examinó.

“¡Qué rostro tan grotesco! —pensó— ¡Parece el de una campesina!”.

En efecto, el rostro del padre Yákov guardaba muchas semejanzas con el de una campesina: nariz respingona, mejillas de un rojo vivo y grandes ojos de un azul grisáceo bajo unas cejas poco pobladas, apenas apreciables. Los cabellos largos y rojizos, secos y lacios, caían sobre los hombros como varillas. El bigote aún estaba formándose y no había adquirido una apariencia respetable y varonil; en cuanto a la barba, pertenecía a esa clase que apenas cubre las mejillas, denominada “risueña” entre los seminaristas; era rala, irregular, no había manera de alisarla o arreglarla con un peine, apenas podía pellizcarse... Toda esa pobre vegetación se extendía en mechones desiguales, a la manera de arbustos; daba la impresión de que el padre Yákov hubiera querido caracterizarse como sacerdote y lo hubieran sorprendido en el momento en que se pegaba la barba. Su sotana tenía el color de la achicoria y lucía grandes remiendos en ambos codos.

“Extraña criatura... —pensó Kunin, mirando sus faldones, salpicados de barro—. Viene a mi casa por primera vez y no puede vestirse de modo conveniente”.

—Siéntese, padre —comenzó, con más desenvoltura que amabilidad, acercando un sillón a la mesa—. ¡Siéntese, por favor!

El padre Yákov tosió en el puño, se dejó caer torpemente sobre el borde del sillón y colocó las palmas de las manos en las rodillas. Pequeño de talla, estrecho de pecho, con el rostro rubicundo cubierto de sudor, causó desde el primer momento en Kunin una impresión de lo más desagradable. Hasta entonces Kunin nunca había imaginado que en Rusia existieran sacerdotes tan poco presentables y de aspecto tan lamentable; la actitud del padre Yákov, su manera de apoyar las manos en las rodillas y de sentarse en el borde del asiento, le parecían carentes de dignidad e incluso serviles.

—Le he mandado llamar, padre, para hablarle de un asunto… —empezó Kunin, recostándose en el respaldo del sillón—. Ha recaído sobre mí la grata obligación de prestarle mi concurso en una de sus útiles iniciativas… Es el caso que, al regresar de San Petersburgo, encontré una carta del presidente de la asamblea. Yegor Dmitrievich me propone tomar bajo mi responsabilidad la escuela parroquial que debe inaugurarse en Sinkovo. Yo, padre, me alegro con toda mi alma… Y le diré más: ¡acepto esa proposición con entusiasmo! —Kunin se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación—. No obstante, como el presidente bien sabe, y probablemente usted también, no dispongo de grandes recursos. Mi hacienda está hipotecada y vivo exclusivamente del sueldo de mi cargo permanente. Por tanto, no debe usted esperar una ayuda importante, pero haré todo lo que esté en mi mano, dentro de mis posibilidades… ¿Cuándo piensa inaugurar la escuela, padre?

—Cuando haya dinero… —respondió el padre Yákov.

—¿Con qué cantidad cuenta a día de hoy?

—Casi con nada… Los campesinos decidieron en asamblea pagar anualmente treinta kopeks por varón, pero eso no pasa de ser una promesa. Y para dar los primeros pasos se necesitan al menos unos doscientos rublos…

—Sí… Por desgracia, en estos momentos carezco de esa suma… —dijo Kunin con un suspiro—. He gastado todo mi dinero en el viaje… Hasta he contraído algunas deudas. Pero unamos nuestros esfuerzos y ya se nos ocurrirá algo.

Kunin se puso a pensar en voz alta. Exponía sus ideas y examinaba el semblante del padre Yákov, buscando en él un indicio de aprobación o de conformidad. Pero aquel rostro seguía impasible, inmóvil y sólo expresaba desasosiego y una embarazosa timidez. A juzgar por su cara, se diría que Kunin estaba disertando de cosas tan complejas que el padre Yákov no las comprendía, que sólo le escuchaba por cortesía y también porque temía que quedara patente su incomprensión.

"Por lo visto, el mozo no es muy inteligente... —pensaba Kunin—. Es demasiado apocado y corto de luces".

El padre Yákov sólo se animó un poco e incluso sonrió cuando en el despacho entró un criado llevando una bandeja con dos vasos de té y una caja de galletas llena de bollos. Cogió su vaso y, sin más preámbulos, se puso a beber.

—¿Y si escribiéramos a monseñor? —continuaba cavilando Kunin en voz alta—. A decir verdad, no somos nosotros los que hemos planteado la cuestión de las escuelas parroquiales, sino las altas autoridades eclesiásticas. En realidad, son ellas las que deben procuramos los medios. Recuerdo haber leído que se había asignado una suma con ese fin. ¿No sabe usted nada?

El padre Yákov estaba tan ocupado bebiendo su té que tardó en responder a la cuestión. Levantó sus ojos azul grisáceo hasta Kunin, meditó un momento y, como recordando de pronto la pregunta, hizo un gesto negativo con la cabeza. Una expresión de satisfacción, del más vulgar y prosaico apetito, atravesó su feo rostro de oreja a oreja. Bebía y saboreaba cada sorbo. Cuando vació el vaso hasta la última gota, lo depositó sobre la mesa; luego lo cogió de nuevo, examinó el fondo y volvió a dejarlo en el mismo lugar. La expresión de satisfacción se borró de su cara... A continuación, Kunin vio cómo su invitado cogía un bollo de la caja de galletas, rompía un pedazo con los dientes, lo giraba entre los dedos y con un movimiento fulgurante se lo metía en el bolsillo.

"¡Bueno, esto ya es intolerable en un sacerdote! —pensó Kunin, encogiéndose de hombros con desagrado—. ¿Se trata de esa glotonería proverbial de los popes o más bien de una chiquillada?".

Tras ofrecerle al invitado otro vaso de té y acompañarlo hasta el vestíbulo, Kunin se tumbó en el sofá y se dejó ganar por la

impresión desagradable que le había causado la visita del padre Yákov.

“¡Qué hombre tan extraño e incivilizado! —pensaba—. Sucio, desaliñado, vulgar, tonto y, probablemente, borracho… ¡Dios mío, y es un sacerdote, un director espiritual! ¡Un maestro para el pueblo! Me imagino cuánta ironía habrá en la voz del diácono cuando le pida solemnemente, antes de cada oficio: “¡Bendícenos, monseñor!”. ¡Menudo monseñor! No tiene ni una gota de dignidad, ni la menor educación, se guarda las galletas en el bolsillo como los escolares… ¡Uf! Señor, ¿dónde tenía los ojos el obispo cuando ordenó a este individuo? ¿Qué consideración tienen por la gente cuando les dan semejantes educadores? Lo que se necesitan son personas que…”.

Y se puso a meditar en la imagen que debían ofrecer los sacerdotes rusos…

“Por ejemplo, si yo fuera pope… Un pope instruido y entregado a su sacerdocio puede hacer muchas cosas… Yo habría abierto la escuela hace mucho tiempo. ¿Y los sermones? ¡Qué sermones tan maravillosos y arrebatados puede pronunciar un pope sincero e inspirado por el amor a su ministerio!”.

Kunin cerró los ojos y empezó a componer mentalmente un sermón. Al cabo de un rato estaba sentado ante la mesa y tomaba notas a toda prisa.

“Se lo daré a ese pelirrojo para que lo lea en la iglesia…”, pensaba.

El domingo siguiente, por la mañana, Kunin se dirigió a Sinkovo para aclarar la cuestión de la escuela y, de paso, conocer la iglesia de la que era parroquiano. A pesar del barro causado por el deshielo, la mañana era magnífica. El sol brillaba con fuerza y resquebrajaba con sus rayos los blancos montones de nieve que se demoraban aquí y allá, lanzando, a modo de despedida, destellos diamantinos cuyo resplandor hacía daño a la vista, mientras a su alrededor despuntaban ya los verdes brotes de trigo. Los grajos revoloteaban con aire grave por encima de los campos. Uno de ellos descendió y, antes de posarse firmemente sobre sus patas, dio algunos saltitos…

La iglesia de madera a la que se aproximaba Kunin era vetusta y gris; las pequeñas columnas del atrio, antaño pintadas de blanco, estaban completamente desconchadas y se parecían a dos varas de

carro deformes. El icono que coronaba la puerta no era más que una mancha oscura. Pero esa pobreza conmovió y enterneció a Kunin. Bajando la vista con humildad, entró en la iglesia y se detuvo en el umbral. El oficio acababa de empezar. Un viejo sacristán, con la espalda curvada, leía las Horas con una voz de tenor sorda e indistinta. El padre Yákov, que oficiaba sin diácono, recorría la iglesia meciendo el incensario. De no haber sido por el sentimiento de humildad que se apoderó de Kunin al entrar en la miserable iglesia, sin duda habría sonreído al ver al padre Yákov. Su pequeño cuerpo estaba revestido de una casulla arrugada y demasiado larga, confeccionada con una tela amarilla y gastada, cuyo borde se arrastraba por el suelo.

La iglesia no estaba llena. Nada más dirigir una ojeada a los asistentes, Kunin se quedó sorprendido de una circunstancia curiosa: sólo había viejos y niños... ¿Dónde estaban los trabajadores? ¿Dónde los jóvenes y los adultos? No obstante, al cabo de un rato, tras examinar con más atención los rostros de esos ancianos, Kunin se dio cuenta de que había tomado a los jóvenes por viejos. En cualquier caso, no concedió demasiada importancia a ese pequeño engaño óptico.

El interior era tan vetusto y gris como el exterior. En el iconostasio y en las paredes parduscas no había un solo lugar que no llevara la marca del tiempo, ya fuera en forma de humo o de arañazos. Había muchas ventanas, pero la tonalidad general seguía siendo gris, razón por la cual la iglesia parecía sumida en la oscuridad.

"El que tenga el alma limpia debe rezar a gusto en este lugar... —pensaba Kunin—. De la misma manera que en Roma impresiona la magnificencia de San Pedro, aquí conmueven esta humildad y sencillez".

Pero esa piadosa disposición de ánimo se esfumó en cuanto el padre Yákov entró en el recinto del altar y empezó a oficiar. Joven aún, ordenado sacerdote apenas salido de los bancos del seminario, el padre Yákov no había tenido tiempo de configurar un estilo definido. Cuando leía, parecía preguntarse qué tono elegir, el de agudo tenor o el de suave bajo; se inclinaba con torpeza, caminaba deprisa, abría y cerraba con brusquedad la Puerta del Zar.(38)

---

38. Puerta principal del altar.

El viejo sacristán, sin duda enfermo y sordo, oía mal las invocaciones, lo que ocasionaba leves contratiempos. Apenas había tenido tiempo el padre Yákov de acabar su lectura, cuando el sacristán ya estaba cantando su parte; o bien la lectura había terminado hacía tiempo y el anciano seguía tendiendo la oreja en dirección al altar, prestando oídos y guardando silencio, hasta que le tiraban del faldón. Tenía una voz sorda, enfermiza, asmática, trémula, ceceante… Para completar esa disonancia, el sacristán estaba acompañado por un niño de corta edad, cuya cabeza apenas se veía a través de la barandilla del coro. El niño cantaba con una voz de tiple chillona y aguda y parecía empeñarse en desentonar. Kunin estuvo escuchando un rato y después salió fuera a fumar un cigarrillo. El hechizo se había roto y ahora miraba la iglesia casi con hostilidad.

—Y luego se quejan de la pérdida del sentimiento religioso entre el pueblo… —suspiró—. ¡Y qué quieren! ¡Con sacerdotes como éstos!

Kunin entró en la iglesia dos o tres veces más, pero el irresistible atractivo que ejercía sobre él el aire puro le empujaba hacia el exterior. Una vez terminado el oficio, se dirigió a la casa del padre Yákov, cuyo exterior no se diferenciaba en nada de las isbas de los campesinos; sólo la paja del tejado estaba dispuesta con algo más de orden y las ventanas estaban guarnecidas con unas cortinillas blancas. El padre Yákov condujo a Kunin a una habitación pequeña y luminosa, con suelo de arcilla y paredes cubiertas de papel barato; a pesar de algunas tentativas de lujo, como unas fotografías enmarcadas y un reloj con unas tijeras atadas a las pesas, la decoración sorprendía por su pobreza. A juzgar por el mobiliario, podía pensarse que el padre Yákov había ido recomendó las casas y reuniéndolo pieza a pieza: en una primera le habían dado una mesa redonda de tres patas; en una segunda, un taburete; en una tercera, una silla con el respaldo doblado hacia atrás; en una cuarta, una silla con el respaldo derecho, pero el asiento hundido; en una quinta habían extremado la generosidad y le habían entregado un objeto parecido a un sofá, con respaldo plano y asiento de rejilla. Ese último mueble, teñido de color rojo oscuro, desprendía un fuerte olor a pintura. En un principio Kunin hizo intención de sentarse en una de las sillas, pero luego se lo pensó mejor y se acomodó en el taburete.

—¿Es la primera vez que viene usted a nuestra iglesia? —preguntó el padre Yákov, colgando la gorra de un clavo grande y deforme.

—Así es. A propósito, padre… Antes de que nos ocupemos de nuestro asunto, ofrézcame un poco de té. Me muero de sed.

El padre Yákov parpadeó, carraspeó y desapareció detrás de un tabique. Se oyó un cuchicheo…

“Debe de estar hablando con su mujer… —pensó Kunin—. Me pregunto cómo será la mujer de ese pelirrojo”.

El padre Yákov, encarnado y sudoroso, reapareció al cabo de un rato y, esforzándose por sonreír, se sentó frente a Kunin en el borde del sofá.

—Ahora mismo prepararán el samovar —comentó, sin mirar a su invitado.

“¡Dios mío, ni siquiera han preparado el samovar! —se dijo Kunin con espanto—. ¡No hay más remedio que esperar!”.

—Le he traído el borrador de una carta que le he escrito al obispo. Se la leeré después del té… Quizá quiera añadir usted algo…

—Muy bien.

Se hizo el silencio. El padre Yákov, con aire temeroso, dirigió una mirada de soslayo al tabique, se arregló los cabellos y se sonó.

—Hace un tiempo excelente —dijo.

—Sí. A propósito, ayer leí algo muy interesante… Parece ser que la Zemstvo(39) ha decidido poner todas sus escuelas bajo la jurisdicción de la Iglesia. Es una medida peculiar.

Kunin se puso en pie, dio unos pasos por el suelo de arcilla y empezó a exponer sus puntos de vista:

—No es una mala solución —decía—, siempre que el clero esté a la altura de su misión y tenga plena conciencia de sus deberes. Por desgracia, conozco sacerdotes que, a juzgar por su desarrollo intelectual y sus cualidades morales, no valdrían ni para escribanos de cuartel, por no hablar del sacerdocio. Convenga usted conmigo en que un mal profesor es menos perjudicial para una escuela que un mal sacerdote.

Kunin miró al padre Yákov que, encorvado en su asiento, estaba sumido en sus propios pensamientos y por lo visto no le escuchaba.

---

39. Institución gubernamental sobre las provincias.

—¡Yasha, ven aquí! —dijo una voz de mujer detrás del tabique.

El padre Yákov se estremeció y fue al otro lado de la pieza. De nuevo empezó el cuchicheo.

Kunin se moría de ganas de beber una taza de té.

“¡No, no voy a esperar a que me lo sirvan aquí! —pensó, mirando el reloj—. Parece que mi visita no ha sido bien recibida. El dueño de la casa no se ha dignado dirigirme la palabra, se ha pasado todo el tiempo sentado, pestañeando”.

Kunin cogió su sombrero, esperó la vuelta del padre Yákov y se despidió de él.

“¡He perdido toda la mañana en vano! —pensaba con enfado durante el camino—. ¡Tarugo! ¡Zoquete! Le interesa tan poco la escuela como a mí la nieve del año pasado. ¡No, no se puede hacer nada con él! ¡Lo echará todo a perder! Si el presidente de la asamblea supiera qué pope tenemos, no se daría tanta prisa en poner en marcha la escuela. ¡Primero hay que encontrar un pope como Dios manda y ya se pensará luego en la escuela!”.

Ahora Kunin casi odiaba al padre Yákov. Aquel hombre, con su figura lamentable y caricaturesca, su sotana larga y arrugada, su rostro afeminado, su manera de oficiar, su forma de vivir y su deferencia embarazosa de pequeño funcionario, ofendía el rescoldo de religiosidad que, junto con otros sentimientos inculcados por su aya, aún ardían con débil llama en su pecho. A su amor propio le costaba trabajo soportar la frialdad y la desatención con las que el padre Yákov había acogido el interés sincero y ardiente de Kunin por un proyecto que afectaba sobre todo al sacerdote.

Kunin pasó la tarde de ese mismo día dando vueltas por las habitaciones y cavilando; luego se sentó con decisión a la mesa y escribió una carta al obispo. Después de solicitar su bendición y dinero para la escuela, le expuso con sinceridad y respeto filial la opinión que le merecía el sacerdote de Sinkovo. “Es joven —escribió—, carece de formación, no lleva una vida muy sobria y, en general, no responde a la imagen del pastor que el pueblo ruso se ha forjado a lo largo de los siglos”. Una vez terminada la carta, Kunin exhaló un leve suspiro y fue a acostarse con la conciencia de que había realizado una buena acción.

El lunes por la mañana, estando aún en la cama, le anunciaron la visita del padre Yákov. No tenía ganas de levantarse, así que mandó decir que no estaba en casa. El martes se marchó a la asamblea y el sábado, cuando regresó, los criados le informaron de que durante su ausencia el padre Yákov se había presentado todos los días.

"¡Se ve que le gustaron los dulces!", pensó Kunin.

El domingo por la tarde apareció el padre Yákov. Esta vez no sólo los faldones de la sotana estaban manchados de barro, sino también el gorro. Tal como sucedió durante la primera entrevista, se sentó en el borde del asiento, igual de rojo y sudoroso que entonces. Kunin se abstuvo de iniciar una conversación sobre la escuela, pues no estaba dispuesto a echar margaritas a los cerdos.

—Le he traído una lista del material escolar, Pável Mijaílovich... —empezó el padre Yákov.

—Gracias.

Pero era evidente que aquella nota no era el verdadero motivo de la visita. Toda su figura dejaba traslucir una profunda turbación, aunque al mismo tiempo se percibía en ella la determinación del hombre iluminado por una idea repentina. Ardía en deseos de decir algo importante, absolutamente indispensable, y trataba con todas sus fuerzas de vencer su timidez.

"¿Por qué calla? —pensaba Kunin con irritación—. ¡Sigue ahí sentado! ¡Y yo no tengo tiempo de ocuparme de él!".

Para atenuar un tanto su embarazoso silencio y ocultar el combate que se libraba en su interior, el sacerdote esbozó una sonrisa forzada. Esa sonrisa larga y tortuosa, que se abría pasó a través del sudor y el rubor de su rostro y tan poco se correspondía con la mirada inmóvil de sus ojos azul grisáceo, obligó a Kunin a darse la vuelta. Sentía repugnancia.

—Perdóneme, padre, pero tengo que salir... —dijo.

El padre Yákov se estremeció como un hombre dormido que acaba de recibir un golpe y, sin dejar de sonreír, se cruzó los faldones de la sotana con aire cohibido. A pesar del desdén que le inspiraba ese hombre, Kunin de pronto sintió pena de él y quiso mitigar su crueldad.

—Le suplico, padre, que vuelva otro día... —dijo—. Antes de despedirme de usted, tengo una petición que hacerle... Tuve una

especie de inspiración, ¿sabe?, y escribí dos sermones… Los someto a su examen… Si tienen algún valor, puede leerlos.

—Muy bien… —dijo el padre Yákov, cubriendo con la mano los sermones que Kunin había dejado sobre la mesa— Me los llevaré…

Al cabo de un rato de vacilaciones, y sin dejar de cruzar los faldones de la sotana, abandonó esa sonrisa forzada y levantó la cabeza con decisión.

—Pável Mijaílovich —dijo, esforzándose por hablar con voz fuerte y clara.

—¿Qué desea?

—He oído que ha despedido usted… a su secretario y… que está buscando uno nuevo…

—Sí… ¿puede usted recomendarme a alguien?

—Pues verá… yo… ¿No podría confiarme esa tarea a mí?

—¿Es que va a dejar usted el sacerdocio? —se sorprendió Kunin.

—No, no —se apresuró a responder el padre Yákov, palideciendo y temblando con todo el cuerpo—. ¡Dios me libre! Pero si tiene usted dudas, déjelo, no merece la pena. Lo haría en los ratos libres… para aumentar mis ingresos… ¡Pero no es necesario, no se moleste!

—Hum… Sus ingresos… ¡Pero yo sólo le pago a mi secretario veinte rublos al mes!

—¡Dios mío, yo me conformaría con diez! —susurró el padre Yákov, mirando a su alrededor—. ¡Diez es suficiente! Usted… se sorprende, todo el mundo se sorprende. Un pope avaro, codicioso. ¿Qué puede hacer con el dinero? Yo mismo me doy cuenta de que soy avaro… me cubro de reproches y denuestos… Me da vergüenza mirar a la gente a la cara… Le digo a usted en conciencia, Pável Mijaílovich… poniendo a Dios por testigo… —el padre Yákov tomó aliento y continuó—: Había preparado toda una confesión por el camino, pero… la he olvidado por completo, ya no encuentro las palabras. Recibo cada año de la parroquia ciento cincuenta rublos y todo el mundo… se pregunta qué hago con ese dinero… Voy a explicárselo en conciencia… Destino cuarenta rublos a mi hermano Piotr, que está estudiando en el seminario. Tiene todos los gastos cubiertos, pero el papel y las plumas corren de mi cuenta…

—¡Le creo, le creo! Pero ¿para qué me cuenta todo esto? —respondió Kunin con un gesto de la mano, sintiendo sobre sí el peso terrible de esa franqueza y sin saber dónde meterse para no ver el brillo de las lágrimas en los ojos de su huésped.

—Además, aún no he terminado de pagar al Consistorio todo lo que debo por la plaza que ocupo. Mi deuda se ha contabilizado en doscientos rublos, de los que pago diez al mes. Juzgue usted mismo lo que me queda. Y a eso hay que añadir los tres rublos al mes que, como mínimo, entrego al padre Avraam.

—¿A qué padre Avraam?

—El padre Avraam es el cura que había en Sinkovo antes de que yo viniera. Lo echaron porque tenía… una debilidad, pero sigue viviendo en Sinkovo. ¿Adónde va a ir? ¿Quién iba a darle de comer? Aunque sea viejo, necesita un techo, pan y ropa. No puedo permitir que un hombre revestido de la dignidad eclesiástica pida limosna. ¡Si eso sucediera, el pecado sería mío! ¡Mío! Debe dinero a todo el mundo y, si no salda sus deudas, el pecado recaería sobre mí —el padre Yákov se levantó de su asiento y, mirando el suelo con aire demente, se puso a dar vueltas por la habitación—. ¡Dios mío, Dios mío! —balbucía, ora alzando los brazos, ora dejándolos caer—. Ayúdame, Señor, y perdóname. ¿Por qué habré aceptado el sacerdocio si no tengo fuerzas ni fe? ¡Mi desesperación no conoce límites! Sálvame, Reina de los Cielos.

—¡Tranquilícese, padre! —dijo Kunin.

—¡El hambre me atormenta, Pável Mijaílovich! —continuó el padre Yákov—. Haga el favor de excusarme, pero ya no puedo más… Ya sé, que si hiciera algunas reverencias, que si pidiera, todo el mundo me ayudaría, pero… no puedo. ¡Me da vergüenza!

¿Cómo iba a solicitar ayuda a los campesinos? Usted trabaja en la Comisión rural y conoce su situación… ¿Quién se atrevería a pedir limosna a un mendigo? ¡Y tampoco puedo pedir a los más ricos, a los propietarios! ¡Soy orgulloso! ¡Me da vergüenza! —el padre Yákov hizo un gesto de desesperación y se rascó nerviosamente la cabeza con ambas manos—. ¡Me da vergüenza! ¡Dios mío, cuánta vergüenza! ¡No puedo soportar, por orgullo, que la gente vea mi pobreza! ¡Cuando me visitó usted el otro día, Pável Mijaílovich, no tenía té para ofrecerle! No quedaba ni una brizna, pero el orgullo me impidió

confesárselo. Me avergüenzo de mi ropa, de todos estos remiendos... Me avergüenzo de mis sotanas, de mi hambre... ¿Acaso el orgullo es propio de un sacerdote? —el padre Yákov se detuvo en medio del despacho y, como si no fuera consciente de la presencia de Kunin, se puso a deliberar consigo mismo—: Bueno, supongamos que pudiera soportar el hambre y la vergüenza, pero ¡Dios mío!, ¿qué pasa con mi mujer? ¡Es de buena familia! Tiene las manos blancas, es delicada, está acostumbrada a beber té, a comer pan blanco, a dormir entre sábanas... En casa de sus padres tocaba el piano... Es joven, aún no ha cumplido veinte años... Le gusta arreglarse, divertirse, hacer visitas... Y en mi isba vive... peor que cualquier cocinera; le da vergüenza salir a la calle. ¡Dios mío, Dios mío! Su único consuelo es que le traiga de alguna casa una manzana o un dulce... —el padre Yákov volvió a rascarse la cabeza con ambas manos—. Más que amor lo que siento por ella es lástima... ¡No puedo verla sin compadecerme! ¡Qué cosas pasan en este mundo, Señor! Si los periódicos escribieran sobre ellas, la gente no las creería... ¿Cuándo acabará todo esto?

—¡Basta, padre! —casi gritó Kunin, asustando de aquel tono—, ¿Por qué tiene una visión tan sombría de la vida?

—Le ruego que me excuse, Pável Mijaílovich... —balbució el padre Yákov, como borracho—. Perdone, todo esto... no tiene importancia, no le preste atención... La culpa es mía y seguirá siendo mía... ¡Sólo mía! —y, mirando a su alrededor, murmuró—: Una mañana, temprano, me dirigía de Sinkovo a Luchkovo; de pronto, en la orilla del río, vi a una mujer ocupada en alguna actividad... Me acerqué y no di crédito a mis propios ojos... ¡Qué horror! Era la mujer del médico Iván Sergueich, aclarando ropa... ¡La mujer del médico, que cursó estudios en un internado! Para que la gente no la viera, se levantaba lo más temprano posible y se alejaba una versta de la aldea... ¡Qué orgullo indomable! Cuando vio que estaba a su lado y advirtió que había descubierto su pobreza, se puso roja como la grana... Atónito, espantado, me acerqué corriendo con intención de ayudarla, pero ella ocultó la ropa de mi vista, temiendo que viera sus camisas deshilachadas...

—Todo eso parece cuando menos inverosímil... —dijo Kunin, sentándose y mirando casi con pavor el rostro pálido del padre Yákov.

—¡En efecto, inverosímil! Cuándo ha sucedido, Pável Mijáilovich, que la mujer de un médico tenga que aclarar la ropa en el río. ¡En ningún país pasa algo así! Yo, como pastor y padre espiritual, no debería permitirlo, pero ¿qué puedo hacer? ¡Yo mismo me las arreglo para que su marido me cure gratis! ¡Ha acertado usted cuando ha calificado esa situación de inverosímil! ¡Uno no da crédito a los ojos! Cuando digo misa, fíjese, y contemplo desde el altar a los fieles, al hambriento padre Avraam y a mi mujer, pienso en la esposa del médico, en sus manos azules por el agua fría; en esos momentos, créame, me aturdo y me quedo allí parado como un idiota, olvidado de todo, hasta que la voz del sacristán me devuelve a la realidad… ¡Qué horror! —el padre Yákov volvió a pasearse de un rincón al otro—. ¡Señor Jesucristo! —añadió, alzando las manos—. ¡Santos del Cielo! Ni siquiera puedo oficiar… Me habla usted de la escuela y yo me quedo como un pasmarote, sin entender palabra, pensando sólo en la comida… Incluso delante del altar… Pero… ¿qué estoy haciendo? —dijo, recobrando el sentido—. Iba usted a salir. Perdone, sólo lo decía… excúseme.

Kunin le estrechó la mano en silencio, lo acompañó hasta el vestíbulo y, al regresar a su despacho, se detuvo ante la ventana. Vio salir al padre Yákov, calarse su raído sombrero de ala ancha y alejarse por el camino a paso lento y con la cabeza gacha, como avérgonzado de su franqueza.

“No veo su caballo”, pensó Kunin.

Kunin no se atrevía a pensar que el sacerdote hubiera ido andando a su casa todos esos días: hasta Sinkovo había siete u ocho verstas y la carretera era un auténtico barrizal. Al poco rato vio cómo el cochero Andréi y el pequeño Paramón, saltando entre los charcos y salpicándole de barro, corrían hacia él para solicitar su bendición. El padre Yákov se quitó la gorra, bendijo con parsimonia a Andréi y luego al muchacho, acariciándole la cabeza.

Kunin se pasó la mano por los ojos y tuvo la sensación de que se le humedecía. Se apartó de la ventana y con los ojos turbios se paseó por la habitación, en la que aún resonaba aquella voz tímida y sofocada… Miró la mesa… Por fortuna, en su apresuramiento, el padre Yákov había olvidado coger los sermones… Kunin se lanzó

sobre ellos, los rompió en mil pedazos y los arrojó al suelo con desprecio.

—¡Y yo no lo sabía! —gimió, dejándose caer en el sofá—. ¡Yo, que hace más de un año fui nombrado miembro permanente, juez de paz honorífico, miembro del consejo escolar! ¡Soy un muñeco ciego, un fatuo! ¡Tengo que ayudarles enseguida! ¡Enseguida! —iba de un lado a otro con aspecto angustiado, se apretaba las sienes, se estrujaba el cerebro—. El veinte de este mes recibiré mis doscientos rublos de sueldo… Con algún pretexto plausible les entregaré algo de dinero tanto a él como a la mujer del médico… A él le encargaré un tedeum y ante el médico me fingiré enfermo… De ese modo, no ofenderé su orgullo. Y también ayudaré a Avraam.

Contaba con los dedos su dinero y temía confesarse que esos doscientos rublos apenas le alcanzarían para pagar al administrador, a la servidumbre y al campesino que le traía la carne… A su pesar hubo de acordarse de un pasado no lejano en el que había dilapidado con la mayor despreocupación la herencia paterna; siendo aún un mocoso de veinte años regalaba a las prostitutas abanicos caros, daba diez rublos diarios a su cochero Kuzmá y enviaba presentes a las actrices por simple vanidad. ¡Ah, qué útiles le serían a hora todos esos billetes de tres y diez rublos, diseminados a los cuatro vientos!

“El padre Avraam sólo gasta en comer tres rublos al mes —pensaba Kunin—. Con un rublo la popesa puede hacerse una camisa y la mujer del médico contratar a una lavandera. ¡Sea como fuere, les ayudaré! ¡Les ayudaré sin falta!”.

En ese momento Kunin se acordó de la denuncia que había dirigido al obispo y todo su cuerpo se contrajo como bajo el efecto de una ducha fría. Ese recuerdo anegó su alma de un sentimiento angustioso de vergüenza ante sí mismo y ante la invisible verdad…

Así empezó y acabó el esfuerzo sincero que hacía por mostrarse útil uno de esos muchos hombres bienintencionados, pero demasiado satisfechos e irreflexivos.

La corista

En cierta ocasión, cuando era más joven y hermosa y tenía mejor voz, se encontraba en la planta baja de su casa de campo con Nikolai Petróvich Kolpakov, su amante. Hacía un calor insufrible, no se podía respirar. Kolpakov acababa de comer, había tomado una botella de mal vino del Rin y se sentía de mal humor y destemplado. Estaban aburridos y esperaban que el calor cediese para ir a dar un paseo.

De pronto, inesperadamente, llamaron a la puerta. Kolpakov, que estaba sin levita y en zapatillas, se puso en pie y miró interrogativamente a Pasha.

-Será el cartero, o una amiga -dijo la cantante.

Kolpakov no sentía reparo alguno en que le viesen las amigas de Pasha o el cartero, pero, por si acaso, cogió su ropa y se retiró a la habitación vecina. Pasha fue a abrir. Con gran asombro suyo, no era el cartero ni una amiga, sino una mujer desconocida, joven, hermosa, bien vestida y que, a juzgar por las apariencias, pertenecía a la clase de las decentes.

La desconocida estaba pálida y respiraba fatigosamente, como si acabase de subir una alta escalera.

-¿Qué desea? -preguntó Pasha.

La señora no contestó. Dio un paso adelante, miró alrededor y se sentó como si se sintiera cansada o indispuesta. Luego movió un largo rato sus pálidos labios, tratando de decir algo.

-¿Está aquí mi marido? -preguntó por fin, levantando hacia Pasha sus grandes ojos, con los párpados enrojecidos por el llanto.

-¿Qué marido? -murmuró Pasha, sintiendo que del susto se le enfriaban los pies y las manos-. ¿Qué marido? – repitió, empezando a temblar.

-Mi marido… Nikolai Petróvich Kolpakov.

-No… no, señora… Yo… no sé de quién me habla.

Hubo unos instantes de silencio. La desconocida se pasó varías veces el pañuelo por los descoloridos labios y, para vencer el temor interno, contuvo la respiración. Pasha se encontraba ante ella inmóvil, como petrificada, y la miraba asustada y perpleja.

-¿Dice que no está aquí? -preguntó la señora, ya con voz firme y una extraña sonrisa.

-Yo… no sé por quién pregunta.

-Usted es una miserable, una infame… -balbuceó la desconocida, mirando a Pasha con odio y repugnancia-. Sí, sí… es una miserable. Celebro mucho, muchísimo, que por fin se lo haya podido decir.

Pasha comprendió que producía una impresión pésima en aquella dama vestida de negro, de ojos coléricos y dedos blancos y finos, y sintió vergüenza de sus mejillas regordetas y coloradas, de su nariz picada de viruelas y del flequillo siempre rebelde al peine. Se le figuró que si hubiera sido flaca, sin pintar y sin flequillo, habría podido ocultar que no era una mujer decente; entonces no le habría producido tanto miedo y vergüenza permanecer ante aquella señora desconocida y misteriosa.

-¿Dónde está mi marido? -prosiguió la señora-. Aunque es lo mismo que esté aquí o no. Por lo demás, debo decirle que se ha descubierto un desfalco y que están buscando a Nikolai Petróvich… Lo quieren detener. ¡Para que vea lo que usted ha hecho!

La señora, presa de gran agitación, dio unos pasos. Pasha la miraba perpleja: el miedo no la dejaba comprender.

-Hoy mismo lo encontrarán y lo llevarán a la cárcel -siguió la señora, que dejó escapar un sollozo en que se mezclaban el sentimiento ofendido y el despecho-. Sé quién le ha llevado hasta esta espantosa situación. ¡Miserable, infame; es usted una criatura repugnante que se vende al primero que llega! -Los labios de la señora se contrajeron en una mueca de desprecio, y arrugó la nariz con asco. -Me veo impotente… sépalo, miserable… Me veo impotente; usted es más fuerte que yo, pero Dios, que lo ve todo, saldrá en defensa mía y de mis hijos ¡Dios es justo! Le pedirá cuentas de cada lágrima mía, de todas las noches sin sueño. ¡Entonces se acordará de mí!

De nuevo se hizo el silencio. La señora iba y venía por la habitación y se retorcía las manos. Pasha seguía mirándola perpleja, sin comprender, y esperaba de ella algo espantoso.

-Yo, señora, no sé nada -articuló, y de pronto rompió a llorar.

-¡Miente! -gritó la señora, mirándola colérica-. Lo sé todo. Hace ya mucho que la conozco. Sé que este último mes ha venido a verla todos los días.

-Sí. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver? Son muchos los que vienen, pero yo no fuerzo a nadie. Cada uno puede obrar como le parece.

-¡Y yo le digo que se ha descubierto un desfalco! Se ha llevado dinero de la oficina. Ha cometido un delito por una mujer como usted. Escúcheme -añadió la señora con tono enérgico, deteniéndose ante Pasha-: usted no puede guiarse por principio alguno. Usted sólo vive para hacer mal, ése es el fin que se propone, pero no se puede pensar que haya caído tan bajo, que no le quede un resto de sentimientos humanos. Él tiene esposa, hijos... Si lo condenan y es desterrado, mis hijos y yo moriremos de hambre... Compréndalo. Hay, sin embargo, un medio para salvarnos, nosotros y él, de la miseria y la vergüenza. Si hoy entrego los novecientos rublos, lo dejarán tranquilo. ¡Sólo son novecientos rublos!

-¿A qué novecientos rublos se refiere? -preguntó Pasha en voz baja-. Yo... yo no sé nada... No los he visto siquiera...

-No le pido los novecientos rublos... Usted no tiene dinero y no quiero nada suyo. Lo que pido es otra cosa... Los hombres suelen regalar joyas a las mujeres como usted. ¡Devuélvame las que le regaló mi marido!

-Señora, él no me ha regalado nada -elevó la voz Pasha, que empezaba a comprender.

-¿Dónde está, pues, el dinero? Ha gastado lo suyo, lo mío y lo ajeno. ¿Dónde ha metido todo eso? Escúcheme, se lo suplico. Yo estaba irritada y le he dicho muchas inconveniencias, pero le pido que me perdone. Usted debe de odiarme, lo sé, pero si es capaz de sentir piedad, póngase en mi situación. Se lo suplico, devuélvame las joyas.

-Hum... -empezó Pasha, encogiéndose de hombros-. Se las daría con mucho gusto, pero, que Dios me castigue si miento, no me ha regalado nada, puede creerme. Aunque tiene razón -se turbó la cantante-: en cierta ocasión me trajo dos cosas. Si quiere, se las daré...

Pasha abrió un cajoncito del tocador y sacó de él una pulsera hueca de oro y un anillo de poco precio con un rubí.

-Aquí tiene -dijo, entregándoselos a la señora.

Ésta se puso roja y su rostro tembló; se sentía ofendida.

-¿Qué es lo que me da? -preguntó-. Yo no pido limosna, sino lo que no le pertenece... lo que usted, valiéndose de su situación, sacó a mi marido... a ese desgraciado sin voluntad. El jueves, cuando la vi con él en el muelle, llevaba usted unos broches y unas pulseras de gran valor. No finja, pues; no es un corderillo inocente. Es la última vez que se lo pido: ¿me da las joyas o no?

-Es usted muy extraña... -dijo Pasha, que empezaba a enfadarse-. Le aseguro que su Nikolai Petróvich no me ha dado más que esta pulsera y este anillo. Lo único que traía eran pasteles.

-Pasteles... -sonrió irónicamente la desconocida-. En casa los niños no tenían qué comer, y aquí traía pasteles. ¿Se niega decididamente a devolverme las joyas?

Al no recibir respuesta, la señora se sentó pensativa, con la mirada perdida en el espacio.

«¿Qué podría hacer ahora? -se dijo-. Si no consigo los novecientos rublos, él es hombre perdido y mis hijos y yo nos veremos en la miseria. ¿Qué hacer, matar a esta miserable o caer de rodillas ante ella?»

La señora se llevó el pañuelo al rostro y rompió en llanto.

-Se lo ruego -se oía a través de sus sollozos-: usted ha arruinado y perdido a mi marido, sálvelo... No se compadece de él, pero los niños... los niños... ¿Qué culpa tienen ellos?

Pasha se imaginó a unos niños pequeños en la calle, llorando de hambre. Ella misma rompió en sollozos.

-¿Qué puedo hacer, señora? -dijo-. Usted dice que soy una miserable y que he arruinado a Nikolai Petróvich. Ante Dios le aseguro que no he recibido nada de él... En nuestro coro, Motia es la única que tiene un amante rico; las demás salimos adelante como podemos. Nikolai Petróvich es un hombre culto y delicado, y yo lo recibía. Nosotras no podemos hacer otra cosa.

-¡Lo que yo le pido son las joyas! ¡Deme las joyas! Lloro... me humillo... ¡Si quiere, me pondré de rodillas!

Pasha, asustada, lanzó un grito y agitó las manos. Se daba cuenta de que aquella señora pálida y hermosa, que se expresaba con tan nobles frases, como en el teatro, en efecto, era capaz de ponerse de rodillas ante ella: y eso por orgullo, movida por sus nobles sentimientos, para elevarse a sí misma y humillar a la corista.

-Está bien, le daré las joyas -dijo Pasha, limpiándose los ojos-. Como quiera. Pero tenga en cuenta que no son de Nikolai Petróvich... me las regalaron otros señores. Pero si usted lo desea...

Abrió el cajón superior de la cómoda; sacó de allí un broche de diamantes, una sarta de corales, varios anillos y una pulsera, que entregó a la señora.

-Tome si lo desea, pero de su marido no he recibido nada. ¡Tome, hágase rica! -siguió Pasha, ofendida por la amenaza de que la señora se iba a poner de rodillas-. Y, si usted es una persona noble... su esposa legítima, haría mejor en tenerlo sujeto. Eso es lo que debía hacer. Yo no lo llamé, él mismo vino...

La señora, entre las lágrimas, miró las joyas que le entregaban y dijo:

-Esto no es todo... Esto no vale novecientos rublos.

Pasha sacó impulsivamente de la cómoda un reloj de oro, una pitillera y unos gemelos, y dijo, abriendo los brazos:

-Es todo lo que tengo... Registre, si quiere.

La señora suspiró, envolvió con manos temblorosas las joyas en un pañuelo, y sin decir una sola palabra, sin inclinar siquiera la cabeza, salió a la calle.

Abriose la puerta de la habitación vecina y entró Kolpakov. Estaba pálido y sacudía nerviosamente la cabeza, como si acabase de tomar algo muy agrio. En sus ojos brillaban unas lágrimas.

-¿Qué joyas me ha regalado usted? -se arrojó sobre él Pasha-. ¿Cuándo lo hizo, dígame?

-Joyas... ¡Qué importancia tienen las joyas! -replicó Kolpakov, sacudiendo la cabeza-. ¡Dios mío! Ha llorado ante ti, se ha humillado...

-¡Le pregunto cuándo me ha regalado alguna joya! -gritó Pasha.

-Dios mío, ella, tan honrada, tan orgullosa, tan pura... Hasta quería ponerse de rodillas ante... esta mujerzuela. ¡Y yo la he llevado hasta este extremo! ¡Lo he consentido!

Se llevó las manos a la cabeza y gimió:

-No, nunca me lo perdonaré. ¡Nunca! ¡Apártate de mí... canalla! -gritó con asco, haciéndose atrás y alejando de sí a Pasha con manos temblorosas-. Quería ponerse de rodillas... ¿ante quién? ¡Ante ti! ¡Oh, Dios mío!

Se vistió rápidamente y con un gesto de repugnancia, tratando de mantenerse alejado de Pasha, se dirigió a la puerta y desapareció.

Pasha se tumbó en la cama y rompió en sonoros sollozos. Sentía ya haberse desprendido de sus joyas, que había entregado en un arrebato, y se creía ofendida. Recordó que tres años antes un mercader la había golpeado sin razón alguna, y su llanto se hizo aún más desesperado.

Una noche de espanto

Palideciendo, Iván Ivanovitch Panihidin empezó la historia con emoción:

-Densa niebla cubría el pueblo, cuando, en la Noche Vieja de 1883, regresaba a casa. Pasando la velada con un amigo, nos entretuvimos en una sesión espiritualista. Las callejuelas que tenía que atravesar estaban negras y había que andar casi a tientas. Entonces vivía en Moscú, en un barrio muy apartado. El camino era largo; los pensamientos confusos; tenía el corazón oprimido...

"¡Declina tu existencia!... ¡Arrepiéntete!", había dicho el espíritu de Spinoza, que habíamos consultado.

Al pedirle que me dijera algo más, no sólo repitió la misma sentencia, sino que agregó: "Esta noche".

No creo en el espiritismo, pero las ideas y hasta las alusiones a la muerte me impresionan profundamente.

No se puede prescindir ni retrasar la muerte; pero, a pesar de todo, es una idea que nuestra naturaleza repele.

Entonces, al encontrarme en medio de las tinieblas, mientras la lluvia caía sin cesar y el viento aullaba lastimeramente, cuando en el contorno no se veía un ser vivo, no se oía una voz humana, mi alma estaba dominada por un terror incomprensible. Yo, hombre sin supersticiones, corría a toda prisa temiendo mirar hacia atrás. Tenía miedo de que, al volver la cara, la muerte se me apareciera bajo la forma de un fantasma.

Panihidin suspiró y, bebiendo un trago de agua, continuó:

-Aquel miedo infundado, pero irreprimible, no me abandonaba. Subí los cuatro pisos de mi casa y abrí la puerta de mi cuarto. Mi modesta habitación estaba oscura. El viento gemía en la chimenea; como si se quejara por quedarse fuera.

Si he de creer en las palabras de Spinoza, la muerte vendrá esta noche acompañada de este gemido... ¡brr!... ¡Qué horror!... Encendí un fósforo. El viento aumentó, convirtiéndose el gemido en aullido furioso; los postigos retemblaban como si alguien los golpease.

"Desgraciados los que carecen de un hogar en una noche como ésta", pensé.

No pude proseguir mis pensamientos. A la llama amarilla del fósforo que alumbraba el cuarto, un espectáculo inverosímil y horroroso se presentó ante mí…

Fue lástima que una ráfaga de viento no alcanzara a mi fósforo; así me hubiera evitado ver lo que me erizó los cabellos… Grité, di un paso hacia la puerta y, loco de terror, de espanto y de desesperación, cerré los ojos.

En medio del cuarto había un ataúd.

Aunque el fósforo ardió poco tiempo, el aspecto del ataúd quedó grabado en mí. Era de brocado rosa, con cruz de galón dorado sobre la tapa. El brocado, las asas y los pies de bronce indicaban que el difunto había sido rico; a juzgar por el tamaño y el color del ataúd, el muerto debía ser una joven de alta estatura.

Sin razonar ni detenerme, salí como loco y me eché escaleras abajo. En el pasillo y en la escalera todo era oscuridad; los pies se me enredaban en el abrigo. No comprendo cómo no me caí y me rompí los huesos. En la calle, me apoyé en un farol e intenté tranquilizarme. Mi corazón latía; la garganta estaba seca. No me hubiera asombrado encontrar en mi cuarto un ladrón, un perro rabioso, un incendio… No me hubiera asombrado que el techo se hubiese hundido, que el piso se hubiese desplomado… Todo esto es natural y concebible. Pero, ¿cómo fue a parar a mi cuarto un ataúd? Un ataúd caro, destinado evidentemente a una joven rica. ¿Cómo había ido a parar a la pobre morada de un empleado insignificante? ¿Estará vacío o habrá dentro un cadáver? ¿Y quién será la desgraciada que me hizo tan terrible visita? ¡Misterio!

O es un milagro, o un crimen.

Perdía la cabeza en conjeturas. En mi ausencia, la puerta estaba siempre cerrada, y el lugar donde escondía la llave sólo lo sabían mis mejores amigos; pero ellos no iban a meter un ataúd en mi cuarto. Se podía presumir que el fabricante lo llevase allí por equivocación; pero, en tal caso, no se hubiera ido sin cobrar el importe, o por lo menos un anticipo.

Los espíritus me han profetizado la muerte. ¿Me habrán proporcionado acaso el ataúd?

No creía, y sigo no creyendo, en el espiritismo; pero semejante coincidencia era capaz de desconcertar a cualquiera.

Es imposible. Soy un miedoso, un chiquillo. Habrá sido una alucinación. Al volver a casa, estaba tan sugestionado que creí ver lo que no existía. ¡Claro! ¿Qué otra cosa puede ser?

La lluvia me empapaba; el viento me sacudía el gorro y me arremolinaba el abrigo. Estaba chorreando... Sentía frío... No podía quedarme allí. Pero ¿adónde ir? ¿Volver a casa y encontrarme otra vez frente al ataúd? No podía ni pensarlo; me hubiera vuelto loco al ver otra vez aquel ataúd, que probablemente contenía un cadáver. Decidí ir a pasar la noche a casa de un amigo.

Panihidin, secándose la frente bañada de sudor frío, suspiró y siguió el relato:

-Mi amigo no estaba en casa. Después de llamar varias veces, me convencí de que estaba ausente. Busqué la llave detrás de la viga, abrí la puerta y entré. Me apresuré a quitarme el abrigo mojado, lo arrojé al suelo y me dejé caer desplomado en el sofá. Las tinieblas eran completas; el viento rugía más fuertemente; en la torre del Kremlin sonó el toque de las dos. Saqué los fósforos y encendí uno. Pero la luz no me tranquilizó. Al contrario: lo que vi me llenó de horror. Vacilé un momento y huí como loco de aquel lugar... En la habitación de mi amigo vi un ataúd... ¡De doble tamaño que el otro!

El color marrón le proporcionaba un aspecto más lúgubre... ¿Por qué se encontraba allí? No cabía duda: era una alucinación... Era imposible que en todas las habitaciones hubiese ataúdes. Evidentemente, adonde quiera que fuese, por todas partes llevaría conmigo la terrible visión de la última morada.

Por lo visto, sufría una enfermedad nerviosa, a causa de la sesión espiritista y de las palabras de Spinoza.

"Me vuelvo loco", pensaba, aturdido, sujetándome la cabeza. "¡Dios mío! ¿Cómo remediarlo?"

Sentía vértigos... Las piernas se me doblaban; llovía a cántaros; estaba calado hasta los huesos, sin gorra y sin abrigo. Imposible volver a buscarlos; estaba seguro de que todo aquello era una alucinación. Y, sin embargo, el terror me aprisionaba, tenía la cara inundada de sudor frío, los pelos de punta...

Me volvía loco y me arriesgaba a pillar una pulmonía. Por suerte, recordé que, en la misma calle, vivía un médico conocido mío, que precisamente había asistido también a la sesión espiritista. Me

dirigí a su casa; entonces aún era soltero y habitaba en el quinto piso de una casa grande.

Mis nervios hubieron de soportar todavía otra sacudida... Al subir la escalera oí un ruido atroz; alguien bajaba corriendo, cerrando violentamente las puertas y gritando con todas sus fuerzas: “¡Socorro, socorro! ¡Portero!”

Momentos después veía aparecer una figura oscura que bajaba casi rodando las escaleras.

-¡Pagostof! -exclamé, al reconocer a mi amigo el médico-. ¿Es usted? ¿Qué le ocurre?

Pagastof, parándose, me agarró la mano convulsivamente; estaba lívido, respiraba con dificultad, le temblaba el cuerpo, los ojos se le extraviaban, desmesuradamente abiertos...

-¿Es usted, Panihidin? -me preguntó con voz ronca-. ¿Es verdaderamente usted? Está usted pálido como un muerto... ¡Dios mío! ¿No es una alucinación? ¡Me da usted miedo!...

-Pero, ¿qué le pasa? ¿Qué ocurre? -pregunté lívido.

-¡Amigo mío! ¡Gracias a Dios que es usted realmente! ¡Qué contento estoy de verle! La maldita sesión espiritista me ha trastornado los nervios. Imagínese usted qué se me ha aparecido en mi cuarto al volver. ¡Un ataúd!

No lo pude creer, y le pedí que lo repitiera.

-¡Un ataúd, un ataúd de veras! -dijo el médico cayendo extenuado en la escalera-. No soy cobarde; pero el diablo mismo se asustaría encontrándose un ataúd en su cuarto, después de una sesión espiritista...

Entonces, balbuceando y tartamudeando, conté al médico los ataúdes que había visto yo también. Por unos momentos nos quedamos mudos, mirándonos fijamente. Después para convencernos de que todo aquello no era un sueño, empezamos a pellizcarnos.

-Nos duelen los pellizcos a los dos -dijo finalmente el médico-; lo cual quiere decir que no soñamos y que los ataúdes, el mío y los de usted, no son fenómenos ópticos, sino que existen realmente. ¿Qué vamos a hacer?

Pasamos una hora entre conjeturas y suposiciones; estábamos helados, y, por fin, resolvimos dominar el terror y entrar en el cuarto

del médico. Prevenimos al portero, que subió con nosotros. Al entrar, encendimos una vela y vimos un ataúd de brocado blanco con flores y borlas doradas. El portero se persignó devotamente.

-Vamos ahora a averiguar -dijo el médico temblando- si el ataúd está vacío u ocupado.

Después de mucho vacilar, el médico se acercó y, rechinando los dientes de miedo, levantó la tapa. Echamos una mirada y vimos que… el ataúd estaba vacío.

No había cadáver; pero sí una carta que decía:

"Querido amigo: sabrás que el negocio de mi suegro va de capa caída; tiene muchas deudas. Uno de estos días vendrán a embargarlo, y esto nos arruinará y deshonrará. Hemos decidido esconder lo de más valor, y como la fortuna de mi suegro consiste en ataúdes (es el de más fama en nuestro pueblo), procuramos poner a salvo los mejores. Confío en que tú, como buen amigo, me ayudarás a defender la honra y fortuna, y por ello te envío un ataúd, rogándote que lo guardes hasta que pase el peligro. Necesitamos la ayuda de amigos y conocidos. No me niegues este favor. El ataúd sólo quedará en tu casa una semana. A todos los que se consideran amigos míos les he mandado muebles como éste, contando con su nobleza y generosidad. Tu amigo, Tchelustin".

Después de aquella noche, tuve que ponerme a tratamiento de mis nervios durante tres semanas. Nuestro amigo, el yerno del fabricante de ataúdes, salvó fortuna y honra. Ahora tiene una funeraria y vende panteones; pero su negocio no prospera, y por las noches, al volver a casa, temo encontrarme junto a mi cama un catafalco o un panteón.

Pequeñeces

Nicolás Ilich Beliayev, rico propietario de Pertersburgo, aficionado a las carreras de caballos, joven aún -treinta y dos años-, grueso, de mejillas sonrosadas, contento de sí mismo, se encaminó, ya de noche, a casa de Olga Ivanovna Irnina, con la que vivía, o, como decía él, arrastraba una larga y tediosa novela. En efecto: las primeras páginas, llenas de vida e interés, habían sido saboreadas, hacía mucho tiempo, y las que las seguían no ofrecían nada nuevo ni interesante.

Olga Ivanovna no estaba en casa, y Beliayev pasó al salón y se tendió en el canapé.

-¡Buenas noches, Nicolás Ilich! -le dijo una voz infantil-. Mamá vendrá en seguida. Ha ido con Sonia a casa de la modista.

Al oír aquella voz, advirtió Beliayev que en un ángulo de la estancia estaba tendido en un sofá el hijo de su querida, Alecha, un chiquillo de ocho años, esbelto, muy elegantito con su traje de terciopelo y sus medias negras. Roca arriba, sobre un almohadón de tafetán, levantaba alternativamente las piernas, sin duda imitando al acróbata que acababa de ver en el circo. Cuando se le cansaban las piernas realizaba ejercicios análogos con los brazos. De cuando en cuando se incorporaba de un modo brusco y se ponía en cuatro patas. Todo esto lo hacía con una cara muy seria, casi dramática, jadeando, como si considerase una desgracia el que le hubiera dado Dios un cuerpo tan inquieto.

-¡Buenas noches, amigo! -contestó Beliayev-. No te había visto. ¿Mamá está bien?

Alecha, que ejecutaba en aquel momento un ejercicio sumamente difícil, se volvió hacia él.

-Le diré a usted... Mamá no está bien nunca. Es mujer, y las mujeres siempre se quejan de algo...

Beliayev, para matar el tiempo, se puso a observar la cara del niño. Hasta entonces, en todo el tiempo que llevaba en relaciones íntimas con Olga Ivanovna, casi no se había fijado en él, no dándole más importancia que a cualquier mueble insignificante.

Ahora, en las tinieblas del anochecer, la frente pálida de Alecha y sus ojos negros recordábanle a la Olga Ivanovna del principio de la novela. Y quiso mostrarle un poco de afecto al chiquillo.

-¡Ven aquí, bicho! -le dijo-. Déjame verte más de cerca.

El chiquillo saltó del sofá y corrió al canapé.

-Bueno -comenzó Beliayev, poniéndole una mano en el hombro.- ¿Cómo te va?

-Le diré a usted... Antes me iba mejor.

-¿Y eso?

-Es muy sencillo. Antes, mi hermana y yo leíamos y tocábamos el piano, y ahora nos obligan a aprendernos de memoria poesías francesas... ¿Se ha cortado usted el pelo hace poco?

-Sí, hace unos días.

-¡Ya lo veo! Tiene usted la barbita más corta. ¿Me deja usted tocársela...? ¿No le duele...?

-No, no me duele.

-¿Por qué cuando se tira de un solo pelo duele y cuando se tira de todos a la vez casi no se siente?

El chiquillo empezó a jugar con la cadena del reloj de su interlocutor y prosiguió:

-Cuando yo sea colegial, mamá me comprará un reloj. Y le diré que también me compre una cadena como esta. ¡Oh, qué medallón! Como el de papá... Papá lleva en el dije un retratito de mamá... La cadena es mucho más larga que la de usted...

-¿Y tú cómo lo sabes? ¿Ves a tu papá?

-¿Yo?... No... Yo...

Alecha se puso colorado y se turbó mucho, como un hombre cogido en una mentira.

Beliayev lo miró fijamente, y le preguntó:

-Ves a papá..., ¿verdad?

-No, no... Yo...

-Dímelo francamente, con la mano sobre el corazón. Se te conoce en la cara que ocultas la verdad. No seas taimado. Lo ves, no lo niegues... Háblame como a un amigo.

Alecha pensó un rato.

-¿Y usted no se lo dirá a mamá?

-¡Claro que no! No tengas cuidado.

-¿Palabra de honor?

-¡Palabra de honor!

-¡Júramelo!

-¡Dios mío, qué pesado eres! ¿Por quién me tomas?

Alecha miró a su alrededor, abrió mucho los ojos y susurró:

-Pero, ¡por Dios, no le diga usted nada a mamá! Ni a nadie, porque es un secreto. Si mamá se entera, yo, Sonia y Pelagia, la criada, nos la ganaremos. Pues bien, oiga usted: yo y Sonia nos vemos con papá los martes y los viernes. Cuando Pelagia nos lleva de paseo vamos a la confitería Aspel, donde nos espera papá en un cuartito aparte. En el cuartito hay una mesa de mármol y encima un cenicero que con forma de ganso.

-¿Y qué hacéis allí?

-Nada. Primero nos saludamos, luego nos sentamos todos a la mesa y papá nos convida café y a pasteles. A Sonia le gustan los pastelitos de carne, pero yo los detesto. Prefiero los de repollo y huevo. Como comemos mucho, cuando volvemos a casa no tenemos ganas. Sin embargo, cenamos, para que mamá no sospeche, nada.

-¿De qué habláis con papá?

-De todo. Nos acaricia, nos besa, nos cuenta cuentos. ¿Sabe usted? Y dice que cuando seamos mayores nos llevará a vivir con él. Sonia no quiere; pero yo sí. Claro que me aburriré sin mamá; pero podré escribirle cartas. Y hasta podré venir a verla los días de fiesta, ¿verdad? Papá me ha prometido comprarme un caballo. ¡Es más bueno! No comprendo cómo mamá no le dice que se venga a casa y no quiere ni que le veamos. Siempre nos pregunta cómo está y qué hace. Cuando estuvo enferma y se lo dijimos, se tomó la cabeza con las dos manos..., así..., y empezó a ir y venir por la habitación como un loco... Siempre nos aconseja que obedezcamos y respetemos a mamá... Diga usted: ¿es verdad que somos desgraciados?

-¿Por qué?

-No sé; papá lo dice: «Sois unos desgraciados, nos dice, y mamá, la pobre, también, y yo; todos nosotros». Y nos suplica que recemos para que Dios nos ampare.

Alecha calló y se quedó meditabundo. Reinó un corto silencio.

-¿Conque sí? -dijo, al cabo, Beliayev-. ¿Conque celebráis reuniones en las confiterías? ¡Tiene gracia! ¿Y mamá no sabe nada?

-¿Cómo lo va a saber? Pelagia no se lo dirá por nada... ¡Ayer nos dio papá unas peras...! Estaban dulces como la miel. Yo me comí dos...

-Y dime..., ¿papá no habla de mí?

-¿De usted? Mire, en realidad...

El chiquillo examinó atentamente la cara de Beliayev, y se encogió de hombros.:

-No dice nada especial.

-Pero, ¿por qué no me lo cuentas?

-¿No se ofenderá usted?

-¡No, tonto! ¿Habla mal?

-No; pero... está enojado con usted. Dice que mamá es desgraciada por su culpa; que usted ha sido su perdición. ¡Qué cosas tiene papá! Yo le aseguro que usted es bueno y muy amable con mamá; pero no me cree, y, al oírme, balancea la cabeza.

-¿Conque afirma que yo he sido la perdición...?

-Sí. ¡Pero no se enfade usted, Nicolás Ilich!

Beliayev se levantó y empezó a pasearse por el salón.

-¡Es absurdo y ridículo! -balbuceaba, encogiéndose de hombros y con una sonrisa amarga-. Él es el principal culpable y afirma que yo he sido la perdición de Olga. ¡Es irritante!

Y, dirigiéndose al chiquillo, volvió a preguntar:

-¿Así que te ha dicho que yo he sido la perdición de tu madre?

-Sí; pero... usted me ha prometido no enfadarse.

-¡Déjame en paz!... Qué cosa más ridícula: caí atrapado en una jaula, y todavía resulta que soy culpable.

Se oyó la campanilla. El chiquillo corrió a la puerta. Momentos después entró en el salón con su madre y su hermanita.

Beliayev saludó con la cabeza y siguió paseándose.

-¡Claro! -murmuraba-. ¡El culpable soy yo! ¡Él es el marido y le asisten todos los derechos!

-¿Qué hablas? -preguntó Olga Ivanovna.

-¿No sabes lo que predica tu marido a tus hijos? Según él, soy un infame, un criminal; he sido la perdición tuya y de los niños. ¡Todos sois unos desgraciados y el único feliz soy yo! ¡Ah, qué feliz soy!

-No te entiendo, Nicolás. ¿Qué sucede?

-Pregúntale a este caballerito -dijo Beliayev, señalando a Alecha.

El chiquillo se puso colorado como un tomate; luego palideció. Se pintó en su rostro un gran espanto.

-¡Nicolás Ilich!-balbuceó-, le suplico...

Olga Ivanovna miraba alternativamente, con ojos de asombro, a su hijo y a Beliayev.

-¡Pregúntale!-prosiguió-. La imbécil de Pelagia lleva a tus hijos a las confiterías, donde les arregla entrevistas con su padre. ¡Pero eso es lo de menos! Lo gracioso es que su padre, según les dice él, es un mártir y yo soy un canalla, un criminal, que ha deshecho vuestra felicidad...

-¡Nicolás Ilich! -gimió Alecha-, usted me había dado su palabra de honor...

-¡Déjame en paz! ¡Se trata de cosas más importantes que todas las palabras de honor! ¡Me indignan, me sacan de quicio tanta doblez, tanta mentira!

-Pero dime -preguntó Olga, con lágrimas en los ojos, dirigiéndose a su hijo-: ¿ves a tu padre? No comprendo...

Alecha parecía no haber oído la pregunta, y miraba con horror a Beliayev.

-¡No es posible! -exclama su madre-. Voy a preguntarle a Pelagia.

Y salió.

-¡Usted me había dado su palabra de honor...! -dijo el chiquillo, todo trémulo, clavando en Beliayev los ojos, llenos de horror y de reproches.

Pero Beliayev no le hizo caso y siguió paseándose por el salón, excitadísimo, sin más preocupación que la de su amor propio herido.

Alecha se llevó a su hermana a un rincón y le contó cómo había sido engañado. Lo hacía temblando, tartamudeando, llorando. Por primera vez en su vida tropezaba, cara a cara, con la mentira; no sabía antes que, aparte de las peras dulces, pastelitos y relojes caros, existen en el mundo muchas otras cosas que no tienen nombre en el lenguaje infantil.

La lengua larga

Natalia Mihailovna, señora muy joven y muy guapa, acaba de llegar en el tren de Jalta, donde ha pasado el verano, y mientras come charla sin cesar, refiriendo les encantos de aquel país. El marido, alegre y satisfecho de su llegada, mira su cara entusiasmada con ojos enternecidos y de vez en cuando le dirige alguna pregunta.

-Dicen que la vida es allí muy cara -le preguntó, entre otras cosas.

-¿Cómo decirte? Creo que la carestía no es tan grande como la suelen pintar. Teníamos con Julia Petrovna una habitación bastante confortable por veinte rublos al día. Todo depende de saber arreglarse. Naturalmente, si va uno de excursión a los montes, por ejemplo al A¡-Patri... el caballo... el guía... resulta caro... ¡carísimo! ... Pero, chico, ¡qué montes aquellos! Imagínate unos montes altísimos... mil veces más altos que la iglesia... Arriba, niebla... nada más que niebla... Abajo, piedras, nada más que piedras... ¡Ah! ¡Cuánto lo recuerdo!

-A propósito. Durante tu ausencia leí no pocas atrocidades sobre aquellos guías... ¿Es cierto que son tan perversos?

Natalia Mihailovna hace una mueca y mueve la cabeza negativamente.

-Son tártaros como todos los demás tártaros -contesta. Pero, después de todo, yo no los vi más que de lejos una o dos veces... Me los indicaron, pero no les hice caso... Sentía siempre aversión hacia toda clase de circasianos, griegos, moros...

-Parece que son unos tenorios.

-Puede ser... Hay algunas descaradas que...

Natalia Mihailovna salta de su silla, y con ojos dilatados, como si viese algo terrorífico, le dice a su marido, recalcando las frases:

-¡Vasitchka! ¡Qué mujeres tan ligeras se encuentran!... ¡Qué inmorales!... Y no de baja extracción o de clase media, no, ¡aristócratas, del mejor mundo!... ¡Yo lo veía y no lo creía! ¡No podré nunca olvidarlo! Es posible carecer de principios hasta tal punto... que no me atrevo a contarlo... Tomaremos por ejemplo mi compañera Julia Petrovna... Tiene un marido tan simpático, dos hijos, forma parte de la mejor sociedad..., -quiere pasar por una santa, y ¿sabes lo

que hacía?... No te lo puedes figurar...; pero esto quedará entre nosotros... ¿Me das tu palabra que no lo contarás a nadie?

-¡Vaya qué idea! ¿A quién se lo voy a contar?

-¿Palabra de honor? Bueno, tendré confianza...

La señora deja el tenedor en la mesa, y con aire misterioso le dice a su marido bajando la voz:

-Imagínate lo siguiente... Se fué aquella Julia Petrovna a dar un paseo a caballo por los montes. El tiempo era magnífico. Delante iba ella con su guía; detrás yo. A los dos o tres kilómetros de la población, Julia Petrovna lanzó un grito y se llevó las manos al pecho. El tártaro la sostuvo; se hubiera caído de la silla sin su auxilio... Me acerqué a ella con mi guía... «¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?» «¡Me encuentro mal, me muero! No puedo seguir más adelante.» ¡Imagínate mi susto! «Volvamos atrás», le dije. «No puedo volver», me contestó; «si doy un solo paso, me muero. Tengo espasmos.» Y nos suplicó a mí y a Suleiman que fuéramos a casa a traerle sus gotas, que la aliviarían.

-Espera; no entiendo... -balbucea el marido. Me referías que a los tártaros no los veías más que de lejos, y ahora hablas de un tal Suleiman.

-¡Ya vuelves con tus tonterías! -interrumpe la señora sin dejarse turbar. ¡Odio estas suspicacias! ¡No las puedo soportar! ¡Es idiota y absurdo!

-No soy suspicaz; pero ...¿de qué sirve mentir? Te paseabas con los tártaros, ¡que sea enhorabuena! ¿Para qué estos embustes?

-¡Eres imposible! -contesta indignada la señora. ¡Estás celoso de Suleiman!¡Quisiera saber cómo ibas tú a los montes sin guía! ¡Lo quisiera ver! Si no conoces ni entiendes aquella vida, harías mejor en callarte. ¡Escucha y calla! Allí no se puede dar un solo paso sin guía.

-¡Naturalmente!

-¡Hazme el favor de dejar esas tontas sonrisitas! No soy una Julia cualquiera para soportarlas. Yo, aunque no pretendo pasar por una santa, no me permitiría ciertas cosas... ¡Ca!... Mametkul; aquél pasaba todo el tiempo con Julia Petrovna, y yo no... En cuanto daban las once, basta... «¡Suleiman, largo!» Y mi tono tartarito se marchaba. Yo le trataba con mucha severidad... Apenas me venía con algunas pretensiones, por lo del dinero, o alguna otra cosa, en seguida: «¡Cómo? ¿Qué quiere decir esto?» ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!... No le llegaba la

camisa al cuerpo. ¿Sabes, Vasitchka? Tenía unos ojos negros como el carbón... Una cara morenita, una cara de tártaro tan graciosa... ¡Ah, le trataba con mucha severidad! ...

-Me lo imagino -dice el esposo haciendo bolitas de miga de pan.

-¡Eres tonto, Vasitchka, muy tonto! ... Ya sé lo que piensas ... Conozco tus ideas... Pero te aseguro que paseándose no se propasaba nunca. Por ejemplo, íbamos de excursión a los montes o a la cascada de Ucha-Su. Yo le ordenaba siempre: «¡Suleiman, atrás! ¿Oyes?» Y el pobrecillo tenía que seguirme... Y hasta en los momen-tos más patéticos le advertía siempre: «¡A pesar de todo, no has de olvidar que tú eres un tártaro, y yo la señora de un consejero del Estado!» ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!...

La señora suelta una carcajada, luego pone una cara asustadísima y cuchichea:

-¡Pero esta Julia!... ¡Esta Julia!... Una puede distraerse, hacer alguna travesura... ¿Por qué no? Hay que descansar de la frivolidad de la vida mundana. Lo concibo así. Diviértete, nadie te lo echará en cara; pero tomarlo en serio, dar escándalos... ¡esto no es admisible! ¡¡Imagínate, ella estaba celosa!... ¡Qué majadería!... Una vez llegó Mametkul... Es su galán... Ella estaba ausente. Lo llamé a mi cuarto..., charlamos..., pasamos el rato..., son muy graciosos..., la tarde pasó sin sentir... De pronto llegó esta Julia como un torbellino ... Se encaró conmigo, con Mametkul; nos armó una escena... ¡horror!... Esto, Vasitchka, no lo concibo…

Vasitchka lanza un ¡hum! muy significativo, frunce el ceño y camina a grandes pasos.

-¡Por lo visto os habéis distraído! -dice sonriendo.

-¡Qué estúpido! -replica la señora. ¡Ya sé lo que piensas! Tienes siempre malas ideas. ¡Otra vez no te contaré nada! ¡Nada!

La señora se calla y pone una cara compungida.

Ana colgada al cuello

I

NO HUBO SIQUIERA un refrigerio después de la ceremonia; los novios tomaron una copa cada uno y salieron para la estación. En vez de cena y alegre baile de bodas, en vez de música y danza, habría una peregrinación de doscientas verstas. Muchos aprobaban esto, diciendo que Modest Alekseich ya no era joven y ocupaba un alto puesto en el escalafón; y que una boda bullanguera quizá no hubiera resultado del todo decorosa; además, eso de tocar música cuando un funcionario de cincuenta años se casaba con una chica que apenas había cumplido los dieciocho hubiera sido fastidioso. Se decía también que Modest Alekseich, como hombre de principios que era, hacía este viaje al monasterio para dar a entender a su joven esposa que hasta en el matrimonio daría la primacía a la religión y la moral.

Acompañaron a los novios. La muchedumbre de parientes y colegas esperaban vaso en mano a que saliera el tren para gritar «¡vivan los novios!», y Piotr Leóntich, el padre de la novia, ya ebrio y muy pálido, con uniforme de profesor y sombrero de copa, se empinaba hacia la ventanilla con su vaso en la mano y decía con voz suplicante:

—¡Anniuta! ¡Annia! ¡Annia, sólo una palabra!

Anna bajó la cabeza por la ventanilla y él, envolviéndola en un vaho de vino, le dijo algo al oído —nadie pudo entender nada— y le hizo la señal de la cruz sobre el rostro, el pecho y las manos. Durante la escena respiraba entrecortadamente y tenía los ojos brillantes de lágrimas. Los hermanos de Anna, Petia y Andriusha, estudiantes de secundaria, le retenían por los faldones del frac y murmuraban avergonzados:

—¡Basta, papá! ¡Papá, que no debes!...

Cuando arrancó el tren Anna vio a su padre correr unos instantes junto al vagón, tambaleándose y derramando el vino. ¡Y tenía una cara tan compasiva, tan bondadosa y culpable!

—¡Vivaaa! —gritaba.

Los novios se quedaron solos. Modest Alekseich paseó la mirada por el compartimento, colocó las cosas en las rejillas y,

sonriendo, se sentó frente a su joven esposa. Era un funcionario de mediana estatura, bastante grueso, adiposo, bien cebado, con patillas colgantes y sin bigote. Su barbilla, rasurada, redonda y bien perfilada, parecía un talón. Lo más característico de su rostro era la ausencia de bigote, ese espacio vacío, recién afeitado, que gradualmente se convertía en mejilla grasa que temblaba como si fuera jalea. Mantenía una actitud grave, sus movimientos eran pausados y sus maneras blandas.

—No puedo menos de recordar ahora un detalle —dijo sonriendo—. Hace cinco años, cuando Kosorotov recibió la orden de Santa Anna de segundo grado y fue a dar las gracias a Su Excelencia, éste le dijo: «De manera que tiene usted ahora tres Annas: una en el ojal de la solapa y dos al cuello» [las condecoraciones rusas tenían varios grados. Las inferiores se colocaban en el ojal, mientras que las superiores se prendían del pecho o se colgaban del cuello]. Debo añadir que cabalmente por entonces la mujer de Kosorotov había vuelto a vivir con él. Era una mujer huraña y ligera de cascos que se llamaba Anna. Espero que cuando a mí me concedan la Santa Anna de segundo grado, Su Excelencia no tenga motivo de decirme lo mismo.

Se sonrió con sus ojos chiquitos; y ella se sonrió también, azorada de pensar que este hombre podría besarla con sus labios gordezuelos y húmedos en cualquier momento y que ella ya no tendría derecho a impedírselo. Los blandos movimientos de su cuerpo rollizo la atemorizaban. Sentía repugnancia y pavor. Él se levantó sin prisa, se quitó del cuello la condecoración, se despojó del frac y del chaleco y se puso una bata.

—Así se está mejor —dijo sentándose junto a Anna.

Ella recordaba lo penosa que había sido la boda; le había parecido que el sacerdote, los invitados y todo el mundo en la iglesia la miraban con pena. ¿Por qué una chica tan simpática y tan mona como ella se casaba con este hombre tan poco interesante y ya entrado en años? Todavía esa misma mañana se había alegrado de ver que todo iba saliendo bien; sin embargo, a la hora de la boda y en este momento en el vagón se sentía culpable, engañada y en ridículo. Se había casado con un hombre rico y, no obstante, carecía de dinero, el traje de boda se lo habían confeccionado a crédito, y cuando hoy

su padre y sus hermanos la acompañaban a la estación les notó en la cara que no tenían un kopek. ¿Cenarían esta noche? ¿Y mañana? Y sin saber por qué, le parecía que, sin ella, el padre y los chicos estarían con hambre, tan acongojados como la noche después del entierro de la madre.

«¡Oh, qué desgraciada soy! —pensaba—. ¿Por qué soy tan desgraciada?».

Con la torpeza del hombre grave inhabituado a tratar con mujeres, Modest Alekseich le tocó la cintura y le dio unas palmaditas en el hombro, mientras que ella pensaba en el dinero, en la madre y en la muerte de ésta. Cuando murió la madre, el padre, Piotr Leóntich, profesor de caligrafía y dibujo en la escuela secundaria, se dio a la bebida y con ello empezaron las estrecheces; los chicos no tenían zapatos ni chanclos, el padre fue llevado ante el juez de paz, llegó un oficial del juzgado a embargar los muebles... ¡Qué vergüenza! Anna se vio obligada a cuidar del padre alcohólico, a zurcir los calcetines de los hermanos, a ir a la compra, y cuando alababan su belleza, juventud y elegancia de modales, le parecía que todo el mundo notaba su sombrerillo barato y los agujeros de sus botas disimulados con tinta. Y por las noches, lágrimas, amén del pensamiento obsesivo e inquietante de que muy pronto despedirían a su padre de la escuela por su debilidad, y de que él no lo sobrellevaría y moriría como la madre. Pero he aquí que ciertas señoras conocidas de la familia empezaron a afanarse y a buscarle a Anna un buen partido. Pronto encontraron a este mismo Modest Alekseich, ni joven ni guapo, pero con dinero. Tenía unos cien mil rublos en el banco, sin contar una propiedad patrimonial que había dado en arrendamiento. Era hombre de principios, bien considerado de Su Excelencia. Según le decían a Anna, no sería difícil obtener de Su Excelencia una nota para el director de la escuela, o incluso para un vocal del consejo pedagógico, y no despedirían a Piotr Leóntich.

Mientras recordaba estos detalles se oyó de pronto música cuyo sonido irrumpió por la ventanilla mezclado con el ruido de voces. El tren se detuvo en un apeadero. Al otro lado del andén, entre la muchedumbre, tocaban con viveza una armónica y un violín chillón, y de detrás de los altos abedules y álamos, de detrás de los chalets iluminados por la luna, llegaban los sones de una banda militar; de

seguro que era noche de baile en esos chalets. Por el andén paseaban veraneantes y lugareños que se aprovechaban del buen tiempo para respirar el aire puro. También estaba Artinov, propietario de toda esa colonia veraniega, un ricacho moreno, alto, grueso, que por la cara parecía armenio, con ojos saltones y vestido de modo extraño. Llevaba una camisa desabotonada que dejaba ver el pecho, botas altas con espuelas, y del hombro le colgaba una capa negra que le arrastraba como si fuera la cola de un vestido. Tras él iban dos galgos con los hocicos puntiagudos casi a ras de tierra.

A Anna le brillaban aún las lágrimas en los ojos, pero ya no se acordaba de su madre, ni del dinero, ni de la boda, sino que estrechaba la mano a estudiantes y oficiales conocidos suyos, riendo alegremente y hablando con rapidez:

—¡Hola! ¿Cómo están ustedes?

Bajó al andén, a la luz de la luna, y se puso de modo que la vieran en su espléndido vestido nuevo y con sombrero.

—¿Por qué nos paramos aquí? —preguntó.

—Porque es un apeadero —le respondieron—; están esperando el tren correo.

Notando que Artinov la estaba mirando, entornaba los ojos con coquetería y hablaba en francés en voz alta. Y como tenía una voz tan melodiosa; y como sonaba música y se reflejaba la luna en el estanque; y como Artinov la miraba con avidez y curiosidad y era un conocido tunante donjuanesco; y como todo el mundo estaba alegre, ella también se sintió alegre de repente. Y cuando el tren se puso en marcha y sus amigos los oficiales se llevaron la mano a la visera en señal de despedida, ella ya estaba tarareando la polca de la banda militar, que retumbaba tras los árboles, mandaba en su seguimiento. Volvió a su compartimento tan gozosa como si en el apeadero la hubieran convencido de que, pasara lo que pasara, sería feliz sin remedio.

Los novios estuvieron dos días en el monasterio y regresaron a la ciudad. Ocupaban una vivienda del gobierno. Cuando Modest Alekseich se iba al trabajo, Anna tocaba el piano, o lloraba de aburrimiento, o se acostaba en el sofá y leía novelas u hojeaba una revista de modas. Durante la comida, Modest Alekseich comía mucho y hablaba de política, de nombramientos, traslados y

condecoraciones, de que había que trabajar duro, de que la vida en familia no es un deleite, sino un deber, de que un grano no hace granero pero ayuda al compañero, y de que él ponía la religión y la moral por encima de todas las cosas de este mundo. Y empuñando el cuchillo como si fuera una espada, exclamaba:

—Todo hombre debe tener sus obligaciones.

Anna se asustaba de escucharle, no podía comer y solía levantarse de la mesa con hambre. Después de la comida el marido se echaba un rato y roncaba ruidosamente y ella iba a visitar a su propia familia. El padre y los hermanos la miraban de un modo especial, como si momentos antes de llegar ella la hubieran estado censurando por haberse casado por interés con un hombre pesado, con un pelmazo a quien no quería. El frufrú de su vestido, las pulseras y, en general, su continente señoril los cohibía y ofendía. En presencia de ella se sentían violentos y no sabían de qué hablarle; pero, no obstante, la querían tanto como antes y todavía no se habían acostumbrado a comer solos. Ella se sentaba a comer con ellos sopa de coles, *kasha*(40) y patatas fritas en grasa de cordero que olía a velas de sebo. Piotr Leóntich llenaba con mano temblorosa su vaso y bebía de prisa, con ansia, con repugnancia; luego bebía un segundo vaso, más tarde un tercero. Petia y Andriusha, muchachos pálidos y delgaduchos, de ojos grandes, tomaban la garrafa y decían azorados:

—No debes, papá… Basta, papá.

Anna también se inquietaba y le rogaba que no bebiera más, pero él estallaba de pronto y daba un puñetazo en la mesa.

—No permito que nadie me vigile —gritaba—. ¡Mocosos! ¡Zángana! ¡Os echo a todos de aquí!

Pero en su voz había un acento de debilidad y de bondad, y nadie se asustaba de él. Después de la comida solía engalanarse; pálido, con la barbilla llena de cortaduras de navaja de afeitar, estirando el cuello flaco, pasaba media hora larga ante el espejo, acicalándose, peinándose, retorciéndose el bigote negro, perfumándose, anudándose la corbata; luego se ponía los guantes y el sombrero de copa y salía a dar lecciones particulares. Si era día festivo se quedaba en casa pintando o tocando el armonio que

---

40. *Kashza*, papilla de cereales de hortalizas.

chirriaba y gruñía. Trataba de arrancarle sonidos melodiosos acompañando su propio canto o bien regañaba a los chicos:

—¡Miserables! ¡Granujas! ¡Habéis echado a perder el instrumento!

Por las noches el marido de Anna jugaba a las cartas con los colegas que vivían bajo el mismo techo en las viviendas del gobierno. Cuando había partida se reunían las mujeres de los funcionarios, feas, mal vestidas, más ordinarias que cocineras, y empezaba el chismorreo, tan feo y chabacano como las mujeres mismas. De vez en cuando Modest Alekseich iba con Anna al teatro. Durante los entreactos no se apartaba de ella un paso y la llevaba del brazo por los pasillos y el vestíbulo. Cuando se inclinaba ante alguien, en seguida decía a Anna en voz baja: «Consejero de estado…, es recibido por Su Excelencia...» o bien: «Hombre de posibles…, tiene casa propia». Cuando pasaban ante el ambigú, a Anna le hubiera apetecido tomar algo dulce. Le gustaba el chocolate y la tarta de manzanas, pero no tenía dinero y le daba vergüenza pedírselo al marido. Él cogía una pera, la apretaba entre los dedos y preguntaba indeciso:

—¿Cuánto es?

—Veinticinco kopeks.

—Vaya, hombre —decía volviéndola a su lugar; pero como hubiera sido embarazoso alejarse del ambigú sin comprar nada, pedía agua de Seltz y se bebía él sólo la botella; se le saltaban las lágrimas y Anna en esos momentos le aborrecía.

O, enrojeciendo de repente, decía rápidamente a Anna: —¡Hazle una reverencia a esa señora anciana!

—¡Pero si no la conozco!

—No importa. Es la esposa del director de la oficina de Hacienda. ¡Te digo que le hagas una reverencia! —murmuraba con insistencia—. No se te va a caer la cabeza.

Arma se inclinaba y, en efecto, no se le caía la cabeza, pero era penoso. Hacía todo lo que le mandaba el marido y se irritaba consigo misma porque se dejaba engañar como una tonta redomada. Se había casado con él sólo por interés, y ahora resultaba que tenía menos dinero que antes de casarse. Antes, por lo menos, su padre le daba de cuando en cuando una moneda de veinte kopeks, pero ahora no veía un cuarto. No podía tomar dinero a hurtadillas ni pedirlo, porque

temía al marido y temblaba ante él. Le parecía que desde tiempo atrás llevaba en el alma el terror hacia ese hombre. Ya en su infancia el director de la escuela secundaria era para ella una fuerza terrible e imponente que se le venía encima como un nubarrón o como una locomotora dispuesta a arrollarla; otra fuerza semejante de la que se hablaba siempre en la familia y que, por algún motivo, todos temían era Su Excelencia; y había, por añadidura, una docena de fuerzas de menor cuantía, entre ellas los profesores de la escuela, con el bigote afeitado, severos, implacables; y ahora, por último, Modest Alekseich, hombre de principios, que hasta en la cara se parecía al director. En la fantasía de Anna todas estas fuerzas se fundían en una, que en forma de oso blanco, enorme y feroz, se abalanzaba sobre los débiles y los culpables como su padre; y ella no se atrevía a contradecir a su marido, sonreía forzadamente y expresaba un contento fingido cuando la acariciaba toscamente o le daba abrazos que, por lo afrentosos, le causaban terror.

Sólo una vez se atrevió Piotr Leóntich a pedir prestados a su marido cincuenta rublos para pagar una deuda desagradable, pero..., ¡qué sufrimiento le costó!

—Bueno, se los doy —dijo Modest Alekseich reflexionando—; pero le advierto que en adelante no le ayudo mientras no deje de beber. Esa debilidad es vergonzosa en un funcionario público. No puedo menos de recordarle el hecho, por demás conocido, de que ese vicio ha destruido a muchas gentes capaces que, de haber practicado la abstinencia, quizá hubieran llegado con el tiempo a alcanzar puestos elevados.

Y seguían las frases largas: «en la medida en que...», «partiendo de esa base...», «en vista de lo que se acaba de decir...»; y el pobre Piotr Leóntich se moría de humillación y sentía unas ganas enormes de beber.

Cuando los muchachos, por lo común con los zapatos rotos y los pantalones deshilachados, iban a visitar a Anna, también se veían obligados a escuchar sermones.

—Todo hombre debe tener sus obligaciones.

Pero no les daba dinero. No obstante, regaló a Anna sortijas, brazaletes y broches, diciendo que convenía tener tales cosas por si

llegaba un día aciago. Y a menudo abría la cómoda de ella y hacía inventario para comprobar que todo estaba intacto.

II

Mientras tanto llegó el invierno. Aún faltaba bastante para la Navidad cuando se anunció en el periódico local que el 29 de diciembre se celebraría el acostumbrado baile de invierno en el Palacio de la Nobleza. Todas las noches, después de la partida de cartas, Modest Alekseich cuchicheaba, agitado, con las esposas de sus colegas, miraba preocupado a Anna y luego se paseaba largo rato por la habitación pensando en algo. Por fin, una noche, ya bastante tarde, se detuvo ante Anna y dijo:

—Debes hacerte un vestido de baile, ¿entiendes? Pero, por favor, consulta con Maria Grigorievna y con Natalia Kuzmínishna.

Y le dio cien rublos. Ella los tomó, pero en lo de encargar un vestido no consultó con nadie, sino que habló sólo con su padre y trató de imaginarse cómo se hubiera vestido su madre para el baile. Su difunta madre iba siempre a la última moda y siempre se había esmerado con Anna, vistiéndola con elegancia, como una muñeca, y enseñándole a hablar francés y a bailar admirablemente la mazurca (durante cinco años antes de casarse había sido institutriz). Al igual que su madre, Anna se hacía un vestido nuevo de otro viejo, limpiaba los guantes con bencina, alquilaba bijoux(41); y, también como su madre, sabía entornar los ojos, velar la voz, tomar posturas atrayentes, extasiarse cuando era necesario, y dar a su mirada una expresión melancólica y misteriosa. De su padre había heredado el pelo y los ojos oscuros, la nerviosidad y la manera de estar siempre acicalada.

Cuando media hora antes de ir al baile, Modest Alekseich, sin levita, entró en el cuarto de su esposa a ponerse al cuello la condecoración ante el espejo, quedó prendado de su belleza y del esplendor de su aéreo y flamante atavío. Y peinándose las patillas decía complacido:

41. Joyas, en francés.

—¡Conque así es mi mujer! ¡Conque así eres, Anniuta! —siguió diciendo y su voz tomó de pronto un timbre de entusiasmo—. ¡Yo te he hecho feliz a ti, y hoy tú puedes hacerme feliz a mí! Te ruego que te hagas presentar a la esposa de Su Excelencia. Te lo suplico. Con ayuda de ella puedo ascender a relator mayor.

Fueron al baile. Ahí estaba el Palacio de la Nobleza y el conserje en el portal. El recibimiento aparecía lleno de perchas, de *shubas*(42), de lacayos atareados y de damas escotadas que se protegían con los abanicos del viento penetrante. Olía a gas del alumbrado y a militares. Cuando Anna, subiendo la escalinata del brazo de su marido, oyó la música y se vio de cuerpo entero en un espejo enorme, iluminada por las luces innumerables, sintió despertarse el gozo en su alma y tuvo el mismo barrunto de felicidad que había experimentado aquella noche de luna en el apeadero. Caminaba orgullosa, segura de sí misma, con conciencia de ser señora y ya no muchacha, e imitando involuntariamente a su difunta madre en el modo de andar y los ademanes. También se sentía rica y libre por primera vez en su vida. Ni siquiera la cohibía la presencia del marido, y cuando cruzó el umbral del palacio adivinó por instinto que la proximidad de su viejo consorte de ningún modo la humillaba, antes bien ponía en ella el sello de picante misterio que tanto agrada a los hombres. En el gran salón tronaba ya la orquesta y empezaba el baile. Después de su vivienda del gobierno, Anna, abrumada por la luz, los colores abigarrados, la música, el bullicio, paseaba la mirada por la sala y pensaba: «¡Oh, qué hermoso!». Y en un solo golpe de vista reconoció entre la muchedumbre a todas sus amistades, a todos aquéllos a quienes tiempo atrás encontraba en las veladas y los paseos, a todos esos oficiales, profesores, abogados, funcionarios, hacendados, a Su Excelencia, a Artinov y a las damas de la alta sociedad, engalanadas, muy escotadas, guapas y feas, que ya habían ocupado sus puestos en las barracas y los pabellones del bazar de beneficencia para la venta en provecho de los pobres. Un oficial enorme con charreteras —ella le había conocido en la calle Staro-Kievskaia cuando era alumna de secundaria, pero ahora no recordaba su apellido— apareció como brotado del suelo y la invitó a un vals, y ella se alejó de su marido, rauda, con la sensación de ir navegando en

42. Abrigo de piel.

un velero, bajo una fuerte tormenta, y de que su marido quedaba allá lejos en la orilla. Bailaba con pasión, con entusiasmo, el vals, la polca, la cuadrilla, pasando de mano en mano, atolondrada por la música y el barullo, mezclando el ruso y el francés, extasiada, riente, sin pensar en su marido, ni en nadie, ni en nada. Triunfaba con los hombres —ello era evidente— y no podía ser de otro modo, jadeaba de agitación, estrujaba febrilmente el abanico entre las manos y tenía ganas de beber. El padre, Piotr Leóntich, en un frac arrugado que olía a bencina, se acercó a ella con un platito de helado color de rosa.

—Hoy estás encantadora —dijo mirándola con arrobo—. Nunca he lamentado tanto como ahora que te hayas casado... ¿Por qué? Sé que lo hiciste por nosotros, pero... —Con manos temblorosas sacó un pequeño fajo de billetes y dijo—: Hoy he cobrado las lecciones particulares y puedo pagar a tu marido lo que le debo.

Ella le alargó el platillo y, arrebatada por alguien, se alejó, viendo fugazmente por encima del hombro de su pareja cómo su padre, deslizándose por el parqué, abrazaba a una señora y se la llevaba consigo por el salón.

«¡Qué bueno es cuando no está bebido!», pensaba.

Bailó la mazurca con el mismo oficial enorme, el cual se movía con aire grave e importante, como si se ahogara dentro de su uniforme, encogiendo el pecho y los hombros, y taconeando apenas; no tenía la menor gana de bailar; mientras que ella revoloteaba, excitándole con su belleza, con su busto medio descubierto. Sus ojos ardían, sus movimientos eran apasionados, en tanto que él parecía cada vez más indiferente y le alargaba la mano con benevolencia como si fuera un rey.

—¡Bravo, bravo! —se oía exclamar al público.

Pero poco a poco hasta el oficial enorme se vio prendido; se animó, se agitó y, entregándose al hechizo, se sintió poseído de frenesí; se movía ágilmente, con energía juvenil, y ella, por su parte, encogía los hombros y miraba con picardía, como si ahora ella fuera la reina y él un esclavo. Se le antojaba que los observaba todo el salón, que toda esa gente los admiraba y envidiaba. Apenas el oficial enorme le hubo dado las gracias cuando la multitud se abrió de pronto, los hombres se irguieron de un modo un tanto extraño, dejando caer los brazos. Era que se acercaba Su Excelencia, en frac con dos estrellas.

Sí, era a ella a quien se acercaba Su Excelencia, porque la miraba directamente, de hito en hito, se sonreía dulzonamente y hacía movimientos masticatorios con los labios, lo que en él era costumbre cuando veía a mujeres guapas.

—Encantado, encantado —empezó a decir—. Mandaré detener a su marido por habernos ocultado hasta ahora tamaño tesoro. Vengo a usted con un encargo de mi mujer —prosiguió dándole el brazo—. Debe usted ayudarnos... Sí, hay que concederle a usted un premio de belleza... como hacen en América... Sí, sí... los americanos... Mi mujer la espera con impaciencia.

La condujo a una barraca, ante una señora entrada en años, cuyo rostro era en su parte inferior tan desproporcionadamente grande que parecía como si llevara una piedra gruesa en la boca.

—Ayúdenos usted —dijo la señora con voz gangosa, como cantando—. Todas las mujeres guapas trabajan en el bazar de beneficencia y usted es la única que no hace más que pasearse. ¿Por qué no quiere usted ayudarnos?

Se fue y Anna ocupó su sitio ante el samovar de plata y las tazas. En seguida empezó un comercio animado. Anna no aceptaba por una taza de té menos de un rublo y obligó al oficial enorme a tomar tres tazas. Llegó Artinov, el ricachón de ojos saltones, asmático; pero con indumentaria muy distinta de aquélla en que Anna le había visto en el verano, es decir, que iba de frac, como todos. Sin apartar los ojos de ella bebió una copa de champaña y pagó cien rublos, luego pidió té y le dio otros cientos —y todo ello sin decir palabra, atormentado por el asma—. Anna invitaba a los compradores y les cobraba el dinero, persuadida por completo de que sus miradas y sonrisas eran recibidas con profunda satisfacción. Ahora comprendía que había nacido exclusivamente para esta vida bulliciosa, brillante y risueña, con música, baile y admiradores, y el temor que antes había sentido de que había una fuerza que se abalanzaba sobre ella y amenazaba con arrollarla le parecía ahora ridículo. Ya no temía a nadie y sólo lamentaba que su madre no estuviera allí con ella para alegrarse de su éxito.

Piotr Leóntich, pálido, pero todavía firme en sus piernas, se acercó a la barraca y pidió una copa de coñac. Anna se ruborizó, esperando que diría algo indecoroso (ya se avergonzaba de tener un

padre tan pobre y ordinario), pero él bebió, pagó con un billete de diez rublos que sacó del fajo y se retiró altivamente sin despegar los labios. Algo después Anna vio que tomaba parte con una señora en el *grand-rond*, y ya entonces se tambaleaba y decía algo en voz alta que abochornaba a su pareja. Anna recordaba cómo en el baile de tres años antes su padre se había tambaleado y había gritado del mismo modo, con la consecuencia de que un inspector de policía tuvo que llevárselo a casa a dormir la borrachera; y al otro día el director amenazó con despedirle del servicio. ¡Qué inoportuno era este recuerdo!

Cuando en las barracas se apagaron los samovares y las damas de beneficencia entregaron los ingresos a la señora de la piedra en la boca, Artinov condujo del brazo a Anna a la sala donde se servía una cena a todos los participantes en el bazar. Cenaban sólo unas veinte personas, pero era grande el bullicio. Su Excelencia propuso un brindis: «En este elegante comedor nos cumple beber por la prosperidad de los comedores económicos a cuyo auxilio se ha dedicado el bazar de hoy». Un general de brigada brindó por «la fuerza ante la cual cede incluso la artillería» y todos procedieron a chocar sus copas con las de las damas. ¡Estuvo bien, pero que muy bien!

Cuando acompañaron a Anna a su casa ya amanecía y las cocineras iban a la compra. Gozosa, ebria, rebosante de nuevas impresiones, rendida, se desnudó, se dejó caer en la cama y se durmió en el acto.

A las dos de la tarde la despertó la doncella para anunciarle que había venido de visita el señor Artinov. Se vistió de prisa y fue a la sala. Poco después de irse Artinov llegó Su Excelencia para darle las gracias por su participación en el bazar de beneficencia. Mirándola empalagosamente y mordiéndose los labios, le besó la mano, le pidió permiso para visitarla de nuevo y se marchó. Ella permaneció en medio de la sala, maravillada, embelesada, sin poder creer que tan súbitamente se hubiera producido un cambio en su vida, y un cambio tan asombroso; y en ese mismo momento entró su marido, Modest Alekseich, quien ahora se presentaba ante ella con esa expresión halagadora, dulzona, mitad respetuosa mitad servil, que estaba acostumbrada a ver en él en presencia de los poderosos y los ilustres; y con arrebato, con indignación, con desprecio, convencida de que

ello no traería consecuencias, dijo pronunciando claramente cada palabra:

—¡Salga usted de aquí, imbécil!

Después de esto Anna no tuvo un solo día libre y tomaba parte en giras campestres, paseos y funciones teatrales. Todos los días volvía a casa al amanecer, se acostaba en el suelo de la sala y luego, en tono conmovido, decía a todo el mundo que dormía bajo las flores. Necesitaba mucho dinero, pero ya no temía a Modest Alekseich y gastaba el de este como si fuera propio; y ello sin solicitarlo ni exigirlo; simplemente le mandaba las facturas o unas notas que decían: «Entréguense al portador doscientos rublos», o bien «Páguense cien rublos en el acto».

Por Pascua, Modest Alekseich recibió la Anna de segundo grado. Cuando se presentó a dar las gracias, Su Excelencia dejó el periódico que estaba leyendo y se hundió aún más en el sillón:

—Conque tiene usted ahora tres Annas —dijo, examinando sus manos blancas con uñas sonrosadas—; una en el ojal de la solapa y dos al cuello.

Modest Alekseich se llevó dos dedos a los labios para no soltar una carcajada y repuso:

—Ahora hay que esperar la llegada al mundo del pequeño Vladimire. Me permito pedir a Vuestra Excelencia que sea el padrino.

Aludía a la Orden de Vladimir de cuarto grado y ya imaginaba cómo referiría por todas partes este juego de palabras tan feliz en su agudeza y osadía; y hubiera dicho alguna otra sutileza igualmente feliz, pero Su Excelencia volvió a sumirse en su periódico y le despidió con un movimiento de cabeza.

Anna se paseaba en troika(43) por doquier, iba de caza con Artinov, hacía papeles en obras teatrales de un acto, asistía a cenas y visitaba a su familia cada vez con menos frecuencia. Ahora los miembros de ésta comían solos. Piotr Leóntich bebía más que antes, no había dinero y el armonio hacía ya tiempo que lo habían vendido para pagar deudas. Los muchachos ya no dejaban al padre salir solo e iban tras él para que no cayera. Y cuando por la calle Staro-Kievskaia pasaba Anna, en un coche tirado por dos caballos con un tercero de repuesto y con Artinov haciendo de cochero en el pescante, y se

43. Coche o trineo tirado por tres caballos.

encontraba con su familia, Piotr Leóntich se quitaba el sombrero de copa y se preparaba a decirle algo a gritos, pero Petia y Andriusha le cogían del brazo y le decían con voz suplicante:

—No debes, papá…, ¡ya basta, papá…!

Grischa

Grísha, un niño pequeño, rollizo, nacido hace dos años y ocho meses, pasea con la *nana* por el *boulevard*. Lleva un largo albornoz enguatado, una bufanda, un gran gorro de botoncito afelpado y unos chanclos cálidos. Tiene sofoco y calor, y ahí aún el sol travieso de abril le pega directo en los ojos y le pellizca los párpados.

Toda su figura torpe, tímida, caminante insegura, expresa una perplejidad extrema.

Hasta ahora Grísha conocía sólo un mundo de cuatro esquinas, donde en una esquina estaba su cama, en la otra el baúl de la *nana*, en la tercera una silla y en la cuarta ardía una lámpara. Si miramos debajo de la cama, pues veremos una muñeca con el brazo partido y un tambor, y detrás del baúl de la *nana* muchas cosas diversas: carreteles de hilo, papeles, una caja sin tapa y un payaso roto. En este mundo, además de la *nana* y Grísha, suelen estar la mamá y el gatito. La mamá se parece a la muñeca, y el gatito a la pelliza de papá, sólo que la pelliza no tiene ojos ni cola. De ese mundo, que se llama infantil, la puerta conduce a un espacio donde almuerzan y toman té. Allí está la silla de patitas altas de Grísha y cuelga el reloj, que existe sólo para agitar el péndulo y sonar. Del comedor se puede pasar a una habitación, donde hay unas butacas rojas. Allí en la alfombra se oscurece una mancha, por la que a Grísha hasta ahora lo amenazan con el dedo. Tras esta habitación hay otra aún, a donde no dejan entrar y por donde pasa fugazmente papá, ¡una personalidad enigmática en grado sumo! La *nana* y mamá son entendibles: ellas visten a Grísha, le dan de comer y lo acuestan a dormir, pero para qué existe papá, se desconoce. Hay aún otra personalidad enigmática, es la tía, que le regaló a Grísha un tambor. Ella ya aparece, ya desaparece. ¿A dónde desaparece? Grísha ha mirado más de una vez debajo de la cama, detrás del baúl y debajo del diván, pero ella no estaba ahí…

En este mundo nuevo, donde el sol hiere los ojos, hay tantos papás, mamás y tías, que no sabes hacia quien correr. Pero lo más extraño y absurdo de todo son los caballos. Grísha mira sus patas móviles y no puede entender nada. Mira a la *nana*, para que ésta resuelva su perplejidad, pero ésta calla.

De pronto oye un pataleo terrible... Por el *boulevard*, caminando rítmicamente, se mueve directo hacia él una multitud de soldados, de caras rojizas y ramadas de baño en los sobacos. Grísha se hiela todo de horror y mira a la *nana* de forma inquisitiva: ¿no es peligroso? Pero la *nana* no corre y no llora, entonces no es peligroso. Grísha acompaña con los ojos a los soldados, y él mismo empieza a caminar al compás de ellos.

A través del *boulevard* corren dos grandes gatitos de hocicos largos, con las lenguas afuera y las colas alzadas. Grísha piensa que él también necesita correr, y corre tras los gatitos.

-¡Para! –le grita la *nana*, agarrándolo por los hombros rudamente.

-¿A dónde tú? ¿Acaso te está permitido hacer travesuras? He aquí cierta *nana* está sentada y sostiene una pequeña tina de naranjas. Grísha pasa junto a ella y, callado, toma para sí una naranja.

-¿Eso tú para qué pues? –le grita su acompañante, azotándole la mano y arrancándole la naranja. -¡Imbécil!

Ahora Grísha levantaría con gusto el cristalito, que está tirado bajo sus pies y centellea como una lámpara, pero teme que le peguen en la mano de nuevo.

-¡Mis respetos! –oye de pronto Grísha, casi en su misma oreja, la voz alta, densa de alguien, y ve a un hombre alto con botones claros.

Para su gran gusto, ese hombre le da la mano a la *nana*, se detiene con ella y empieza a conversar. El brillo del sol, el ruido de los carruajes, los caballos, los botones claros, todo eso es tan pasmosamente nuevo y no terrible, que el alma de Grísha se llena de una sensación de placer y se empieza a carcajear.

-¡Vamos! ¡Vamos! –le grita al hombre de los botones claros, tirándole del faldón.

-¿A dónde vamos? –pregunta el hombre.

-¡Vamos! –insiste Grísha.

Él quisiera decirle que no estaría mal asimismo llevar consigo a papá, a mamá y al gatito, pero la lengua dice no lo que es necesario en absoluto.

Un poco después la *nana* dobla por el *boulevard* y lleva a Grísha a un patio grande, donde aún hay nieve. Y el hombre de los botones

claros también va tras ellos. Sortean con esmero los terrones nevados y los charcos, después por una escalera sucia, oscura entran a una habitación. Ahí hay mucho humo, huele a frito y cierta mujer está parada junto al horno, y fríe unas albóndigas. La cocinera y la *nana* se besan y, junto con el hombre, se sientan en un banco y empiezan a hablar en voz baja. Grísha, arropado, siente un calor y sofoco insoportables.

"¿Por qué será esto?" –piensa él, mirando alrededor. Ve un techo oscuro, una horquilla de dos cuernos, un horno que luce como un hueco grande, negro…

-¡Ma-amá! –alarga.

-¡Bueno, bueno, bueno! –grita la *nana*. -¡Espera!

La cocinera pone sobre la mesa una botella, dos copitas y un pastel. Las dos mujeres y el hombre de los botones claros chocan las copitas y beben varias veces, y el hombre abraza ya a la *nana*, ya a la cocinera. Y después todos los tres empiezan a cantar en voz baja. Grísha se estira hacia el pastel, y le dan un pedacito. Él come y mira cómo bebe la *nana*… Él también quisiera beber.

-¡Dame! ¡*Nana*, dame! –pide.

La cocinera le da a sorber de su copita. Él desencaja los ojos, frunce el ceño, tose y largo tiempo después agita los brazos, y la cocinera lo mira y se ríe.

Regresado a casa, Grísha empieza a contarle a su mamá, a las paredes y a la cama dónde estuvo y qué vio. Habla no tanto con la lengua, como con la cara y los brazos. Muestra cómo brilla el sol, cómo corren los caballos, cómo luce el horno terrible y cómo bebe la cocinera…

Por la noche no se puede dormir de ningún modo. Los soldados con las ramadas, los grandes gatitos, los caballos, el cristalito, la tina de naranjas, los botones claros, todo eso se reunió en un montón y agobia su cerebro. Se voltea de un costado al otro, parlotea y al final de todo, sin soportar su excitación, empieza a llorar.

-¡Y tú tienes fiebre! –dice la mamá, tocando su frente con la palma de la mano. -¿Por qué podría suceder esto?

-¡El horno! –llora Grísha. -¡Vete de aquí, horno!

-Es probable, comió demás… -decide la mamá.
Y Grísha, saturado de las impresiones de esa vida nueva, recién conocida, recibe de la mamá una cucharada de aceite de ricino.

El incendio

Pieza en dos actos

Acto Primero:
Sesión en el Concejo

El Alcalde
(*Rascándose la oreja y mascando*)

Propongo a los señores presentes que escuchen al jefe de los bomberos, Sima Vavilovitch, quien, en el asunto de que se trata, es más entendido que yo. Él nos dará las explicaciones necesarias y nosotros decidiremos.

El jefe de los bomberos

Yo lo comprendo de este modo… (*Se suena con un gran pañuelo a cuadros*.) Los diez mil rublos asignados a los bomberos representan acaso mucho dinero… (*Se limpia el sudor de la calva*.) Pero esto es sólo en apariencia. Esto no es dinero. Esto es una ilusión; esto es aire… Indudablemente, con diez mil rublos se puede mantener un destacamento de bomberos; pero la cosa hará reír. Ustedes saben la importancia vital, la enorme importancia que tiene la torre vigía de los bomberos. Esto se lo afirmarán todos los sabios. Pues bien; para expresarme categóricamente, diré que nuestra torre no vale nada. ¡Nada! Es demasiado baja. Junto a ella, todas las casas son más altas. Ocultan la torre. Si los bomberos no descubren un incendio, no es culpa suya. En cuanto a los caballos y a los barriles… (*Se desabrocha el chaleco, suspira y prosigue su discurso*.)

Los concejales (*Unánimemente*)

Que el presupuesto sea aumentado en mil rublos. (*El alcalde interrumpe la sesión por algunos minutos para expulsar de la sala de la audiencia a un reportero*.)

El jefe de los bomberos

Muy bien. ¿Ustedes convienen, pues, en que la torre sea alargada en dos metros? Muy bien. Pero hay que fijarse que en este asunto andan mezclados los intereses del Gobierno y del país todo, y que si un maestro de obras lo toma por su cuenta, no pensará en los intereses del Estado, sino en los suyos propios. En cambio, si emprendemos el trabajo por nosotros mismos, sin apresuramiento, la cosa vendrá acostarnos... (*Levanta los ojos hacia el techo, como calculando*.) Los ladrillos, a quince rublos el millar; el transporte, en los vehículos de los bomberos... Además, cincuenta vigas de a 12 metros...

Los concejales (*Interrumpiéndole*)

Que la construcción se encargue a Simón Vavilovitch, a quien serán entregados desde luego 1523 rublos 44 copecks.

La esposa del jefe de los bomberos
(*Sentada entre el público, cuchichea con su vecina*)

No me explico por qué mi Senia(44) se compromete a esto. ¡Con su precaria salud ocuparse de construcciones!... ¡Qué divertido! ¡Qué gusto en pasar todo el día insultando a los obreros! Ello le reportará una ganancia de 500 rublos acaso; más perderá por 1000 rublos de salud. Su buen corazón le pierde.

El jefe de los bomberos

Hablemos del personal. Yo, como principal interesado, puedo decir... (*Turbándose*) que ello me es igual... Soy un hombre de edad, de salud delicada: de un día a otro podré morirme. El médico me advirtió que tengo una dureza en los intestinos. Como no me cuide, una vena es capaz de romperse: deberé morir, de sopetón, sin recibir los últimos Sacramentos... (*Murmullos en el público*: Una muerte de perro.)

44. Diminutivo de Simón.

El jefe de los bomberos

No lo digo por mí. He vivido bastante. Nada necesito. Me extraña solamente, y hasta me siento ofendido. (*Hace con la mano un gesto de desesperación*.) Trabaja uno honradamente por su sueldo, sin aprovecharse en lo más mínimo, sin descansar ni de noche ni de día, sin cuidar de su salud, y... después de todo, ¿para qué?... ¿Para qué me afano? ¿Cuáles son mis ventajas? No lo digo por mí, repito; lo digo en general... Otro no viviría con un sueldo semejante... A un borrachín cualquiera le cuadraría ese salario. Un hombre honrado e inteligente antes se dejaría morir de hambre que trabajar por tan poco dinero y andar en líos con caballos y bomberos. (*Se encoge de hombros*.) ¿Cuál es mi beneficio? Si en el extranjero conocieran nuestro modo de proceder, ¡bien nos pondrían los periódicos! En Europa, por ejemplo en Paría, en cada calle hay una torre para señalar el fuego, y a los jefes de bomberos des dan cada año una gratificación igual al sueldo entero. Así se puede servir.

Los concejales

Que se entregue a Simón Vavilovitch, a título de recompensa por sus muchos años de servicio, 200 rublos.

La esposa del jefe de los bomberos
(*A su vecina*)

Me alegro de que no haya necesario pedirlo. ¡Qué listo es! Anteayer, en casa del párroco, jugando a la brisca, perdimos 100 rublos, y ahora lo sentimos tanto... (*Bostezando*.) No sabe usted cuánto lo sentimos... Ya es hora de ir a casa a tomar el té.

Acto Segundo:

Escena junto a la torre

El guardia
(*Desde lo alto de la torre, apuntando hacia abajo*)

¡Oye tú! ¡Hay fuego en el almacén de maderas! ¡Toca alarma!

Otro guardia (desde abajo)

¿Y no te has enterado hasta este momento? Hace más de media hora que la gente corre. Mucho has tardado en apercibirte de ello... (Pensativo.) Que lo pongan arriba, que lo pongan abajo; para un tonto todo viene a ser igual. (Toca la campana de alarma.)

(*Tres minutos después, el jefe de bomberos, en paños menores y medio dormido, asómase a la ventana de su casa, la cual está enfrente de la torre.)*

El jefe de bomberos

¿Dónde es el fuego, Dionisio?

El guarda de abajo
(*Cuadrándose y haciendo el saludo militar*)

En el depósito de maderas, señor.

El jefe de bomberos
(*Meneando la cabeza*)

¡Todo sea por Dios! Con esta sequedad y el viento que reina... ¡Que Dios los guarde a esos pobres! ¡Qué desgraciados son!... Oye, Dionisio, que los bomberos enganchen y acudan tranquilamente al lugar del siniestro... Yo iré allí dentro de un ratito mientras que me visto y tomo el té.

El guarda de abajo

El caso es, que no hay nadie; todos se han ido. Únicamente Andrés se encuentra aquí.

El jefe de bomberos
(*Como asustado*)

¡Canallas! ¿Dónde están?

El guarda de abajo

Macario ha echado unas medias suelas a las botas del diácono y ha ido a entregarlas. A Miguel, usted mismo le encargó que fuera al mercado a vender la avena de los caballos... Yegor se marchó con el carro de los bomberos al otro lado del río en busca de la cuñada del sargento, Kikita está borracho...

El jefe de bomberos

¿Y Alexis?

El guarda de abajo

Alexis, en el río, a coger cangrejos. Usted mismo se lo mandó, porque espera usted convidados.

El jefe de bomberos
(*Con desdén*)

¿Cómo puede uno servir teniendo a sus órdenes gentecilla semejante? Hombres sin cultura, groseros, borrachos. Si lo supieran en el extranjero, ¿qué se diría de nosotros? En París, por ejemplo, los bomberos corren de continuo por la calle, aplastando a los transeúntes. Que haya o no fuego, han de correr siempre. Mientras que aquí, arde el almacén de maderas, ocasionando un desastre inmenso, y nadie se encuentra en su puesto. ¡Que el diablo se los trague! ¡Cuán lejos estamos de Europa! (*Vuelve el rostro hacia dentro de la habitación y habla en tono cariñoso*.) Máchinka, prepara mi uniforme.